

ISABEL
LA REINA
ÁNGELES
DE IRISARRI

Lectulandia

Isabel comparte día y hora de nacimiento con tres niñas, de distinta extracción pero con las que se siente unida por un misterioso lazo. La futura reina crecerá en la corte, se casará con Fernando y allí, además de alumbrar a sus hijos, comienzan a sucederse los decisivos acontecimientos históricos que protagonizará, entre los que destacan el descubrimiento de América o la reconquista de Granada, descritos desde el punto de vista de las mujeres que nacieron, como Isabel, en una noche de luna roja.

Con todo, y a pesar de la cuidadosa documentación histórica, la intención última de Ángeles de Irisarri es reflejar el clima íntimo en que se desenvuelve la reina, a través de lo que come, de su vida familiar, de su forma de vestir, de sus conversaciones con las damas de compañía, de sus decisiones.

Lectulandia

Ángeles de Irisarri

Isabel, la reina

ePub r1.0

liete 27.09.13

Título original: *Isabel, la reina*
Ángeles de Irisarri, 2001

Editor digital: liete
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Las hijas de la luna roja

1

La reina Isabel había salido de cuentas. Cuatro días ya e no paría, que más parecía que, primeriza como era, y moza, no quisiera entrar en trance ni levantarse las sayas ante los notarios y pasar la vergüenza consiguiente. O tal vez fuera la criatura que no deseaba abandonar el vientre de su madre. O, sencillamente, que todavía no estaba de Dios.

El caso es que iba para cuatro días y la alta dama no entraba en parto, e los notarios e oficiales del señor rey don Juan el segundo, acompañados de dos parteras y dos vecinos de la villa de Madrigal —gente honrada y cabal— llevaban cuatro jornadas de retén y estaban cansados de jugar al ajedrez y de dormirar en dura silla, como venían haciendo. Hartos estaban también de Gonzalo Chacón, el mayordomo de la reina, que se encaraba con ellos pretendiendo que no abandonaran el aposento ni para ir a la letrina, y no les dejaba llegarse a las cocinas a echar un bocado ni a beber un vaso de vino, lo que era necio, pues la parturienta no se había personado todavía en la habitación.

Se comentaba de ella que, sujeta de los brazos por dos de sus camareras, andaba escaleras arriba y abajo del palacio, recorriendo el jardín para asentar bien a la criatura y facilitar así su venida al mundo. Mismamente como acostumbraban a hacerlas mujeres en Portugal, al parecer, pues que la dama era lusitana y hacía lo mismo que todas las mujeres de aquel país y no era cuestión de pedirle que otra cosa hiciera.

Tal cuchicheaban los hombres entre ellos, pero las comadres, las dos acreditadas parteras de la villa, hacían corrillo aparte y convenían en que ya podía subir y bajar escaleras la señora, que los niños vienen al mundo cuando el Señor lo tiene a bien y ellos están dispuestos, y que llegar antes es malo y venir tarde también, e pedían a los hombres templanza, que es virtud.

En cuanto el oficial de la casa abandonaba el aposento e iba a ver dónde paraba la señora, los notarios murmuraban de él e sostenían que se había precipitado, porque, según las instrucciones del señor rey, debían haber sido convocados tras el primer dolor o después de romper aguas, pero no antes. Y rezongaban que el tal Gonzalo Chacón era hombre impaciente, aunque llevara cierta razón. Pero no tanta como para que ellos pasaran cuatro días en vela, pues que doña Isabel era la segunda esposa de don Juan, que ya tenía un hijo y heredero, el príncipe don Enrique, nacido de doña María de Aragón, su primera mujer, un hombre hecho y derecho, que además gozaba de perfecta salud. Si bien Enrique no tenía todavía un descendiente y ya se hablaba en todo el reino de su impotencia, como era joven seguramente lo acabaría teniendo, de modo que el que naciera o la que naciera en la ocasión presente, plegué a Dios que fuera varón, sería infante, pero no más; no rey, no reina.

Las parteras, que no habían asistido nunca a una soberana, se quedaron pasmadas cuando fueron informadas cumplidamente por los notarios de cómo había de ser la parición de doña Isabel. De que habría hombres escribiendo con detalle del suceso y que a ellas les rebuscarían los dichos hombres debajo de las faldas por ver si llevaban una criatura escondida con mala intención —con propósito de trocarla por la que habría de nacer o poner a la que llevaran si nacía muerta— y otros desatinos que no eran usuales en la villa de Madrigal, y, claro, se santiguaron. Conmovidas estaban sobre todo por la humillación que habría de sufrir la parturienta por alzarse las sayas delante de tres notarios y dos vecinos, que, aun siendo reina, era mujer y habría de parir del mismo modo que todas: por sus partes femeninas. Cierto que con mayor vergüenza, por los dichos hombres que la estarían viendo y escribiendo para las crónicas; y más que se encomendaron al Creador cuando se enteraron de que aún faltaba por llegar un pariente del rey, el más cercano que tuviere, a presenciar la parición. No obstante, se adujeron que todo sonrojo desaparece ante los dolores del parto. E comentaban entre sí:

—Ya ves, naces reina y alumbras ante una multitud...

—Porque nos pagan bien y porque ganaremos acreditación por asistir a la señora, pero maldita la gana que tengo de que esos tipos me anden entre las sayas...

—Yo estoy harto cansada ya, pero me horroriza pensarlo...

—¿Tú crees que pedimos suficiente o nos quedamos cortas?

—Como llevamos cuatro días como cautivas, pedimos poco... Yo tenía dos partos en perspectiva.

—Yo tres...

—No sé, honor y prédica tendremos...

—El mayordomo me dijo que nos llamarían de Valladolid para atender a las grandes damas...

Y en ésas estaban, los escribanos por un lado y las comadres por otro, cansados de tanto esperar, nerviosos, cuando se presentó una camarera en el aposento de doña Isabel, e dio unas voces e descubrió la cama e, detrás, vinieron otras trayendo a la dama sujeta de los brazos. La señora entraba descompuesta, arqueándose a cada dolor, deteniendo el paso, arrastrando los pies, dejándose llevar al lecho. Ay, Dios asista a la señora.

Los hombres se inclinaron reverentes y procedieron. El escribano introdujo el cálamo en el tintero y anotó en el pergamino:

Día jueves, XXII de abril de MCCCCLI. Madrigal.

In Dei nomine. Sea a todos manifiesto que en el año de la Natividad de Nuestro Señor Jhesu Christo de MCCCCLI, día que se contaba a veintidós días del mes de abril, Jueves Santo, entre IIII horas e —en esta parte del escrito dejó un espacio en blanco para añadir luego los cuartos de hora— después de mediodía, dentro de una cámara con dos ventanas a la calle por dó se recibe lumbre, en las habitaciones altas del palacio de la villa de Madrigal, lindero a la fortaleza del mismo nombre, con vistas a la explanada que da a

Los notarios se constituyeron e hicieron anotar sus nombres en el acta, y preguntaron a la reina, que no contestó pues que se debatía en terrible dolor, cómo se llamaba y quién fue su padre y quién era su marido. Las damas los quisieron apartar, pero ellos no lo consintieron. Es más, procedieron según costumbre, pues que habían recibido instrucciones del rey don Juan para el parto de su esposa: llamaron a las comadronas, que eran mujeres del común, y les hicieron levantar las sayas hasta la camisa y les registraron los cuerpos y entrepiernas y entre las bragas sin ningún recato, los tres notarios, los tres. Por ver —decían— si las dichas mujeres traían algún engaño, alguna criatura entre sus faldas e, después, palparon a la reina, los tres, eso sí con más cuidado, también por ver si llevaba alguna criatura, pero ninguna de las examinadas llevaba nada, salvo las ropas y arreos de sus personas. La soberana, sólo una camisa de dormir.

Y siguieron. Acercaron una mesa chica con una imagen muy buena de Nuestro Señor Jesucristo y con un libro de los santos cuatro evangelios, e hicieron arrodillar a las parteras, que besaron la dicha imagen y evangelios, y juraron que administrarían el parto sin fraude ni engaño. E, luego, hicieron levantar a la reina y descubrieron el lecho, alzando cobertor, sábanas, almohadas y plumazos, e hubo que recomponerlo todo otra vez, mientras la señora se retorció de dolor e rompía aguas estando de pie. Visto que no había ninguna cosa, las damas de doña Isabel pidieron a los testigos se retiraran, pero no quisieron, aduciendo que tenían obligación de ver todo y que no podían separarse de la reina, no fuera algún malqueriente a hacer un fraude de ley. Mientras, la señora se quejaba muy mucho de los dolores de su parto y se retorció toda, empapada de sudor y malas aguas.

Se hizo un hueco para las comadronas, que tendieron a la dama de espaldas e llamaron a una camarera para que le tuviera cogidos los brazos, pero los notarios lo prohibieron. Uno de ellos, como no había llegado el pariente del rey, se sentó en una cátedra y la tomó de los brazos, para prever engaños, mientras otro encendía las muchas candelas bendecidas que llenaban la habitación y el escribano escribía y escribía. El llamado Gonzalo Chacón se acercó a la señora y le puso unas reliquias sobre el vientre para que la ayudaran en el trance, sin que los notarios se lo impidieran.

Ya todo en orden, al parecer, los hombres dejaron acercarse a las parteras, que se arrodillaron en el suelo, miraron y metieron mano por sus partes a la señora que no dejaba de gemir —por el pecado de Eva y porque así quiso Dios que sucediera a toda mujer—, e avisaron que ya venía la criatura para alivio de los notarios, de los vecinos y de Gonzalo Chacón. Pues que todos los presentes observaban cómo en una bacina de latón caía mucha sangre de la reina, y como no habían visto nunca un parto ni, Dios mediante, contemplarían otro en su vida, ya fuera larga o corta —tal juraba cada

uno para sí—, estaban sudorosos e impresionados del negocio, mucho más de lo que hubieran estado en el campo de batalla. Y vino, después de un grito de la reina, el mayor de todos, una criatura toda mojada y con los ojos cerrados. E una partera se la entregó a la otra, y ésta se levantó del suelo y examinóla y viendo que era niña lo dijo:

—¡Es una niña!

Nadie dijo nada. La reina tampoco, pero torció el gesto, quizá dolida de que aquella niña, por el hecho de ser mujer, hubiera de pasar en el futuro, no sólo por el parto en sí, que ni a enemigos se desea, sino por la vergüenza de parir delante de una tropa de escribanos y vecinos, pues que con tan alto nacimiento quizá fuera reina también y habría de soportar la misma humillación. Como no pudo aguantar el dolor que le venía al alma, pese a que había padecido dolor corporal hasta la extenuación, con mucha dignidad, se adormeció.

Una de las matronas envolvió a la niña en un lienzo, la tomó por los pies, la puso cabeza abajo y le propinó un azote en las nalgas para que comenzara a respirar, mientras la otra palmeaba el rostro de la parturienta para impedirle dormir y que arrojara la placenta, mientras los hombres miraban muy atentos.

La criatura rompió a llorar y, a poco, la telilla cayó en la bacina de las malas aguas. La reina se durmió y no prestó atención a los parabienes de sus damas. Las matronas lavaron a la niña del moco y la sangre que había traído del vientre de su madre, y ya la mostraban a los escribanos, que la reconocieron como hija del rey Juan y de la reina Isabel, y levantando testimonio de que la nacida tenía todos los miembros que las mujeres tienen, y ya las parteras le cortaron el cordón umbilical y le fajaron el vientre, y se dispusieron a vestirla con un pañal, una camisita de trenzal blanco y un rico faldón, a la par que le cosían un pecherito con muy buenas reliquias en el jubón.

Venida al mundo la criatura, el escribano rellenó el espacio en blanco que había dejado en el pergamino y anotó de su propia mano lo que faltaba para dar fe de la hora exacta del nacimiento: «Dos tercios de hora».

Así quedó escrito que la infanta, que sería bautizada con el nombre de Isabel, el de su señora madre, había nacido el día de Jueves Santo, 22 de abril de 1451, cuatro horas y dos tercios de hora después de mediodía. Larga vida le dé Dios.

A poco asonaron las campanas de las iglesias de Madrigal y comarcanas e luego, conforme corría la buena nueva, las de Medina del Campo, Arévalo, Tordesillas, Olmedo, Valladolid, Salamanca y las de Castilla toda.

Los notarios remitieron el acta al señor rey, comunicándole el nacimiento de su hija. Éste mandó escribir cartas públicas, cuantas fueron necesarias, para condes, duques, obispos, alcaldes, regidores, veinticuatro, caballeros, escuderos y hombres buenos de ciudades y villas.

De lo que no quedó referencia, pese a las muchas cartas que se libraron anunciando el venturoso alumbramiento de la reina, fue de que en aquel 22 de abril, día de San Sotero y San Cayo, papas, brillaba la luna roja en el firmamento, espléndida, desde antes del ocaso hasta rayar el alba.



Lejos de Madrigal, en la calle los Caballeros de la ciudad de Ávila, el mismo día de Jueves Santo, 22 de abril del mismo año, a cuatro horas e dos tercios después del mediodía, es decir, a la misma hora exacta que la señora reina de Castilla, Dios le dé salud, doña Leonor de Fonseca, esposa de don Juan Téllez, marqués de Alta Iglesia, traía dos niñas a este mundo, también después de larga parición y grandes dolores, entre otras razones porque alumbrar dos criaturas no es lo mismo que una.

En el aposento de doña Leonor no hubo parabienes ni alegrías, y en el palacio tampoco, en razón de que las gemelas no habían venido enteras y les faltaba una mano a cada una. A una la diestra, a otra la siniestra. A más, traían en los brazos una raya roja, como un desgarró, como una mordedura de perro. No sólo era menester asistir a la parturienta con rapidez, sino también a las niñas, que venían muy moradas. Por eso la partera hubo de zarandearlas más de la cuenta para que vivieran, a más de curarles la mordedura del brazo, restos de una cicatriz o lo que fuere. Y, a mayor abundamiento, prestar ayuda a don Juan Téllez, el padre, que, al saber que sus hijas habían nacido lisiadas, sufría recio desmayo y no volvía en sí. Él, que era hombre bragado y había luchado contra los infantes de Aragón en las guerras que tuvieron contra el rey don Juan.

Y, claro, en la habitación había mucho desconcierto. Las criadas iban y venían. La partera no daba abasto a limpiar a las criaturas de la mala sangre e no sabía qué hacer ni qué decir de la mordedura o cicatriz que traían en los brazos. Además, la marquesa no arrojaba la placenta.

El caso es que la comadrona se azoraba y pedía esto o estotro a las criadas, que tampoco atinaban, pues que se habían desatado los nervios de todos los moradores del palacio de los Téllez, con razón. E la buena mujer se desesperaba e metía las manos en las entrañas de la marquesa para sacarle la placenta, o placentas —las secundinas, dicho en lenguaje vulgar—, que la dueña todavía no sabía cuántas habría. E con las manos dentro de la dama, daba instrucciones a las mujeres para que cortaran los cordones umbilicales de las niñas, no les fuera a entrar aire en el vientre, o para que le dieran a beber orujo al señor marqués. Y, lo que se decía, menos mal que la madre estaba adormecida y no se enteraba de lo que sucedía en la habitación, tantos trabajos había tenido en el parto todavía inconcluso. Por eso, gracias a Dios, no

oyó que las mujeres rezaban y encendían más y más candelas para pedir favor al Cielo, poniéndole reliquias debajo de la almohada, por lo de la placenta o placentas, por lo de las manos de las criaturas o por lo del desmayo del marido, mientras todos los presentes, alterados en demasía, llenaban el aposento y se tropezaban, estorbándose unos a otros.

El caso es que, después de varias oraciones que las mujeres rezaron en común a viva voz, quiso el Altísimo que la marquesa arrojara una placenta en la bacina de aguas sucias que tenía bajo sus piernas, y ya la matrona pudo dedicarse a las niñas, y cortarles el cordón umbilical, negocio que resolvió con maestría. Observó entonces la mordedura de los brazos que, vive Dios, era una raya roja con restos de sangre, y curarles con tintura de yodo y ponerles una venda muy prieta. Salió luego a cuidar al marqués, rezongando por las criadas de doña Leonor, que se amilanaban ante un cordón umbilical, a la par que se preguntaba quién, pardiez, mataba los pollos en aquella casa.

Y ya atendió a don Juan. Se sacó un frasco de sales del talego y le dio a oler, y el hombre revivió para preguntar por su desgracia, por las manos de sus hijas, y, ay, Jesús, María, para salir como una exhalación, corriendo, corriendo, de aquella mansión, como si le persiguiera el diablo, creído de que la desgracia había caído sobre él y su familia.

El marqués fue el primero en clamar por el infortunio que, de repente, se había aposentado en su casa, pero le siguieron todos a una voz: los criados, las criadas, las dos esclavas moras de doña Leonor, el caballero, el mayordomo, el capellán; otro tanto el obispo, los canonjes de la catedral, y otrosí toda la vecindad de la ciudad de Ávila, y la propia parturienta.

De súbito, como vienen las desgracias, la fatalidad había caído sobre la casa del marqués Juan Téllez, tal dijo doña Leonor que, pese a lo que creía la matrona, se enteraba de todo lo que estaba sucediendo, tal se expresó antes incluso de romper a llorar. Porque había parido dos monstruos, tal aseveró al principio, pues que no entendió bien y se creyó sabe Dios qué. Ciertamente que no se contentó cuando supo qué. Preguntó a la partera qué ocurría y no tuvo respuesta, pues que la mujer no se atrevió a narrarle la desdicha —no fueran a echarle la culpa a ella— y pidió ver a las niñas. Cuando se las llevaron sus esclavas moras, las que tenía en mayor confianza y apego, no vio que les faltaba una mano a cada una de sus hijas, sino que una era menuda y la otra grande, y que las dos eran feas, pero no dio importancia al asunto, pues les pondría muchos lazos, y se durmió profundamente, lo natural después de tanta faena.

Ido el marqués y dormida la marquesa, antes de que las criadas se dispusieran a cambiarle las sábanas de la cama, la partera anduvo a la señora en el vientre. Pues que sacó la placenta de la bacina de aguas malas, la palpó, rajó la telilla y no hallando las manos de las niñas, se preocupó y buscó en el único lugar donde podían estar, una

vez y otra. Pero, ay, Señor Jesús, no estaban, o se habían asentado tan alto que la buena mujer no llegaba con la mano y no se atrevía a hurgar más, no fuera a desgarrarle a la dama alguna entraña.

E, desesperada, porque las manos de las criaturas habían sido arrancadas de cuajo como se podía apreciar a simple vista, abrió la ventana del aposento para respirar aire puro y despejarse la cabeza, e observó netamente la luna, grande y roja, roja, como un lucero, e hizo un gesto con la cabeza como preguntándole qué podía hacer en aquella tesitura, pero el astro no debió de contestarle, porque al rato atrancó la ventana y se sentó en un escabel, las manos tapándole los ojos, a rezar con las demás mujeres.

Así las cosas, al toque de vísperas en la iglesia de la Catedral, se pudo decir y se dijo en toda la ciudad de Ávila que la desgracia había caído sobre la casa de don Juan Téllez. Y al día siguiente se pudo añadir y se añadió que las desgracias nunca vienen solas.

Porque, veinticuatro horas después, todavía no había vuelto a casa el señor marqués y no se sabía nada de los criados que habían salido en su busca, y la señora marquesa, enterada ya de la magnitud de su desgracia, había pedido la Santa Unción y entrado en agonía, porque sus hijas no tenían manos o porque las dichas manos debían hacerle gran daño en el vientre o en el corazón, donde se le hubieren aposentado, y se moría.

Falleció doña Leonor de Fonseca a los dos días de parir, sin que hubieran aparecido las manos de sus hijas. Se fue sin preguntar por los frutos de sus entrañas ni por el paradero de su marido, con la imagen del Crucificado en los labios, sin grandes estertores, entre los lamentos de sus criadas y de sus dos esclavas moras, que no escatimaron pena y lanzaron ese grito de pesar que arroja todo buen musulmán por su boca en una situación de dolor extremo, Dios la tenga con Él.



Muy lejos de Ávila, María la Malona dio a luz en soledad, en medio de un prado. Eso sí, bajo una luna grande, grande y roja, roja como no se había visto otra por aquellas latitudes, extrañada de la existencia de semejante lucero a una hora en la que no era común que estuviera el astro en el cielo, o quizá fuera más tarde y a ella se le hubiera hecho corto aquel día tan duro que había llevado.

El caso es que, tras andar por los robledales del rabal de Ibeni buscando setas, el parto se le presentó de súbito cuando regresaba a su casa. Sufrió un gran dolor, como un enorme desgarró en sus entrañas, uno sólo, a Dios gracias, y le salió de sus partes un bulto que, claro, era hijo o hija, pues estaba preñada y muy preñada. El bulto cayó al suelo como un fardo que se deja caer, y ella, tras llevarse las manos al vientre, se

agachó en busca de la criatura, encontrándose con una niña —la observó netamente porque había clara luz— sucia de sangre y moco. Púsola boca abajo, como tenía oído que hacían las parteras, e la niña lloró. Ella, que se había convertido en madre, la envolvió en su capirón, no sin ciertas dificultades, pues se le enredaron las cintas y, nerviosa como estaba, no atinó a desatarlas, y las rompió. Así que estaba de rodillas en la hierba con las piernas abiertas, con la criatura en los brazos, con una cosa viscosa que le salía de sus partes de mujer, y con mucho miedo naturalmente, porque era primeriza y, además, no tenía marido.

Ay, que Mari la Malona, hija que fuera de Pero Malón, se había dejado seducir por un mal hombre. Se había dejado hacer entre las piernas cuando el tipo le fue con lisonjas, con promesa de matrimonio y con ciertos dineros, pues que ganaba poco vendiendo setas, y se había encontrado con lo que se encuentra cualquier mujer que yace con un hombre, que el cuerpo humano está hecho para que cuando una mujer y un hombre se ayuntan en coyunda lícita o ilícita, tengan un hijo o hija, o dos, y hasta tres y más hay quien ha tenido a la vez, según decires que se escuchan.

Y en eso Mari la Malona no fue una excepción. Huérfana como era, recogía setas para un herbolario de la villa de Bilbao, su lugar de residencia. Y andaba por los montes antes del alba, al mediodía o a sobretarde, para recoger tal seta a tal hora y tal a tal otra, cada una en su momento de sazón, bien fajada para que no se le notara la preñez, dispuesta a dejar abandonada a la criatura en el torno de algún convento, pues que no tenía dinero para criarla, echando cuentas de que cuando le vinieran los dolores tendría tiempo de pedir ayuda a Mari de Abando, la bruja que vivía en las afueras de la parroquia del mismo nombre. Bruja o lo que fuere, a ella la trataba bien, y le daba de tanto en tanto un puñado de aceitunas, un cantarico de vino, una pinta de aceite, un pan o una vela o, en otro orden de cosas, buenos consejos, pero de hacerle abortar no quiso saber; es más, se negó a ayudarle. Por lo que bruja no podía ser, pues que las dichas brujas no sólo hacen abortar a las doncellas, sino que matan con grandes venenos a toda clase de personas.

Mari la Malona había echado cuentas para llegar a casa de Mari de Abando cuando le llegaran los primeros dolores del parto, pero no tuvo tiempo, y parió en un prado, en soledad, con la última luz del sol y con la primera luz de la luna roja de abril. Ella no lo supo, pero eran las cuatro horas e dos tercios de hora del día 22, Jueves Mayor y primer día de primavera en la ría del Nervión después de un largo invierno.

Se apuró, sola como estaba, por la terrible punzada que sufrió en el vientre, por la niña y por la placenta que se desprendió de sus partes tan rápidamente como la criatura, e por el cordón umbilical, que, ay, hubo de cortar con los dientes y anudar como bien pudo, pues le temblaban las manos y le botaba el corazón en el pecho. En vez de llevarse a la niña a la teta y luchar contra la soñera que le venía, como hubiera

hecho cualquier madre experimentada, se tendió en la fresca hierba y se quedó dormida hasta el albor con la niña al lado.

La despertó un perro a lametazos. Un perro que también había lamido a la niña, quitándole la sangre y el moco que trajo del otro mundo, pero bien pudo llevársela lejos y hasta comérsela. Pero no, Dios dio más sensatez al can que a la moza, bendito sea.

Despertóse la moza por las lametadas del can en buena hora, porque, ay, estaba llena de sangre y, viéndose en aquella guisa, le vinieron pavores, con razón. Porque la sangre del cuerpo humano es tanta y cuanta, la justa, la necesaria, para que el hombre o la mujer vivan, pero no menos, que entonces el ser humano fallece, y eso había de sucederle a Mari la Malona si no llegaba presto a casa de Mari de Abando, pues que se estaba desangrando. Por eso se levantó, tomó a su hija en los brazos, la tapó bien con el capillo y, seguida del can, que se fue tras ella por su cuenta, se encaminó hacia el caserío, dispuesta a llamar a la puerta de la mujer.

Anduvo perdiendo sangre, sin encontrarse con alma viviente a quien pedir auxilio, tropicándose, deteniéndose para tomar aliento, muy afiebrada y, en el último trecho, como alunada, dando bandazos y caminando a tentón. Y quiso Dios que avistara la casa de la bruja, o lo que fuere la vieja, y que, haciendo un último esfuerzo, el último que haría en su corta vida, atravesara un regato, llegara a la puerta, llamara a la aldaba y falleciera en el umbral dejándose caer, eso sí, lentamente, para no dañar a la criatura que llevaba en sus brazos.

Vaya con Dios la tal María la Malona, la hija de Pero Malón, moza destalentada, como diría Mari de Abando al encontrar su cadáver y a una niña recién nacida, a la que apenas le quedaba aliento. Diole la vieja leche de vaca a cucharadas y luego en un recipiente que habilitó como mamadera, y le puso el nombre de María, el suyo y el de la madre muerta. Aunque la dejó huérfana de bautizo, porque no se atrevió a llevarla al preste del lugar, la cuidó mucho mejor de lo que hubiera hecho su madre verdadera.

La anciana, pasado el susto, se lamentó de no conocer la hora del nacimiento de la niña, pues se dijo que le hubiera echado las suertes por ver qué había de ser de aquella criatura que había llegado de súbito a la puerta de su casa. Mari de Abando, la joven, pues que así sería conocida la niña que crió la dicha Mari de Abando, la vieja, no supo tampoco la hora de su nacimiento, pero con ella fueron cuatro las mujeres que nacieron a la misma hora y en el mismo día en el que lució hermosa la luna roja de abril en el firmamento.

2

La reina doña Isabel de Castilla, de León, etcétera, sonrió a su hija recién nacida. Apretó las manitas de la criatura, le tocó los labios y los ojos, le abrió la boca, le miró los dedos de manos y pies uno por uno, el vientre, el pecho, la espalda y las partes de mujer por ver si estaba entera. Pero cuando terminó de examinarla toda, pese a lo que pudiera parecer a simple vista, viéndola arrodillada ante una imagen de Santa María, muy buena, y dándole las gracias por su feliz alumbramiento —pues había tardado mucho en quedarse preñada y hasta tuvo que hacer reiteradas promesas a la Madre de Dios para conseguirlo— se mostró displicente con el fruto de sus entrañas, entregándolo a sus damas portuguesas con cierta indiferencia, como si les diera un objeto sin valor. Luego se hundió en una especie de desgana y, unos días después, en grave melancolía, que con el paso de los años devino en alunamiento para siempre, salvo en alguna contada ocasión.

Es más, despidió a Gonzalo Chacón cuando le preguntó qué nombre deseaba ponerle a la niña, y otro tanto a sus damas, a sus meninas, como ella las llamaba, y a la nodriza de su hija, que quería enseñarle la mucha teta que tenía, e pidió un paño para bordar, e luego otro y otro...

Gonzalo Chacón le puso a la recién nacida el nombre de Isabel cuando la llevó a bautizar a la iglesia de San Nicolás de Bari —que se construía con la cal, ladrillos y plegaduras que aportaban los vecinos de Madrigal, tanto cristianos como moros y judíos— y él mismo se ocupó de buscarle padrinos e madrinas.

Así las cosas, la reina no llevó a la niña a presentar a ningún templo de la villa, con lo cual desairó a la población que, días ha, había tomado la explanada existente entre el palacio real y la iglesia de Santa María del Castillo y esperaba allí para presenciar la entrada y salida de la comitiva regia camino del santuario. No comió la real dama en veinte días alimento sólido, sólo tazas de caldo de gallina, e se quedó débil de cuerpo e muy delgada, e le arreciaron los entuertos propios del posparto e se le fue la sangre de la cuarentena. Y, además, habló poco, y lo poco que dijo fue sobre el valimiento que don Álvaro de Luna tenía con el rey don Juan, su esposo, y las desgracias que acontecían por la tal privanza, en cuyo final, según decían las malas lenguas tiempo atrás, ella tenía empeño.

Las gentes del palacio no sabían qué hacer, azuzaron a los bufones para que inventaran gracias e hicieran risas. Trajeron juglares de Valladolid. Propusieron viaje a Medina del Campo para presenciar la feria. La emprendieron con los cocineros para que guisaran platos deleitosos. Llamaron a frailes y prelados para que bendijeran a la señora, y hasta las meninas fueron andando descalzas, flanqueadas por las buenas mujeres de la villa, al convento de Santa María de Gracia, situado extramuros, para postrarse ante la tumba de doña María Díaz, la fundadora, que tenía fama de santa. Y

a la señora le hablaron y le hablaron recordándole esto o estoto:

—Recuerde la mi señora cuando íbamos a dejar Sintra que llovía a cántaros, e que hubimos de regresar e que llegamos todas ensopadas pese a llevar capas aguaderas...

—E la impaciencia de la señora por llegar a Castilla e el recibimiento que tuvo, pues las gentes no escatimaron loores...

—Salían los vecinos a los caminos e aplaudían...

—E traían cestillos de cerezas...

—Os aplaudían a vos, que no a nosotras...

—A la reina y a la mujer más bella de Castilla toda...

—E venían los maestros de las Ordenes Militares e los condes e los duques a postrarse a vuestros pies...

—A traeros flores...

—A regalaros lamines...

—O agua fresca...

—O vino bueno...

Pero la dama no se animaba e rehuía a todas sus camareras, y eso que se habían criado con ella en la corte de Lisboa, y hasta evitó a su mayordoma, a doña Clara de Alvarnárez, que, dolida, recorría el palacio como una sombra mientras su señora cosía y cosía con frenesí, mascullando sobre los malos tiempos que corrían por la privanza de don Álvaro de Luna y sin ocuparse de la niña.

En el palacio de Madrigal reinaba la confusión. Las meninas de doña Isabel se lamentaban ante Gonzalo Chacón. Su esposa, doña Clara, se quejaba:

—Los males de nuestra señora provienen de que ha tenido que levantarse las faldas delante de seis hombres, tres notarios, dos vecinos y tú, marido, seis en total, cuando es pudorosa en exceso.

—Los testigos no vimos a la mujer sino el parto, pues que fuimos comisionados por el señor rey.

—¡Es igual, visteis...!

—Es costumbre antigua del reino...

—¡Sí, pero parir delante de seis varones es demasía...!

E intervenían las otras damas, revolviéndose también contra el mayordomo:

—Tenga en cuenta vuestra merced que la señora no se ha desnudado ni ante su señor esposo.

—Es mujer de prendas.

—Muy recatada, además.

—¡Y muy púdica...!

—Y buena cristiana...

—Lo de los testigos y notarios es una costumbre bárbara.

—Ni los negros gelofes, que pueblan la Guinea, es decir, los reinos portugueses

de ultramar, la siguen practicando...

—¡Que vivimos, señor, mediado el siglo xv...!

—Nuestra señora ha sido humillada como reina y como mujer...

Y las meninas sólo se detenían en su verborrea para escuchar a la dama cuando hablaba de don Álvaro de Luna o para llorar cuando doña Isabel les pedía otro trozo de tela porque ya había terminado de bordar el anterior; De bordar no, de corcusir, pues hacía verdaderos culos de pollo en los paños, como si no le hubieran enseñado a bordar con primor cuando era niña.

Eso dentro del palacio, que fuera, en la villa, las gentes querían saber por qué no se celebraba procesión ni misa de acción de gracias por el nacimiento de la infanta y por la salud de la reina, y qué sucedía, y si la señora doña Isabel estaba enferma, y pedían ver a la niña, y preguntaban en virtud de qué se oían gritos y las dichas meninas hablaban en portugués y no en castellano, seguramente para no ser entendidas. De tal manera que un día que alborotaban en exceso, la mujer de Gonzalo Chacón, doña Clara, la mayordoma de la señora, hubo de sacar a la niña a la puerta del palacio e pasaron al primer patio porticado los hombres y las mujeres de la población, de uno en uno, para verla y besarle los pies, como si de un Niño Jesús se tratase.

El caso es que en la real casa hasta los perros y los gatos estaban tristes, y ladraban y maullaban a la menor ocasión, lo mismo que los sirvientes, que, en portugués o en castellano, se encorajinaban entre ellos por nimiedades. En aquella situación insostenible el oficial Gonzalo Chacón escribió al rey narrándole someramente lo que sucedía, lo de la taciturnidad de la reina y el desbarajuste existente, y don Juan, que era buen marido, se presentó con mucha compañía a los pocos días, deseoso, por otra parte, de conocer a su hija Isabel.

Y, evidente, hubo fiesta en Madrigal: tablados, toros, cañas, carreras de caballos y galgos, y bailes; volatineros y un buen número de juglares con sus cantaderas; buenas viandas, y regalos, pues el señor rey dotó a la infanta Isabel, su hija, con el señorío de la villa de Cuéllar, por lo que pudiere suceder y para que tuviere algo propio.

El señor rey se holgó sobremanera con su pequeña, la tuvo en sus brazos delante de toda la corte. Participó en los juegos de grado, desagraviando al pueblo de Madrigal y a las gentes comarcanas. Hizo que los médicos de su cortejo visitaran a su esposa y, ya fuera por lo que le dijeran, ya fuera porque la dama se negaba a ingerir los cocimientos de genciana y vino que le llevaban tres veces al día, ya fuera porque le mostraba desgana, no la llamó a la cama. E fuese a sus ocupaciones, contento de alejarse de la verbosidad de la portuguesa —que había perdido el seso, a decir de dueñas— contra don Álvaro de Luna.

Ido el señor rey, tomaron el mando de las cosas de la reina don Gonzalo Chacón y su esposa doña Clara Alvarnárez, e, vaya, dispusieron bien. El caballero percibió las

rentas de los señoríos de la señora, las anotó en sus cuadernos de cuentas, reclamó los dineros que no llegaban a su vencimiento y abonó puntualmente los sueldos de los criados. Con su administración hubo comida abundante para todos los moradores del palacio de Madrigal y alegría general pese a la insania de la dama. Doña Clara llevó la casa como excelente mayordoma y se ocupó de la pequeña Isabel en todo momento, como si fuera su propia madre, pues no en vano fue una de las madrinas de su bautizo, eso sí, comentando a menudo con su marido que la infanta había venido briosa del otro mundo, pues que se mostraba terca cuando no quería comer e no quería estar en la cuna sino en los brazos de las meninas, y asegurando que a ese paso saldría malcriada.



La jovencísima doña Leonor de Fonseca, marquesa de Alta Iglesia, conocedora de que la desgracia señoreaba en su casa, pues había parido dos niñas lisiadas y su esposo la había abandonado, entregó a las hijas a sus dos esclavas moras, una a cada una, antes de entrar en agonía y morir cristianamente a las pocas horas. A Marian la que no tenía mano derecha, y a Wafa la que no tenía mano izquierda. No hizo recomendaciones ni instruyó a las receptoras en los negocios de la crianza o del devenir, ni les dio dineros; sencillamente, las tomó de su lado y se las entregó como si diera un objeto cualquiera. Cierto que ellas no las tomaron como si recibieran un peine o un cepillo o un jubón de la señora, sino que las aceptaron cada una como si el Señor Alá les hubiera mandado del Paraíso una hija, y así las criaron. Entre otras cosas, porque ninguna otra sirvienta dijo de hacerse cargo de ellas y porque al mayordomo debió de parecerle bien que las moras se ocuparan de las criaturas, puesto que el padre, el señor marqués, no volvería ni para morir allí y la bisabuela, doña Gracia, tardaría bastantes años en llegar.

Claro que hubo sus más y sus menos. No por las moras, que fueron admitidas por toda la servidumbre del palacio como ayas de las niñas, que no nodrizas, pues fue menester contratar a dos, sino por cuál de las criaturas había nacido en primer lugar y cuál de las dos habría de heredar el marquesado a falta de que don Juan Téllez regresara a casa, se casara otra vez y tuviera un hijo, un varón, que acabara con aquel dilema. Todo por esas cosas que hacen las gentes, que vuelven importante lo que no es fundamental en el momento. Porque lo primordial en aquella circunstancia era encontrar a don Juan, bautizar a las niñas y darles crianza en el temor de Dios y en el respeto a los hombres.

Fue pena que las sirvientas que ayudaron en el parto de doña Leonor, Dios la tenga en la Morada Celestial, fueran incapaces de saber cuál de las criaturas había

nacido primero, y que la comadrona tampoco lo recordara. E ítem más, que los hombres y mujeres de la casa aseguraran que, dada la desgracia de lo que sucedió, ninguno había mirado a las niñas al completo, sino los brazos de las niñas porque, faltándoles una mano a cada una, era lo que más se veía.

Fue jaleo entonces y luego, cuando, personado el señor obispo de Ávila, don Alonso Tostado, interrogó a los criados sobre el desdichado suceso y pidió ver a las niñas, cuyos brazos en periodo de cicatrización apenas acusaban ya las mordeduras, salvo una rojez cinco dedos arriba de la inexistente muñeca.

Tuvo que intervenir el obispo, ordenando que varios médicos examinaran a las criaturas, en razón de que la vecindad había entrado en pavores, hablando de perros, de diablos, de negocios infernales y, aterrorizada, pedía explicaciones, mientras la desgracia corría de boca en boca. Pero los galenos, vive Dios, no le aclararon nada. Es más, dejaron al clérigo mucho más perturbado de lo que estaba, entre tanto detalle científico adornado con palabras huera. Unos aseguraban:

—En los primeros momentos, el feto es uno y luego se parte...

—¡Sí, una sesera, un corazón, un cuerpo, dos brazos, dos piernas, y todo lo demás, se dividen a lo largo del embarazo...!

—De ese modo resultan dos seres diferenciados y completos...

—Casi siempre uno es más grande que otro.

—Pero en su vivir suelen tener sentimientos parejos.

Hubieran pasado horas abundando en la teoría de la partición, pero el obispo daba la palabra a los que sostenían:

—Los seres son dos desde el principio.

—Nacen de dos semillas.

—Dos semillas masculinas fecundan a dos femeninas.

—Perfectamente diferenciados, y en vías de formación.

Oídas las partes, don Alonso releía las notas que había tomado —pues que siempre andaba con el cálamo en la mano— e, como hombre que era, le venía sofoco.

En la casa de la calle de los Caballeros también se hicieron sentir los espantos, porque una cosa hubiera sido que hubiera nacido una de las niñas manca, y otra muy distinta que nacieran las dos. Además, una sin la mano izquierda y otra sin la derecha, que no hubiera sido lo mismo que las dos hubieran tenido la misma mano, las dos la izquierda, las dos la derecha. Además, con una mordedura cada una, como si una fiera carnícera les hubiera arrancado las extremidades en el momento de venir al mundo. Y todos, salvo las dos moras y la cocinera, tuvieron miedo, y los que pudieron se despidieron y se buscaron trabajo en otras casas de la ciudad.

Para Marian y Wafa las criaturas fueron una bendición de Alá. Las tomaron como suyas, las velaron de día y de noche, las cuidaron, estuvieron delante de las nodrizas para que no les escatimaran teta, y, conforme fueron creciendo, ayudaron a sus

pupilas a situarse en el mundo, a conformarse con su orfandad y su manquedad, sin regatear cariño ni servicio. A Marian le tocó la niña grande, la que no tenía mano derecha y a Wafa, la pequeña, la que no tenía mano izquierda. Cierto que se las intercambiaron y las criaron a la par, pues, aunque ambas se habían mostrado celosas de los distingos que había hecho con ellas la señora, se llevaban bien, entre otras cosas, porque eran las dos únicas moras de la casa, y la soledad aún. Y bendito sea Alá, como decían las dos esclavas levantando los brazos al cielo.

A los siete días de nacer, las criaturas fueron bautizadas en la parroquia de San Juan. La grandota, con el nombre de Leonor en recuerdo de su madre, y la chica con el de Juana, en recuerdo de su padre.



De regreso a su casa el 23 de abril, Mari de Abando no se apercibió de primeras de que tenía visita, de que en su puerta yacían el cadáver de María la Malona, una niña recién nacida y un perro ladrador. Había estado en la junta de brujas de la campa grande de Miravilla, allende el río, vendiendo su untura mágica —un preparado de sapo y otras sabandijas, todo bien majado y pasado por el tamiz, que vendía a las gentes que se personaban en la reunión—, y había salido de allí con buenos dineros y muy alegre. Tan contenta estaba con la faltriquera llena, que, disuelto el sabat, se había marchado rauda, no fuera a suceder alguna cosa. Ya alejada del peligro se fue a echar un trago a casa de Martina de Inaxio, su gran amiga, y allí, al amor de un buen fuego y con el pacharán, le dieron las mil. Además que se untaron las dos lo poco que quedaba de unguento mágico en la tartera y se durmieron.

Ya había amanecido cuando Mari de Abando dejó a su amiga, todavía en profundos sueños y, al enfilar el camino de su casa, se sintió cansada, incapaz de dar un paso, por lo que decidió encarnarse en ave, pues que no en vano era bruja, bruja sabia. Y tal hizo, o lo imaginó, el caso es que pronunció el conjuro apropiado y se encarnó en un jilguero, el primer pájaro que avistó cantando sobre una rama, y, claro, voló, cruzando la puente de la ría, hacia su casa a gran velocidad. Al llegar, transformándose en lo que fuere, quizá en una gota de agua o en un pellizco de aire, que ni las sortiñas lo sabían, se empequeñeció lo suficiente para entrar por el ojo de la cerradura, como sólo eran capaces de hacer las brujas sabias, muy sabias, yendo derecha a su cama. Por eso no vio a María ni a su hijita. Por eso falleció la Malona desangrada y la niña no se murió porque Dios no quiso, pues que sería mediodía cuando Mari de Abando, tras desperezarse y remolonear en la cama, abrió la puerta de su casa para ventilar y se encontró con una mujer muerta, con una recién nacida viva y con un perro ladrador en el umbral de su morada.

En un primer momento se conturbó, pero reaccionó presto. Le propinó una patada al can para que guardara silencio, porque a su edad, que era mucha, no soportaba ya los ruidos.

Se arrodilló ante la mujer, que presentaba un aspecto lastimero, le tentó la yugular, observó que había fallecido, la contempló de arriba abajo, reparó en la mucha sangre que impregnaba sus sayas y le cerró los ojos, e se iba a alzar cuando descubrió un hato que, ay, San Pedro, San Juan y los tres demonios sabedores, contenía una criatura recién nacida, limpia ya de moco y sangre —que la había lamido el perro—, e la cogió en sus brazos e se entró en su casa con ella, no sin antes amenazar al bicho que, alejado, ladraba como un poseso.

E, vaya, a la tal Mari de Abando, que pocas veces había tenido un niño en brazos salvo para curarle las paperas o el cólico, se le revolvió el corazón mientras caminaba apresurada hacía el fogón, pues la criatura tenía poco aliento y apenas le quedaba un hálito de vida. Actuó presto, mojándole los labios en agua azucarada mezclada con vino y, a las pocas horas, le dio leche de vaca rebajada con miel para contrarrestar los malos efectos. Ya la niña lloriqueó y, a poco, defecó una agüilla verde. Para arreglarle las heces verdes le dio en una cuchareta una hoja de mirto bien majada en el mortero con el almirez, que tenía de aquella hierba en casa y de otras muchas, e se puso a hacerle un pañal de unos trapos viejos, y luego a coserle una ropilla, sin acordarse, ay, de la madre de la niña que estaba muerta en la puerta de su casa. Pero es que la señora Mari, no acostumbrada a niños de ninguna edad, se azaraba, e iba y tornaba del fogón a su cama, e hasta se trompicaba con el escaso mobiliario que tenía en la casa.

Fue su amiga y vecina, la dicha Martina de Inaxio, también tenida por bruja, quien descubrió el cadáver de la Malona, ya con muchos morados, al anochecer. Asonó la aldaba de la puerta como si llegara el moro, e apareció la Mari de Abando y enfadóse con ella pues la asustó al llamar con tantas urgencias, e discutieron ambas, en razón de que Martina quería saber cómo la dicha Mari tenía una niña en la cama, una mujer muerta en la puerta y un perro aullador en el umbral de su casa. No se conformaba la vecina con lo que su amiga le contaba, queriendo saber otra verdad, como si hubiera otra, y se decantaba por dar a conocer el asunto al concejo de la villa de Bilbao o al corregidor del señor rey. Y decía la tal Mari con enojo que no, que no, que le quitarían a la niña, que, visto el suceso, la darían a alguna familia que no tuviera hijos y quisiera tener. E insistía la otra, y ella que no, que la niña era suya, que se la había encontrado en el umbral de su casa y que la madre de la criatura y alguien más se la habían llevado para que la alimentara y criara, y no le ponía nombre a aquel «alguien», porque una reputada bruja no podía nombrar a Dios.

—Alguien la ha dejado en mi puerta...

—¿Alguien?, su madre, la Malona...

—No sólo la Malona, Martina, alguien más... Y muy poderoso...

—¿La Dama de Amboto?

—Ella o algún otro... ¡Ven, ven a verla...! ¡Qué bonita, qué bonita es...!

E las dos fueron a contemplar a la criatura, y la tal Martina, al observarla tan chica, le recorrió la carita con el dedo y, ay, le hizo un arrumaco, y quizá porque las mujeres llevan dentro de sí un sentimiento maternal de natura, el caso es que Martina le apretó a Mari de Abando las manos con calor e se mostró dispuesta a ayudarle en la crianza. Así que tuvo doble ración de afecto Mari de Abando la joven, que no gozó de madre verdadera, pero sí de dos madres putativas, a quienes las gentes llamaban brujas y otras maldades, pero, una muy cerca y otra un poco más lejos, como a media milla, fueron dos excelentes madres, a cual mejor. Las dos la querían tener en sus brazos, por eso discutían a menudo:

—Trae a la niña, Martina, que la tienes ya mucho rato...

—Acabas de dejármela, María, ahora me toca a mí.

—La vas a enviciar... Estaría mejor en la cuna...

—Vicios le daré, todos los que no he tenido yo...

—¡Pues yo le daré cariño, que nunca sobra...! ¡Tú le darás lo que yo te deje, la niña es mía...!

—No te enojés, María, que mejor es tener dos madres que una...

—¿Qué haremos el sabat?

—Pues ir...

—¿Con la niña?

—¡Claro!

—¡Ah, no, que allí hay mucha chusma...!

—La llevaremos en brazos... Un rato tú y otro yo... Ella no se enterará...

—No sé, no sé...

3

Doña Clara Alvarnárez y las otras damas portuguesas de la reina de Castilla se afanaron con la pequeña infanta Isabel. Velaban su sueño, vigilaban a la nodriza, celebraban el color verdiazul de sus ojos, sus balbuceos y sus primeras gracias. Estuvieron, en suma, pendientes de su crecimiento, haciéndole mil fiestas y sacándola a tomar el sol a los balcones del palacio y por las calles de Madrigal. Le afearon sus primeras pedorretas, prohibiéndole hacer salivillas, y le enseñaron sus oraciones, ocupándose de santiguarla antes de meterla en cama, no fuera a rondar por allí algún espíritu o bruja malvada que le echara mal de ojo. Le dieron la mano para que anduviera sus primeros pasos, e luego corrieron detrás de ella cuando, como todos los niños, se tornó en un torbellino. Entonces la llamaron al orden como todas las madres hacen con sus hijos, tratando de encarrilar la mucha viveza de la criatura, de atemperar la brusquedad propia de la poca edad, de inculcarle buenos modales e, ítem más, de enseñarle a manejar la cuchara, la forqueta, el cuchillo e a limpiarse los labios con la tovilla de mesa. También aprendió a comportarse con las visitas y a escuchar con buena cara de labios de la reina, su señora madre, siempre la misma historia: las malandanzas de don Álvaro de Luna.

Pues que su Alteza, a más de chafallar paños y paños en el bastidor, hablaba de la privanza de don Álvaro. De aquel hombre que tantos daños causara al reino y a quien el rey Juan se negaba a poner coto.

E llegaba la niña de buena mañana a saludar a su madre, a demandarle qué tal había descansado y a desearle parabienes en la jornada, e ella la emprendía contra el valido. Al principio con alegría en la voz, pero luego balbuceando, tartamudeando e acabando agotada e con temblores en las manos. Entonces intervenían los médicos, y las damas se llevaban a la infanta de la habitación, las más de las veces a la fuerza, pues que era curiosa, entrometida y marisabidilla, como todos los niños.

Aquel día 12 de mayo de 1453 con mayor motivo, pues que a la reina le observaron, por vez primera, unas manchas en la piel, y de inmediato se habló de que alguien había tratado de envenenarla. En voz baja, en el palacio, se mencionó el nombre de don Álvaro de Luna, y en voz alta en toda la población de Madrigal. Es más, las gentes se echaron a la calle contra el todopoderoso condestable de Castilla y maestre de Santiago. Y no sólo vocearon los hombres buenos de esta villa, sino los de Castilla toda.

El rey, alarmado por el griterío, se presentó a visitar a su esposa de súbito con unos pocos caballeros, y quiso Dios que la reina se quedara preñada y que, apercebida del hecho a los pocos días y completamente segura a la segunda falta, dejara la aguja y a don Álvaro de Luna, y participara en la alegría que reinaba en el palacio y en la población. Además, que se le habían ido las manchas verdinegras de la piel tan rápido

como le habían venido y sin tomar ningún antídoto contra venenos, bendito sea el Señor.

Mejor, ya que la pesquisa que llevó a cabo Gonzalo Chacón, el mayordomo, no dio resultados, pues no encontró posibles envenenadores. De consecuente, comentó con su esposa que la gente de la casa era de fiar, y oró con toda la servidumbre para que el fruto del vientre de la señora fuera un varón, y eso que quería mucho a la pequeña Isabel y le hacía mimos cuando nadie le veía, y se llegaba a las cocinas para buscarle lamines. Pero mejor un varón, porque el príncipe Enrique, dispuesto a divorciarse de doña Blanca de Navarra —ambos echándose la culpa de su incapacidad para engendrar—, buscaba nueva esposa y mejor que doña Isabel alumbrara un varoncito por si acaso fuere cierto que don Enrique fuere impotente, como se comentaba sin recato por todo el reino.

Pasada Pascua de Resurrección se conoció en el palacio de Madrigal que don Álvaro de Luna había hecho arrojar por una ventana a don Alonso Pérez de Vivero, a la sazón mayordomo del señor rey, matándolo, casualmente a los pocos días de la visita que hizo a la soberana para desearle albricias por su preñez. Doña Isabel, que parecía otra, pues estaba muy alegre y mandaba y ordenaba como en sus mejores tiempos, envió carta a su esposo anunciándole su felicidad y rogándole que aprisionara a don Álvaro. En razón de que matar no es cristiano, en razón de que el condestable hacía de su capa un sayo, pues mandaba en el reino más que el rey, y asesinaba a los hombres buenos para que ninguno hiciera sombra a su poder, que era inmenso. En este punto atinó, pues ostentaba mucho más imperio que el monarca, más que el papa, más que Dios en aquella tierra, posiblemente. Y el caso es que debió coger al rey don Juan en buen momento, según se dijo luego, en el mismo instante en que un nigromante le aseguraba catando en cosa luciente que la reina doña Isabel estaba preñada y que pariría un varón. Se albrició el hombre por el vaticinio y, tras oír la opinión de sus caballeros, que mucho tenían que decir contra don Álvaro de Luna, decidió actuar por una vez y llevar al hombre más poderoso de su reino ante un tribunal de Valladolid, precisamente donde le recomendaba su esposa. Y fuese a visitarla tan aprisa como si fuere en algara contra el rey moro de Granada, y se llegó a su cama varias veces.

El rey don Juan, que por la mucha premura que llevaba no pudo hacerle ningún regalo a su hija la señora infanta Isabel, le entregó su gorra y, días después, mientras discurría el proceso contra don Álvaro, para distraerse quizá y quitárselo de la cabeza, pues que le llegaban malas noticias del discurso del juicio, delante de toda la corte, la armó caballero. Fue risible que una niña tan chica fuera armada «caballera», y el gesto muy celebrado por los asistentes y por la criatura, que anduvo muy ufana por la casa con su título, su sombrero y una espadilla de madera colgada del cinturón.



La casa de la calle de los Caballeros de la ciudad de Ávila se fue despoblando. A los dos meses del fallecimiento de la marquesa, de cuarenta criados que había quedaban tres mujeres, dos de ellas moras, y una cocinera y un hombre, el administrador, que entró en grave enfermedad y fuese a la tumba en quince días. El tiempo justo para explicarle a la mora Wafa, que sabía leer y escribir, qué dineros habrían de recibir las marquesitas cada un año: tanto de tales tierras de labor, tanto de tales rebaños, tanto de tales alamedas o encinares, tanto de tales casas arrendadas y de tales juros de heredad. También se preocupó de dar poderes —pues los tenía de su señor para otorgarlos a otros en caso de necesidad— a Catalina, la cocinera, para que firmara los papeles precisos hasta que regresara el señor o hasta que las niñas alcanzaran mayor edad. Catalina no sabía firmar, a gusto hubiera dado a la mora los poderes, pero como era esclava, no tenía capacidad para obrar ni por sí misma ni menos por otros. Así que dio manda oral de que firmara Wafa por ella, toda vez que se demostró que nadie en Ávila quería hacerse cargo de unas criaturas que no tenían parientes. Que ni el obispo, don Alonso Tostado, que se había interesado por el caso, como va dicho, estaba por la labor, pues acabó con la discusión que había emprendido diciendo a los médicos:

—¡Señores, no juzguemos la obra de Dios!

Y los despidió, entre otras cosas porque se había enzarzado en una disputa por escrito contra un tal fray Tomás de Torquemada, e andaba muy ocupado.

Ni los hombres buenos del concejo ni el corregidor quisieron saber de las gemelas, y nada se sabía de la bisabuela, que a la sazón andaba en la ciudad de Milán donde, fallecido su marido don Pedro, casara en segundas nupcias con un conde italiano mucho tiempo atrás. Entre otras cosas cabe añadir que llegó la pestilencia a la meseta castellana y de consecuenta a Ávila, e los habitantes, y máxime las autoridades locales, andaban locos, unos corriendo para abandonar la ciudad, otros quemando a los muertos y otros muriéndose, y en tales circunstancias, como había problemas más importantes que resolver, se olvidaron de las criaturas.

Lo cual —el olvido, que no la muerte de la ciudadanía— holgó sobremanera a las dos esclavas moras y a la cocinera, la dicha Catalina, que llevaba muchos años en la casa y era fiel a sus amos, aun estando desaparecidos. En un principio, las criadas recelaron de que las jerarquías pudieran arrebatarles a las niñas, aunque ellas siempre hubieran mantenido en un posible pleito que el señor marqués, el padre, estaba ausente y que la madre les había encomendado la crianza de sus hijas, pero temían que alguna autoridad hiciera mal a las recién nacidas o les quitase de malas maneras lo que tenían de su casa y hasta la casa y los campos, los rebaños y los juros, pues que

hay gente ambiciosa por doquiera. Por eso las sacaban poco a la calle, pues dos moras y dos niñas mancadas juntas sería cosa de llamar la atención.

Marian se instaló con Leonor y la nodriza en el primer piso. Wafa con Juana y la otra nodriza en el segundo en habitaciones que daban al patio para que no se oyera el llanto de las chiquillas desde la calle cuando lloraran a la par. Una en cada piso para que no se estorbaran las niñas entre sí.

Catalina, la cocinera, subió, bajó y, enterrado el mayordomo, gobernó la casa como Dios le dio a entender: administró la arquilla de los dineros del señor marqués, abonó el salario a las nodrizas y encargó a los carpinteros la cuna que faltaba, pues en aquella casa sólo se había esperado una criatura, que no a dos. También escondió el azafate de las joyas de su difunta señora en un cofre de varias llaves y fuerte candado, fue diariamente al mercado a comprar alimento, y ajustó unos hombres, que le parecieron caballeros pero no lo fueron ni de lejos, para que buscaran a don Juan por los cuatro puntos cardinales. Con el andar del tiempo cerró casi todas habitaciones de la casa, excepto una en el primer piso para Leonor y Marian, otra en el segundo para Juana y Wafa y las nodrizas respectivas, y otra para ella en la azotea, donde, de haber tenido un minuto de tiempo, hubiera podido contemplar por el ventanillo el espléndido caserío de la ciudad y las campanas de la Catedral. A más, llevó unos bancos del zaguán a la cocina y los instaló cerca del fogón. Y, ay, tan ocupada anduvo que dejó morir de hambre a las gallinas y conejos que habían vivido y sé habían criado en la corraliza de la huerta, que, abandonada, presto se tornó en espesa selva.

Con las disposiciones de Catalina, Leonor y Juana se criaron una en el primer piso, otra en el segundo, con sus ayas y sus amas de cría respectivas y, al caer el sol, en las cocinas, el lugar donde se solazan los criados después de sus laboreos. Entre gritos, que las sirvientas, al ser mujeres de baja condición, eran muy bulleras. Entre costumbres moras y cristianas, porque la guisandera y las nodrizas eran cristianas y las moras, moras.

La buena de Catalina no llegaba a todo, no podía estar en todas partes a la vez, en el piso alto, en el primero o en el bajo, así que las moras rezaban lo suyo por costumbre e las niñas las oían y repetían lo que escuchaban como era de esperar. Si Marian jugaba a disfrazar a Leonor, la vestía de mora y le ponía un velo tapándole la boca, y tal hacía Wafa con Juana, mas cuando jugaba Catalina con una o con otra, les dejaba el rostro a la vista y el cabello al aire. E Marian le había puesto a Leonor una oración del islam debajo del jubón, y Wafa otra a Juana, y Catalina una medalla de la Virgen a cada una. Las niñas, feotas las dos pues tenían la cara bastante afilada, anduvieron a gatas a la vez y se incorporaron también a la vez, para correr también a la vez. Más Leonor, que era más robusta, pero las dos crecieron en una cierta confusión y, ya fuera a Alá, ya fuera a Dios, rezando el doble que cualesquiera niñas de su edad.



Mari de Abando, la vieja, pronto se acostumbró a vivir con una niña y un perro pastor en la puerta de su casa. El can, aunque nunca dejó de ladrar, le hizo servicio: cuando ella se llegaba al manantial de Ibarati a buscar agua límpida para cocerle la papilla a la pequeña Mari, el animal se quedaba en casa con la criatura y la guardaba de cualquier peligro, y más que le hizo cuando la pequeña anduvo y corrió por las campas y se escondió detrás de los árboles. Entonces el bicho, que era pastor y llevaba tal oficio en su memoria, encontraba a la juguetona, lejos que se escondiera, se le acercaba y la tocaba con el hocico, como llevándola al redil. Si la niña se resistía por hacer chanza e por airar a su madre putativa, los críos hacen eso y más desde bien chicos, ladraba el can como poseído, pues por su natura no entendía de bromas, avisando a la anciana, que se llegaba al lugar renqueando y haciendo como que estaba muy enfadada, aunque en realidad estaba gozosa de que su hija se criara sana y vivaz.

A la niña Mari la cuidaban como buenamente podían Mari de Abando y Martina de Inaxio, por esos sentires que llevan las mujeres en sus corazones, que, a la vista de un niño, son capaces de hacer lo que no han hecho jamás, como si lo trajeran sabido o escrito en lo más íntimo de sus seres. Cierto que las dos ancianas no lo hacían de manera perfecta con la niña, al revés, lo hacían muy mal y eran conscientes de ello, pero, lo que se decían, que eran incompetentes para hacerlo mejor, y con eso se contentaban.

Al principio llevaron a la niña, bien atada a la espalda de una de las dos, a la campa de Miravilla, allende el río, a la junta de brujas, al aquelarre —como decían por allí—, pero se aducían que no era propio, porque la criatura mal dormía y se excitaba, e dejaron de ir. Y eso, tan sujetas anduvieron con ella, que las ganancias de una y otra comenzaron a resentirse, y los cuartos, que guardaban en sus respectivas ollas, menguaron rápidamente. Además no salían a buscar hierbas ni sapos ni hacían sus mejunjes para venderlos en los días de sabat. E Martina ya no se presentaba en la casa de María a la sobretarde, quiá, llegaba con el albor, y se peleaba con su amiga por vestir a la niña o por darle el desayuno a la boca, el caso es que las dos brujas vivían y morían por la criatura.

El caso es que estaban desatendiendo a su parroquia. La dicha Martina no vivía en su casa, sólo dormía, e le llegaba la gente, llamaba a la aldaba y la encontraba vacía, e se acercaba a casa de Mari, y ésta tampoco abría la puerta, no fueran a contagiar a la pequeña de alguna enfermedad que se la llevara al otro mundo. Llegó incluso un momento en que tuvieron que matar, una detrás de otra, las seis gallinas que tenía la de Abando en su corral para poder comer e, cuando fue Martina a buscar las suyas, se las había comido el lobo o las alimañas o se habían echado a volar o a correr, e

regresó con unas galletas rancias en la cesta, e su ollica de dineros, pero aquello no era modo ni manera... Cierta que tenían leche, pues la vaca de la Mari pastaba como siempre, e la hierba no había menguado, y era muy buena pues que cada día daba un lecherón y queso fresco no les faltaba, pero la niña pedía pan, algo más variado, y los estómagos de las viejas también. E no había.

E pedía:

—¡Pan, madre, pan! —mirando a María a los ojos.

E la María se congratulaba de que la llamara madre, y la Martina se amohinaba de que nunca la llamara madre delante de María, de que la llamara siempre tía, pero a las dos se les llenaban los ojos de lágrimas pues no tenían pan para darle, y eso, convinieron en que era preciso tomar ciertas determinaciones. Llevaron las cuentas del gasto unas semanas y calcularon que a esa marcha tenían para vivir un mes, y estirando, estirando, dos y, visto lo que había, se mostraron dispuestas a tornar a sus antiguos quehaceres, a ganarse la vida.

Y a eso se pusieron cada una en su casa, con la niña disputándosela. Martina dio voces por el arrabal de San Nicolás y por el portal de Zamudio de que había abierto su casa, y Mari hizo otro tanto por el mercado de la plaza Mayor y por la calle Somera, y les fueron gentes, muchas gentes, pues eran brujas muy acreditadas. Pero rivalizaban por la pequeña, las dos la querían tener todo el tiempo. Así que llegaron a atender mal a los hombres que les iban con mordeduras de perros o con granos purulentos o con afecciones de vejiga o a que les echaran las suertes o a pedir maldiciones para sus enemigos, y otro tanto a las mujeres que llegaban a que les recompusieran el virgo o a que les curaran un sarpullido en sus partes femeninas o pidiéndoles algo para el dolor de cabeza o, sencillamente, a comprarles untura para el sabat.

Atendían a la gente con la pequeña Mari y el can rondando por allí y, como se les quejara el personal, decidieron atar a niña y bicho a la pata de la cama con una cuerda y tal hicieron cada una en su casa cuando hubieron menester, sin sospechar qué daños se derivarían de tal situación.

El día de San Eugenio de 1453, la reina Isabel alumbró a un varón que fue bautizado con el nombre de Alfonso. Otra vez delante de tres notarios, dos vecinos de la villa de Madrigal, dos parteras —las mismas que habían traído al mundo a su hija mayor, la infanta Isabel— y varios parientes.

Hubo grandes alegrías en palacio y en la población por el niño. Porque el príncipe Enrique, el heredero del rey don Juan, andaba pidiendo divorcio a Su Santidad el Papa y, según comadres lenguaraces, alternando por los burdeles con mujeres comunes a muchos y, según comadres de lengua de víbora, con maricones, brujos, borrachos y otra gente culera. Y sucedía que, en razón de esta situación vital del príncipe tan desastrosa, un día tal vez, después de diez, veinte o treinta años —los que Dios tuviera a bien mantener con vida al rey Juan y al futuro rey Enrique—, el recién nacido tal vez llegara a ser soberano de Castilla, y la afortunada madre, madre de rey.

Don Juan II se complugo. El Señor Jesucristo también, en razón de que dio a los señores reyes un hijo bellísimo, tan hermoso como su hermana y con los mismos ojos.

E ocurrió que doña Isabel, la reina, tras la parición no pidió un paño para bordar ni se amohinó, ni devino en lunas ni se mostró disgustada con la crudeza de la Ley para las reinas parturientas; al revés, se mostró gozosa y alegre y con ella el palacio todo. Ella misma eligió el nombre de Alfonso para el recién nacido, le buscó nodriza, le hizo mil arrumacos y dejó que su pequeña hija le hiciera otros tantos, siempre con la sonrisa en la boca. También escribió de su propia mano a su tía la duquesa de Braganza, contándole la buena nueva con todo detalle. Cierto que se conoció que en la misiva le habló de don Álvaro de Luna, asegurándole que el noble acabaría, presto, en el cadalso, pues un tribunal de Valladolid, especialmente constituido para juzgarle, le estaba acusando de mil horrores.

Visto lo que había, las damas de la reina se preguntaban por qué estaba tan contenta, si por haber parido un varón o por la marcha del proceso contra el condestable. No obstante, pese a tales dudas, todas disfrutaron de los buenos tiempos, pues les resultaba muy penoso tener a la señora alunada y negándose a beber la genciana que le procuraba cierto alivio, y naturalmente se holgaron a la par que ella.

Mientras el rey vacilaba si recibir a don Álvaro o no recibirlo, doña Isabel no se separaba de su marido, y tanto estaba a su lado cuando salía a cazar con el halcón o de montería, o jugando a tablas, o leyendo un códice o despachando asuntos de gobierno, recordábale que don Álvaro era un mal hombre, homicida incluso, que había andado por reinos que no eran suyos como si lo fueran. Es más, creándose enemigos con su arrogancia, tan desabrida y torpemente que hasta los conversos de

Valladolid, que tan amigos habían estado con él, ya estaban en su contra. Y no le permitía dudar al rey... Le decía que, como todo hijo de vecino, o de rey, en sus reinos debería someterse a la sentencia de los jueces que también era la del pueblo, pues ¿acaso los villanos no vitoreaban a los miembros del tribunal y al fiscal, y abucheaban y hasta corrían a los letrados del condestable?

—¡Sí, mi señor don Juan, sí! ¡Las buenas gentes piden la cabeza de don Álvaro! ¡Es preciso enmendar sus demasías!

—¡Ah, Isabel, parece que me estás conjurando en nombre de Castilla! No es tal, no es tal... ¡Tente, mujer!

—¡Yo te conjuro, mi señor en nombre de Castilla! ¡No le recibas nunca! ¡No le des perdón cuando el tribunal falle que es culpable...! —Tal gritaba la dama e lloraba.

—¡No me digas lo que he de hacer...!

—¡No intentes influir en el tribunal...!

—¡No te atrevas a influir tú, señora!

—¡Nunca lo haría, señor!

—¡Tengo oídos... me vienen con cuentos...!

—¡No te olvides que don Álvaro intentó envenenarme...!

—¡Eso es falsedad!

—¿Falsedad? ¡Te recuerdo que arrojó a un buen hombre por la ventana y por eso se le juzga...!

—¡Déjame...!

—¡Adiós, señor!

Cuando el rey supo de la condena a muerte de don Álvaro de Luna, las gentes dijeron que derramó amargas lágrimas, máxime en el momento de ratificar la sentencia, llegando incluso a mojar el papel. Acaso lo haría en silencio o a escondidas, porque en el palacio de Madrigal no se pudo constatar semejante dislate. La reina y los nobles celebraron la noticia con una gran comida, y la población corriendo antorchas por la villa.

Del palacio real partieron varios correos a Valladolid, unos antes de la ejecución del señor de Luna, condestable de Castilla, maestre de Santiago y conde de muchos lugares, y otros después. Volvieron hablando de que se estaba levantando un patíbulo a toda prisa en la plaza del Ocho, extramuros de la primera cerca, de que ya habían instalado el tajo en el suelo y el crucifijo en un altarcillo, y que habían ornado el paramento con tafetán de color negro.

A la tarde del 2 de junio de 1453, se conoció en Madrigal por boca de los mensajeros que fueron testigos presenciales de la ejecución, que Valladolid había estado tomada por infinita gente, vestida de domingo: hombres y mujeres de oficio, labradores, hidalgos, prelados y algunos nobles. Que, al son de la trompeta y al

repique de los tambores, había salido de la cárcel de la Audiencia una apretada compañía: heraldos en traje de gala, dando a los vientos los homicidios del reo, una tropa de soldados alineados en fila de a dos, y ya sobre una mula torda, el condestable. Impertérrito el gesto, muy embozado en la capa del uniforme de maestre de Santiago, dejando ver bien la venera de la Orden, mirando a la lejanía, con su capellán llevando la brida de la cabalgadura, y haciendo oídos sordos a las imprecaciones de la multitud.

E dijeron que la comitiva llegó a la plaza del Ocho, e que el reo descabalgó, e que dirigió una mirada a todos los que le miraban. Una mirada que no quería decir nada, pues que ni mostraba temor ni dolor ni orgullo ni desprecio a las gentes o compasión ni menos de sí mismo. Que subió las escalerillas con majestad, el manto revuelto en el brazo diestro, la cabeza alta, la espalda erguida, el paso firme, y que, buscando con sus ojos al verdugo, que llevaba ropas bermejas, miró cara a cara al sayón. Mismamente como luego miró en derredor, algo más avispados los ojos, quizá por ver si venía algún mensajero del rey con su perdón e, viendo que nadie se hacía paso entre la multitud, volvió a contemplar el gentío. Se detuvo ante las autoridades, que estaban sentadas en un tablado, les hizo una airosa reverencia, como sólo él las hacía en el reino, pues era hermoso y como ningún hombre tenía galanura, e se llevó las manos al pecho. Un rumor de benevolencia corrió entre la muchedumbre, que apiñó su corazón y afloró lágrimas, pero en esto volvió a asonar la trompeta, e don Álvaro dio su gorrilla y su capa al paje que lo acompañaba, e las manos al verdugo para que se las atara, e habló. Deseó parabienes a los señores reyes y a Castilla toda.

En la plaza se hizo un espeso silencio.

El maestre besó el crucifijo que le tendía su capellán, confesó brevemente y, arrodillándose, colocó su cabeza en el tajo. La espada del verdugo cortó el aire y la cabeza del condestable. En la plaza el silencio duró varios minutos. Cuando el gentío rompió en vivas al rey don Juan, algunas mujeres se santiguaron y comentaron entre sí que había muerto el más bello galán de Castilla, Dios le haya perdonado.

La reina se holgó con la noticia; el rey no, al contrario. En el año y poco más que vivió, se estuvo reprochando la muerte de don Álvaro de Luna, de su gran amigo y compañero, de aquel gran hombre merced al cual pudo vencer en la batalla de Olmedo a los infantes de Aragón, y ni su esposa fue capaz de consolarlo. Por eso, a los quince días del ajusticiamiento del valido, abandonó Madrigal y se marchó a Valladolid —donde le dio beata—, a contemplar con sus ojos el escenario del crimen, tal dijo, y ante semejantes palabras doña Isabel volvió a pedir a sus meninas tela y bastidor para bordar. E hizo que le dieran otro tanto a su pequeña hija, para que se estuviera quieta y, vive Dios, callada, que no paraba de parlotear.

E la víspera de Santa María Magdalena de 1455, el rey don Juan dio el ánima a Nuestro Señor. A decir de muchos murió de pena y reconcomido por su conciencia,

por haber cedido a las presiones de una esposa y de un tropel de vasallos, en fin, por no haberse opuesto al tribunal de Valladolid que sentenció a muerte a su amigo más querido, la gala de Castilla, y ni la fortuna del ejecutado, que enriqueció sensiblemente las arcas reales, le consoló.

La soberana se personó en aquella ciudad para presidir las exequias por el alma de su esposo, derramando infinitas lágrimas. Entre los llantos del pueblo por el fallecimiento de don Juan, el segundo, y las alegrías por el advenimiento de don Enrique, el cuarto, rindió pleitesía al nuevo rey, su hijastro, y le deseó ventura y largo reinado. Desechó su invitación para quedarse a vivir en la corte, ajustó con él la cuestión de sus rentas, y ya se disponía a regresar a Madrigal, pero sus camareras le propusieron ir un tiempo a Arévalo, que era también villa suya, nada más fuera para cambiar de aires y que convaleciera y le remitiera la melancolía. La viuda aceptó y se encaminó a aquella población con un niño de cuna, una niña de cuatro años, doscientos soldados y cierto número de sirvientes.



En las cocinas de la casa de la calle de los Caballeros fue donde Leonor y Juana Téllez de Fonseca, las dos marquesitas, mancas, de Alta Iglesia, oyeron hablar por primera vez de tesoros. Porque a la anochecida se reunían las mujeres, en torno al fuego en el invierno y en el verano en el patio del pozo —mejor hubieran estado todas en la huerta, que, sin cuidados, se había llenado de hojarasca—, y las dejaban estar con ellas hasta tarde, y hablaban y se contaban cosas, sus cosas.

De cómo llegó Catalina a la ciudad sin una blanca, huyendo de los palos que le propinaba su padre, ¡malhaya!, y la madre del señor don Juan, la abuela de las niñas, la tomó de pinche de cocina cuando no tenía informes, porque se lo pidió en la calle en un momento en que la rodeaban diez o doce damas, todas portando antorchas. De cómo la señora le miró los dientes por ver si estaba sana, la hizo asear y le dio ropa y, ay, qué gran señora, hasta un trabajo y una paga le dio.

—Doña Ana, vuestra señora abuela, hijas mías —decía mirando a las niñas a los ojos—, era santa... Una santa... Salía a la calle con diez camareras, una con un cofrecillo con dineros, e iba dando e vestía a pobres y tullidos, e también hacía limosnas a conventos... Mi señora doña Ana... ¡Dios la tiene con él, de no ser así que me muera ahora mismo, que no puede ser de otra manera...!

—¡No digas esas cosas delante de las niñas —la interrumpía Wafa—, que luego preguntan qué es la muerte y tienen miedo!

—¡Cállate, maldita mora...!

—¡No maldigas delante de las niñas, Catalina —atajaba Manan—, que

aprenderán malas palabras...!

—¡Callaos, pardiez...!

—¡No se dice pardiez! —intervenía Juana.

—Si hablas mal, Catalina, yo también hablaré mal —amenazaba Leonor.

—¡Oh, dispéñense sus señorías...!

—¡Sigue, sigue...!

—Doña Ana tenía buenas palabras para todos los servidores de la casa, que hubieran dado su vida por ella... Yo, la primera, besaba el suelo que ella pisaba y no es cuento, hijas, es verdadero... Y, a no ser porque don Juan, vuestro señor padre, no está, que se ha ido a luchar contra los moros de Granada, pues que es un gran capitán, niñas mías, a los altares subiría a mi señora, que fue mujer de prendas e la caridad hecha persona, pues vuestro señor padre se ocuparía de iniciar el proceso de beatificación. ¡Pena que no esté para ocuparse de vosotras y para arroparnos a todas!

Otras veces tomaba la palabra Wafa, que, ay, Señor Jesús, decía ser mujer libre y noble de una tribu beréber del norte de África, que fue hecha prisionera por unos piratas cuando era niña y toda su familia iba a embarcarse en el puerto de la ciudad de Orán en un bajel, rumbo a La Meca para hacer la peregrinación y cumplir el precepto del Profeta, Alá lo tenga en el Paraíso. Y decía:

—Íbamos toda la familia: las cuatro mujeres de mi padre don Alí ben Berka —ponía énfasis al pronunciar el nombre de su progenitor por si les decía algo a sus interlocutoras—, sus doce hijos varones, sus ocho hijas, yo entre ellas..., y llevábamos un arca llena de oro para pagar el pasaje, y una comitiva de treinta personas entre soldados y sirvientes... Un día, paseando por una playa, nos demoramos corriendo por la arena y, casi de noche, vimos un barco muy grande que nos hacía señales con una linterna... E mi hermano mayor, el heredero del linaje, dijo que la nave se estaba hundiendo e corrió hacia la orilla del mar, para ayudar o qué se yo, que era necio mi hermano... E vimos cómo los del barco arrojaban un bote e venían hacia nosotros remando aprisa... E otro hermano mío, la mar de necio también, sostuvo que los del bajel serían comerciantes y vendrían a vendernos algo... Y las esposas corearon que tal vez trajeran collares de perlas de buen Oriente, y se holgaron e asonaron sus faltriqueras, dispuestas a comprar joyas o ricas telas... En eso estábamos, mirando, curiosos, e no oímos que un hombre —mi padre— nos llamaba de lejos... E arribó la barquichuela a la playa e nos acercamos, y al instante observamos con pavor que los tales mercaderes eran piratas e, aunque todos echamos a correr, me cogieron a mí que era muy chica, de cuatro o cinco años, e me llevaron con ellos... E luego quisieron trocar me por el tesoro de mi padre, por el cofre de los dineros, pero él no debió de aceptar el trato, tal vez pensando que ya tenía suficientes hijas... No sé... Me cautivaron aquellas gentes e me llevaron a Galicia, a Santiago de Compostela, al palacio de Fonseca...

—¿A casa de nuestra madre? —preguntaba Leonor.

—¡Sí!

—¿Quién vivía en aquella casa, Wafa? —quería saber Juana.

—Vuestros abuelos maternos... Don Luis y doña Margarita... Dos grandes señores... Los padres de vuestra señora madre, la muy magnífica señora doña Leonor de Fonseca y Frías...

—¡Ea, niñas, que se ha acabado la candela...! —interrumpía Catalina.

—¡A dormir!

—¡Los cuentos valen hasta que se acaba la vela, ea, ea...!

—¡Siempre lo mismo —se quejaba Leonor—, siempre que Wafa va a hablar de nuestra madre o Marian de nuestro padre nos mandas a la cama, Catalina...!

—¡Vosotras habéis tenido padre y madre, pero nosotras no, y queremos saber de ellos...!

—¡Nosotras tampoco hemos tenido padre ni madre desde bien chicas...!

—¿No?

—¡Ea, ea, a la cama, mañana más!

Y mañana u otro día hablaba Marian:

—Yo, niñas, nací en una ciudad que no en ésta, me compró vuestra abuela a un mercader... Fui hija de otra esclava, pues que esto de la esclavitud se transmite de padres a hijos del mismo modo que las fortunas, las deudas o los pecados de las familias, e siempre viví aquí. Primero de doncella de doña Ana, después de doña Leonor y ambas me tuvieron mucho aprecio. Doña Ana por tener a su único hijo en mis brazos y acunarlo cuando era niño de teta, y doña Leonor por haber hecho lo mismo con el que luego sería su esposo...

Y para suscitar el interés de las niñas que a sus cuatro años cumplidos querían saber a todo trance qué contenía el cofre de don Alí, el padre de Wafa, Marian les hablaba del tesoro de los Téllez que, vaya, también trataba de un cofre y de un moro, rey para más señas. Y las criaturas disfrutaban con las joyas de oro y plata, los rubíes, las perlas negras y los topacios del jeque beréber y con el misterio del tesoro de los Téllez. Misterio, enorme misterio, porque la familia llevaba más de doscientos años buscándolo, sin encontrar nada, se decía que tanto podía estar en la mansión de Alaejos como en el de Alta Iglesia, que fueran de la familia con anterioridad y que eran de las niñas en la actualidad, como en la mansión de Ávila, y más de uno había revuelto aquí y acullá poniendo las casas patas arriba. La última la tatarabuela, que, tras consultar con brujas y encantadoras, escarbó cielo y tierra en Alta Iglesia sin encontrar nada.

Y Leonor y Juana disfrutaban sobremanera discurriendo qué joyas, qué bienes, qué maravillas, guardaría el cofre de los Téllez, e querían ir a buscarlo. Querían empezar por la casa en que vivían y levantar el suelo y tirar las paredes, pero las

criadas se negaban. Wafa y Catalina les aseguraban que no existía, que todo era cuento de Marian. Pues, de otro modo, ellas, que siempre habían estado muy unidas a las señoras, lo sabrían. Todo parecía cosa de Marian, que tenía la imaginación acalorada, lo que, bien mirado, no era mal negocio, ya que pasaban buenos ratos con semejantes contarellas e acallaban a las criaturas diciéndoles que tuvieran paciencia y esperaran el regreso de su señor padre para iniciar con él la búsqueda del tesoro.

Pero ellas, las niñas, no se conformaban. En cuanto Wafa y Marian se distraían, se buscaban y recorrían la casa. De noche incluso, cuando crecieron un poco más, cada una con un cabo de vela en la mano, eso sí, pasando muchos pavores. Lo hacían en razón de que les picaba la curiosidad por lo del tesoro mucho más que los sabañones en el frío invierno, a más de que querían estar juntas e no querían dormir en aposentos separados, lo que era motivo de discusión.

Menos mal que las sirvientas ocupaban las mentes de las criaturas con tesoros y porfías necias entre ellas o con cuentos de personajes maravillosos, porque de ese modo no tenían que responder a sus preguntas de por qué no tenían padres o, lo peor, por qué les faltaba una mano. Pues ninguna de las tres hubiera sabido qué, pardiez, decirles y ya les resultaba bastante doloroso ver cómo, sin que nadie les hubiera advertido de su disminución, habían escondido los bracitos mancos en los pliegues del sayo baquero.



Mari de Abando, la joven, se rebeló muy pronto contra sus dos madres putativas, en razón de que no era de madres, sino de madrastras, el hecho de que la ataran a la pata de la cama, a un lado a ella y a otro al can, cada vez que les llegaba un paciente. Que tenía cinco años bien cumplidos y continuaban atándola, y de nada le servía gritar, como de hecho hacía hasta que acababa con ronquera. Podía acariciar o quitarle las pulgas al perro, ponerle un nombre, quitárselo, volver a ponérselo, decidir para siempre que lo llamaría *Mot*, llamarlo: «*Mot, Mot*», mil veces; jugar con el alfiletero de las brujas; oír los consejos que daban a sus parroquianos; escuchar dimes y diretes sobre tal o cual persona; contemplar cómo ejercían de alcahuetas y tramaban ardides con doncellas o donceles enamorados y no correspondidos; mirar a la vaca los días de recia lluvia, pues que Mari de Abando la entraba en la casa; mugir con la vaca, cloquear con las gallinas, ladrar con el perro; aprender que los mejores sapos para hacer la untura de sabat eran los de la charca de Mendieta, ubicada en el camino de Durango; oír hablar de la Dama de Amboto, mujer singular de rubios y largos cabellos, o de la junta de brujas del año anterior en las eras de Tolosa de la Francia; celebrar que Mari o Martina hubieran sanado al alfayate de la calle de la Susera de

Bilbao o a un vecino de Portugalete, y mucho más. Podía incluso aprender, lo que le sería de suma utilidad en el futuro, pero siempre atada a la pata de la cama. Y no, eso no.

Ella no podía ir ni venir por las campas en busca de limacos o nidos de pájaros, aunque prometiera no alejarse de la casa ni entrarse en el bosque. E claro, pese a lo chica que era, dudó entre enfrentarse a sus madrastras y llamarles malas madres, tener habla serena con ellas para que la comprendieran, o echarse a correr lo más lejos posible del maldito arrabal de Ibeni.

De ser mayor, de tener más vocabulario, quizá les hubiera podido decir a las dos viejas —que hacían lo que hacían y la ataban a la cama para no perderla de vista y que no se trompicara por los alrededores de la casa, es decir, por su bien— que la estaban tratando peor que a esclava, peor que a presa, de muy diferente manera a como las madres tratan a sus hijos, de manera opuesta a como la hubiera tratado su madre verdadera, aquella Malona, de la que decían que era destalentada, y seguro que hubieran entrado en razón porque la querían a rabiar, pero optó por la tercera posibilidad, por largarse. Esperó el momento oportuno, a que un día le ataran mal la cuerda para poner los pies en polvorosa, y el perro se fue tras ella.

Corrieron niña y can por la ribera izquierda de la ría del Nervión, por un senderillo, tiempo y tiempo, hasta llegar al mar, e ambos se sorprendieron al ver tanta agua, e bebieron hasta saciarse, vive Dios, agua salada, y a poco devolvieron lo bebido, lo que les sirvió para aprender que una cosa es jugar y bañarse, y otra beber en la mar. No obstante, recompuestos de estómago, chapotearon en los pocillos que había entre las rocas y se pusieron perdidos, mojándose todos. E les vino hambre, mejor dicho, le vino hambre a la pequeña Mari, pues el bicho siempre tenía, como buen ejemplar de su especie. Miró ella en derredor tratando de vislumbrar un nogal y coger unas nueces, pero no encontró. Y se llegó al mar en el que de sobra sabía que había peces y, en efecto, había, pues los vio con sus bellos ojos, y tiró varias piedras para matar uno, al menos uno, para comer algo. Y miraba por doquier en busca de alguna persona para pedirle un mendrugo de pan o algo que llevarse a la boca, pero no, no había nadie en aquel paraje. Sí que había pescadores en sus barcas, pero lejos, y grandes navíos que salían del embarcadero de Bilbao camino de alta mar, e los marineros le saludaban. Menos mal que las tripulaciones de los barcos se limitaron a saludarla, pues a saber qué le hubiera podido suceder, de entrada poco bien y mucho mal, si le hubieran arrojado un paquete por la borda. Y, a más a más, llegó la noche y cayó un manto de oscuridad sobre la mar, la ría y las montañas que la circundan, y por allí corrían animales, topos, quizá, o serpientes, y hasta el can tenía miedo. Cierto que la criatura trataba de quitárselo a la par que se animaba ella misma, e lo secaba con la mano. Y el perro quería secarla también pues le lamía brazos y piernas, pero, al revés, la mojaba más. El caso es que estaban los dos calados hasta los huesos, y

aunque no hacía mucho frío en aquel otoño de 1455, con el correr de la noche había refrescado y, además, todo estaba muy oscuro, pues que no había luna. Gritó la niña y ladró el bicho, ella arrepentida de haber dejado su casa sin llevarse un talego bien repleto de alimentos, y el perro por simpatía. Y en esas estuvieron mucho tiempo, la criatura llamando a sus madres, el can ladrándole a la noche.

En la señera fortaleza de Arévalo la reina Isabel continuó con sus bordados, e, si los dejaba, era para asistir a misa o al Oficio, pues que también le dio por rezar, mismamente como a su señor esposo en sus últimos días. Si abría la boca, era para hablar de cómo salió a su encuentro y la recibió don Álvaro a su llegada de Portugal o de su boda con el rey don Juan celebrada en la villa de Madrigal, y si tomaba la pluma era para escribir a su tía, la duquesa de Braganza, y preguntarle qué nuevas tierras había descubierto el infante don Enrique, pariente de ambas, con acierto llamado el Navegante, pese a que estaba encerrado en la fortaleza de Sagres, en el sur del país. Eso sí, rodeado de cartularios y de hombres sabios en las cosas de la mar, que le instaban a armar unas naves, diez, veinte, treinta, para llegar al Catay.

E con noticias del reino de Portugal e suposiciones sobre el Catay y otros mundos, e con otros dichos que le llegaban del reino de Castilla y de su hijastro, y de la mujer de su hijastro, la desdichada reina Blanca, Isabel exclamaba:

—¡Ay, Señor...!

E con los paños de bordar y en perenne melancolía se sucedían los días y las noches en el castillo de Arévalo. Los del invierno bajo un frío gélido, los del verano bajo un sol despiadado.

La infanta Isabel mejoró sensiblemente, no de cuerpo, pues no padecía ningún defecto físico y era hermosa como las estrellas del cielo y tenía unos ojos como luceros, sino de ánimo, pues que encontró a una amiga en la fortificación. Una niña de su misma edad, llamada Beatriz de Bobadilla, hija del castellano, con la que hizo amistad duradera.

Y con ella jugó a padres y madres, a amos y criados, a encantadores, a caballeros y damas, a judíos, al tira y afloja, a la comba, a la pelota y al corro. A la par aprendió los números, las letras del abecedario, hizo los primeros palotes y comenzó a sumar, a leer, a escribir y a comprender lo que leía y escribía. Ambas recibieron lecciones de doña Clara Alvarnárez y de los frailes franciscanos de la localidad, y las atendieron con mucha aplicación durante largas horas. Lo cual no fue obstáculo para que algunos días anduvieran hasta la ermita de la Lugareja, o más lejos, hasta la de la Caminanta, en busca de un nido de calandrias. Otras veces se llegaban hasta la feria de Medina del Campo para contemplar en la plaza de San Antolín a los cambistas de moneda, a mercaderes extranjeros, a moros y judíos; o, en otro orden de cosas, ovejas laneras, caballos andalusíes, vacas francesas, telas de Constantinopla, gemas y piedras preciosas de Oriente, deteniéndose sobre todo en los tenderetes de refrescos para beber un vaso de clarea, o en los de golosinas, donde doña Clara, u otra dama, les compraba un puñado de caramelos de anís o unas almendras dulces o unos amarguillos, eso cuando había dinero, pues muchas veces el rey don Enrique

intervenía las rentas de la reina viuda demorando el pago, y los moradores del castillo de Arévalo pasaban estrecheces.

Un día, a sobretarde, llamaron a la puerta de la fortaleza tres caballeros, muy bullidores dos de ellos, gritando:

—¡Paso al rey!

E, claro, en el castillo fue el jaleo. La reina dejó de bordar. Las damas se apresuraron a aviarla para la ocasión y a vestirse ellas. Los guisanderos avivaron el fuego del hogar. Los despenseros corrieron hacia los corrales para acopiar pollos y huevos. El copero bajó a la bodega en busca del mejor caldo. Los pinches de la cocina se apresuraron a matar doce pollos y otros tantos palomos. Los camareros se afanaron descolgando los reposteros del gran salón del castillo y poniéndolos sobre las mesas, sacando las toallas de las arcas, los aguamaniles y la vajilla de plata de la reina. Otros domésticos retiraron la paja vieja del suelo del salón y echaron heno nuevo e encendieron las dos chimeneas y varios braseros, pues que en el aposento, que no se utilizaba, hacía un frío del demonio. Y en el patio de armas, los mozos ayudaron a descabargar al señor rey y a sus compañeros, y se llevaron los caballos a las cuadras.

En las habitaciones de la reina se supo que había llegado el rey Enrique, acompañado del marqués de Villena y del hermano de éste, don Pedro Girón. Las damas se dieron prisa con la vestimenta de la señora e incluso sacaron de un arca el precioso manto con ribetes de marta cebellina que le regalara el rey don Juan para sus bodas, e le instaron a que se lo pusiera por el frío que haría en el gran comedor, pero la dama lo desechó, pues que era de color bermejo y oro, y ella, dijo, nunca se quitaría el luto, e habló de teñirlo, pero las camareras le quitaron la idea de la cabeza, pues que era disparate teñir tan magnífico brocado. El caso es que la reina eligió una esclavina que no tenía ningún adorno y corta, además, con lo que le abrigaría poco, ante el disgusto de sus camareras, que hubieran querido verla más ataviada, pero hizo bien, que ya sabía ella lo que se hacía.

Mientras se asaban las aves, en las cocinas los guisanderos trabajaban a ritmo frenético, azuzados por Gonzalo Chacón. Para entretener al regio visitante prepararon pequeños platos de aceitunas, pescados ahumados y en salmuera, galletas saladas, mermeladas de frutas, y, rezongando, frieron los higadillos de los pollos y palomos en aceite, vive Dios, en todo el aceite que quedaba en el último cántaro que había en la cocina, porque el rey era tacaño, como va dicho, y le preguntaron a don Gonzalo Chacón con qué guisarían mañana.

Acabadas las faenas, puestas las mesas, aderezadas las aves, llamados los comensales, postrada de hinojos la reina viuda ante el señor Enrique y saludados los otros dos, después de que el rey diera silla a todos, en las cocinas y en el castillo se comentó la mala presencia del soberano. Que llevaba sucios los borcegués, la barba

mal atusada, una veste que más parecía hábito de franciscano, llena de manchas, y, ay Jesús, aquellos ojos de color azul intenso que se extraviaban, que tenían como vida propia cada uno, e que no respondían a los movimientos oculares propios de la especie humana y, ay, aquellas cejas tan tupidas que formaban bucles, y el cabello que lo llevaba lacio y sin rizar, mientras sus dos amigos vestían como cortesanos... Y se preguntaban a qué habría venido a Arévalo.

Los señores hicieron aprecio a las viandas y se comieron los entrantes, los doce pollos, los palomos y los postres entre los tres, pues que doña Isabel apenas probó bocado, temiendo lo que su hijastro habría venido a decirle: que le quitaba Arévalo, Madrigal o Soria, porque se las había dado en merced a otro, dejándole acaso un cuarto de las rentas de ellas, o a pedirle que le prestara las joyas que ella tenía para empeñarlas a los judíos y pagar de ese modo su separación de la reina Blanca y sus bodas con doña Juana de Portugal, o Dios sabe qué. Y, muy lúcida de mente en aquella ocasión, se preparó para lo peor.

Don Enrique, sin embargo, había venido a muy otro negocio y le manifestó su intención de casar a la pequeña infanta Isabel con Fernando —segundo hijo de don Juan de Aragón, el gobernador y heredero del rey don Alfonso V, que andaba en Nápoles, habiendo delegado su autoridad real en su hermano—, niño de cinco años, para hacer alianza con él... Pacheco y Girón convinieron en que era buen partido, pues como hijo segundo del futuro rey, heredaría un reino, el de Sicilia por ejemplo, como venía sucediendo con los segundones o bastardos aragoneses, y que sería rey, y la niña, reina. Todo un partido, un gran matrimonio, y lo que acabó el marqués diciendo:

—Mejor que el que pudieran esperar vuestra alteza y la niña.

—¿Qué sabes tú lo que pueden esperar la viuda y la hija del rey don Juan, Pacheco? —cortó la reina enojada.

—Perdone, vuestra alteza, que yo quiero todo lo bueno para vos y para vuestra hija —respondió el marqués, sonrojándose.

—¡Qué has de querer tú, tú quieres para ti!

—¡Pardiez, señora, me juzgáis mal...!

—¡Ténganse todos...! —cortó don Enrique que, según se decía, por no oír discutir a las gentes era capaz de regalar el reino a cachos.

Y lo que acabó comentando la reina con sus damas fue la conveniencia de la propuesta que le hizo su entonado, aunque le cogiera por sorpresa e no contestara de primeras, pues le dijo que lo pensaría e, hincada de hinojos en el suelo, besó sus manos deseándole parabienes en la guerra que estaba dispuesto a emprender contra el rey moro de Granada, e se retiró.

E, naturalmente, la infanta, que había visto comer a su hermanastro escondida detrás de un cortinaje, supo que aquel negocio iba con ella.



A los seis años, Leonor y Juana —siempre Leonor en primer lugar, porque las moradoras de la casa de la calle de los Caballeros nombraban primero a ella y luego a Juana, pese a no corresponderse con el orden del alfabeto, quizá porque Leonor era membruda y Juana lambrija—, tras pasar el sarampión a la par, presentaban aspecto demacrado.

Catalina regañaba a las ayas, les decía que las niñas no tomaban el sol y les recriminaba no sacarlas a la huerta, cuando el sol y el aire son tan necesarios para que crezcan las plantas y para que la vida haga más vida. Que las tenían presas... Ella de niña había corrido y andado por los campos de Dios como un muchacho, criándose fuerte y sana, y en cambio las gemelas, pobres niñas... Una alta y desgarrada, y la otra tan menuda que más parecía que se habría de romper o que se la llevaría una volada de aire, pero las dos con mala color de tanto estar encerradas. E, cuando las moras le echaban en cara que la huerta no era tal, sino una selva plagada de malas hierbas que nadie la cuidaba, y que se tropicarían las niñas, ella se ofrecía a sacarlas de casa, a llevarlas a los tenderetes que armaban los mercaderes en la plaza Mayor a comprarles lamineas o a acercarlas al río para que vieran un poco de mundo y sobre todo tomaran el sol en su plenitud, e sintieran el frío y el calor en su ardor, y que no estuvieran siempre resguardadas en las habitaciones del palacio de la calle de los Caballeros.

Las moras esgrimían buenos argumentos: doña Leonor, la madre, no había dado instrucciones antes de morir sobre qué hacer con sus hijas. Además, si las sacaban a la calle, las mirarían las gentes, las verían mancas, harían comentarios, posiblemente groseros, y los niños, tan crueles como son, les harían burla y reirían de su disminución. Y no. Nunca doña Leonor, descanse en paz, hubiera consentido que ningún nacido, por alto que fuere, hiciera burla del fruto, de los frutos, de sus entrañas, ni menos lo hubiera permitido, de vivir, doña Ana, la abuela, que era mujer asaz brava. Y respondían a aquella cocinera metomentodo que no era la tutora de las niñas ni la mayordoma de la casa, y la enviaban con viento fresco a la cocina a preparar la comida o la cena, o más lejos, a buscar a los caballeros con los que ajustó una buena suma de dinero para que encontraran al señor marqués. Iba para seis años y no había regresado a la casa de sus antepasados, ahora de sus descendientes. Y eso, pues eso.

Y salía Catalina maldiciendo:

—¡Peste de moras!

Y ellas le devolvían la maldición hablando bajo. Y, en una de esas discusiones, mientras las niñas estaban haciendo las sumas que les había mandado Wafa, sucedió

que un hombre asonó la aldaba de la casa, y las tres habitadoras adultas se sobrecogieron. Las dos Téllez, en un primer momento, no se enteraron de que llamaban a la puerta, pues estaban riñendo entre ellas, enzarzadas cuerpo a cuerpo, tirándose los cabellos por alguna nadería, como suelen hacer las hermanas, pero presto oyeron voces en el zaguán y allí se personaron también.

Las criadas —después de mucho dudar en razón de que en seis años, seis, apenas habían llamado a la aldaba salvo los arrendatarios para San Miguel de septiembre a entregarles las rentas de las tierras, y ni un alma desde el médico que curó el sarampión a las niñas— habían dejado entrar a un cura que no venía a vender bulas o indulgencias, sino que decía traer noticias para don Juan Téllez. Se quedaron con él en el zaguán, pues que las habitaciones nobles de la casa estaban cerradas y sin limpiar porque ellas demasiado tenían con atender a las niñas. Le ofrecieron asiento y una copa de vino al hombre, y a una seña que les hizo él, se sentaron en los bancos que allí había. E empezó a hablar aquel sujeto de esta guisa:

—Vengo de Alta Iglesia de parte del señor párroco para decirle al señor marqués que unos indeseables han tomado el castillo...

—¡El señor marqués no está, se fue a la guerra contra moros!

—¡Hablaré con el mayordomo!

—¡No hay!

—¿No hay? ¿Quién manda aquí?

—¡Aquí mandamos nosotras tres!

—¿Tres mujeres?

—Sepa su merced que a falta de varón mandan las mujeres...

—¿E las hijas, dó están?

—¡Son pequeñas!

—¿Con quién hablo pues?

—Con nosotras... Diga, su reverencia, lo que haya venido a decir a esta santa casa...

E iba a volver a hablar el cura, cuando se abrió lentamente la puerta del patio interior y aparecieron las cabecitas de Leonor y Juana. Catalina las llamó e hizo que besaran la mano del clérigo. Wafa sentó a Juana con ella, porque era suya, y Marian hizo lo mismo con Leonor, por lo mismo. Y después de esperar a que el visitante apurara dos, tres, copas del buen caldo que le sirvió Catalina, una tras otra hasta vaciar el jarro, escucharon atentamente:

—Unas gentes... Unas malas gentes, han tomado el castillo de Alta Iglesia y se han hecho fuertes en él, arrojando a los soldados y servidores del marqués, e pretenden cobrar las rentas de la población y parte del diezmo de la iglesia... Han tirado a dos guardias por las almenas. No obstante, a los que se han querido ir buenamente, les han dejado llevar sus talegos...

—Don Juan, nuestro señor, no está... Deberéis acudir al rey don Juan para que haga justicia a estas niñas y les torne lo suyo...

—Don Juan murió va para dos años, el rey es don Enrique, su hijo, dicho el cuarto...

—¡Ah! —exclamó Catalina mientras las moras movían la cabeza, también sorprendidas.

—Si don Juan Téllez está en la guerra —terció Wafa—, don Enrique tendrá que defenderle y guardarle lo que es suyo...

—¡Aquí el que no corre, vuela, morica! —dijo el fraile y le hizo un mohín a Wafa, que se quedó muy extrañada y otro tanto las otras dos mujeres—. Yo arreglaré este negocio, hijas, yo pondré pleito ante el señor rey y la justicia de Ávila y, si es menester, en la de Valladolid para que el marqués recupere el castillo de Alta Iglesia. Preparadme un aposento con una cama grande para mí y otra pequeña para mi sacristana... E tú, morica, dile a la moza que pase, que la he dejado fuera... E buscadle unas ropas y otras a mí, e preparad vianda que hemos hecho un largo viaje, e sacad vino del bueno...

Oído lo anterior, la pequeña Leonor le preguntó a Catalina en un aparte:

—¿Este hombre y su mujer van a vivir con nosotras?

—Eso parece —le respondió la cocinera haciendo un gesto de impotencia.

Leonor y Juana se miraron entonces, y en sus ojos brillaba el primer albor de la malicia.



Martina de Inaxio tardó una hora, acaso dos, en contrahacer el virgo de una doncella necia. Tuvo que porfiar con ella, en razón de que la moza no quería dejarse hacer entre las piernas, haciendo gala de pudibundez delante de su madre, la panadera de Barrencalle la Yusera de Bilbao, cuando no debió hacer ascos al hombre que la desvirgara. El caso es que en aquel tiempo, una hora, acaso dos, como estuvo tan ocupada, no habló con la pequeña Mari y ni siquiera echó una mirada a la pata de la cama. Claro que en cuanto desaparecieron las dos mujeres, llamó:

—¡Marichu, Marichu! —y como la niña no contestaba hizo otro tanto con el can—. ¡*Mot, Mot!* —que, vaya, tampoco respondió.

Volvió a llamar con voz atiplada, la que ponía cuando se dirigía a la criatura, y nada. Y claro, corrió hacía la cama, preguntándose cómo, pardiez, habría podido soltarse de la cuerda; levantó el cobertor y el plumazo, miró debajo y, ay, ay, no encontró a Marichu ni al perro, y le dio un vuelco el corazón. Le vino sofoco y hubo de sentarse en el camastro a la par que se hacía aire con las manos en la cara y, algo

más serena, repitió la operación, salió a la puerta, se llegó al camino y gritó haciendo bocina con las manos, pero tampoco obtuvo respuesta. Anduvo corriendo por allá, llegóse al bosquecillo, al manantial y, sin aliento, tornó a su casa para volver a revisar hasta en el arca donde guardaba sus ropas, sin encontrar a la niña ni al can. Entonces comprendió que los dos se habían marchado. Cierto que se dijo que tal vez estuvieran con Mari y, algo más calmada, se echó una manteleta por los hombros y se encaminó hacia la penúltima casa de la anteiglesia de Abando.

En ésas, Mari de Abando, al terminar de vender un hechizo de amor a un mozo y tras embolsarse los dineros que le había dado, salió a la puerta de su casa, respiró hondo, olió el aroma de los prados, tornó a buscar un capillo, volvió a salir y se encaminó a casa de Martina para recoger a Marichu, rezongando de que su amiga la quisiera siempre con ella cuando no era suya, cuando niña y can eran suyos, de Mari de Abando, pues que la Malona quiso dejárselos y a morir a su puerta fue. Aún no había andado cien pasos que sintió un pálpito e observó un ave, una lechuza quizá, pues había ya poca luz, que se precipitaba hacia ella y se asustó, retrocediendo bruscamente y no entendió, pues se ofuscó, que el bicho tal vez le hiciera señales, e lo espantó con las manos. Se detuvo luego para tomar aliento, clamando:

—¡Marichu, Marichu!

E oyó una voz, que no era la de la niña, sino la de Martina que venía, arrebatada, hacia ella. Se encontraron las dos viejas en la fuente de Ibarati y se abrazaron. Nada más verse las caras que traían, supieron que las dos buscaban lo mismo: a la niña, que había desaparecido sin decir palabra y sin dejar rastro. Y, en vez de analizar con la mayor serenidad posible su angustiada situación, consuelos previos, se pusieron a reñir como mujeres bajas que eran, e hasta se tiraron del cabello. E la Martina se revolcó por la tierra, gritando mismamente como si estuviera en una junta de brujas e, a más, arrojó conjuros a los cuatro vientos. E, malhaya, como echando encantos no tenía parangón, que Mari bien lo sabía, ah, levantó galerna en toda la ría del Nervión.

Las ventanas crujieron en la villa de Bilbao y sus arrabales, cayeron tejas de las casas, murieron muchas gallinas, ladraron los perros como pidiendo piedad; los hombres y las mujeres que, dada la hora, dormían, se arrebujaron bajo las mantas, santiguándose; las barcas del embarcadero se hundieron por las corrientes y contracorrientes; una espesa lluvia lo anegó todo, e las dos brujas de la fuente de Ibarati fueron zarandeadas por los malos vientos.

Eso hasta que Mari de Abando, que en aquel funesto momento era la única persona sobre la faz de la tierra sabedora de lo que estaba ocurriendo, exclamó: «¡Jesucristo, sálvanos!». Y, a poco, remitió el temporal que tan neciamente había convocado la dicha Martina de Inaxio, reprochable, además, porque sin duda la que más había sufrido esa tempestad había de ser la niña que andaba en lo más oscuro de la noche y bajo una terrible galerna, perdida en el bosque.

Bien que pudo la dicha bruja de Abando echar un conjuro contra la tempestad, que sabía eso y más, pero optó por nombrar a Dios, la vía más rápida y segura para deshacer un hechizo. Y eso, se fueron calmando los vientos, y ellas dieron voces y hasta pensaron en llamar a alguna reputada colega que viera lo lejano y que ejerciera en los alrededores. Cierto que, entre propuesta y propuesta, cruzaron varios insultos pues ni por un instante dejaron de porfiar.

—¡Necia!

—¡Botarate!

—¡Maldita bruja!

—¡Pendeja!

Tras muchos reproches y cientos de palabras malsonantes, decidieron buscar ayuda. Manejaron varios nombres y convinieron en el de la bruja de Ataún, toda una autoridad, que no en vano había sido reina de aquelarre múltiples veces.

E iban andando, andando por el camino del mar, mirando hasta debajo de las piedras, algo más serenas, y estaban en convocar a la dicha bruja. En esperar a que amaneciera, a que las gaviotas, que se habían refugiado en las oquedades de las rocas cuando rugió el temporal, salieran de sus escondites para llamar a una de ellas y decirle que fuera a pedirle a la sortiña de Ataún que les hiciera favor y viniera a ayudarles, prometiéndole el oro y el moro, en razón de que habían perdido una hija.

Pero no fue necesario, porque al llegar a la barra de la ría del Nervión con la mar Cantábrica oyeron ladridos, los de *Mot*, que, sintiendo su llegada, no sólo las llamaba sino que corría hacía ellas, y las llevaba al lado de la niña, que, vive Dios, después de una noche al raso y bajo una fuerte galerna, había cogido un pasmo, lo menos que pudo sucederle a una criatura de cinco años. ¿O había cumplido ya los seis?

6

Las seseras de Isabel y de Beatriz de Bobadilla se alteraron por la pretendida boda de la infanta con don Fernando, el segundo hijo del rey de Aragón, e de aquella posibilidad hicieron un mundo. En puridad, a más de hacer un mundo, se casaron muchas veces entre ellas. Isabel representándose a sí misma y Beatriz a don Fernando, y a la inversa. Aunque no habían estado personalmente en ninguna boda, preguntaron a las criadas, que les informaron sobradamente de que entraba la novia al son de flautas y tamboriles, vestida de gala, en la iglesia, del brazo de su padre y padrino, y que la recibía el novio en el altar con su madre y madrina. Que el sacerdote impartía el sacramento, y que luego marchaban todos los asistentes a una arboleda o, sencillamente, a la puerta de la casa de la novia, si no cabían todos dentro, y comían hasta la saciedad y bailaban hasta el amanecer bajo la música de moros tamborinos, y si eran ricos los contrayentes durante varios días, y si más ricos todavía, celebraban juegos de toros o cañas o torneos.

Las niñas no quisieron saber más. Tomaron prestada una gorrilla y un tocado de los señores de Bobadilla, los castellanos, y a doña Clara le pidieron unos collares de concha, que a veces se los dejaba para jugar, y le quitaron el pomo de rojete que sedaba en las mejillas para estar más hermosa y un palo de raíz de nogal para pintarse los labios la que hiciere de Isabel. E disfrutaron mucho...

Beatriz cuando hacía de Fernando le decía muy seria a Isabel:

—¡Yo te tomo a ti, Isabel, por legítima esposa y mujer!

E Isabel cuando hacía de Isabel le respondía:

—Yo te tomo a ti, Fernando, como legítimo esposo y marido...

Y se dieron las manos y tuvieron muchos hijos e fueron felices e comieron perdices como en los cantares y muchas otras viandas en aquella realidad que vivían de juguete. Ciertamente que Isabel, ya fuera la verdadera o la falsa, sufría hartamente cuantas veces se veía obligada a dejar el castillo de Arévalo y a Beatriz, su mejor amiga, la amiga que recordaría mientras viviere, para ir con su marido al su reino de Sicilia.

—¿Dónde está Sicilia, Beatriz?

—Lejos, Isabel, muy lejos...

—No me quiero separar de ti; si no estuvieras perdidamente enamorada de quién tú y yo sabemos, te pediría que vinieras conmigo...

—¡Oye, niña, que yo no estoy enamorada del hijo del zapatero! Además, mi madre me dice que me casaré con un conde o un marqués...

—¡Vente conmigo! Te prometo que te buscaré un buen marido en la isla.

—¡Me iré contigo, sí... lejos, muy lejos! ¡Las dos cruzaremos la mar...!

A veces, las niñas jugaban con el pequeño Alfonso, a la sazón el heredero del reino, pues don Enrique todavía no tenía descendencia. El infante oficiaba de

sacerdote y casaba a las contrayentes, pero estaba poco tiempo con ellas, porque se fatigaba de nada y crecía débil y enfermizo.

Cuando se cansaban de jugar a las bodas de Isabel, las dos niñas se disfrazaban de don Juan Pacheco, el marqués de Villena, y de don Pedro Girón, el maestre de Calatrava, e se vestían con sus mejores galas e revolvían en el azafate de doña Clara e le quitaban perfume, y los imitaban. La que hacía de Pacheco tartamudeaba y se atusaba mucho el imaginario y atildado bigote; la que hacía de Girón hacía una mueca acercando los labios a la nariz, y era muy risible. E lo pasaban muy deleitoso con Pacheco y Girón, que eran de familia de judíos conversos y procedían de un tal Ruy Capón, capón, como un pollo castrado y cebado. Del rey Enrique no quería hacer ninguna de las dos, en razón de que había hecho llorar a la reina. Porque la dama lloraba desde que se había ido, acaso porque quería mejor partido para su hija: el príncipe heredero de Francia o el de Portugal, en vez de un segundón aragonés, y eso que a la pequeña Isabel le parecía bien el dicho Fernando.

Y con estos entretenimientos u otros semejos pasaban el tiempo, estudiando letras, números, música y aprendiendo a manejar la rueca y a bordar y a cabalgar, o yendo a visitar la feria de Medina del Campo dos veces al año con doña Clara. O contemplando a la reina, que no salía de su abatimiento... O escuchando pestes del rey Enrique que, pese a estar casado, gustaba de malas compañías y se rodeaba de judíos, moros —llevaba una guardia mora en su cortejo— y cristianos bullidores, ladrones, viciosos y desaprensivos, que hacían de su capa un sayo en Castilla y en León... Las malas lenguas decían era hombre blasfemo, a más, que no cumplía con los sacramentos ni para Pascua Florida, y otros horrores que se contaban de la futura reina Juana, moza de quince años, que sería la segunda esposa de Enrique —ya que la infanta navarra y él andaban tramitando el divorcio de mutuo acuerdo e con dispensa papal—, y era hermana del rey Alfonso V de Portugal... E, ítem más, los predicadores la emprendían desde sus púlpitos contra los malos tiempos que vivía el reino, a causa del rey y de la reina y, ejecutado Luna, de los Pachecos y Girones, e incluso iban contra el arzobispo Carrillo de Toledo e contra los conversos que judaizaban impunemente. Y anunciaban la llegada del Anticristo y de los Últimos Días... A más que el turco —Dios ciegue al sultán para siempre—, tras conquistar Constantinopla y derrocar al último emperador griego de Bizancio, amenazaba con apoderarse de todo el Mediterráneo y de las tierras de Austria.

Ante tantos desmanes, las niñas, a instancias de las damas, rezaban por los pecados de Enrique y Juana, y a menudo acompañaban a la reina viuda en sus sollozos, como si de otro juego se tratara.



Dicho está que la casa de las Téllez de Fonseca se vio asaltada por un clérigo y su barragana. Por un tal Mendo Gutiérrez y por una tal Garcesa, que, a decir de las criadas, era mujer de contentamiento, aunque el dicho la hiciera sacristana.

Catalina, Wafa y Marian, creyéndole hombre de bien, le prepararon una buena habitación con dos camas, una grande y otra chica para su sirvienta, y le agasajaron mucho más de lo que hubieran hecho sus señores con cualquier mensajero, de estar presentes. Estaba de Dios que lo enviaran a las habitaciones de servicio, pero como no tenían costumbre de tratar a gente del clero ni menos a mala gente, le dieron de buena fe lo mejor que tenían e, nada más llegar, guisaron unos trozos de lacón y sacaron el mejor vino. Sin embargo, no tardaron en averiguar que aquellos dos comían con las manos, no utilizaban la toalla, hacían ascos al aguamanil y traían mucha hambre, por lo que dedujeron que eran dos truhanes. Ella mujer placera y él un malandrín, máxime cuando sacaron unos naipes, seguramente floreados, y quisieron jugar con ellas, sin duda para desplumarlas.

El caso es que ninguna de las tres sirvientas supo qué hacer. Como siempre habían obedecido las órdenes de sus señores y no habían tenido responsabilidades domésticas, no atinaban. E los muy bellacos, que no eran otra cosa, tomaron la mansión e comieron y bebieron lo de las marquesas y yacieron en las camas que les dieron, alborotando e suspirando, como las criadas habían oído que hacían las gentes de vicio, aunque no lo hubieran visto, en razón de que no habían vivido con gente de calaña. ¿A quién iban a acudir las tres criadas?

—Al obispo.

—A don Martín de Vilches.

—Un buen hombre...

—¿Habrás oído hablar de las niñas?

—¡Por supuesto!

—Dos moras no pueden presentarse ante el obispo...

—Pues, ve tú, Catalina...

—¿Yo sola? Siempre tengo que ir sola a todas partes... Al mercado cada día...

—¡Trabucas las cosas, Catalina! ¡Yo te acompaño y te llevo el cesto!

—A sacar agua del pozo vamos nosotras, Catalina.

—Tú pareces la señora y nosotras las criadas... ¿Quién limpia, quién friega?

—¡Los vajillos, yo!

—Nosotras todo lo demás...

—¡Ea, le pediré consejo a mi confesor!

—¡Ten cuidado, Catalina, no nos vayan a quitar a Leonor y a Juana!

No se decidió Catalina a presentarse ante el señor obispo de Ávila, ni a comentar con su confesor las malas nuevas del castillo de Alta Iglesia, no les fueran a arrebatarse a las niñas. Pero era menester tomar determinaciones; por eso, tras pensarlo hartito,

propuso a las moras realizar algunos cambios en la vida diaria de la mansión. En primer lugar, que las niñas salieran a la calle y que salieran mucho, todo lo que no habían hecho hasta la fecha y más. Para que no oyeran cómo holgaban los truhanes en su habitación a cualquier hora del día o de la noche; para que el clérigo no las encontrara en algún rincón o se topara con ellas en la escalera y les hiciera alguna proposición deshonesto o les echara las manos encima, como ya les había sucedido a las tres criadas, incluso a Catalina, que era asaz vieja; para que no se amistarán con la barragana y ella las instruyera en las malas artes del querer, tan relacionadas con los vicios de la carne. En segundo lugar, había que trasladar los dormitorios de las criaturas al piso alto. En tercero, hacer guardias las criadas en el dicho piso por la noche, no fuera a presentarse el cura. Y en cuarto lugar, asistir al sermón de fray Tomás Torquemada en Santo Tomás, hombre de pro, que echaba pestes contra los frailes que tenían barragana; todas, niñas y moras incluidas, aunque luego se desdijo y pensó que mejor las moras esperaran fuera.

Tras ser las disposiciones de la cocinera celebradas por las esclavas como merecían, las pusieron en práctica de inmediato. Y, como quien dice, se hicieron fuertes en el piso alto de la casa; cierto que hubieron de porfiar con las niñas, que ya comenzaban a discurrir y a razonar, y querían dormir en sus camas y no en los viejos catres de la servidumbre que estaban llenos de polvo y posiblemente atestados de chinches, y preguntaron a las criadas si no sería mejor echar de la casa a los dos bellacos y dar por perdido el castillo de Alta Iglesia, ya que ellas, las cinco mujeres, no lo podían defender, y tal vez escribir una carta al señor rey demandándole el paradero de don Juan, el padre desaparecido iba para siete años, en vez de dar cama y posada a un haragán que se decía clérigo y a su barragana, cuando no celebraba misa ni salía de casa a hacer las gestiones que había prometido llevar a cabo ante las autoridades cuando llegó, iba para cuatro meses.

Catalina respondió a las criaturas que ella hacía lo que mejor creía en bien dellas y de la casa, y que no se atrevía a ir al obispo no fuera a correrse el hecho de que dos marquesas vivían con tres criadas sin gobierno de pariente, y surgiera algún primo lejano, algún sinvergüenza, que les quitara el marquesado, las tierras y las rentas, dejándolas pobres de pedir. Las moras aseveraron que era mejor no revolver y esperar a que fueran mayores para que nadie, ni hombre ni mujer, pudiera quitarles lo que tenían de su casa ni separarlas. En cuanto al truhán, sostuvieron que ellas solas no podían echarlo, pues que se iría, si se iba, alborotando, y la barragana más, y adujeron que a toda costa querían evitar una escandalera. Con estos argumentos las convencieron, poniéndoles en la boca la guinda de salir a la calle y recorrer la ciudad de punta a punta o rodear las murallas o llegarse al arrabal de San Nicolás o al río. Las criaturas dejaron de protestar, se aviaron, cogieron sus faltriqueras y unas cuantas blancas que tenían y, contentas como unas pascuas, salieron al mundo, eso sí, bien

escondidos sus bracitos mancos en los pliegues del sayo.



Cuando Mari de Abando, la joven, regresó del mundo de la fiebre por donde había andado veintiún días entre la vida y la muerte, por haber cogido un pasmo en el lugar donde el Nervión se junta con la mar, lo primero que recibió fue una lametada en el rostro del perro *Mot* y un sonoro bofetón de la vieja Mari.

En aquel momento la niña hubiera querido tornar otra vez al mundo de la oscuridad pero le fue imposible, en razón de que sus dos madres la habían curado con sus desvelos y pócimas, creyendo cada cual ser la mejor. El caso es que el can se puso a ladrar a las ancianas para que no porfiaran llamándose esto y aquello, dándole mal ejemplo a su protegida porque aprendía lo que no debía, aunque entendiera que sus dos madres se estaban enfrentando por ella. Sobre todo cuando Martina le recriminó a Mari el bofetón y cuando, después de discutir con ella, se llegó a la cama de la niña, se sentó, le hizo unos arrumacos, le dio besos y la tomó en brazos, dispuesta a llevársela a su casa.

Claro que la otra le preguntó al instante:

—¿Dó vas con la niña?

—Me la llevo a mi casa, que tú no la sabes cuidar...

—¡No des un paso más! ¡Es mía! —gritó Mari de Abando cerrándole el camino.

La dicha Martina se echó a reír a grandes carcajadas e avanzó hacia la puerta. El perro aulló previendo la tragedia y se retiró a un rincón, e hizo bien, pues que la de Abando bramó:

—¡No des un paso más o te mato! —a la par que corría hacia el fogón y agarraba un cuchillo, el más afilado que tenía, y se abalanzaba contra su amiga que, de repente, se había tornado en su mayor enemiga, por esas cosas que hacen las madres o, sencillamente, porque los hijos no se pueden compartir.

Y ya la enemiga repasaba el dintel de la puerta, carcajeándose de las amenazas de la dicha Mari, la muy necia, ignorando que presto dejaría de reír. La otra corrió tras ella a velocidad de vértigo mismamente, como cuando las dos viajaban de Bilbao a Jerusalén en una noche, bien frotadas de untura mágica, y regresaban. El hecho es que la perseguida se tropecó con un pedrusco del camino y cayó de bruces mientras la niña que llevaba en brazos salía despedida, y la perseguidora, que le iba a la zaga, tropezó con la perseguida cayendo sobre ella accidentalmente, pero duplicando el impulso de la caída de Martina, que se clavó un palo en el vientre, y de consecuente expiró, sin encomendarse al señor Satán ni a los demonios sabedores, sobre el tarquín del senderillo, donde se hizo un reguero de sangre.

La otra, la perseguidora, no tuvo una mirada, siquiera una palabra, para Martina de Inaxio, que había sido su mejor y única amiga de muchos años a esta parte. Muy al contrario, jadeante e muy ufana, la Mari de Abando tomó a la pequeña en sus brazos y entró en casa jactándose de la proeza de haber corrido en pos de una ladrona por sus propias piernas, sin hacer ensalmo, sin encarnarse en ave voladora, a sus setenta años cumplidos, e diciéndose que con tan buena salud que había demostrado con la carrera, habría de vivir mil años. Pensando que Martina hubiera podido detenerla y hasta paralizarla con un hechizo, riéndose, en fin, de la mentecatez de su amiga.

Cierto que se le heló la risa cuando la pequeña, echándose a llorar, le preguntó:

—Madre, ¿por qué has matado a Martina?

La bruja carraspeó y contestó:

—La hubiera matado y a eso iba, pero no lo he hecho... He tropezado con ella... Se ha caído e yo iba detrás a la carrera y no la he podido evitar... Tú has visto que se ha clavado un palo en el vientre... Ha sido un desdichado accidente... Las ramas y las piedras a veces entorpecen los caminos y hay que llevar los ojos bien abiertos y el paso justo para poder evitarlas... Además, quería llevarte, niña, te quería para ella sola, cuando tu madre, la Malona, descansa en paz, te trajo a mí... Eres mía, niña, mía, y demasiado la he dejado estar contigo... Y si yo te doy un bofetón, bien dado está, y ella no es quién para reprochármelo... Nunca consentiré que te roben de mi lado, antes muerta, hija... Martina ha encontrado lo que se merecía, por ladrona.

—Pero no se mata, madre...

—Ella era mi amiga, yo nunca la hubiera matado... La perseguía sí, pero a la broma, como te encorro a ti... Si yo te contara... Era ella la que mataba y por dineros... Hacía hechizos a las gentes... muñecos de barro representando figuras, y les clavaba alfileres para producirles enfermedad y dolor; y es más, andaba buscando cuajos de niño muerto en los cementerios... Que una cosa es lo que parece y otra lo que se es. Martina era mala, muy mala... Además —añadió, cambiando el tono de voz y atiplándolo como si estuviera muy contenta—, estaremos mejor las dos solas y, en cuanto pueda, te haré caramelos... ¡Ea, ea, Marichu, anda con *Mot*, adelántate y saca el tarro de miel de la alacena...!

Pero ya podía Mari de Abando dar caramelos a su niña, que ni una ni otra lograron conciliar el sueño aquella noche ni la siguiente ni las siguientes. Entre otras cosas, porque echaban a faltar a Martina, pues que los afectos, aunque se tornen en odio en momentos de ofuscación, no se pueden acallar, y regresan a la mente del mayor homicida.

Doña Isabel, la reina viuda de Castilla, León, etcétera, continuaba con sus paños de ranzal en el castillo de Arévalo y, entre bodoque y bodoque, recibía a cuantos nobles llegaban de visita, más que a verla a ella o a sus hijos, a contarle por lo menudo los negocios del rey Enrique y de su esposa, doña Blanca, y de doña Juana, la novia. Aceptaba a los venidos, no porque tuviera gana, sino a instancias de sus damas que deseaban se animara a toda costa.

Y, en efecto, se entretenía a raticos con aquellos cuentos que, desgraciadamente, nada tenían de falso, que eran verdades palmarias. Pues que don Enrique quiso que su divorcio de doña Blanca de Navarra —que logró de varios obispos de Castilla, antes de la muerte de su padre— fuera público en toda la cristiandad y lo echó a los vientos al pedir confirmación a Roma, al papa Nicolás, e resultó penoso, aunque también risible.

Las que más rieron en Arévalo fueron las damas de la reina, quizá porque no tenían otra cosa de qué reír, y no se recataron de hablar delante de la infanta Isabel de lo que no debieran, descubriéndole antes de tiempo las miserias de la cama matrimonial de su hermanastro.

El rey, por medio de sus embajadores, relató al papa que se había casado con doña Blanca de Navarra legítimamente y convivido con ella más de doce años, durante los cuales había procurado tener con ella cópula carnal sin conseguirlo, en razón de que algún malqueriente, hombre o mujer, había echado maleficio, a él o a ella, o a los dos. Siendo, como era, hábil con otras mujeres, según atestiguaron varias mancebas de burdel, quería casarse otra vez, para dar descendencia al trono por vía directa.

La reina doña Blanca estuvo de acuerdo en separarse de su esposo, y para mayor sarcasmo se hizo examinar por cuatro matronas de buena opinión y expertas en la obra nupcial, que declararon que era apta para engendrar hijos y que se conservaba tal cual nació, para vergüenza de Castilla entera.

Con ello la Santa Sede dio sentencia definitiva a los deseos de rey y reina, para que ambos se pudieran separar y volverse a casar, entre las risas del mundo todo. Pues en Castilla se contó que doña Blanca recibía cartas de varios médicos italianos, que no entendiendo bien los negocios del real tálamo y queriendo hacer favor o continuar la burla, le enviaban varios remedios contra la esterilidad a su retiro de Aragón, ya que, tras la resolución, ahí marchó con su padre, el que sería el rey don Juan y ahora lugarteniente general del reino.

Y la pequeña Isabel preguntaba y preguntaba qué era aquello de ser estéril y cómo venían los niños a este mundo, y las damas le decían que del cielo, que los traían las cigüeñas en sus picos, en un hatillo, tratando siempre de quitarle aquellos complicados negocios de la cabeza, pero la niña insistía. Le preguntaba a su amiga

Beatriz, le contaba lo que sabía, y ambas deseaban que los castellanos pudieran nacer en el cielo, pues no habían visto nunca una cigüeña, ni otra ave, portando un bulto. Ciertamente que las guisanderas y fregonas de las cocinas se mostraban más explícitas con las niñas y cuchicheaban entre grandes risotadas. Alguna, asaz descarada, hablaba de que los hombres tienen un apéndice entre las piernas — dándole otro nombre— que se les pone erecto en presencia de mujer y que la única manera de aliviarlo era llevarse a moza o dueña al pajar, ya fuera esposa o no lo fuera. Y claro, las pequeñas se sonrojaban sin saber de qué hablaba la criada descarada, pese a que habían visto con sus ojos el apéndice del pequeño Alfonso. Por eso más de una sirvienta se llevó varios azotes ordenados por don Gonzalo Chacón, por no cerrar la boca delante de las criaturas.

Así las cosas, había revuelo en el castillo de Arévalo. E más que hubo cuando se celebraron las bodas del rey Enrique con la infanta Juana, hermana del rey Alfonso V de Portugal, personaje que habría de recibir del rey de Castilla, por arras, Ciudad Real y Olmedo y veinte mil florines de oro a más de millón y medio de maravedís cada un año. Una fortuna, cuando la reina viuda pasaba estrecheces, y cuando don Enrique había depositado la escandalosa suma de cien mil florines en las arcas de los banqueros judíos de Medina del Campo.

Hubo inquietud en el castillo porque, aunque la reina viuda no fue invitada ni informada de los fastos, se temió que los señores reyes pudieran pasar a visitarla a su regreso de Córdoba, donde se casaron, pues la dama había manifestado, en un rasgo de lucidez, que no pensaba recibirlos y que incluso les haría desaire. En razón de que, si su hijastro tenía descendencia de su nueva esposa, su hijo, el pequeño Alfonso, quedaría relegado en la línea de sucesión al trono. Además, que doña Juana llevaba mala fama y se pintaba las rodillas con rojete de la cara para que los hombres la vieran al descabalgarse y se fijaran más en ella, lo que no es de mujer decente ni menos de reina. Por eso el castillo de Arévalo anduvo alborotado, pero todas fueron suposiciones, pues los señores ni menos que pensaron en la viuda y se encaminaron a Segovia, la ciudad preferida de don Enrique.

Sin embargo, en Castilla hubo contento y celebraciones: justas, torneos, toros, juegos de cañas y bailes. Porque al pueblo llano lo mismo le daba que hubiera una reina que otra, y otrosí que la dicha señora se amigara con el marqués de Villena o que el señor rey tuviera una concubina de nombre Guiomar, que era priora de un convento para mayor escándalo. Al pueblo lo que le importaba era llenar la barriga con la mucha comida que repartieron los concejos de villas y ciudades durante las tornabodas, para tener los estómagos llenos cuando viniera el hambre, y beber y bailar a la salud de quien fuere, tanto mejor si era gratis.



A Leonor y Juana Téllez de Fonseca les gustó tanto el mundo que quisieron hacerlo suyo. Patearon la ciudad de Ávila, anduvieron por los arrabales, se refrescaron los pies y chapotearon, el sayo remangado, en las frías aguas del azud del río Adaja, y buscaron flores y nidos de pájaros por los alrededores. Recorrieron el Mercado Grande, situado extramuros de la puerta del Alcázar y, muy cerca de su casa, el Mercado Chico, instalado frente a la iglesia de San Juan, en cuyo pórtico se reunía el Concejo a la asonada de trompetas para resolver los asuntos municipales. Apresuraron el paso por la calle de la Maldegollada, donde caballeros y gentes de oficio corrían toros en las fiestas, aprisa, aprisa, no fuera a aparecer una res mal muerta y darles un susto, como de hecho había sucedido ya a varios vecinos, que lamentaron pasar por allí con paso calmo e, otrosí, cuando se adentraban en la judería, no fueran sus habitantes a sacarles las mantecas. Corrieron también, pues eran niñas, cuando los moradores barrían las calles empedradas para no llenarse de polvo. Y, en otro orden de cosas, llevaban velas a Santa Ana o a Santo Tomás cuando paseaban con Catalina, y los viernes se llegaban a la mezquita a rezar y al cementerio musulmán, cuando iban con las moras.

E con tanto ir y tornar, dado el empeño que tenían sus ayas y Catalina por sacarlas de casa para que no oyeran cómo holgaban en la cama el cura y la sacristana, ampliaron sobremanera su gusto por oler y sentir las maravillas de Dios: el cielo infinito, la formación de las nubes, el movimiento del viento; el correr del río y del sol; el manar de las fuentes; el crecer de las plantas; las enormes piedras de los contornos que, redondas, unas sobre otras, guardan en aquella tierra equilibrio casi imposible. Y, otrosí, las maravillas de los hombres: la singular altura de las murallas de la ciudad; la fábrica de iglesias y conventos; las abigarradas calles de intramuros, las anchas vías de extramuros; y, en otro orden de cosas, las gentes que iban y venían: mercaderes, carreteros, soldados, frailes, monjas, damas en sus literas, mozas con sus cántaros; titiriteros, tropas de juglares; moros tamborinos que animaban las bodas; conversos adinerados, que no podían disimular sus orígenes por los rasgos de sus rostros, sobre todo por sus luengas narices; cautivos musulmanes llevados en carros para ser vendidos como esclavos.

—¡Alá les dé buen amo! —exclamaban al verlos pasar Wafa y Marian y se santiguaban a lo moro, y las criaturas lo repetían.

En fin, todo un mundo... E las niñas, como apenas habían salido de su casa, se asombraban y disfrutaban, a más que, como llevaban los brazos escondidos en los pliegues de la saya, ni hombre ni mujer se apercibió de su manquedad.

Tampoco repararon en su manquedad los huéspedes de la calle de los Caballeros,

el cura y la sacristana, que a los seis meses de estancia en la casa, misteriosamente, dejaron de holgar e salieron al pasillo. Llegados al piso bajo, pidieron permiso para entrar en las cocinas y quisieron entablar conversación con las criadas y hasta sentarse con ellas a la mesa y compartir el yantar.

Las sirvientas moras no supieron qué hacer en presencia de un sacerdote, como tampoco hubieran sabido qué hacer en presencia de un imam, en razón de que no frecuentaban musulmanes. Por eso tomó el mando de la situación la vieja Catalina, que ya había rezongado harto contra aquellos dos haraganes. Dos embaucadores que, vinieran de parte o no vinieran de parte del cura de Alta Iglesia, se estaban comiendo el pan de las niñas, iba ya para seis meses.

Y así se lo espetó a la cara, que no, que no podían sentarse con ellas. En razón de que su «reverencia» no había hecho gestión alguna con las autoridades de Ávila para que el castillo de Alta Iglesia fuera desalojado por los malandrines que lo tenían, porque no había pisado la calle... Y gritó mostrando toda la cólera que llevaba acumulada dentro de sí, mientras sus compañeras y las niñas la miraban aterradas. Llegaron los otros con cara de albricias y la emprendió contra ellos, lo que no era de buen cristiano, y clamó para que abandonaran la casa.

Cosa que hicieron de inmediato. El Mendo Gutiérrez, rojo como la grana, la Garcesa llorando. Ambos recogieron sus talegos y se largaron, sin decir una palabra ni buena ni mala, sin llevarse nada, pues las criadas revisaron todo de arriba abajo y hasta sacaron la plata de los almarios por ver si faltaba algo. Y, es más, los dos truhanes las saludaron cuantas veces se cruzaron con ellas en la ciudad, mientras anduvieron vagando por allí. Es decir, que se fueron sin rencor, y las sirvientas se quedaron bastante solas, sin tener de quién refunfuñar, pero Catalina hizo bien en largarlos, que no se puede tener haraganes en una casa de bien.

Razonaba la cocinera que en seis meses, si no liberar el castillo de sus poseedores, porque tamaña tarea se escapara de sus manos, el preste al menos hubiera podido celebrar misa o confesarla a ella, o enseñar doctrina cristiana a las niñas y a las moras para que no hubiera en aquella casa más que una fe. Pues que era asaz molesto que Marian y Wafa guardaran fiesta el viernes, y ella el domingo, con lo cual todas las faenas del viernes había de hacerlas ella y hasta asear y peinar a las niñas, tarea molesta y de responsabilidad, pues las ayas se ponían harto pesadas recordándole a cada momento que Leonor no se había lavado los ojos al levantarse de la cama o que Juana se había dejado la leche del desayuno en la escudilla.

Un tiempo estuvieron las habitadoras de la casa de la calle de los Caballeros hablando de aquellos tipos, asombrándose de cómo se habían marchado de la casa sin chistar y sin llevarse siquiera unos mendrugos para paliar el hambre. Se preguntaban por qué habían dejado de ayuntarse; si la Garcesa andaría empreñada; o si el Mendo Gutiérrez, al verse recriminado por una cristiana vieja, había abierto los ojos, visto

que su vida era objeto de escándalo y que, de continuar de ese modo y con barragana, iría derecho al infierno. La Catalina echando pestes de los clérigos lujuriosos, que eran plaga en el reino de don Enrique, el cuarto, y las moras calladas sobre este particular, pues no querían opinar de las cosas de la religión, aunque hablaban de lo demás por los codos. Las tres como comadres, y las niñas interviniendo también y preguntando, como dos más. Que eran unas preguntonas y querían saber de todo, de lo que se veía con los ojos sin hacer esfuerzo, de lo que se veía forzando la vista y hasta de lo que no se veía de ningún modo, es decir, de lo invisible. Cierto que de su manquedad ya no hablaban.

A menudo las criadas no sabían responder a sus demandas, y si contestaba Wafa, la única letrada de las tres, lo hacía a lo musulmán, con lo cual Catalina se encorajinaba porque sembraba turbación en las mentes de las criaturas. Y, en efecto, estaban confusas.

Juana, que era la más callada e retraída de carácter, decía que lo suyo sería profesar en religión y ser monja para salir a predicar y que todos los habitantes del mundo fueran de un mismo credo, pero no daba nombre a aquella fe que habría de enseñar cuando fuera mayor. No se definía por la de Dios ni por la de Alá, quizá porque hablaba por hablar, pues otras veces decía de instalar un horno de panadería en la casa y ser la regente y repartir pan a todo hombre o mujer que fuera a pedirle con el divino Nombre en la boca. Pero a saber a cuál de los dos nombres divinos se refería, que más de una vez la había sorprendido Catalina arrodillada en el suelo, sobre una alfombrilla, salmodiando los noventa y nueve nombres de Alá.

A Leonor, que pensaba más las cosas y era alegre de temperamento, le parecía de perlas que su hermana entrara en religión, pues —tal sostenía sin el menor reparo— de ese modo tendría el marquesado para ella sola, y echaba cuentas de la fortuna que dispondría una vez retirada la dote que su hermana habría de llevar al convento. Hacía sacar a Catalina los papeles de don Juan, su padre, que no había regresado a casa después de ocho años de ausencia. Luego, aun comprendiendo los pergaminos con extrema dificultad, por lo viejos que estaban y porque leía mejor el árabe que el castellano, sumaba los juros, las rentas y los dineros de la arquilla, que administraba Catalina desde su desaparición, hablaba de contratar un ejército que fuera a buscar por el mundo a su señor padre, removiendo cielo y tierra hasta encontrarlo y, confusa por la magnitud de la empresa, se preguntaba si le llegarían los dineros.

En este punto de la cuestión, la mora Marian le decía que no, que no, que para armar un ejército habrían de encontrar el tesoro de los Téllez, y claro las otras se le echaban encima porque excitaba la imaginación de las niñas con sus mentiras, con aquellas paparruchadas del cofre del rey moro.



Las dos Marías de Abando no se consolaron de la pérdida de Martina de Inaxio ni cuando ajustaron con un carpintero de Bilbao la hechura de un ataúd y el traslado del cadáver y la cava de una fosa al lado de la Malona, es decir, en la campa trasera del caserío. Lo hicieron para que la muerta descansara lejos del camino, en paz por los siglos de los siglos, y para que *Mot*, el perro, no fuera a escarbar bajo las piedras con que las dos mujeres la habían cubierto al día siguiente de la desgracia. La vieja también avisó a otras brujas para que estuvieran presentes en el entierro y la encomendaran a los demonios. Es decir, que Mari procedió según hacían las sortiñas con sus fallecidos, irreprochablemente, y delante de todos los asistentes no hizo ascos al cadáver, pese al hedor que emanaba. Incluso fue capaz de rebuscar entre las sayas de la muerta hasta encontrar la faltriquera, sacar el alfiletero que llevaba y entregárselo a la pequeña Marichu, lo que seguramente hubiera hecho Martina de no haberle sorprendido la muerte, pues también hubiera deseado legar a la niña todo su saber brujesco, que a la sazón se encuentra en los alfileteros que portan las sortiñas, siempre con trece alfileres: doce por los santos doce apóstoles, y uno por el Señor Jesucristo, y con ellos transmiten sus artes de generación en generación.

Cumplida la ceremonia, Mari, la vieja, convencida de que había actuado con su amiga mismamente como si enterrara a su propia hermana, invitó a la comida fúnebre a todos los asistentes, descargando así su conciencia, pues hasta el momento no se había podido quitar de la cabeza que ella fue principal agente en el fallecimiento de su amiga, que de no haberle caído encima, por la carrera y las malas intenciones que guardaba en su corazón, la muerta bien hubiera podido salir viva del trance, a lo más con algún escorchón en la piel o simplemente con unos cuantos morados en el cuerpo.

Incluso se albrició, pues consideró llegado el momento de instruir a la pequeña en los secretos insondables de las brujas, mostrándose dispuesta a legarle su alfiletero también, cuando abandonara este mundo. Todo ello con afán de que su pupila fuera la más sabia de las sortiñas de la ría de Bilbao y se ganara la vida con holgura. No obstante, la alegría duró poco en el caserío, unas cuantas horas. Porque, ay, se presentó la noche, un minuto o dos más tarde que el día de anterior, que corría el tiempo hacia el verano, e igual, igual que sucediera durante los siete días postreros, es decir, desde que Martina yaciera cubierta de piedras en la ribera del camino, las dos moradoras de la penúltima casa del arrabal de Ibeni oyeron ruidos e, naturalmente, les vinieron pavores, y eso que no eran mujeres espantadizas. Ya en días anteriores, ante los mismos ruidos, tragándose las dos el miedo —el perro *Mot* se escondía debajo de la cama, allá vinieran a rondar espíritus o demonios en carne viva—, habían salido al

portal con un candil y hasta rodeado la casa en busca de alimañas, para ahuyentarlas. Sucedió que cuando se adentraban en la oscuridad se terminaban los ruidos e, cuando volvían a la casa, continuaban, varios días ya a la misma hora, para acabarse a las doce en punto, cuando tocaba las campanadas el reloj de la iglesia de Santa María de Abando. Eran sonidos guturales, como estertores, e ya sabía Mari, la vieja, de quién eran: de Martina, pardiez, pardiez... Que no se había ido al otro mundo, que tal vez, como se fue de súbito, quería decirle algo o pedirle perdón por lo mucho que había porfiado con ella en su vida, o agradecerle que hubiera sido su amiga durante tantos años, o confesar su necedad por pretender robar a la niña, o encomendársela, o hacerle favor y descubrirle la ubicación de algún tesoro para sacarla de pobre, o contarle cómo es o dónde se halla el otro mundo por si le fuere de utilidad. Sí, era Martina. ¿Quién si no?

Aquella noche, Mari de Abando, la vieja, pese a ser bruja reputada, a más de oír los sonidos, sintió la presencia de un espíritu y tuvo miedo. Por eso tomó la mano de Marichu y corrió hacia su casa como perseguida de Satanás. Atrancada la puerta, buscó un frasco de agua bendita que tenía escondido en lo profundo del arcón de sus ropas —más para hacer burlerías con ella que brujerías—, e roció las paredes, sin que le quemara las manos, como hacía siempre en una situación de apuro extremo, consiguiendo alejar aquella presencia, al menos por el momento.

De más está decir que Mari de Abando, la joven —aunque la vieja pretendiera ocultarle los extraños sucesos—, vio y oyó todo, y lo que no vio ni oyó, lo imaginó, pues era lista como una ardilla; por eso le preguntó:

—¿Es Martina?

—¡Sí! —respondió la vieja y aún añadió como si iniciara una lección—: Tendremos que acostumbrarnos a vivir con ella, pues nos ronda una semana ya e no quiere marcharse al otro mundo.

—¡Tengo miedo!

—¡Ah, no! No tengas miedo, hija... Te quiso más que a su vida... Murió por ti, porque quería llevarte con ella. Cierto que no pensó en mí, que fue egoísta y te quiso para ella sola, e no debió actuar de ese modo, que es menester repartir... Máxime cuando tu pobre madre te trajo a mí... Viviremos con ella... Nos acostumbraremos a sus voces y, si alguna vez nos dice claro qué desea y le podemos hacer favor, se lo haremos... No temas porque enojada no está... De estarlo, hubiera levantado galerna, como sólo ella sabía hacerlo, o nos hubiera trocado de lugar, llevándonos una para cada lado, o me hubiera enviado una enfermedad... Enojada no está, quia, niña, que no la habré visto yo hacer vientos y deshacer enseres y trocar personas de un lugar a otro, y mil perrerías...

—Tú también tenías miedo...

—Sí, sí. En un primer pronto sí... Pero ya no... He pensado que daño no quiere

hacernos, pues ya lo hubiera hecho... Que, sencillamente, ha deseado indicar su presencia y que no puede hablar claro... La dejaremos estar, que se haga sentir... Tú te imaginas que es un búho, y eso, pues eso...

Las dos Marías se acostumbraron a los sonidos, mejor ronquidos o ronroneos de Martina de Inaxio y, tras los primeros sustos, vivieron con ellos en la penúltima casa del arrabal de Abando. La niña, aprendiendo deprisa, la anciana enseñando a su pupila los saberes de las brujas. Primero lo menudo, luego las grandes magias.

Corrían infundios o verdades por Castilla, que no había modo de saberlo, sobre doña Juana, la segunda esposa del rey Enrique, que llevaba cinco años casada. Se decía que era mujer caprichosa, inconstante, destalentada e lo que es peor, liviana de costumbres, con su conducta extravagante ponía en entredicho la buena memoria de las antiguas reinas de las Españas.

Se comentaba que Su Alteza, la reina de Castilla, de León, etcétera, andaba preñada e no precisamente de su esposo el señor rey, lo que hubiera sido motivo de alegrías en el reino todo, sino de un caballero. Nada menos que maestre de Santiago, un hombre sin escrúpulos y ambicioso por demás, llamado don Beltrán de la Cueva.

A Arévalo las noticias llegaban en toda su crudeza, en boca de los nobles señores que se presentaban a visitar a la reina viuda, quien los recibía con las ventanas de la estancia entornadas para que entrara poca luz, ora con un paño de ranzal blanco como el sol en las manos, ora con un retalillo de preciosa seda de Alejandría en el bastidor, pero sin atenderles ni ofrecerles de comer ni de beber. Alzaba los ojos, les daba su mano a besar y continuaba con su labor. E los nobles se iban más contrariados de lo que habían venido, y muy mohínos. La verdad es que se habían presentado con esperanza de encontrar una aliada contra su rey y señor y contra lo que portaba el vientre de su reina y señora: un bastardo, un hijo de don Beltrán de la Cueva, que no de don Enrique, puesto que era incapaz de procrear, y se encontraban con una mujer de entendimiento malsano, alunada por demás. Que les miraba sin ver, que les escuchaba sin entender, que hablaba tan quedo, tan quedo, incongruente además, que apenas se le podía oír, lo poco que decía. Y se iban carilargos, después de observar con sus propios ojos lo poco que había crecido el pequeño infante Alfonso, porque preferían un soberano legítimo, el hermanastro del rey, al hijo de la reina, que habría de traer la bastardía señalada en la frente. Desanimados de su estancia en Arévalo, se llegaban a Segovia, donde se hallaba don Enrique, a proponerle, prometiéndole fidelidad mientras viviere, a pedirle, a rogarle y, en ocasiones, a exigirle, nombrara sucesor al niño Alfonso, y recluyera a la señora reina doña Juana en un convento para tapar un embarazo que presto habría de ser gran escándalo en todos los rincones del reino.

La pequeña Isabel no permanecía ajena a aquellas idas y venidas de nobles y obispos. Al revés, escuchaba detrás de las puertas con mucha atención y le contaba a su hermano lo que pretendían el arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla, los maestros de las órdenes militares, los condes o los duques de tal o cual población, que a la sazón conspiraban contra don Enrique. Le decía a su hermano que aquellas gentes que se presentaban en el castillo querían que él sucediera en el trono a don Enrique, y le instaba a aprender a manejar la espada, a estudiar con aplicación letras y

leyes para gobernar y repartir justicia cuando fuera rey e, cuando la criatura se fatigaba de escucharla, apabullado quizá por la alta carga que le venía encima o porque tenía débil la natura y siempre estaba afiebrado, lo acompañaba para que se tendiera en la cama y jugaba con él al ajedrez, dando a cada ficha un nombre. Al rey del juego, el de Alfonso; a la reina, el de doña Isabel, la madre de ambos; al alfil derecho el de don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, al izquierdo el de don Fadrique, almirante de Castilla; al caballo derecho, el de don Rodrigo Manrique, conde de Paredes, un hombre probo, como decía doña Clara; al caballo izquierdo, el del conde de Benavente; a la torre izquierda, el de don Gómez de Cáceres, maestre de Alcántara, a la derecha, el del conde de Haro; y a los peones el de otros condes y marqueses: Alba, Astorga, Osorno, Triviño, Tendilla, Coruña, etcétera. Eso con las fichas blancas, las que jugaba Alfonso, que Isabel, por hacerle favor, lo hacía con las negras, con los enemigos de su madre: los Pacheco, los Girón, los hijos del fallecido marqués de Santillana y otros pelajes, como sostenía la mayordoma.

Así jugaban los hermanos, siempre ganando Isabel que llevaba las negras, es decir, los condes malos, y más el pequeño Alfonso se afiebraba. La niña le consolaba asegurándole que si ganaba era por ser la mayor de los dos y cambiaba de juego o de conversación, para contarle lo que había oído a las meninas de su madre sobre el nacimiento de su futuro marido don Fernando de Aragón...

Que, gran Dios, había venido al mundo escasos meses después que ella, en el año en que se contempló un cometa en el ancho cielo que traía felicidades, siendo engendrado en la casa de un labrador de la tierra de Calatayud, antes de que don Juan de Aragón, su padre, partiese hacia el reino de Valencia para castigar ciertas banderías mortales que se alzaban contra su autoridad. De cómo a su madre, que sería reina de Aragón a la muerte del rey don Alfonso V, tras descansar en la población navarra de Sangüesa, sintiendo que ya llevaba el vientre muy crecido, le entraron urgencias, pues deseaba alumbrar en sus señoríos e fuese a Sos, villa situada a tres leguas de la raya de los reinos, en andas, llegando con graves dolores de parto y clamando auxilio a la Virgen María.

—E lo más bello del relato, Alfonso, hermano, que, avistando la reina doña Juana Enríquez... —la hija del almirante de Castilla, don Enrique Enríquez, nuestro pariente, ése que es bisojo y menudo— la villa de Sos, observó una gran claridad en el cielo. El sol brillaba más que nunca... Tanto que dolía a los ojos de las gentes. La compañía avivaba el paso y, para mayor asombro, una corona de nubes de colores apareció en la lontananza, holgando a todos. Le fueron a la señora con parabienes, asegurándole que las señales indicaban que su vástago sería clarísimo entre los hombres... Y, este hombre, hermano mío, será mi marido... Y tú reinando en Castilla y él reinando conmigo en Sicilia haremos grande alianza... Y se cumplirá la profecía de un rey que hará grandes y santas obras en su reino, y ensalzará España... Claro

que en el entretanto habremos de prepararnos para sufrir grandes peligros, para desvelar intrigas contra nosotros y para castigar las traiciones...

Así estaban de unidos los hermanos y más que estuvieron, pues que el rey Enrique los arrancó de los brazos de las damas de doña Isabel, la reina viuda, y los llamó a su lado.

Cuando se enteró la infanta de las órdenes de su hermano y señor, se presentó ante su señora madre sin ser llamada, le recriminó su pasividad y hasta sus bordados, más o menos deste modo:

—Señora doña Isabel, madre mía, sepa su alteza que ni mi hermano ni yo queremos vivir en la Corte... Queremos continuar aquí, con vos, aunque nos hagáis poco caso... Siempre bordando, señora...

Se comentó por todo el castillo que la reina viuda, que vivía en otro mundo hacía tiempo, no respondió. Que Isabel habló con retintín, mostrándose irrespetuosa, testaruda y brava. Que doña Clara pretendió contenerla cuchicheándole al oído, tratando en vano de acallarla. Que la infanta volvió a alzar la voz, como no se hace, pues la mayordoma le había instruido mil veces sobre los modos de la Corte y dicho que las damas deben guardar compostura en toda ocasión, contándole reiteradamente el caso de una señora infanta del reino de León, una dicha doña Teresa, hija de don Bermudo, el segundo, que allá por el año mil se había encarado con su señor padre porque quería casarla con el moro Almanzor y, ordinaria por demás, delante de toda la Curia dijo lo que no debe decirse aunque se lleve razón, algo así: «Más valdría que los señores deste reino solucionaran sus problemas hablando y callando a tiempo y no entregando el coño de sus mujeres al enemigo». Pero la infanta hizo caso omiso de las recomendaciones de doña Clara, e le preguntó a su señora madre:

—¿Es que su alteza no ama a sus hijos y los quiere lejos?

—Las órdenes del rey no se pueden cuestionar, Isabel —le aseguraba la mayordoma.

—Qué me dices... En este reino las discuten todos, pues ¿no vienen los señores con sus pretensiones?

—Vienen con sus pretensiones, pero obedecen, pues primero es Dios, y luego el rey...

—¡Pues vaya rey...!

—¡Calla, Isabel, por lo que más quieras...!

—¿Quién es, quién es? ¿Qué desea esta doncella? —intervenía la reina.

—Es doña Isabel, vuestra hija, que viene a despedirse de vos —informaba doña Clara.

—¿Se va, adónde se va?

—A Madrid, a la Corte...

—Mi hija nació una noche de luna roja... ¿Quién ha dado permiso para que se

aparte de mi lado?

—Vos, señora...

—¡Ves, Clara, no ha dado su permiso o no lo reconoce! ¡Yo me quedo aquí...!

—Isabel, tu madre está enferma... Lo sabes...

—No tengo padre ni madre...

—Tienes un hermano que te quiere y será rey, debes acompañarle a la Corte... Tienes que velar por él... El Señor Dios te encomienda esa misión... Recuerda lo que te he contado las hazañas de Juana de Arco, que era un poco mayor que tú...

—¡Ah, doña Clara, ah...! ¿Qué ha dicho mi madre de la luna roja?

—No sé.

—¿Acaso había luna roja la noche en que nací?

—Naciste de día, Isabel, después de mediodía.

Los hermanos salieron de Arévalo, camino de Madrid, con lágrimas en los ojos porque abandonaban una buena tierra y a mucha buena gente. Los dos dejaban a Gonzalo Chacón, a doña Clara, a las otras meninas, a los frailes del convento de San Francisco y a los villanos. Alfonso, a los niños que habían jugado y escuchado lecciones con él, e Isabel, a Beatriz de Bobadilla, su gran amiga.

E llegaron a la villa e se admiraron de la fábrica del alcázar, e no fueron recibidos por el rey ni por la reina, e fueron alojados en habitaciones distantes del bullicio cortesano e muy frías. El primero en visitarlos fue uno de los bufones de don Enrique, bien que luego se presentaron muchos nobles, todos los que deseaban que el señor rey no reconociera a su hija Juana recién nacida, que era ya conocida como la Beltraneja, es decir, como hija de don Beltrán de la Cueva, uno de los privados del monarca. Y que, revocando su propia orden, hiciera jurar heredero a Alfonso. El que más empeño tenía era don Alonso Carrillo, a la sazón arzobispo de Toledo y primado de las Españas.

Alfonso decía que sí a todo lo que le proponía la mayor autoridad religiosa del reino, porque deseaba ser rey. E Isabel otro tanto, pues deseaba que su hermano lo fuera. Pese a que hubiera querido permanecer en Arévalo y llevaba cierto resquemor en su corazón, se holgó cuando la reina Juana le ordenó que besara la mano de la pequeña, vulgarmente dicha la Beltraneja. Lo hizo, y le sonrió y, si se la hubieran dejado para tener en brazos, le hubiera hecho carantoñas, e se alegró mucho más cuando le mandó que fuera madrina de bautizo de su hija. Más que por ser madrina, se congratuló porque tuvo a la niña en brazos y ocupó un lugar preferente durante la ceremonia al lado de obispos, condes y marqueses, y porque la soberana la distinguió a partir de entonces. La sentó a su mesa, donde se comía bien. Le regaló un collar de perlas de buen Oriente, dos libros en portugués, ya que Isabel lo hablaba a la perfección, y una esclava mora de las que le habían enviado a ella por su feliz alumbramiento, que, vaya, no llegó a hacerle compañía en aquella soledad del alcázar

de Madrid, pues falleció a los ocho días. Y, es más, la dama, que estaba en sobrepardo, hablaba de su parición sin rubor y nombraba a todos los que estuvieron presentes: al rey, a Villena, al arzobispo de Toledo, a los notarios, a los escribanos, y de cómo se había agachado, a instancias de las parteras, en cuclillas sobre la cama, la forma más adecuada de dar a luz, al parecer.

Cuando dejó de platicar de aquel negocio, que a Isabel le provocaba náusea, se dedicó a instruirla en los fundamentos corporales femeninos con toda naturalidad, quitándole importancia al susto que la niña llevaba, convertida de pronto en mocita, que no en vano le apuntaban los pechos, hubo sangre en sus partes por primera vez y se producían en su cuerpo otros horrores bien naturales, pero que la asustaban por la novedad que encerraban para ella.

Y es que aquellas mujeres, la reina y sus damas, eran deslenguadas. Hablaban de lo que Isabel nunca había oído en boca de ninguna menina de su señora madre; además, lo mismo lo hacían delante de hombres que estando solas, y a Isabel le venía rubor a la cara al contemplarlas en el baño, solazándose desnudas, o escuchando sus pláticas, que a ella iban dirigidas:

—Tú, que te casarás con un príncipe, habrás de ir a la cama cuando te llame, como sucede a todas las mujeres...

—Toma buena nota de que no podrás negarte, salvo que tengas la «enfermedad»...

—E deberás estar bien lavada y oliendo a aromas, que la mayor virtud de la mujer es estar limpia...

—¿Cuántas veces te bañaron en Arévalo?

—Ten en cuenta que la fémica vierte por sus partes humores e, si no se lava, repele...

—La primera vez duele...

—¿Qué duele, doña Guiomar, bañarte o yacer con varón? —preguntaba la reina con picardía en la voz.

—¡Ah, señora...!

—Isabel, una vez consumado el acto carnal, deberás mostrar contento a tu marido...

—Los hombres son vanidosos...

Y así, o de modo semejo, aquellas mujeres, que se permitían tutearla y que no la llamaban siquiera «señora», hablaban con Isabel, que se ponía roja, roja de rostro, e no articulaba palabra ni para preguntar ciertas cosas, pese que le habían suscitado interés.

Instrucciones aparte, la reina Juana regaló a la infanta seis camisas de hilo que mandó coser a sus costureras y un capisayo que ya no se ponía, e hizo que sus damas, que eran tenidas por destalentadas en Castilla toda, le enseñaran unos pasos de baile.

Por ello la niña sufrió en sucesivas ocasiones abundante sonrojo, pero mejor bailar que escuchar de labios de la reina conversaciones de mujeres u oír que el rey, su hermano, había cambiado de opinión y quería casarla con el rey de Portugal o con el príncipe de Viana, el hijo primogénito de don Juan de Aragón y heredero del trono de Navarra, porque ella deseaba maridar con Fernando e irse lejos, a Sicilia.

No obstante las vergüenzas que pasaba cuando la llamaba la reina, el capillo y las camisas le hicieron buen papel, pues el rey era asaz dadivoso con sus privados pero asaz cicatero con sus hermanos. Camisa nueva estrenó Isabel el día en que la infanta Juana, dicha la Beltraneja, fue jurada por los grandes del reino y por las gentes de las ciudades y las villas princesa heredera para después de los días de don Enrique, el cuarto. Y otrosí el día en que recibió de manos del arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo de Acuña, la máxima autoridad religiosa de las Españas, la primera comunión en la capilla del alcázar de Madrid, sin asistir a ninguna catequesis, pues ya había dado abundantes signos de devoción y discreción.



La calle de los Caballeros de la ciudad de Ávila tembló por el retumbo de los cascos de muchas caballerías, tal escucharon los vecinos y se asomaron apresurados a las ventanas.

Y no fue para menos: a lo menos doce carros, tirados cada uno por cuatro mulas, veinte o treinta caballos ricamente enjaezados y veinte acémilas, a la hora de sobretarde no cupieron en la calle y hubieron de esperar en la plaza de la Fruta.

Salieron los habitantes de las casas a los balcones y llegaron ciertos voceros quejándose de la prisa que traían los venidos, en razón de que a punto habían estado ellos de ser atropellados por aquella compañía en una esquina, en un paso estrecho, en una puerta, y se acercaban curiosos de todas partes a ver quién venía.

Los venidos descabalgaban. Los hombres se quitaban los cascos y las gorras y se aflojaban los jubones y las correas de las armaduras. Los caballos relinchaban, las mulas lo que hicieren, lo cierto era que en la calle de los Caballeros había bastante confusión. Pronto se vio cómo del pescante de un carruaje, el mejor de todos, se apeaba un mayordomo y se acercaba a la puerta de la casa de don Juan Téllez. Llamaba a la aldaba y llamaba, y la puerta no se abría.

En las cocinas, Catalina oyó el llamado, pero no se movió porque estaba preparando la comida, con las manos manchadas de harina, con los huevos ya batidos en una tartera, dispuesta a freír unos buñuelos; por eso dejó que Marian o Wafa atendieran la puerta, sin darse cuenta de que las dos estaban rezando la oración del mediodía de los musulmanes, seguramente con las niñas también. Como insistía el

que fuere, la cocinera abandonó su labor, y rezongando se mojó las manos en una aljofaina, se secó con un trapo y se llegó a la puerta. Abrió la mirilla y vio la calle llena de gente, y la volvió a cerrar, en virtud de que allí no querían a nadie y de que allí nada malo habían hecho. Pero los de afuera volvieron a llamar, más fuerte desde que la vieran.

Y preguntó claro:

—¡Por amor de Dios! ¿Quién vive?

Y un hombre barbado le espetó a la cara de mala manera:

—¡Abre la puerta, bellaca!

Pero la dicha bellaca no se arredró:

—¿Quién llama?

E sintió la criada que habían llegado las niñas y las moras, e les informó y les recomendó:

—Alguien viene... Guarden sus mercedes silencio que aquesto lo arreglo yo... — E volvió a su interrogatorio—: ¿Quién vive? ¿Quién viene a perturbar la paz de esta casa?

Y el hombre de la barba gritó más:

—¡Paso a doña Gracia Téllez!

A la cocinera con tanto grito se le trababa la lengua e decía que doña Gracia no estaba, en razón de que se había marchado años atrás con el señor don Pedro, su marido, según tenía oído, y que don Juan Téllez, el actual señor, tampoco estaba porque se había ido a las guerras del rey don Enrique, años ha. E añadía que doña Ana, la madre del señor don Juan Téllez, y doña Leonor, la esposa, habían fallecido cristianamente, y que allí sólo había criadas y que las marquesitas eran niñas y no recibían. E se rebuscaba en la faltriquera en busca de algo que dar a aquel hombre, una blanca, un trozo de pan o unas uvas pasas. Sin entender la situación, sin apercibirse de lo que había en la calle, pues el sujeto que llamaba, el vocero, tapaba con su cabezota casi toda la mirilla. Sin poder observar cómo una dama anciana, muy anciana, descendía de un carruaje que llevaba pintadas las armas de los Téllez, y echando un pie al suelo, ayudada por sus camareras, se encaminaba, renqueando, a la puerta, lamentándose de no haber llevado consigo una llave cuando se fue de su casa de Ávila para servir al rey de Castilla en la lejana ciudad de Milán.

E hubieran seguido las criadas sin querer abrir al hombre, a no ser porque se acercó la anciana e ordenó:

—¡Abre!

Sólo entonces la sirvienta, pese a que no había llegado a conocerla, supo, por esas cosas que se intuyen en ocasiones importantes, que aquella dama era doña Gracia, la bisabuela de las niñas, muy vieja ya por su mucha edad, e abrió la puerta e se arrodilló para besarle los pies, a la par que las moras hacían otro tanto y las

marquesas, que eran unas mocitas, presenciaban la escena pasmadas. Habían oído hablar de doña Gracia, su señora bisabuela, pero nunca pensaron que un día podría presentarse en la casa de la calle de los Caballeros y sin avisar.

Si había jaleo en la calle, más hubo dentro de la mansión. La dama comenzó a impartir órdenes al mucho servicio que traía, y camareras y criados tomaron la casa como si fuere suya. Entraron con bultos y baúles de aparato, e recorrieron las habitaciones, e subieron e bajaron los pisos quejándose de que estuvieran cerradas las ventanas, del olor a rancio y del mucho polvo que había, pidiendo las mujeres plumeros y escobas; los hombres, junco para los suelos, leños para las chimeneas, heno para los caballos y comida para todos.

Las antiguas moradoras de la casa contemplaban la toma de la mansión, atónitas, incapaces de hablar o de moverse. Leonor y Juana, las más estupefactas de las cinco, mismamente como si se les hubiera aparecido Santa María Virgen, observaban a la anciana que, sin alzar la voz y sentada en una silla de manos, organizaba el asentamiento de su compañía e incluso antes de abrazar a sus biznietas, enviaba un propio con saludos para el señor obispo y para el párroco de San Juan.

Cierto que en cuanto remitió el jaleo, cuando todos los aposentos de la casa estuvieron aparejados, distribuidos los dormitorios de los criados, avivado el fuego del fogón, saqueadas las despensas, fritos los buñuelos que había comenzado a preparar Catalina, muertos los capones, recogidos los huevos del corral y abiertos varios odres de vino, doña Gracia, la antigua marquesa de Alta Iglesia, se arrellanó mejor en la silla, llamó a las niñas, les indicó que se pusieran a su lado y quiso dar las manos a sus biznietas. Y, ay, Jesús, María, quedóse atónita, pues que fue a tomar la derecha de Leonor y la izquierda de Juana, precisamente la que no tenían, y llevöse un susto de muerte, pues ignoraba aquella carencia y, la verdad, no se la esperaba. Le palpitó el corazón, y ni su mucho conocimiento de las cosas del mundo ni su mucha experiencia, ni su saber estar ante las sorpresas evitaron que, al contemplar a sus descendientes sin manos, sufriera un terrible susto y no pudiera disimularlo, precisamente ella que había sido arbitro de la etiqueta en la ciudad de Milán en competencia con la duquesa. No obstante, se recompuso presto y, cambiadas las niñas de lugar, le dieron la mano, cada una la que tenía, sin afectación ni rubor, en razón de que estaban acostumbradas a su disminución. Y ya flanqueada por ambas, llevada la silla por un criado del respaldo, con los brazos en alto para guardar la horizontal, y por otro de las patas delanteras, la anciana entró en el gran comedor que, vive Dios, lucía como en los tiempos de esplendor del palacio.

Las niñas, mientras caminaban al lado de su pariente, pese a que se preguntaban qué había venido a hacer en aquella casa y quién sería el retratado del cuadro que su antepasada hacía llevar a una camarera, se encontraban a gusto con ella, muy a gusto. Sentían la mano caliente de la anciana en sus manos, calientes y hasta sudorosas por

la emoción pues, como la dama les apretaba, ellas respondían y apretaban también, y un tenue lazo desangre se iba estableciendo entre las tres. De tal manera que, cuando doña Gracia fue instalada en la cabecera de la mesa del gran comedor, que refulgía a la luz de las velas, las gemelas, henchidas de gozo, sonreían ampliamente. Y más que sonrieron, rieron, a la vista de los criados, e besaron, primero, la mano de su antecesora, luego la mejilla, e luego la imagen del personaje retratado en el cuadro, un dicho don Beppo, el segundo marido de la anciana, ya fallecido, según entendieron. Y las tres parientes se quitaron la palabra de la boca, e se azararon e se trabucaron de lengua, pues no encontraban palabras para contar todo lo que tenían que decirse. Además, aquella noche, a las niñas les vino la «enfermedad» por primera vez, debido quizá a la tanta emoción que llevaban en sus corazones por la llegada de su bisabuela.



El día en que a Marichu de Abando la requebró un mozo al cruzar la puente del Nervión, camino del rabal de allende el río, la joven contempló el mundo con otros ojos, con ojos de mujer. Y ante aquel galanteo que por el tono encerraba cierta obscenidad, se cubrió la cabeza con la capucha de su capillo, tapando con recato su hermoso cabello negro azabache, a la par que bajaba con humildad sus preciosos ojos, brillantes como dos lunas, y avivaba el paso para que el tipo, un gañán, acaso un pescador o un marinero del lugar, no se le acercara y la pusiera en situación apurada, que los hombres no son de fiar. Tal le repetía Mari de Abando, la vieja, a diario desde que le vino la «enfermedad», pues, como sanadora que era, conocía los interiores del cuerpo femenino mejor que nadie, y además le contó lo que había, sin vergüenza alguna. Le explicó que el hombre tiene un colgajo entre las piernas que, por su natura, la del hombre o la del miembro, tiende a introducirse entre las piernas de la mujer. También le dijo que de ese ayuntamiento, que de primeras no resultaba placentero, a los nueve meses, por lo general, nacían hijos, niños y niñas, callando, por no asustarla más de la cuenta, que las brujas no deben yacer con hombre, no vayan a quedarse empañadas y parir un diablo.

No hubiera tenido que explicarle la vieja a la joven nada de semejante negocio, porque Marichu la había ayudado a curar purgaciones en partes de varón y a reponer virgos en entrañas de mujer e, ítem más, había oído hablar sin recato del acto carnal a las gentes que llegaban a pedir auxilio a la bruja. No obstante, la mujer lo hizo como hubiera hecho cualquier madre, y la joven, pese a lo que había visto y oído, sintió un escalofrío cuando comprendió lo que podría sucederle a ella, en razón de que las cosas no son lo mismo que pasen a otros que a uno mismo.

Por eso Marichu apresuraba el paso al atravesar la puente del Nervión y por la calle de la Carnicería y por la Articalle o al cruzar el portal de Ibeni, y siquiera se detenía a contemplar la procesión del Corpus Christi o, en otro orden de cosas, a una tropa de juglares o de titiriteros. Hacía los mandados con premura y regresaba al lado de su madre putativa que, a punto de cumplirse siete años de la desaparición de Martina de Inaxio, ejercía de madre a secas y a Dios gracias, salvo en alguna contada ocasión, no había vuelto a ser madrastra. Claro que apresuraba el paso también cuando los frailes del convento de San Francisco la llamaban, pues estaban empeñados en instruir a los niños y niñas de la vecindad en la doctrina cristiana, o cuando se encontraba en un camino con el párroco de Santa María, que regresaba a la iglesia tras administrar la Santa Unción a algún moribundo y a ella quería darle la primera comunión. Entonces corría mucho más, hasta que dejaba de oírlos, hasta que se perdían en el viento ciertas palabras como sortiña o bruja o hija del pecado, y se refugiaba en la penúltima casa de la anteiglesia de Abando, al lado de María. Que, anciana y conocedora de las maldades del mundo, le pedía paciencia para tratar al humano género y le prohibía echar mal de ojo a los que la insultaban, porque, tratándose de curas y frailes, querían hacerle bien, tal sostenía.

Pedía paciencia la vieja a la joven en razón de que es virtud y porque los saberes de las brujas se deben aplicar en casos de peligro extremo. Es decir, que no se debe andar echando mal de ojo o encanto a un fraile porque pretenda administrarte la comunión, que reconforta espiritualmente a los que en ella creen, que no se debe convertir en rata a un mozo que te dice una galantería, en razón de que llegarán tiempos en los que no te requebrarán ni las aves con sus gorjeos, que, ante la fealdad de la vejez, hasta los pájaros vuelven la cara, tal aseguraba la anciana. Que hay que tener medida de las cosas y no responder a un negocio leve con grandes castigos, o conjurando al mundo con grandes magias, o llamando a los demonios: la humillación, el desaire, la afrenta y, en el extremo opuesto, la generosidad, deben tener medida respuesta.

Y Marichu se templaba con las prudentes palabras que salían de boca de su madre que, cada día más vieja y enferma, acusaba esfuerzo al hablar y al enseñarle las últimas y difíciles lecciones de su arte, que la convertirían en la mejor sortiña de la ría de Bilbao.

Porque, en una de éstas, Mari de Abando, la vieja, se iría de este mundo, con las venas atrofiadas y la orina podrida, moriría hoy o mañana, o la semana próxima, o al mes viniente. Posiblemente cuando Marichu lograra entrar por el ojo de la cerradura de la casa, pues tenía empeño en que su pupila lo consiguiera, e no paraba de intentarlo... Se pringaba bien de untura mágica medio cuerpo de los pies a la cabeza: la parte izquierda; pronunciaba un conjuro en voz baja para que no la oyeran ni las aves, porque luego van con cuentos por ahí, y disminuía hasta convertirse en lo que

fuere, en polvo o en viento o en aliento quizá, y entraba por el ojo de la cerradura dentro de la casa, al zaguán, porque ya no llegaba a tenderse en la cama, casi exánime por el esfuerzo. E instaba a la joven a pronunciar el conjuro y, ay, ¡Dama de Amboto!, lo que venía bien para una no servía para la otra, lo que una hacía no lo hacía la otra...

La aspirante a ser la mejor sortiña de la comarca no menguaba, se golpeaba la testa contra la puerta, haciéndose morados y escorches, y ni conjurando a los tres demonios sabedores, ni llamando a Asmodeo el Cojo para que vinieran a ayudar, lo conseguía. Y en éstas estaban maestra y discípula, hasta que la vieja, en el vano esfuerzo de convertirse en viento, se dio de bruces contra la puerta, quedándose en el camino.

Marichu de Abando contempló inerte a María de Abando, cabeza abajo, en mala postura y con el rostro sangrante; las sayas y refajos caídos, en fin, enseñando las bragas. Y, primero una, dos, tres, lágrimas, luego millares, corrieron por sus ojos y le empaparon el jubón.

E quiso la moza resucitar a su madre muerta, poniéndole en la boca una hoja de beleño cruzada con doce incisiones, una por cada uno de los Santos Apóstoles, pero fue inútil: María de Abando había pasado el último trance, la Dama le guie a la Morada Celestial.

Si hubiera sido capaz de reprimir las lágrimas que brotaban de sus ojos con harto duelo, de oír los ladridos de *Mot*, que, pese a ser viejo, le avisaba de la presencia de un extraño, tal vez no se hubiera sorprendido tanto de que un jinete, cuya armadura bruñía a la luz del sol más que el propio astro, la llamara desde el ribazo del camino. Pero, como pasó de las lágrimas a golpearse el pecho y de los golpes a deshacerse en llanto, no oyó que un hombre descabalgaba, la llamaba con insistencia y, al no obtener respuesta, avanzaba hacia ella, desenvainada la espada. Para encontrarse, ay Santa María, con el cuerpo inerte de una vieja tendido en el suelo y con una moza que lloraba sin cesar y sin poder articular palabra.

El hombre, sin arredrarse ante el cadáver, preguntó:

—¿Dó es Mari de Abando, la bruja?

Tiempo tardó la moza en señalársela, que no reaccionaba. Entonces, el soldado torció el gesto, musitó un juramento y exclamó:

—¡Vaya, he llegado tarde!

Y sin dar el pésame pertinente ni santiguarse ni pedir un vaso de agua o un bocado, montó el jaco que llevaba y largóse a buen trote a sus faenas, consciente de que con las brujas cuanto más lejos mejor.

Cuando Marichu se recompuso un tantico, salió a avisar a las aves del lugar para que convocaran a las sortiñas de la ría al entierro de María de Abando, su buena madre, y mientras se personaban acercó el cadáver de la anciana hasta su lecho, lo

incorporó con esfuerzo, le quitó los arreos, le cortó el jubón, la examinó una vez más, y otra, por ver si alentaba, tratando de resucitarla, en vano. Le palpó el costado y le tentó el corazón. Observó las raspaduras de la muerta, que tenían más aparato que gravedad, limpió la sangre con agua alcanforada y se demandó por qué pardiez había fallecido María de Abando tan tontamente, cuando había entrado mil veces por el ojo de la cerradura, y no supo qué responderse. Cierta que pronto dejó de hacerse preguntas porque empezaron a llegar las compañeras al sepelio de la anciana y tuvo mucho trabajo, pues atendió a sus invitados y les dio de comer a todos, sospechando que ahí y entonces empezaba para ella una nueva vida.

Lo que más odiaba Isabel de las muchas atenciones que le prestaba doña Juana, la reina de Castilla, era salir de caza de altanería. Anduvo dos veces con ella, sus alocadas damas y un tropel de señores, y volvió con la nariz y los labios hinchados y respirando con dificultad. Los médicos le dijeron que le producían rechazo las plumas de los pájaros, pero para ella que eran las aves todas, hasta guisadas de cualquier modo, pues que comía pollo o perdiz o faisán o paloma y le venía comezón por el cuerpo todo y se le inflamaban los ojos.

Esto tenía su parte buena, pues era mejor retirarse a su aposento para no ver lo que sucedía en la corte de don Enrique y no tener que asistir a sus torpes diversiones, siempre coreadas y jaleadas por la reina y buena parte de la nobleza. Pero también tenía su parte mala, pues que, amén del prurito, la joven no podía respirar con holgura, y ni con hojas de llantén mayor —comúnmente conocido como lengua de perro, bien machacadas y puestas a orear con vino de pasas, bebido el mejunje antes de las tres comidas—, mejoraba. La enfermedad le duraba ocho días, y los guisos de pollo o de perdiz le causaban repugnancia a toda hora. Así las cosas, consiguió que las cocineras le hicieran plato aparte, lo que fue objeto de burla por parte de las meninas de la reina, que eran de lo más metomentodos. Estrechamente vigilada en el alcázar de Segovia o en el de Toledo o en la villa de Aranda o donde estuviere, al igual que el pequeño Alfonso, Isabel a menudo lloraba amargas lágrimas porque no tenía siquiera una criada a quien confiar sus cuitas, y a veces pedía la muerte en voz baja. En voz baja, no fueran a espantarla aquellas portuguesas alborotadoras, a la par que se lamentaba de la insania de su señora madre —que continuaba cocursiendo paños en Arévalo, eso sí, rodeada de buena gente— e, ítem más, de su mala suerte, quejándose de que se hubiera muerto su padre y de carecer de madre, pues aunque en puridad vivía, era como si no la tuviere, pues estaba alunada.

Por eso, para distraerse y para quitarse culpas, estudiaba y leía cuantos libros caían en sus manos e, cuando la llamaban las lusitanas, disculpaba su asistencia pretextando cualquier excusa, hasta que se cansaban de insistir y la dejaban. Mas la paz duraba escasos momentos pues, cuando la llamaba la reina, no había escapatoria posible. Entonces había de presentarse en su aposento, inclinarse, besarle la mano y sentarse en un escabel a sus pies e, cuando llegaba don Enrique y cantaba o tocaba el laúd, aplaudir, e cuando hacía chanzas groseras, cerrar los ojos y rezar por los pecados de su hermanastro que era hombre extraviado en todos los vicios. Con frecuencia le correspondía entretener a la pequeña Juana, dicha la Beltraneja, y jugar a armar rompecabezas o a las muñecas. O escuchar al predicador de turno que venía a malquistar contra los conversos, que judaizaban impunemente, o contra los judíos-judíos porque usaban ricas vestiduras, o a exhortar al rey para que, abandonando el

ocio, fuera a conquistar Granada y contrarrestar por el oeste el avance por el este del sultán turco, que había conquistado la ciudad de Constantinopla y acabado con el Imperio Romano de Oriente. O, o, o...

Y a Isabel se la llevaba la tristeza, pues no podía quejarse ni confiarse a nadie, siquiera hablar con su hermano Alfonso, que andaba muy ocupado aprendiendo a manejar la espada con el maestro de armas y siempre rodeado de muchos donceles, o divertido con la caza por los profundos tajos del Eresma, en Segovia, o voceando con sus compañeros por todo el alcázar de Madrid el grito que utilizaban los halconeros para llamar a las presas:

—¡Huchohó, huchohó!

En sus soledades, la infanta se dolía hasta de haber nacido mujer, diciéndose que le hubiera resultado menos tedioso ser varón, entre otras cosas porque hubiera podido participar en los juegos de su hermano. A menudo recordaba la placidez de su infancia en la villa de Arévalo, los cuidados de don Gonzalo Chacón y de doña Clara Alvarnárez y su amistad con Beatriz de Bobadilla. A veces tomaba el cálamo y les escribía, pero sus cartas eran interceptadas por las meninas de doña Juana, la reina.

Corrían tiempos asaz revueltos por Castilla, decían las gentes que «rotos», y buena parte de la nobleza andaba muy sublevada contra el señor rey y mayormente contra la hija de la soberana. Por ello doña Juana veía enemigos por todas partes y, humano es, quería librarse de los enemigos reales, que los tenía, y de los irreales, de Alfonso e Isabel, que no eran sus adversarios ni sus competidores sino que decían amén a lo que ella ordenaba, pues no tenían edad para hacer ni para decir otra cosa. Así las cosas, la infanta estaba triste, muy triste, aburrida y preocupada por la comezón que le producía cualquier contacto con las aves, ya estuvieran vivas o muertas, y eso que los médicos continuaban asegurándole que sólo le producían picazón las plumas y que podía comer carne dellas tranquilamente. Leía, leía libros, sólo hacía que leer, entre otras cosas para no pedir un paño para bordar ni una rueca y un huso para tejer ni un mundillo para iniciarse con el encaje, no fuera a venirle insania como a su señora madre, pues era preciso permanecer con los ojos muy abiertos y con la mente clara ante tanta inquina que anidaba y crecía en los reinos de don Enrique. E hacía votos porque los tres estados reconocieran heredera a la Beltraneja, nada más fuera para que hubiera juegos y de ese modo distraerse.

Porque si pensaba en Fernando de Aragón, que ya había sido jurado por las Cortes de aquellos reinos heredero de su padre, sufría más y más. Debido a que el muchacho, su futuro esposo, padecía mil peligros por las revueltas de los catalanes que, agrupados en unas partidas llamadas remensas, querían derogar los malos usos ancestrales de aquellos países. De pensar que el mozo y su madre habían estado presos de sus propios súbditos en la fortaleza de Gerona durante largo tiempo con grave riesgo de sus vidas, le venía más congoja al corazón, y hubiera dado una mano

por ser ya mayor y sobre todo por ser reina de Sicilia y vivir allí con su esposo, con don Fernando, lo más lejos posible de Castilla.



Leonor y Juana Téllez de Fonseca no durmieron la noche en que su bisabuela se presentó en la casa de la calle de los Caballeros, ni en la siguiente ni en la otra. Por su gusto no hubieran dormido nunca más ni descansado, harto congratuladas de la presencia de doña Gracia, pues se encontraban con la dama mejor que si estuvieran en la Morada Celestial, Dios les perdone. Doña Gracia, recompuesta del susto y habiendo aceptado la manquedad de sus biznietas, sin hacer comentarios ni recabar información sobre ella, hablaba con voz cantarina, y parecía tener carácter dulcísimo y no agriado, como sucede en la vejez. Tenía conversación de sobra y tan variada además... Porque tanto platicaba de su larga estancia en la ciudad de Milán, como de las glorias familiares de los Téllez y sus parientes, o de sus dos maridos: don Pedro, el castellano, y don Beppo, el milanés, cuyo retrato, pintado nada menos que por un dicho Antonello de Messina, había mandado colgar encima de la chimenea del gran comedor. Hablaba maravillas de artistas italianos, de papas o de grandes prelados y señores, y las muchachas estaban tan arrobadas con ella que se mostraron ingratas, pues relegaron de su lado a las dos esclavas moras y a Catalina, la cocinera, que las habían criado, educado y enseñado, y habían reído y llorado con ellas. En muchas jornadas no tuvieron una palabra, siquiera una mirada para ellas; es más, a Wafa y a Marian les hicieron desalojar sus habitaciones y las enviaron al dormitorio común de los criados. Y escuchaban lecciones de la abuela o hablaban de mil cosas:

—¿Entonces el señor de la república de Florencia es don Cosme de Medicis?

—Y Su Santidad el papa es Pío II...

—¡Oh, sí...! Y el rey de Francia es Luis XI que, después de una guerra de cien años, ya puede vivir en sus territorios sin que le incomoden los ingleses...

—¿Y Venecia es la ciudad que está levantada sobre el agua?

—Venecia es bella como ninguna otra...

—Es la que está gobernada por un dogo, vaya, un señor con nombre de raza de perro.

—Donato di Nicolo di Betto, llamado Donatello, preclaro artista, se debate en penosa enfermedad y ya no esculpe preciosos bronces...

—E los alemanes han traído de la lejana China...

—China es un país inmenso que está situado más allá del Catay...

—¡Calla, Juana...! Han traído un invento llamado imprenta.

—Sí, es una máquina que evita copiar libros a mano y que disponiendo en ella el

papel, la tinta, las letras en cajetines y prensado todo, reproduce cien, mil veces, un escrito...

Además, se holgaron sobremanera al ser por fin atendidas y servidas como verdaderas marquesas por todas las camareras y criados de doña Gracia, acaso una cincuentena de personas. Cumplidos los catorce años, observaron cómo la casa de la calle de los Caballeros recobraba su viejo esplendor y cómo se personaban de visita muchos señores de la grandeza de Ávila: el obispo don Martín de Vilches, el deán y los arciprestes de la Catedral y varios priores y prioras de conventos; y cómo las cuadras cobijaban caballos y mulas, cómo se llenaban las corralizas de muchos conejos, gallinas y varios gallos, los necesarios para alimentar a tanta gente, y cómo estaban las despensas a rebosar, pues que doña Gracia había venido con muchas monedas milanesas y florentinas, y con dos cofres llenos de oro que entre los dos pesarían más de una arroba.

Cada mañana, la bisabuela entregaba buenos dineros a su mayordomo para comprar la vianda diaria, y cada semana recibía al banquero judío Yucef y le cambiaba saquillos de moneda italiana por castellana. E, espléndida como era, que no había mujer más dadivosa en la faz de la tierra, vestía pobres y daba limosnas a iglesias y monasterios.

Todos los moradores, pues es posible que el dinero haga la felicidad más que ninguna otra cosa, estaban contentos en aquella casa: los italianos, porque comían mejor que en su país de origen, y las niñas porque estaban deslumbradas por tanta magnificencia.

Cierto que Marian y Wafa no vivían tan felices. Es más, después de la primera sorpresa, se quedaron muy dolidas y se recogieron en el dormitorio común de las criadas, tendidas en sus respectivos catres, mirando al techo y a las paredes. Y aunque a la noche, cuando se suponía que doña Gracia y sus biznietas dormían ya, presenciaban las idas y venidas de hombres y mujeres entre los dormitorios, callaban, pues era lo mejor que podían hacer.

A Catalina, que tenía el genio más vivo que las moras, muy presto se la llevaron los demonios: los guisanderos italianos, hombres que no mujeres, entraron a saco en sus cocinas, sin pedirle permiso, e trocaron todo de sitio sustituyendo el menaje viejo por otro nuevo, y relegando el antiguo a lo más alto de las alacenas. Llenaron las bodegas de vino, las despensas de conservas, salazones y sacos de legumbres, en fin, que en una semana acabaron con su reino de más de cuarenta años, y no la quisieron utilizar ni de pinche. Que se hubiera contentado con ser pinche Catalina, pues la cocina, el olor de los guisos, el aroma de las especias, el sabor de las tisanas o de los mascadijos de hierbas curativas y hasta el rebullir del agua hirviendo, a más de las dos niñas Téllez, habían constituido lo único importante de su vida.

Así las cosas, doña Gracia se asomaba todos los días a sobretarde a la ventana del

gran comedor para contemplar a sus biznietas regresando de la lección de equitación, pues queriendo que fueran buenas amazonas, les puso de maestra a su camarera mayor, doña Angélica. Después que se bañaban y vestían para la cena, hablaba con ellas de hacer un baile en la mansión para el mes de julio: quería buscarles marido, y decía de cursar invitaciones a toda la nobleza de Castilla, incluso a la reina Juana y a la infanta Isabel, que casualmente tenía la misma edad que las niñas: catorce años.

—Celebraremos un baile para que conozcáis a los grandes señores del reino, a donceles y doncellas de vuestra edad, para que hagáis amistades, que luego es bueno... E serviremos cien platos... Tengo para mí que habéis salido poco de casa.

—No crea su merced, que conocemos Ávila de punta a cabo.

—Hay mucho mundo, hijas...

—¿Cómo es el mundo, abuela?

—Plano...

—¿Y cómo puede ser plano si hay montañas?

—Las montañas emergen del plano hacia el cielo e los ríos surcan esa planicie... E muy al norte existe hielo perpetuo... Al sur se encuentra la tierra de los moros y más allá la de los negros... Al este están los turcos y oeste la mar, la Mar Tenebrosa... Hay quien dice que la Tierra es redonda, pero tengo para mí que es imposible, pues que se caerían los hombres, los montes y el agua de los ríos y de la mar...

E hubieran podido las gemelas aprender del planeta Tierra, pero hablaron de la mar:

—Nosotras no conocemos la mar...

—¡Es una cantidad ingente e interminable de agua salada...! ¡Iremos a verla después del baile...!

—Nosotras no queremos hacer un baile...

—¿Cómo que no? Las damas se divierten bailando...

—No sabemos, abuela...

—Os enseñaremos mis camareras y yo.



Marichu de Abando, cumplidos los catorce años y enterrada la anciana bruja, se encontró sola, sin gobierno de madre ni de pariente, con un viejo can llamado *Mot*, que, en efecto, la quería mucho, pero que arrastraba los cuartos traseros de tanta vejez acumulada, y que poco servicio había de hacerle ya.

Sola estaba, pese a que las sortiñas que habían asistido al entierro de su compañera, sabedoras del mucho arte que había aprendido de su madre y maestra, le

habían ofrecido casa y comida de por vida, e, ítem más, dejarle su alfiletero cuando murieran. Y no fueron una ni dos, fueron todas, las doce brujas que vivían a orillas de la ría, pero la moza no se decidió a abandonar el caserío y eso que no sabía qué hacer en aquella soledad. Además que, ya fuera de día o de noche, ya mirara al bosque o al camino de la ría, no se quitaba ciertos pavores que le habían venido a la cabeza.

Que todo era negocio de su cabeza, por supuesto. Pero a la luz de la candela se le hacía que María de Abando y Martina de Inaxio, sus dos mentoras, discutían desde sus enterramientos parejos, y a la luz del sol le parecía que el jinete que había llegado, poco después del estulto fallecimiento de su última madre, regresaba. Esta vez no en busca de la vieja, sino de la joven, es decir, a por ella; y que venía con mal ánimo, queriendo hacerle daño, el mayor daño que se le pudiera hacer a una bruja.

Y, como en una rueda, el miedo le traía temblor y el temblor le hacía castañetear los dientes, y el castañeteo le producía escalofríos y los escalofríos palpitaciones, y las palpitaciones, pavor... Porque el jinete de brillante armadura que se había presentado en el caserío en aquella aciaga jornada y se marchó casi más pronto de lo que había venido, era nada más y nada menos que un soldado de las Juntas de Vizcaya. Uno de los muchos que recorrían la tierra vascongada en busca de sortiñas para, de grado o por la fuerza, llevárselas, y que los junteros las interrogaran sobre sus maldades y homicidios bajo el árbol de Guernica. Tal supo cuando comentó la presencia del jinete con las sortiñas que asistieron al entierro de María de Abando.

Las mujeres de inmediato quitaron importancia al negocio de que un soldado buscara a cualquiera de ellas, pues se tenía certeza de que la bruja que más castigo se había llevado era una pena de cinco azotes, cinco, y que, por lo general, los junteros echaban una reprimenda a la brujas, y amén. Tal le explicaron a la moza queriendo evitarle todo temor, pero fue vano porque Marichu de Abando no sabía vivir sola. Por eso abandonó la casa que le había visto nacer y se ajustó con la bruja más poderosa del lugar, con otra María, ésta dicha de Ataún, que vivía allende Portugalete. Se ajustó por un año por cincuenta maravedís, un par de botas, ocho codos de paño para el Nadal y unas abarcas para San Juan; de comida: una libra de carne jueves y domingo, los viernes una libra de bacalao o un arenque del mismo peso; los lunes, queso y un puñado de garbanzos; los martes, vainas y dos caramelos de miel; los miércoles, palometa fresca; y a diario dos vasos de vino. Y ella se comprometió a prepararle, según receta de la vieja bruja de Abando, cada semana cuarto y mitad de arroba de untura de sapo cogido en la charca de Mendieta, pese a que quedaba lejos, amén de respetarla y obedecerla como había hecho con su madre putativa.

Pero resultó que juntas las dos mujeres no se entendieron. En razón de que María de Ataún tenía mal genio, era mandona y, acostumbrada a vivir en soledad, le estorbaba otra persona. Le molestaba aquella moza, que alegaba no haberse ofrecido como criada y se negaba a barrer la casa, a poner el puchero al fuego, y a ordeñar a la

vaca. La dicha María de Ataún se enfuriaba, propinaba patadas a *Mot* para quitarse la cólera y hasta, so voz, amenazaba a Marichu con hacerle un ensalmo que la dejara muerta en un camino o en su propio lecho. De esa guisa discutían las dos mujeres:

—Quieres que barra la casa y friegue los vajillos, pero no cumples... Hoy es lunes, me tienes que dar garbanzos, queso y dos vasos de vino... ¿Y dónde está todo? ¡No está, quieres que me contente con un mendrugo de pan...!

—¡Mira, niña, yo soy la mejor bruja destes contornos, te he enseñado a ver lo lejano...! ¿Acaso no deberías pagarme tú a mí?

—¡Me ajustaste por comida y una paga, cumple lo convenido!

—Te di unas abarcas y un paño bueno...

—¡Tienes obligación conmigo!

—¡Ah, lo quieres todo, Marichu, ea, ea...!

—¡Ea, ea...!

—¡No te burles que te convertiré en rana...!

—¡Y yo a ti en perro...!

—¡Tente, niña, tente... o llamaré a los demonios!

—¡Si llamas a los demonios me voy...!

—¡Pues vete! ¿Qué clase de bruja eres que tanto miedo te dan los demonios? ¿A tu madre también le producían el mismo miedo?

—Deja a mi madre... O...

—¿O qué...? ¡La María de Abando mucha fama, pero de sortiña nada, era una vulgar ensalmera...!

—¡Qué sabrás tú, maldita vieja...!

Así las cosas, a discusión diaria, constatando las dos Marías que juntas no iban a ninguna parte, convinieron en dar por terminado el contrato verbal que hicieran, y Marichu tornó a su casa, aliviada, en razón de que, como la otra convocaba a los demonios con demasiada frecuencia, le daba miedo vivir con ella y porque estaba acostumbrada a otros modos, a no echar mal de ojo a las gentes por nimiedades, a no andar por el mundo haciendo maldades, en fin. Pero, ay, falleció el can del esfuerzo de caminar, y sus mentoras discutieron durante varios días acaloradamente desde sus tumbas parejas comenzando a la puesta del sol y terminando cuando sonaba el reloj de la iglesia de Santa María anunciando la medianoche, así que le vinieron otra vez los pavores, incluso con mayor intensidad. Por eso un día de buena mañana llenó el talego con dos mudas, un queso, los dos alfileteros de sus madres, unas yerbas, una manta y se lo echó al hombro. Cogió luego una vara, llamó a la vaca, la llevó al mercado de Bilbao y la malvendió; con lo que le dieron compró un pan y una libra de bacalao, y tomó el camino del sur, de Castilla, en busca tal vez de mejores vientos y de nuevas compañías.

Jurada la Beltraneja princesa heredera de los reinos de don Enrique IV, se presentaron los nobles ante el soberano diciendo no querer reina, ni menos bastarda. Le amenazaron con hacerle guerra; y él, ya fuere por miedo, ya porque tuviere por seguro no ser hija suya la princesa, quizá ponderando que una mujer nunca podría gobernar tan extensos territorios, o, sencillamente, porque era hombre veleidoso, se desdijo de lo dicho, deshizo lo hecho y consintió en nombrar heredero al pequeño Alfonso, su hermanastro, un rapaz de once años. Pero los grandes, que no habían sido llamados a obediencia a su tiempo, no conformes, quisieron más, pretendiendo manejar el reino. Así que lanzaron bulo de que el monarca era inhábil para gobernar e, llevándose al niño a Ávila, lo alzaron por monarca, dividiendo el reino en partidas, con lo que de malo tiene.

Isabel acompañó a su hermano a la ciudad del Adaja. E presenció sobre un paramento, muy engalanado con bordaduras, lo que con el tiempo se llamó la «farsa de Ávila», con el corazón sobrecogido, ciertamente, y no sólo por la ceremonia en sí, que era para temblar. Más hubo.

Fue que en el palenque, instalado para los nobles y autoridades concejiles, había dos doncellas mancadas: una dellas grandota y otra muy menuda, que la miraban con interés, no sólo con la curiosidad con que las gentes miran a las princesas, sino, con mucho más interés. E la infanta Isabel sentía desasosiego ante aquellas dos doncellas, que sólo desviaban la mirada de su persona para asentir a las palabras de una dama anciana de buena apostura que una y otra vez se acercaba unos espejuelos a los ojos. E más, había más... Una moza del pueblo, situada en primera fila, también la miraba con desmedido interés, igual que las otras dichas doncellas; e las tres la perturbaban, que algo sucedía allí, en aquella explanada, a más de la mucha traición que había.

Para Isabel que pesaba demasiado el aire y para las doncellas también, pues que las tres del palenque tenían la frente perlada de sudor e se aliviaban con un pañuelo bordado, e la moza se secaba la frente con la bocamanga, como hacen las gentes de baja condición. Era para las cuatro mujeres como si hiciera más calor del que verdaderamente hacía, como si estuviere el aire más espeso de lo que en realidad estaba.

Es el caso que las tres jóvenes, dos pertenecientes a alguno de los linajes de la ciudad y la otra mujer del vulgo, no le quitaban ojo de encima a Isabel, y ella respondía. Su mirada iba de la una a las otras, y viceversa, como si no pudiera dirigirla a otro lugar, como si no hubiere otras cosas que ver. Cuando, precisamente, había tantas y tan villanas, pues los nobles estaban haciendo de reyes y el rey, en imagen, se estaba dejando hacer, como no podía ser de otra manera. Cierto que el soberano podía aparecer con un poderoso ejército en cualquier momento y acabar con

la farsa, con los farsantes, con el nuevo rey Alfonso, con la infanta Isabel y con todo el gentío que allí había, incluso con las tres mirantes. Pero no hubo tal.

El caso es que Isabel y su hermano habían llegado a Ávila con el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena, y con muchas gentes de armas que habían tomado las puertas y las almenas de la ciudad, y levantado luego un paramento extramuros en la explanada del Mercado Grande. Y habían invitado al obispo, a los miembros del concejo, condes, marqueses y caballeros que allí habitaban a la representación de una farsa a la hora de medio sol, el día 5 de junio de 1465. Y los habitantes todos se habían presentado de grado, no sólo los linajes, sino la gente del pueblo, que jaleaba y tocaba palmas para que se iniciara presto la representación.

E sonaron clarines y timbales, pero no salieron cómicos al centro de la plaza del Mercado Grande. Llegaron, sí, unos jinetes montando caballos de realce y entre ellos un mozo: el joven Alfonso. El gentío se dispuso a contemplar lo que ocurriese, sin echar a faltar a los cómicos, guardando silencio como percibiendo alguna cosa extraña en el ambiente. Vieron cómo los soldados traían una silla alta y la cubrían con un paño muy bueno, cómo descabalgaban el arzobispo de Toledo, el marqués de Villena, el conde de Benavente y otros nobles, e cómo llevaban tan altas personas una espada, una corona y un cetro, que eran, de antiguo, atributo de la soberanía real. Preguntáronse los asistentes si los grandes señores del reino se habían trocado cómicos e a quién querían contentar. Si deseaban divertirse ellos u holgar al pueblo, y a qué santo entretener al pueblo ellos mismos, sin tener gracia ni voz, pues que hablaban pero bien no se les oía...

Observaban los que estaban en las primeras filas que, tras sostener el estribo al pequeño Alfonso, el arzobispo y el marqués lo hacían subir a la silla alta, y que el chico se acomodaba, pues traía la lección aprendida. E en esto aparecieron por la torre de la Espina unos soldados que portaban unas parihuelas con un hombre como muerto, e otra silla alta como la que ocupaba el infante, e, pardiez, pardiez, se hicieron paso entre la multitud, gritando:

—¡Paso al rey!

Las gentes, corrida la voz, se quedaron pasmadas pues, tras el primer alborozo que suscitó la presencia del rey Enrique, se conoció que el soberano venía, lo traían muerto. Y claro, ante hechos de semejante natura, se dispusieron a llorar. Pero enseguida se supo que el rey no estaba muerto, que el que venía en unas parihuelas no era rey ni hombre, sino un muñeco, vestido de negro luto. Un muñeco de carnestolendas, cuando no era tiempo de tal ni mucho menos, y la vecindad quedóse suspensa, pues a saber qué pardiez era aquello y qué querían aquellos nobles que guardaban la silla del infante, cuyo cabello mecía graciosamente el viento.

Los que allí estaban contemplaron con sus ojos cómo el muñeco era aposentado en la otra silla alta, situada frente por frente de la del pequeño Alfonso, y cómo el

arzobispo, el marqués y el conde se aproximaban y, para escarnio de presentes y ausentes, le quitaban al muñeco los atributos propios de la realeza: la corona, el cetro y la espada, y se los llevaban al mozo, que los tomaba, y luego leía en un libro, posiblemente el de los santos cuatro evangelios, y cómo los traidores arrojaban la imagen del rey al suelo y la pisoteaban. Ante semejantes despropósitos, corrió entre la multitud que aquellos nobles habían depuesto al señor rey Enrique y nombrado en su vez a Alfonso, pues alzaban los brazos proclamando al muchacho y echaban vivas a los cuatro vientos, coreados por las tropas que mantenían al pueblo de Ávila cercado en la plaza del Mercado Grande:

—¡Castilla, Castilla, por el rey don Alfonso!

Y, en puridad, los buenos vecinos dejaron correr las lágrimas que habían reprimido momentos antes y lloraron, al saberse avalando con su presencia el derrocamiento del rey de Castilla, León y demás tierras. Y hubieran podido revolverse contra aquella farsa repugnante, pues que les sobraba valor, como habían demostrado en centenares de ocasiones, pero no lo hicieron porque en la tribuna de autoridades hubo movimiento: la infanta Isabel, haciéndose paso entre los hombres del concejo, descendió y se dirigió al trono de su hermano, seguramente para desearle parabienes, que a recriminarle no iba, en razón de que llevaba alegría en el rostro. E fue seguida de los linajes de Ávila; las primeras las dos marquesitas mancas de Alta Iglesia... Entre el pueblo también hubo movimiento: una moza de primera fila, de cabello negro azabache y prieta de carnes, desconocida para los pobladores, se sumó a las doncellas... E se juntaron las cuatro, las primeras, al pie del trono de don Alfonso, el doceno, el ya llamado rey de Ávila. E otras gentes las imitaron, pues que había sido izado el nuevo estandarte real en la torre de la Esquina.

Las cuatro muchachas besaron la real mano, pese a que sus mentes eran un revoltillo y sus corazones latían apresuradamente, porque respiraban mal, cómo si les faltara aire, como si les apretaran los corpiños, con mucha ansiedad... Se miraron a los ojos e, sin cruzar palabra, algo se dijeron... Observándose quietas, paradas, ocupando la escalerilla de acceso al trono, recibiendo el roce de las gentes que iban a rendir homenaje a don Alfonso, larga vida le dé Dios, no se apercibieron de que varias bandadas de cornejas recorrían la plaza del Mercado Grande, alborotados los bichos, volando ora a la diestra, ora a la siniestra del pequeño, tan alocados que era imposible discernir si traían alegrías o desgracias... E tampoco se apercibieron que negros nubarrones habían cubierto el sol e, cuando volvieron en sí, ya estaban ensopadas por una lluvia recia, muy recia, que había empezado a caer mismamente como si fuera el diluvio de Noé.

La mujer del pueblo se quitó un pañolón que llevaba en los hombros y cubrió la cabeza del niño Alfonso. Isabel la recompensó con una mirada de agradecimiento. Las gemelas Téllez le anudaron las puntas, cada una con su mano buena, valiéndose

de maravilla. Y las cuatro hicieron gesto al chico para que bajara del trono, pero no quiso, pues tenía órdenes del arzobispo de no moverse hasta que él se lo mandara. Isabel porfió con él, clamando porque había de coger resfriado, porque descargaban las nubes enormes goterones, anegando la plaza, e las otras doncellas abundaron. O corría el señor, o cogería fuerte pulmonía y adiós rey...

Y mucho decían, mucho insistían al chico, pero no se movían, estaban bien allí, al parecer, bajo un diluvio, bajo el fragor de truenos y relámpagos, mojadas hasta los huesos... Las cuatro juntas, las cuatro como si fueran una, porfiando con el mozo insensato, haciendo de hermanas mayores... Como si una corriente invisible de simpatía las uniera, contentas además, pues que la tormenta había terminado con la pesadez del ambiente.

E respirando ya sin dificultad alguna e, gran Dios, no hubieran abandonado nunca aquel lugar. Pero llegaron unos hombres del marqués de Villena, el hombre todopoderoso del reino, e subieron al trono y se llevaron al rey niño en brazos y a la infanta Isabel a toda priesa. Las tres que quedaron, faltando una de las cuatro, perdieron interés por estar allí y, tras seguir a Isabel con la mirada hasta que desapareció en el zaguán de una casa, tras mirarse a los ojos con arrobos, como hacen las personas que se han sentido afines y no saben, o no quieren, disimular sus sentimientos, las de Alta Iglesia tomaron el camino de la calle de los Caballeros y la moza el de la calle del Mortero, hasta perderse de vista.

Descargada la tormenta y adornando el arco iris el horizonte, para alivio de naturales y venidos de fuera a contemplar la farsa del destronamiento del rey legítimo y la entronización de otro, un rapaz de once años, las buenas gentes se demandaron el porqué de la usurpación. No le echaron culpa al niño que había sido más pelele que el muñeco que representó a don Enrique, salud le dé Dios para castigar aquella afrenta, salud le dé Dios para cortar las cabezas de los traidores. Se demandaron los porqués y se echaron a las calles para presentarse ante al pórtico de la iglesia de San Juan, donde a la sazón estaba reunido el concejo de la ciudad con el arzobispo y los nobles que habían entronizado al muchacho y echado a los vientos la nueva mediante mensajeros que, como en cabalgada, abandonaron Ávila para informar de los acontecimientos por los cuatro puntos cardinales.

Mientras, en el alcázar de Ávila, Isabel, tendida en la cama, entornados los ojos, descansaba en plácida actitud, representándose una y mil veces el derrocamiento del trono de don Enrique, la entronización de don Alfonso y las imágenes de las tres doncellas.

En el palacio de la calle de los Caballeros, Leonor y Juana Téllez, tras comentar durante dos horas o más lo sucedido bajo la espesa lluvia, que más parecía que se habían abierto las cataratas del cielo, se recogieron en el aposento de Juana y se tendieron en las camas, y ahí estuvieron largo rato, mirando al techo en silencio.

La hermana portera del real monasterio de Santa Ana recogió a una joven, que no era otra que Marichu de Abando, y le dio, a más de conversación, una manta para que se secara, un cacho de pan y unas aceitunas. La moza, que iba por el mundo sin saber a dónde, se encontró a gusto con ella y le contó, pues que le dio parlara, que había besado la mano del niño rey, la primera, detrás de su señora hermana, la infanta doña Isabel, y cómo se habían mojado juntas, con otras dos doncellas que eran mancas e iguales de cara, aunque una grandota y menuda la otra. La religiosa la escuchó con atención y, al despedirla, le recomendó que no contara a nadie lo del besamanos en razón de que a saber qué pasaba con aquel nuevo rey cuando se enterara el soberano verdadero.

A sobretarde, Isabel de Castilla podía decir y decía que tenía embargado el ánimo por tres brujas más o menos de su edad. Dos pertenecientes al antiguo linaje de los Téllez, emparentado con los Fonseca, y, sin duda, con los grandes linajes del reino, y una moza del pueblo.

A la misma hora, Leonor y Juana Téllez de Fonseca le hacían cucamonas a su bisabuela, comentando los sucesos de la jornada y pidiéndole que, con su inmensa influencia, consiguiera que la infanta Isabel las tomara como camareras, pues que habían estado a su lado y querían volver.

A la misma hora, Marichu de Abando, la joven bruja del rabal de Ibeni, continuaba hablando con la hermana portera del monasterio de Santa Ana de cuánto le habían impresionado la infanta Isabel y dos doncellas mancas de buena casa, asegurándole que no se podía quitar sus figuras de la mente. Se fue luego, y cuando ya llevaba cien varas de camino, la monja cayó en la cuenta de que no le había preguntado a dónde iba, sola, por la tierra de Dios, e remangándose el hábito corrió tras ella, con ánimo de darle cobijo al menos por una noche, pero no logró alcanzarla.

También a la misma hora, el concejo de Ávila convenía con el arzobispo de Toledo y los condes en que el pequeño Alfonso estableciera su corte en la ciudad, a cambio de la devolución de unas tierras que les había quitado el rey Enrique muy arteramente y de que confirmara los privilegios que tenían de los antiguos reyes de Castilla. Y juntos, sublevados y vecinos, en vez de enfrentarse entre ellos, una vez más la emprendieron contra los judíos, que se habían refugiado en sus casas, encerrándose a cal y canto, intuyendo que lo peor estaba por venir.

Si el príncipe Alfonso se convirtió por el hacer de unos pocos en «rey de Ávila», la infanta Isabel fue la «reina», y eso que había unos reyes verdaderos llamados Enrique y Juana que, aunque tenían muchos enemigos, continuaban teniendo amigos; aparte de los que querían medrar en posición social, todos los que respetaban la legalidad.

Entre ellos el poderoso don Pedro González de Mendoza, hijo que fuera del marqués de Santillana, a la sazón obispo de Sigüenza. Hombre de probada virtud en cuestión de fidelidades, que no en negocios de faldas, pues que era clérigo y tenía tres hijos de una manceba. El caso es que el prelado, reunido con otros nobles para hablar del asunto de los dos reyes de Castilla, había defendido la legitimidad de don Enrique, afirmando que para el buen decurso de los negocios en los reinos es mejor tener una cabeza, aunque sea mala, que no dos. Tampoco olvidó decir que los reyes, ungidos por Dios, no están sujetos al juicio humano, y con semejantes palabras complugo a unos y encorajinó a otros, como no podía ser de otro modo.

Tal vez hubieran podido arreglarse las cosas, pues el rey Enrique pretendió casar a su hija Juana, dicha la Beltraneja, con el pequeño Alfonso, pero no fue posible porque corrían tiempos rotos y campaban las ambiciones personales por dondequiera. Los partidarios de don Alfonso y los leales de don Enrique se armaron para la guerra y anduvieron de aquí para allá, por la meseta de Castilla, haciendo guerras chicas, conquistando palmo a palmo campos, casas, puentes y ciudades, siendo recibidos por donde pasaban en loor de multitud hasta que el día de San Bernardo, 20 de agosto de 1467, hubo grande batalla en las cercanías del Olmedo, donde fueron bendecidos los del rey don Enrique y los del rey Alfonso, porque los dos bandos se arrogaron la victoria. E así anduvo el negocio, con el rey de Castilla, en Castilla, y con el rey de Ávila en Ávila, y las tropas de ambos guerreando entre sí.

Isabel pasaba el tiempo guardando el alcázar de Ávila, oyendo misa en la catedral o en San Juan o llegándose al convento de Santa Ana en litera, saliendo a pasear a caballo alrededor de las murallas o asistiendo a los bailes que organizaba en su honor la nobleza de la ciudad. Ahora ya regalada y alegre, pues el pequeño rey y su corte se habían ocupado de que la reina viuda le enviase seis damas, entre ellas a doña Clara Alvarnárez, su madrina, a más de don Gonzalo Chacón, marido de la dicha, para que estuviera en buena compañía.

Claro que no todo fueron venturas para la infanta, que pasó muy malos días cuando se enteró de que su hermanastro, el rey legítimo, había concedido su mano, sin consultarle, a don Pedro Girón, el maestre de Calatrava, que andaba guerreando por Extremadura y que, según noticias, galopaba hacia Ávila para casarse con ella y emparentar con lo más alto. Isabel, que ya sabía lo que era sufrir, penó aún más en aquel momento, mientras llegaba y no llegaba el pretendiente. Y menos mal que no

hubo boda, que el dicho Pedro Girón falleció de súbito, pues le dio grande mal a la garganta, que si no hubiera tenido que maridar con él. Menos mal, pues la infanta, sin gobierno de madre, no había empezado siquiera a bordar un jubón para su futuro marido.

Aquel mismo día en que supo del fallecimiento de Girón, hubo de acudir a una fiesta que celebraba para ella y su hermano una dama, de nombre doña Gracia Téllez, marquesa que era y bisabuela de las dos niñas mancas que habían jurado con otra moza y con ella, las primeras, al rey Alfonso. E, tras andar muy airada por sus habitaciones, en razón de que el arzobispo Carrillo de Toledo la obligaba a ir, porque la dicha doña Gracia le había prometido medio millón de maravedís para el joven rey, y tras quejarse a doña Clara de que no tenía ropa que ponerse y de que los comensales se extrañarían de que no hiciera aprecio a las aves, como le sucedía siempre, fue pero de mal talante.

Decidió presentarse con el mismo traje con que fuera al baile anterior y a la última montería. El que le prestara doña Clara Alvarnárez —hecho que era conocido en la ciudad—, para que todos contemplaran con sus ojos que no tenía qué ponerse, para que corriera la voz y llegara a Medina del Campo, y se avergonzaran los habitantes por haberse negado a entregar la villa a Gonzalo Chacón, cuando llevaba su manda para tomar posesión, que se la había dado el rey, su hermano. Y eso, pues eso, iría, vive Dios.

Y estuvo de mala gana, cortés, pero no amable. Bastante envarada además, por las razones aducidas y por otras nuevas. Porque aquellas doncellas mancas le producían cierto desasosiego, quizá porque se veía manca como ellas, disminuida, tan necesarias como son las dos manos para manejarse en el mundo.

Así pasaba el tiempo la infanta Isabel, yendo a tal, yendo a cual, siempre traída y llevada por el arzobispo, que mandaba más que el rey en aquella parte de Castilla. Con el vestido de fustán carmesí de doña Clara, un tanto ajado por el uso, y que le sentaba mal al rostro, pues no le animaba la color y le estaba estrecho de corpiño. Todo en aquel entonces era comer y comer, y engordaba, y los pechos le crecían por la mucha vianda o porque estaba en la edad. Suerte tenía de que aquel año era la moda llevar trajes muy ceñidos que no disimulaban el busto. Al revés, lo exaltaban.



Exaltada estaba doña Gracia Téllez, organizando el baile que tenía previsto en el palacio de la calle de los Caballeros. Adornó la calle y la mansión con farolillos, hizo correr antorchas por la ciudad, encargó a don Gómez Manrique, el más famoso autor de farsas de Castilla, que escribiera un momo para representarlo y, espléndida como

pocos, sirvió cien platos, lo mejor de acá, lo mejor de acullá, sin reparar en gastos. Además, unos días antes había entregado al rey Alfonso, el doceno, medio cuento de maravedís para sufragar el boato de su corte y el armamento de sus ejércitos. Naturalmente, ante semejante donativo, el rey y su señora hermana, la infanta, se vieron obligados a asistir al convite, al momo y al baile. Comió el joven con apetito y rió con la pantomima, pero no Isabel, que tampoco danzó.

Leonor y Juana, las gemelas, hubieran querido atreverse y bailar, pero tampoco lo hicieron, porque, aunque su bisabuela les había enseñado varios pasos de los bailes de corte que se llevaban en Italia, y varios de candil, no fuera la fiesta a trocar la etiqueta cortesana por lo ordinario como a menudo suele suceder hasta en las grandes ocasiones, no danzaron porque se encontraban feas y poco donosas. Poco airoas, vaya, lo natural por sus pocos años, pues que estaban desarrollando su naturaleza femenina y todavía no habían adquirido la gracia de las doncellas de mayor edad. Pero el rey de Ávila lo hizo por todas ellas y tanto que se fatigó e hubo de tomar asiento.

Doña Gracia Téllez y sus biznietas, cuando llegó el día señalado, tras varias jornadas de muchos preparativos y nervios, salieron a recibir al rey y a su señora hermana, al inicio de la calle por la parte de la iglesia de San Juan, y después de arrodillarse ante ellos, anduvieron flanqueando las literas de los señores.

A un lado de la del señor rey, doña Gracia, al otro, el arzobispo Carrillo de Toledo; al lado derecho de la infanta, Leonor, al izquierdo, Juana, e detrás, los demás nobles de la comitiva. E bajaron los señores de sus literas, e se admiraron del ornato que había en la mansión. Y eso que doña Gracia, al no tener casa extramuros con céspedes, estanques y arboledas, no pudo remedar las fiestas que había celebrado en Italia. En Milán la dama poseía casa frente por frente del palacio ducal y villa en el campo, a orillas del Tesino, lugar donde preparaba los banquetes, donde llenaba los estanques de peces y los bosques de ciervos y perdices, y de las fuentes hacía salir vino exquisito en vez de agua, para que las damas y los caballeros pescasen o alanceasen o bebiesen y se divirtieran más. No obstante, en el palacio de la calle de los Caballeros había hecho encender mil candelas e instalar una alfombra de flores en el suelo por el zaguán y en el patio —donde estaban ubicadas las mesas— con el escudo del rey Alfonso representado y, además, los músicos asonaban las dulzainas dando la bienvenida a los señores, mientras los criados, vestidos con las armas de los Téllez, acudían alumbrando con candelabros aun siendo como era mediodía.

Un despilfarro. Tal musitaban Catalina y las dos esclavas moras que, todavía relegadas en el afecto de las marquesitas, observaban lo que podían desde la balaustrada del piso alto. Cierto que, cuando vieron entrar en el patio a sus pupilas, sonrieron orgullosas aunque ellas no hubieran intervenido en la costura de los ricos vestidos que lucían, entre otras razones porque iban mejor vestidas que la infanta.

Iban tan bien ornadas con los trajes que les había mandado coser doña Gracia, a la moda italiana... Las dos igualitas por primera vez, ya que ellas nunca las habían llevado igual vestidas: Juana, más menuda, siempre había heredado las ropas de Leonor y, por ahorrar, habían reconvertido viejos vestidos de doña Leonor y doña Ana...

Las dos iguales, que daba gloria verlas... Con un traje partido de falda y busto, eso sí, con costura a la cintura, de recio brocado, con las armas de los Téllez bordadas muy menudas. El busto con un escote triangular que les llegaba al talle y, bajo él, un pecherito de seda fina, muy plegado. ¡Un primor...! El cabello en dos trenzas, e entre las trenzas, perlas... e unas cofias en forma de ese, caídas en el cogote e descansando en las orejas... E los zapatos puntiagudos... E cada una, un magnífico collar, mientras la señora Isabel llevaba una túnica de fustán carmesí, bastante raída por cierto. Lo que no era de extrañar, pues su hermano, el rey Enrique, le daba poco, y su otro hermano, el rey Alfonso, le daba lo que no tenía, pues ¿no se había comentado largo en el Mercado Chico que la señora Isabel había enviado a uno de sus mayordomos a tomar posesión de la villa de Medina del Campo y los pobladores no se la habían querido entregar?

El rey Alfonso se aposentó en una mesa alzada sobre un estrado y dio silla a doña Gracia Téllez, a su lado, y a la infanta, al lado del arzobispo, frente por frente a las dos gemelas. Todo bajo la atenta mirada de don Beppo, el *condottiere* milanés, cuyo retrato había sido trasladado del comedor al patio por orden de su viuda.

El arzobispo bendijo la mesa y los comensales se dispusieron a disfrutar de las ricas viandas que, sin duda, serviría la munífica marquesa. Durante la comida, Leonor y Juana no abrieron la boca, en razón de que la bisabuela les había encarecido que no lo hicieran salvo que les preguntaran los príncipes. Las hermanas habían sido instruidas en la etiqueta del comer, así que pelaban fruta con cuchillo y forqueta, sin olvidar limpiarse los labios con la toallita antes y después de alzar la copa, e comían melón con cucharilla, sólo la capa madura, que el resto se deja para los criados. Con tan buena maestra hicieron buen papel y estuvieron atentas a los gestos de doña Gracia, no les fuera a quedar una miga de pan en los labios, e no usaron los mondadientes salvo para pinchar las aceitunas.

Comieron de los cien platos, distribuidos en tres servicios, que mandó servir la anciana marquesa. De todo había, empezando por los entrantes: saladillos de hojaldre, pasta de aceitunas negras, tarritos de hígado de oca prensado, ostras de Galicia, anchoas de Laredo en salmuera y caldos de rabos de buey y gallina. Luego los primeros: ensaladas de salmón ahumado, de arroz, de nueces y quesos traídos ex profeso de la Francia; finas láminas de pasta de trigo, horneadas a la manera italiana y rellena de setas de varias clases; albondiguillas de oca, pavo, pollo, vaca; asados de cerdo, ternera y caza. De segundo plato, trucha, salmón, merluza de Fuenterrabía,

almejones de Tarragona. Y por fin los postres: natillas de varios aromas, mermeladas muy finas, pastelillos, tartas y frutas. Todo, hasta cien platos, regado con los mejores vinos, unos para abrir boca y otros recomendados para hacer la digestión.

En la real mesa la conversación de los jóvenes fue escasa. El rey muchacho contestaba a las palabras de la marquesa con monosílabos: «Sí, no, tal vez». Otro tanto la señora infanta: «Sí, no, es posible», y se ruborizaba más y más cuando rechazaba aves en el plato. Los cuatro enrojecían en cuanto la anciana les preguntaba. Además, desde que se apercibieron de su disminución, de su manquedad por partida doble, los príncipes hacían esfuerzos por desviar la vista de los muñones de las Téllez pero les resultaba difícil, aunque las doncellas se manejaban muy bien con los cubiertos, amén de que juntaban los dos platos y cortaban la carne como si fueran una sola persona. Juana sostenía el cuchillo con su mano derecha y Leonor la forqueta con la izquierda, e cortaban, primero, del plato de una, luego el de la otra, no con naturalidad, que estaban rojas como la grana, pero sí con la mayor destreza.

A no ser porque doña Gracia hablaba y hablaba de su larga estancia y de más de una aventura en la ciudad de Milán, sirviendo a los reyes de Castilla con su primer esposo el preclaro don Pedro y después con su segundo marido, el italiano, a varios señores de aquellos países; y a no ser porque don Alonso Carrillo platicaba de sus batallas contra moros con la misma verbosidad o más que la anciana de sus cosas, los jóvenes se hubieran aburrido hartos, sobre todo las gemelas, pues los príncipes ya estaban acostumbrados al tedio que les suponía comer con personas mayores.

Acabado el primer servicio, raudo se levantaron, los cuatro muchachos para ir a la letrina a desaguar y a vomitar para poder seguir comiendo. Entre el primer y segundo servicio hubo baile, aunque las doncellas no danzaron porque les daba vergüenza, como dicho es, pero se congratularon al observar el contento que llevaba el rey de Ávila, que andaba un tantico achispado por el vino. Entre el segundo y tercer servicio, se representó la farsa de don Gómez Manrique, que fue muy aplaudida. Las gemelas gozaron mucho con el entremés, y todavía más cuando su bisabuela les entregó unos saquitos llenos de monedas para que las repartieran entre los músicos y la servidumbre: un enrique por persona. Claro que con Marian, Wafa y Catalina hicieron una excepción, dándoles cuatro y dos sonoros besos en la cara a cada una, y regresando al patio más contentas que unas pascuas.

Pasadas las doce de la noche, el rey de Ávila se caía de sueño. Don Alonso Carrillo dio por terminada la fiesta y don Alfonso se despidió con gentil galantería de sus anfitrionas. Las Téllez se hincaron de hinojos en el suelo y besaron las manos de los príncipes y el anillo del arzobispo que, grueso como era, le costaba trabajo moverse después de tanta vianda y tanto vino. Por fin solas, las muchachas sintieron alivio, pues la presencia de doña Isabel les producía contento y destemplanza a la vez en la boca del estómago.



Andando sin rumbo fijo, al caer la oscuridad Marichu de Abando volvió sobre sus pasos pues había dejado atrás, entre dos grandes haciendas, una ermitilla que resultó estar dedicada al Señor Cristo de la Luz. Tentó la puerta y abrió y entró, tan sólo fuera para pasar la noche. Pese a que la temperatura era más fría dentro que fuera, se tendió en aquel lugar asaz chico, dobló la manta que llevaba y tapóse bien, y se durmió para levantarse al día siguiente con los huesos entumecidos, resfriada de nariz y con hambre.

De mañana se frotó los ojos con la mano sucia, se aclaró la garganta, se sonó la moquita limpiándosela en el refajo, se alzó e miró en derredor a través de la preciosa reja de la puerta. A la su mano diestra, contempló las altas tapias del convento de Santa Ana y, a su siniestra, los no menos señeros muros del convento de las Gordillas y, en el horizonte, la ciudad de Ávila, la bien murada. Urgiéndole el estómago, pues que el día anterior casi no había probado bocado, movió la cabeza, preguntándose a qué había venido, a qué, pardiez, había dejado su casa extramuros de la villa de Bilbao, un caserío modesto pero caliente y suyo, en el que podía ir a la alacena y sacar el bote de la miel o la tarrina de la manteca y untarse una rebanada de pan, y comérsela. Comerse una, dos, cinco, hasta acabar saciada, a más de un trozo de chorizo o un arenque ahumado o una rodaja de salmón de la ría del Nervión, o una y dos o tres de la rica merluza de la mar Cantábrica, o un buen filete de buey de los que vendían en la calle de las Carnicerías; y mucho más. Y pensó en regresar a su tierra, donde no sólo tenía una casa, la que fuera de María de Abando, sino dos, pues la de Martina de Inaxio también era suya, donde podría vivir sin hambre —que es malo el hambre—, atendiendo a la parroquia de sus dos mentoras. Y en aquellos pensamientos, sin acordarse de que los junteras de Vizcaya perseguían brujas, hasta contempló la posibilidad de volver a ajustarse con María de Ataún, aunque discutiera con ella y tuviera que hacerle las tediosas faenas del hogar.

Y en ésas estaba Marichu de Abando, lamentándose de haber abandonado Bilbao, sintiendo más el hambre que la soledad, cuando en la ermita del Santo Cristo de la Luz se presentó una mujer vestida de negro de los pies a la cabeza, con el rostro velado, que abrió la puerta, penetró en el sagrado recinto, se acercó al altarcillo del Santo Cristo, dejó un cuenco que llevaba en la mano sobre el ara, se santiguó, hizo genuflexión y salió tan en silencio como había venido, sin apercibirse de que en la iglesuela, diminuta por demás, había una moza que hubo de apretarse contra la pared para dejarla pasar.

Desaparecida la vieja —era muy anciana porque andaba renqueando—, Marichu de Abando se precipitó sobre el cuenco y, sin pensarlo dos veces, se bebió el

contenido de un trago: un cuartillo de leche, que le supo a gloria bendita.

Ay, sucedió lo que nadie hubiera deseado. Que estando el rey de Ávila en Cardeñosa, un lugarejo de por allá, andando en cetrería, con su corte y sus consejeros o, dicho mejor, con los que hacían y deshacían por él, llegó la pestilencia, como ocurría casi todos los veranos, a toda la comarca de Ávila y, entre muchas otras gentes, se llevó de este mundo a don Alfonso el doceno que era asaz enclenque, como va dicho. Cierto que algunos dijeron que se fue envenenado por sus enemigos, que eran muchos, y no se recataron en mentar al marqués de Villena, que porfió en darle a comer una empanada de trucha que bien pudo estar envenenada.

Falleció el doncel a los catorce años, ya fuera de veneno o de la peste, lleno de bubones. Asistido por el arzobispo Carrillo en sus últimos momentos, en brazos de sus nobles partidarios, postrado en un sencillo catre de campaña, con su perro a los pies, con su espada al costado, bajo la mirada de su halcón predilecto. Al son de un caramillo que se oía en la lejanía, acompañado de las lágrimas que derramaba en silencio la vecindad de Cardeñosa que, enterada de la desgracia, se presentó a rendirle el último tributo y a decir adiós a un rey que, pese a sus pocos años, se había mostrado dispuesto a enmendar las injusticias del rey legítimo y a encerrar en un convento, de por vida, a la liviana reina Juana y a sus damas cuando fuera mayor. Pero murió menor, sin haber hecho nada malo de por sí, pues que siendo rey de Ávila lo trajeron y lo llevaron el arzobispo y los condes. Nada malo, salvo mostrarse desabrido con sus servidores en diversas ocasiones; salvo matar a un león de los que tenía don Enrique en la casa de fieras del alcázar de Segovia, a saetazos, cuando también la bestia era criatura de Dios. E quizá tuvo suerte de fallecer tan niño para no sufrir la deslealtad ni la ingratitud de sus vasallos, pues muchas ciudades y villas que habían estado con él, en el momento de su muerte ya habían vuelto con su hermanastro, y hasta la aljama de judíos de Toledo, la mayor de Castilla, que le había dado buenos dineros para mantener su ejército, se había tornado también en su contra.

Lloró el reino la pérdida del prometedor muchacho. Lloraron la hermana del muerto, la Corte toda, las vecindades de Castilla, las gentes de Ávila —entre ellas las dos gemelas Téllez y su bisabuela—, e ítem más las monjas de Santa Ana, monasterio donde, tras enterrar a su hermano en el convento de San Francisco de Arévalo, se recogió la infanta Isabel por unos días para ayunar y orar en soledad, muy cerca de donde, pocos días antes, se había instalado María de Abando, concretamente en la ermita del Cristo de la Luz.

Fue así como, durante un tiempo, coincidieron las cuatro hijas de la luna roja en Ávila y se vieron a menudo: entrando y saliendo de la ciudad, en los mercados, andando por las calles y sobre todo en las iglesias, oyendo misa o escuchando

sermone. Porque sucedía que de unos meses a esta parte se presentaban en la población muchos predicadores a hablar de las cosas de Dios, a tratar de solucionar los problemas de los hombres y a guiarlos por el camino de la santidad. A exhortar a hombres y mujeres que necesitaban consuelo, dados los tiempos rotos que tenían la desgracia de vivir a causa de las guerras, de la debilidad de la monarquía y de la iniquidad del soberano, uno sólo ya, don Enrique, pues que al joven Alfonso se lo había llevado Dios demasiado pronto. Rotos, por las banderías de los nobles, por las cuadrillas de ladrones que asolaban castillos y villas y tenían tomados los caminos; por la impiedad que demostraba el clero secular y regular que, dado al placer, desdeñaba la observancia religiosa con el mal ejemplo consiguiente. Rotos, por la desvergüenza de la reina Juana, por la frivolidad del señor rey que, en dicho vulgar, no valía un carajo para reinar ni para engendrar un heredero ni para yacer con mujer ni para beber ni para comer, pues era perezoso y negligente. Rotos, rotos... Con los clérigos que gritaban:

—¡El sultán otomano, el Anticristo, está asentado en el trono del emperador de Constantinopla!

—¡No hay un rey que guíe a la cristiandad y presente batalla al turco!

—¡Infierno al turco...!

O:

—¡Muerte a los judíos!

—¡Muerte a los judíos, que, confabulados con los moros de Granada, abrirán las puertas de las Españas a las escuadras orientales!

—¡Hogueras para los conversos que judaízan impunemente y que, con sus dineros, ayudan a los judíos que no reniegan!

—¡Condenación eterna para los dos conversos que han sido ajusticiados en la localidad extremeña de Llerena...!

El que mejor sermoneaba resultó ser fray Tomás de Torquemada, prior del convento de la Santa Cruz de Segovia. Un hombre probo, a decir de muchos, que erizaba los cabellos de sus oyentes con sus ardientes palabras y clamaba por el establecimiento del Tribunal de la Inquisición y la expulsión de los judíos. Otro tanto que otros frailes en muchos lugares de Castilla, y otro tanto que había hecho con mucha prédica un dicho Vicente Ferrer, años antes, en el reino de Valencia.

Al convento de Santo Tomás, el nuevo, situado extramuros, a oír a fray Tomás, iban las hijas de la luna roja con otra mucha gente pues que rebosaba la iglesia, y eso que resultaba molesto pues estaba en obras. Enseguida sabían las cuatro que estaban allí juntas, sin necesidad de buscarse con los ojos. Como si estuvieran unidas por algún lazo desconocido, cada una sentía la presencia de las otras tres, así que Leonor y Juana volvían la cabeza o estiraban el cuello y veían a Isabel en una silla instalada al lado del Evangelio, y al fondo de la iglesia a la moza de nombre desconocido,

campesina o menestrala, lo que fuere.

Isabel, sentada en su silla, hacía otro tanto. Cuando notaba un gusanillo a la boca del estómago, sabía perfectamente qué hacer: buscar con la mirada a las dos marquesas de Alta Iglesia y a la rústica que se situaba al fondo de la iglesia. Y, por suerte o desgracia, las encontraba siempre, las manquitas, una a cada lado de doña Gracia, y cruzaba un pequeño saludo con ellas, que le correspondían; la anciana con una amplísima sonrisa, las doncellas sin sonreír, con los ojos bajos, como si les doliera algún miembro del cuerpo o fueren un tantico tontonas por su natura. Que no podía utilizar Isabel un calificativo más fuerte, o doña Clara le regañaría en razón de que una dama no dice palabrotas... Y menos ella, que, muerto su hermano, el rey Alfonso, Dios lo tenga en su gloria, como quiera que continuaba la hostilidad popular contra la Beltraneja —el Señor disponga en bien de todos—, con tanta inquina que pululaba por doquiera, tal vez, tal vez un día, después de los días del rey Enrique, ella, Isabel, fuera la reina de Castilla, de León, etcétera, ay... Ay, que no sabía si el nudo que tenía en el estómago era por las doncellas, que le producían inquietud, o por cómo discurrían los acontecimientos en el reino; que le afligían sobremanera y no le dejaban sosegar. A diario se presentaba ante ella el arzobispo de Toledo o tal o cual noble, a hablarle de aquella posibilidad, pretendiendo que se nombrara reina, como hizo su hermano muerto, pero ella hacía oídos sordos, negando con la cabeza aquella proposición aunque dejándose tentar por otra: la de exigirle a su hermano, a don Enrique, ser nombrada heredera en detrimento de la infanta Juana, dicha la Beltraneja. Negaba con la cabeza porque no podía articular palabra, que, de intentarlo, se hubiera echado a llorar, amén de que traidora no era ni había de serlo.

María de Abando, instalada en la ermita del Cristo de la Luz, a veces seguía el cortejo de la infanta Isabel cuando salía de Santa Ana, aunque nada más fuera por distraerse y caminar, y también se apercibía de la presencia de las hijas de la luna roja en la iglesia o donde quiera se encontrara con ellas. Y se aducía que alguna cosa extraña sucedía cuando entraba en contacto con ellas, pues que no en vano había sido adiestrada en las artes de la ocultación por dos avezadas brujas y, aunque iba sin gana a misa y con menos gana escuchaba el sermón, no salía de la iglesia hasta que el sacerdote cerraba todos los libros sagrados, mismamente como hacían de antiguo todas las sortiñas de la ría de Bilbao, no fuera a ocurrirle algo malo. Este retraso era muy celebrado por la hermana Miguela, la portera del convento de Santa Ana, que le daba de comer a cambio de que le curara un dolor de costado, pues atribuía la demora a la santidad que emanaba aquella niña que recorría el mundo en solitario. Pero ya podía decir lo que dijere la religiosa, que a ella los sermones tan largos o la presencia de las tres damitas que conociera el día en que llegó a la noble ciudad de Ávila, le producían angustia, y respiraba mal, como si se espesara el aire en su derredor.

Considerando la posibilidad, cada día más hacedera, de que Isabel fuera nombrada heredera de don Enrique el cuarto, para ser reina de Castilla, de León, etcétera, a la muerte de su hermanastro, el arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo de Acuña, su principal valedor, mandó hacer el horóscopo del nacimiento de la infanta a uno de sus criados, a un tal Alarcón, que era nigromante y ensalmador.

El tipo —tipo, pues había engatusado al prelado para que le costeara la búsqueda de la piedra filosofal a sus expensas—, tras consultar el acta de nacimiento de la infanta, nacida en 1451, un año anodino, eso sí el día 22 de abril, a las cuatro horas y tres cuartos después del mediodía, en un día que nada tenía de anodino, pues que fue Jueves Mayor y se rememoró, como todos los años, la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo... El 22 de abril, es decir, el primer día de Tauro, con ascendiente Libra por la hora, dibujó su carta natal y se la explicó al prelado por lo menudo:

—Mi señor don Alonso... Sepa su merced que la señora infanta doña Isabel vino al mundo en la mejor hora del día veintidós de abril para nacer... Por ello posee un temperamento en el que predomina el elemento tierra... Al estar muy asida a la tierra es capaz de responder ante cualquier situación. Cierto que toda su conducta hasta la fecha ha estado marcada por el deseo de encontrar seguridad... No es de carácter espontáneo la doncella, señor.

—¿No?

—¡No! Tiene dificultades para mostrar sus sentimientos.

—Es natural, está en la edad moza...

—Sí, pero es reservada de natura y terca...

—Continúa, Alarcón...

—Mi señor, la infanta no es emotiva, como va dicho... Es persona que no sabe estar ociosa... Aborrece los cambios... No le gusta estar hoy en Alcalá y mañana en Segovia, pongo por ejemplo. Desde que nació ha querido ser mayor, pues siente deseo de ser importante. A la par necesita que las gentes de su entorno la apoyen...

—Por eso la rescaté yo y me la traje a Ávila, para alejarla de la reina Juana y su compañía de ramerías, pues que doña Isabel había de acabar de arrastrada de continuar la vida con ellas...

—Hicisteis caridad, señor.

—Sigue, Alarcón...

—Vea su merced que con Libra como signo ascendente, la señora Isabel siente gran necesidad de tener armonía en derredor e, cuando sea mayor, se interesará por las cosas de la justicia y de las artes. Querrá llevarse bien con las gentes, por eso es muy sensible a los desaires... Vive para el exterior, aunque sabe guardar muy bien las

formas... Aprenderá a gobernarse...

—Si la dejamos, Alarcón, si la dejamos, porque muchos, yo el primero, queremos disponer sobre ella...

—¿Lo dice vuesa merced por los maridos que le buscan por todo el orbe cristiano?

—¡Sí!

—Las mujeres es de ley que hagan lo que diga el padre y a falta de padre, el hermano, y a falta de hermano, el arzobispo de Toledo...

—¡Ve al grano, Alarcón!

—La doncella tiene miedo a que la rechacen las personas de su alrededor y está siempre en guardia para no suscitar malentendidos... Cuando crezca le dará un ardite ser comprendida o no ser comprendida por los demás, y será capaz de dar a las cosas la importancia real que tienen y de luchar por la justicia.

—¿Tiene carácter fuerte?

—Demuestra terquedad, pero posee un don natural para suavizar las tensiones que surgen en su entorno... Pese a esta virtud, vivirá en una encrucijada continua.

—¿Guerras?

—Muchas guerras, intrigas, envidias...

—Pues estamos listos, Alarcón.

—Casará... y su marido tendrá gran importancia en su vida...

—Los maridos tienen gran importancia en las vidas de las mujeres...

—Entre los cuarenta y cuarenta y ocho años, gozará de gran predicamento de cara a las gentes, pero padecerá muchas desgracias familiares... Pérdidas de hijos, quizá...

—¡Quizá, quizá...! ¡Maldito, Alarcón!

—¡Téngase su señoría...! Que la situación del signo de Cáncer en el cénit indica que esta mujer está marcada por lo que le han legado sus antepasados... Ella continuará la tradición familiar...

—¿Será reina?

—¡Cumplirá su destino!

—¡Pardiez! ¿Será reina?

—No se puede hilar tan corto, reverencia... Atienda su señoría... Es posible que sea reina porque la posición de la luna en Capricornio dentro del sector IIII le ha llevado a asumir responsabilidades desde muy pequeña. De hecho se dice que fue una madre para don Alfonso, Dios lo tenga con Él... Esto le inducirá a procurar mejor vida para sus hijos que la que ella ha tenido... En función de los cambios que se produzcan en su familia, su destino personal variará...

—El rey Enrique morirá como cualquiera otro mortal...

—Vea su merced... El hecho de nacer en Tauro y tener la luna en Capricornio, toda vez que la doncella sea capaz de domeñar sus emociones, y en ello está, le

conferirá una personalidad muy cálida...

—¿Una loba con piel de cordero?

—¡Ah, no!, los fluidos que recibe del sol indican que será persona pacífica, capaz de sacrificarse, de renunciar a sus derechos, salvo que le mengüen su seguridad o le toquen sus principios, que en este caso será inflexible. Pero la posición en el sector VIII le llevará a tener miedo a la muerte, al pecado, a la condenación eterna...

—¡Igual que cualquier nacido, Alarcón!

—¡Ah, no, mi señor...! La doncella, como el sol está en conflicto con el planeta Júpiter, está predestinada a vivir tragedias personales que pondrán a prueba su temple y su entereza...

—¡Pardiez, Alarcón!

—Su enfermedad estará en los riñones... Vivirá cambios muy radicales en ciclos de ocho años... Al estar ubicado Aries en el sector VII tendrá muchos litigios por cuestiones de poder... En Géminis se ve que gustará de hablar y que se entenderá con la gente... Le llevará a luchar el conflicto que se observa entre Saturno...

—¿Contra los moros?

—Contra los moros y contra otros muchos, señoría...

—¿Empuñará ella misma la espada, como la Doncella de Orleans?

—Ella no. Lo hará su marido por ella, pero el planeta Marte le favorece en el sector VIII...

—¿Y quién será el marido? ¡Pardiez, Alarcón, me pones la miel en la boca...!

—¡Teneos, arzobispo, que la ira es uno de los pecados capitales!

—¿Será Isabel reina?

—Seguramente, señor.

—De momento, la sacaré de la rueda...

Mientras los troveros, de mejor o peor pluma, loaban en sus versos al *Pequeño César*, asegurando que había entregado su alma sin pecado al Señor, y la reina viuda, doña Isabel, lloraba amargas lágrimas en la oscuridad de su aposento por el fallecimiento de su hijo, los nobles no perdían el tiempo e insistían ante don Enrique y doña Isabel buscando una concordia entre los hermanos.

La infanta respondía ora al arzobispo de Toledo ora al marqués de Villena que no tenía nada que hacerse perdonar, nada que convenir, alegando que ella no era nadie, que era menos que nadie en aquellos reinos. Y encorajinaba a aquellos hombres ambiciosos cuando respondía con obstinación:

—No me proclamaré reina... Sólo seré heredera si mi hermano Enrique lo quiere... Vayan sus mercedes a convencerle a él, que yo aceptaré de grado lo que me mande el Señor...

Los nobles dejaban a Isabel en Segovia o en Ávila o en Arévalo, e corrían hacia Madrid a postrarse a los pies de Enrique, preguntándose si a la infanta le había dado por volverse beata, mismamente como a sus señores padres, pues asistía a misa a diario y rezaba las horas canónicas, a más de sus preces al levantarse y al acostarse, con mucha devoción y recogimiento, e nombraba a Dios y a sus santos en cualquier frase que pronunciara. E rezongaban del nuevo capellán de la doncella, que la debía querer santa en vez de reina, e ítem más de la testarudez de la moza, pues se negaba a firmar su proclamación. Pero lo más que hacían era discutir entre ellos, en razón de que el prelado deseaba que Isabel casara con Fernando de Aragón, y el marqués que lo hiciera con el rey Alfonso de Portugal, que podía ser su padre, pero que había enviudado recientemente.

Cierto que la fiera —tal la llamaba el clérigo— se fue ablandando. Que le iban las gentes con lisonjas, llamándole alteza, hablándole de lo bueno que sería para el reino que heredara a don Enrique, del bien que podría hacer en el futuro una muchacha de tantas y tan singulares prendas. La adulaban diciéndole que era persona de fe ciega en el Señor y los santos del Cielo, con dotes de prudencia, templanza, caridad, diligencia, castidad —en este punto le nombraban la veleidad de la reina Juana—, generosidad y amor al prójimo. Y le recordaban que, sin tener una blanca, había vestido la pasada Navidad a dos pobres de la iglesia de Santo Domingo de Ávila, quitándose dos platos de la comida durante un mes. O le recordaban cuando se detuvo en el camino, yendo a Medina del Campo, e dio de beber a una tropa de soldados del rey Enrique, pese a que le tenían a ella tan grande enemiga como a su desdichado hermano Alfonso, todo el vino que llevaba su escolta cargado en los carros, quedándose los suyos sin nada. Buen vino, además, de Rueda. O, cuando observando con horror cómo ardía un bosque de pinos, cerca de Olmedo, descabalgó e se puso

con todos los labradores y la gente de su compañía a apagar las llamas apaleando los matojos con una rama, para terminar agotada y tener que recuperarse del esfuerzo a la sombra de un almiar, como hacían los campesinos para quitarse la calor. Ante tanto halago, la doncella, pese a su nuevo capellán que la ilustraba en las virtudes cristianas, cada vez estaba más receptiva, cediendo al elogio, vaya, mismamente como cualquier mortal. Hasta que, débil, firmó el primer documento como si fuera la princesa heredera del trono de Castilla, antes de serlo.

En efecto, cuando envió carta a Gonzalo Chacón para que hiciera una manda por cuenta della, se tituló princesa heredera y legítima sucesora de los reinos de Castilla y León, sin pedirle licencia a su hermanastro. Pero no se enteró nadie porque el oficial, que era persona de fiar, no echó a los vientos la flojedad de ánimo de Isabel, y la escribana, que fue doña Clara, sabedora de a qué manos iba dirigida, tampoco. Es más, primero la dama, luego el mayordomo, le aconsejaron, al igual que había hecho el capellán, que no se dejara llevar por las lisonjas, que tuviera paciencia, que no cometiera imprudencias y estuviera alerta, porque don Juan Pacheco, marqués de Villena, se había pasado al bando del rey, puesto que deseaba casar a uno de sus hijos con la infanta Juana, dicha la Beltraneja, y a su hija Beatriz con don Fernando de Aragón. Y, además, los dos sostuvieron que su proclamación supondría otra vez la guerra sin cuartel en la tierra castellana.

Un escalofrío recorrió a Isabel cuando escuchó de labios de don Gonzalo lo de la guerra y la pretensión del poderoso aspirante a maestro de Santiago que, ambicioso de lo más, arrepentido de su traición, suplicado el perdón real y personado ante el señor rey, quería acaparar mayores mercedes. Y más escalofríos que la estremecieron ya que los nobles, pese a la amenaza de la guerra, la pusieron entre la espada y la pared. Entre que pidiera al rey Enrique que la nombrara su heredera o casarla con un príncipe extranjero para largarla lejos y que nunca más pisara los campos de Castilla, o incluso meterla en un convento para siempre jamás, e le fueron ora con inciensos y zalamerías ora con amenazas veladas y no tan veladas. La doncella, encontrándose en un brete, optó por pedirle a su hermano que la hiciera su heredera con mucho respeto y reverencia, pues se dijo que pedir no era malo, y eso, se limitó a pedir, porque no en vano los santos evangelios ponen en boca del Señor Jesucristo aquello de pedid y se os dará, llamad y se os abrirá.

Envió ante el rey a don Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, y a don Andrés Cabrera —que era mayordomo del rey y pretendiente de doña Beatriz de Bobadilla—, decidida a que fuere lo que Dios quisiere, ya que en puridad, después de los días de don Enrique, la corona le correspondía a ella que sería la única descendiente viva del rey don Juan, porque la Beltraneja no era nieta suya. Era hija, ay Jesús, de la reina Juana y nieta de Dios sabe quién por parte de padre. De una mujer placera y sin enmienda posible, que había huido del alcázar de Segovia cuando lo habían tomado

las tropas del pequeño Alfonso, que es lo mismo que decir las tropas de Isabel, en razón de que los hermanos siempre estuvieron muy unidos y ella fue la primera en jurarle... Según decires o mal decires, la reina Juana había escapado del alcázar a uña de caballo con un sujeto, un tal Pedro, un paje, un segundo amante y mozo de su edad para mayor inri, que no se había limitado a escoltarla sino que, a instancias propias o dejándose arrastrar por el ardor uterino de la dama, que era hembra fornicaria, antes de llegar, en busca de refugio, a Alcalá de Henares, había yacido con ella dejándola empuñada. ¿Podía haber mayor desvergüenza en el reino de Castilla?



Doña Gracia Téllez contó un día de buena mañana las monedas de oro, ducados de Venecia y florines de Milán que tenía en sus arcas y quedóse anonadada, en lógica de que un arca estaba vacía y la otra más que mediada. Trajinó con los dineros que le quedaban y, a las pocas horas, comentó con sus camareras más allegadas que no había hecho despilfarro, que había gastado lo justo, quizá menos incluso que cuando vivía en Italia, entre otras razones, porque en aquel país se podían comprar más cosas que en Castilla. Les dio explicaciones y excusas porque quiso, porque les tenía cariño, y les enseñó el vacío de las arcas, asegurándoles que lo que había desmoronado su economía fue el medio millón de maravedís que entregó al fallecido rey Alfonso, merced al cual el mozo pudo armar un ejército y conquistar la ciudad de Segovia, por lo que lo dio por bien empleado. Se lamentó, no obstante, de que le hubiera cundido tan poco el mucho dinero traído de la ciudad lombarda y de que se escaparan las monedas de las manos como si fueran agua... Y, seguidamente, pasó a hacer unos montones de dinero: cuarenta y nueve, para cuarenta y nueve de los cincuenta criados que tenía, pues a su camarera mayor no la quiso despedir.

Después del almuerzo volvió a llamar a toda la servidumbre al gran comedor, se sentó de espaldas al retrato de don Beppo y, quitándose y poniéndose los espejuelos, entregó un montoncito de monedas a cada uno de los que allí estaban, que no faltaba ninguno, y los despidió. Debió de darle la vena de que gastaba en exceso, pues que tenía muchos más dineros en Milán y les dijo, sin que le temblara la voz, que no podía mantenerlos, que había apostado por un rey que había muerto de peste o envenenado, lo mismo era, a fin de sacar adelante un negocio familiar, que no explicó, pero todos sabían tratarse de las bodas de sus biznietas. Añadió que les daba tres meses de jornal y dinero para hacer viaje de regreso a Italia. Les concedió un plazo de quince días para marcharse de la casa sin priesas, y les dio su mano a besar.

Los criados se inclinaron ante ella, algunos apesarados, otros no, que se embolsaban un buen dinero. A las dos semanas todos habían abandonado la mansión

de la calle de los Caballeros, contentos, en razón de que doña Gracia Téllez los había tratado mucho mejor que otros amos.

Quedaron en la casa la anciana marquesa, las dos marquesitas, las dos esclavas moras, una cocinera, y de los italianos, sólo la camarera mayor de la dama, de nombre Angélica, la que había enseñado a cabalgar a las niñas, que ya eran dos buenas Amazonas.

Cuando el palacio se quedó casi vacío, la anciana explicó a sus biznietas el porqué de su actuación. Cómo había apostado por el rey Alfonso y le había dado medio millón de maravedís, una fortuna, pues que quería frecuentar su corte para encontrar un marido linajudo para Leonor y otro para Juana, a lo menos marqueses, para no rebajar la alcurnia de las Téllez. Pero que los tiempos tan rotos que había vivido Castilla en el último año y sobre todo la temprana e inesperada muerte del niño-rey, habían dado al traste con sus planes. Añadió que unas veces se gana y otras se pierde, e no se arrepintió de haber dado a fondo perdido cuando bien pudo haber prestado a interés, a usura incluso, como hacían en Italia muchos nobles y habían hecho las aljamas de judíos en la tierra del rey usurpador. No se arrepintió porque le gustaba dar y daba, ¿o acaso no había dado de comer a todos los pobres de Ávila en las dos Pascuas de Nadal que venía pasando en la ciudad? ¿No había entregado a Francesco Sforza diez mil ducados venecianos para que accediera a la dignidad de duque de Milán sin recibir feudo del emperador de Alemania? ¿No le había enviado al papa Nicolás cuatro mil y quinientos...?

—¡Ah, no, qué necia, me confundo...! A Su Santidad le remití tal dinero en pago de un obelisco egipcio que le compré para adornar la villa que tenemos en una espléndida floresta a orillas del Tesino. Villa que habrá de ser vuestra, niñas, por supuesto, que no tengo otras herederas... E tanto e cuanto he dado en mi lengua vida... Sin pedir a cambio, que es lo cristiano... E aprendan Leonor y Juana que así se hace... E no teman las niñas que dejé otro dinero en Milán y del que traje separé dinero para mandar coser sus ajuares... No teman que les encontraré maridos de linaje... Además, que tienen patrimonio por nuestra casa, pues don Juan tenía varias villas y castillos, e vuestra madre también trajo buena dote...

Las niñas escucharon muy atentas las explicaciones de su bisabuela, y aunque en un principio se amohinaron un tantico porque gustaban del bullicio que organizaban más de cincuenta almas en la casa de la calle de los Caballeros, cuando se fueron todos los italianos menos Angélica, se encontraron más a gusto.

A más, que la dama tuvo tiempo de hablar con ellas, de preguntarles por don Juan y doña Leonor, sus padres, por las manos que se habían dejado en el otro mundo, y hasta de ocuparse de su vida espiritual. Cuando se enteró de que ninguna de las dos había hecho la primera comunión cuando ya tenían sobrado uso de razón, se llevó las manos a la cabeza, y abroncó a Catalina, que gobernaba otra vez en las cocinas, por

ser cristiana, aunque a las moras, que tenían tanta culpa como la otra, nada les dijo, por ser moras.

De más está decir que reparó el hecho de inmediato, de tal manera que las dos doncellas recibieron el Santísimo Sacramento al día siguiente, cumplidos los diecisiete años, de manos del obispo de Ávila, sin asistir a catequesis, y eso que la hubieran necesitado. Pues que remordimientos le vinieron a doña Gracia, el día en que, entrando de súbito en el aposento de sus descendientes, las descubrió arrodilladas en sendas alfombrillas entonando la última oración de la jornada, rezando al Alá de los musulmanes, haciendo, Señor Jesucristo, lo que venían haciendo desde que eran niñas, ni más ni menos que lo que les habían enseñado Wafa y Marian.

Pero no hizo drama, no, ni armó escandalera. Enterada de lo que había sucedido en la mansión, tras la ausencia inusitada de don Juan Téllez y la obligada de doña Leonor de Fonseca, aceptó lo que había, y es más, se recriminó por haber tardado tantos años en volver a la casa que la vio nacer. Se reprochó la tardanza y dejó el asunto, porque lo que más le importaba, antes de que Dios la llamara a su lado, era encontrar dos maridos de linaje para sus biznietas, negocio que le llevaba muchos quebraderos de cabeza. Puesta al habla con el obispo de Ávila, no había hallado esposos para las manquitas, salvo dos hermanos, hijos de cristianos nuevos, que, aunque no eran de linaje noble, tenían mucho dinero y, según el religioso, eran buena gente. Pero no, cristianos nuevos no quería para ellas.



Ya va dicho que María de Abando se bebió el cuenco de leche que llevó al Cristo de la Luz una anciana, vestida de negro y muy velada. A la dama no le preguntó qué llevaba entre las manos ni al Crucificado si podía coger lo que le habían traído. Viendo el contenido y acuciada por el hambre, sencillamente se lo bebió.

A poco se presentó en la ermita la hermana Miguela, la portera de Santa Ana, que llevaba flores al Señor Cristo. Al entrar en el recinto, se aperció de su presencia al momento, y aunque se extrañó de contemplar a una mujer sentada al pie del altarcillo, arrebujada en una manta, alzando la mano para pedir limosna, con los ojos legañosos, al reconocerla se alegró, pues no en vano le había asistido el día anterior después del remojón. Pero no pudo evitar preguntarle:

—¿Qué haces otra vez aquí, moza sin gobierno de padre ni de madre?

—Soy huérfana, señora...

—¿Huérfana? ¡Oh, par Dios! —respondió disponiéndose a escuchar lo que la de Abando hubiere de decirle.

María le contó lo de su madre verdadera, la Malona, lo de sus dos madres putativas, lo del fallecimiento de ambas con siete años de diferencia, lo de la muerte de su perro *Mot*, lo mucho que echaba de menos a sus seres queridos, y con voz lastimera le aseguró que estaba sola en el mundo, que había dejado su casa sin saber adónde iba, dando con sus huesos en aquella ciudad, y terminó pidiéndole algo de comer. La monja se sacó unos higos secos de la faltriquera y se los entregó diciendo:

—Una moza como tú no puede andar sola por los caminos; hoy ni una mujer viuda, y por vieja que sea... las veredas están atestadas de maleantes, ladrones y mala gente...

—¡No temo yo a la mala gente!

—¿Cómo es eso, moza?

—Del agua mansa me libre Dios, que de la brava me libro yo...

—¡Insensata!

—Mire, su merced, que yo hago...

—¿Qué eres capaz de hacer?

E iba a decirle que hacía encantos, que dejaba a las gentes, buenas y malas, quietas, paralizadas, echando el paso o alzando la mano o llevándose la cuchara a la boca, lo que estuvieren haciendo en aquel momento, o que les cortaba la orina con sólo pronunciar unas palabras, eso sí, mágicas, aprendidas de sus madres putativas, pero se calló a tiempo. A la vista de que la monja se santiguaba hasta tres veces seguidas como ahuyentando a los malos espíritus, fue lista, cambió su discurso e dijo lo primero que le vino a la boca, una botaratada, pensando, quizá, que le gustaría a su interlocutora:

—Voy en busca de Dios, señora mía...

—¡Ah! —se asomó la hermana Miguela.

—A Dios, señora, lo buscan todos los hombres, unos por los caminos, otros dentro de gruesos muros, otros en su corazón...

—¡Ay, que no sé si eres una granuja o una bendita de Dios!

—Ni una cosa ni otra...

—Oye, hija, ¿haces algún milagro?

—No, pero curo la disentería, el tabardillo, las llagas de la orina maloliente, las mordeduras de los perros rabiosos, e más, mucho más... Por un pan, por un queso, por un cuartillo de vino, siempre con la ayuda de Dios.

—¿Dónde has aprendido tanto arte?

—Me lo enseñaron mis madres adoptivas.

—¡Par Dios, si, en verdad, eres sanadora, habrás de mirarme un redolor que me ha quedado en el costado...!

—Lo haré...

—Te daré cama en la alberguería de Santa Ana y cena... Ahora mismo te llevo...

¡Ven conmigo...!

—Espere su merced, dígame de una mujer muy tapada que ha traído un cuenco de leche muy de mañana, ¿quién es?

—No sé quién pueda ser. Aquí traen presentalla las buenas gentes... Una vela, una moneda.

—¿Esa casa tan grande que hay ahí, de quién es?

—Es un convento, se llama las Gordillas... Son monjas de clausura... No salen nunca del recinto...

—¡Ah!

—¿Te ha asustado esa mujer que ha venido?

—¡No!

—Será alguna dueña... Yo traigo flores a menudo para alegrar los sentidos de las gentes piadosas...

Insatisfecha su curiosidad sobre la dama velada, María de Abando rogó a la hermana Miguela se arremangara el hábito, la examinó, la tentó y alivió el dolor que sufría en el costado aplicándole unos fomentos. La religiosa le pagó el servicio con creces. La dejó permanecer siete días en la hospedería, cuando sólo se podía estar dos, y le dio mucha mejor comida que al resto de las alojadas, de manera tan notoria que suscitó envidias y, para acallarlas, no se le ocurrió otra idea que llevársela otra vez a la iglesia del Cristo de la Luz.

Y lo que son las cosas, que, apenas se había instalado Marichu en aquella ermitilla con sus escasas pertenencias —un plumazo de borra, dos mantas, un jarro con agua que le había dado la monja y su talego—, cuando llegó un perro muy llagado, que le trajo a la memoria a *Mot*, y lo llamó. El can se resistió un tantico, como suelen hacer esos animales por su natura, que desconfían de primeras de los desconocidos, y hacen bien, pero, a poco, fue, y no sólo se acercó a ella sino que le lamió las piernas, que llevaba al aire la moza. Y, claro, la muchacha le dio un trozo del pan que se había guardado en el zurrón y, después de que el bicho lo engullera con su hambre de perro, le hizo unos cariños en el morrillo. Y ya el otro se tumbó en el suelo panza arriba para que le hiciera más, y al día siguiente fue como si los dos se conocieran de toda la vida, tan cierto y tanto que el animal se dejó curar las llagas que llevaba.

El caso es que Marichu, quizá por tener tan buena compañía, se acostumbró a dormir apaciblemente, bien arrebujada en sus dos mantas —y más que hubiera tenido—, sin revolverse, sobre el colchoncillo, el can dándole calor en el costado. A la amanecida le cantaba una calandria y, a poco, un ruiseñor también iba a llevarle alegrías con sus trinos, y el perro le lamía las piernas... Todos los días la hermana Miguela le acercaba buena vianda, que ella compartía con su nuevo amigo y aún echaba las migajillas a las avecicas y tan a gusto se encontraba en la iglesuela del

Cristo de la Luz que allí se quedó. Eso sí, sin hacer ruido, para que no la oyera la priora, como le había indicado su benefactora, hasta que comenzó a llegarle gente.

Sin embargo, se supo en Santa Ana, pues en el convento todo se sabía, que había una doncella en la ermita y, amén de comentar el suceso, algunas monjas echaron la imaginación a volar pues hablaron de una moza que platicaba con las aves e curaba las llagas de los perros, y la priora no permaneció ajena a aquellos decires y la llamó.

Le preguntó quién era, de dónde venía, adonde iba, qué sabía hacer y cómo se ganaba la vida. La moza le respondió que venía de Bilbao, lo mismo que le había dicho a la hermana portera, y que iba en busca de Dios, e la priora, que era asaz aguda de mente, tras observarla con detenimiento, vislumbró en la industria de aquella moza una buena fuente de ingresos para el convento, y le ofreció entrar de monja, de lega o de criada; o vivir en la ermita, muy cerca del Señor Dios, y partir ella sus ganancias. Cuando la otra aceptó hacer un alto en su camino ya que no tenía prisa ni rumbo señalado, la priora echó a los cuatro vientos lo de la Santa Niña del Cristo de la Luz, llamándola «santa», precipitándose quizá, pues que María de Abando estaba capacitada para curar ciertas enfermedades, para hacer brujería, grandes magias inclusive, y hasta para hacer santería, pero santa no era, no.

En razón de que había sido ilustrada por dos brujas, muy sabias, sí, pero brujas que no santas, podía hacer cosas que parecieran mismamente milagros, pero no lo eran, eran truhanería, santería barata. Con ello, al poco tiempo de vivir en la ermita, de haber sabido la abadesa lo que hacía Marichu a sus espaldas, seguro que hubiera sufrido remordimiento de conciencia y hasta la hubiera arrojado del lugar. Porque la moza tenía mucha parroquia, y a unos les curaba o les aliviaba y a otros, a los que tenían dolores de alma, les imponía las manos en la cabeza y les esperaba con buenas palabras. Y, a los que estaban por morir, les dejaba abandonar este mundo acelerándoles los últimos momentos y despidiéndoles con la encomienda de que saludaran a Dios de su parte y le avisaran que andaba buscándolo. Todo ello en el mayor sigilo, puesto que la abadesa de Santa Ana nunca hubiera consentido que en su casa se precipitara la agonía de los moribundos ni aunque hubieran recibido la Santa Unción, no fuera que por no padecer de vivos sufrieran las penas eternas.

En otro orden de cosas, Marichu también estaba esperando la visita de la dama vestida de negro que, vaya por Dios, desde que ella se había instalado allí, no había vuelto a llevar el cuenco de leche al Santo Cristo.

Llegados don Alonso de Fonseca y don Andrés Cabrera, los embajadores de la infanta Isabel, ante el rey Enrique, le rindieron homenaje de parte de su señora hermana, y por su cuenta. Los dos hombres, a una voz, le hablaron largo de los daños que habían acaecido en el reino por la partición que de él hizo el llamado rey de Ávila que, mal aconsejado, se alzó con lo que no era suyo. Y le instaron a que, en nombre de Dios Todopoderoso, nombrara heredera a su hermana, que no tenía ninguna de las aberrantes ambiciones del muchacho que condujeron al reino a la partición y a la guerra. Diciéndole asimismo que, muerto Alfonso, se le presentaba maravillosa ocasión de hacer justicia contra aquellos que se habían ido de su obediencia y mancillado la honra de su real persona. Contra los que habían clamado que no era hábil para reinar, que era afeminado y, aún más, que había dado su consentimiento a la reina Juana para que yaciera con su privado, don Beltrán de la Cueva, y con un mozo joven de nombre don Pedro de Castilla, y la dejara empuñada. Contra los que le habían llamado dilapidador del patrimonio de la Corona, y lujurioso y otras horribles cosas, amén de que no se habían limitado a darlas a los vientos por Castilla sino que las habían escrito al papa de Roma para que fueran publicadas por toda la cristiandad. Y pedían ejemplar castigo para los traidores...

Otrosí le aseguraban que ninguna cosa podía ser mejor que la paz, pero que del mismo modo que la vida sin paz no es vida, la vida sin honra tampoco lo es... Y, aunque no lo decían a las claras, el que quisiera entender podía entender sin hacer esfuerzo lo que estaban diciendo.

Como, después de escuchar semejantes prédicas, los privados de don Enrique lo vieran dudar, se apresuraron a aconsejarle que nombrara heredera a Isabel y la casara lejos. En Francia, en Inglaterra o en Borgoña, pues que de ese modo podría desheredarla y darle los reinos a la Beltraneja al cabo de un tiempo, siempre que le pluguiera. Le aseguraban que de modo sutil la infanta estaría en su poder, y que él podría dedicarse a castigar a los que habían servido al rey de Ávila con la larga vara de su justicia, y le aseguraban que en el entretanto, ganando tiempo, tal vez podría buscarle un marido a doña Juana, comúnmente dicha la Beltraneja.

Quizá movido el rey Enrique por las buenas razones de los embajadores de Isabel, o con esperanza de poner en obra en el futuro los consejos de sus privados, un hato de trapaceros, y sobre todo por la insistencia del arzobispo de Toledo y del marqués de Villena, que había alcanzado su perdón poco ha, se avino a hacer concordia con su hermana. Se asentó la conciliación en que, en un plazo de cuatro meses, el rey devolviera a su esposa, la reina Juana, a Portugal, con su hija y con viento fresco, y que pidiera divorcio a Su Santidad, del mismo modo que había hecho con doña Blanca. Cierto que por otras razones. Ahora, porque se había casado sin estar

separado de *iure* de su primera mujer o clamando a los vientos que era puta sabida, si menester fuere. Y es más, aceptó entregar a doña Isabel las ciudades de Ávila, Huete, Molina, Medina del Campo, Olmedo, Escalona y Úbeda para que viviera con rango de princesa de Asturias, a más de no maridarla contra su voluntad. La infanta, por su parte, otorgó que le guardaría fidelidad y le serviría mientras viviere y que no se casaría sin su consentimiento.

Así las cosas, sólo quedaba firmar la concordia... Pero los nobles que habían servido al rey y luchado en la batalla de Olmedo por su persona contra el joven Alfonso quedaron muy descontentos, pues no les pidió opinión. Le mandaron decir que estaban con él, todo fuera por la paz del reino, el mayor bien de Dios, pero que si perdonaba a los traidores no fuera por ce o por be, luego, a indignarse con ellos cuando le habían servido bien, y le suplicaron les dejara estar presentes en la conciliación.

El rey salió de Madrid y asentó sus reales en Cebreros, llevando en la cabeza muy buenas intenciones, pues no sólo deseaba recibir el homenaje de su hermana a cambio de nombrarla heredera, lo convenido, sino que se amigaran todos los nobles, caballeros y prelados de ambos bandos, para terminar de una vez por todas con las banderías y, de consecuente, ser obedecido y amado.

Isabel salió de Ávila con grande séquito de personas —entre otras las tres marquesas de Alta Iglesia y sus cuatro criadas, y la abadesa del monasterio de Santa Ana con un acompañamiento de monjas y una dicha María de Abando, que era «santa» o, al menos, hacía santerías en una ermita— y se juntó con su hermano, que venía de la villa Madrid, también con mucha gente y banderas, en un lugar situado en el comedio de ambas poblaciones, dicho de los Toros de Guisando, el lunes 19 de septiembre de 1468, a la hora de mediodía.

Isabel iba deshecha en nervios, dudando de su suerte, apretando con la mano el pecherito de reliquias que llevaba cosido en el jubón; vestida de mil preciosidades, pues que había pedido prestado a un judío para hacerse un traje de brocado; montada en una jaca blanca, erguida en el bicho, rodeada de sus damas cabalgando en mulas ricamente enjaezadas; el portaestandarte abriendo paso con el pendón del rey don Juan y una compañía de a tambores asonando.

Llegados rey e infanta donde estaban situados los cuatro verracos de piedra que habían dejado allí los antiguos para celebrar alguna gloria ya olvidada, Isabel descabalgó sin que le sostuviere nadie el estribo e avanzó hacia su soberano y hermano. Inclínándose, le besó la mano. Y el otro, habiéndose apeado también e, tras aviarse la rica armadura de parada que llevaba, le dio sendos besos en las mejillas e le tomó la mano, e ambos anduvieron hacia las dos sillas que habían instalado los mayordomos sobre una alfombra muy buena. Más alta la silla del monarca que la de Isabel, pero muy buenas las dos. E ya llegaron los hombres que acompañaban a la

infanta a pedir perdón al único señor de Castilla, que besaba a los grandes en la cara, según costumbre, y los llamaba primos, aunque algunos no lo eran por la carne. E con aquellos abrazos el rey perdonaba, pues también anhelaba la paz y no hacía oídos sordos a lo que le pedía el pueblo ni, al parecer, creía que la señora Beltraneja fuera hija suya, pues de tenerlo seguro no hubiera aceptado a su señora hermana como heredera, o acaso fuera tan poco diligente como decía su mala fama, y dejaba las cosas de la sucesión al trono para que las resolvieran los que le sobrevivieren cuando recibiera el llamado de Dios, o tal vez fuera que pensaba acabar con el problema de momento para luego deshacer lo que venía dispuesto a hacer.

El caso es que, después de que el rey perdonase y recibiese a los que le habían traicionado al ponerse al lado de su hermano, el marqués de Villena procedió a leer en voz alta los términos de la concordia, por la cual Enrique nombraba a su señora hermana primera heredera y sucesora de todos los sus reinos y ella se comprometía a obedecerle y acatarle como soberano y señor y a vivir en la corte con él hasta que casada fuera.

Los regios hermanos firmaron y rubricaron con sus sellos, y otros muchos también y fueron testigos. En el puesto trigésimonono lo hicieron doña Gracia Téllez, la anciana marquesa, y, después sus dos biznietas, ambas sofocadas de rostro, tanto o más que doña Isabel.

Y, tras inclinarse la infanta —ya clamada y felicitada princesa de Asturias— ante su hermano, fueron a almorzar a unos entoldados que habían levantado, donde sirvieron pulardas y otras aves, e la princesa comió con todos, vive Dios, gallina, que por primera vez en años no le sentó mal ni le produjo comezón ni manchas en la piel. Y, a sobretarde, todos contentos, en razón de que el legado del papa, que era el obispo de León, había revocado el juramento que habían prestado a la infanta Juana muchos de los presentes, tomaron el camino de Madrid.

Isabel, aliviada, no tanto por la firma de la concordia que, conociendo a su hermanastro, a saber en qué quedaba, sino porque había recibido pleitesía de las manquitas de Alta Iglesia y se le había asentado un nudo en la boca del estómago, como en otras ocasiones, y a más había sentido, que no visto con sus ojos, que también andaba por allí la moza pueblerina, la que juró en cuarto lugar al rey Alfonso... Ah, que debiendo de estar contenta no lo estaba, y era por las muchachas que, de un tiempo acá, en todas partes se las encontraba.

Tras pasar unos días en Madrid, las comitivas siguieron a Ocaña para reunir Cortes en un plazo de cuarenta días y que los procuradores de las ciudades, villas y lugares reconocieran a Isabel, en pos de la ansiada paz, una, dos y tres veces al fuero y costumbre de España.



Idos los sirvientes italianos, tiempo había en la casa de las Téllez para la charla y el recuerdo.

Catalina, la cocinera, pudo hablarle a doña Gracia de los veintinueve años anteriores, Marian de los veintidós y Wafa de los dieciocho últimos, los que cada una llevaba, al respecto, sirviendo en la mansión. Lo hacían en el aposento de la dama, reunidas en torno a la chimenea donde crepitaba amoroso el fuego en el duro invierno, y en el jardín, en verano, que ya estaba practicable pues lo habían arreglado los criados italianos aunque presto se convertiría otra vez en selva, porque, con poco servicio, habían vuelto a cerrar casi todas las habitaciones.

E doña Gracia daba venia a Catalina y la cocinera le narraba con detalle la última enfermedad y muerte de doña Ana —la única hija de la señora allí presente—, que había fallecido a causa de la coz de un caballo. Un caballo que, escapado de las cuadras, entró en la mansión a la carrera, echando espuma negruzca por la boca y, pese a que los criados llegaron a acorralarlo en un rincón del patio del pozo dispuestos a matarlo a lanzadas, se escapó el bicho como si de una estantigua se tratara y en su correría se topó con doña Ana, Dios la tenga con Él, e le coceó la cabeza, causándole grande lesión e dejándole el hermoso rostro irreconocible. La señora murió en el acto sin tiempo para confesar y comulgar, pues ni los esfuerzos de los médicos que acudieron enseguida e intentaron recomponerle la sangrante herida y le aplicaron varios fomentos de excremento de gallo rojizo, lo mejor para remediar la rabia de cualquier bestia, lo consiguieron. Todo fue vano y la dama se fue deste mundo como no merecía, pues había sido persona asaz santa y bondadosa y, en consecuencia, acreedora a la mejor de las muertes.

Otro día, doña Gracia daba la palabra a Marian para que le dijera de su nieto. La esclava, que había sido comprada por doña Ana siendo niña de meses, le explicaba que había tenido a don Juan en sus brazos, la primera criatura que tuvo, y que, arrobada con él, con aquel ser pequeñajo e inútil para valerse por sí mismo, talmente como cualquier recién nacido, siendo su niñera lo mimó y le consintió más de la cuenta. Con lo cual se crió caprichoso e impertinente; colérico además, pues le venía la ira a la mano e arrojaba objetos al suelo y por la ventana, todo lo que tenía cerca, eso sí, sin decir una palabra, sin que una frase buena o mala saliera de su boca, en el mayor de los silencios, salvo el ruido que hacía con el estropicio, pues que había sido niño y luego hombre de escaso verbo... E terminaba diciendo que el día en que nacieron sus hijas se fue de casa con un caballo y sin nada en las manos, seguramente porque le dio un arrebató de cólera, a las niñas apenas las vio.

E otra noche, doña Gracia daba venia a Wafa, que le contaba que había sido

esclava de doña Leonor y entrado en la casa de la calle de los Caballeros acompañando a su señora, a la edad de diecisiete años, la misma que su ama; las dos procedentes de Compostela; ella, antes, de la Berbería, donde la aprisionaron unos piratas, gente malvada y sin corazón... Las dos vinientes de Galicia para que doña Leonor maridara con don Juan y se juntaran dos grandes linajes: el de los Téllez de Castilla y el de los Fonseca de Compostela. Los Fonseca, gentes muy principales que habían dado grandes señores y varios obispos y arzobispos... Doña Leonor, ay, excelente prenda, dulce como la miel, amiga de sus amigos, amante de su prometido, luego esposo, respetuosa con sus mayores e muy religiosa, pues que siempre había asistido a los aniversarios de los Téllez como si fuera de la familia, etcétera... Para morir en un santiamén, apenas recibidos los auxilios espirituales, de sofoco por la desgracia y sin que se hubieran encontrado las manos de sus hijitas...

A doña Gracia las historias de las criadas le daban que pensar. Para empezar, la mala muerte de doña Ana, su única hija, que había sido muy beata y caritativa, tan santa que, en más de una ocasión, se había permitido recriminar a su madre —en las cartas que le había enviado a la embajada castellana en Milán— por llevar airones de plumas en las tocas o por lucir vestidos con escote, a la manera italiana, o por comulgar todos los domingos, cuando es menester semanas de recogimiento y ayuno. Tal le había escrito su hija, horrorizada porque allá, en Italia, se tomaran las gentes tan alegremente el hecho de recibir el Cuerpo del Señor; lo recordaba muy bien. Para fallecer, ay, pateada por un caballo enloquecido... E don Juan, el marido de doña Ana y primo hermano, que, viudo, no quiso enviarle al pequeño Juan, el padre de las niñas, a Milán, donde ella lo hubiera criado con mayor severidad, obligándole a dominar sus emociones, de tal manera que nunca le hubiera venido arrebatado al corazón, o miedo, pues vaya vuesa merced a saber qué le vino a la cabeza al joven padre, en el momento en que conoció que sus dos hijas gemelas habían nacido mancadas y con el brazo rojo. Porque quizá fuera miedo, pavor, lo que hiciera huir a don Juan, y a saber si andaba alunado por algún lugar del reino... Pero lo que más pena le causaba era la mala muerte de doña de Leonor de Fonseca, de la que no llegó a saber casi nada, de la que sólo conocía lo que le decían las criadas: que era buena persona, hacendosa y guardiana de su hacienda... Y, ante tanta desgracia, la anciana se preguntaba qué haría la joven con las manos de sus hijas cuando la llamara el Señor para el Juicio Final, si esperaría a Leonor y a Juana para devolvérselas o si el día de la resurrección de la carne entraría lo más rápido posible por la puerta del Valle de Josafat para cargar con algo que no era suyo durante toda la eternidad. Y, ay, una lágrima le venía a los ojos cuando contemplaba a sus biznietas, a las dos manquitas que, lo que es la necesidad, se vahan de maravilla para hacer tal y cual con una sola mano. E cuando precisaban de las dos manos, acercaban dos escabeles, se sentaban parejas, y cada una utilizaba la mano que tenía para bordar, para cortar la carne, para

mondar la naranja y lo que fuera menester.

Y, disimulando, sosegando el movimiento que llevaba con los espejuelos, se secaba la lágrima que le venía a los ojos con un precioso pañuelo de organza con sus armas bordadas, y para que no la vieran llorar, hacía como que se aclaraba la garganta, llamaba a sus descendientes a su lado y les hablaba de que no quería marcharse de este mundo sin dejarlas bien casadas.

Leonor y Juana preferían jugar a la oca o al ajedrez o bordar un paño o salir a dar un paseo con las esclavas, en vez de oírla hablar de maridos; no obstante, la escuchaban:

—Tened en cuenta, niñas, que una mujer sin casar no es nada...

—Abuela —respondían las nietas al unísono porque previamente se habían puesto de acuerdo—, si no tenemos parientes que nos hereden, nadie nos podrá quitar el marquesado.

—Sois necias, niñas; los reyes quitan lo otorgado, los vecinos toman lo que no es suyo... El castillo de Alta Iglesia mismamente, ¿no está en manos de ladrones?

—Lo recuperaremos, abuela... Un día destes podemos ir a poner orden y a arrojar a los que lo tienen y sacarlos a latigazos...

—O muertos...

—Insisto, niñas...

Y casi era mejor que insistiera en lo de los matrimonios, que si no, la emprendía con que las niñas debían depilarse las piernas, como hacían en Italia las grandes damas y muchos hombres, e instaba a doña Angélica a revisar los baúles para ver dónde tenía guardada la piedra de carburo.



Marichu de Abando atendía a todos los que se presentaban en la ermita del Cristo de la Luz, ya fueran llevados por sus criados en andas, o llegaran andando o de rodillas o arrastrándose. Lo mismo le llevaran un capón, unos dulces o hasta un sartal de perlas para la imagen del Crucificado o se presentaran con las manos vacías, y no hacía asco siquiera a los leprosos. Ciertamente llegaba alguno por aquellos pagos, en razón de que los abulenses les tenían prohibida la entrada en la ciudad y sus arrabales, como en todas partes de Castilla.

Lo dicho. Como si los vientos hubieran llevado por todas las calles noticia de su presencia, se estaba creando fama de santa con gran contento de la abadesa de Santa Ana, que veía aumentar sus arcas y sus despensas, porque Marichu atendía a las preñadas y las mandaba a sus casas con una piedrecilla, que no era piedra vulgar, sino talismán, cosida con un cordel de color bermejo a la braga; a los que padecían gases

en el vientre les daba unas hojas de eneldo para tomar en tisana; a los que sufrían estreñimiento un puñadito de agrieta para que lo mascaran en ayunas; a los que tenían dolor de estómago unos polvos blanquecinos para diluir en agua. Y, bajo mano, sin que nadie se enterara, vendía hechizos de amor y de amistad, o hacía pequeños «milagros» como juntar todos los peces del río Adaja en un remanso para que los caballeros que la contrataban los mataran a lanzadas e se divirtieran. Por muy buenos dineros recomponía también el virgo a las doncellas necias, las que se habían dejado engañar; y a los que sólo iban a orar ante el Cristo, les deseaba salud de balde. E muy bien, muy bien todo.

Pero sucedió que las Gordillas, que eran vecinas de las Anas, enfrente unas de otras, como va dicho, desde la instalación de Marichu en aquel santo lugar, venían observando desde sus ventanas, pese a la clausura en que vivían, el fluir de gente que se encaminaba a diario a la iglesuela. Así las cosas, revisaron sus antiguos pergaminos y sacaron un viejo pleito a la luz: el de la propiedad de la ermita.

La abadesa mandó a su administrador ante el concejo de Ávila con el testamento del fundador, micer Gordo, y con un notario, aduciendo que la imagen del Jesucristo, el paño del ara del altar, la piedra del mismo, el banquillo, las escaleras de acceso, la obra de fábrica, la cruz del humilladero, el camino, la tierra del derredor, y otrosí la luz del sol y de la luna de aquel paraje, eran suyos, según carta testamentaria de micer Gordo, Dios lo tenga con Él. Demostrando así que ella y sus antecesoras en el cargo habían dejado la ermita libre y sin cerrar ni vallar para que fueran las gentes a rezar ante la santa imagen o a llevar ofrenda: un pie, un brazo de cera, una vela, una lámpara, dineros, etcétera, en gesto de acción de gracias por los dones alcanzados. Otrosí, que ella y sus antecesoras habían permitido que la portera de las Anas ofrendara flores al Señor Dios, en razón de que ellas llevaban incienso para las tres pascuas. Denunciando que muy otro negocio era que la congregación vecina hubiera tomado el santo recinto y sus alrededores como si no tuvieran amo, y promovido allí una industria manejada por una moza venida del norte, que a más a más engañaba a la abadesa de Santa Ana: si cobraba diez, daba al convento tres y se quedaba siete, pues era embaucadora, y nunca santa, como pretendían las dueñas, con su priora al frente. Y eso, pedía por boca de su apoderado que el concejo rodeara con una guardia armada la ermita y sus aledaños y que la doncella vasca pasara a depender de ellas, de las Gordillas, las únicas propietarias del lugar.

La dicha «santa», cuando se enteró de lo que las gentes decían de ella y supo de la demanda que las Gordillas habían puesto contra las monjas de Santa Ana, por un tris estuvo de seguir su camino y tornar a las veredas, acaso en busca de Dios, como le dijo a la hermana Miguela. Y tal vez hubiera hecho bien, pues, en el correr del proceso entablado entrambas comunidades religiosas, se encontró entre unas y otras. Y, si se empecinó en permanecer allí en vez de poner pies en polvorosa para ver otro

sol u otra tierra, fue porque esperaba hablar algún día con la dama enlutada, la que le llevara un cuartillo de leche con la primera luz del alba de su primer día de estancia, para agradecérselo y preguntarle cómo no hacía la ofrenda desde que ella allí vivía.

Y es que a menudo se despertaba antes de que cantaran los gallos, y esperaba y esperaba a la dama, mientras acariciaba al perro vagabundo, ya curado de las llagas —que le había puesto de nombre *Mot*, en recuerdo del anterior—, dudando, preguntándose si la dueña que le trajo la leche no fuere persona, sino la Dama de Amboto...

La Dama de Amboto, la hermosísima señora que, volando u ocupando otra corporeidad, recorría la tierra vascongada, que había sido vista con sus propios ojos por sus madres putativas en más de una ocasión cuando regresaban de las juntas de brujas. Tal pensaba la dicha Mari de Abando, y, de ser ella, la de Amboto, también estaba dispuesta a agradecerle que le hubiera quitado el hambre de su primer día en la ermita, en razón de que le alivió también el del día siguiente y de los que vendrían, pues que el hambre trae más hambre, mucho más, y quizá la muerte. Amén de que gracias a las monjas o a la Dama de Amboto, o quien fuere la señora desconocida, ella, sin proponérselo y sin esfuerzo, había salido de pobre e hasta vivía en la abundancia, y era querida y traída y llevada y contentada y agasajada, e más no podía pedir, y no pedía. Sencillamente, deseaba agradecer a la dama del cuenquillo, fuere quién fuere, su tino y sus buenas artes e su caridad. Porque es de bien nacidos ser agradecidos, y ella, aunque no era bien nacida, era agradecida, lo que decía más en su favor. Y eso, esperaba, consciente de que por dos veces ya en su corta vida, dos mujeres desconocidas, María de Abando y ésta, le habían salvado la vida.

Y esperando, esperando, trataba de recordar todo lo que sus madres le habían dicho de la Dama de Amboto, un ser extraordinario, una diosa acaso, que amaba a las sortiñas y era amada, reverenciada y correspondida por ellas, mismamente como si fuera la patrona de las brujas.

La alta señora vivía en un monte dicho de Amboto, de allí su apellido, porque nombre de pila no tenía, ni se le conocían padre ni madre. Con lo cual bien podía ser un demonio femenino, una diablesa, de las muchas que cohabitan con los hombres, eso sí, bellísima, con largos cabellos de oro, con ojos brillantes como piedras preciosas, con cuerpo proporcionado y airoso, a más de poseer un gran corazón, pues que ayudaba a las sortiñas que se trompicaban e les arreglaba los huesos rotos o les aconsejaba en sus cuitas o las consolaba en sus duelos, apareciéndoseles por los caminos... En una misma jornada, se la podía ver en su cueva del monte Amboto, cercano a Durango, en la villa de Bilbao o en la de Fuenterrabía... Surgía de entre las ramas de un árbol o de una covacha o de un tronco hueco, con aires de diosa, e con sus blancas manos acariciaba a la sortiña e con su voz cantarina le alzaba el ánimo... E la dejaba ir, diciéndole:

—Ve por las veredas, sortiña, que la Dama de Amboto, que soy yo, vela por ti...

E la bruja, que se había torcido un pie, por ejemplo, salía a la carrera, horrorizada, aunque no fuera mujer espantadiza. Ciertamente que, viéndose fuera de peligro, con su pie curado y corriendo como un corzo, la llamaba para rogarle le hiciera otros favores:

—¡Dama! ¡Dama de Amboto!

Y unas veces aparecía y otras no, porque lo único que se le podía achacar a la señora es que era mujer de antojos.

También pensaba si la Santa Virgen María pudiera ser la dama negra, pero sabía poca cosa de ella, apenas nada, salvo que había tenido un hijo, el Cristo que estaba representado en la cruz, y poco más, pues no había sido instruida en la doctrina cristiana.

Después de su designación como princesa heredera de Castilla, León, etcétera, doña Isabel se volvió personaje importante en los reinos de su hermanastro. Necesitó entonces gente en derredor y tuvo que ajustar para su servicio y el de su casa a varias damas, secretarios y criados y hasta pensó en comprar una esclava catadora para que probara antes que ella los alimentos que habría de ingerir. Lo hizo a instancias de don Gonzalo Chacón, de doña Clara Alvarnárez y de Beatriz de Bobadilla que, recién casada con don Andrés Cabrera, el tenente del alcázar de Segovia, a más de narrarle su felicidad por carta, le suplicaba que tomara precauciones, pues sus enemigos eran muchos y alevosos.

Ajustó con sus camareras un estipendio anual cuya poquedad fue comentada en la corte de don Enrique, eso sí, con promesa de aumentarlo en cuanto le fuera posible, en el momento en que supiera con certeza de qué rentas disponía. Con respecto a la esclava catadora, no fue necesario comprarla porque entre los muchos regalos que recibió de ciudades y villas para celebrar su nombramiento, se encontró con dos moras: una, enviada por el concejo de Murcia, y otra, por los caballeros de Alcántara y, de consecuente, las dedicó a tal menester en días alternos, si bien nunca quiso verlas catar, pues le producía angustia pensar que, un día cualquiera, una de las dos moricas pudiera morir envenenada de ponzoña destinada a la princesa heredera de Castilla; por eso hacía que probaran su comida en las cocinas y que se la llevaran a sus aposentos las criadas en una bandeja bajo la vigilante mirada de doña Clara. Ahorró también con los bufones, pues no ajustó ni uno para que la distrajera, ni por el qué dirán, que la llamaron rata los muchos que mantenía su hermano a cuerpo de rey en la Corte.

E con ser princesa llevaba mucha agitación: había de librar cartas y más cartas, asistir a banquetes, recibir en audiencia a señores, prelados, abades, abadesas y a los procuradores de las ciudades. Había de suplir, en fin, la indolencia de su hermano, el rey, que sólo gustaba de la caza, de la música, de escuchar a los bufones y de comer y beber rodeado de gentuza.

El caso es que no paraba un momento, vivía en un frenesí, y anhelaba que le viniera la «enfermedad» para no recibir a nadie durante los cinco días que le duraba. A más, que andaba detrás del rey, con la casa auestas, con un tropel de gentes, con los carros cargados de baúles y un montón de bultos, ora hacia Madrid, ora a Segovia, ora a Ávila o camino de Burgos.

Los señores que la visitaban le venían siempre con la misma cantinela, con el nombre de alguno de sus pretendientes en la boca, pues de tanto hablar y tanto hacer cábalas, el hecho de su matrimonio se había convertido en cuestión de Estado.

El marqués de Villena quería casarla de inmediato con don Alfonso V, soberano

de Portugal, dicho el Africano. Otros le hablaban del duque de Guyena, hermano y posible heredero de don Luis XI de Francia y, el arzobispo Carrillo de Toledo, del que ella quería oír que le hablaran: del príncipe Fernando de Aragón, su amado.

—¿Mi amado? —se preguntaba a veces Isabel.

Tanto como su amado no diría, pero el mejor pretendiente sí, pues que, maridando con él, se aseguraría el apoyo del anciano rey Juan II de Aragón que, hijo de don Fernando de Antequera y uno de los infantes de Aragón que tanto daño causaron en Castilla en tiempos pasados, podía, faltando ella, aspirar a la sucesión don Enrique por ser su pariente más directo, dada la bastardía de la Beltraneja de la cual ya no cabía duda. Tampoco era secreto para nadie que doña Juana había dado a luz otro hijo de aquel don Pedro, el que la liberó de las tropas del rey de Ávila y ya era el segundo varón, pues, al parecer, doña Juana le agradeció su libertad yaciendo con él una vez y otra, para quedarse empuñada dos veces más, aparte de la señora Beltraneja, y ser oprobio del reino.

Isabel tenía pretendientes, sí, e recibía a tantos e cuantos embajadores de otros países, pero, como su hermanastro todavía no le había entregado las villas y ciudades que concertó en la concordia de los Toros de Guisando, se encontraba con mucha gente a su servicio y sin un maravedí. A diario, dando de comer a ciento, a los de su casa; días que a doscientos, a los que se personaban a rendirle el homenaje debido; a trescientos, a los que se presentaban a visitarle, simplemente a saludarla porque era importante en el reino; y hasta a cuatrocientos dio en atender, cuando llegaron los embajadores de Francia y de Portugal. Y se dolía, claro, pero, como no solucionaba nada lamentándose, tuvo que pedir prestado a los judíos de Ávila que le adelantaron buen dinero a cuenta de las rentas de la villa de Medina del Campo.

A cuatrocientas almas hubo de dar de comer la princesa Isabel cuando se juntaron en la ciudad del Adaja las compañías de los embajadores de Francia y de Portugal, y Gonzalo Chacón hizo corto proveyendo doscientos corderos. El obispo de Arras y el arzobispo de Lisboa querían lo mismo: casarla cada uno con sus sendos pretendientes, de los que hacían loores grandes. El primero, con el hermano del rey de Francia, don Carlos, duque de Guyena y de Berri. El segundo, con su señor el rey don Alfonso V de Portugal, viudo, a la sazón. Y, entre tantos para elegir, menos mal que el arzobispo Carrillo, primado de España, no había mudado el parecer y continuaba insistiendo con don Fernando de Aragón. E Isabel hablaba con doña Clara:

—No me dejan estar, doña Clara, madrina...

—Has nacido muy alto, Isabel, hija...

—Si mi madre estuviera a mi lado, me aconsejaría.

—La señora está enferma.

—¿Tú crees que la insania le vino de tanto pensar en don Álvaro de Luna?

—Yo creo que vino con ella de Portugal... Yo siempre fui su menina y no voy a engañarte, Isabel, dicen que heredó el alunamiento...

—¿De quién?

—De su abuela...

—Es decir, de mi bisabuela... ¿A mi edad, mi madre había mostrado la maldición?

—Sí... no temas que tú estás muy cuerda...

—Si tengo un hijo podrá heredar la locura...

—¡No lo quiera Dios, niña! ¡No lo mientes! ¡No tientes la suerte...!

—Vivir sin padre ni madre es malo, Clara...

—¡Ea, no pienses en esas cosas...! ¿Qué te dice doña Beatriz en su carta?

—Es muy feliz con Andrés de Cabrera...

—¡Ah, un buen mozo...!

—¡Fíjate, tiene marido y ha tenido padre y madre...!

—¡Tú también has tenido padre y madre y tendrás marido...! ¡Y un rey, además!

—Quiero decir que sus padres han sido buena gente, la han amado y aún viven los dos...

—Tú me tienes a mí y a don Gonzalo y a otros muchos, a todos los que te queremos...

Muchas noches, Leonor y Juana Téllez de Fonseca, cuando su bisabuela empezaba con la cuestión de sus posibles maridos y repasaba los linajes del reino, desechando a tal conde o tal marqués porque había perdido tal plaza a manos de moros o porque su familia había caído en desgracia y su hermana se había casado con un converso para evitar la merma que, de años a esta parte, llevaba su casa, o porque era cobarde o putero en exceso o borracho o jurador, o algo peor, las dos gemelas conseguían cambiar de asunto, entre otras cosas porque no les corría prisa casarse y nunca se habían planteado semejante negocio. Ellas preferían hablar de otros negocios, por ejemplo, de las coincidencias que tenían siendo gemelas. Otro tanto les sucedía a las criadas que, siendo pocas, intervenían también en la conversación, salvo la dicha Angélica, la italiana, que, habiendo cogido recio resfriado, guardaba cama tiempo ha y cada día estaba más enferma y afiebrada.

De la primera infancia de las niñas hablaban Marian y Wafa quitándose la palabra de la boca. De que, apenas nacidas, ya lloraban a la vez, como si se contagiaran y que, por eso, las habían separado de habitación y de piso. Y continuaban con que siempre se habían levantado de la cama a la misma hora, como si la que se despertare primero avisara, sin palabras, a la otra, para estar despiertas y dispuestas a emprender la jornada a la par, como si hubieran de estar haciendo las dos lo mismo: si dormir, dormir, si rezar, rezar, si holgar, holgar, si comer, comer, excepto hablar, que lo hacían una detrás de otra, pues que de otro modo no hubiera sido posible que se

entendieran. Que si regañaban a una, lloraban las dos. Que se avenían con un gesto nimio, con una leve mirada, llegando a una comunión de pensamiento que resultaba como si las dos fueran una, pese a que Leonor era grandota de cuerpo y carigorda de rostro y Juana menuda de todo, pero con las mismas facciones, una en grande y otra en chico, e mostraban su contento... Y terminaban asegurando que, salvo la altura y la anchura, y la mano, que a una le faltaba la derecha y a otra la izquierda, en lo demás eran mismicas en todo.

Y tanta confianza daba doña Gracia a las criadas que una noche, Catalina, la cocinera, idas las niñas y las moras a la cama, se permitió decirle que, si casaba a sus biznietas y las separaba, las niñas habrían de tener amarga vida, que no podrían vivir lejos una de otra. Lo que dio a pensar a la dama, le abrió los ojos y le complicó sobremanera el negocio. Pese a que hubiera podido enfadarse de que una mujer del común le dijera qué debía hacer y qué no, como era anciana y había vivido mucho, bueno y malo, reflexionó. Y se encontró con que no sólo había de buscar dos maridos, sino que había de dar con dos maridos que fueran a su vez hermanos para que los dos hermanos esposos vivieran bajo el mismo techo y las dos gemelas, sus biznietas, también, en la misma casa, so pena de hacerles la vida desgraciada a sus descendientes, en razón de que, siempre unidas, nunca podrían vivir la una sin la otra.

Así que la vieja marquesa todavía lo tuvo más difícil, y eso que había dado voces, y además, estaba dispuesta a aceptar que los posibles candidatos no heredaran el mayorazgo de sus casas, incluso que llevaran poco, conformándose con segundones, pero lo cierto es que se perturbó un tantico. Que, a poco de escuchar las razonables palabras de la cocinera y de reflexionar sobre ellas y hacerlas suyas, comenzó a mover los espejuelos con frenesí y se mostró más torpe de movimientos y menos clara de cabeza.

De la disminución física y mental de la anciana no sólo se apercibieron las criadas y las gemelas, sino que también ella la notó. Y por esa razón, una buena mañana se dispuso a hacer testamento y mandó a Catalina, la cocinera, en busca de un notario.

La anciana, personado el fedatario en la casa de la calle de los Caballeros, tras revolver en un arca viejos pergaminos, desechar unos y apreciar otros, dictó testamento nombrando herederas universales, tanto de los bienes que tenía en Italia —una casa en el corso de la Puerta de Venecia de Milán y una villa a orillas del Tesino— como de los que tenía en Castilla, a Leonor y Juana Téllez de Fonseca, sus biznietas, con derecho de acrecer entre ellas. Separó legados para Angélica, Catalina, Wafa y Marian, dándoles a éstas dos últimas menos por ser moras; y otrosí mandas para que le rezaran misas cada un año el día de su aniversario, para que le constituyeran una capellanía y un altar perpetuo en la catedral de Ávila, entre el altar fino del deán Gómez y el del arcediano Pelayo, y otrosí para que dieran de comer a cien pobres al día siguiente de su fallecimiento.

Por otra parte, dejó escrito y claro que, si alguna vez, Dios no lo quiera, se vendiera la casa solar de la calle de los Caballeros, la que pisaban en aquel momento ella, el notario, sus biznietas, las criadas y los testigos, y apareciera, al hacer derribo o por caerse una pared o un suelo o un tejado, el cofre del rey moro, comúnmente llamado el tesoro de los Téllez, y la mansión tuviere otros dueños, éste sería siempre de Leonor y Juana Téllez de Fonseca y de sus descendientes, a repartir por mitades. E otrosí si el cofre aparecía en Alaejos o en el de Alta Iglesia, que constituían feudo familiar, dado por el rey Alfonso VIII, el de las Navas de Tolosa, pues se reservó el dominio del cofre del tesoro para sus descendientes para siempre jamás.

Al oír lo del tesoro de los Téllez, Leonor, Juana y las criadas se quedaron pasmadas. Claro que Marian, bendito sea Alá, esbozó una amplia sonrisa y dio con el codo a sus compañeras, pues ¿qué no había hablado mil veces del cofre del rey moro y ellas se habían reído?



Para San Blas, María de Abando tenía el corazón alborotado y un saquillo de monedas de oro de buena ley, que a lo menos pesaba dos libras. Para San Juan, ya pesaba cuatro, para San Miguel de septiembre, diez y, ay Jesús, su ánimo andaba mucho más excitado...

Tenía la señora abadesa de las Anas un contador joven, que sustituía a veces al primer administrador, hombre muy anciano ya y demasiado ocupado en el pleito que habían entablado las Gordillas contra la casa. El dicho contador de nombre Mingo, muy galano, alto y garboso, había ido a Marichu para que le adivinara el porvenir con cinco blancas en la mano, y ella había catado en agua de beber para ver lo lejano y dicho lo que era de decir, pues que hay cosas que se callan. Le había explicado por lo menudo lo que había visto: que el dicho Mingo estaba llamado a grandes hazañas — debió cegarse Marichu ante la presencia del mozo, y ver más de lo que había en el agua clara, pues mientras le hablaba no desapareció el arrebol de sus mejillas y le latió fuerte el corazón—, que estaba destinado a servir a los reyes de Castilla, a ser un gran capitán, a conquistar fortalezas y países, a recorrer mares infinitos, a padecer heridas de guerra, no mortales, al revés, acreedoras de grande fortuna; a casarse con mujer rica, perteneciente a uno de los mayores linajes de Ávila, una doncella grandota de cuerpo, más alta que él, más gruesa que él, pero, ay, todo corazón... La moza, pronto esposa, sería buena en la cama, ¿para qué callarlo?, buena paridora y excelente madre... un compendio de virtudes, en fin... Sólo tenía un pequeño defecto físico, una poquedad, que era manca, que le faltaba la mano derecha, nada importante porque se manejaba maravillosamente con la otra, con la izquierda, pese a ser la

izquierda torpe por su natura... Y, él, buen padre... Doce hijos varones tendría de la noble dama, a cual más valiente y hermoso, doce, que lo acompañarían a la conquista de países lejanos y crearían linaje de abolorio: el suyo, el del dicho Mingo...

Oído lo anterior, el tal Mingo interrumpió a la bruja o santa, o lo que fuere, precisamente en el momento en que ésta estaba a punto de revelarle que se trataba de la muy alta y noble señora doña Leonor Téllez de Fonseca, doncella casadera, una de las dos marquesas de Alta Iglesia, perteneciente a un viejo linaje castellano que tenía casa en el recinto murado de Ávila, seguramente con varios portales a la calle e huerta e jardín por la trasera. Y dijo:

—¡Para cuentos, moza —tratándola sin respeto ninguno, cuando las gentes de la ciudad la tenían por santa—, para cuentos! ¡Que soy hijo de un caballero de la abadesa, que sé de números y letras y, después de muchos trabajos, ayudo a su administrador, que es viejo, pero no soy caballero...!

—¡Lo serás, Mingo, lo serás, incluso llegarás a ser rey de una de las tierras que conquistes allende los mares y tu hijo mayor también lo será y el hijo mayor de tu hijo mayor!

—¡Mientes!

—¿Qué gano con engañarte?

—De momento cinco blancas...

—¡Toma tus cinco blancas, demontre!

—¡Ah, la moza, gallea!

—¡La moza no fanfarronea, vete que no te quiero aquí...!

—¡Quita allá, bellaca!

—¡Te estoy haciendo rey por casi nada...! ¿Así me pagas...? ¡Vete en buena hora!

E fuese el joven, bastante aturdido.

E Marichu quedóse un tantico airada en razón de que le había dado un mundo de glorias y maravillas al tal Mingo por cinco miserables blancas y el muy necio lo había rechazado, pues allá él. Pero, ay, que continuó catando en el agua el porvenir de su cliente e, de repente, observó que la esposa vista no era doña Leonor Téllez de Fonseca, la marquesa manca, sino —ay, ¡Dama de Amboto!— que se había ofuscado y era ella misma. Era Marichu de Abando, con sus dos manos... Y, en efecto, buscó en su talego y sacó un trozo de espejo e contempló su rostro, ora en el cristal, ora en el agua, y sí, sí, no le cupo duda, era ella... Y se conturbó mucho más e, resolviendo quitarse al hombre de la cabeza, se ocupó a coser un cinturón para colgar los diez saquetes de oro que había acumulado durante su ya larga estadía en la ermita del Santo Cristo de la Luz, y llevarlos así ocultos en la cintura, bajo la saya, para no dejar su tesoro en el hueco que había descubierto entre la pared y el ara del altar, cuando saliera a sus laboreos.

Y en esas estaba, recriminándose por haber catado tan mal, pero le venía la imagen del muchacho a la mente y no se la podía quitar e, vaya, además, le latía apresurado el corazón.

El caso es que, a la atardecida, el mozo volvió. Que no se concentraba en su tarea y le salieron mal las cuentas e, ya fuera por las muchas glorias que le había prometido la «santa», ya fuera porque se le puso tieso el miembro viril, o acaso le llamara el amor, como no sosegó, volvió a la ermita con lindas palabras en la boca, como buen galán.

A Marichu, que hubiera podido hacer un encanto al hombre y mandarlo a correr las aventuranzas que le había pronosticado con sólo pronunciar unas cuantas palabras, al oírlo le advino hartos miedos, quizá porque nunca había oído lisonjas tan bellas, dichas tan cerca además. Sin embargo, se mostró prudente y no le abrió la puerta ni se acercó a la reja ni respondió a sus voces. A Mingo sólo le contestó el perro que le ladró, y fuese otra vez, no sólo aturdido, sino también desairado.

Y allá él.

Le venía a la princesa Isabel el arzobispo de Lisboa con embajada del rey don Alfonso para pedirla por mujer, trayéndole muy buenos regalos: un anillo de rubíes, el evangelario del rey don Dionís, un manto que en tiempos fuera de su abuela materna, dos esclavos negros muy fornidos para que le llevaran las andas, y más, y ella lo sentaba a su mesa y hablaba en buen portugués de todo menos de su matrimonio. Porque había aprendido a manejarse en la Corte y ya no era la niña pacata que se ruborizaba por nada y sufría las impertinencias de las meninas de doña Juana y de la propia reina. Ahora había madurado y sabía estar. Crecida en su puesto, conocedora de su responsabilidad, sabedora de que estaba llamada a poner orden en los reinos de su señor hermano —pues que él holgaba y holgaba, como irresponsable que era—, había ganado aplomo y estaba aprendiendo a acallar a sus visitantes que la veían moza y la hubieran querido traer y llevar.

Por eso al arzobispo de Lisboa le hablaba de todo menos de su matrimonio. Quería saber de los pueblos negros que poblaban la tierra ribereña del golfo de Guinea; de lo que hizo y estudió el infante don Enrique, dicho, con motivo, el Navegante, o de la conquista de la ciudad de Lisboa por el antiguo rey Alfonso Enríquez, mediado el siglo oncenos; y a la Edad de la Piedra se hubiera remontado. El hombre se dejaba ir, pues era parlero, a más que Isabel había ordenado al escanciador de vinos, uno de sus maestresalas, que nunca el clérigo tuviere la copa vacía. Y, entre lo hablador que era por su natural e más que se embalaba con el vino, de platicar del señor don Alfonso, apenas, salvo que era hombre de prendas. Eso era lo que pretendía doña Isabel, pues no le placía el portugués, debido a ser viudo y tener un hijo que había sido proclamado sucesor y que, salvo que el Señor lo llamara a mejor vida, heredaría el vecino reino.

Otro tanto hacía con el embajador del rey Luis de Francia que, empezando a platicar de que el casamiento hubiera holgado al fallecido rey Carlos, Dios lo tenga con Él, ella le cortaba preguntándole por la hermosa ciudad de París. Máxime porque tenía oído que los franceses lo que querían era que Castilla saliera de la liga que tenía con Inglaterra y, vive Dios, porque don Carlos, su pretendiente, era hombre enfermizo y desgarbado, de piernas flacas y, en otro orden de cosas, afeminado, dicho en lenguaje vulgar: maricón. Y otro más no, no era cuestión de traer otro más, pues se oía en la Corte que en Castilla ya había suficientes: el rey Enrique y toda su pandilla de culeros, que entraban con una mano delante y otra detrás a su servicio y salían ricos.

Y así las cosas, se enfrentaba solapadamente a su hermano, el rey, que tenía empeño en maridarla con el soberano de Portugal, y a la Beltraneja con el infante Juan, el hijo y heredero del rey de aquellos reinos, y se lo mandaba decir.

Cuando lograba un momento de soledad, Isabel recordaba el friso de retratos de los soberanos de Castilla que adornan el salón de reyes del Alcázar de Segovia y recitaba de memoria los nombres de las cinco únicas reinas que había habido en la historia de Castilla y León: Ormisenda I, Ufenda II, Sancha III, Urraca IV y Berenguela V.

De Ormisenda y Ufenda no había leyenda, de las otras sí.

De Sancha decía: «Reina propietaria y emperatriz y religiosísima, hija del rey Alfonso V. Revalidó el heredar las infantas destes reinos, reinando en León el rey don Fernando su marido, emperador. Muerta en León a 13 diciembre de 1068».

De Urraca: «Reina propietaria destes reinos y emperatriz, hija del rey don Alfonso VI, emperador. Hubo de don Ramón de Borgoña, conde de Galicia, su primer marido, al infante don Alfonso, y sin sucesor del emperador. Muerta el 7 diciembre de 1130 y fue enterrada en San Isidoro de León».

De Berenguela: «Reina y propietaria destes reinos, hija del rey don Alfonso IX y mujer del rey don Alfonso X, excelente princesa, renunciándolos luego que los heredó, en el infante don Fernando, su hijo mayor, con rarísimo ejemplo. Muerta en el año de 1244 con gran religión. Enterróse en las Huelgas de Burgos».

Y, pese a que sabía que allí había inexactitudes, entre otras que doña Berenguela no maridó con don Alfonso X sino con don Alfonso IX, echaba sus cuentas: desde el 711, fecha de la invasión musulmana —¡púdrase el profeta Mahoma en el infierno!—, hasta el año en curso de 1469, habían habido cinco reinas en setecientos cincuenta y ocho años. Dividiendo, resultaba una reina cada ciento cincuenta años, habiendo transcurrido desde el fallecimiento de doña Berenguela doscientos veinticinco, tiempo más que suficiente para que anduviera más que perdida en el reino la costumbre de obedecer a una mujer, a más que, leyendo al pie de la letra, podía deducirse que doña Berenguela no había reinado, pues abdicó en su hijo. Por ello la princesa retrocedía hasta doña Urraca y, de consecuente, había de dividir otra vez para llegar a los años en los que los castellanos no habían sido gobernados por una mujer, obteniendo en el cociente la cifra de tres siglos y treinta y nueve años, es decir, casi una eternidad. Y, vive Dios, considerando que según el arzobispo Rodrigo de Toledo, en la Historia de los hechos de España a Urraca la habían obedecido pocos y no siempre, en sus diecisiete años de reinado; como además doña Sancha había dejado el gobierno de León en manos de su esposo, hubiera sido preciso que se remontara a las desconocidas Ufenda y Ormisenda, de las que nada se sabía, salvo el nombre, de donde se podía colegir que hicieron poco. En efecto, de aquellos lejanos tiempos se sabía de reyes, de hombres que habían derrotado a los moros y habían sido buenos y malos monarcas pero de ellas nada, excepto el nombre... Ante tanta oscuridad o ante aquellas mujeres que habían delegado en la espada del esposo, Isabel se preguntaba qué esperaba el arzobispo de Toledo de ella... E le venía

angustia cuando leía al antiguo primado de la sede toledana hablando de la licenciosa vida de la reina Urraca y sus amores adulterinos con un dicho conde de Lara, que poco tenían que envidiar a los de la reina Juana.

E con semejante lista de reinas, unas desconocidas, otras dando a sus esposos o hijos lo que no se da, y otra, Urraca, haciendo lo que no se debe, ¿qué porvenir le esperaba cuando finara su señor hermano y heredara los reinos? ¿Obedecerían los hombres, principales y menudos, a una mujer?



Doña Gracia Téllez habló a sus biznietas del cofre del rey moro con toda naturalidad, como si fuera cosa sabida, como si todos los moradores del palacio de la calle de los Caballeros hubieren de conocer la historia de don Tello Téllez, el primero del linaje, y un tal Alí, el rey moro, el propietario de un tesoro ingente, de un cofre lleno de oro fino o de perlas de buen Oriente o de piedras preciosas o quién sabe de qué.

—El dicho Tello Téllez recibió del dicho don Alí un arca grande y muy aherrojada —comentaba la anciana—, pues el moro fue uno de los esclavos que le cayeron en suerte en el reparto de cautivos que siguió a la batalla de las Navas de Tolosa, felizmente ganada por los reyes cristianos en el año de gracia de 1212. Que, habiéndole dicho el sarraceno que era hombre de noble linaje beréber y que le abonaría el rescate que le pidiese, y si no le ponía monto, lo que a él le pluguere: un cofre precioso, lleno de lo que contenga, vayan sus mercedes a saber si oro o si plata o alguna otra preciosidad, don Tello lo liberó fiándose de su palabra... Una vez libre, cumplió don Alí con el trato, pues que eran tiempos en que los caballeros observaban la palabra dada, y le envió de la Mauritania una arca repujada de cordobán, una maravilla, al parecer.

»Pero don Tello siquiera la abrió. Conmovido por los muchos muertos de la batalla y viudo, decidió abandonar las vanidades del mundo y hacer penitencia por los pecados de los que habían muerto en el sangriento combate, en el cual había participado con arrojo, llegando a portar incluso el estandarte del glorioso rey Alfonso VIII, y por los que habían resultado vivos, para de ese modo mover al Altísimo a la piedad y a arrancar del corazón de los hombres el hecho y hasta el pensamiento de hacer la guerra, pues que él no era amante de batallas, y hasta quiso guardar la vida del soberano y le estorbó el paso de su caballo con el suyo en lo más encarnizado del combate...

»Y eso, yendo don Tello de Alaejos a Alta Iglesia y de Alta Iglesia a Ávila, azotándose las espaldas, reprimiendo la curiosidad sobre el contenido del arca, siempre con ella a todas partes, antes de morir la mandó enterrar u ocultar para que

sus hijos, que no le alcanzaban en nobleza a las correas de sus sandalias, no la encontrarán, como así fue.

»Se buscó el cofre del moro Alí por todas las casas que tenemos, niñas, se revolvió en ellas cielo y tierra. Los hijos de don Tello lo hicieron, mi señora madre, también, y otros muchos, sin encontrar nada...

»Cuando murió mi segundo marido, que era *condottiere*, es decir capitán, y un excelente artillero... ¡Chiss, no interrumpán, sus mercedes, que les explicaré todo... No me hagan perder el hilo que tengo la cabeza asaz revuelta...!

»Decía, hijas mías, que, cuando falleció mi segundo marido, un gran personaje al que amé con todos mis sentidos, e ya hablaré de él en otra ocasión, a punto estuve de no vender a su segundo, a su teniente, la artillería, y de venirme a Castilla para derribar con ella nuestras casas y encontrar de una vez el arca del moro, nada más fuera para satisfacer esa curiosidad secular que ha estado latente en la mente de tantas y tantas generaciones de nuestra familia... Pero como había de traer mucho equipaje, me vino pereza, y la vendí...

»Ah, estoy fatigada, me retiro, y vuestas señorías, también, continuaremos mañana...

—¡Abuela, abuela, en nuestra niñez se perdió el castillo de Alta Iglesia! —decía Juana, apesurada.

—¡Abuela, abuela, yo encontraré el cofre del rey moro! —alzaba la voz Leonor.

—Ya os decía yo que había un tesoro y nadie me creía —comentaba Marian en voz alta.

—¡Ea, ténganse las niñas, que es hora de descansar...! —ordenaba doña Gracia, divertida.

Y, naturalmente, las niñas no podían descansar. Pasaban toda la noche discurrendo sobre qué podía guardar el arca del sarraceno, imaginando los fuertes muros de los castillos de Alaejos y Alta Iglesia, levantando piedras, tirando paredes, revolviendo el polvo, haciéndose cruces de que un moro tuviera palabra de honor, denostando a don Tello Téllez, diciendo que había sido necio y, ay, preguntándose cómo se había llegado a saber lo del tesoro si el primer Téllez no había dicho nada siquiera a sus hijos...



La María de Abando dejó de pensar en la dueña del cuenco de leche, en la Dama de Amboto y en Santa María Virgen, porque se enamoró de Mingo. El Mingo también se enamoró de María de Abando... E una noche fría y oscura, la dicha moza, que había estado rechazando al joven de continuo, no le abrió la puerta de la iglesuela del Señor

Cristo, no, pues que hubiera considerado irrespetuoso escuchar requiebros en aquel santo lugar, no. Lo que hizo fue dejar encerrado al perro y salió ella. Le dio la mano al mozo, lo condujo bajo la alta tapia de la huerta de las Gordillas, lo miró a los ojos con arrobo, lo que no hace mujer honrada, y le besó en la boca.

Y él se dejó llevar, se dejó querer. Es más, se holgó de que la moza rompiera su estupefacción con besos de amor. Al rato, notando el crepitar de una llama en sus partes de varón, empezó a manosearla, como no se hace con mujer honrada. E la María, que era hija de quien era y que no era honrada, a más que olvidó los consejos recibidos de sus madres, al parecer, se dejó hacer.

Oyó la voz del hombre, sintió su lengua en el lóbulo de la oreja y dentro de su boca como una sierpe, y una cosa dura apretándole sus partes femeninas, e se dejó tender en la tierra y levantar las sayas. E, más necia incluso que su difunta madre, pues no tenía palabra de matrimonio del sujeto que se iba a llevar su doncellez, se dejó introducir el miembro, quizá porque también tenía una hoguera en sus entrañas que no supo reprimir, atontada como no lo había estado. Y el Mingo, viendo camino, entró en ella violentamente, haciéndole gritar y causándole gran dolor, a más que le anduvo un tiempo, poco, en sus interiores.

Hecho lo hecho, el hombre echó a correr como alma que lleva el diablo, tal vez por haber desflorado a una moza a la vera de un lugar santificado, en la tapia de las monjas, a escasos pasos de la ermita del Santo Cristo de la Luz, o avergonzado por lo mal que lo había hecho, que a la Mari se le escapó un grito de dolor. Y recriminándose su violencia.

Hecho lo hecho, entre las diez y las once, María se incorporó, observó su propia sangre en las enaguas, se subió las bragas, se bajó las sayas y echó a caminar hacia la ermita, su casa. E no la recorrió un escalofrío ni le vinieron terrores, como suele suceder a las doncellas que, inocentes o engañadas, caen en las trampas que les preparan los varones, ni se disculpó consigo misma ni pretendió echarle la culpa al otro y convertirse en víctima, como suele ocurrir a las mozas que se han dejado hacer gustosamente y han de justificarse ante sus padres o parientes, no. Porque había visto yacer a hombres con mujeres en las campas vascongadas, después de los aquelarres, bien untados de la poción mágica que preparaban las sortiñas, refocilando en los prados con frenesí, como tenidas del demonio las parejas, durante rato además. No como lo que le había hecho el Mingo, con violencia por no saber contenerse, pero visto y no visto, lo mejor que pudo sucederle siendo la primera vez. Y como no había recibido el bautismo ni otros sacramentos ni había sido educada en la doctrina cristiana, porque sus madres fueron brujas y no habían tratado nunca con religiosos, aunque la habían prevenido contra el hecho de darse a un varón siendo joven y sin tomar precauciones, se entregó porque le ardían las entrañas, y no lo estimó ni bueno ni malo, sino propio de su edad y de la del mozo. Natural, decía que natural,

pensando que los hombres se ayuntan con mujeres en la pubertad, mismamente como los animales. Natural, decía, pero se le presentaba la imagen de María de Ataún, la que más le había insistido contra los hombres —sus razones tendría—, diciéndole:

—Si te ayuntas con varón, parirás un diablo... Ten tiento con lo que haces... que las brujas no debemos tener hijos...

Y un estremecimiento la recorrió toda. A más, que, entrando en su casa, en la ermita, no pudo soportar la mirada que le dirigió el Santo Cristo de la Luz, e bajó la vista, avergonzada. Pese a ello, se dispuso a dormir, pero hubo de darle la espalda a la imagen, pues, sucediera o lo imaginara, el caso es que el Señor estuvo clavándole dos ojos como dos puñales en la espalda durante toda la noche. Y, además, sucediera o lo imaginara, resultó que a la amanecida, después de mucho tiempo esperándola, se presentó la dama enlutada, la que estaba esperando iba para un año y, vaya, que entró, se santiguó y salió rauda, y no le llevó el cuenco de leche al Cristo ni a ella la miró a la cara. Trajo las manos vacías y fuese sin rezar una oración, aunque seguro que se presentó no por casualidad, sino para recriminarle su acción mala.

Y María, carilarga y compungida, porque había pasado mala noche y tenía ojeras y mala conciencia, en razón de que la conciencia existe hasta en los que no creen en ella y es como un gusano que corroe el estómago, tesonero por demás, apenas se fue la dama, se llegó a una fuente cercana y se lavó muy bien sus partes de mujer. Y, sin saber si estaba o no preñada, creyéndose despreciada por el Cristo que se lo había estado echando a la cara durante toda la noche, como quiera que además resonaban en sus oídos las palabras de María de Ataún, salió al monte a buscar menta. E no la encontró por aquella parte, con lo cual tuvo que desplazarse a Ávila y andar por los puestos del Mercado Chico y por los del Mercado Grande, preguntando, y pidiendo a la par otras yerbas para disimular lo que llevaba pensado hacer.

Tras abonar a un herbolario lo que le pedía por tres ramitas de menta todavía frescas y olorosas, tornó a su casa y largó a la parroquia que la estaba esperando con la excusa de que estaba enferma. Se entró en el bosquecillo, puso agua a hervir en un perol, echó las ramas, un chorro cumplido de vinagre y ocho cucharadas de miel colmadas, lo dejó a orear cuatro días y cuatro noches y, al quinto, se lo aplicó dos veces en sus partes de mujer, Dios lo perdone. Una jornada más tarde, se encontró un cuajo rojizo en las bragas con otras inmundicias y abundante sangre.

Doña Isabel, princesa heredera de Castilla, León, etcétera, despidió a los embajadores de Francia y Portugal y envió a los suyos al rey don Juan de Aragón que, aunque muy anciano y casi ciego, mantenía cordura suficiente para entender la bondad del matrimonio de su hijo con la señora princesa. Los remitió con manda de que negociaran presto con don Fernando, a la sazón rey de Sicilia y heredero de los dominios de su señor padre. Despachó a Gutierre de Cárdenas y a otro con priesas — se llegó a decir que ella misma les aparejó los caballos, lo que es falso—, en razón de que don Enrique, el cuarto, se había amigado de nuevo con la reina Juana y a saber si llevaba en aquella sesera hueca que tenía la idea de nombrar otra vez heredera de los sus reinos a la Beltraneja —que, ciertamente, no tenía culpa de ser bastarda, pero lo era—, en detrimento de su hermana.

Así las cosas, fue menester actuar. Por eso mandó a sus apoderados a Cervera, villa sita en el principado de Cataluña, para que tuvieran vistas y hablas con los representantes del señor don Juan que, como buen castellano de nacimiento, estaba por el matrimonio.

Ella se quedó con enorme disgusto, pues en los últimos tiempos se había acostumbrado a ser princesa heredera y, en virtud de las veleidades de su hermano, cualquier día podría dejar de serlo y lloró en brazos de doña Clara como hacía tiempo que no lloraba. Es más, no sólo lloró sino que cogió una rabieta y empezó a repartir venganza, de boca, que otra cosa no podía hacer, y hasta su capellán hubo de recriminarla. Humano es, pero se dejó llevar de los nervios. La que había conseguido ser digna princesa, dando su mano a besar con mucha majestad, andando con porte de reina, recibiendo a nobles y obispos extranjeros y hasta resolviendo pleitos, pues muchas gentes del común acudían a ella, haciendo y deshaciendo sin guardar un ápice de reconcomio en su corazón, perdió los estribos, y ni doña Clara ni Chacón lo pudieron tapar. El hecho fue motivo de chanza en la corte de don Enrique, que consintió que su hermanastra anduviera en boca de sus bufones.

Isabel se encorajinó, más que con el rey, consigo misma. Se adujo que no había respondido con dignidad, y para domeñar su propia carne, débil y rezumante de humores como la de cualquier nacido, siguiendo las instrucciones de su confesor, se aplicó un cilicio en el brazo que no se quitó hasta el día de su boda. Así que, mientras sus embajadores discutían el papel que habría de tener Fernando y el que había de tener Isabel, después de heredar el reino, cuando podía haber otra heredera, la dicha Beltraneja, cuyo matrimonio se había ajustado con el rey de Portugal, ella se azotaba las espaldas con un trapo, que no con un verduguillo, no fuera a quedarle marca. Y sufría, sufría harto, de los golpes, del cilicio que le abría la carne, y eso que se lo había puesto en un lugar, en el antebrazo, que no tiene utilidad, en teoría, a más que

el hierro carecía de pinchos por fuera, sólo los tenía por dentro, no fuera a lastimarle la teta. Pero, vaya, es menester padecer el hierro para saber cuan útil es el antebrazo e cuánto se mueve e cuánto se necesita.

Le mandaban noticia los embajadores de que don Fernando quería ser rey de Castilla y hasta emperador al finar don Enrique. Al parecer, no se conformaba con ser rey de Sicilia, y de Aragón al final de los días de don Juan, sino que quería títulos y señoríos y tierras y hacer y deshacer y capitanear la guerra contra los moros, y llegarse hasta Constantinopla para expulsar al sultán otomano y conquistar Jerusalén por el oeste, y terminar sus guerras con Francia e con los payeses de las remensas e las gentes de la ciudades catalanas. Pedía ser rey único, firmar órdenes y pragmáticas, a más de tener dineros para armar ejércitos, hombres y rentas propias...

Eso durante varias semanas, que una buena mañana don Fernando alegó, por boca de sus delegados, que tenía derechos sobre el trono de Castilla por ser hijo de don Juan, rey que fue de Navarra y rey que era de Aragón, a más de uno de los infantes hijos de don Fernando de Antequera, los parientes varones más próximos de don Enrique.

El Pierres de Peralta y otro, los representantes de don Juan, hablaban de la ley sálica, y Gutierre de Cárdenas y otro, los de doña Isabel, respondían que esa ley nunca tuvo vigencia en Castilla pues siquiera figuraba en los antiguos fueros de Laín Calvo y Nuño Rasura, a la par que les aclaraban que en Castilla hubo jueces antes de condes y reyes. Y les nombraban a las antiguas reinas, a Ormisenda, Ufenda, Sancha y Berenguela, dejando sin mencionar a Urraca adrede —pues que tenía harta mala fama—, asegurando que las cuatro habían sido reinas propietarias.

Entonces los aragoneses les desdecían, demostrando que Sancha y Berenguela delegaron la regia potestad en su marido e hijo, respectivamente y, acto seguido, echaban sobre la mesa el nombre de Urraca y hablaban del desastroso matrimonio y de los disgustos que padeció su rey don Alfonso I, dicho el Batallador, por casar con una mujer, una víbora en la cama, tan ambiciosa que no le cedió el imperio, que, en puridad, no puede haber dos reyes. Y pretendían que la señora princesa cediera de sus atribuciones, pues que don Fernando no habría de ser un simple rey consorte.

Entonces, los castellanos les echaban a la cara que a saber si don Fernando sería rey algún día, pues los catalanes habían pretendido dar la corona aragonesa al condestable don Pedro de Portugal, a don Enrique IV de Castilla y, en aquel momento, estaban por el duque Renato de Anjou. Y añadían que bastante cedía la princesa sin saberlo siquiera, que ellos, y otros muchos, habían guardado silencio de ciertos vicios que adornaban a don Fernando.

E los otros se levantaban airados, dispuestos a retornar sin haber firmado las capitulaciones pero, como eran curiosos, preguntaban qué vicios adornaban a don Fernando, que no había hombre más valiente ni mejor ni más piadoso e buen cristiano

e amigo e caballero en toda la tierra de Dios, y los otros respondían que era putero, pues ¿acaso no tenía un hijo de una dama catalana llamada Aldonza?

Los aragoneses reían, y le quitaban importancia a los negocios de la cama, aduciendo que su señor era hombre... Y, en efecto, nada tenían que explicar a los castellanos, que de sobra sabían lo que siente un hombre ante una mujer.

Cuando Isabel se enteró de que don Fernando, a los diecisiete años, tenía no un hijo bastardo, sino dos, volvió a llorar. Esta vez en el pecho de doña Clara, porque no en vano era ya mujer cornuda, y cornuda antes de maridar. Pero la dama, tajante, le dijo que no, que para ser cornuda la mujer había de estar casada, pues de otro modo no lo era, y que don Fernando se rendiría ante sus muchas prendas y siquiera miraría a otras mujeres.



Las moradoras de casa de la calle de los Caballeros vivían en estado de excitación. Por el cofre del rey moro, que, de repente, no sólo había existido, sino que, habiendo sido buscado reiteradamente y no siendo hallado, a la sazón permanecía en una de las casas de las Téllez.

Tal había expresado y dejado por escrito doña Gracia en su testamento, reservándose el dominio del tesoro para ella y sus descendientes. Y, pese a ello, pese a las precauciones que había tomado al testimoniar sus últimas voluntades —cautela que no había tomado ninguno de sus antepasados hasta la fecha—, no había cogido la piqueta, hecho más que comprensible porque era ancianísima, pero tampoco se había puesto a dirigir la operación de búsqueda ni dispuesto tal o cual, ni dado consejos, ni dicho palabra alguna. Se estaba sentada en el sillón de su aposento, al calor de la chimenea e más de una vez rascándose los sabañones, que el invierno había llegado temprano a las tierras de Ávila, y se limitaba, con los espejuelos a la mano, a sufrir los golpes de la piqueta de Marian, la buscadora más entusiasta, la que hablara mil veces del tesoro de los Téllez, y las de las niñas, ¡niñas!, mozas casaderas, mujeres de dieciocho años, hechas y derechas, cuyo empecinamiento no sólo le producía dolor de oídos sino tontera de cabeza.

E si doña Gracia salía de su soñera, era para mover la cabeza en señal de desaprobación, para asegurar que el tesoro aparecería cuando pluguiera a Dios, pero no antes, y que tal vez Leonor o Juana un buen día lo encontraran, o si no ellas los hijos de sus hijos o los hijos de sus tataranietos. Cuando sus biznietas le preguntaban si creía en la existencia del tesoro, movía la cabeza diciendo que no, pese a haberse reservado el dominio del mismo, e hablaba de varios antepasados que se habían dejado buena parte de su vida en la búsqueda infructuosa del cofre del rey moro.

Pero las trabajadoras de la casa de la calle de los Caballeros, que mismamente parecían picapedreras, no le prestaban la menor atención: las dos mancas y las tres criadas pusieron un pañuelo en la cabeza y, arremangadas las sayas, andaban piqueta en mano tanteando el suelo y las paredes, plon, plon, cada media vara, por ver si sonaba a hueco. Catalina —que tampoco creía mucho en el negocio del tesoro— largábase a la cocina en cuanto le era posible, pero Marian destrozaba baldosas y Leonor arremetía contra paredes, pues eran las más aplicadas. Y lo que decía la cocinera, que menos mal que habían empezado en las bodegas, que de otro modo ya hubieran estropeado los aposentos de la casa, y hacía votos para que se fatigaran antes de llegar a los pisos.

Pero no se cansaban, no. Quia, cada día se levantaban más dispuestas, más industriosas, y eso que la bisabuela hablaba de una tal doña Urraca, hija, nieta, biznieta o tataranieta, de don Tello, el cabeza del linaje, el del cofre, que se había dejado la vida en la búsqueda del tesoro. No en la casa de Ávila, no, sino en el castillo de Alta Iglesia, pues que empezó como ellas, como Leonor y Juana, por las bodegas, allí mazmorras, con todos sus criados, con muchas velas, como ellas, e tuvo mala suerte, pues se le prendió el vestido. La ropa le abrasó el cabello, e murió de las quemaduras, toda desfigurada de rostro. E rogaba a sus biznietas que mantuvieran las candelas lejos de sí. E se extendía con un tal don Alvar que, llamado por la codicia, derruyó las paredes internas del dicho castillo dejando sólo los muros de la fortaleza, e que le cayó un larguero en la cabeza matándolo... E les avisaba del mal que podía causarles una simple vela e rezongaba que la avaricia no es buena compañera. E ítem que si con la piqueta no se había encontrado nada en siglos y siglos de leyenda o existencia de cofre del rey moro, vaya su merced a saber, tai vez debiera ponerse el ingenio de los Téllez a trabajar por ver si lo encontraban de otra manera.

Pero sus nietas no le prestaban atención, y por no escuchar sus advertencias no oían lo del ingenio, lo de desterrar la piqueta, que hubiera podido resultarles de utilidad. Mucho menos escuchaban cuando les preguntaba si estaban dispuestas a casarse con títulos cuyas casas solariegas estuvieran situadas lejos de Ávila; y hablaba de unos andaluces de Sevilla, de dos hermanos de la casa de Medina Sidonia, muy valientes y arrojados, que tan pronto sujetaban al moro en las sierras del sur, como a los portugueses en la línea del Guadiana. Dos hermanos que le había recomendado el obispo de Ávila, tiempo ha. Quedaba por saber cuál sería su actual estado civil, pues que ella no podía recibir a nadie, no fuera a correrse por la ciudad lo del tesoro del moro y peor fuera.

Y es que, salvo Catalina que le hablaba y le llevaba la comida a su aposento, era como si viviera sola en aquel caserón, pues Angélica continuaba enferma, cada día más enferma, y sus biznietas y las moras se iban a la cama antes de ponerse el sol para levantarse al día siguiente con fuerza renovadas y proseguir la excavación con

mayor ardor si cabe.



María de Abando no se arrepintió de haber yacido con varón ni de abortar un posible diablo o diablesa, pero perdió en buena medida su alegría, e ya no trataba a los pacientes con afabilidad, ni les deseaba salud de balde; es más, se mostraba taciturna, y al Mingo de los mil diablos no quería verlo.

Y eso que no podía impedir —falso, porque hubiera podido haciéndole un encanto— que el mozo se presentara cada noche, entre las nueve y las diez, con palabras lisonjeras, dispuesto a llevarla en brazos a la tapia de las Gordillas. Ella azuzaba al perro para que le ladrara hasta que el tipo, cansado, se largaba después de ponerla como hoja de perejil, ofendiéndola, porque puta no era.

No era puta pues, de serlo, estaría en los Tres Cantos con un ramo de romero en la mano, llamando al personal, no a gritos, aunque había meretrices bullidoras que tal hacían, pero sí enseñando el ramo como todas. Cierto, ah, que el Señor Santo Cristo desviaba a posta la mirada cuando ella entraba en la ermitilla y, sin embargo, cuando pretendía dormir, continuaba clavándole los ojos como puñales en la espalda haciéndole pasar en vela noches enteras, y la dama del cuenco no le había llevado más leche. Todo un año esperando el regalo de la desconocida e, vaya, que la señora se presentó en día señalado, pero en mal día: en el que perdió su virginidad, que sólo se pierde una vez. Y por eso ella no estaba para visitas en aquel momento ni menos para tan esperada visita y la dejó entrar y salir e irse, como si de una lagartija de treatre. Cierto que otra vez la esperaba...

E siempre esperando e desesperando...

La hermana Miguela le preguntaba qué le sucedía y rezongaba, queriendo atarle corto, que andaba muy suelta, insistiéndole que durmiera en la alberguería del convento, pero María, que era rebelde, se negaba y se quedaba en la iglesuela, en su casa, esperando y desesperando, por el Mingo y por la dama enlutada, y andaba amohinada.

E la parroquia se le iba... Una mujer se marchó a causa de su malhumor. Iba a que le hiciera cirugía en un uñero e fuese con él, pues lo que adujo, que si la sanadora le quitaba el pus, podían entrarle por la herida los malos humores, que son de temer, y dejarla peor. Y, ¡qué gentes...! Además, el Mingo, una alhaja, haciéndole propuestas deshonestas, ofreciéndole irse juntos a Andalucía con lo que tenía ella y lo que él pudiera robarle a la abadesa, para instalarse en Sevilla y ajustarse él con un caballero para llevarle la administración de su hacienda, y ella a holgar, a ser servida por criadas... E insistía en que sabía mucho de cuentas, asientos, préstamos, empeños y

hasta sabía rellenar pagarés y letras de cambio...

Y ella, ay, que no había dejado de quererle, pese a que la violentó y le hizo daño. Pero lo rechazaba, lo despedía porque el Cristo de la Luz se había dolido de que se ayuntara con él en unión sin bendecir, que no había más que verle la cara que traía, amarga de lo más, desde aquella noche sin luna. Porque si volvía cohabitar con él tal vez pariría un demonio y porque no podía marcharse sin conocer a la dama del cuenco, que se le había metido en la mollera.

—Vete, enhorabuena, Mingo, búscate a otra mujer...

—¡Recontra, Marichu, yo te quiero a ti!

—Yo soy hembra pública, Mingo...

—No, no Marichu, no... Tú eres mi mujer...

—¡Falso, Mingo, no me has pedido en matrimonio!

—No tienes padre ni madre, no tengo a quién pedirte.

—¡Pídeme a mí, Mingo!

—¿Te quieres casar conmigo y venirte a Andalucía a hacer fortuna?

—¡Sí!

—Bueno... Ahora, abre y vamos a la tapia...

—¡No, Mingo, no!

—¡Vamos, pardiez!

—¡No! ¡El Cristo me mira mal desde que me ayunté contigo!

—¡Será puta! —se iba rezongando el mozo.

Firmadas las capitulaciones matrimoniales de la princesa Isabel de Castilla y del rey Fernando de Sicilia, en el mes de marzo de 1469, no se terminaron los problemas. Es más, los aragoneses, a su despecho, hubieron de dilatar las bodas en razón de que no tenían un cuarto, pues empleaban todos los dineros que les entregaban los jurados de los reinos, siempre a regañadientes, en la guerra contra el rey Luis de Francia, tratando de recuperar los condados del Rosellón y la Cerdaña que, tiempo ha, el rey don Juan había trocado con el fallecido rey Carlos a cambio de tropas para combatir a las remensas.

Isabel, amenazada por su hermano por no haberse querido casar con el rey de Portugal, cercada por Pacheco en Ocaña, acosada por los que querían imponerle matrimonio por la fuerza y aconsejada por los de su casa, mandó decir a don Enrique que iba a casar con Fernando, y a éste le envió una carta pidiéndole que le ordenara lo que quisiera que hiciera, asegurándole que lo haría. Si para celebrar la boda se personaba ella en Aragón o si venía él a Castilla, a la villa de Valladolid, a donde se dirigiría ella a toda priesa, acompañada del arzobispo de Toledo con trescientas lanzas. Pero el aragonés se demoraba y, desde la firma de los capítulos en marzo, habían transcurrido seis meses y, habiendo dicho que venía a Castilla, todavía no se había presentado.

El arzobispo Carrillo bien sabía qué sucedía: que los aragoneses no tenían dinero para pagar la boda, y que andaba don Fernando tratando de rescatar un preciado collar de rubíes que tenía empeñado con los jurados de la ciudad de Valencia que, yaya, aceptaban un estipendio de sólo 10 000 florines por tornárselo para que fuera el regalo de bodas de la princesa castellana, aunque fue harto trabajosa la negociación. Y que, además, andaba pidiendo subsidios a aragoneses y valencianos —quia pidiendo—, rogándoles; e ítem más, al papa de Roma, solicitándole dispensa que validara el matrimonio pues que los novios eran primos. Y el clérigo le decía a doña Isabel que él ya tenía resuelto lo de la bula pero no se la quería enseñar. Con lo cual, la princesa se maliciaba alguna cosa, alguna cosa mala, y hasta se veía desflorada, preñada y sin dispensa, es decir, con un casamiento inválido, excomulgada y con un hijo bastardo del rey de Sicilia, e angustias le venían. Hacía votos para que el rey su hermano anduviera mucho tiempo más por Andalucía metiendo en vereda a las ciudades revoltosas y haciendo la guerra al moro, para que estuviera entretenido y no la encerrara en un castillo para siempre, que ya padecía de la ira y la inquina que le tenían algunos servidores de don Enrique, sobre todo la del marqués de Villena que, habiendo reunido Cortes en Ocaña, las disolvió por orden real sin que le hubieran prestado juramento a Isabel, como princesa heredera, con lo cual la doncella podía considerar nulos los acuerdos de los Toros de Guisando.

Isabel, que necesitaba un marido con mucha premura, envió a don Pedro de la Cavallería —uno de sus secretarios— y a don Alonso de Palencia —uno de los cronistas oficiales—, a buscar a su prometido con el ruego de que entrara en Castilla de tapado, con dineros o sin dineros, con joya o sin joya, vestido de estameña incluso, con las manos vacías, haciéndole notar que, tras refugiarse en Arévalo y en Madrigal a la espera de tener expedito el camino de Valladolid, lo aguardaría, escondida en el convento de las Huelgas Reales, viviendo como si fuera una monja más, rezando de día y de noche por el feliz término de su viaje.

El rey don Juan de Aragón ordenó a su hijo, en su nombre y en el del Señor Dios, que se personara en la ciudad castellana, y el mozo se dispuso a partir. Tras entregar el collar y el primer plazo de las arras pactadas en Cervera a los apoderados de Isabel, Fernando se encaminó así a Castilla, no precisamente vestido de estameña, pero sí de arriero, con sólo cuatro hombres, conduciendo una reata de veinte mulas candongas muy buenas, que transportaba pieles de Zaragoza a Valladolid. Iba así para evitar las tropas de los Mendoza, que eran partidarios del rey Enrique y, de consecuente, se oponían a su matrimonio y rondaban en la frontera de Aragón.

Isabel viajó de Madrigal a la villa del Pisuerga azuzando los caballos, con poca gente y en una noche muy oscura para pasar inadvertida, porque Pacheco, que continuaba al lado del soberano, señoreaba en la meseta castellana. Cierta que, al amanecer, se detuvo al menos dos horas en el comedio del camino a causa de un encuentro extraño y sorprendente pues la comitiva topó con un extravagante sujeto.

El caso es que la princesa, que había salido de Arévalo, donde dejó a su señora madre algo menos alunada —aunque seguía bordando, ya no corcuscía sino que hacía primores—, y luego de Madrigal con reducido cortejo, tuvo extraño viaje. Iba la compañía a buen trote, vigilando a diestra y a siniestra, los hombres con las armas a la mano, las mujeres con una oración en los labios, temerosos de que les atacaran las tropas de Villena cuando, al albor, apareció un bulto tendido en tierra, en la vereda, en lo alto de un repecho.

Chacón, que abría marcha, detrás del portaestandarte, frenó en seco su cabalgadura a escasas varas de un hombre. Le gritó que se apartara, pero el tipo, que parecía sobresaltado, no se retiró, y eso que el mayordomo alzaba la voz:

—¡Paso franco a doña Isabel, princesa de Castilla!

E se apeó Chacón de su montura e otrosí el portaestandarte e se llegaron al tipo para auxiliarle por si estaba herido, a la par que se les unían otros hombres e bajaban las camareras de los carruajes. E, vive Dios, que el oficial contempló con sus ojos que el sujeto andaba desnudo de medio cuerpo para abajo, como si se hubiera bajado las bragas para hacer aguas y las hubiera perdido. Y, por supuesto, con él lo vieron todos, y algunas de las damas lanzaron un grito y otras volvieron la cara rápidamente, mientras el abanderado se apresuraba a taparle las partes pudendas con el estandarte y

Chacón le echaba su capa por encima.

Pero en esto el sujeto se alzó e comenzó a bailotear. A levantar los brazos y a mover las manos, como enseñándolas, sin señalar la cabeza ni la boca ni los ojos ni la nariz; sólo movía los brazos y las manos, como si dijera tengo dos brazos, dos manos, pero no una cabeza, una boca, dos ojos, etcétera, como hubiera hecho un loco o un niño. Y, aunque enseñaba el miembro viril, no hacía gestos obscenos, no, llevaba el colgajo al aire sencillamente porque no debía tener bragas. Tal pensaron algunos de la compañía —los bien pensados— a la par que la princesa, que estaba en medio del camino tan estupefacta como todos, que el tipo no pedía limosna y eso que debía de tener hambre, ya que andaba en los huesos, a más de negro de tez por la mucha mugre que llevaba en su cuerpo, pero otros —los malpensados— se adujeron que el hombre no había perdido las bragas, quiá, pues, de haberlo hecho, lo lógico hubiera sido que se cubriera sus vergüenzas con las manos, y no lo hacía, de donde concluyeron que el tipo iba a gusto de aquella guisa.

De haber dicho o hecho otra cosa que mover las manos, los mirantes hubieran visto en él buenas o malas señales. De haber anunciado tal o cual o maldecido o aorado o bendecido o pedido vianda o ropa, los hombres y mujeres de la comitiva hubieran reaccionado y le hubieran dado alguna cosa o le hubieran sacado a palos del camino, pero a la vista de lo que veían, guardaron silencio a la espera de que doña Isabel tomara determinación.

Y, vaya, que la princesa resolvió lo que ninguno hubiera esperado, pues ordenó:

—Don Gonzalo, haga su merced lavar y entréguele ropa a este hombre que pararemos a desayunar en esta vera y lo sentaré a mi mesa...

Doña Clara habló al oído de la doncella:

—¡No hagas tal, hija mía, no sabemos quién es!

Y llegó con lo mismo Chacón:

—¡No es momento, Isabel, llevamos mucha priesa!

—¡Tu prometido nos espera en Valladolid, los Mendoza nos amenazan, el marqués de Villena tiene tomada esta tierra de sur a norte...! —rogaba la mayordoma, y la tomaba del brazo, con el asentimiento de las demás camareras que también querían llevarla a los carros.

—Yo le doy mi capa y mi bolsa y que se apañe —insistía Chacón.

—Lo he dicho bien, señores, compartiré desayuno con él —porfiaba, terca, Isabel.

—Lo que debes hacer es mandarle azotar...

—Y darle un escarmiento, que desnudo no se va por el mundo...

—Cualquier momento es bueno para hacer caridad —defendía el capellán de la princesa en voz alta.

A la vista de lo que había, el oficial llevóse al pobre, que no se resistió, y lo

entregó a los criados, e volvió rápido para informar a la infanta que no llevaban bañeras. A lo que respondió Isabel que llevaban la suya, la suya propia, que lo lavaran en ella. E fuese Chacón rezongando. E las damas aviaron la mesa, moviendo la cabeza y advirtiéndole a la doncella:

—Ese tipo es un desconocido...

—Deberá poner cuidado, alteza.

—Ese sujeto sufre el baile de San Vito.

—Parece inofensivo, pero tal vez no lo sea...

—¡Ténganse sus señorías, que cualquier momento es bueno para hacer caridad...!

—respondía la infanta, remedando las atinadas palabras de su confesor.

—¡Más contento se iría con una buena bolsa que con un refrigerio, pues no será capaz de apreciar el honor de compartir mesa contigo, niña! —le avisaba doña Clara.

E así las cosas e puestas las mesas, Chacón regresó con el hombre que, lavado y vestido, volvió a asombrar a todos pues parecía otro y, salvo que estaba completamente desdentado, como mantenía espesa cabellera hasta tenía buen aire. Isabel le dio silla, se lavó los dedos en un aguamanil que le llevaron e se secó con la toalla. El tipo inclinóse graciosamente e se sentó manteniendo los ojos bajos, e se lavó e se secó también. El escanciador llenó dos cuencos con vino caliente. Doña Clara sirvió primero a Isabel, luego al desconocido, un revuelto de huevos con abundante tocino. El hombre esperó a que la dama que tenía frente por frente comenzara e, vaya, que fue a tomar la servilleta y la echó en falta e otrosí los cubiertos, pues las camareras sólo le habían puesto cuchara creyendo que, como la gente del común, no sabría usarlos, a más de que se limpiaría los labios con la manga y hasta metería las manos en el plato, pero, vaya, que no. Que el tipo hizo un pequeño movimiento de manos, e buscó con los ojos a doña Clara que entendió lo que sucedía y, presta, le puso servilleta, cuchillo y forqueta, y ya el sujeto, anudado el lienzo al cuello, comenzó a comer despacio, asombrando a todos, por tercera vez. A más, que se limpió los labios, manejó los cubiertos con la mayor soltura y aceptó que la mayordoma se los cambiara a cada plato e comió, no engulló, como era de esperar hiciere, con parquedad incluso, pasmando a todos, por vez cuarta.

Por el campamento se comentaba que la infanta compartía yantar con aquel curioso personaje para que le hiciera Dios favor porque ya no sabía qué hacer ni a qué santo encomendarse ni qué sacrificio ofrecer, o quizá porque traía hecho voto de sentar a su mesa al primer pobre que encontrare en su camino o, sencillamente, para distraerse, pensar en otra cosa que no fuera su boda y salir un poquico de agobios. Presto corrió que el hombre tenía modales de caballero, lo mismo que se decían doña Isabel y doña Clara. Y en ésas estaban la infanta y el pobre, desayunando, los demás viéndoles comer, perplejos todos, cuando la princesa le preguntó:

—¿Cómo te llamas, buen hombre?

—Juan...

—¿Cómo dices? ¡Habla más alto!

—¡Don Juan!

Y un rumor recorrió el campamento. Porque la señora no oyó que el tipo primero dijo llamarse Juan, pero luego don Juan, con el don, título que ciertamente acompañaba más a sus modales de caballero que el simple nombre de Juan.

Y escucharon muy atentos a la doncella que continuaba con su interrogatorio:

—¿Don Juan? ¿Don Juan qué? ¿Dónde has nacido? ¿De qué casa procedes? ¿Don Juan qué? ¿Qué hacías en el camino? ¿Por qué andabas desnudo? ¿Te han robado los ladrones?

E como el tipo no respondía, doña Clara intervenía, enojada:

—¡Contesta a la serenísima princesa de Castilla...!

E Chacón se le acercó e le dio un meneo, conminándole:

—¡Responde a nuestra señora!

E, vaya, que al tipo le entraron nervios. E tornó a levantar los brazos, a bailotear las manos, sin señalarse la cabeza ni la boca ni los ojos, como si sólo le importaran las manos, como diciendo tengo dos, lo mismo que hiciera cuando fue hallado por el oficial; e alzóse de la silla e, tras hacer una reverencia, fuese. Enfiló por los carros que estaban alineados en la vereda e siguió su camino hasta que se perdió de vista. La princesa impidió con un gesto que sus mayordomos fueran tras él. El encuentro con aquel tipo de andares pausados y de mediana estatura, ya fuera pobre de pedir o caballero, resultó inconsecuente, y no obstante, benéfico porque dio abundante que hablar pues lo que comentó doña Clara con Isabel, dando por bien empleadas las dos horas que llevaban de demora:

—Este sujeto nos ha distraído...

—Por un momento nos ha hecho olvidar los peligros, nos ha quitado de la cabeza al marqués de Villena... ¡Ea, a los carros...! —ordenó Isabel.

Y, vaya, que le había impresionado el loco caballero, o lo que fuere, pues que pensó en él en lo que le quedaba de viaje y hasta le vinieron a las mientes las dos marquesas de Alta Iglesia, quizá porque los pensamientos vienen a la cabeza porque sí o porque el tal don Juan había dado mucha importancia al hecho de tener dos manos y, vive Dios, ellas eran mancas.

Lo primero que hizo la infanta al llegar a Valladolid fue rezar un avemaría por el buen viaje de Fernando, y luego acostarse en la cama que le tenía preparada la abadesa de las Huelgas. De haber estado menos cansada, a la amanecida hubiera podido escuchar el canto de un ciego que, apostado a la puerta del convento, le avisaba: «¡Pendón de Aragón! ¡Pendón de Aragón! ¡Flores de Aragón en Castilla son!», trovo que anunciaba que el rey de Sicilia había entrado felizmente en tierras castellanas. Trovo que corearon por toda la villa los niños, al parecer, pero que la

princesa, retirada en su celda, no oyó, pues que durmió largo, descansando de los temores que había sufrido en su trajinado viaje. Luego permaneció escondida en el monasterio, como una monja más, orando para que su prometido llegara sano y salvo a Castilla, a momentos temblando, a momentos llorando, porque amigos y enemigos habían juntado lanzas, unos por ella, otros contra ella.

Pero no permaneció pasiva, no. Envió a Gutierre de Cardeñas y a Alonso de Palencia a la frontera de Aragón por la parte de Soria porque por la parte de Guadalajara, feudo de los Mendozas, la vía estaba interceptada, para que recibieran a don Fernando que venía de tapado. El 10 de octubre supo que su prometido había dejado el Burgo de Osma y que se encaminaba a Dueñas, entre Palencia y Valladolid, a casa del conde de Buendía, hermano del arzobispo de Toledo, que lo alojó del mismo modo que la había acogido a ella la abadesa de las Huelgas Reales, pues que siempre hay gente buena.

E, ay, que, a la noche del día 14, se presentó la priora en la celda de Isabel y, urgiéndole a que se vistiera, le avisó de que su prometido, el rey de Sicilia, la estaba esperando en la casa de don Juan de Vivero, distante del convento apenas quinientas varas. La doncella se levantó de la cama y, sin perder calma, se dejó vestir un gonel que le acercaba su madrina, ajustar el ceñidor y echarse un manto por los hombros. Salió rauda, sin tocado y a saber si con las enaguas puestas —pues que doña Clara retiró unas de los pies de la cama—, montó en su jaca y se perdió por la ronda de la muralla, sólo acompañada de Gonzalo Chacón, camino de las casas de Vivero, situadas casi frente por frente de la puerta de San Pedro.



Puesto que no tenía otra oyente, a Catalina había de contarle doña Gracia lo de su marido italiano, que fuera *condottiere*, y lo decía alargando la primera *e* siempre que pronunciaba la palabra y sin dejar de mirar el retrato de su bien amado:

—Don Beppo de Arannola, mi segundo marido, fue hijo natural del famoso *condottiere* Muzzio Attendolo, llamado Sforza, e hermanastro de Francesco I Sforza, *condottiere* también que, después de muchas batallas, llegó a ser duque de Milán por matrimonio con Blanca María Visconti, la heredera del duque legítimo. Fue el segundo en el mando de la tropa hasta tener la suya propia y el que más hizo para que Francesco, el mayor de los muchos hijos bastardos del dicho Muzzio, fundara dinastía en la bella ciudad lombarda.

—¡Oh, mi señora...!

—¡Calla y atiende, pues pierdo el hilo...! Nada tuvo que envidiar en loores a otros jefes de fama como Braccio da Montone o el Gattamelata o el Colleone, pues todos acumularon grandes fortunas, dadas las interminables guerras entre güelfos y gibelinos... ¿Tú has oído de esas guerras...?

—No, señora.

—Guerras entre el papa de Roma y el emperador de Alemania... ¿No has oído hablar de ellas...?

—¡No!

—¡Ah, pues duran más de cien años...! ¡Déjalo...! Te quiero contar lo mismo que les diría a mis nietas de estar presentes...

—Andan en lo suyo con las moras, señoría...

—Me enamoré de don Beppo, antes incluso de que falleciera don Pedro, el embajador de Castilla en aquella Corte en tiempos de don Enrique III, dicho el Doliente, porque tenía frágil salud... Sabrás que a don Enrique se le llamaba el Doliente...

—¡Sí, señora!

—Ay, me enamoré, sí, pero acallé el fuego que crepitaba en mi corazón y lo guardé para mí sola, porque vivía don Pedro, el bisabuelo de las niñas, que ya padecía temblores y mojaba las bragas, que estaba yéndose deste mundo...

—A todos nos llama Dios, mi señora...

—¡Cállate...! Ah, quedé prendada de un hombre que se inclinaba ante el *dux* en el palacio de la Señoría de Venecia o ante el duque Felipe María Visconti o ante la reina Juana de Nápoles, con una galanía, ay, que no había visto otra, ni vería en mil años que viviera... Pues que saludaba mismamente como una estatua griega de la época dorada, como si no fuera obra de sus progenitores, como si fuera un mercurio o un apolo...

—¿Era don Beppo galano?

—Por él anduve veintiún años ardiendo... Es que, viéndolo de cerca... viéndolo no, contemplándolo, que aquella figura sólo se podía contemplar con los ojos muy abiertos, dado el asombro que producía tanta hermosura; observé que, aparte de la esbeltez de su cuerpo y de la regularidad de sus miembros, tenía un rostro muy agraciado en una cabeza que se ajustaba de maravilla a las medidas del canon de belleza sobre el que teorizaban varios escultores de aquellas tierras, pretendiendo dejarlo patente en sus obras...

—¿El canon?

Y la dama le daba una lección a Catalina:

—Verás, mujer... El canon es la regla de las proporciones de la figura humana... conforme al tipo ideal aceptado por los escultores griegos, especialmente por Policleto que lo dejó escrito en su obra titulada *Canon* y hecho y demostrado en su

famosa estatua llamada *Doríforo*, cuya unidad de medida es el dedo medio de la mano, es decir, ocho cabezas y un cuarto... Ciertamente que otros artistas asignan a la figura diez rostros y un tercio, y otros llegan a diez rostros y medio, es decir, ocho tamaños de la cabeza... ¿Lo entiendes...?

Y Catalina no lo entendía, no, porque no en vano había vivido entre pucheros e no podía seguir aquellos temas de tamaña altura intelectual: ni lo del canon de belleza, ni menos lo de tantas cabezas y rostros, ni menos lo del dedo anular, y se perdía pues no sabía si comenzar a contar por el dedo medio o por las cabezas; ni si su cabeza, que era más grande que la de la doña Gracia, valdría para la cuenta lo mismo que la de la dama, con el agravante de que tenía para ella que la señora se trabucaba con tanta cabeza y rostro. Y otrosí le sucedía cuando mencionaba los nombres de los artistas italianos y la genealogía de las casas ducales, y hasta cuando mentaba a los *condottieri* porque sostenía que el sueldo diario de las tropas de don Beppo ascendía a la escandalosa cifra de cuatro mil florines de oro, una barbaridad, según la dama.

Cuando le contaba lo de su enamoramiento o se recriminaba el costal de pecados que llevaba a sus espaldas después de tan luenga vida —una noche le confesó que había nacido con el siglo—, hubiera querido preguntarle qué sucedió con don Pedro al enamorarse ella de don Beppo, si acaso el anciano orinó más las bragas o se fue más de babas, y sobre todo si el castellano llegó a enterarse de sus amores. Sin embargo, no se atrevía, y esperaba con ansia la continuación del relato, pero la dama cambiaba de conversación con celeridad, incluso con demasiada rapidez, de tal manera que, a momentos, la cocinera no sabía de quién hablaba y constataba que había mucha confusión en la mente de la señora. Por eso a menudo pedía a Leonor y a Juana que hicieran caridad con la anciana y le dieran cariño, pues que doña Gracia se iba de este mundo, a más, para que dejaran un tiempo la piqueta que le martillaba incansablemente en el oído.

Pero las niñas, que después de veinte días de labor no habían encontrado ni rastro del cofre del rey moro, no cejaban en su empeño. Picaban suelos y paredes de las bodegas palmo a palmo, desde el alba al anochecer, incansablemente, como va dicho, mismamente como las moras.

Un día, doña Gracia dijo de acercarse todas, todas las habitadoras de la casa, al Mercado Grande, situado extramuros, para comprar un regalo a cada una, tratando de sacar de casa a las niñas que no habían salido en veinte días ni a misa, las muy impías... Dijo de ir caminando del brazo de sus dos biznietas, pero Leonor y Juana se negaron en razón de que andaban ocupadas dándole a la piqueta.

La acompañó Catalina... E fue bueno porque la dama, encontrándose disminuida en extremo, con setenta años ya, e desasistida por sus descendientes, no fue al mercado, no. Fue a la Catedral a contemplar con sus ojos el altar perpetuo que había comprado al cabildo, entre el del deán Gómez y el del arcediano Pelayo... E lo quiso

el Señor Dios, pues ella y Catalina se arrodillaron en su altar, e resultó que dos capillas más allá, a la derecha, había unas gentes, y entre ellas dos guapos mozos...

La viuda Torralba, después de los rezos, saludó a doña Gracia e los mozos también, y la anciana se complugo con el cumplido e con aquellas gentes, que, vaya, tenían casa grande con fachada a la plaza de la Fruta, muy cerca de la calle de los Caballeros. La viuda, amén de saludarla con respeto, le había contado que venía de la ermita del Cristo de la Luz de ajustarse con una santera o ensalmera, vaya vuesa merced a saber, para que le matara unos ratones que le incomodaban en la casa... Tras despedirse della y de los mozos y llegada a su morada, la dama sopesó la posibilidad de contratar también a la santera para preguntarle si podía echar ensalmo a sus biznietas para que abandonaran la búsqueda del cofre del rey moro, al menos por un tiempo, y atendieran los negocios de sus bodas, y enterarse de paso si era alcahueta la ensalmera, pues quizá podría entender en el asunto de casar a Leonor y a Juana tal vez con los dos Torralba, o como se llamaren. Y se mostró decidida a enviar a Catalina con la manda cuanto antes, eso sí, sin ponerla al corriente de sus intenciones pues, a cada paso que daba, se veía torpe, cada vez más torpe y constataba que la vida se le iba, no fuera a hacer corto de tiempo.



María de Abando andaba un tantico angustiada e, considerando su situación, se decía que quería al tal Mingo, pero no tanto como para marcharse con él a Andalucía en busca de mejor vida, pues que se encontraba bien en aquel lugar, entre otras razones porque nunca podría yacer con él, por lo del diablo. Estaba a gusto con las Anas a su derecha y las Gordillas a su izquierda, contemplando el horizonte por la verja de la iglesia o mirando al Cristo de la Luz, siempre quieto y mudo, pero cada día que pasaba con menos amargura en el rostro, que ya no tenía aquella agrura indescriptible de días anteriores.

Sí que le latía el corazón cuando pensaba en Mingo, pero no con la alocada carrera que llevaban los de las mujeres que iban a comprarle un hechizo de amor, no. Avisada por dueñas y doncellas, notaba que cuando el Mingo le venía a las mientes el corazón se le ponía alerta, en efecto, pero no más, ni le venía gana de llorar o de reír. Además, a menudo se preguntaba si el mozo sólo deseaba solazarse con ella y sacar partido a sus entrañas, de balde además. Que no es que quisiera cobrarle al mozo, mucho menos a otro hombre, que puta no era... Era que de tanto vivir cerca de las monjas y de oír el toque de campanas llamando a la oración, como, por otra parte, brujería no practicaba de tiempo ha por no tener ocasión y se dedicaba a sanar con hierbas o limaduras de piedras o entrañas de animal, se había acomodado a aquella

vida. Y no sabía qué hacer: si insistir con el Mingo en el matrimonio y dejar la brujería para siempre para formar una familia y tener hijos, o largarse a la Andalucía o a las Vascongadas, pero ella sola, y eso que la hermana Miguela le daba de comer caliente cada día, lo que era muy de agradecer.

En esos pensamientos estaba, acariciando al perro, dudando entre una cosa u otra, cuando por la costana se le presentó, jadeante, una dueña, que dijo venir de parte de una dama y, sin darle los buenos días, le preguntó si hacía hechizos de amor y si ejercía de alcahueta.

Se sorprendió Mari de Abando de cuántas cosas sabía hacer según las gentes, pero más se asombró cuando respondió que sí, que era alcahueta y que vendía pócimas de amor de puerta en puerta. Lo que era falso, pues durante su estancia en la ciudad, apenas se había movido de la ermita, salvo para acompañar a la señora abadesa a oír los sermones de fray Tomás de Torquemada.

Y ya Catalina le explicó la manda que traía: que su señora, dama de alcurnia —cuyo apellido silenció, siguiendo instrucciones de su ama—, deseaba que sus dos nietas abandonaran un negocio que se llevaban entre manos y fijaran su atención en sus bodas. Que les hiciera el hechizo pertinente, si bien inofensivo, y que, más tarde, entrase en la morada de dos hermanos —cuyo apellido silenció, porque doña Gracia no se lo había comunicado— y se enterara cómo eran los habitantes de carácter, qué hacían durante el día, en qué empleaban el tiempo, y si eran buena y piadosa gente y qué monto tenían de hacienda y qué heredades, y si los jóvenes estaban casados o comprometidos, e terminó preguntándole cuánto quería ella por hacer tal servicio.

María, que no había sido alcahueta en su vida, que incluso había denostado las trápalas de sus madres putativas cuando ejercían de tales, constatando la mucha fama que tenía en la ciudad, pidió nada menos que un caballo, con intención de regalárselo al Mingo para que se largara a Andalucía y la dejara estar.

La dueña, ante semejante pretensión, le dijo que tenía que consultar con su señora y se despidió asegurando que volvería.

E fuese la Catalina a la casa de la calle de los Caballeros, e fuese la María de Abando a la casa de la plaza de la Fruta, a matar las ratas y ratones que le había encargado la viuda Torralba, con su perro, casi pisándole los pies a la cocinera. Pensando que había pedido demasiado, cavilando cómo entraría en la casa de los hermanos desconocidos en caso de que la contratara la dueña, qué artimaña utilizaría y cómo se presentaría, si vendiendo flores o encajes o ensalmos u oraciones, como habían hecho sus madres cuando hacían de alcahuetas. E andaba a dos varas de la puerta de las Gordillas, bajando ya la cuesta hacia Santo Tomás, cuando una monja la llamó:

—¡Eh, eh, moza!

La moza volvió el rostro y acalló a aquel maldito perro ladrador que se había

echado de amigo, y vio, vio con sus ojos, a la dama del cuenco, o tal se le hizo, pues, como podía observar, las Gordillas iban muy tapadas, todas de negro e con velo, e se le revolvió el corazón. Pero, viéndola caminar a su encuentro, se dijo que no era la tal dama, sino una monja cualquiera, joven además, e iba a acercarse al portón del convento, pero en esto oyó que la llamaban otra vez, e volviendo la cara descubrió a Mingo que venía hacia ella a la carrera e, como no quería verlo ni de lejos, echó a correr sin atender el llamado de la religiosa. Minutos después, Mingo, tras inútil pesquisa, pensó que se la había tragado la tierra. Y el perro, que debía ver mucho más allá que el hombre, supo que su ama se había vuelto invisible por arte de magia, y aulló como un poseso.

Doña Isabel y don Gonzalo Chacón —primero el hombre portando una antorcha en la su mano izquierda y con la su mano derecha en la empuñadura de la espada— entraron en las casas de Vivero por una puerta escusada que daba a la huerta.

Presto les salieron a recibir el propietario, don Gutierre de Cárdenas y don Alonso de Palencia, y se postraron a los pies de la señora princesa. Don Gutierre sonreía, contento de haberla servido, diciéndole con la mirada lo que no podía manifestarle con palabras por la emoción que le embargaba, pues que había traído a don Fernando desde la raya de Aragón a Dueñas y de Dueñas a Valladolid; e llevaba a la moza tenida del brazo para que no se trompicara, e le decía, apretándole levemente el antebrazo por donde Isabel llevaba puesto el cilicio, que ni tiempo ni pensamiento tuvo de quitárselo, que todo marchaba bien y que su prometido la estaba esperando.

Y, en efecto, el rey de Sicilia, apenas entró la compañía de la serenísima princesa Isabel en un aposento del piso bajo con ventanas a la huerta, salió de detrás de un cortinaje y, ay, Jesús, María, bendito sea el Señor, era mismamente tal como se lo había imaginado, un galán (que a veces los retratos suelen mentir desvergonzadamente). No muy alto, los miembros regulares, la frente despejada, los labios gordezuelos, el cabello un tantico crespo pero liso, la nariz, que tanto afea a algunas personas, recta, los dientes apretadillos, los ojos oscuros pero vivos, como arrojando luz a la noche oscura; los brazos y las piernas complexas, ítem el pecho e las espaldas e, ¡ay, la sonrisa, qué sonrisa, par Dios, e qué gentileza, qué reverencia, par Dios, par Dios...!

La prometida, un poquico sofocada por la cabalgada e por andar en la huerta e por las priesas, benditas priesas. Peor vestida que él, que llevaba puesta una buena túnica de brocado carmesí con las armas de Castilla bordadas a realce, pero bella, muy bella también, acaso más bella que en otras ocasiones por el arrebol que traía en las mejillas, con la sonrisa en los labios y con los sus ojos verdiazules brillando como luceros.

El caso es que se miraban los prometidos y se miraban e no se decidían a dar un paso para tomarse las manos, que, mozos los dos, estaban embelesados. Lo lógico, y un tantico turbados después de tantos peligros que habían pasado cada uno por separado.

Tras un tiempo, don Fernando avanzó hacia la serenísima princesa. E fue ella la que se arrodilló primera y le besó la mano, e ya él hizo lo mismo también e le besó las manos, y se las tuvo entre las suyas mientras la miraba a los ojos con languidez de enamorado, de hinojos los dos. E se hablaron, pero los que estaban presentes no escucharon qué se decían, seguramente palabras de cortesía. Don Juan de Vivero, señor de la casa, pidió vino a sus criados y, ya con la copa llena, se dispuso a brindar

por los señores, pero en esto se oyeron ruidos por la ronda de la muralla e fue menester dar fin con aquellas vistas y, a la carrera, sacar a la novia del palacio por la puerta de la huerta, y al novio por otra. Y así terminó todo, pues a los caballeros que allí había les pareció que se presentaban los Mendoza, siempre fieles a don Enrique, para apresar a los novios y a la compañía pues, a fin de cuentas, estaban todos pisando tierra castellana, actuando con nocturnidad, desobedeciendo, desafiando, en fin, al único señor de aquella tierra, como si ya hubiera pasado a mejor vida y estuviera enterrado incluso.

Con los pavores, los novios no pudieron decirse ni adiós. Pero la vista fue suficiente, doña Isabel tornó a las Huelgas Reales cabalgando por delante de Gonzalo Chacón, y enamorada.

En el convento la esperaban la abadesa con un portillo abierto y doña Clara con las enaguas en un atadizo en la mano. E aún no habían cerrado, cuando se presentó don Gutierre que tantos y buenos servicios había hecho a la señora, diciendo que don Fernando tornaba a Dueñas y que la boda había sido fijada para el próximo día 19 — cinco días más tarde—, a la atardecida. Primero el casamiento e luego misa de velación; e de banquete y fiestas nada.

Ya en el refectorio de las monjas, ante una copa de vino que sirvió la abadesa, como doña Isabel mostraba serias dudas sobre la validez de su matrimonio, y se veía empreñada, pues que Su Santidad Paulo II le había denegado bula, y Fernando era su primo, habló don Gutierre de que a menudo es preciso hacer política de hechos consumados, e los que escuchaban guardaban silencio, porque a saber si atinarían con aquella política.

Pasadas las horas, habiendo dormido poco y mal, después de la colación de mediodía, la princesa Isabel mandó correo a Arévalo para comunicar a su señora madre su próximo casamiento, a la espera de que en el ínterin nada sucediera; rezando para que no se presentaran en la villa de Valladolid los Mendozas con sus tropas a defender la legalidad, o Pacheco, en Dueñas, con las suyas, para prender a Fernando y maridarlo con su hija.

Y, como estaba de Dios que Fernando e Isabel se casaran, no se presentó nadie. Eso sí, ella pasó tiempo amargo, las horas se le hicieron días, e lo que había de venir, un mundo. Pues que era doncella, y a las doncellas se les hace cuesta arriba que un hombre, aunque sea ya su marido, les quite la virginidad.

Y preguntó a doña Clara:

—¿Qué ha de sucederme, madrina, cuando don Fernando me llame a su lecho?

—Hija, no temas, que en esto hay más mentiras que verdades...

—¿Es que no es verdad que duele?

—Duele, sí, pero no tanto, un poquico, un poco, sí... Duele mucho si te hacen violencia... Pero don Fernando es un caballero, un príncipe... educado, galán,

cortesano, que sabe tratar a las mujeres con etiqueta y dulzura y, estoy segura, te tratará bien, máxime siendo tú la serenísima princesa de Castilla... No tengas miedo...

—¡Tengo miedo!

—Es natural, hija, vas a conocer varón por vez primera, pero has de penar mucho más por otras cosas en esta vida...

Llegado el día de las bodas, doña Clara entró muy de mañana en la celda de Isabel con varias damas y buen número de sirvientas de la abadesa para aviarla, bañarla, aromarla, vestirla como merecía la ocasión, quitarle el cilicio y desinfectarle con agua alcanforada las heridas que llevaba en el brazo.

Fernando salió de Dueñas después de almorzar y esperó a su novia en las casas de don Juan de Vivero, consciente de que su futuro comenzaba a ser presente.



El día en que falleció Angélica, la camarera italiana, de una fortísima tos y boqueando sangre, doña Gracia Téllez se impresionó, creyó que el fin de sus días estaba próximo y exclamó varias veces seguidas:

—*Porca miseria, porca miseria...!*

Tras encomendar el alma de la sirvienta al Creador, llamó a sus biznietas a su aposento para que rezaran con ella e dispuso velatorio y el entierro, abriendo la casa a la vecindad. Dado el luctuoso suceso, Leonor, Juana y las moras dejaron el pico y la pala, echaron tranca en la puerta de las bodegas, se asearon y vistieron y dieron cristiana sepultura a la fallecida en la iglesia de San Juan. Y en semejante trance escucharon a la anciana hablar del destino, de las parcas y de la vida perdurable y recitar versos del maestro Petrarca: «Nunca hubo en palacio algún ave tan solitaria como yo...» Las gemelas, pese a que se habían personado de mala gana en la habitación de su antecesora, comprendieron que les estaba echando en cara, bien que con la mayor sutileza, haberla dejado sola durante tantos días y, viéndola tan vieja y tan dolida, velaron el cadáver de Angélica con ella y oyeron de sus labios las hazañas del señor don Beppo que, a más de ser un gran capitán, fue, según lo oído, un gran estratega, y se admiraron de que en una batalla, dicha de Anghiari, o algo semejo, el *condottiere*, sirviendo a los florentinos, había derrotado a los milaneses y sólo había habido que lamentar una baja y no por guerra, sino porque un jinete se había caído del caballo... Y encomiaron la pericia del capitán, pues siempre habían creído que las guerras eran otra cosa. E mucho habló la bisabuela aquella noche. Y al día siguiente, enterrada Angélica, quizá para tenerlas con ella o porque veía cercana su muerte, colocó la arquilla de sus joyas en la mesa del gran comedor, bajo la atenta mirada del

señor Beppo, e las repartió entre las dos: un anillo de aguamarina para Leonor, otro para Juana, un collar de perlas, otro; un fermal de oro para la cabeza, otro; unos brazaes, otros, etcétera. A las moras les regaló unas ajorcas de plata para los tobillos, y a Catalina le dejó sus espejuelos, diciendo que estaba ya en edad provecta y pronto los necesitaría; claro que, de momento, los seguiría utilizando ella.

Y todas, aunque habían dejado la piqueta de mala gana, hicieron mucho aprecio y se holgaron, y más que se holgaron cuando la anciana, que lo daba todo, repartió las ropas que guardaba en doce baúles: mantos con sus largas laterales y cuello duro; garnachas de realce; vestidos italianos de justillo corto y mangas acuchilladas, cinturones, jubones de fino encaje, cofias, redecillas y mantillas para sujetar el cabello, y más. Y, como a las criadas también les dio lo que tenía más usado, fue el delirio en la habitación de doña Gracia, pues las jóvenes y las moras se probaron vestes y más vestes e pasaron un buen rato. Las gemelas parecían dos reinas vestidas con las ropas y arreos de la bisabuela, y eso que las criadas habrían de alcorzar los dobles para Juana y sacar de los laterales porque a Leonor los justillos le estaban estrechos, demasiado estrechos, que una cosa era realzar el busto con ropas ceñidas y otra que a la doncella le rebosaran los pechos, que eso era escándalo.

E anduvieron con las vestes, las mozas contentas probándose esto y estotro, haciendo pantomimas ante el espejo con una cofia, con una mantilla, descansando unos días del pico y de la pala, entretenidas todas con los cosidos; escuchando entre puntada y puntada a doña Gracia, que hablaba de las hazañas de don Beppo... De aquel hombre, bello entre todos los mortales, que entraba en batalla recitando versos del maestro Petrarca.

—Como en la batalla de Anghiari... Que me recordó del mismo modo que el maestro a *madonna* Laura: «¡Soldados!, voy llorando al combate porque me dedico a amar cosa mortal...».

Pero hubo de interrumpirse porque se conoció en la ciudad de Ávila que la serenísima princesa doña Isabel iba a maridar con don Fernando de Aragón, rey de Sicilia, en la villa de Valladolid, al próximo día 19, Dios mediante, y doña Gracia mandó hacer su equipaje e fuese con todas pues, lo que dijo:

—Las Téllez no podemos faltar a una boda principesca.

E, como en aquella casa no había hombres, mandó a Catalina al Mercado Grande para que contratara unos carruajeros que condujeran el coche que se trajo de Italia.

Al día siguiente partieron a buen trote. A media tarde, cruzado el Duero en Tordesillas, de haber ido alguna de las Téllez o sus criadas mirando por la ventanilla, hubieran podido ver a un hombre desnudo de cintura para abajo que, moviendo las manos, les hacía señas desde la vera del camino, y con él hubieran tenido abundante tema de conversación, porque aquel tipo, en semejante estampa, ya había dado que hablar a la comitiva de la princesa Isabel, que las precedía, pero no lo vieron porque

iban adormiladas, lo que fue ni malo ni bueno, pues que platicaron de otras cosas. E, tras dormir en la venta de Pero Vivas, en los arrabales de Simancas, se presentaron en Valladolid.



María de Abando anduvo de mujer invisible hasta el postigo del Obispo e, como en la Albardería había abundante gente, no consideró prudente tornar a su natura, no fuera a descubrirla alguna persona que viera más de la cuenta, que haylas por doquiera. Por eso continuó por el Rastro hasta la puerta del Grajal, accedió al recinto murado y en la plaza del Cazo se escondió detrás de un árbol, tornó a su natura y ya se entró en una taberna a echar un trago. Lo agradeció, pues tanto tiempo en la ermita del Cristo, alimentada por la hermana Miguela que no le llevaba vino aunque sí comida caliente, había olvidado el bien que produce el jugo de Noé en los estómagos y en las mentes. Así que no se limitó a beber un vaso, que se echó al coleteo cuatro e, cuando llegó a la plaza de la Fruta, iba más contenta que unas pascuas.

Admiró el palacio de los Torralba: las dos puertas a la plaza, las siete ventanas ojivales de la fachada y los buenos sillares de la fábrica e imaginó el huerto, aunque hubiera podido verlo, pues era capaz de ver a través de los muros, utilizando una de las muchas magias que había aprendido y que, bendita sea la Dama de Amboto, no había olvidado pese a no practicar en un año. Vio criados que entraban y salían, e se dispuso a entrar, pero no, no. Dejó lo de las ratas para el siguiente día. Ya que le vino desgana, quizá por el esfuerzo que había realizado al tornarse invisible, pues no había practicado sus artes en mucho tiempo, y eso lo dejó.

Se dio media vuelta e tomó la calle de los Caballeros para salir de la ciudad por la puerta del Alcázar, e andaba a buen paso, pero en esto notó que se espesaba el aire e comenzó a respirar mal, y se apercibió enseguida de que las mancadas de Alta Iglesia estaban cerca, sin duda porque vivían por allá. Oteó delante y detrás y, ay, que las tenía a su mano diestra, de espaldas la una a la otra, apoyadas en el ajimez de una ventana, abanicándose con la mano que cada una tenía como si aire les faltara. E la miraron ambas y le sonrieron...

María, constatando que siempre que se encontraba con aquellas doncellas, ya fuera en lugar cerrado o al aire libre, sucedía que respiraba mal, abandonó todo negocio para otro día y apresuró el paso, porque era tarde y la estaría esperando la hermana Miguela.

En efecto, le había llevado una ollica de carne con todo su ajilimójili que estaba

para chuparse los dedos, y con el ruego de que entrara en el convento a curar a la abadesa que andaba aquejada de dolor de muelas. En mal momento, pues a la mañana siguiente, a la amanecida, debía salir hacia Valladolid para asistir a las bodas de la serenísima princesa Isabel con don Fernando de Aragón, rey de Sicilia.

Para que le curara el dolor de muelas que resultó rabioso, la abadesa se la llevó con ella a Valladolid, y entre los hombres que la acompañaron estuvo Mingo, cabalgando parejo a María, alterándole los nervios, pues durante todo el camino le decía sovoz palabras de amor.

E ya podía ella contestarle, sovoz también, que no quería amores con él, a punto de confesarle que era bruja y que las brujas no se casan, entre otras razones, no fueran a parir demonejos, a punto de hacer un conjuro y convertirlo en sapo, en rata o en serpiente, pero fue vano.

El contador la sorprendió de noche, en la venta de Antón García, frente por frente de la de Pero Vivas, en el rabal del castillo de Simancas, cuando bajaba al comedor en busca del posadero para pedirle un jarro de agua y hacerle un sedativo a la abadesa que rabiaba de dolor por las muelas e, como era grandote, la agarró con sus fuertes brazos, la sacó de la estancia, la llevó al pozo y, procediendo de la misma manera que la noche en que ella le entregó su virginidad, se subió la saya e fue hacer otro tanto con los refajos de la moza, dispuesto a tomarla bruscamente. Pero se interrumpió porque oyó pasos, lo mismo que María, que bien pudo aprovechar la ocasión y gritar para que el que fuera la liberara de aquel monstruo, pero no lo hizo, vaya, que a veces es mejor no llamar la atención.

Y en esto, en la venta, alguien que llevaba un farol en la mano, abrió una puerta y, con aquella luz, los dos que estaban tendidos en el suelo empedrado en una situación asaz comprometida, vieron un hombre que avanzaba hacia ellos que no era el portador de la luz sino el de los pasos y, naturalmente, les vino miedo en razón de que contemplaron a un diablo negro y desnudo de cintura para abajo, cierto que muy bien aviado de cintura para arriba, y le vieron los cuernos, el rabo y el miembro viril. Tal observaron o imaginaron los dos a la vez, que el de la linterna volvió a cerrar la puerta y se hizo la oscuridad...

El Mingo echó a correr como si lo persiguieran los espíritus, y la María se demoró un poco más, tan asustada estaba, y vio, o imaginó, que el demonio aquél levantaba los brazos y meneaba las manos como si la invitara a bailar y ella tomó carrera sin reparar en que no había cogido el jarro del agua para hacer bebedizo y remediar a la abadesa que, a Dios gracias, estaba ya dormida.

María no durmió. Pensó en el diablo y lo pasó muy mal; vomitó varias veces e, al día siguiente, hubo de padecer la presencia de su enamorado en las bodas de doña Isabel.

Las puertas de la segunda cerca de Valladolid estaban cerradas a cal y canto y los caminos de ronda guardados por los soldados del concejo para que nadie entrara ni saliera. En el mercado de la plaza del Ocho se decía que don Enrique había vuelto victorioso de la guerra contra moros y que, tras descansar dos jornadas en el alcázar de Segovia, había preguntado por el paradero de su hermana, la infanta Isabel —que ya no decía princesa—, y se había mostrado enojado y hasta mandado ir por ella. A Ávila, Arévalo, Madrigal, Medina, Salamanca y, posiblemente, a Valladolid, con lo cual andaba el concejo reunido en sus casas. Y la población se armaba por lo que pudiese suceder; al principio echando pestes del matrimonio de la infanta, clamando porque se fuera a casar a Aragón y que los dos hermanos, rey e infanta, dirimieran sus pleitos lejos pues, encerrados los corderos en las majadas y recogido el vino nuevo en las bodegas, maldita la gana que tenían de sufrir un largo asedio que habría de mermar sus haciendas.

E, dicho lo dicho u oído lo antedicho, ningún vecino, ni hombre ni mujer, mencionaba el paradero de la infanta, que a la sazón estaba oculta en las Huelgas Reales, hecho sobradamente conocido por toda la población. Y siendo así, la guardia que hacía ronda desde la iglesia de San Pablo a la puerta de San Pedro, se daba la vuelta antes de llegar a las casas de Vivero y tornaba; y otro tanto la que venía de San Benito el Real, el antiguo alcazarejo, ambos piquetes sin pasar por delante del palacio, como dejando el camino expedito a los reales novios.

Y, es más, en la plaza del Ocho, una sortera que se sentaba de años atrás en el centro de la plaza, en el mismo lugar en que se levantaba el cadalso para ahorcar a los reos de muerte, pedía cinco blancas a cada persona que le preguntaba si la princesa se casaría con el rey de Sicilia. La tipa echando las suertes respondía inequívocamente que sí, que sí, ya las echara a las ocho, a las diez o dos horas después de mediodía, y aún añadía que los esposos serían poderosos, reyes de Castilla y Aragón, y felices dentro de lo que se puede ser feliz en este mundo, pues que la felicidad celestial, la de la Última Morada, no existe en la tierra, que se sepa al menos.

E los piquetes de soldados que vigilaban la ronda por la puerta de San Pedro dejaban pasar jinetes y carruajes que, llenos de gente, se detenían e se apeaban en las casas de Vivero donde había mucho jaleo y, mismamente como los vecinos de Valladolid, hacían como que no veían e no interrogaban a yentes ni a vinientes. Porque no sabían a qué carta quedarse, y lo que sí sabían es que no querían guerra. Además, que la boda había de celebrarse. A ver, lo había dicho la sortera de la plaza del Ocho, gran autoridad, no en vano había predicho la sentencia condenatoria y posterior decapitación de don Álvaro de Luna, el día exacto del nacimiento de la Beltraneja, y dicho della que no reinaría jamás y otras cosas importantes. Y ahora,

que Isabel maridaría con Fernando. Y se decían algunos de los vallisoletanos que mejor no meterse en camisa ajena, mejor dejar a los novios hacer, o dejar hacer a los que hicieren por los novios, dejar que en el palacio de Vivero se las arreglaran los que iban y venían. Pero otros ya no se decantaban por la prudencia sino por la fiesta, mientras los hombres buenos del concejo hacían asonar trompetas pregonando las bodas por los cuatro puntos cardinales.

En la ronda de San Pedro a media tarde se agolpaban las gentes para presenciar la llegada de los príncipes. En el palacio de Vivero, a la misma hora, no cabía un alfiler. Habían llegado el arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla, muchos grandes señores, priores y abadesas, entre estas últimas, la del monasterio de Santa Ana de Ávila con una moza con fama de santa que la acompañaba para curarle el dolor de muelas... Muchos caballeros y linajes, entre ellos doña Gracia, marquesa de Alta Iglesia con sus dos biznietas mancas, que ya habían estado con el rey de Ávila.

Con mala cara miraban pero con curiosidad, los que estaban por el rey legítimo, que no había enviado precisamente enhorabuenas a su señora hermana ni a su pariente el rey de Sicilia, de donde se podía deducir, sin temor a errar, que no aceptaba el matrimonio. Lanzaban vivas al viento los imprudentes... Todos arriesgando su hacienda y su pellejo en razón de que doña Isabel, casándose sin la bendición de su hermano, el primer señor de presentes y ausentes en toda la tierra de Castilla después de Dios, incumplía lo que prometiera en la concordia de los Toros de Guisando, haciendo el consiguiente deservicio al rey y al reino y a saber qué depararía todo aquello... Y más de uno de los asistentes, concienciado de que cometía alta traición, es decir, crimen de lesa majestad, se preguntaba el porqué de todo aquello, el porqué de las banderías que hacían de Castilla un país otra vez en pie de guerra. Así las cosas, los hombres buenos del concejo no se habían presentado a ocupar su lugar en la sala rica, lo que demostraba que, aunque dejaran hacer, no estaban de parte de los traidores que llenaban la casa de don Juan de Vivero.

Tan atestada estaba esa casa y el camino y la huerta que, a primera hora de la tarde, no cabía nadie más. Hasta el novio tuvo dificultades para entrar. El conde de Buendía y don Gutierre de Cárdenas, que lo traían de Dueñas y se las habían prometido muy felices, ni gritando se hacían paso e tuvieron que porfiar. Cuando lo, consiguieron sufrieron las apreturas pero también recibieron parabienes y regocijados apretones de manos.

¡Que les dijeran a la tres de Alta Iglesia cuan apretadas estaban en el descansillo de la escalera noble! Un excelente lugar para ver, pero tan apuradas estaban que apenas podían respirar y habían de salir de aquella turbamulta con moretones. Leonor estaba preocupada por su bisabuela y por su hermana, que eran muy menudas, no fueran a caer en un vaivén, pues las gentes que abarrotaban la escalera se movían como olas de la mar, e las sujetaba con los brazos mientras se preguntaba en alta voz

a qué habían venido. Su anciana abuela le respondía que para recuperar el castillo y villa de Alta Iglesia que don Enrique, en sus quince años de reinado, no lo había tornado a la familia y que apostaba por la princesa, del mismo modo que había arriesgado por el rey de Ávila. Juana rezongaba también porque una angustia en el pecho se le había puesto, de repente. Claro que, cuando su hermana le informó — pues, al ser más alta, era la única que veía algo a través de las cabezas de las gentes— que cuatro varas más allá estaba la Niña del Cristo de la Luz de Ávila, a la derecha de la abadesa de Santa Ana, enseguida supo a qué se debía la causa de su desazón, y trató de regular su respiración, lo mismo que Leonor poco después.

En ésas estaban Leonor y Juana, tratando de acompasar su respiración y exudando por todos los poros de su cuerpo por la mucha calor reinante en el lugar. Oyendo que había llegado don Fernando, que estaba en la sala rica, aviándose las vestes. Escuchando que en la dicha sala don Juan de Vivero servía un refrigerio y buen vino. Esperando a doña Isabel, que se demoraba y no aparecía.

A María de Abando le sucedía otro tanto, que respiraba mal y que no se le había asentado el estómago. Por los sobresaltos de la pasada noche, por la presencia de las dos mancadas de Ávila e porque la abadesa de Santa Ana le daba su crucifijo a besar para que rezara por la presta llegada de la novia que si se retrasaba más, tal vez acabara, Dios no lo permita, con las vidas de todos los presentes, sus leales. María, que era bruja en vez de santa, por mucho que se empeñara la abadesa, no podía besar el Cristo, e bajando la cabeza para que la dueña no la viera, se besaba el dedo mientras trataba de desembarazarse de Mingo, que se apretaba contra ella.

Llegó Isabel por fin. E subió, arrebatada, por la escalera en que estaban situadas las dos marquesas mancadas e María e, aunque llevaba carrera, las vio y hasta detuvo la mirada por un instante en las tres, una tras otra e, después de observarlas, subió los peldaños de dos en dos. E si pudo atravesar aquella barrera fue porque los ángeles del Señor le hicieron camino, tal pensó y lo repitió mil veces a lo largo de su vida. Lo que en puridad sucedió fue que María de Abando comprimió a las gentes, ya que su madre le enseñó a comprimir, a forzar, a constreñir, a compeler, pues no en vano pasaba por el ojo de las cerraduras, y tal hizo en razón de que quiso acabar cuanto antes con aquellas apreturas e calores e con el Mingo, que se le juntaba al cuerpo e le pellizcaba las nalgas y, como lo hacía con su buen arte y en un instante imposible de captar, nadie se enteró.

Doña Isabel pudo así continuar su camino. Recorrer el piso alto hasta la sala rica y entrar, que le franquearon la puerta. Y, en pasando, tuvo que volverse y alertar a los guardianes que no dejaban entrar a doña Clara, su madrina, que la había criado y visto nacer, ni a don Gonzalo que también la había visto nacer, ni a la abadesa de las Huelgas que la tuvo escondida en su convento con riesgo de su vida y que, en aquella ocasión, la acompañaba también e, retirados los guardias, se avió las vestiduras con

ayuda de su madrina, que le retiró un hilo del manto y la besó en la cara, a la par que le enderezaba el magnífico collar de rubíes que don Fernando había desempeñado a los jurados de Valencia para regalárselo.

E miró Isabel al fondo de la sala buscando al rey de Sicilia e no vio nada por el mucho gentío. No obstante, avanzó porque iba a casarse y era lo que más deseaba en este mundo. Ni don Gutierre, que apartaba a condes y marqueses con sus fuertes brazos, conseguía detener a la multitud que deseaba apretarle las manos o tocarle el manto. E, en esto, apareció doña Beatriz de Bobadilla, ay Jesús, notándosele el embarazo, e besó a Isabel, e Isabel se dejó besar. Se dejaba hacer, y se hubiera dejado llevar al cielo o al infierno, a donde la hubieran llevado, porque se hallaba inmensamente feliz. Y motivos tenía ya que don Fernando la esperaba con una sonrisa tan clara y llana como los campos de Castilla.

Cuando la princesa llegó al altar ya estaban dispuestos los escribanos para levantar acta y la esperaban los padrinos: doña María de Acuña, esposa de don Juan de Vivero y don Fadrique, almirante de Castilla y abuelo del contrayente, y dos clérigos, vestidos de pontifical: don Alonso Carrillo de Acuña, arzobispo de Toledo, que los casaría, y don Pedro López de Alcalá, que oficiaría la santa misa. Y en esto el notario mayor, como los novios eran primos, pidió la bula papal, la dispensa para que el matrimonio fuera válido a ojos de Dios y de los hombres, y el arzobispo entregó un pergamino, sabido luego que era falso —firmado por Su Santidad, Pío II (fallecido al respecto tiempo hacía)—, pues que el actual papa, Paulo II, se había negado a la dispensa. Se supo también con el andar del tiempo que el prelado tenía esa bula con el nombre de la novia en blanco, pero no sucedió nada irreparable, pues se pidió otra bula y llegó, firmada por ya don Sixto IV, eso sí, un año después de celebrados los esponsales.

Isabel, que apenas oía, estaba como alunada por la emoción, pero contestaba que sí a todo lo que le demandaba el arzobispo, e se dejaba poner en el dedo anular una preciada alianza. Se estremecía, e recibía las arras de don Fernando, y volvía a estremecerse, pues las manos de su esposo, el galán de sus juegos, con el que se había mil veces marido en sus sueños infantiles, tenían las suyas. Y, ay, que exudaban las manos de ambos, nadie sabe bien si de felicidad o de miedo.

Porque se oían voces en huerta de Vivero y, a más, el prelado abrevió la misa, no sermoneó, no recordó las virtudes cristianas a los esposos, como es usual, y sólo les dio de comulgar a ellos. A más, el arzobispo de Toledo se marchó sin despedirse de los recién casados, y don Gutierre y Vivero comenzaron a hacer salir a la gente, corriéndose por doquiera que se habían oído en el camino de ronda voces y cascotes de caballerías.

Es el caso que los asistentes desalojaron presto, entre ellos la abadesa de Santa Ana con sus acompañantes y las tres damas de Alta Iglesia, aliviadas de la mucha

calor (y eso que era octubre, 19 de octubre), e se saludaron. Se saludaron la abadesa y la anciana marquesa, que las doncellas sólo se miraron a los ojos sin cruzar palabra ni gesto porque, vive Dios, que no podían hacerlo en razón de que un nudo les atenazaba la garganta.

Y así estuvieron las tres hijas de luna roja de abril 1451 en la boda de la cuarta, muy apretadas, situadas lejos de la sala rica, lugar donde se celebró el matrimonio; no obstante, contentas de haber asistido al casamiento de la serenísima princesa Isabel con el rey de Sicilia y heredero de Aragón, Dios les dé larga vida y muchos hijos y felicidad.

Leonor, Juana y María no habían dejado aún atrás la puerta de San Pedro, cuando Isabel y Fernando abandonaban, en sendos caballos, la huerta de Vivero camino de Dueñas con unos pocos hombres, sin saludar a sus leales y amigos, sin recibir sus parabienes, sin asistir a las ocho jornadas de fiesta que celebraron los vallisoletanos, pese a los temores que sufrieron por ellos, por su felicidad.

De esa felicidad, y de las tormentas que a menudo la nublaron, seguiremos hablando, porque la historia de Isabel y Fernando y la de las hijas de la luna roja acaba de empezar.

(Continuará...)

El tiempo de la siembra

Prólogo

Continúa aquí la historia de Isabel, la reina, y de otras tres doncellas que tuvieron a bien nacer una tarde de abril de 1451, justo cuando asomaba en el cielo una espléndida luna roja.

De su infancia y juventud ya se discurrió, y hasta de la boda de Isabel quedó testimonio. Que la suerte nos guíe ahora en ese *Tiempo de la siembra* para que la semilla caiga en tierra fecunda.

Resumen

En este segundo tomo de la trilogía, de Isabel la Católica y de las tres doncellas que nacieron con ella un hermosa tarde de abril de 1451, asistiremos a la coronación de Isabel y Fernando en Segovia, pero también disfrutaremos de las aventuras sentimentales de Juan y Leonor, las dos gemelas nacidas en Ávila, sin olvidar a la entrañable Mari de Abando, una hechicera sabia y buena conocedora del alma humana.

1

Mucho se habló en Castilla, en Aragón, en las cortes europeas, en el reino moro de Granada y hasta en la lejana Constantinopla, del matrimonio de Fernando e Isabel.

Reyes y duques de ultrapuertos se hicieron cruces de la osadía de los príncipes que, declarando su rebeldía a los cuatro vientos, habíanse maridado contra la opinión del rey Enrique, su señor natural. Más de uno de aquellos parloteros se preguntó si acaso la dicha princesa fuere una nueva reencarnación de Juana de Arco, mayormente conocida como la doncella de Orleans, mujer de temple varonil que, en vez de dedicarse a oficio menestral como le hubiere correspondido por su nacimiento, tomó espada e venció a los ingleses arrojándolos de la Francia.

Cierto es que los más convinieron en que aquellas bodas no podían estar de Dios, en razón de que doña Isabel, asistida por unos pocos fieles, había vivido los últimos meses de su vida de un lugar a otro, huyendo de los que estaban por el rey, que eran multitud, y los últimos días pidió refugio en un convento de monjas de clausura. Desafiando no sólo a su soberano y hermano sino también a Dios, se había casado al fin con su primo con bula falsa y sin bendición papal, pues que Su Santidad le había negado dispensa, con lo cual, a más de vivir en el incesto, era barragana. La tercera barragana conocida del dicho Fernando, que, según se contaba, se la había llevado a la cama sin dilación, pues que el mozo tenía el miembro inquieto.

Los nobles de Aragón hacían oídos sordos a lo del incesto y sus consecuencias, e se demandaban si la princesa se habría holgado con el collar de rubíes que con tanto esfuerzo habían conseguido rescatar a buen precio de las arcas de los jurados de la ciudad de Valencia, alegrándose también del ardimiento que el rey de Sicilia y príncipe de Aragón mostraba en el lecho conyugal, y auspiciándole presto la concepción de un heredero varón.

Los señores de Castilla que estaban con los recién casados sostenían con vehemencia que Dios había estado en aquellas bodas y que se habían celebrado con su licencia y bendición, en virtud de que el Todopoderoso se antepone a veces a los dictados de los hombres en pro de la consecución de un bien común, como en este caso, pues demostrado estaba que doña Isabel sería una excelente reina al fin de los días de don Enrique.

Sin embargo, los que estaban con la Beltraneja se disgustaron harto de la celebración del matrimonio e actuaron de inmediato, tratando de acelerar las bodas de doña Juana con el rey de Portugal, a la par que buscaban otras alianzas para maridarla con el príncipe heredero de Francia o de Inglaterra, en caso de que por ce o por be no llegara a feliz término el acuerdo con el lusitano.

Los vecinos de Valladolid —a pesar de los pavores sufridos mientras Isabel estuvo oculta en las Huelgas, pues temían que los ejércitos de don Enrique se

presentaran y cercaran la ciudad en cualquier momento— participaron en los juegos que celebró el concejo durante ocho días con el mejor ánimo, e comieron e disfrutaron hartos.

Las gentes de las otras villas y ciudades del reino no supieron qué hacer, si mostrar contento o descontento; las más se mantuvieron en silencio y no enviaron regalos a los felices novios, a la espera de la reacción del señor rey.

Los pobladores de Dueñas recibieron a los esposos con grandes manifestaciones de júbilo, que incluso fueran a más cuando don Gonzalo Chacón, mayordomo mayor de la princesa, al día siguiente de las bodas mostró la sábana nupcial manchada de sangre, eso sí, hecha un rebujo, con lo cual no vieron nada, pero el oficial lo hizo adrede, en connivencia con su esposa que le aconsejó bien, no fuera el hecho a alterar la razón de la princesa, que andaba azarada, como le había sucedido a su señora madre por causa semeja:

—Pese a que las gentes quieran ver, no enseñéis la sábana, marido; recordad que la reina doña Isabel se alunó porque la vieron parir demasiadas personas y era mujer púdica.

—Púdica en exceso, pero ya traía rarezas, esposa mía.

—No juzguéis tan a la ligera, don Gonzalo, que a saber qué me hubiera sucedido a mí de haber hombres contemplando y levantando acta de mis partos...

—Haré lo que pueda, doña Clara.

En Granada el rey de aquellos países torció el gesto, y en Constantinopla el soldán hizo otro tanto cuando fue enterado por sus visires del matrimonio de aquellos dos príncipes levantiscos, tal se dijo.

Y eso, hubo sus más y sus menos en ambos confines del Mediterráneo. E se habló y se habló hasta la saciedad de la bondad, de la oportunidad, de la inoportunidad del hecho, de la paciencia, de la impaciencia de los novios e, ítem más, de don Enrique, el único que guardaba silencio sobre aquel negocio en el reino todo. Y, en otro orden de cosas, mucho se dijo del manto que lució don Fernando, al parecer bordado por su madre la reina doña Juana Enríquez durante el largo asedio que había padecido de sus propios súbditos cuando estuvo sitiada en la fortaleza de Gerona con su hijo niño, y del traje de doña Isabel, un magnífico brial de brocado de plata y oro. Se comentó además que la doncella había llevado pintadas las cejas y perfilada la raya de los ojos con tintura de azafrán, sin necesitar rojete en las mejillas, pues ya traía mucho arrebol del contento, del miedo, del susto o de lo que llevare en su corazón, resultando muy bella... Y eso, se habló y se habló bien y mal, pues que nunca llueve a gusto de todos.

En las casas de los nobles que estuvieron presentes y muy agobiados en las bodas principescas, ni hombre ni mujer pronunció una palabra admirativa referente al «milagro» que había sucedido en el palacio de Vivero a la vista de todos, merced al cual la princesa había conseguido subir los peldaños de la escalera principal de la

casa y acceder a la sala rica para matrimoniar, no obstante el inmenso gentío que había. Sólo Isabel, que sufrió más que cualquiera otra persona las apreturas de la concurrencia, comentó luego con su esposo que los ángeles, dejando libre un corredor de media vara de ancho, es decir, exiguo pero suficiente para que lo recorriera, le habían abierto paso hacia su felicidad.

Tanto o más que de la ceremonia, antecedentes y posibles consecuentes de los esponsales, en las casas nobiliarias se platicó largo de las dos marquesas de Alta Iglesia, las más de las veces con el corazón sobrecogido. Pues, aunque condes, duques y marqueses habían tenido ya ocasión de verlas postradas ante el rey Enrique y la princesa Isabel en la concordia de los Toros de Guisando, resultó que al estar con ellas hombro con hombro durante la boda, las contemplaron de otro modo porque no en vano unos y otros habían recibido cartas del señor obispo de Ávila pidiendo razón de mozos casaderos para maridarlos con ellas. Por eso se fijaron mucho más en las gemelas, las observaron con detenimiento y luego comentaron reunidas las familias a la hora de comer o cenar:

—Les arrancó un perro las manos a poco de nacer...

—La partera y las criadas, que asistieron a doña Leonor de Fonseca en su parto, debieron ser ahorcadas en la plaza pública...

—¡Por negligentes!

—¡Las niñas vinieron malditas!

—¿Por algún pecado antiguo?

—¡Sí!

—¡No hubo perro, quiá!

—¿Cómo que no?

—No. No se deja entrar a un can donde va a alumbrar una marquesa...

—Tal vez Satanás lo enviara...

Si hicieron tales comentarios fue porque tenían aviso de que la bisabuela de las doncellas les buscaba marido y, aunque nadie viera apenas nada en aquellas apreturas, Dios bendiga el matrimonio de los señores príncipes, los nobles de Castilla imaginaron el brazo manco de las marquesitas y hasta la rojez que llevaban cinco dedos arriba del lugar donde se asienta la muñeca, producida, según dicho que andaba de boca en boca, por un perro que de una mordida les había arrancado las manos de cuajo y se las había comido. Que no pudo ser de otro modo, pues que, según decires, nacieron con los brazos sangrantes y las extremidades no aparecieron, pese a que las parteras buscaron tanto en el vientre de la desdichada madre, que falleció del disgusto a las pocas horas de alumbrar, como por la casa toda, donde los sirvientes miraron hasta en las letrinas. Y, aunque ver vieron poco, imaginar fue suficiente pues se adujeron lo que cualquier persona con dos dedos de seso hubiera dicho ante un hecho semejante: que aquello era negocio del diablo.

Y lo fuera o no lo fuera, los títulos de Castilla respondieron uno a uno al señor obispo de Ávila que, lamentándolo, no tenían mozos en edad casadera ni sin comprometer, aunque los tuvieren, rechazando los muchos millones de maravedís que componían la hacienda de las doncellas y desechando el negocio, por lo del diablo. Y eso pese a que feas no eran, pese a que la más menuda, de nombre Juana, tenía unos ojos muy parleros y hermosos que miraban el mundo con grande inocencia y candor, y la otra, llamada Leonor, la grandota, aun sin ser bella, tenía buen aire y agradable sonrisa.

Tal vez lo quiso el Señor de ese modo, porque una familia tras otra: los Enríquez, Mendoza, Manrique, Haro, Medina Sidonia, Pimentel, Stúñiga, etcétera, fueron respondiendo que no a las proposiciones del clérigo que actuaba por cuenta de la bisabuela de las doncellas, una dama de nombre doña Gracia, desconocida para casi todos, de oscuro pasado quizá, pues había residido la mayor parte de su vida en la ciudad italiana de Milán. Tras fallecer su primer marido don Pedro, que había servido fielmente de embajador en aquellas latitudes al rey don Enrique, el Doliente, y luego al rey don Juan, la viuda no había regresado a Castilla a profesar en un convento para llorar a su esposo muerto, sino que habíase casado en segundas nupcias con un capitán lombardo *condottiere* por más señas, y con él había holgado más de veinte años, al parecer, porque todo se sabía según decires o maldecires...

Por eso se habló y se habló de las marquesitas, las más de las veces con el corazón sobrecogido por la manquedad de las muchachas, que bastante desgracia era y, vive Dios, porque seguramente sus padres o sus abuelos o la bisabuela, mejor esta última, habrían cometido algún pecado grave a lo largo de sus vidas, yerro que, sin duda, clamaba penitencia y afluía para ser debidamente purgado en las infortunadas doncellas.

De la que nada se dijo entre tantos y tantos decires, suposiciones, imaginaciones, posibilidades y juicios de valor, fue de María de Abando. La persona que más hizo en este mundo para que se pudiera hablar del matrimonio de los príncipes en ambas orillas del Mediterráneo. La que apartó con sus grandes magias a las muchas gentes que llenaban la escalera, la casa y la huerta de Vivero para que pasara doña Isabel sin apreturas. La misma que regresó a Ávila en el cortejo de la abadesa de Santa Ana después de las bodas. La misma que volvió a la ermita del Santo Cristo de la Luz, alborozada, ufana de sus artes, pues de no haber sido por ella los reyes de Sicilia y serenísimos príncipes de Castilla no se hubieran maridoado, al menos aquel día, y buen día era, porque las estrellas brillaban repartiendo felicidades sobre la villa de Valladolid.

La moza, aunque no podía compartir con persona alguna su alegría, pues hubiera sido descubrirse bruja y no era cuestión de echar semejante oficio a los vientos, al llegar a la ermita del Cristo de la Luz, su casa, tuvo tiempo de pensar y se apesará un

tantico, pues jamás sus altezas sabrían lo que había hecho por ellos y, de consecuente, nunca se lo podrían agradecer ni pagar. No obstante, se contentaba diciéndose que había hecho caridad con sus señorías, caridad, lo que le instaba a hacer la hermana Miguela, su protectora.

Y de día andaba muy satisfecha, pero por la noche no tanto, y se amohinaba cuando hablaba con el Mingo que, sin faltar una jornada, iba a visitarla entre las nueve y las diez. Para no caer en hablas de amores, la mujer sacaba a colación el encuentro que habían tenido con el diablo en una venta en el rabal del castillo de Simancas. Ella dentro de la ermita con la tranca echada, él fuera, al sereno. Ella recriminándole que la hubiera abandonado en aquel trance:

—Te largaste, Mingo, me abandonaste a mi suerte...

—¿Te hizo daño el tipo aquél?

—¡No!

—¿Te violentó, te habló?

—¡No!

—¡No era el diablo, era un loco!

—Los locos están reclusos en las cárceles, no sueltos por los caminos...

—¡Hasta que los encierran, están libres!

—No pretendas arreglarlo, siquiera me diste la mano para que me fuera contigo...

—¡Calla, diantre!

Y el Mingo se enfuñaba, gritaba, juraba...

—¡Vete, que no estamos hechos el uno para el otro!

Y el Mingo se iba.

Entonces María extendía el colchoncillo a los pies del Santo Cristo, se arrebujaba en la manta e se dormía hasta el día siguiente para despertarse con las voces de la hermana Miguela, que le llevaba un cuenquillo de leche caliente:

—¡Ea, ea, levántate, María, e reza tus oraciones!

—¿Ha descansado bien su merced?

—Yo bien, gracias a Dios. Y tú, ¿qué haces, en qué trabajas? ¿Todavía andas con las ratas de los Torralba?

—¡Sí, señora!

—¿Hay plaga?

—Hay muchas... Cierras la puerta de una estancia, guardas silencio y se escucha correr a dos o tres... A diario lleno cuatro ratoneras...

—Se las habrá mandado Dios en justo castigo, se dice que siguen siendo judíos... ¿Tú has visto algo?

—No.

—¿Encienden el fogón los sábados?

—¡No sé, hermana!

Y no lo sabía, pero a partir de la conversación, María se propuso prestar atención a lo que hacían los Torralba los sábados, nada más fuera para poder responder a la monja que parecía interesada en aquel asunto tan baladí de que humearan o no humearan las chimeneas de una casa en sábado.

Durante los primeros días de casada, doña Isabel, la serenísima princesa de Asturias, larga vida le dé Dios, anduvo arrobada, no sólo de felicidad por haber marido y cumplido uno de los requisitos primordiales para sentarse en el trono de Castilla al final de los días de su hermanastro, sino por haber yacido con su esposo, que la tomó como mujer nada más llegar a Dueñas, a casa del conde de Buendía, pues que necesitó el mozo, después de tantos peligros sufridos, desahogar el ardor juvenil que acumulaba en sus partes de varón. Rápido, rápido, sin permitirle a su esposa que se bañara y se acicalara para la ocasión, sin dejarle probar bocado.

Al día siguiente era para Isabel como si su rostro pregonara que había yacido con su esposo e le venía arrebol a las mejillas... Se le hacía que del conde a la fregona todo el mundo la miraba en aquella casa, y no sólo por ser princesa, pues que las princesas, aunque no sean bellas, son miradas más que las demás mujeres, y claro, le venía rubor.

Doña Clara le decía que la gente se mira entre sí por razones de proximidad. Que todas las mujeres casadas se habían dejado hacer lo mismo que ella. Que todos los hombres casados habían hecho otro tanto que su marido. E, para distraerla, la instaba a buscar en unos baúles los regalos que le trajeran los embajadores de Francia y Portugal para devolverlos, ya que no había matrimoniado con los pretendientes de aquellos países. E la escuchaba atentamente cuantas veces la princesa le hablaba de los ángeles que le hicieron hueco en la escalera del palacio de Vivero. E, como si fuera todavía una niña, le tenía las manos.

Entraba Chacón en el aposento e Isabel se ponía más roja de cara, e entraba Cabrera o el conde de Buendía y otro tanto. E doña Clara le humedecía la cara con un paño mojado en agua de rosas para aliviarle el sofoco, pero ella no tenía prisa por responder a las llamadas de sus mayordomos que le recordaban que, junto a su esposo, debía escribir al rey para ponerle al corriente de la celebración y consumación de su matrimonio. Se demoraba, pues le daba vergüenza abandonar la habitación y que la vieran otras gentes. E ya Chacón y Cabrera le hablaban del rey don Juan, de su señor padre, que a falta de heredero de Enrique, había dejado sucesor a Alfonso y a falta de Alfonso, a ella. E doña Isabel les preguntaba si tanta prisa corría, e los otros respondían que sí, que sí. E hubo de presentarse Fernando a buscarla, tras reunir a ciertos nobles, e decirle:

—Señora mía, venid conmigo a escribir a don Enrique, nuestro hermano, pues que estamos en casa ajena, dormimos en cama que no nos pertenece y comemos lo que nos dan las buenas gentes que nos cobijan poniendo en peligro su vida.

Y, como lo que sostenía su marido era cierto a más de claro, Isabel se personó en el gran salón de la casa con rubor en las mejillas, pero con la mente despejada.

Y comenzó don Gonzalo a dictar al escribano carta para don Enrique:

Al muy alto y muy esclarecido Príncipe Rey nuestro señor:

Por mis letras y mesageros comuniqué a vuestra Alteza mi voluntad de casarme con el Rey de Sicilia y Príncipe de Aragón, otrosí notifiqué su feliz llegada a estos reinos de Castilla, que vuestra señoría tiene y tenga por muchos años. Hago saber a vuestra Alteza que somos venidos a la villa de Dueñas casados e que Dios ha permitido la consumación del matrimonio, e que los dos, el Rey de Sicilia e yo, remitimos embajadores a vos, nuestro padre y señor, para nos recibáis como obedientes hijos y nos enviéis vuestra bendición a no tardar, para no dar lugar a otros nuevos escándalos en estos reinos, que es dolor de ver en ellos más trabajos y fatigas de los pasados. Yo el Príncipe. Yo la Princesa.

Cierto que se discutió y hasta se porfió al redactar la carta:

—Para una buena redacción es menester utilizar el singular o el plural, no los dos a la vez —sostenía la princesa.

—¡Eso son minucias, hija mía! —aseveraba el arzobispo.

—Don Enrique no es nuestro padre —intervenía Fernando.

—Llamar padre a don Enrique, cuando es manifiesto que es incapaz de engendrar, puede ser considerado sarcasmo —atajaba don Gonzalo.

—La gente que lo rodea espera cualquier excusa para cizañar contra nosotros...

—La palabra «padre» indica respeto y carece de connotaciones negativas... Al mismo Dios se le llama «padre»...

—¡Sí, pero llamar padre a uno que no puede serlo...!

—¡Ea, déjense sus altezas de memeces! ¡El protocolo es el protocolo! ¡Las cosas deben ser así...!

El arzobispo Carrillo alzaba la voz, sosteniendo que el señor rey no había prohibido la celebración del matrimonio y asegurando que con su silencio lo había consentido, e insistía en llamarlo padre. Fernando lo miraba a los ojos como queriendo acallararlo, pero el otro, que era vocero, perseveraba y ofrecía mil lanzas a los príncipes. Y ellos las deseaban, alegando que era una provocación armar tantos hombres cuando no deseaban enfrentarse a nadie. Entonces el clérigo les hablaba de Villena y sus maquinaciones, y de que deberían estar alerta y guardar sus personas de los muchos peligros que les acechaban por doquiera. Fernando pretendía consultar a su padre, el rey don Juan. El arzobispo deseaba despachar cuanto antes la carta al rey y copias para los señores y ciudades de Castilla. Y hasta discutieron por la firma, por si firmar como Reyes de Sicilia o Príncipes, y eso que se acaloraban todos. Fernando hubiera querido poner coto a ese clérigo, al hombre más poderoso de Castilla, pero Chacón le aconsejaba que tuviera paciencia con él y le recordaba que en muchos momentos pasados había sido la única persona en el reino que estuvo por su matrimonio.

Fernando se lamentaba de no tener un maravedí y decía de pedirle a su señor padre, a sabiendas de que tampoco tenía un cuarto. Para remediar tanto problema, se iba de caza o jugaba a tablas con sus secretarios, o llamaba a su esposa a la cama o la

invitaba a salir a cabalgar. Entonces, cuando recorrían los campos de Castilla, hablaba con ella de contratar a un maestro para que fabricara cañones en vez de lanzas y espadas en su herrería, para luchar contra los nobles que se decantaban otra vez por la legitimidad de la Beltraneja, y contra quien preciso fuere, pues que, visto el decurso de los acontecimientos, tarde o temprano, sería menester combatir. Y le explicaba:

—Los *condottieri* italianos batallan por una república o por otra con armas de fuego en vez de con lanzas. Con cañones, es decir, con gruesos tubos de hierro que arrojan esferas de hierro también, impelidas por una explosión producida por pólvora...

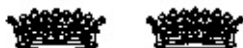
—Sé de la pólvora, Fernando. Es un invento que se usó en la toma de Tarifa por el rey Alfonso X, llamado el Sabio, hace más de dos siglos.

—Los turcos la utilizaron como arma principal en la toma de Constantinopla. En Italia también se usa, los *condottieri* ponen cerco a las ciudades desplegando su artillería, y si los sitiados no se rinden a la primera la emprenden a cañonazos, abriendo rápidamente huecos en la muralla por donde entra la infantería...

Y le contaba con entusiasmo las muchas hazañas del Colleone, de Francisco Sforza y de Beppo de Arannola, sobre todo las de este último, en razón de que en una batalla, dicha de Anghiari, sólo hubo que lamentar una baja, la de un hombre que fue derribado por su caballo y, mala suerte, se desnucó.

La princesa prestaba a don Fernando mucha atención, y le pedía a Chacón dineros para encargarle a algún maestro herrero la hechura de varias lombardas, es decir, los cañones que hubiera querido tener su marido, para regalárselos en su próximo cumpleaños.

Cierto que antes le hizo otro obsequio, pues un día, después de desayunar, se sintió indispuesta e vomitó, precisamente al enterarse de que su hermano, el rey, le había arrebatado a su señora madre la villa de Arévalo para dársela a otro, a un duque. Y como la buena noticia fue muy grande y la mala, lo del despojo de la reina viuda, se podría remediar en el futuro, cundió la alegría en la casa del conde de Buendía y en la población de Dueñas, pues corrió que la princesa estaba empreñada, Dios le dé salud y la bendiga.



Doña Gracia Téllez, la bisabuela de las dos marquesas mancadas de Alta Iglesia, tras leer y releer la carta que había recibido del obispo de Ávila comunicándole que en las casas nobles de Castilla no había mozo ni viudo por maridar, optó por tomar otro camino.

Pensó en volver a enviar a Catalina, la cocinera, a la ermita del Santo Cristo de la Luz para que, a cambio de un caballo, ajustara a una dicha María de Abando, que era

santa, bruja, ensalmadora o alcahueta, con la idea de que le hiciera servicio indagando qué clase de gente componía la familia Torralba.

De no llevar sus negocios tan en secreto, de haberle preguntado a la cocinera, hubiera escuchado de sus labios lo que era conocido de antiguo en toda la ciudad. Que los dichos Torralba eran conversos, es decir, cristianos nuevos. Que el padre de Andrés y Martín Gil de Torralba —los pretendidos novios, los jóvenes que la habían saludado en la catedral el día que fue a contemplar el altar fino que había mandado alzar para su enterramiento— había sido un tal Ibrahim Abenamar, llamado Pedro Gil de Torralba después de recibir el santo bautismo, de oficio contador del rey. Hubiera escuchado eso y más, pues que las familias eran vecinas, y la conversación con la Catalina, dada la inquina que mostraba la cocinera contra los hijos de Abraham, hubiera podido desarrollarse más o menos deste tenor:

—Los Torralba, mi señora, son conversos, lo dice todo el mundo, e no son de fiar...

—¿Por qué? Catalina, cuando una persona se convierte de una fe a otra, abandona la anterior...

—¡Ah, no, señora, no!

—¿Cómo que no?

—Yo no sé... Tengo para mí que si una madre pierde un hijo sufre hasta el desvarío y entiendo que si a una persona le quitan a Dios ha de...

—¡Dios no es lo mismo que un hijo! ¡No es comparable!

—Yo...

—Oye, Catalina... los mozos son hermanos, solteros y gallardos los dos...

—¡Señora, son cristianos nuevos!

—¿Y qué?

—Que los cristianos viejos no casan con los nuevos...

—¿Es que Dios lo ve mal? ¿No son ovejas llegadas a su redil y Él es el Buen Pastor?

—Dios no lo sé, señoría, pero fray Tomás de Torquemada y otros predicadores lo ven mal, francamente mal... Arremeten contra los judíos en sus sermones...

—¿Por qué?

—Porque se convierten a la fuerza, lo hacen para hacerse querer de las vecindades...

—Pero puede ser que estos Torralba se hayan convertido de corazón...

—¡Quiá, a Dios no se le puede sustituir!

—¡Calla, maldita sea, Catalina! ¡No sé cómo te dejo hablar! ¡No tienes vela en este entierro! ¡Ah, mucho silencio con mis nietas o te mandaré azotar!

Tal hubiera amenazado la dama muy airada de haberse producido la conversación que antecede, a más, como si hubiera en la casa alguien que pudiera azotar a una

criada.

Y de haber sido consultada por su ama y de no haberse encontrado con hechos consumados, la cocinera hubiera tratado de convencer a sus dos niñas para que se negaran a semejante matrimonio y nunca maridaran con conversos por lo que pudiese suceder. Los judíos convertidos, aunque fueran a misa el domingo y comulgaran por Pascua Florida, estaba en boca de todos que continuaban manteniendo y practicando en sus casas, de tapado, la religión hebrea, precisamente la que había venido a cambiar el Señor Jesucristo, que murió en la cruz para la salvación del mundo, después de larga agonía.

E aunque hubiera podido la criada subir varios sábados seguidos a la azotea, mirar hacia la plaza de la Fruta y constatar que humeaban las chimeneas de los Torralba y, de consecuente, que en aquella casa guisaban como cualquier otro día, como las familias cristianas, le hubiera dado lo mismo porque para evitar aquellas bodas hubiera sido capaz de hacer una barbaridad, Dios la perdone.

Pese al disgusto que le produjo la carta del señor obispo, la dama casamentera había echado ya sus cuentas y todos los días a la caída de la tarde se asomaba a la ventana del gran comedor a ver pasar a los mozos Torralba, a los tales Andrés y Martín, que cabalgaban muy erguidos en sus monturas y la saludaban quitándose el sombrero para ponérselo presto con gracioso ademán. E, contemplándolos, se decía que, aunque procedieran de estirpe judía, al haber sido bautizados al nacer, habían recibido mil bendiciones de Dios, como quedaba más que patente pues que tenían muy buen aire y galanía, y eran mismamente dos caballeros. Además, un domingo se había encontrado a la viuda Torralba en la iglesia de San Juan, oyendo misa, y la examinó de los pies a la cabeza por ver cómo se santiguaba, cómo se arrodillaba y si comulgaba con devoción y, viéndola, desechó cualquier temor. Y se extendía en su argumentación aduciéndose que, como sólo había un Dios, el suyo, el de Catalina y el de fray Tomás de Torquemada, dijeran lo que dijeran en contra de las familias conversas, a los mozos sólo los había podido bendecir Él. Además, quitaba importancia al hecho de venir al mundo en una familia u otra, máxime porque el nacido no puede elegir, como quedaba más que manifiesto en sus dos bisnietas que, de haber podido, hubieran nacido con las dos manos, por no poner otros ejemplos.

Tal se decía la señora haciendo de tripas corazón, porque una cosa era lo que hablara o no hablara con Catalina y otra el resquemor general que existía en el reino contra los hebreos, al que no permanecía ajena, pero como no podía elegir hubo de conformarse, quiá, conformarse, ceder. Cedió con que los muchachos fueran descendientes de judíos y no fueran mayorazgos ninguno de los dos y puso en marcha el negocio de las bodas diciéndose que a ella los hebreos no le habían hecho nada malo, que cuando necesitó dineros se los prestaron y cuando no los precisó se los guardaron, y aun temiendo la reacción de sus bisnietas se decidió a contratar a María

de Abando.

Así que un día en el que andaba la cocinera en su aposento con un matamoscas en la mano persiguiendo un avispon, se animó y dijo:

—Mañana irás a contratar a la Niña del Cristo de la Luz, ofreciéndole un caballo a cambio de sus oficios... Es mucho, pero bien empleado estará... Me he propuesto casar a Leonor y a Juana antes de marcharme de este mundo... Quiero que venga el próximo domingo a la puerta grande de la catedral, después de misa de diez, para que eche ensalmo a mis nietas, si es menester, y dejen de buscar el cofre del rey moro y presten atención a su futuro, a sus bodas...

—Hace bien la señora, pues mejor han de estar maridadas... Voto a Dios porque sean felices e alumbren e críen muchos hijos... Tenga en cuenta su merced que Juana es más pánfila que Leonor y se deja engañar más fácilmente... Lo digo porque cuando encuentre su señoría a los dos hermanos, la case con el menos impetuoso...

—Ha sido pena que no hubiera en las grandes casas de Castilla dos hermanos solteros ni viudos, ni uno viudo y otro soltero... Que estén todos comprometidos...

—¿E quiénes son los pretendientes?

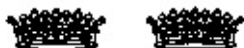
—Dos caballeros...

—¿Cómo se llaman?

—Lo sabrás a su debido tiempo...

—Lo pregunto por si puedo ayudar...

—No, no puedes ayudar... Si contrato a esa alcahueta es para que quite de la cabeza a mis nietas lo del tesoro... E como he de pagarle mucho, quiero que se lo gane ella.



Un día de principio de primavera que más parecía invierno en Ávila, María de Abando, tras atender a su clientela y partir sus ganancias con la abadesa de Santa Ana —partir a su manera, pues de diez dejaba tres en la portería del convento y casi siempre en especie, en razón de que los dineros se los guardaba en saquetes debajo de la saya—, encaminóse a la ciudad a almorzar, a tomar un cuenco de sopa y un buen guiso de cordero con abundante pan en la taberna de Petra Aldana, con la que había hecho cierta amistad, pues que de tiempo atrás los lunes se presentaba en la ermita a que le leyera las rayas de la mano. E saludóla la mesonera:

—A los buenos días, María.

—Con Dios, Petra. Sírveme una sopa con tostones fritos y mojicones de tocino, una buena ración de ese guiso que humea en el fogón, un jarrico de vino recio e una hogaza de pan...

—He abierto un tonel y ha salido muy buen vino; ten, cávalo...

—¡Está rico...!

—Ha venido a preguntar por ti una mujer que no es de por aquí...

—¿Por mí? ¿Quién será? Todo el mundo sabe dónde estoy.

—Lo que me dijiste el lunes, me ha ido bien... Llevo echando el conjuro tres días seguidos y hoy me ha mirado...

—¿Ha venido el señor Francisco y te ha mirado? ¿Lo ves?

—Yo no me lo creía, pero sí... Me ha mirado... Es más, no me ha quitado los ojos de encima...

—¿Te atravesaba con la mirada?

—¡Se me comía!

—¡Albricias, hija!

—Si me pide que me case, me caso, que llevo cinco años viuda...

—Si necesitas que hable con él me lo dices; le puedo contar lo bien que cocinas, Petra... Que haces el lechón asado como nadie en esta ciudad, niña...

—Oye, María, ¿crees que todavía tengo buen aire?

—Pareces mismamente una moza... Oye, la mujer que ha venido, ¿qué quería?

—No lo sé. He intentado preguntarle, ya sabes, para pasar el rato, pero hablaba poco y no era de por aquí.

—Bueno, pues ya veremos...

—Enferma no estaba, quiá.

—El señor Francisco es el zapatero del camino al Juradero, ¿no? Tengo para mí que tiene dinero ahorrado y que harás buena boda...

—Yo también tengo lo mío... Lo malo es que tiene cuatro hijos mayores y, ya sabes, los hijos de otra aceptan de mala gana que los padres se vuelvan a casar y tratan de malquistar entre los esposos.

—No todos, no todos... Tú te los traes a la taberna, les das de comer y de beber en abundancia y besarán el suelo que pisas...

—¿Tú crees?

—Yo te lo digo, niña, con esas manos que Dios te ha dado aderezando guisos... Para asegurar más el amor del señor Francisco puedo darte unas migajillas que llevo en mi faltriquera, lo que me queda de un pan que me trajo la sacristana del cura de San Segundo, que son muy benéficas... Las llevas a su ventana a la noche cuando esté ya dormido, y verás... Si se las comen los pájaros, no te duela que le hablen de amor con sus trinos.

—¡Ea, tráelas, e guárdate el dinero! ¡Que hoy te sale de balde!

—A Dios, Petra, gracias...

—¡Déjate caer más a menudo por aquí!

María abandonó la taberna con el estómago lleno y bastante achispada. Iba hablando sola por la calle, riendo de la necedad de las gentes, diciéndose que, aunque

había hecho la gran magia de los príncipes, como llevaba varios meses ocupándose en cosas menudas, pronto olvidaría los encantos y conjuros que oyera a sus madres. Pues se limitaba a echar las suertes, a vivir de lo fácil, o lo que es lo mismo, del cuento, en razón de que oyendo a la mesonera se le había ocurrido lo de las migas de pan y, mira, el yantar le había salido gratis. Vivía de vender picardías en vez de hacer arte, en vez de tornar a su sitio un hueso dislocado o entablillar uno roto, o sanar la orina podrida o desatrofiar las venas mesentéricas, o aconsejar una esmeralda en vez de una piedra yemení de talismán, o adivinar el porvenir en agua clara, o llamar a la Dama de Amboto o conjurar a los demonios o rezar al Señor Dios, o, o, o... Y ya fuera por el vino o porque, de súbito, le había venido tristeza, movía la cabeza y rezongaba que ya no era bruja y hubiera podido llorar porque las gentes que le iban siquiera la llamaban «santa», el título que le dieron al llegar a la ciudad...

En ésas estaba, llegando a su casa, sin discurrir ya, fatigada por la mucha pendiente, cuando escuchó una voz a sus espaldas:

—¡Eh! ¿Eres María de Abando?

—¡Sí, yo soy! Por un lechón, contrahago virgos; por una manta, curo los lobanillos; por una gallina...

—Y por un nido de cuervos, ¿qué haces?

—¡Llamo al diablo! ¿Qué es esto, pardiez? ¿Qué deseas de esta pecadora que sirve a Dios como la última de sus siervos a la espera de alcanzar un lugar en el Cielo? —preguntó a aquella desconocida dejando de gallear brujerías, pues que no sabía quién tenía delante.

—¿Qué hace una bruja viviendo entre monjas? ¿Qué hace una bruja mentando a Dios?

—¡Oye, quien seas, que te hago un encanto que...!

—¡Bueno, escucha, te voy a decir a qué he venido!

—¡Dilo presto y lárgate con viento fresco!

—Te traigo la mitad de la herencia de María de Ataún... Vengo caminando desde Bilbao...

—¿Ha fallecido la señora María, la mejor sortiña de la ría del Nervión?

—¡Sí! Te dejó este talego y me ordenó antes de morir que te lo trajera... He andado casi quinientas millas y estoy asaz cansada...

—¿Qué se cuenta por Bilbao? Yo nací allí e recuerdo con gusto...

—¡Nada!

—¿Llueve?

—Llueve, se aleja el nublado y luce el sol...

—¿Estás enojada? ¿Tengo yo algo que ver? No te conozco, no he hecho nada para conocerte, no quiero saber de ti... ¡Llévate lo que has traído enhorabuena, o...!

—¡Si no escuchas lo que he venido a decirte o si haces algo contra mí, me

defenderé y haré mayores magias que tú, que yo también soy sortiña y la más aprovechada discípula de María de Ataún!

—Oye, me quieres asustar... Yo no te he hecho nada, siquiera deseo hablar contigo... Tente, pues, y di lo que hayas de decir con buenos modales...

—Te dejó mi maestra este talego... No lo he abierto porque me lo prohibió... No sé qué contiene...

—De acuerdo, lo recibo...

—¿Es que no vas a abrirlo?

—¡No! Lo haré cuando esté sola... Ve con Dios...

—¡A Dios, quizá volvamos a vernos!

¡Ah!, hubiera podido gritar María de Abando después de porfiar con aquella bruja, ¡ah!, que hubo de controlarse para no convertirla en sapo, ¡a qué aquellos malos genios...! Ella nada tenía que ver, hacía años que no se acordaba de la bruja de Portugalete... ¡E la mujer pidiéndole que abriera el morral cuando había salido mal de la casa de María de Ataún, que era mujer capaz de pudrir los trigos en unas horas, de quemar los hayedos en una noche y de hacer grandes maldades!

3

El primer día de octubre del año del Señor de 1470, la princesa Isabel trajo al mundo en la villa de Dueñas una niña que sería bautizada con su mismo nombre. Delante de su esposo, del arzobispo de Toledo, del conde de Buendía y su mujer, de tres notarios, un escribano, varios caballeros y damas, entre ellos Gonzalo Chacón y doña Clara Alvarnárez, a más de dos vecinos, y fue asistida por dos experimentadas matronas.

No hubo que lamentar insanias de ningún género en la actitud de la princesa que, aconsejada por su madrina, se tapó la cara con un paño y no vio nada. Es decir, que no contempló con sus ojos a la multitud de hombres y mujeres que llenaban su aposento, y tampoco oyó nada pues los asistentes guardaron respetuoso silencio. Amén de que, como venía avisada de los dolores, sangres y hasta de las menudencias del parto, no se asustó y soportó el padecimiento con resignación. Además, como el acto fue breve y la niña vino entera con lo que es común al hombre y con lo que es privativo de la mujer, aunque hubiera preferido un varón por garantizar su propia sucesión, se holgó.

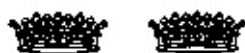
Pero resultó que el marqués de Villena venía trapaceando en el reino de tiempo atrás, tratando de atraerse a las grandes familias y, dueño del ánimo del rey Enrique —que tenía poca voluntad de por sí, como es dicho—, daba y daba lo que no era suyo. Otorgaba grandes mercedes, ducados, condados y muchos dineros, en detrimento de las rentas de la Corona, con lo cual los grandes le debían favores, los Mendoza entre otros. E con sus maquinaciones había conseguido que éstos le entregaran a dos rehenes de prosapia que tenían: a la reina Juana y a su hija.

E, claro, los partidarios de Isabel flaqueaban, pues hasta el rey don Juan de Aragón, extralimitándose a espaldas de sus hijos, los señores príncipes, había propuesto al dicho marqués que el hijo que pariera su nuera, es decir, doña Isabel, casara con la pequeña Juana, comúnmente conocida como la Beltraneja, concediendo a la par que Fernando e Isabel renunciaran a sus derechos sobre la corona de Castilla. E fue que el de Villena se negó a tal matrimonio, y que Isabel tuvo una hija, que nunca podría maridar con la dicha infanta... E fue que el marqués de los mil diablos además tuvo que enfrentarse con don Pedro, el amante de la reina Juana, que no era villano como se creyó en un principio sino persona de linaje. Éste no le quiso entregar a la dama, pero se la arrebataron los Mendoza en un hecho de armas, la mantuvieron de rehén y la trocaron con el privado a cambio de la tierra conocida como el Infantado. Otrosí fue que el marqués había concertado con el rey Enrique reconocer a la hija de la reina, a la Beltraneja, como primera heredera, en detrimento de su hermana Isabel en razón de que ésta, casándose sin su permiso, había desobedecido.

Por todo ello, el soberano se juntó con unos nobles en Valdelozoya el día 20 de

octubre de 1470 y dijo, desdiciéndose de lo que afirmara en la concordia de los Toros de Guisando, que doña Juana era hija suya. E la reina afirmó otro tanto y más, pues juró que era suya y de él, e ambos se amigaron ante la estupefacción de presentes y ausentes, pues que la dama era mujer de contentamiento. Y, tras asonar trompetas, se libraron cartas y se convino en la boda de la nueva sucesora, que tenía ocho años de edad, con el duque de Guyena, que ya fuera pretendiente de Isabel, y no se pidió a las Cortes que proclamaran a la nueva heredera, como *si no* existieran, como si el rey fuera señor absoluto de los sus reinos.

Una de las cartas expedidas en Valdelezoya llegó a Dueñas dos días más tarde y fue clavada en la puerta de la iglesia para que se enterara la vecindad de su contenido. Y, vive Dios, la princesa, recién parida, al conocer la noticia llevóse un disgusto de muerte, incluso tuvo una subida de leche cuando ya se le retiraba, e ahogos. Los mismos que padecieron el príncipe y la gente de la casa, pues que nadie se lo esperaba y, unos con más angustia, otros con menos, unos disimulándola mejor, otros peor, se tuvieron que tragar la ira que llevaban dentro de sus corazones y, tras encomendarse al Creador, esperar pacientemente el decurso de los acontecimientos.



Doña Gracia Téllez, que andaba disgustada por la postergación de Isabel en la línea de sucesión al trono de Castilla como mucha otra gente, tras mandar rezar una misa de acción de gracias en la iglesia de San Juan por el nacimiento de la infanta Isabel, volvió a consultar con el obispo de Ávila y recibió su bendición para maridar a sus bisnietas con los Torralba. Además, que el clérigo le encomió al padre, al fallecido Pedro Gil, y a doña Elvira, la madre.

Apartada cualquier duda de su mente sobre la conveniencia de los matrimonios, un domingo de noviembre a la salida de misa de diez de la Catedral ajustó por fin a María de Abando. Una muchacha rústica, procedente de las Vascongadas, de ojos negros como el azabache, de rostro agraciado y de la misma edad que sus bisnietas. Le prometió un caballo en pago de sus servicios y le habló largo de lo que pretendía:

—Mira, moza, tengo dos nietas... Dos mujeres de lunas que no quieren maridar... Quiero que les quites los pájaros que llevan en la cabeza para que presten atención al negocio de su matrimonio y, a ser posible, que se enamoren de sus prometidos... Porque yo, hija, me casé dos veces, una sin amor y otra con amor, y viví mejor con mi segundo marido que con el primero.

—Eso es pan comido, señora —sostuvo María.

—Además, como tengo vistos dos posibles novios, quiero que indagues de qué familia son...

—Lo haré a gusto, señora... Dígame su merced cómo se llaman e dónde viven

que soy muy buena alcahueta. ¿E por estos dos servicios me dará su merced un caballo? —preguntaba María asombrada.

—¡Sí! Pero guardarás silencio y no te irás de la lengua...

—¡Seré muda, señora, que me muera si abro la boca!

—No hablarás ni con mi criada, aunque te vaya a preguntar...

—Descuide su merced, ¿qué familia es la de los novios?

—Todavía no son novios, di mejor presuntos novios... La familia se llama Torralba, vive en la plaza de la Fruta, en una casa grande con dos portales a la calle...

—Conozco a los Torralba, acabo de hacer allí servicio... He sacado las ratas que había en la casa... ¡Cincuenta y dos ratas de más de un palmo!

—Quiero saber si son judíos, si guardan el sábado...

—Ya le puedo decir a su señoría que no, que son cristianos. Que me he fijado.

—¿Van a misa y comulgan todos?

—¡Todos van los domingos y fiestas de guardar, y la viuda hace mil caridades y va a misa a diario!

—¡Ah, bueno!

—Don Perogil, que ya falleció, fue judío pero se convirtió. Entiendo que don Perogil fue el padre de los muchachos...

—Sí.

—Y que los mozos son Andrés y Martín, porque no hay otros...

—Sí. ¿E quién vive en la casa?

—La viuda, doña Elvira, los dos mozos e tres mozas de nombre Catalina, Isabel y Elvira... E sé que hay dos hijos clérigos que viven lejos y una hija casada en otra ciudad... E muchos criados, pues son gente amillonada...

—Me has dicho lo que quería, pero deseo saber más de ellos, todo lo que se pueda... Cómo viven, cómo duermen, cómo comen, cómo alientan, qué sufren... ¿lo entiendes moza?

—¿E por esto me va a dar vuesa merced un caballo?

—¿No es lo que hemos convenido?

—¡Sí! ¿Y el hechizo de amor que he de hacer a vuestras señoras nietas?

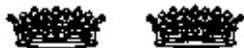
—Lo dejaremos estar de momento; primero, me sirves con esto, luego con lo otro... Volveré a llamarte con mi criada... Cuando hayas cumplido el encargo me informas, y te enviaré el caballo a la ermita del Cristo de la Luz... ¡A Dios!

—¡Vaya con Dios su señoría, que El allane su camino, colme sus anhelos e dé buena boda a sus nietecicas!

E fuese María admirada de su buena suerte.

La anciana llamó a Catalina, se colgó de su brazo e iba contenta por haber desechado lo del ensalmo, no fuera a causarles algún daño a sus bisnietas, pues ya eran mancas por su natura y bastante tenían. E iba alegre porque los Torralba fueran

gente piadosa. Divertida, además, porque la cocinera le preguntaba y ella le ocultaba el nombre de los novios, e hacía bien, porque, aunque le tuviera confianza, mejor no decir las cosas a las claras, pues en el ínterin podían surgir quizá dos pretendientes mejores que fueran de noble ascendencia y cristianos viejos.



Como doña Gracia Téllez le había prometido darle en pago a sus oficios un caballo que valía una fortuna, María de Abando acreció su propia estima, olvidó el negocio de la sortiña de Bilbao, la herencia de su antigua maestra, y tomóse mucho interés en servir a satisfacción a la señora. Por eso volvió varias jornadas seguidas a la casa de los Torralba a preguntar a las criadas, para luego poder decirle todo lo que oyera a la marquesa, que quería saber lo más posible de ellos.

Salía de la ermita a la hora prima con su morral, después de beberse el cuenco de leche de cabra que le llevaba la hermana Miguela y de mirar el cielo por ver cómo se presentaba el día. Caminaba a buen paso, entraba en la ciudad por la puerta del Grajal y en la primera taberna que hallaba al paso se echaba al colete un vasito de aguardiente, o dos, y compraba un cantarico para abrir la boca de los sirvientes de la familia Torralba, e se entraba luego por la puerta de las cuadras, dando de beber a los caballerizos y a las guisanderas, las más parloterías de la casa.

De doña Elvira, la madre, conoció que había estado casada con don Perogil durante veinticinco años, y que los dos habían sido de religión hebrea, aunque a poco de maridar se habían convertido al cristianismo, y lo que le decían:

—Ya sabes tú lo que pasa con los judíos que, de repente y las más de las veces sin más causa que ayer, son perseguidos.

—Lo sé.

—Doña Elvira, que es mujer muy piadosa, tomó tal nombre al ser bautizada, pues antes se llamaba Sara, y maridó con don Perogil, antes llamado Ibrahim Abenamar. Tuvo nueve hijos: Juan, que es obispo de Segovia; María, que está casada en Burgos; Alonso, que es arcediano en Sepúlveda; Pedro, que es contador del rey y regidor en Segovia; Andrés y Martín, que son caballeros y viven en casa, y Catalina, Isabel y Elvira, que viven también aquí y son doncellas casaderas.

—No tienen relación con otros hebreos —terciaba otra—, salvo doña Elvira, que trata con su cuñada, con doña Esther, que no se quiso convertir a la par que su hermano, y tiene una carnicería en el barrio judío, e viene alguna vez a esta casa e nuestra señora le da dinero, pues que tiene mucho... Nuestra ama es buena cristiana, va a misa diariamente, comulga y sale todos los años en la procesión del Corpus Christi y, a más de abonarnos el sueldo por Navidad, nos da buena propina, que aquí, hija, no estamos por la ropa y la comida, que cobramos buen dinero... E don Pedro,

el contador, nos ha dicho varias veces que si queremos nos lo guarda y que en veinte años nos hará un capital...

—Pero, oye, nosotras no queremos, que nunca se sabe lo que puede suceder... — apuntaba la primera.

—Hacéis bien, cada uno con lo suyo...

—Y el dinero cerca o enterrado...

—El año pasado me compré cuatro varas de brocado para hacerme un Vestido y encontrar un novio...

—¿Lo encontraste?

—¡No, porque vivo muy encerrada!

—Al alba se levanta doña Elvira y ya tenemos que estar dispuestas...

—Y acompañarla a la iglesia, que va más a gusto con nosotras que con sus doncellas.

—Bueno, bebed que está bueno el aguardiente...

—No vamos a poder preparar el almuerzo, de continuar así echaremos harina en vez de sal en el puchero...

—En esta casa hay mucho trabajo, María, y en la cocina sólo estamos nosotras dos...

—¡Ea, acercad esos vasos!

—A don Juan, el que es obispo, apenas lo conocemos, pues que se marchó a estudiar a Salamanca antes de que nosotras entrásemos a servir en esta casa... Lo mismo que don Alonso, el arcediano.

—Don Pedro, el regidor, que tiene del rey el cargo, es el más apuesto de todos... El más señor... Doña Elvira lo pone de ejemplo a los otros hermanos, que rabian de su buena fortuna, pues que ha aprendido los modos de la Corte.

—Andrés también es muy galano, pero tiene el genio vivo...

Le ha pedido a don Pedro que le solicite al rey Enrique que le arme caballero...

—¿Va con mujeres del común a muchos este Andrés?

—Por supuesto. Se dice incluso que tiene barragana con casa puesta en el rabal de San Nicolás.

—Martín, el otro soltero, también va con mujeres placentas.

—E los dos vuelven a casa al amanecer, muchos días borrachos... Que vienen de sus negocios, cenan con su madre y sus hermanas y, apenas éstas se van a la cama, ellos salen de parranda...

—¡Otro vaso de aguardiente, comadres!

—¡Ea, María, escancia!

—La señora está muy contenta de que hayas quitado las ratas...

—Las ratas y los espíritus pueden arrojar de una casa... ¿E Martín cómo es?

—Más calmado que Andrés... Su madre a veces se encorajina con él, le dice que,

si quiere ser caballero, ha de tener más agallas y la respuesta más presta, pues que habrá de ir a la guerra con el señor rey y no es cosa de niños, sino de hombres muy bragados...

—¿Pero vale para el acto carnal?

—¡Oh, sí, sí!

—A ésta la ha encorrido más de una vez por los pasillos...

—¿Y...?

—¡Nada, su madre lo vigila, a Dios gracias!

—¿Y esa María que está en Burgos?

—Tampoco sabemos della, pero está muy bien casada con un mercader... De los que llevan barcos cargados de lana a Flandes...

—¡Ah! ¿E las doncellas?

—A decir verdad, las doncellas son necias e impertinentes... Las que peor nos tratan...

—Con desabrimiento...

—A más, nos humillan todo lo que pueden...

—E siempre le sacan algún pero a la comida, que si está salada, que si el pastel está demasiado dulce, que hagamos pasteles, que por qué hacemos tantos pasteles, que no les gusta tal, que no les gusta cual... Pero, como son las señoras, nos tenemos que aguantar.

—E poner buena cara.

—E para mí, señora María, que Catalina habla con los espíritus...

—¿Cómo es tal?

—Oye, otro día te lo contaremos que tenemos que ponernos con la manduca...

—Bueno, volveré, quedad con Dios buenas mujeres...

—Que Él te acompañe...

E se iba María mosca, la mar de mosca, porque la tal Catalina, la mayor de las hermanas solteras, hablara con los espíritus. Y llamaba a la puerta de la casa de la calle de los Caballeros y le contaba a doña Gracia lo que le habían dicho las cocineras por lo menudo; cierto que a veces había de darse una vuelta antes de entrar y beber agua en la fuente de la plaza de la Fruta para despejarse la cabeza y quitarse el olor a alcohol.

La señora marquesa la recibía en el gran comedor delante de un gran fuego que crepitaba en la chimenea y del retrato de un hombre de grandes ojos.

La dama la escuchaba muy atenta y, al terminar, hacía que Catalina le diera alguna cosa, un cacho de empanada, una coca de sardinas en los días de vigilia o una tortilla entre pan. E no le preguntaba nada de su vida, ni de dónde era ni qué hacía ni si era feliz o infeliz ni si tenía novio o padre o madre... Por eso María tampoco le preguntaba dónde estaban sus señoras bisnietas ni qué ruidos eran éstos ni si estaban

de albañiles. Ciertamente que a la semana de entrar en la casa de la calle de los Caballeros a gusto hubiera preguntado si acaso estaban buscando un tesoro.

Mil veces leyeron los príncipes —que de la noche a la mañana habían pasado a ser infantes— la real cédula que fue clavada en la puerta grande de la iglesia de Dueñas con la declaración de don Enrique, con el juramento de la reina Juana, con la designación de la Beltraneja como primera heredera y con la revocación del nombramiento de Isabel como tal. Y menos mal que eran personas animosas pues que, como las desgracias nunca vienen solas, hubieran podido caer en la melancolía al terminar de leer los cinco pliegos del documento y enterarse de que se había celebrado el matrimonio a futuro de doña Juana, la hija de la reina, con el duque de Guyena, el hermano y heredero del rey Luis XI de Francia.

Menos mal que supieron responder y enviaron cartas, que Isabel no quería ir en armas contra su hermanastro, nada más fuera por cumplir el testamento de su señor padre explicando los pormenores. Escribieron doce pliegos, clamando que el rey había pospuesto los negocios de la ley, el derecho y lo declarado en Guisando, donde había aceptado que la actual primera heredera no era hija suya, cuando, ahora, volvía a serlo, al parecer... Argumentando que lo que antes no era, no puede ser ahora, que el comportamiento del soberano no era propio de rey, entre otras cosas, porque había despojado de la villa de Arévalo a la reina viuda... Y aún contaron la historia de Bernaldo del Carpió y hablaron de la derrota del antiguo emperador Carlomagno en Roncesvalles, pero fue en vano... Porque no podían hacer otra cosa que salir de Dueñas cuando se sentían amenazados, refugiarse en Valladolid y salir corriendo para Ávila cuando se oía que las tropas del marqués estaban cerca y, en uno u otro lugar, escribir al arzobispo de Toledo que andaba enojado con ellos, pues no le habían consultado al enviar la carta...

Y lo que comentaban los esposos:

—Fernando, no puedo hacer nada, salvo recuperarme de mi parto e hacer carantoñas a la niña...

—Y yo de los moretones que me produjeron las coces de aquel maldito caballo...

—Cuando te repongas sales de caza.

—Tú con la niña estás entretenida...

—¡Es preciosa, preciosa, se parece a ti!

—¡Es tu viva estampa! Tiene tus mismos ojos...

—Oye, Fernando, hace tiempo que no me dices que te gustan mis ojos...

—¡Ah, mujer!

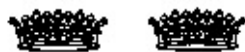
—¿Qué le sucede a mi rey y señor?

—¡No me llames rey!

—¿No eres rey de Sicilia?

—¡Sí!

—¿Pues, entonces...?
—¡Yo quiero ser rey de Castilla!
—Yo quiero ser reina también...
—¡Ven...!
E Isabel iba.



Después de meses de trabajo en las bodegas y en el desván de la casa de la calle de los Caballeros, las dos marquesitas mancas de Alta Iglesia ocuparon el piso alto con sus esclavas, escobas, picos y palas, e parecían mismamente una cuadrilla de albañiles. Para San Blas, Juana dio las primeras muestras de cansancio en la búsqueda del cofre del rey moro, pues dejaba que trabajaran las otras y se ausentaba de las habitaciones para acompañar a la bisabuela, tal decía. E como doña Gracia la recibía con grande alegría e le hablaba, a más de de don Beppo, de millares de cosas, entre otras de la inutilidad de la pesquisa, consciente la moza de que estaban arruinando la casa, tan buena casa, y de que un negocio era picar en las bodegas, y otro, muy otro, en las habitaciones principales, fue dejando aquellas labores sucias, que siempre andaba con la cara blanca de albayalde, para atender otros negocios.

Además, que había comenzado a acompañar a su antecesora cuando se asomaba a la ventana todos los días a la caída de la tarde y, ay, que veía pasar a dos mozos, muy erguidos y gallardos en sus cabalgaduras, sobre todo uno, el más menudo de los dos, y por eso también fue dejando el pico y la pala. Y quizá fuera porque doña Gracia le hablaba de sus amores o porque le recitaba versos de micer Petrarca, que había estado locamente enamorado de una dicha doña Laura, y de otro poeta, de un tal don Dante, que había penado hasta el delirio por una tal doña Beatriz, pues según la bisabuela, el amor hacía perder la cabeza a hombres y mujeres, y no sólo la cabeza sino mucho más, hasta la honra a veces, el caso es que Juana suspiró y se enamoró, o creyó enamorarse, del caballero Martín, de apellido Torralba, e vecino della. Y comenzó a hacer oídos a las pretensiones de doña Gracia que deseaba, para poder morir en la paz de Dios, dejar a sus bisnietas felices y en buena compañía, casando a ella con Martín y a Leonor con Andrés, el otro jinete, muy apuesto también y más corpulento que su hermano.

Así las cosas, abandonada la piqueta, con la mirada lánguida, con el corazón acelerado y a veces hasta con el estómago revuelto, Juana Téllez pretendió convencer a Leonor para que abandonara la búsqueda del cofre del rey moro en manos de Dios, pero las hermanas acabaron discutiendo y enojadas. Porque no valía que Juana dijera que no tenían necesidad de encontrar ningún tesoro para que las sacara de pobres, y que tenían mucha riqueza tanto en moneda contante como en bienes inmuebles. Ni

que asegurara que a la bisabuela los judíos de Milán le guardaban dos arcas llenas de oro de al menos una arroba de peso cada una. Ni que poseían casa de piedra en aquella ciudad frente por frente al palacio ducal, otra de campo a orillas del Tesino, dos castillos en Castilla con sus villas, y la mansión de la calle de los Caballeros, a más de otras rentas en juros de heredad y lo que quedaba en el arca de don Juan, su señor padre. Ni que apercibiera a su hermana de que la obstinación es mala compañera, por no hablar de la curiosidad, la peor de todas las compañías. Ni que le advirtiera que estaba derruyendo la casa, tan buena casa, y que era tiempo de detenerse para no destruir el gran comedor o el aposento de la bisabuela, lo único que quedaba por picar. Ni que entre escombros no podían vivir. Ni que le dijera:

—Escuchemos a la abuela... Tiempo tendremos de encontrar el tesoro.

No valía. Leonor no quería hablar de bodas y, azuzada por Marian, insistía en la existencia del cofre.

E, claro, la abuela hubo de poner coto a aquella sinrazón.

Porque doña Gracia había tenido paciencia con sus bisnietas, les había consentido todo o casi todo y les había permitido incluso que destrozaran una casa tan buena. No recibía visitas para que las personas ajenas no vieran los destrozos, y sólo dejaba entrar a la Niña del Cristo de la Luz haciéndole subir la escalera casi a oscuras. Venía viviendo con escaso servicio, iba andando a la catedral o a la iglesia de San Juan en vez de en carruaje o en litera como correspondía a su posición. Había padecido innumerables dolores de cabeza causados por el ruido constante de la piqueta. No había puesto a sus descendientes a estudiar gramática ni latín, ni a leer el Kempis o *El cancionero* de Petrarca. No las había regañado cuando había sorprendido a una o a otra bebiendo a morro del jarro del agua, en fin, que les había consentido casi todo para que afirmaran su carácter e hicieran alguna cosa por su cuenta, pero cuando entró Leonor a su dormitorio con ayudantes y cestos, se plantó y dijo no. Aunque de poco le valió, porque la joven la emprendió contra las paredes del comedor.

E lo que son las cosas, la abuela y Juana, las dos disidentes, hubieron de tragarse sus negativas, sus consejos, sus recomendaciones, sus molestias y sus quejas, porque, vive Dios, la mora Marian, a poco de iniciar la tarea en aquella habitación, picó hueco y avisó:

—¡Alabado sea Alá, Señor de los mundos! ¡Aquí suena a hueco, Leonor...!

E la marquesita se acercó rápida exclamando:

—¡*In xá Al-láh!*

E dio un golpe con toda su fuerza y, Señor Alá, se desprendió media pared.

A las voces y al fragor del derrumbe acudieron la bisabuela, Juana y Catalina. La primera observó atónita, la segunda y la tercera se pusieron a ayudar. E todas, jóvenes y criadas, alegres, desescombraron y limpiaron y, ay, que dieron con un altarcillo que llevaba tapiado a saber cuántos siglos. E como Marian pasó la escoba y luego un

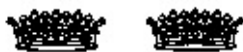
plumero, las seis vieron, pese al pasmo que llevaban encima, una tabla pintada de dos varas de altura y otras tantas de anchura clavada en la pared, un altar de una vara de largura y, encima de éste, una arquilla, ¡bendito sea Dios, bendito sea Alá!, forrada de cuero, del llamado cordobán, exacta a la de la leyenda del cofre del rey moro, pero más chica. Quizá porque las buscadoras de tesoros, puestas a imaginar, lo habían creído grande, muy grande y, vaya, que era muy chico.

Embargada por la emoción, Leonor llegó al altar, tomó el cofrecillo con su mano buena e, como necesitaba de otra mano para poder abrirlo, llamó a su hermana que acudió presta y, como juntas, con la mano que cada una tenía, hacían lo mismo que una persona con dos manos, la una lo sostuvo y la otra alzó la tapa, pero no se abrió, pues estaba cerrada con llave. E Leonor, que llevaba la iniciativa en todo aquel negocio, pues que no en vano había perseverado hasta el final, pidió a las esclavas una piquetilla, depositó la arqueta en el ara del altar e pretendió abrirla a golpes, pero con los nervios no atinó, y el caso es que la destrozó toda.

Así las cosas, volcó el contenido en el ara del altar e aparecieron unos pétalos de flor, una rama de olivo con hojas, secas también, e un pergamino muy chico con unas letras muy prietas y muy borrosas, e de joyas y dineros, nada. Con lo que las seis mirantes se adujeron cada una para sí que no podía tratarse del cofre de don Tello, sino de otro, y torcieron el gesto pero se guardaron muy mucho de expresar sus pensamientos, al menos de momento.

Leonor le preguntó a su bisabuela si estaba al aire la capilla encontrada cuando ella se marchó a Milán, y al responderle la dama que no, se amohinaron todas aún más, pese a que la tabla pintada era buena y antigua, el altarcillo de fina labor y el contenido de la arqueta misterioso de lo más.

Se desanimaron tanto que dejaron la búsqueda del cofre del rey moro. Ciertamente que investigaron los hallazgos, e discutieron y las tres Téllez se alzaron la voz. Pues que decía Leonor que, aunque no fuera el verdadero cofre de don Alí, el cautivo de las Navas de Tolosa, algo tenía que ver con él, pues que el pergamino estaba escrito en árabe, negocio que Wafa, que sabía leer y escribir aquella lengua, corroboraba.



Como doña Gracia Téllez le envió con la mora Marian el caballo prometido, un buen jaco boquifresco, María lo tomó. Lo llevó al prado a que pastara, al abrevadero a que bebiera; lo cepilló y le acarició la crin del cuello, y anduvo todo el día muy emocionada esperando la llegada de la noche para regalarle el bicho a Mingo, como tenía pensado de tiempo atrás.

Y, en efecto, se presentó el mozo entre las nueve y las diez e venía canturreando una cancioncilla, alegre al parecer, y más contento se puso cuando levantó el farol y,

al acercarse, contempló a María fuera de la ermita con los ojos risueños, la sonrisa clara e con un precioso caballo de la brida. E, como hubiera hecho cualquier hombre, no tuvo palabras para la moza sino para el bicho, del que dijo, examinándolo linterna en mano, que era un jaco albazano, anquialmendrado, y mirándole los dientes que era dentivano y, cuando le levantó las patas para verle los pulpejos de los cascos, aseguró que escarcearía bien —tal sostuvo como si supiera de caballos todo lo que está escrito y más—, y le acarició la crin del cuello y la bestia se dejó hacer, como si el joven fuera su amo y lo conociera de toda la vida.

Entonces María exclamó:

—¡Es para ti, Mingo, te lo regalo!

—¿Para mí? ¡Estás tonta moza, lo puedes vender en el mercado y sacar muy buenos maravedís!

—¡Mingo, es para ti; lo pedí en pago a un trabajo para regalártelo!

—¡Oh, pardiez, María!

—Es para ti...

—¡Oh, María, qué has hecho! ¿Has cambiado el sol de lugar?

—Es tuyo, Mingo, con él podrás dejar tu oficio de contador e alistarte en las tropas del concejo de Ávila para empezar a caminar tu brillante destino... Acuérdate que predije para ti el día en que nos conocimos que llegarías a ser rey de un país al que me fue imposible ponerle nombre aunque me hubiera gustado, porque el agua me dice algo, pero no todo... Toma el caballo e cuídalo...

—¿Tú crees que mi porvenir está escrito?

—Ya lo creo, Mingo, el tuyo y el de cualquier hombre y mujer, sólo es menester leerlo...

—¿Y en mi porvenir sale una mujer llamada María de Abando que nació en Bilbao, que es ensalmera, curandera y brujilla... Que posee unos ojos como dos estrellas, una boca que llama a ser besada y un culo como un sol...?

—¡Mingo, no empieces!

—¿Sales tú en mi porvenir?

—¡Sí, Mingo, sí, pero no me atontes! Llévate el caballo... ¡Mañana hablaremos largo!

—¡Ea, gracias, María! Eres como un ángel para mí... Nunca me había regalado nadie nada...

—¡A Dios, Mingo!

Fuese el contador como unas pascuas, el caballo de la brida, e lo dejó en las cuadras del convento de Santa Ana. Pero a la mañana siguiente fue llamado por la abadesa, que le pidió su parte e, sin acordarse del juicio de Salomón y sin encomendarse a Dios ni al diablo, como el bicho no se podía partir, se lo requisó. E hizo mal la priora, muy mal, porque el Mingo le fue a su novia o a su benefactora, o

lo que fuera, con el cuento, y María montó en cólera, no por él, pero sí delante de él.

E fue que se plantó en medio del camino y, alzando los brazos al cielo y puesta de espaldas hacia el levante, gritó y, Santa María, movió los vientos promoviendo una tempestad de tierra y agua, e hasta las ventanas y las puertas del cenobio temblaron y se oscureció el sol por toda la comarca durante media hora o más, a la par que descargaban truenos y relámpagos muy próximos... Y a no ser porque el Cristo de la Luz se estaba poniendo perdido de polvo, y otro tanto el Mingo, que temblaba como una hoja zarandeada por el viento, y otrosí la autora de los malos vientos, ensopados los dos, a saber cuánto tiempo hubiera durado y qué daños hubiera ocasionado aquel turbión que se contempló netamente desde las almenas de la ciudad.

Por el Cristo, por el Mingo y por ella, María se contuvo e no hizo mayores males, pero bien pudo hacerlos como acababa de demostrar, pese a que se había dicho que ya no valía para ejercer su arte. Eso sí, airada como estaba, pensó en abandonar la ermita y a la abadesa y, tras despedir al Mingo asegurándole que hablaría con la priora sobre el caballo, se encerró en la iglesuela, se levantó la saya, se desabrochó el cinturón y observó los saquitos de dinero que llevaba cosidos en él y bien tapados, por hacer algo, por acallar sus nervios, por ver qué hacía. E, sopesándolos, se dijo lo que se había dicho otras veces: que llevaba demasiado dinero encima, que debía comprarse una casa o llevarlo a algún judío para que se lo guardase y en veinte años le acreciera un capital, e se apresuró a esconder su fortuna a los pies del Cristo en el hueco existente entre el altar y la pared, a la espera de tomar determinación...

Y en esto tentó por casualidad el talego que contenía la mitad de la herencia de María de Ataún, el que le había entregado la sortiña del Nervión con tanto desabrimiento y, sosteniéndolo en sus manos, se adujo que tiempo era de conocer su contenido. Ni corta ni perezosa, se levantó para encaminarse al bosquecillo lindero con la alta tapia de las Gordillas, pero para no mancharse los pies de barro, porque habían caído chuzos cuando levantó la tempestad, se acomodó en el suelo de la iglesuela y procedió a la apertura del morral.

No todo eran adversidades para los señores infantes que habían recibido juramento de fidelidad de las gentes de Asturias, Vizcaya y Guipúzcoa. Don Fernando había ingresado en la prestigiosa orden de caballería del Toisón de Oro, por deferencia que había tenido con él el duque de Borgoña. La niña Isabel se criaba fuerte y sana y ya correteaba. Los nobles venían a platicar con ellos y les traían regalos. El duque de Guyena no quería saber nada de su esposa, de doña Juana, dicha la Beltraneja, con la que había marido a futuro y ni siquiera cruzaba cartas con ella para decirle que vendría a Castilla o iría ella a Francia, o que no habría fronteras entre los dos países, o que cabalgarían juntos por los verdes prados o visitarían tal monasterio y harían ofrenda, o bailarían una gallarda en su castillo de tal o harían esto o estotro; no le decía palabra ni por elemental cortesía... Además, el fracaso del marqués de Villena era manifiesto, pues hasta los que habían recibido mercedes de él se iban de su lado, y las gentes del común y casi todas las de linaje veían con buenos ojos a los infantes que con su buena conducta preconizaban mejor futuro para el reino... Amén de que llegó a España el cardenal Rodrigo de Borja, sustituyendo al legado pontificio anterior, con manda de Su Santidad Sixto IV que quería organizar un poderoso ejército que detuviera al turco en los Balcanes.

El dicho Borja, llamado Borgia en Italia, era nacido en Játiva y obispo de Valencia. Como traía bula validando el matrimonio de los príncipes, Fernando fue a recibirlo a Barcelona y allí se albrició al conocer la buena noticia de que el cardenal, que portaba poderes del Santo Padre, aceptaba los pactos de los Toros de Guisando y denegaba lo hecho en Valdelozoya. A cambio de aquel favor, el príncipe, tras escuchar las nuevas, se comprometió a luchar por la cristiandad, y tal hizo a lo largo de su vida, y ya se apresuró a escribir a su esposa comentándole tan excelentes nuevas.

Doña Isabel respiró aliviada al leerlas, pues que, aunque casada con todas las bendiciones, al maridar con la falsa bula que presentó en sus esponsales el arzobispo de Toledo, había vivido en irregular situación, por no decir en pecado, que más de una vez se lo dijo pero, vaya, que se resolvió todo, a Dios gracias.

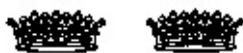
Llegó Borja a Castilla y fue agasajado, e todo parecía ya estar de lado de los cónyuges, e más que estuvo todo, pues la reina Juana abandonó al rey Enrique e largóse con su amante el Pedro de Castilla, a quien contentó con otro hijo, el cuarto.

Andaba el de Villena acaparando más y más señoríos, pero desesperado, pues hasta el rey se le escapaba de las manos y, enfermo, escuchaba de labios de sus espías que don Enrique había hablado de la sucesión con el legado que había venido a estropearlo todo. A estropear más lo que estaba estropeado, o perdido quizá, pues que, amén de trastocar la política del reino, trajo noticia de que don Pedro González

de Mendoza, obispo de Sigüenza, iba a ser promovido al cardenalato, lo que encolerizó sobremanera al arzobispo de Toledo, que tenía más méritos que el otro para ocupar tal prebenda. Con todo no hubo manera de juntar a los linajes de Castilla para dirimir qué hacer con doña Juana la Beltraneja, la sucesora.

Además, el 16 de octubre de 1472 la ciudad de Barcelona se rindió al rey don Juan de Aragón, y el príncipe Fernando dejó Castilla con cuatrocientas lanzas en ayuda de su padre y con una letra en su pendón, la Y, por Isabel. Que se quedó apesurada y se recogió unos meses en Talamanca, feudo de Carrillo, cercano a las tierras de los Mendoza, hasta que se trasladó al Alcázar de Segovia con su hermano y con su buena amiga Beatriz de Bobadilla, pese a que la fortaleza había corrido peligro de caer en manos del marqués de Villena.

La Bobadilla organizó que Isabel fuera recibida por don Enrique. E venida ésta al Alcázar el 30 de diciembre de 1473, un día gélido, fue a besar la real mano y los reales brazos la abrazaron y la real persona cenó con ella. E luego se vio juntos a los hermanos jugando a tablas o bebiendo una copa de vino, Isabel de toronja, pues que no gustaba del jugo de Noé, y escuchando a los bufones que en presencia de la princesa callaban las groserías, o cabalgando, holgando al pueblo, después de todo. Pero, a primeros de enero, el rey enfermó gravemente e trasladóse a Madrid, donde ni hizo ni deshizo, pues sufrió el mal de ijada que lo llevó a la muerte en pocos meses. Es más, dejó que Fernando arreglara unos asuntos entre los Pimentel y los Mendoza, pleitos de familias nobles que afectaban a todo el reino. No quiso ver a nadie, salvo a su capellán, y se comentó que, enterado del fallecimiento de su valido el marqués de Villena, ya no abrió la boca ni para responder a los que le preguntaban si la Beltraneja era hija suya, pues que agonizaba lentamente, para morir el 11 de diciembre, día en que nombró albaceas testamentarios y les encomendó a doña Juana, a quien otorgó otra vez el título de princesa, con lo que eso podía acarrear.



Va dicho que en el gran comedor de la casa de la calle de los Caballeros de la ciudad de Ávila, la mora Marian encontró una capilleta tapiada y muy antigua, con una tabla pintada muy buena, un altarcillo de buena traza y una arqueta de cordobán que Leonor destrozó completamente para poder abrirla, y fue menester tirarla.

La marquesa guardó el contenido: los pétalos de la flor, la rama de olivo y el pergamino, escrito en árabe con letras muy prietas. Después de examinarlo una y otra vez, después de convencerse de que no habían encontrado el cofre de don Tello, tras muchos trabajos y consultar con Wafa, Leonor llegó a la conclusión, ante la admiración de su bisabuela, que no veía nada en el pergamino ni con los espejuelos puestos, de que el escrito reproducía la *Fatiha*, la primera azora de El Corán,

conteniendo la primera aleya, llamada *bas mala*, y la siguiente, las mismas que traían ella y su hermana en un saquillo colgado del cuello desde que nacieron, pues se la pusieron las esclavas moras para que Alá las protegiera de todo daño en su vivir. Wafa la recitaba de memoria:

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso...

Pero oyendo a la mora, doña Gracia desengañaba a Leonor, a la par que le preguntaba:

—Algo más dirá el escrito... Lo que recita Wafa es una invocación, una oración.

Que, vaya, o no decía nada más o las buscadoras eran incapaces de descifrar qué.

En otro orden de cosas, las dos jóvenes marquesas aceptaron que entraran albañiles en la casa para reparar los daños ocasionados durante la infructuosa búsqueda del tesoro. Y, por fin, escucharon a su bisabuela, que les dijo palmariamente que, habiendo cumplido los veintitrés años, debían maridar o entrar en religión, y las puso en el brete de elegir. Por eso se asomaron con ella a la ventana del gran comedor a ver pasar a los dos Torralba cada día a la puesta del sol. E ya fuera porque a Juana se le había revuelto el corazón con anterioridad, ya fuera por los versos de micer Petrarca que recitaba la dama a toda hora, ya fuera porque les hablaba de su pasión por el *condottiere*, que le había correspondido hasta en el momento de morir, pues que falleció con su nombre en los labios, ya fuera porque estaba de Dios, el caso es que también se alteró el pulso de Leonor. Y, como ninguna de las dos gemelas dieron la menor importancia al hecho de que Andrés y Martín fueran descendientes de judíos conversos, entre otras razones porque no sabían bien qué era eso ya que habían vivido sin tratar con gentes ajenas a la casa, dada su manquedad que no era de exhibir, y entre dos religiones bien diferenciadas, ora encomendándose a Dios, ora a Alá y las más de las veces a los dos, o fuera porque no le supieron decir que no a la bisabuela, convinieron con ella en que les arreglara casamiento con los mozos.

Y es que era difícil no encandilarse con la pasión de doña Gracia cuando hablaba de sus amores con don Beppo de Arannola. Del desasosiego permanente que sufriera en sus veintiún años de matrimonio, ya estuviera su amado en casa o haciendo la guerra, ya fuera de noche o de día. O de la muerte de su amado, con su nombre en los labios, en vez del nombre de Dios, tal susurraba la anciana, pecando de impiedad, pues que le parecía excelente que el *condottiere* pronunciara su apelativo en vez de pedir favor al Señor en su último trance, al menos tal deducía Catalina, y lo comentaba con las moras en las cocinas después de cenar, una vez fregados los vajillos. Es decir, cuando dejaba de andar por la casa con la escoba, el cubo y la bayeta limpiando detrás de los albañiles, y cuando descansaba ella también de los versos del Petrarca, que ya se sabían de memoria todas las habitadoras de la casa:

Esta mansa fiera, corazón de tigre o de osa,

que con traza humana y forma de ángel viene...

O:

*Una candorosa cierva sobre la hierba
verde se me apareció.*

O... o... o... Que todo eran trovas en la mansión de la calle de los Caballeros.

—¡Cuánta necedad, hijas! —se quejaba Catalina a las esclavas, que le respondían:

—¡Ten cuidado, no hables tan alto! Doña Gracia está por estas bodas, si nos oye murmurar se enojará...

—Y nos mandará azotar o nos largará de casa...

—A nosotras nos vendería...

—Y viejas ya, no nos querría ningún amo...

—No... La señora es buena y las niñas, mejores...

Así las cosas, unas moradoras suspirando y otras renegando, un día llegó Wafa con la noticia:

—¡Los novios son dos Torralba! ¡Los de la casa grande de la plaza de la Fruta!

Y Catalina no se pudo reprimir:

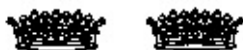
—¡Son judíos! ¡Dios nos asista! —tal exclamó e, dejando el puchero al fuego, fuese a rezar a la iglesia de San Juan.

Las moras, mientras se encaminaban a barrer las cuadras, comentaban:

—¿Qué tendrá que ver que sean judíos? Nosotras somos moras y hemos criado a las niñas en el amor de Alá y del prójimo...

—Ellas sabrán convivir con sus maridos, del mismo modo que lo han hecho con nosotras...

Y menos mal que no las escuchó la cocinera, pues les hubiera preguntado en el amor de qué Dios las habían criado.



María, oculta del mundo entre las paredes de la ermita del Cristo de la Luz, se sentó en el suelo, se alisó la saya, tomó en las manos el morral de la bruja de Portugalete y, sin miedo, lo abrió, consciente de que si había retrasado la apertura, acallado su curiosidad y hasta olvidado la existencia de aquella herencia, fue por miedo. Porque María de Ataún en vida había sido bruja capaz de cometer grandes maldades. De trocar a un hombre en sapo, de llevar al hombre convertido en sapo al aquelarre de la campa de Miravilla —donde se juntaban cincuenta o sesenta ollas con sus dueñas, a

cual peor— para ser muerto a varazos con los sapos verdaderos y hacer untura mágica. Y también de llenar de gusanos un manzanal para terminar con él en pocas horas. O acabar con los trigos de diez millas en derredor en una noche, pero ya no tenía miedo María de Abando, no.

En razón de que había pasado tiempo más que suficiente para que el talego, de guardar en su interior alguna maldad, hubiera hecho daño, y no. Por eso lo desató ante la sola presencia de su perro *Mot*, y sacó un queso podrido envuelto en tela embreada, que olía tan a demonios que hasta al can lo repelió; y, volcándolo sobre la saya, cayó un saquillo muy chico, de los que las gentes llevan colgados al cuello para evitarse pavores y recibir favores, que la mujer reconoció al instante. El saquito de María de Ataún conteniendo los huesecitos de las manitas de un niño malparido, que tanto había apreciado la bruja... Y, claro, María lanzó un profundo suspiro al recibir tan buen regalo de una mujer con la que no se había entendido y hasta había terminado mal...

Se lo colgó del cuello e se llenó de una rara energía, tanto que hubo de aspirar y espirar, e se lo quitó e se lo puso y otro tanto le volvió a ocurrir, pero con la mente muy clara se dijo que aquellas cosas, el queso, el saquete y el talego, por muy valiosas que fueren y contuvieren alguna virtud, no eran la media herencia de María de Ataún, entre otras razones porque no había ni una puta blanca ni un maldito maravedí. Tal dedujo la muy ordinaria, que tantos años tratando con monjas y contemplando los ojos lastimeros del Cristo de la Luz todavía no eran suficientes para que de tanto en tanto no salieran de su boca palabras groseras.

Con aquellos objetos que ya formaban parte de su hacienda, tentando las manitas del niño malparido, que ya no le producían ansia en virtud de que ella se había acostumbrado a ellas o viceversa, salió de la ermita a tirar el queso lejos, pues que ni el can lo había querido catar de tan podrido que estaba. Después, sentada en los escalones de acceso a su casa, reflexionó aduciéndose que, dada su juventud, quizá se hubiera portado mal con la bruja de Ataún, que era la mejor hechicera de la zona y la superaba en todas las artes, excepto en hacer untura, menester en el que ella no tenía parangón, y así se lo había reconocido su patrona múltiples veces e la enviaba a la charca de Mendieta a buscar sapos y la obligaba a preparar cada día una libra de unguento. Claro que era mucho quehacer tanto majar con el almirez, e añadir tripa de limaco y patas de salamandra, a más de buscar tritones en un manantial, e cribar los menudos e cocer todo en la olla a fuego lento. Lo hubiera hecho incluso a gusto, pero, como quiso que le limpiara la casa como si fuera criada, eso no.

E estaba en aquellos pensamientos e le venía gana de volver a su tierra por tornar a ver los verdes prados y por asistir a los aquelarres, a la par que se decía que allí, entre conventos, aunque viviera cómoda ciertamente, estaba desaprovechando sus grandes artes... Pero también le venía deseo de llamar al Mingo al bosque y, ay, de

hacer con él lo que no hace dueña honrada... Consciente de que le daría una alegría al hombre, tanto que lo había evitado, y es que, de repente, se le había puesto un diablillo en sus partes de mujer, pero como no era necia se dio cuenta de que aquellos ardores procedían de los restos del niño malparido pues que, abriendo el saquete, se los había echado en la mano para examinarlos y la mano, vaya, le descansaba encima de la saya muy cerca de donde se le revolvía su natura de mujer. Los alejó, y a poco le desapareció aquel hormiguillo. Así las cosas, tras preguntarse qué pardiez habría pretendido la bruja de Portugalete enviándole el saquete, convino consigo misma en qué podía ganar mucho dinero con él, prestándolo a los hombres que tuvieran el miembro mortecino y a las mujeres que fueran incapaces de sentir en sus partes femeninas.

Y, pensando en los regalos recibidos y en cómo le pediría a la abadesa de Santa Ana el caballo de Mingo, se durmió bajo los rayos de la luna llena que hacían brillar los ojos del Señor Cristo como dos lumbreras.

6

Isabel, que estaba en Segovia, recibió noticia del fallecimiento de su hermanastro, Dios lo tenga con Él, en la madrugada del día 12 de diciembre, en ausencia de Fernando, que andaba luchando contra los franceses en el Rosellón, pues que habían vuelto a invadir aquella tierra que había sido del señor don Juan de Aragón.

Se supo luego que, poco después del segundo canto del gallo, había llamado un mensajero a la aldaba del Alcázar de Segovia y clamó a la guardia a grandes voces asegurando que traía noticias para doña Isabel. E los de la muralla le preguntaron qué noticias tenía, no fuera a tratarse de alguna treta, pero él se negó a responder. Ante la falta de contestación, los soldados levantaron de la cama a don Andrés Cabrera, el alcaide de la fortaleza, que casualmente yacía en su lecho conyugal con doña Beatriz de Bobadilla, su esposa. Ambos se echaron un manto por los hombros e fueron a interrogar al correo que, vaya, era hombre empecinado, e volvió a preguntar por la señora princesa.

Cabrera, demostrando que primero era soldado e luego servidor del rey Enrique e de su señora hermana, por este orden y por lo que pudiera suceder, le arrancó a un guardia la lanza y la arrojó a media vara del alborotador, que viendo el cariz que tomaban las cosas, habló al alcaide por fin, o a quien fuera aquel gigantón que a poco más lo mata, diciendo:

—El rey Enrique ha muerto... Llevo manda de comunicárselo a la princesa doña Isabel...

Los hombres que estaban en la almena demudaron la color, e fue el jaleo en el Alcázar. Porque entró el dicho mensajero e repitió lo que ya dijera y, antes de que pidiera agua para él y su caballo, ya estaban arrasados de lágrimas los ojos de Cabrera, los de su mujer, los de los soldados e ya acudían las gentes al patio de armas: soldados, capellanes, pajes, criados, guisanderas... Y ya los clérigos asonaban las campanas tocando a muerto e con los tañidos la noticia se extendía por la ciudad y comarca... E las gentes lloraban, e la pequeña infanta Isabel, que todavía no había dejado la teta, también.

La princesa fue informada por doña Beatriz, que entró en su aposento en camisa de dormir como una tromba, sobresaltándola e, sin esperar a que se repusiera del susto, le dijo:

—¡Isabel, tu hermano Enrique ha muerto! —e fue necio que dijera el nombre del hermano, pues que no tenía otro.

La joven, que había pensando muchas veces qué hacer en aquel momento, quedóse pasmada, por eso hubo de repetirle la dama:

—Isabel, tu señor hermano ha muerto...

Pero la princesa meneaba la cabeza, se tapaba la cara con las manos e no se

levantaba de la cama, cuando, Señor, Señor, tenía tantos quehaceres: aviarse, dolerse en público, llorar, escribir a su esposo y conminarle a que viniera raudo, presidir el funeral por el muerto y, ay, Jesús, proclamarse reina...

Llegó Cabrera a la habitación de Isabel con el mensajero, quien, observando a la princesa, que se tapaba los ojos como queriendo esconderse del mundo, exclamó:

—¡Castilla por doña Isabel!

Frase que corearon todos los presentes. Así que constató la princesa que al menos allí, en el Alcázar, un puñado de castellanos estaba por ella, y suspiró, a saber si por lo que venía o por lo que dejaba atrás. Y lo que pensó fue que ahora que ya era reina de Castilla, de León y demás, a falta de algunas formalidades y de lo que sucediera con la hija de la reina, con la dicha Beltraneja, que era heredera también, no se sentía mejor que ayer que era princesa, que se sentía igual.

Y reaccionando, le dijo a doña Beatriz al oído que hiciera desalojar a los hombres de la habitación, e procedió mismamente como si viviera un día corriente. Se levantó, rezó sus oraciones, se aseó, dejó que sus camareras la vistieran de negro con un sayo, pues que se probó un corpiño pero lo desechó porque le estaba estrecho, y una de las damas se dispuso a sacarle doble de la cintura hasta la sisa.

Actuó con pausa y serenidad, y a poco llamó a su capellán para que celebrara misa y, como si el tiempo no corriera, escuchó un largo sermón sobre las virtudes que deben adornar al buen rey, tales como templanza, prudencia, generosidad, magnanimidad, etcétera, prédica que, por primera vez, iba dirigida a ella. Terminada la ceremonia religiosa, despachó a todos los que había dejado entrar en su aposento para la misa, excepto a la Bobadilla y a doña Mencía de la Torre, que continuaba con la costura, y platicó largo con ellas. Es más, como deben hacer las madres, se ocupó de su pequeña hija la infanta Isabel, que tenía tres años de edad, la hizo llamar y, tras colmarla de besos, se la confió a doña Beatriz para que la criara del mismo modo que a sus propios hijos, que no quiso más para la niña y, dándole otros mil besos, sostuvo con lágrimas en los ojos:

—Te entrego, Beatriz, lo que más quiero...

—No se arrepentirá vuestra alteza, pues cuidaré a doña Isabel mucho más que si fuera hija de mi carne...

Y cambiando de tema preguntó:

—¿Qué piensan mis damas, debo esperar a don Fernando o ir yo sola a la proclamación? —preguntaba Isabel.

—No hay tiempo que perder, alteza.

—Los partidarios de la Beltraneja están por todas partes... Debe su señoría ir sin dilación.

—¿No puede coser doña Mencía más aprisa?

—¿Puedo ayudar? Yo coso por un lado y doña Mencía por otro —intervenía doña

Beatriz.

—No, el corpiño es estrecho. No hay sitio para cuatro manos... Lleva su tiempo o se descoserá todo...

—Paciencia, doña Isabel, que es menester que en el día de hoy llevéis buen avío.

—En cuanto nos casamos, las mujeres engordamos y echamos carnes — sentenciaba doña Mencía moviendo la cabeza.

Pero tanto rato llevaban las tres damas reunidas, doña Mencía aún con la costura, que a Cabrera se lo llevaban los demonios en el corredor y tan furioso andaba que se permitía denostar ante sus inferiores al género femenino. Pues se preguntaba de qué, demontre, charlarían las tres mujeres y por qué no salían, cuando en aquel momento debían hablar los hombres con las armas y tomar todas las torres de la ciudad de Segovia, a más de cruzar mensajeros con los linajes partidarios de Isabel para discernir dónde estaba cada uno, en razón de qué vaya vuesa merced a saber qué estarían maquinando los seguidores de la señora Beltraneja, pues que del arzobispo de Toledo, del conde de Benavente y del hijo de Villena se podía esperar cualquier cosa, y a río revuelto, ganancia de pescadores. Claro que a momentos dudaba si mejor fuere que doña Isabel permaneciera encerrada en su aposento a la espera de que regresara su marido e, tomando las determinaciones oportunas, hiciera por ella.

Pero se engañaba el alcaide, porque aquella mujer, a más de esperar a que su camarera le arreglara el único corpiño bueno que tenía de color negro, estaba haciendo por ella. No porque fuera suficiente para hacer en solitario, pues que en aquel momento necesitaba que todos los habitantes del reino, principales y menudos, hicieran, en razón de que era lo mismo que hacer por todos, sino porque su marido estaba guerreando en el condado de Rosellón, es decir, muy lejos, allende los Alpes Pirineos, e no había tiempo que perder porque las villas y las ciudades de Castilla, en aquella situación desacostumbrada aunque ciertamente esperada, podían decantarse por una princesa heredera o por otra, pues que, de un tiempo acá, había dos. Y eso, doña Isabel, aconsejada por sus damas, después de considerar tales y cuales cuestiones, de analizar el pasado, el presente y hacer votos por el feliz decurso del futuro, a más de encomendar a su hija a doña Beatriz y dejarse aviar de luto, tomó la decisión de presidir las honras fúnebres por su hermano muerto y, a las veinticuatro horas, proclamarse reina, en razón de que los soldados, fuera de la habitación y los vecinos de Segovia fuera del Alcázar, le echaban vivas y la llamaban reina, sin olvidarse de su señor marido. Es más, anteponiendo el nombre de don Fernando al suyo, gritaban:

—¡Castilla, Castilla, por el rey don Fernando y por la reina doña Isabel, su mujer, propietaria destes reinos!

E como clamaban las gentes lo que clamaban, aunque precedieran el nombre de su esposo al suyo, la princesa convino con sus damas en aprovechar lo favorable del

momento, pues no había que olvidar que la hija de la reina, doña Juana, estaba en el Alcázar de Madrid seguramente velando el cadáver de su señor padre, o de su padrastro, lo que hubiere sido don Enrique para ella, y llorando por él amargamente. En Madrid, precisamente en la fortaleza más señera y mejor guardada de Castilla, y con el tesoro real en sus cámaras, es decir, a su alcance.

Dejóse vestir doña Isabel por doña Beatriz y doña Mencía e, antes de estar preparada, hizo llamar a Cabrera e le mandó sin que le temblara la voz:

—Comunique su merced al señor obispo que disponga solemne funeral por el alma de mi hermano el rey don Enrique... E apareje caballos con gualdrapas negras que, nos, iremos a la iglesia de San Miguel a presidir el oficio...

E Cabrera obedeció, porque a la ciudad habían llegado ya muchas gentes de linaje y otras de baja condición. E, cuando la comitiva estuvo dispuesta, él mismo dio orden de abrir las puertas de la fortaleza.

Isabel abandonó el castillo muy erguida en su caballo, la mirada al frente, severo el rostro, desbocado el corazón, tentándose el pecherito de reliquias que llevaba prendido en el jubón y pidiendo favor a los ángeles que le habían hecho hueco en el camino hacia el altar de la casa de Vivero años antes.



La anciana marquesa de Alta Iglesia ordenó revisar los baúles de doña Leonor de Fonseca, que llevaban más de veinte años cerrados. Mandó lavar la ropa de cama y mesa. Contó los vasos, fuentes, platos y demás enseres de la vajilla de plata de la dama y quedóse satisfecha, pues que había suficiente para el ajuar de sus dos bisnietas, máxime cuando habían de vivir juntas, aunque también hubiera habido para tres que tuvieran que vivir separadas. Y no fue cicatera, lo dijo, comentó que los Fonseca de Compostela habían sido rumbosos a la hora de dar. El único inconveniente que halló fue que en la ropa y el menaje estaban bordadas o grabadas las armas de los Téllez y los Fonseca, pero, como al preguntar a María de Abando, que seguía ejerciendo de alcahueta para ella, conoció de primera mano que los Torralba, aunque habían solicitado carta de hidalguía, todavía no tenían escudo de armas, no dio mayor importancia al negocio, pensando que cuando lo tuvieran, lo bordarían en la ropa, y amén. Y, en otro orden de cosas, llamó al judío Yucef para que le hiciera traer dineros de Milán y de ese modo andar sobrada. Los mozos Torralba, concedores de las negociaciones de bodas que llevaba su madre, ya no se limitaban a saludar a las dos gemelas cuando regresaban a su casa, sino que, como buenos galanes, descabalgaban e se quedaban en la ventana del piso bajo esperando a las marquesitas, y presto enviaron a sus prometidas billetes de amor, como hacían los donceles de noble casa. Por ello, o quizá por la novedad, las muchachas andaban por

la mansión alocadas, arrobadas y asaz nerviosas.

La bisabuela, que las dejó ser cortejadas en las ventanas, se preguntaba si el sentimiento que demostraban sus bisnietas era amor y hacía votos para que lo fuera. Las animaba a contestar a los billetes, les decía lo que había oído de labios de don Beppo, lo que ella le había dicho a su amado respondiéndole o anticipándose a sus palabras e, cuando no se le ocurría nada, les dejaba los libros del Dante y del Petrarca para que tomaran de allí.

En otro orden de cosas, llegó a contratar a diez costureras para que les cosieran cinco vestidos a cada una, e ropa interior, jubones, enaguas y bragas y calzas, dos zapateros para otro tanto, y un peletero para que les hiciera un manto de piel de zorro a cada una. Además, en todo momento se ocupó de que fueran bien aviadas e con rojete en las mejillas para resaltar sus encantos.

Durante el tiempo en que sus descendientes andaban con los Torralba en la ventana, cada una en una, platicando con su prometido, nunca juntas, pues las cosas del amor son privadas, ella hablaba con Catalina. Y por no mentar el negocio de las bodas, pues sabía que la cocinera no aprobaba aquellos matrimonios por el hecho de que los novios eran descendientes de judíos conversos, la interrogaba sobre otro asunto, a sabiendas de que la respuesta habría de resultarle asaz dolorosa:

—¿Mi hija, doña Ana, me nombraba alguna vez?

E la cocinera guardaba silencio, ya fuera por vengarse de la señora que estaba dispuesta a maridar a sus bisnietas con los peores maridos que se pudiera encontrar a unas cristianas en toda la tierra de Castilla, ya fuera porque no se atrevía a decirle la verdad. Pero la dama insistía:

—Catalina, ¿mi señora hija hablaba alguna vez de mí?

E la sirvienta hacía como que no oía y se marchaba a sus faenas, a dar dé comer a las gallinas o a sus fogones.

Entonces, doña Gracia reclinaba la cabeza en el sillón y suspiraba. Hasta que subían las niñas, muy alegres, y se quitaban la palabra de la boca para contarle:

—Abuela, Andrés me ha susurrado al oído palabras de amor...

—¡Abuela, Martín me ha tomado la mano!

—He hecho lo que me dijiste, he dejado caer el pañuelo en el alféizar de la ventana y Andrés se ha arrodillado para entregármelo...

—A mí, Martín, me ha traído una flor; creo que llevas razón cuando aseguras que la mirada del amado encandila... Cuando se ha ido me he quedado vacía y, pese a ello, radiante de alegría...

—¡Ah, el amor es perturbador...! Me huelgo de que estéis enamoradas, hijas... Que a mí me casaron con don Pedro e sólo le tuve respeto... —sentenciaba la bisabuela acercándose y retirándose los espejuelos de los ojos—, pero es mejor amar sin reticencias...

Claro que a veces pasaba del amor a otros temas súbitamente, desconcertando a sus bisnietas pues, como si se le fuera la cabeza, cambiaba de conversación:

—Cuando estéis casadas volveré a Milán a buscar los cuerpos de mis dos maridos para enterrarlos en el altarfino de la Catedral... Ya os tengo dicho que yo en medio y ellos a mis lados, don Beppo a mi derecha, don Pedro a mi izquierda... Llevaré también los cuerpos de vuestra madre y de mi hija, que yacen en la iglesia de San Juan...

En otros momentos, cuando las gemelas abandonaban la habitación, se recordaba a sí misma con veinticinco años menos, perdidamente enamorada de don Beppo. Apoyada en el dintel de una ventana de la legación castellana en Milán, mirando a los que entraban y salían del palacio ducal, morada de su caro amigo, pues que así se le presentó el caballero: «Yo soy don Beppo de Arannola, vuestro caro amigo, señora mía»... Ora alegre al adivinar en la lejanía, o imaginar tal vez, el airón de plumas con que su amado se adornaba el sombrero, ora triste de no verlo, secándose una lágrima que le venía a los ojos con motivo, pues que anhelaba su presencia en la lontananza que fuera. A menudo arrebatado el corazón y recitando los versos del maestro Dante, como si oraciones fueren, tratando de paliar su propia angustia, y a la par disfrutando de su pasión, quizá mucho más de lo que hubiera gozado dueña honrada con aquel amor...

—En fin, en fin... ¡Dejemos el tiempo pasado!

La bisabuela, pese a que en algún momento la mente le iba y le venía, estuvo a la altura de las circunstancias y cruzó varias cartas con la viuda Torralba para ajustar las capitulaciones matrimoniales. E como la otra dijo a todo que sí, aunque sugirió una ceremonia con poca gente y siquiera planteó la cuestión de cuál de las dos novias habría de heredar el marquesado, llegó el día en que, avanzadas las negociaciones, tras consultar sus muchos pergaminos, hacer cuentas y recibir dineros del judío Yucef que se los había traído de Milán, a primeros de diciembre la recibió en el gran comedor al amor del fuego de la chimenea, bajo la atenta mirada de don Beppo.

Lo primero que observó doña Elvira fue el retrato del *condottiere*, pues alzó la vista y lo vio. Luego los ricos reposteros que adornaban las paredes, los muebles de nogal, el magnífico cristal veneciano de las lámparas, los muchos velones, la capilleta, el artesonado del techo, etcétera y, tras preguntarle a doña Gracia por su salud, guardó respetuoso silencio, es decir, que esperó a que la otra le hablara, lo que a veces no hacían sus descendientes. E claro, la marquesa inició la conversación:

—Con lo que heredaron mis nietas de sus padres y con lo que yo les dejaré, cada una dispondrá de cinco millones de maravedís al año. Leonor tendrá, además, las rentas de la villa y el castillo de Alta Iglesia, Juana la de Alaejos, y esta casa quedará para las dos en pro indiviso... Antes del matrimonio firmaremos separación de bienes y se administrarán por sí mismas o por quienes ellas designen... Vuestros hijos

tendrán lo suyo para sí, de libre disposición, lo mismo que mis nietas, con la salvedad de que si una de las partes llega a peor fortuna, Dios no lo permita, el otro, el marido o la mujer, estará obligado a atenderle en sus necesidades acorde con el rango... El título del marquesado también quedará pro indiviso a la espera de que mis nietas decidan, pues que son gemelas, como bien sabéis, e no se sabe cuál de las dos nació primero...

—Mis hijos traerán cada uno de renta anual dos millones de maravedís, e campos en Ávila y Segovia, e juro de heredad...

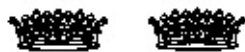
—Bien, con eso podrán vivir muy holgadamente, acorde con su noble posición...

Y en esos negocios estaban la bisabuela y la madre de los prometidos, juntándose a la caída de la tarde, tomando refrigerio cuando daban las siete en el reloj de la iglesia de San Juan, y yéndose contentas a la cama. La viuda Torralba porque iba a emparentar con gente de prosapia, la anciana marquesa porque iba a casar a sus bisnietas, pero hubieron de interrumpir los tratos... En razón de que el día 12 de diciembre, antes de que cantaran los gallos, se oyeron voces en la calle de los Caballeros y los vecinos se asomaron a las ventanas. Voces que gritaban:

—¡El rey Enrique ha muerto!

—¡Castilla por doña Isabel!

Doña Gracia dejó entonces sus asuntos para rezar por el muerto y por la princesa que, dado el estado de las cosas, falta le hacía.



En el invierno de 1474 María de Abando seguía sin atreverse a poner a la venta las virtudes del saquete de María de Ataún, que movía al acto carnal, como va dicho. Miedo tenía de que fuera a organizarse jaleo en la población de Ávila, pues las brujas y hechiceras comenzaban a estar mal consideradas y a ser temidas, en razón de que los predicadores la habían emprendido contra ellas desde sus pulpitos tanto o más que contra los judíos.

Sopesó su situación la moza y se dijo que desde su llegada a la ciudad, iba para diez años, se había limitado a vivir el día a día, sin pensar en el futuro en una ermita de poco más de una vara de largo por una de ancho, a dormir en un colchón, a taparse con dos mantas, a recogerse en la alberguería de Santa Ana las noches frías, a acaparar dinero, a rechazar una y otra vez a Mingo, no fuera a parir un demonio, y a recordar las palabras de la bruja de Portugalete cuando le venía a las mientes el contador:

—Los curas y los frailes se entregan a Dios, nosotras las brujas al Diablo...

A más, que le entró el gusanillo —el prurito, hubiera dicho de ser persona letrada — de que se malempleaba en la ermita del Santo Cristo pese a que andaba más

aparroquiada que nunca y a que disfrutaba vendiendo a mozos y mozas hechizos de amor por unas cuantas blancas. Más o menos de este modo:

—Mira mozo, durante nueve noches seguidas enciendes tres candelas en tu casa, una para Nuestra Señora, otra para San Juan y otra para San Pedro. Te sientas en un escabel mirando a levante, pronuncias el nombre de tu amada y rezas un avemaría para que se consuma más tarde la vela de San Juan, el día en que tal suceda irá tu amada a tu casa...

—¿E se rendirá e me dejará hacer con ella lo que se hace con mujer?

—Eso ya no lo sé. Sé que irá y lo más posible es que te pida matrimonio, que es lo que hacen las mujeres honradas...

—¡Ah, ya!

—¡Anda, son veinte blancas...!

O:

—Tú, moza, echa flores de verbena en la puerta de su casa... Te pones de espaldas, mirando al este, arrojas nueve flores y pronuncias el nombre de tu amado... Si lo quieres loco de amor espérate a la noche de San Juan...

—¡Falta mucho para San Juan!

—Ve haciéndolo...

—Oye, ¿no me puedes dar otro conjuro? Mi madre no me deja salir sola de casa, no puedo ir al monte a recoger las flores...

—¿No vas a la fuente a buscar agua como todas las muchachas?

—¡Sí!

—Pues te escapas... Vas corriendo... Te he dado mi mejor hechizo... Son veinte blancas...

O echaba las suertes con las habas:

—Yo os bautizo, habas, por Jesús, hijo de David, que sufrió y murió en la vera Cruz... ¿Cómo se llama?

—Se llama María...

—¡Igual que yo! Si María me ama salga conmigo, si no, me vuelva la espalda...

—Yo no quiero que me vuelva la espalda...

—¿Quieres dejarme hacer, pardiez? Dicen las habas que cojas un manojo de ruda, otro de hinojo y un sapo muerto. Te presentas de noche en casa de María, buscas un agujero en la puerta, lo metes todo bien apretado y nueve días después le prendes fuego...

—¿Y si se quema la casa?

—No se quemará la casa porque no tienes que llevar un carro de hierbas, sino un manojo, es decir, lo que te quepa en la mano, eso es un manojo, ¿entiendes? Son treinta blancas...

—¿Treinta? Te doy diez. Te debo veinte...

—Me debes veinte, ¡ah, perillán! ¡Si no me pagas te mandaré mal de ojo! ¡Acuérdate todos los días al despertar de que la Niña del Cristo de la Luz espera tus veinte blancas!

E se divertía, pero ya fuera porque le sonreía la vida y ganaba mucho dinero o porque necesitaba preocupaciones, el caso es que un gusano le corroía y no la dejaba estar. No se quitaba de la cabeza que desperdiciaba su talento echando las suertes o vendiendo secretos de amor, es decir, contentando a una clientela que no le pedía nada serio, que ya no la llamaba «santa», sino la «niña» a secas, cuando le hubiera gustado hacer las grandes magias que era capaz de hacer, como la de los príncipes y, la última, levantar tormenta.

Y, tentando las manitas del niño malparido que había heredado de su antigua maestra, suspiraba porque le fuera algún paciente con una mordida de perro, o a preguntarle qué piedra le haría mayor bien para llevarla de talismán, si la cornalina o la que aparece en la mar, o con temblores o a que le quitara los demonios...

Y en éstas estaba dudando de lo que hacía y de lo que no hacía, cuando una tarde, a últimos de noviembre, un mozo, otro, que no el Mingo, un dicho Perico, la distrajo de sus pensamientos, pues comenzó a rondarle y a decirle a voz en grito para que se enterara la gente de Ávila y de los arrabales, al parecer:

—¡Donosa! ¡Culo prieto!

El muy marrano, que no son maneras de empezar.

A partir de entonces, entre las siete y las ocho de la tarde, se presentaba en la iglesuela el tal Perico, que era leñador, y entre las nueve y las diez el Mingo, que era contador. Y ella, que hubiera querido acercarse a la taberna de Petra Aldana y echarse al colete un vasico de aguardiente para quitarse el frío del cuerpo y descansar mejor, no podía salir de casa no fuera a pretender quitarle la virtud aquel granuja, y cavilaba:

—La virtud no, que se la di al Mingo... Pero no vaya a violentarme este Perico...

Porque el mismo día en que llegó el Perico con sus voces se sintió sofocada y a la semana de mala luna, en razón de que los mozos la tenían emprendida contra ella y no la dejaban vivir. Que al Mingo le había regalado un jaco albazano y buen escarceador para que se fuera lejos y, el muy necio, se lo había dejado quitar. Que el Perico, un hombrón, le daba miedo pues metía sus largos brazos por la verja de la ermita y tan chico era el lugar que la asustaba. No obstante, como mujer que era, a ratos le gustaba que los mozos fueran a su casa a pedirle esto o estotro o sencillamente a visitarla o a llevarle un bollo o un caramelo de miel, o a requebrarla o a platicar con ella, pero otros no, porque se le había metido en la cabeza que se estaba malempleando en aquel lugar. Y se recriminaba por ser indecisa, por haber cumplido veintitrés años y depender de la hermana Miguela, por no tener casa propia que le proporcionara intimidad, pues que en la ermita había de vivir de cara a los que miraban lo que había dentro. A más siempre bajo los ojos del Cristo, el más mirón de

todos, sonriendo a veces sin gana cuando le llegaba un hombre o una mujer, ya le pidiera que le echara las suertes o que le remediara la cargazón de cabeza. Siempre con el Perico y el Mingo que, comiéndosela con los ojos, le decían:

—¡Ea, amor, vente conmigo al bosque!

—¡Te haré creer que estás en la gloria!

—¡Ven y verás, que no necesito yo tus mejunjes para deleitarte...!

Y, uno entre las siete y las ocho, otro entre las nueve y las diez, se bajaban las bragas. Y ella a veces se reía porque el relente les dejaría el miembro helado, pero otras no, que le resultaba tedioso ver lo que comúnmente se tapa.

Para quitarse los colgajos de varón de la cabeza, a menudo llamaba a la puerta del convento de Santa Ana e le decía a la hermana Miguela que tenía que hablar con la abadesa para pedirle el caballo del Mingo, pero la superiora no deseaba hablar con ella, al parecer, pues que no bajaba al locutorio ni que dijera que la llamaba Dios. Y, como no eran modos ni maneras de tratarla porque había sido leal con la priora, salvo en los dineros que le venía escamoteando, una noche le envió un dolor de muelas para que la llamara al día siguiente a que le remediara el sufrimiento, que la dama tenía la boca perdida. Y así fue, la abadesa la llamó a su presencia para que la aliviara y se la llevó con ella en su viaje a Segovia, a la proclamación de la princesa Isabel como reina de Castilla, León, etcétera, pues que, cuando cantaron los gallos anunciando la amanecida en la ciudad de Ávila, se supo que el rey Enrique había fallecido de mal de ijada, Dios lo acoja en su seno por siempre jamás.

María no desaprovechó la ocasión para pedirle a la priora el caballo y tornárselo al Mingo, que cabalgó parejo a ella, con la prestancia del mejor de los caballeros.

En la iglesia de San Miguel de Segovia hubo grande bullicio, y los pajes de las familias nobles de Castilla discutían entre ellos por distribuir escabeles para que se sentaran sus señores en el funeral del difunto rey Enrique.

Catalina, la criada de doña Gracia Téllez, ayudada por las dos esclavas moras, hubo de porfiar con mayordomos y camareros y, vive Dios, alzar la voz en lugar sagrado a un canonje que pretendía organizar aquel desorden, para dejar claro que su señora había jurado a la princesa Isabel en la concordia de los Toros de Guisando la trigésima nona de todos los linajes del reino, e resultó que, como allí no había otras familias de mayor alcurnia, la anciana y sus bisnietas fueron instaladas en primera fila. La cocinera recibió por sus buenos oficios un apretón de manos de la dama y dos sonoros besos en las mejillas de las marquesitas, que entraron y se sentaron en lugar preferente, muy ufanas. Y es que doña Gracia, al enterarse del fallecimiento del rey, había dicho:

—Las Téllez no podemos faltar al regio funeral.

Y naturalmente hicieron el equipaje, contrataron a los mismos carruajeros que las habían conducido a Valladolid para las bodas de Isabel, y emprendieron viaje apriesa, apriesa. Y allí estaban sentadas en primera fila, esperando la llegada de la señora princesa, que era aclamada por la calle de Subida del Alcázar, o de Bajada, según se mire, flanqueada por sus oficiales y sus damas.

Entró primero toda la clerecía de la ciudad, que había aguardado a la señora en el atrio de la iglesia: el obispo, los canonjes, muchos abades, entre ellos fray Tomás de Torquemada, prior del convento de Santa Cruz, cuyos sermones habían ido a escuchar las Téllez cuando se desplazaba a Santo Tomás de Ávila —ambos monasterios de los dominicos—, y muchos otros venidos de fuera. Entre las monjas, la abadesa de Santa Ana de Ávila, acompañada de su inseparable María de Abando, dicha la Niña del Cristo de la Luz, ambas también conocidas de las marquesas.

Y ya venía Isabel, vestida de negro de los pies a la cabeza, ya atravesaba la puerta y se encaminaba a un sitial que le habían preparado en el lado del evangelio, ya sus damas se distribuían detrás de ella, ya las tropas de Cabrera con las lanzas a la funerala las rodeaban a todas, ya los nueve celebrantes entonaban el salmo *De profundis*. Ya venía una lágrima a los ojos de Isabel, a los de las tres marquesas de Alta Iglesia, a los de la abadesa de Santa Ana y a los de María de Abando, que estaban situadas al final de la iglesia...

Ya las cuatro mujeres, que habían jurado las primeras al malogrado rey de Ávila, respiraban con ansiedad como si se hubiera espesado el aire de la iglesia de San Miguel. Ya las cuatro sabían, sin que nadie les dijera nada, ni les comentara, ni les abriera los ojos, que allí estaban las otras tres, y eso que no se habían visto entre sí.

Ya las cuatro pensaban en milagros, en magias, en casualidades, en afinidades, en coincidencias, en las anteriores juntas que habían tenido o sufrido o padecido por alguna razón desconocida, o sin razón alguna. Ya las cuatro cavilaban, cada una para sí, que era menester hablar y aclarar el porqué de aquella angustia que les hacía respirar mal, como si el aire se espesara en su derredor cuando estaban en el mismo lugar, y eso que, salvo las dos gemelas, no sabían que a las otras les sucedía otro tanto.

Finalizaba el funeral e Isabel, con mucho arrebol en las mejillas, se alzaba del reclinatorio, se sentaba en su sitial e, rodeada de todo su séquito, recibía los pésames de los asistentes.

El primero el de doña Gracia Téllez y sus dos nietas, que rojas de cara como las amapolas de los campos y respirando mal, se inclinaban. Isabel se llevó la mano a la garganta, se aclaró la voz y les musitó al oído:

—¡Enhorabuena por vuestras bodas, marquesas!

Tal les dijo, cuando hubiera querido preguntarles si sentían también un nudo en la garganta al estar las tres juntas y la moza que iba en el séquito de la abadesa de Santa Ana. Pero, vaya, debió de darle reparo hablar de aquella desazón o consideró que no era lugar ni momento y, en efecto, no lo era.

Y ellas, las mancas, ay, que, de ser preguntadas por la angustia, le hubieran respondido que la sentían mismamente, no pudieron articular palabra y bajaron los ojos con humildad. Lo mismo María de Abando, que también padecía el ansia de las otras y que no la remedió pese a apretar en su mano el saquete de las manitas del niño malparido de María de Ataún que llevaba al cuello.

E otra asfixia sufrieron las cuatro mujeres en la jornada siguiente. Cuando Isabel, habiéndose desprendido del luto del día anterior y vestida de armiño y otras mil preciosidades e muy enjoyada e pintada de cara y hasta perfilados los labios, se personó con mucha compañía en el atrio de la iglesia de San Miguel, donde Cabrera había alzado un túmulo muy ornado con colgaduras y asentado el trono de la sala de reyes del Alcázar para Isabel, que venía mayestática en un alazán, precedida de heraldos asonando timbales y trompetas. Para Isabel, que se apeaba del bicho, antes de que le tuvieran sus oficiales el estribo, y se sentaba en el trono e recibía de manos de Cabrera, que lo hacía todo, la espada de los antiguos reyes de Castilla, depositaría de la soberanía regia... Y era aclamada y vitoreada:

—¡Castilla, Castilla por el rey don Fernando e por la reina doña Isabel, su mujer, propietaria destos reinos!

E, aunque respiraba mal, como ya había averiguado dónde estaba la causa, se holgó en ese día que fue el más importante de su vida toda.



Las tres marquesas de Alta Iglesia regresaron a Ávila tras asistir a la proclamación de Fernando e Isabel como reyes de Castilla, León, etcétera, e siguieron con sus labores.

Las mozas festejando con Andrés y Martín Gil de Torralba a través de las ventanas del piso bajo o a la salida de misa. La anciana ajustando los capítulos matrimoniales de sus descendientes con doña Elvira, que estaba como unas pascuas, y decidiendo la fecha de la boda: el próximo 8 de mayo, día de San Miguel Arcángel, la que quiso la dicha viuda. Lo único que le dejó hacer doña Gracia a su interlocutora, elegir la fecha, el día del cumpleaños de su marido, del Pedro Gil, a más de celebrar el banquete en su casa.

La dama, haciendo caso omiso a la sugerencia de la viuda Torralba, que deseaba una ceremonia familiar, libró invitaciones anunciando e convidando al acontecimiento a todos los linajes de Castilla, incluso a los señores reyes. E fueron llegando regalos, muchos regalos y, vaya, excusas para no asistir. Resultó que toda la nobleza del reino estaba enferma, de donde se podía colegir que si los reyes la necesitaban para hacer la guerra a los partidarios de la Beltraneja, se quedarían solos. Pero no era tal, no; era, según las niñas, que eran mancadas y, según la bisabuela, que los nobles le echaban en cara que hubiera amado al *condottiere*. Y hablaban entre ellas con amargura:

—Abuela, los nobles creen que lo de nuestras manos es cosa maléfica...

—Del diablo tal vez...

—¡No digáis sandeces, hijas mías! Si no vienen es porque me recriminan haber amado con pasión a don Beppo. Porque el loco amor pasa recibo, y ellos no entienden cómo no regresé a llorar a don Pedro vestida de negro de los pies a la cabeza, mismamente como hacen las viudas en Castilla...

—¿No entienden que se ame con pasión?

—¡No, rebajan la pasión al hacer el mal, a practicar vicios, a yacer con mujer ajena, a comer, beber, mandar y a acaparar riquezas!

—¡Eso no es pasión, es pecado!

—Dices bien, niña... ¿Qué ha regalado el Almirante?

—Cuatro tazas de plata...

—¿Y el duque de Alba?

—Dos perros cazadores muy buenos.

—¿Dos perros? Aquí no queremos perros... Que se los lleven las moras a los Torralba...

—Lo que tú mandes...

—¿Y el conde de Benavente?

—Dos tapices.

—¿Y la marquesa viuda de Villena?

—¡Nada!

—La hija bastarda de don Juan Pacheco, la condesa de Medellín, ha enviado dos cerdos negros...

—¿Dos cerdos?

—Dice Catalina que son mejores que los blancos y que los mataremos para san Martín, cuando estén bien cebados...

—¿Y el conde de Paredes?

—Don Rodrigo Manrique no ha enviado nada. Pero en su carta dice que vendrá su hijo don Jorge a la ceremonia...

—¿Don Jorge, el que es trovero?

—¡Sí, y además es trece de la orden de Santiago!

—¿Y los Pimentel?

—Estos condes han remitido un cofre lleno de pastillas de jabón de almendra...

—¡Nos vendrá bien! ¡Es un regalo caro!

E con esas cosas del loco amor, de que tenía la culpa ella, y con los regalos, doña Gracia distraía a sus bisnietas del asunto de su manquedad. Pero la única que decía la verdad en aquella casa, en las cocinas o en los corrales, era Catalina, que andaba murmurando que si los nobles no querían asistir a la ceremonia era debido a que los novios eran descendientes de Ibrahim Abenamar, judío converso. Y les contaba a las esclavas:

—¡No vienen porque los novios son judíos y no van a bendecir semejantes bodas con su presencia!

Tal decía, aunque a Marian y Wafa les daba un ardite, por lo ya comentado, y a Leonor y a Juana otro, por lo dicho también, y porque aún, al irse a la cama, rezaban un paternóster al Señor Jesucristo y al Señor Alá lo que fuere, con las manos abiertas sobre el pecho y arrodilladas en una esterilla.

Veinte días antes de las bodas, la anciana marquesa convocó a sus bisnietas para una cuestión que llevaba dándole vueltas en la cabeza. En concreto, para hablarles del acto carnal. Pensó que ya que a ella no le había dicho su madre palabra, mejor las doncellas fueran avisadas y así evitarles sorpresas pero, lo que son las cosas, la sorprendida fue ella. Y sin entrar en detalles, dijo sencillamente:

—No os asustéis, hijas mías, al ver el miembro viril, que es obra de Dios, y casi siempre inofensivo...

Las gemelas enrojecieron y exclamaron a la par:

—Ya sabemos qué es y para qué sirve...

E la bisabuela y las criadas se quedaron pasmadas. ¿Cómo podían saberlo si no habían salido de casa, si no habían convivido con varón, si no habían tenido hermanos?

—¿Cómo puede ser? —preguntaron las cuatro al unísono.

Y las muchachas explicaron que habían visto el miembro del cura, de aquel

Mendo Gutiérrez, el que había vivido un tiempo en la casa con la Garcesa, la sacristana, cuando ellas eran niñas, muy niñas. La anciana, que no sabía nada de que hubiera habido un morador en la casa, además con barragana, pidió cuentas a las sirvientas que, alborotadas, se hacían cruces pues que habían mantenido a aquellos molestos huéspedes lejos de las niñas, y sostenían con vehemencia:

—¡Imposible!

Pero las muchachas insistían:

—La Garcesa nos lo explicó...

—¿Cuándo?

—¡Un día, un día cualquiera!

—Un jueves, un miércoles...

—¡Alá la ciegue!

—¡El Profeta le niegue la entrada en el Paraíso, maldita!

—¡Aquella puta!

—¡Ea, ea, no hagamos un drama! ¡Los niños se enteran de estos negocios por los criados! —intervenía la bisabuela.

—¡Pero, señora —interrumpían las sirvientas muy enojadas—, nosotras, las sirvientas, no les hemos dicho nunca nada! ¡Vigilamos, y hasta echamos a la pareja de casa!

E, vaya, que aquella noche Catalina y las dos moras se fueron carriacadas a la cama con enorme decepción porque habían puesto todo su cuidado, habían vigilado de día y de noche y hasta habían cambiado sus hábitos de vida y sacado a las niñas a pasear por la ciudad, para nada. Se acostaron, la Catalina entonando el *mea culpa*, las moras lo que rezaren.



Ni los huesecillos del niño malparido de María de Ataún serenaron el ánimo de la Niña del Cristo de la Luz ni le hicieron favor mientras estuvo con la priora de Santa Ana en la iglesia de San Miguel de Segovia asistiendo a la proclamación de doña Isabel como reina de Castilla, Dios allane su camino, porque le vino la angustia que le aparecía siempre que se juntaba con la ya reina y las dos marquesas de Alta Iglesia. A eso hay que añadir que el Mingo había aprovechado la ocasión para palparle el trasero en aquellas estrecheces, como siempre que se la encontraba, pues no valía que le rogara:

—¡Ay, Mingo, déjame estar!

Ni que le espetara al Perico palmariamente:

—¡Ay, Perico, vete al infierno!

Así las cosas, rechazando a sus pretendientes, una mañana fuese a una charca

próxima a buscar sapos, y regresó con una buena cantidad dispuesta a hacerse untura mágica y a embadurnarse con ella, nada más fuera para salir del tedio en que vivía. A la noche siguiente, después de que se largaran sus cortejadores, se tendió desnuda en el colchón a los pies del Santo Cristo, tentó tres veces las manitas con la mano derecha y otras tantas con la izquierda, se untó la media parte izquierda del cuerpo de los pies a la cabeza, se tapó con la manta y esperó resultados, no muy convencida de la bondad del ungüento pues hacía tiempo que no practicaba con él.

Y, en efecto, le vino calor, mucho calor. E, como hacía cuando se embadurnaba en compañía de su madre, pensó qué hacer aquella noche, si tornarse invisible, si viajar a Jerusalén o encarnarse en ave. Mejor tornarse invisible, se dijo, porque había conseguido hacer tal conjuro a satisfacción antes de perder sus aptitudes, pero a poco, quizá porque no dominaba la situación o porque estaba desacostumbrada, se descubrió volando por el negro cielo como un ave de Dios con la mayor desenvoltura. Y volara verdaderamente —que siempre había dudado que las brujas surcaran los cielos— o lo imaginara o lo soñara, que lo mismo es, el caso es que recorrió la ciudad de Ávila y sus arrabales por los aires, como si fuera un ave nocturna, un búho quizá, moviendo mayestáticamente unas espléndidas alas de rapaz. Y fisgoneó en las casas a través de las ventanas y, por hacer chanza, entró en varios corrales soliviantando a las gallinas. E en la casa Torralba miró en el pozo y hasta llamó al posible espectro y, vaya, fuera cierto o no fuera cierto que se había tornado en ave merced al efecto de la untura mágica, el caso es que se divirtió como en mucho tiempo, como cuando asistía a los aquelarres en su tierra, y además se despertó al día siguiente sin un atisbo de fatiga, y eso que había volado de la ermita del Cristo de la Luz hasta la puerta de la Espina, y vuelta a casa. Y fuera todo causa de la untura o de su imaginación, o sencillamente un bonito sueño, se decantó por repetir la operación en el futuro, contenta, muy contenta otra vez, pues que sabía hacer grandes magias.

Volara o no volara, la experiencia le vino bien, en razón de que por unas horas no había estado limitada por cuatro paredes, como le sucedía en las estrecheces de su casa, donde se decía que había dejado de ser lo que había sido por falta de espacio, pues en aquella ermita de dos varas cuadradas escasas no podía sacar ni su olla. Si desenrollaba el colchón en el suelo, no daba un paso, si lo recogía debajo del banquillo daba dos pasos, nunca tres; si sacaba las cosas de su talego y las extendía, nada más fuera para evaluar sus pertenencias, se tenía que salir. Otrosí cuando alguna persona iba a llevar presentalla al Cristo, e menos mal que había clavos para colgar el brazo o la pierna de cera que trajera el oferente, que de otro modo nunca hubiera podido vivir allí. Pero eso no era, necesitaba espacio para hacer sus grandes magias.

Por eso recorrió Ávila de punta a cabo, decidida a encontrar casa. Una casa con pozo, dos habitaciones, cocina, corral y a ser posible sobrado para poner un palomar, pues de ese modo tendría sangre de pichón para contrahacer virgos de mujer y no

tendría que personarse al alba en el matadero municipal a comprarla. Dos habitaciones, una para dormir en cama blanda, ya que pensaba adquirir dos plumazos de lana, y otra para sus ollas, hierbas y piedras. E una cocina amplia con un buen fogón para calentarse en invierno.

Y eso, andaba por la ciudad preguntando en las tiendas si sabían de alguna casa en venta o en alquiler, mejor en venta. E las comadres que la conocían le preguntaban para quién era la casa, e las que no la conocían también. María contestaba que para ella, que era mujer sola. E muchas de aquellas alcahuetas se hacían cruces de cómo una moza tan lozana y garrida no se hubiera casado aún cuando tenía años más que suficientes, cuando incluso se le estaba pasando la edad, y querían saber qué oficio tenía. Las que no la conocían y las que la conocían se demandaban por qué dejaba la ermita si allí se ganaba tan bien la vida, aunque hubiera de partir con la abadesa de Santa Ana. Y las comadres, la conocieran o no la conocieran, la interrogaban sobre si tenía novio y si se iba a casar, pues que entonces hubieran entendido que buscara casa.

Y, entre unas y otras, preguntándole y aconsejándole, la enviaron a casa de un judío, un tal Yucef, que vivía por la sinagoga mayor, el cual, viendo negocio, la recibió enseguida y la acompañó a ver dos casas de su propiedad. Ambas intramuros, una sita en la calle de la Marrana, en el barrio judío, y otra en la calle de las Losillas, cerca del hospital de Santa Escolástica, con tres habitaciones con ventanas a la calle y sol de tarde.

Esta fue la que alquiló María, pues el judío no la quería vender, e hizo bien por la situación, a dos pasos de la puerta de Montenegro, de espaldas a la iglesia de Santo Domingo, y por el sol. Amén de que estuvo muy oportuna porque al regresar a la ermita se encontró con un pregonero que al son de dos trompetas leía sentencia de la Audiencia de Valladolid sobre la propiedad de la ermita del Cristo de la Luz que, claro, iba con ella.

Isabel y Fernando fueron proclamados soberanos de Castilla, León, etcétera, por aclamación. Al uso de aquellos reinos, donde no era menester jurar sobre los santos cuatro evangelios ni ser coronado ni ser ungido, como sucedía en Aragón, por ejemplo. E la otra princesa, la Beltraneja, no fue aclamada por nadie, siquiera en el Alcázar de Madrid, donde lloró con su madre la muerte de su padre o padrastro, lo que hubiere sido el rey Enrique para ella, pues tras encomendarla a los nobles que le habían rodeado en sus últimas horas para que la casaran bien, el hombre se había llevado el secreto de su paternidad o incapacidad para procrear a la tumba.

Así las cosas, comenzaron a llegar a Segovia los nobles que no habían estado presentes en la proclamación de la señora Isabel e le rindieron pleitesía todos: el arzobispo de Toledo, los Enríquez, los Haro, los Alba, los Manrique, los Mendoza, los maestros de las Ordenes, uno por uno conforme llegaban, incluido don Beltrán de la Cueva, el presunto padre de doña Juana. Todos excepto los Pacheco, los Stúñiga y el maestro de Alcántara.

E se juntaron las gentes de los grandes linajes e decidieron servir, los más, a don Fernando. A don Fernando, en primer lugar, puesto que era varón, y servirle a él llevaba implícito obligarse con su esposa con el mismo celo o más si cabe, pero como esposa, nunca como reina propietaria, aunque lo fuera por nacimiento. En razón de que las mujeres no pueden reinar y deben ceder sus derechos a los maridos, pues por su natura femenina son volubles e inconstantes y las más de las veces lo enredan todo. A más, que tienen hijos y no pueden mandar los ejércitos ni hacer la guerra.

Los prohombres se reunían en torno a un jarro de vino e enumeraban a las antiguas reinas propietarias de Castilla: a Ormisenda, Ufenda, Sancha y Berenguela, las que entregaron la soberanía a sus maridos o hijos y, ay, a Urraca que, empecinada hasta el desvarío, no cedió e fue desastre. Y convenían, pues que el negocio era asunto de todos, en que mejor haría Isabel transfiriendo su herencia en vez de ejercer el poder real, y entraban en hablas de Urraca sosteniendo que fue pública meretriz y otras lindezas, y sacando los pies del tiesto, bromeaban de esta guisa contra las mujeres:

—Son volubles.

—Inconstantes.

—No crean sus mercedes, que a veces se comportan como verdaderas fieras...

—La fiereza o el coraje a veces lo emplean mal.

—A la mujer romeriega, quiébrale la pierna.

—A la mujer brava, dale sogá larga.

Aunque nunca faltaba el disidente que contradecía a todos:

—Dirán sus mercedes lo que quieran, pero la mujer buena, de la casa vacía hace

llena.

E, entre vaso y vaso, comentaban que don Fernando —que no quería ser mero rey consorte, como había manifestado reiteradamente antes de firmar las capitulaciones de Cervera— pensaba lo mismo y que no detenía las hablillas de sus secretarios que sostenían otro tanto, pues es sabido que los hombres ante una copa de buen vino conversan de caballos, de espadas, de moros y de mujeres, y que de moros y mujeres dicen barbaridades.

Doña Isabel también hablaba con sus damas de las antiguas reinas de Castilla, y de doña Urraca aseguraba que, posiblemente, entre todos no le habían dejado hacer. Y, en otro orden de cosas, aducía que la mujer no tiene diferencias esenciales con el varón, salvo los bultos del pecho y el aparato reproductor, todo obra de Dios.

Y sus camareras abundaban en sus argumentos asegurando:

—Las mujeres nunca han tenido impedimento para reinar en Castilla.

Isabel terminaba diciendo que compartiría el poder con su esposo mediante pacto, y añadía que estaba esperando su llegada, ansiosa, para que tomara posesión del reino, pues que no había que hacer nada más, en razón de que había sido proclamado rey en ausencia, en solemne ceremonia. E instaba al cardenal Mendoza y al arzobispo Carrillo a redactar un documento para la concordia entre ella, la reina, y su marido, el rey. Una avenencia... Por decir algo, un tanto monta, monta tanto, o semeja frase, que durara hasta que Dios la llamara a mejor vida, porque no pensaba transgredir lo que pactara con su esposo nunca jamás. Consciente de que Fernando firmaría aquello con disgusto, ella le escribía: «No haya temor mi rey y señor en suscribir nuestro convenio... Yo, como esposa vuestra que soy, os obedeceré en todo».

Fernando llegó a Segovia el 2 de enero a la anochecida, con muchas antorchas, cubierto de negro manto del que prescindió por dar color a su entrada en la ciudad al atravesar la puerta de San Martín, antes de que lo recibieran el cardenal Mendoza y el arzobispo de Toledo y de entrar en la catedral donde lo esperaba su regia esposa al pie del altar mayor, quien, ay, le sonrió y se postró de hinojos ante él e tomándole la mano se la apretó. Y, ataviados ambos con ropas magníficas de oro y plata, dieron gracias al Señor por la merced recibida, por ser reyes de Castilla, de León, etcétera. Isabel un tantico amohinada al principio, pues que su marido no le había sonreído ni devuelto el apretón de manos, luego ya apesurada, en razón de que el rey no la miraba, es más, evitaba sus ojos. Sus hermosísimos ojos verdiazules, los mismos que había loado en ocasiones anteriores, incluso más rientes que nunca y, ay, al final de los entrantes de la comida que fue servida en la sala noble del Alcázar para celebrar el acontecimiento, casi a punto de llorar. Al acabar el primer servicio, fue a la letrina, acompañada de doña Clara, que también había contemplado aquellos pequeños desaires:

—¿Qué es aquesto, doña Clara, has visto?

—¡Son cosas de hombre, no hagas caso!

—¿Cómo que no?

—Llévale la corriente...

—¿Cómo?

—Háblale, sonríele, no te des por enterada destas minucias, y cuando llame a la puerta de tu aposento le abres sin la menor dilación...

—¿Tú crees que vendrá? No se ha insinuado siquiera...

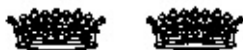
—¡Por supuesto, niña!

Doña Isabel, que no podía extenderse más porque allí las paredes oían, se quedó demandándose si acaso le había hecho remilgos a su esposo alguna vez y se interrogó sobre el particular durante varias jornadas, puesto que don Fernando no se presentó en su dormitorio hasta el octavo día de su estancia en Segovia e, de consecuente, lloró más de una vez en brazos de su madrina.

El 15 de enero firmaron los esposos el avenimiento que habían redactado los dos clérigos principales del reino, manifestando que Isabel era la propietaria de la Corona y Fernando su legítimo marido; que los documentos que expidieran llevarían los dos nombres, primero el del hombre e luego el de la mujer; que compartirían unos quehaceres y otros no, como la presentación de obispos y la provisión de alcaides, que quedaban para la reina.

Más tarde, en el mes de abril, Isabel entregó poder a su esposo para que hiciera por ella y como ella, incluso en lo de los obispos y alcaides, aunque no renunció a ninguna de sus atribuciones, sino que compartió lo que se había quedado para ella sola. Gesto al que correspondió Fernando a la muerte de don Juan de Aragón en los sus reinos.

Fue por aquella fecha, en abril de 1475, cuando Isabel, apenas llegada a Valladolid, convocó a doña Gracia Téllez para, amén de honrarla, preguntarle sobre unos negocios que tenía en mente.



Doña Gracia, la anciana marquesa de Alta Iglesia, se presentó en la villa del Pisuerga en una preciosa mañana de abril con sus dos bisnietas e sus tres criadas, e fue a hospedarse en la posada de Garcés Antón, donde los plumazos eran mullidos y no había chinches, según información que le había suministrado el obispo de Ávila. Ya descargaban los baúles los carruajeros que había contratado, cuando se presentó don Gonzalo Chacón con manda de la reina para acomodarla con sus acompañantes en las casas de San Benito el Real, cercanas al río. Y ella, muy honrada por la regia deferencia, se fue con él, no sin dar propina al alojero, que se quedó muy contento pues la señora no le había hecho gasto alguno, y lo que comentó luego con su mujer

que así hacen las grandes damas.

Cuando doña Gracia se enteró de que el 22 era el cumpleaños de la reina, es decir, el mismo día de sus bisnietas, pensó en ir a felicitarla, pero lo dejó en razón de que creyó mejor esperar a ser llamada. Cuando supo además que la señora cumplía veinticuatro años, es decir, los mismos que sus descendientes, se quedó bastante perpleja y lo comentó con ellas:

—Sepan sus mercedes que la reina cumple veinticuatro años trasmañana, el día veintidós...

—¡Qué casualidad! —exclamó Leonor.

—¡Vaya! —se asombró Juana.

Pero no dieron mayor importancia al asunto, pese a que podían haber empezado a hablar de que al haber nacido en el mismo día tendrían el mismo horóscopo, o al menos muy semejante. Bien mirado, la reina era inmensamente feliz con un marido galano, buen jinete, buen guerrero; con una hija preciosa; con un reino grande, el mayor de la península Ibérica, el mayor de Europa o poco menos; con millones de vasallos que la amaban y la aclamaban en pueblos y ciudades, todos excepto unos pocos, los Villena y compañía, y el arzobispo de Toledo, que andaba con resquemor hacia ella y su señor esposo y era capaz de cualquier traición; con más vasallos que tendría, toda la población de Aragón e sus islas de la mar, al fallecimiento del rey don Juan, sin que nadie, ni hombre ni mujer, le hubiera de disputar la corona.

Y ellas a saber qué futuro tendrían con Andrés y Martín Gil de Torralba, que ciertamente les hacían muchas cucamonas y les regalaban lamine, libros, bronce y telas buenas. Y Martín le decía a Juana de disponer una alfombra hecha de monedas de oro entre las dos casas para que anduviera por ella, lo que nunca se había visto en la ciudad. Y Andrés le informaba a Leonor de que había mandado hacer un carro triunfal para que lo obsequiaran los dos a la catedral al día siguiente de las bodas, cuando fueran marido y mujer. Pero ellas tenían reservas y conversaban expresándose mutuamente sus temores:

—Sí, sí, muchos dineros, muchas zalemas, pero ¿no dice la abuela, cuando le da parlanchina, que el matrimonio, a más de amor, es cuestión de suerte?

—¿No asegura que muchos hombres cambian de talante en veinticuatro horas?

—¿Que cuando ya han logrado lo que quieren tornan a su natural?

—A su natural desabrido o violento o amargo.

—¿O vuelven con sus amantes?

—Nosotras tenemos mucho que dar: mucho dinero, el marquesado, dos castillos, tres casas palacio, muchas tierras y muchos juros de heredad.

—¿Y si nos estuvieran engañando los dos?

—No sé, Juana, yo tengo para mí que Andrés es sincero conmigo. ¿Tú no crees en la buena voluntad de Martín?

—Ay, no sé qué creer, hermana... Cuando pienso en la noche de bodas me vienen nervios...

—Dejemos este tema, Juana, hablemos del cofre del rey moro...

—¡Ah, no, ya lo buscamos bastante, Leonor!

—Júrame que a tu marido no le dirás ni media palabra del tesoro...

—¡Te lo juro, te lo juro!

—¡Vuélvelo a jurar!

—¡No quiero hablar más del tesoro!

—¡Ah!

—Escucha hermana —dijo Juana cambiando de tema—, soy consciente de que a nosotras nuestros futuros maridos nos hacen gracia, pero ni mucho menos los amamos como la abuela al señor Beppo...

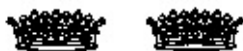
—Es cierto, Juana, es cierto... Catalina dice que es suficiente que un marido no te desagrade y que de la pasión de nuestra abuela no ha oído hablar ni en los romances...

Y más hubieran platicado las dos gemelas en la habitación que tenían en las casas de San Benito el Real, pared con pared con la de la bisabuela, pero doña Gracia llamó a la puerta con cara de albricias, en razón de que la reina Isabel las invitaba a la recepción que daba al día siguiente por su cumpleaños.

Y claro, sacaron de los baúles varios vestidos nuevos, los que les habían hecho las costureras de Ávila para el ajuar de bodas, se los probaron, anduvieron con ellos, los alabaron y, ay, en esto cayeron en la cuenta de que le tenían que llevar algún regalo a la reina y salieron corriendo a las tiendas de la plaza del Ocho.

Para comprar, después de mucho dudar, un libro de tapa de plata, *El cancionero* de Petrarca, impreso en la ciudad de Sevilla, sin preguntarse si doña Isabel lo tendría ya.

Con el regalo de las marquesas, la reina se juntó con cuatro ejemplares del dicho libro, pero supo hacer aprecio a todos ellos.



Al son de dos trompetas, uno de los pregoneros del concejo de Ávila leyó en voz alta poco después del amanecer del día 22 de abril de 1475, precisamente el del cumpleaños de María, la sentencia dictada por el tribunal de apelaciones de la Real Chancillería de Valladolid sobre la propiedad de la ermita del Cristo de la Luz. Que, vaya, tantos años de las Gordillas, según ellas, tantos de las Anas, según las otras, diez años siendo la casa de María de Abando y, de repente, dejaba de ser de todas las dichas y pasaba a ser de los vecinos de Ávila, de una pandilla de voceros que seguía al pregonero haciendo más ruido que las trompas y gritando:

—¡La ermita para el pueblo de Ávila!

—¡Fuera la santera!

E los que no paraban en remilgos:

—¡Fuera la hechicera!

E aquellos hombres miraban sañudamente a María e a la hermana Miguela, la portera de Santa Ana, pues ambas escucharon el pregón de pie, en los escalones de la iglesuela, la monja con un cuenco vacío en la mano. E resultó que la religiosa no se atrevió a decir nada sin permiso de su priora y que María no tuvo nada que decir, al parecer. Pues entró en la ermita, llenó dos talegos con lo suyo, se los echó al hombro, se arrodilló delante de la imagen del Santo Cristo, que la despidió más triste que nunca, se santiguó y ya descendió los escalones. No había bajado los cuatro cuando unos cuantos de los del pueblo echaron tranca al oratorio, y asegurándolo con gruesa cadena y fuerte candado, se fueron dando voces, como habían venido.

Cuando la hermana Miguela le ofreció a María dormir en la alberguería, la moza dijo que no, que había alquilado una casa en la ciudad en buena hora e despidióse de la monja derramando enormes lagrimones. E anduvo unas varas e volvióse a mirar su casa y a su benefactora que la saludaba con la mano alzada, y en ésas estaba, con el perro a su lado, cuando llegó Mingo con su precioso caballo albazano, le cogió los talegos y le dio mano para que se sentara en la grupa del bicho, y hombre y mujer cabalgaron bajo la mirada de viandantes y curiosos, pues hacían buena pareja.

El Mingo hubiera llevado a María a saber adónde, a Andalucía quizá, pero María le indicó, todavía con los ojos arrasados de lágrimas y con gran apretura en el pecho, que esta vez ni palpando las manitas del niño muerto que llevaba en el cuello se aliviaba, el camino de la casa que había recién alquilado. E volvía la vista atrás vigilando al perro que la seguía a distancia, pues le daban miedo los cascotes del caballo, o quizá buscando los diez años de vida que ahí dejaba.

Por supuesto que el Mingo quiso entrar en su casa, y pasó a verla. La alabó como se hace siempre que se va a casa ajena e anduvo por allí diciendo que era menester pintar y que él la encalaría...

—¿A cambio de qué, Mingo, a cambio de qué? —preguntaba la moza todavía llorosa.

—A cambio de nada, María, te lo haré de balde.

—Ay, Mingo...

—Mira, María, yo beso el suelo que tú pisas... Quiero casarme contigo antes de irme a la guerra.

—¿Se pregonan guerras?

—Los portugueses van a invadir Castilla, es voz pública...

—¿Por qué? ¡Ay, Mingo, qué bien hablas! Pareces un licenciado.

—El rey Fernando está reclutando gente para rechazar a don Alfonso de Portugal,

que quiere el reino de Castilla para unirlo al suyo y a sus posesiones de la Mar Océana, tal dice todo el mundo. Yo iré con las milicias de Ávila...

—¡Cuántas cosas has aprendido, Mingo, desde que te has alistado en el ejército! Da gusto oírte...

—Llegaré a ser capitán, te lo juro, y tú serás mi esposa.

—Lo pensaré... Estos días que vienen voy a estar muy ocupada, pues tengo que comprar muebles, menaje de cocina, mandar hacer ropa de cama y lienzos de baño... Que hasta ahora lo tenía todo hecho y la hermana Miguela incluso me traía el desayuno a la cama...

—La abadesa tenía buena industria contigo. Ha estado sorda y ciega a posta, de otro modo no te hubiera dejado estar allí, además haciendo lo que hacías...

—¿Qué hacía yo, Mingo, qué hacía?

—Bueno y malo, María...

—¿Qué malo?

—Abortar a doncellas y viudas, reparar virgos, vender hechizos de amor y a saber si convocar a los demonios...

—No he hecho nada de eso, Mingo, salvo contrahacer virgos que no es maldad por sí, sino picardía, pues que cuando yo intervengo ya está hecho el mal por quien me contrata, nunca por mí... E de lo de abortar, sólo aborté yo, lo que llevaba de ti, Mingo...

—¿De mí?

—De ti. El único hombre con quien me fui a la cama, ¿o no te acuerdas?

—Me acuerdo muy bien...

—¡Ea, dejemos esta habla! ¡Vete a tu casa que es tarde!

Y fuese el Mingo, aquella vez bastante carihoyoso ciertamente.

María anduvo por los puestos de la Albardería enseñando su bolsa y comprando muebles y menaje: una mesa, dos sillas, un almario grande, una alacena, un área, dos braseros, una cama de matrimonio y un plumazo de lana. Encargó a unas costureras quita, pon y pon de sábanas y toallas, un cobertor de piel de oveja; pucheros, platos para la cocina y ocho ollas para sus mejunjes; y hierbas: menta, centaura menor, diente de león, espino albar, ruda y un largo etcétera, e se hacía llevar las compras a su casa de la calle de las Losillas.

Cuando el Mingo hubo acabado de encalar las paredes, miró en derredor y respiró contenta, pese a que todavía le quedaba mucho por limpiar, porque estaba en su casa, por fin. Y no le dolió gastar tanto dinero, es más, se encargó un vestido nuevo de brocado cocomán, una cofia en forma de ese como las que llevaba doña Gracia Téllez, que la hacía muy airosa, y unos chapines, con los cuales, recién cumplidos los veinticuatro años, se quitó las abarcas por primera vez.

El Mingo cuando la vio la tomó por una dama y, claro, María, que era mujer, se

contenó.

Con las instrucciones que recibiera de la anciana marquesa de Alta Iglesia, en la recepción y baile que dio para su cumpleaños, doña Isabel, aunque disgustada pues el rey de Portugal había aceptado maridar con doña Juana la Beltraneja, tuvo tiempo de cambiar ciertos modos de la Corte.

La anciana, que aprovechó la ocasión para pedirle a la señora que se interesara en la recuperación del castillo y villa de Alta Iglesia, en manos de ladrones de tiempo ha, le había explicado por lo menudo en qué consistía la etiqueta en las cortes italianas. Le había expresado palmariamente que a más ceremonial mayor etiqueta y que ésta debía estar reglada, y narrado con detalle cómo recibían el santo padre, el duque de Milán, el dux de Venecia, el rey de Nápoles, etcétera, e cuántas reverencias era menester hacer a cada uno e cómo. Le había hablado del tratamiento; de cómo el copero había de servir y a quién primero; de los vinos, de la comida, de los postres, de los platos; de las diversiones y bailes; de las sillas, alfombras e adornos; de las vestiduras de las gentes, etcétera.

Isabel estuvo hablando con la anciana mucho tiempo, llegando incluso a suscitar los celos de otros nobles por aquel distinguido. Acabada la conversación, tras prometerle a la anciana que se interesaría en la recuperación del marquesado, sonrió ampliamente, pues encontró que el ceremonial de la corte de Castilla nada tenía que envidiar al de los grandes ducados italianos, salvo en una cosa: en el tratamiento. Porque, si bien a su esposo y a ella, los vasallos les daban el título de «alteza», como era preceptivo, varias personas trataban a don Fernando con excesiva familiaridad. Cierto que algunas eran parientes próximos, como el almirante Enrique Enríquez, que era su abuelo materno, y que hacía lo que había hecho siempre: tutearla, pero otras también lo hacían. En concreto, los hombres que se había traído de Aragón, lo cual no se ajustaba a la etiqueta y debía ser subsanado de inmediato y, de paso, también lo que le sucedía a ella con doña Clara, don Gonzalo y doña Beatriz. Para ello, para arreglar aquel despropósito y dar realce a la Corte, primero habló con su marido, que la atendió con cortesía pero no tomó cartas en el asunto, y luego convocó a sus secretarios y a sus damas y les habló claro:

—Deberán sus mercedes dar a mi esposo, el señor rey, el título de «alteza» y tratarlo de «vos» cuando se dirijan a él, aunque lo conozcan de chico... Nos, tal ordenamos y damos tal ejemplo y lo tratamos de ese modo hasta cuando nos encontramos con él en privado...

Y, ay, que aprovechó la ocasión para continuar con otro tema que le preocupaba mucho, a más que tiempo era de enmendarlo:

—Dicho lo anterior, es nuestro deseo que si hay alguna barragana en esta Corte, salga presto della e no vuelva... E que los hombres contengan el ardor que les

producen sus partes varoniles y las mujeres las suyas, e que a mi lado se viva con mujer legítima, mismamente como hacemos el rey y yo...

Todos tomaron buena nota de lo primo, los aragoneses también. Cierto que sobre lo segundo hubo cierto revuelo entre los oficiales, que se apresuró a acallar Gonzalo Chacón.

El monarca, enterado del hecho, se encogió de hombros porque tenía otras cosas que hacer, como pensar en las estrategias que seguiría cuando el rey de Portugal invadiera Castilla, pues no era lo mismo que entrara por Badajoz que por Ciudad Rodrigo. Tenía la mente en otras cosas que le impedían ocuparse del tuteo que le daba su abuelo o de aquella historia del lema, del *Tanto Monta*, que mandaba bordar su esposa en todos los estandartes y banderas... E sobre las barraganas sonrió y aun comentó con sus secretarios que tal vez todo fuera obra del nuevo confesor de su esposa. Un monje Jerónimo, un tal fray Hernando de Talavera, que, para oírle en confesión a la reina, la había hecho arrodillar, en vez de hacerlo él, como era costumbre inveterada entre reyes y capellanes y que la estaba interesando por negocios asaz simples.

E hacía bien el rey Fernando de dejarse de conversaciones vanas porque los enemigos eran muchos e importantes y la hija de la reina, la dicha Juana la Beltraneja, que vivía con su madre en la fortaleza de Madrid, andaba en boca de todos.



Siete días antes de las bodas de Leonor y Juana Téllez de Fonseca, Catalina, la cocinera de la casa de la calle de los Caballeros, observó desde una de las ventanas del piso bajo que un mendigo rondaba por allá. Un tipo con las bragas hechas jirones o sin bragas, pues se tapaba con un trapo, caminaba calle arriba e tornaba calle abajo, de la iglesia de San Juan a la plaza de la Fruta, y viceversa. El primer día, como lo viera menesteroso, le dio un mendrugo de pan; el segundo, un pote de sopa; el tercero, para que no lo tomara por costumbre, lo envió a un convento a que los frailes le dieran sopa y un sayo que le tapara las vergüenzas, pero, Santo Cielo, el cuarto, creyó conocerlo; el quinto, le puso nombre a aquel rostro, y el sexto habló con él ya sin tener que avergonzarse pues que los monjes lo habían vestido con una túnica y, tras conversar, guardó silencio, siquiera dijo una palabra a las esclavas moras.

Y es que, ay, Jesús, descubrió que el tipo que rondaba la calle era el señor don Juan Téllez, el desaparecido marqués de Alta Iglesia... O tal vez fuera, ay, Señor, su imaginación que, despertada por los versos del Petrarca, veía lo que no existía: a don Juan. Pero el hecho era que lo reconocía por sus ojos, vivos por demás aunque muy diferentes a los de sus descendientes, que habían sacado los ojos de la madre... A

más, que el sujeto levantaba los brazos y movía las manos, como dando mucha importancia al hecho de tener dos manos... En virtud, vive Dios, de que sus dos hijas sólo tenían una mano cada una, un accidente que no les impedía ocupar su lugar en este mundo ciertamente, ni vivir, ni comer, ni desarrollarse, ni casarse, hecho que, si el Señor Dios no lo impedía presto, y no parecía tener el menor interés, habría de suceder mañana a la mañana. Sin embargo, a él, al tipo, a don Juan acaso, el dichoso accidente le había perturbado, el 22 de abril de 1451, hasta tal punto que había abandonado casa y familia, para volver a pisar las losas de la calle de los Caballeros veinticuatro años y nueve días después de su partida... Tornando alunado, pues no reconocía su casa ni a su guisandera, a más de pobre, sucio, hecho un guiñapo, lleno de piojos, y a saber si traído por algún mandado celestial o por alguna fuerza oculta en el aire. Quizá la culpa fuera de María de Abando, que de un tiempo acá se le presentaba en la cocina y para ganársela le ofrecía echarle las suertes de balde, y cuando soltaba la lengua delante de un vaso de vino le decía que era capaz de hacer lluvia, de levantar tormenta, de arrojar las plagas del campo y hasta de llamar a los demonios.

Cuando platicó con él y le preguntó cómo se llamaba y el otro le respondió que don Juan, ya no le cupo duda a Catalina: aquel alunado era el señor marqués... Y lo hubiera gritado, y hubiera hecho pasar al hombre para que todas las habitadoras de la casa lo honraran como se merecía y lo recibieran con lágrimas de alegría, pero optó por no hacerlo, por guardar silencio, pues la víspera de la boda no era el día apropiado, aunque, vive Dios, lo suyo le costó. Máxime cuando se encontró a Juana en la ventana contemplándolo también y cuando ésta le dijo:

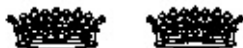
—Mira, Catalina; ese hombre mueve incansablemente las manos, y no lo hace por temblor sino a voluntad, que lo vengo observando de unos días a esta parte. Qué raro, ¿verdad?

Y tanto, tan raro era que la cocinera no tuvo palabras para responderle porque se le hizo un nudo en la garganta, a más que no sabía si la presencia de don Juan traería bien o mal, ni si era buena o mala señal. E se tomó una tisana de adormidera e fuese a la cama, eso sí, habiendo cumplido con su obligación, dejando la cena hecha para las marquesas.

Leonor y Juana Téllez de Fonseca, tras entregar a la iglesia de San Juan un atril de plata y un libro de coro, magníficos los dos, se casaron a las diez de la mañana en la dicha parroquia, donde habían sido bautizadas poco después de nacer, en ceremonia oficiada por el señor obispo de Segovia, con Andrés y Martín Gil de Torralba, respectivamente. Fueron amadrinadas por su señora bisabuela, felicitadas por la reina Isabel, que envió a doña Clara Alvarnárez y a don Gonzalo Chacón con su representación. Ante el capitán don Jorge Manrique, hijo del conde de Paredes, que cumplió lo que dijera en su carta y mandó parabienes de su parte. Delante de doña

Elvira, la viuda Torralba, de sus cuatro hijas, de sus otros tres hijos, uno de los cuales llamado Pedro fue padrino, de un yerno y de multitud de parientes, un buen montón de ellos judíos, pues que no entraron en el recinto sagrado y esperaron fuera.

Las dos respondieron sí cuando el oficiante les preguntó si venían libremente a contraer matrimonio. Primero Leonor, luego Juana, una detrás de otra, y oyeron de labios de sus esposos que sí, que sí, que querían casarse con ellas. E ya maridadas recibieron enhorabuenas y fueron llevadas en el carro triunfal, que su nueva familia tenía previsto regalar a la Catedral en recuerdo de los enlaces, a la casa de la plaza de la Fruta, siendo saludadas por los vecinos y la chiquillería, que corría alocada, pues que las tres hermanas Torralba arrojaban monedas de oro a los mirantes. E, tras asistir al banquete de bodas, tras despedirse de la abuela, las dos casadas subieron a sus habitaciones del piso alto acompañadas de sus esclavas. Leonor de Marian y Juana de Wafa e, como buenas esposas, esperaron a sus maridos. Que no vinieron...



María de Abando, con su casa ya encalada y aviada, asistió a los esponsales de Leonor y Juana Téllez de Fonseca, muy peripuesta, estrenando el vestido que se había mandado hacer. No la invitaron, pero anduvo entre el gentío.

Estuvo dentro de la iglesia, al fondo, hombro con hombro a un hombre, un extraño tipo, vestido con ropa talar, que le movió las manos delante de la cara, alunado por demás, y detrás de las esclavas moras de las marquesas, que más parecían damas por las ricas vestes que traían y que, vaya, para poder entrar en el sagrado recinto no llevaban la cara cubierta con el velo preceptivo de su religión, hecho que pasó inadvertido a toda la concurrencia.

Presenció la llegada de las novias en un carro triunfal que posteriormente sería regalado por la familia Torralba a la Catedral para utilizar en las grandes fiestas, incluso para llevar la custodia en la procesión del Corpus Christi, si había acuerdo entre el cabildo, pues se comentaba sovoz entre la multitud que aquella preciosidad tenía sus detractores, dada la oscura ascendencia de los donantes. Fuere lo que fuere, el caso es que llegó el carro a la casa de las Téllez tirado por cuatro mulas blancas. Que con ayuda de los pajes subieron las novias e se sentaron en el asiento de atrás, magníficas las dos, por el atavío: saya y peto de fustán carmesí recamado de hilo de oro bordado muy menudo con las armas de su casa. Leonor con manto de brocado también carmesí, el de Juana azul, y por las muchas joyas que llevaban, las de cuatro generaciones a decir de dueñas. Y, frente por frente dellas, en el otro asiento, la bisabuela, mayestática como una Virgen, vestida de brocado color verde manzana bordado de plata, también con sus armas, e una toca en la cabeza en forma de ese e sobre ella un precioso alfiler de piedras preciosas que refulgía a la luz del sol. E las

novias en la cabeza, flores, unas rosas muy chicas que las comadres, por hablar, decían traídas de Alejandría, pero imposible, pues lo que recordó María que le había dicho Mingo, que tantas cosas sabía desde que se había alistado en las milicias concejiles, que en el confín del Mediterráneo señoreaba el turco y no dejaba navegar nave cristiana ni que fuera a Jerusalén con peregrinos. Delante y detrás de las nobles señoras, niños vestidos con sayos todos iguales, e más atrás un carruaje, muy bueno también, con la viuda Torralba e sus cuatro hijas, las tres solteras y la que estaba casada en Burgos con el mercader de lanas. E detrás, los novios montados en soberbios alazanes, flanqueados por sus tres hermanos, los dos clérigos con dalmática, el obispo con mitra. E detrás, los invitados, entre ellos doña Clara y don Gonzalo Chacón, que habían sido enviados por la señora reina, y el capitán don Jorge Manrique, el trovero, que representaba a su señor padre, el maestre de Santiago, los tres montados en briosos corceles. E detrás, los parientes y amigos de los Torralba. Por los flancos, Catalina y las dos esclavas moras de las Téllez, que no querían perderse nada, y las dos cocineras de los Torralba, que no querían ser menos.

Recorrida la calle de los Caballeros, poco más de cien varas desde la mansión de las marquesas, se detuvo el carro triunfal en la puerta principal de la iglesia de San Juan, la parroquia donde habían sido bautizadas las novias, e debieron entrar los novios y su madre y sus hermanos por la puerta chica, que cuando las marquesas llegaron ya estaban ellos al pie del altar.

E avanzaron las Téllez, seguidas de su bisabuela, que no se había visto mujer más galana en aquellas latitudes pese a su mucha edad, e anduvieron lentamente hasta el presbiterio. Y ya estaban allí los pronto maridos, y la viuda Torralba instalada bajo un dosel situado al lado de la epístola. Se quedaron las Téllez en unos reclinatorios enfrente del altar, las dos en medio de sus pronto maridos, e la bisabuela, que era madrina, situóse en otro reclinatorio al lado de Andrés, que estaba al lado de Leonor, y al lado de Martín, que estaba parejo a Juana, colocóse Pedro, el contador, que era padrino. E salió el celebrante, que no era otro que Juan, el obispo, quien, ayudado por su hermano Alonso, el arcediano, ofició y bendijo aquella unión por siempre jamás, e sermoneó sobre las virtudes cristianas.

Cruzados los anillos y recibidas las arras, nada menos que enriques de oro, por las novias, los matrimonios se dieron las manos, e firmaron con los testigos en un libro. Entre éstos un gentilhomme de ojos tristes, vestido con gorrilla y traje negro, que era muy mirado por las Torralba, las solteras, tal observó María de Abando cuando se situó en el lateral, en primera fila, pues había avanzado desde el fondo de la iglesia pidiendo paso, que no dando empellones, como otra gente.

Acabado el acto religioso, con Leonor y Juana ya casadas, después de dejar los ramos de flores en la sepultura de su señora madre, la magnífica señora doña Leonor de Fonseca, la comitiva, al son de la alegre música de unos moros tamborinos, se

encaminó a la casa de la plaza de la Fruta, donde había de celebrarse un banquete con doscientos invitados. E María hizo que se encontraba con las guisanderas de los Torralba y fuese con ellas, y comió hasta reventar en las cocinas. E como luego quedóse a ayudar a recoger a sus amigas, se enteró de que en los dormitorios de los nuevos matrimonios no había sucedido nada de lo que hubiera sido deseable que sucediera, pues ni siquiera se habían personado los maridos y, la verdad, como el resto de las gentes de la casa, María quedóse barruntando desgracias.

El 25 de mayo de 1475, día del Corpus Christi, el ejército portugués, después de que su soberano retara a Fernando e Isabel, cruzó la raya del reino. A mitad del mes de junio falleció la reina Juana, la segunda esposa del rey Enrique, se comentó que por beber malas aguas, pero se dijo también que a causa de sus muchos pecados, pues que llegó un momento en que ya no le cupieron más en el alma y que ésta, anticipándose al cuerpo, aceleró su muerte y la abandonó por su cuenta, sin causa aparente, quizá tratando de salvarse a la desesperada.

Isabel, mientras trataba de apaciguar al monarca lusitano enviándole varias embajadas, pensaba a menudo en la Beltraneja. Moza en la que se repetía su propia historia pues, aunque andaba rodeada de gente ambiciosa y con la población de Madrid a su favor, sin duda estaría tan sola como ella estuvo. Como ella, preguntándose qué hacía en este mundo y si era mejor vivir o morir, también traída y llevada por unos y por otros. Y deseaba darle una salida honrosa a su pariente: casarla bien o entrarla en un convento, lo mismo que habían pretendido algunas gentes con ella. Y lo que decía a su señor marido:

—Don Fernando, doña Juana no es hija legítima de mi hermano... Mi señor padre dejó expreso en su testamento que a falta de descendientes, a Enrique lo heredara Alfonso, y a falta de Alfonso, yo...

—Llamaremos a Villena para que venga a unas vistas con nosotros... Trataremos de que desista del juramento que le hizo a doña Juana.

—No aceptará... El cardenal Mendoza dice que es caballero y que antes morirá por ella que servirnos, sencillamente por esas cosas del espíritu de la caballería, muchas veces cuestionables... Me asegura que no es felón como su padre...

—No menosprecie su alteza —la trataba de alteza y había abandonado el tuteo con ella, como uno más— las virtudes de la caballería. López Pacheco ha dado juramento de fidelidad a doña Juana y debe mantenerlo aunque le cueste la hacienda y la vida...

—No entiendo yo, marido... Lo de la caballería es bonito en un torneo, para un relato... Pero oponerse a lo que dictó mi padre el rey don Juan, no lo entiendo. ¿Quién es él? ¿De dónde le viene la autoridad para arrogarse en defensor de una causa? La legitimidad está en mí... E, no sé...

—Si es menester, iremos a la guerra.

—¿Con qué dineros?

—¡Pediremos, y si no nos dan por las buenas, pues será por las malas!

—Tenga tiento el señor rey, que no es sólo la cuestión de doña Juana; es que, cuando juntemos los reinos de Castilla y Aragón a la muerte de su señor padre, gobernaremos el mayor territorio de aquesta parte de Europa.

—Los portugueses han encontrado y explotan una mina de oro en la ribera del Mar Océano y son ricos...

—Quieren más, desean nuestras tierras, y por eso don Alfonso se casará con su sobrina.

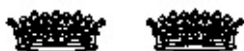
—E los franceses también buscan lo nuestro.

—El arzobispo de Toledo no está por nosotros. Enviemos nuevas embajadas...

—Voy a armar seis mil lanzas... Mientras tanto, preséntese su merced en Alcalá y consiga que Carrillo se allegue a nuestro lado. Tratándolo con tino, pues ya sabe que es hombre de mudanzas y de ejemplo irregular...

E partióse Isabel a Alcalá de Henares, donde el arzobispo de Toledo se entretenía para distraer sus malos humores buscando la piedra filosofal con un nigromante llamado Alarcón, el mismo que había hecho horóscopo a la señora cuando era infanta y dejado entrever, que no asegurado, que podría llegar a ser reina. Y, vaya, que el prelado siquiera la recibió mal, pues ella entró en la población por una puerta y él salió por otra. Lo cual venía a significar que estaba con la hija incierta del rey Enrique, con la Beltraneja y contra ella, cuando la reina necesitaba más que nunca todo el apoyo de las gentes, todo el cariño del mundo, toda la benevolencia de Dios, pues que, además, estaba, bendito sea el Señor, otra vez encinta, por fin. Y aunque en Toledo fue aclamada por la vecindad, pues que abandonó Alcalá en razón de que no tenía a quién saludar, abortó, el mismo día en que la señora Beltraneja maridaba con don Alfonso de Portugal, presentes los dos, aunque sin dispensa papal; cinco días después de que los prometidos se proclamaran reyes de Castilla en Plasencia, y seis días después de que Juana librara cartas a todas las ciudades y villas defendiendo los derechos que tenía al trono y los pactos de Valdebezoya.

La guerra comenzó.



Leonor y Juana Téllez de Fonseca, las dos marquesas de Alta Iglesia, esperaron una noche y otra a que sus maridos llamaran a la puerta de la habitación, en vano. Transcurrido un mes de su unión sacramental, como Andrés y Martín habían dejado la casa de la plaza de la Fruta para ponerse al servicio del rey en las guerras que se anunciaban contra el invasor portugués, las dos mujeres no supieron qué hacer.

Conocieron, eso sí, porque todo se sabía en aquella casa en razón de que las moras mantenían el oído atento, que a Andrés y Martín, después del banquete de bodas, les había entrado pavor, que se habían emborrachado como nunca y metido en su cama de solteros, para levantarse a los dos días, mandar hacer el equipaje, afilar sus espadas, aparejar sus caballos, despedirse de su madre y largarse a servir a don Fernando, lo mismo que hacían todos los caballeros capaces de mantener alzada la

lanza por todo el reino, cierto que éstos sin dictar testamento ni decir adiós a sus esposas.

Sintieron las dos gemelas en lo más íntimo de su corazón aquel desplante, que otra cosa no era. Y, a un mes del hecho, todavía dudaban si decírselo a la bisabuela, más que nada para que no se llevara disgusto y evitar que exclamara, pues que les dolía sobremanera:

—*Porca vita!*

Lo que venían diciendo ellas de cuatro semanas acá. E, la verdad, no sabían qué hacer, que no habían oído nunca hablar de una situación semeja; no obstante, trataban de analizar los acontecimientos. Convenían en que sus noviazgos habían sido como los de todas las doncellas casaderas del reino. Con el pretendiente rondando la calle, llegándose a la ventana, platicando con la novia en la misma, mandándole billetes de amor... Los de ellas, las respuestas de ellas, preciosas, con palabras de la bisabuela y con bonitos versos del señor Petrarca... Un idilio bello, después de todo.

Pero, como pasados treinta días de la ceremonia matrimonial, las moras aseguraban haber oído en las cocinas que a los maridos, dos mozos garridos, les había entrado terror de yacer con ellas la noche de autos y por eso se habían embriagado hasta perder el seso para dilatar sus obligaciones y no cumplir como maridos, sin ponerse de acuerdo entre los dos para mayor despropósito, se dijeron, encerradas en el aposento de Leonor, lo que era obvio, pues no encontraban otra explicación:

—Les vinieron pavores porque somos mancás, porque ni Andrés ni Martín quieren tener un hijo que herede la tara...

—Son cobardes... Mucho irse a hacer la guerra y...

—Se esconderán en la retaguardia detrás de los carros de provisiones e no asomarán la cabeza.

—¡Quiá, se quedarán a dos leguas del campo de batalla!

—¡Con sus barraganas!

—Ya nos sabían mancás. Yo, querida hermana, no me tapé mientras estuve en la ventana.

—Ni yo.

—Como no han consumado el matrimonio somos libres... Nada nos une a ellos... Es cuestión de que volvamos a nuestra casa...

—¿Cómo vamos a volver? Seremos el hazmerreír de la ciudad y de Castilla toda...

—Además, la abuela se disgustará.

—Quizá debemos conversar seriamente con doña Elvira, la madre.

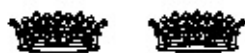
—¡Ni hablar! Está siempre con sus tres hijas, con esas tres comadres...

—Bueno, pues esperamos un tiempo más, Juana...

—¿Un mes?

—¡Sí, nos damos de tiempo otro mes!

Y así las cosas, no eran felices. Toda la ventura que habían disfrutado mientras vivieron en la mansión de la calle de los Caballeros se terminó al entrar en la casa de la plaza de la Fruta, y menos mal que se habían traído a las moras con ellas. Menos mal que Catalina iba a visitarlas de vez en cuando, a llevarles parabienes de la bisabuela y a echar pestes del nuevo servicio que había contratado la dama, una pandilla de vagos. La buena mujer hablaba de cosas menudas por no decirles nada de don Juan Téllez que, convertido en pobre de pedir y vestido de harapos de cintura para arriba y con un trapo de cintura para abajo hasta que unos monjes caritativos le dieron un gonel muy usado y que a veces se levantaba, continuaba rondando su antigua casa y durmiendo en el atrio de San Juan. Para no contarles que el hombre, ya fuera un pobre, pobre, o el dicho marqués, alunado por demás, las había contemplado, divinas, cómo iban las dos en el carro triunfal que las llevó, antes y después de casadas, de su antigua casa a la iglesia y de la iglesia a su nuevo hogar, y que alzó los brazos y bailoteó las manos, lo único que hacía, pues que hablar, hablaba poco, que sólo repetía que se llamaba don Juan. Y eso, guardaba silencio, y otrosí hacía sobre la situación de las gemelas, que se mantenían doncellas, pues, enterada por las moras, no le dijo nada a la bisabuela.



A la vista de lo que no sucedía en su casa, doña Elvira, la viuda del Perogil Torralba, tras llevar mil candelas y buenos dineros a la iglesia de San Juan, recibió a María de Abando, la ensalmera de la calle de las Losillas. La hizo ir a su casa para que le curara un lobanillo que le había salido detrás de la oreja y le incomodaba, pero fue mera excusa, pues la dueña le quiso sonsacar qué se podía hacer, qué remedios se podían aplicar para que un marido entrara en el dormitorio de su esposa y una vez allí cumpliera como varón, sin que se enterara el sujeto por no someterlo a humillación.

María, que estaba sobradamente informada del negocio pues había estado en las cocinas el día de las bodas de las marquesas hasta bien entrada la noche, no hubiera necesitado saber más. Pero para hacerse valer y cobrar más, dijo que habría de estudiar el caso y conocer la calidad del marido, y a ser posible verlo, de lejos que fuera para no someterlo a humillación. Y cuando la viuda le informó, roja hasta la raíz del cabello, que el marido no era uno, sino dos, dos de sus hijos, los que se habían casado el día 8 de mayo pasado con las dos marquesas Téllez, y que a éstas se las llevaba el enojo y pedían justicia en sonoro silencio, recludas en sus habitaciones y sin querer ver ni tratar a ninguna persona de la casa, haciéndose servir por sus esclavas moras en exclusiva e no participando en la vida familiar, María le preguntó si sus dos hijos habían sido capaces con otras mujeres. La viuda asintió con la cabeza,

roja, roja de rostro e, moviendo nerviosamente las manos, musitó que Andrés tenía casa puesta a una barragana en el rabal de San Nicolás, y que Martín iba a menudo con él. Sobre si había sucedido algo digno de mención el día de las bodas, la Torralba contestó que no, que, a más, bendito sea el Señor, la ceremonia había sido lucida de lo más y el banquete espléndido e muy bien servido, cierto que las tornabodas, que hubieran durado dos semanas, fue preciso darlas por terminadas a los dos días porque los maridos ensillaron los caballos y se fueron con sus escuderos a servir al rey Fernando.

—A servir al rey o a ocultar su vergüenza, hija...

—¿Qué desea su merced que haga yo?

—Que lo arregles, que eches los ensalmos necesarios a mis hijos o a sus mujeres o a la casa o a la ciudad o al mundo...

—¡Pardiez, señora Elvira!

—¡Te daré estas dos bolsas!

—¡Tres!

—¡Tres!

—¡Dos, ahora!

—Oye, no... Una ahora, y dos luego...

—¡No!

—Ea, pues bien. ¡Espera, que llaman a la puerta; he dicho que no me interrumpan por nada y ya ves!

Y, vaya, que se presentaron sus tres hijas.

—¡Madre, tenemos que hablar ya con vos!

—¡No atenderé a sus mercedes en este momento, estoy muy ocupada!

—¡Pues ha de sentirlo su merced!

—¡Pues lo sentiré! Continúa, María...

—Podré entrar y salir de la casa y andar por las habitaciones y hablar con quien estime conveniente, y hacer mis encantos sin que nadie me estorbe ni menos me vigile, ¿entiende su merced?

—Entiendo... Además, te daré de comer y de cenar, lo mismo que yo y mis hijas.

—Mañana vendré a primera hora.

—Oye, María, guardarás silencio destas pesquisas pues, pudiendo consultar con mi capellán y con el señor obispo, he acudido primero a ti para que me resuelvas este negocio tan desgraciado... E ni mis hijos, los interesados, ni mis hijas, que están detrás de la puerta queriendo saber qué pláticas me llevo contigo, sabrán nada desto, pues que es meterme donde no debo... Claro que lo hago por la gloria de mi casa, que fue la de mi esposo, don Perogil, hombre de fama y probada virtud...

—Que me muera si digo palabra, señora Elvira...

—¡Otra vez llaman a la puerta y como si hubiera fuego! ¡Vuelve la cabeza, que

no te vean, voy a ver qué pasa! ¿Qué ocurre? —preguntó doña Elvira.

A la voz de la señora, una criada abrió la puerta desde fuera y aparecieron las mancadas en el umbral diciendo que deseaban hablar con ella, pero les respondió que las llamaría en breve, el tiempo que tardara en despedir a la mujer que tenía en hablas, lo mismo que ya había dicho a sus hijas, que también habían querido interrumpirle con anterioridad. E idas las marquesas, le dijo a María:

—Ea, ve con Dios. E recógete los dineros, no te los vayan a robar.

—Él quede con vuestra merced.

Mientras los lusitanos recorrían Castilla requiriendo a los alcaides que les entregaran las fortalezas por do pasaban y asentaban el real en Arévalo —la tienda del monarca a dos varas de la ermita de la Lugareja, a la vista de la madre de Isabel, que continuaba bordando primorosamente paños y más paños en la señera fortaleza de la villa—, Fernando se trasladaba a las tierras del norte e Isabel andaba por las de Valladolid reclutando soldados. Ambos recordando la batalla de Aljubarrota, donde los portugueses habían derrotado a los castellanos cien años atrás, ambos tratando de levantar el ánimo de las gentes, que no estaban por la guerra. No obstante, consiguieron un ejército de cuarenta mil hombres, eso sí, mal pertrechado, mal avenido y peor adiestrado.

Así las cosas, la reina hacía esfuerzos cada día para levantarse de la cama, pues no en vano había abortado en el camino entre Toledo y Tordesillas, y, aunque no le habían quedado secuelas, salvo mucha pena en el corazón, y se manejaba bien, no estaba con buen ánimo. No obstante, escribía de su propia mano o por medio de sus secretarios a todas las ciudades y villas de los sus reinos para que le enviaran tropas, sobre todo de caballería, y no sosegaba. Porque le llegaban noticias de que el portugués había dejado Arévalo y que la población de Toro le había abierto las puertas. O de que el rey de Francia había reconocido a Alfonso V y a Juana como soberanos de Castilla y pensaba enviar un ejército invasor a las Vascongadas. O de que el duque de Stúñiga andaba cercando el castillo de la ciudad de Burgos.

Cierto que se alegraba cuando era enterada de que su esposo se encontraba ya al pie de las murallas de la plaza de Toro, cabe el río Duero, pero presto tornaba a amohinarse al saber que había desafiado al monarca lusitano a duelo singular, y que éste había aceptado pidiendo seguridades para su persona, y prendas. A las dos reinas en prenda, a ella y a Juana. Y claro, se enojaba, no fuera a aceptar su esposo, creído de su juventud, aquel trueque, aunque llevara ventaja ciertamente en razón de que el rey de Portugal era viejo y asaz grueso de carnes, pero no era comparable la nobleza de ambas damas. No fuera su marido, queriendo ahorrar dineros y terminar la guerra, a parangonarla con la Beltraneja.

De este modo, con los negocios del reino en un brete, habiendo dado orden de incautar las haciendas de los partidarios de doña Juana, Isabel llevaba vida amarga en Valladolid pues observaba sin poder tomar medidas cómo subía el precio del pan, cómo los soldados se mostraban descontentos y reclamaban sus pagas, o cómo la tropa de ladrones que tenía ocupados desde hacía veinte años, o más, los castillos de Castronuño y Alta Iglesia —en manos de gentes que tenían por oficio robar y matar— se pasaban al bando portugués, a más que todavía le dolía su aborto en el alma y con tanto jaleo y disgusto no tomaba los remedios que le procuraba el médico, por

eso andaba floja.

Floja y a ratos desesperada. Desesperada al saber que don Alfonso V había tomado la ciudad de Zamora, y con flojera de piernas a toda hora, pese a tener a su lado a los Haro, Enríquez, Alba, Manrique, Pimentel, Mendoza, etcétera. Yendo de aquí para allá, de León a Burgos, de Medina a Tordesillas y Valladolid, como en un inacabable ir y tornar, cierto que recibiendo cada día a más gentes de los linajes que le habían sido hostiles, ítem más, al ser informada de que los franceses habían repasado en la menguante del mar el río Bidasoa con pertrechos y cañones, y estaban a tres mil pasos de Fuenterrabía, donde eran rechazados por los habitantes, que habían fortificado la villa y tiraban pólvora a mansalva con una bombardita muy gruesa, mucho mayor que las que llevaban los invasores, y escaramuceaban contra el enemigo y, pese a las bajas que sufrían, peleaban con mucha bravura.

Mientras las tropas de Fernando e Isabel aguantaban la embestida francesa por el norte, en el oeste el baluarte de Zamora se rendía al rey de Castilla después de librar grande batalla para conquistar la torre, y con los vecinos y con otros, pues se le juntaron condes y duques, se disponía a defender la plaza.

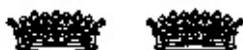
Don Alfonso de Portugal llegó desde Toro con mucha gente, con su hijo el príncipe Juan y con muchos caballeros, entre ellos el arzobispo de Toledo, decantado ahora por la Beltraneja, y asentó su real al otro lado del Duero, de tal manera que el río quedaba entre el campamento y la ciudad, y desde allí bombardeó las torres del puente durante quince días, llevando tres mil de a caballo y cinco mil peones. E vido el lusitano que no podía tomar la plaza, levantó el campamento e tornó río arriba hacia Toro, pero lo alcanzó don Fernando a dos leguas de aquella villa de noche ya, e viendo que no podía dilatar batalla, ordenó sus haces. Bajo una lluvia muy recia, se encontró con las tropas castellanas e lidió hasta que fue vencido e desbaratado e huyó con ocho de a caballo, mientras su hijo se refugiaba en un cabezo y muchas de sus gentes morían ahogadas en el río.

El rey Fernando, bendito sea Dios, recogió más de mil cadáveres en el campo e hizo grande presa de caballos, armas, prisioneros y oro y plata, e tornóse a Zamora al amanecer, movimiento que aprovechó el príncipe Juan para picar espuelas y refugiarse en Toro. Pero hasta que Fernando conquistó esta villa e los castillos de Castronuño, Alta Iglesia, y se le dio Madrid, e le vinieron los señores que habían estado con los lusitanos a postrarse ante él, arrepentidos, no hubo paz en el reino. Luego sí, a Nuestro Señor Jesucristo sean dadas muchas gracias y loores, pues que los reyes fueron magnánimos con los vencidos y a éstos no les quedó otro remedio que ponerse del lado de los vencedores.

Así Isabel pudo decir a su marido:

—Don Fernando, hemos ganado a doña Juana y a don Alfonso. Después de enderezar la hacienda, de entrar a los nobles en vereda y de acabar con los ladrones

que pululan por los caminos, haremos la guerra al moro.



Pese a que, según noticias, los dos Torralba andaban combatiendo en las guerras de Castilla contra Portugal, concretamente en el sitio de Toro con el señor rey, un día a media mañana se presentaron en la casa de la plaza de la Fruta, organizando el jaleo consiguiente.

En el piso de arriba se oyeron voces. Las Téllez las escucharon e enviaron a las esclavas a ver qué sucedía. Pero, antes de que éstas regresaran con las nuevas, entraron los dos hermanos en la habitación de Juana, donde estaban reunidas, e Andrés se llevó a Leonor, e Martín se quedó con su esposa. E ambos cerraron con llave y de un golpe las puertas de los aposentos, pues que venían fieros.

Andrés, que echaba fuego por los ojos, agarró a Leonor del brazo manco e la arrojó sobre la cama; se alzó la túnica, se bajó las bragas e la violentó y, sin cruzar palabra con ella ni para saludarla. Luego salió tan aprisa como había venido, sin volver la vista atrás, sin apercibirse de que su esposa abría la puerta del aposento y arrojaba, airada, la sábana nupcial al pasillo. Martín en cambio, tardó una hora en abandonar la habitación de Juana, en razón de que, aunque entró tan abestiado de ademanes y tan a cierra ojos como su hermano, tras alzarse la saya y bajarse las bragas, fracasó estrepitosamente como varón, ya fuera porque le vinieron pavores o porque no valía para el acto. Juana quedóse muy aliviada cuando se largó dando un portazo, golpe que dejó al descubierto a todos los moradores de la casa la incapacidad del joven.

E con aquel tratamiento, tan impropio de caballeros, las marquesas se sintieron más afrentadas que nunca e lamentaron no tener padre ni hermanos que lavaran con sangre aquella ofensa. E, como los tipos, que otra cosa no eran, se fueron otra vez, sin despedirse dellas, a las guerras del rey Fernando, decidieron contarle todo a la bisabuela puesto que precisaban de su ayuda para tomar una determinación. Conscientes, además, de que, como Andrés se había llevado la virginidad de Leonor y Martín no había podido con la de Juana, se encontraban ante dos situaciones diferentes, máxime porque de inmediato Leonor se supo embarazada y lo comentó con su hermana cuando se juntaron las dos:

—Creo que estoy encinta, Juana.

—No puede ser; será imaginación tuya, que sólo has yacido una vez con tu esposo... Ni que te lo hubiera venido a decir un ángel como a la Virgen María...

—Me noto otra mujer, tengo calor, me vienen ahogos.

—¡Es del sofoco, es natural! ¿Acaso has vomitado?

—¡No!

—¡Entonces, no lo estás!

—Te digo que sí, que la mujer sabe cuando está empuñada.

—¡Hablas como las comadres! ¡Te sucede que estás furiosa, dolida hasta el tuétano, mismamente como yo!

—¡Lo sé bien, Juana, lo sé! E no te burles de mí, ten caridad conmigo, que estoy en situación delicada... Ten en cuenta que, desde que mi marido me violentó, le odio, y ahora llevo un hijo suyo en mis entrañas, no sé si lo quiero...

—¡Oh, pobre hermana mía! ¡Si te consuela, te diré que yo también odio a Martín!

—¡Abomino a Andrés, a su madre, a sus hermanas y a esta maldita casa!

—¿Qué podemos hacer?

—¡Marcharnos con viento fresco...!

—¡Ea, pues vamos!

—¡Vamos a decírselo a doña Elvira y, si se atreve, que nos corte el paso!

A eso fueron, a comunicarle a su suegra que se iban de aquella casa para siempre jamás, pues que llevaban mucho enojo en su corazón. Pero, vaya, que la dueña andaba con dineros encima de la mesa y en conversación con una mujer cuyo rostro no vieron e, cuando le dijeron que deseaban hablar con ella, les respondió, tapando los dineros con las manos, algo así:

—¡Perdónenme sus mercedes, que estoy platicando con esta mujer! Las haré llamar en un momento...

E continuó en aquel conciliábulo. E las marquesas se sintieron más airadas todavía, en razón de que aquella doña Elvira, que siquiera era hidalga, se permitía tratarlas como si fueran criadas, y no se dignaba interrumpir las pláticas que llevaba con una mujer del vulgo, tal se adujeron por el atuendo de la dueña, que no le vieron la cara, pues que de haberlo hecho hubieran conocido a la Niña del Cristo de la Luz y tal vez la hubieran saludado o preguntado qué martingalas se llevaba por allí. Por eso, sin pensarlo dos veces, se encaminaron a la puerta más cercana y, pasando por delante de sus tres cuñadas, que las miraban atónitas, abandonaron, seguidas de sus esclavas y sin llevarse equipaje, la casa de la plaza de la Fruta.

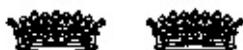
Setenta pasos contó Leonor hasta llegar al palacio de la calle de los Caballeros, setenta y seis Juana.

E la viuda Torralba, como habían ocurrido demasiadas cosas en su casa mientras anduvo ajustando los servicios de María de Abando, no se enteró de que habían llegado sus hijos, ni de que uno de ellos había violentado a su esposa, ni de que el otro no había podido, ni de que los dos se habían vuelto a marchar, ni de que las marquesas, sus nueras, habían abandonado la casa, hasta bastante después del almuerzo. Pues comió sola en su aposento e durmió un poco de siesta, quizá para curarse el mal rato que había pasado con la bruja contándole las intimidades de la familia o por los muchos dineros que le había dado que, como buena judía que había

sido, le habrían salido del alma, o quizá se olvidara de que la gente de su casa le había ido con urgencias.

El caso es que cuando llamó a charlas a sus hijas para preguntar a Catalina, la mayor, si platicaba con un posible espíritu que hubiera en uno de los pozos de la casa, negocio que también deseaba conocer María de Abando, y a todas qué querían cuando llamaron a su puerta, fue informada cumplidamente de los sucesos, y se lamentó como no en vano le habían vaticinado sus descendientes. E rompió en amargas lágrimas por la afrenta hecha a sus nueras, por el disgusto que llevaban y por la impotencia de su hijo Martín, pese a que sus hijas quitaban yerro al desgraciado asunto y no lo tachaban de «afrenta» sino de «desliz», y aún añadían que lo de Martín se podría arreglar, e no pudo soportarlo e le vino un vahído e hubieron las criadas de acercarle el frasco de sales a la nariz e llevarla a la cama en brazos.

Y, vaya, tardó en recomponerse y estuvo tres días con el estómago revuelto y con motivo, pues que sus hijas, a más de narrarle lo ocurrido en toda su crudeza, de demandarse mil veces si Leonor estaría ya empuñada y de sostener que las taras se heredan más fácilmente que las virtudes, le recriminaron haber negociado mal los matrimonios de sus hermanos y que hubiera dejado asuntos sin ajustar en las capitulaciones, sobre todo cuál de las gemelas habría de heredar el marquesado. A más, que se dolieron de haber emparentado con aquellas dos arpías, las marquesas, y se santiguaron varias veces al comentar el mucho sufrimiento que hubo de padecer la progenitura de las mismas para fallecer tan de súbito. Y lo único que reconocieron en la agria plática que mantuvieron con su madre fue que Andrés era hombre de demasías y Martín lerdo, pues que sólo sabía ir con megueces a unos y a otros.



María, tras abandonar la mansión de los Torralba, anduvo por la calle de los Caballeros tentando los dineros que llevaba en la faltriquera. Saludó ya de lejos a Catalina, la cocinera de las marquesas, que estaba apoyada en el dintel de la puerta de las cuadras contemplando a un hombre. A un pobre que, Jesús, Dios, andaba medio desnudo. Qué medio desnudo, en cueros de cintura para abajo, tapándose el colgajo con un trapo y destapándose para que la guisandera y, ahora ella, lo vieran. La ensalmera lo reconoció enseguida, pues era el mismo que había estado a su lado en la iglesia de San Juan en la ceremonia religiosa de la boda de las Téllez, eso sí, vestido.

Le hizo un aspaviento con las manos a Catalina, como preguntándole qué hacía este tipo, y la guisandera le respondió abriendo los brazos en un gesto de impotencia.

María continuó observando, y se dijo que el sujeto no enseñaba lo que enseñaba como si mostrara algo grande y único ni prometiendo maravillas como habían hecho el Mingo y el Perico mientras estuvo en la ermita del Cristo de la Luz que, ahora,

desde que vivía en la calle de las Losillas, no se atrevían ya, no fuera a verlos la vecindad y los denunciara a los regidores por escándalo. Y presto se apercibió de que al hombre, más que enseñar lo que enseñaba, lo que le interesaba era bailar las manos, como si quisiera decirles tengo dos manos, como si fuera importante tener dos manos, que lo era, si no que se lo preguntaran a las dos marquesas mancas.

Y lo llamó:

—¡Eh, buen hombre!

Pero el tipo se echó a correr. Entonces María se acercó a la cocinera y le preguntó:

—¿Quién es, Catalina?

—Ronda por aquí de un tiempo a esta parte. Dice que se llama don Juan...

—¿E no vienen los alguaciles a por él?

—¡No!

—¿No lo has denunciado?

—¡No, es un pobre hombre! Hoy andaba desnudo pero últimamente llevaba una túnica.

—Puede escandalizar a alguna doncella yendo así.

—¡Sí, a ti, por ejemplo, porque seguramente eres doncella!

—¿Por qué me tienes ojeriza, mujer? Yo te puedo echar las suertes o leer las rayas de la mano para decirte que vas a vivir cien años o hacerte rica o curarte el dolor de vientre o el cólico, todo de balde, o regalarte estos dineros para que te compres un manto para el invierno... Toma, toma esta bolsa para ti... Que me gusta dar a las amigas... —decía María con voz zalamera, sacándose uno de los saquetes que le había dado la viuda de la faltriquera—. Toma, que tiene cien maravedís... Pero, dime, ¿cómo están tus amas, las señoras recién casadas? ¿Cómo les va con sus maridos? ¿Alguna dellas se siente preñada...? Yo la puedo atender e remediar en sus dolores y vómitos... ¿E doña Gracia qué? Que le tengo mucho aprecio a la dama... Toma, coge la bolsa, no tengas reparo...

—¡Vete, maldita alcahueta!

—Me quejaré a tu señora cuando me llame, pues me tiene estima... No debes olvidar que merced a mis oficios tus amas se han casado...

—¡Sí, valiente matrimonio que han hecho con dos judíos!

—Hija, pareces fray Tomás de Torquemada...

—¡Vete al infierno, bruja!

—Te arrepentirás de hacerme este desaire...

—¡Atrévete a echarme mal de ojo y verás! Te denunciaré a la justicia... ¡Y acabarás en la hoguera como pretende hacer fray Tomás con todas las gentes de tu calaña!

Dicho lo dicho, la guisandera echó la tranca. E fuese María muy enojada, pues

que había saludado amablemente a la criada y le había respondido asaz mal, pero se la quitó de la cabeza pues lo que se dijo, que no había de emplear un minuto de su tiempo con aquella necia que no tenía donde caerse muerta y había despreciado una bolsa de cien maravedís.

E iba caminado con tanto garbo que llegó en dos zancadas a la plaza de San Juan. De haberse demorado un tantico y de haber vuelto la cabeza, hubiera podido ver a las dos marquesas de Alta Iglesia llamar exasperadas a la aldaba de su antigua morada, y enterarse de ciertas cosas que le hubieran ahorrado desazón y hartazgo.

Sin volver la vista atrás, anduvo hacia su casa por la calle de las Campanas, pensando cómo acometer al espíritu del pozo de los Torralba que sin duda sería el alma en pena del Perogil. E iba cavilando si lo constreñiría en una redoma o lo haría salir y lo largaría, no fuera a ser el causante de la impotencia de los mozos. Si hablar o no hablar con la hija mayor, pues que las guisanderas le habían asegurado que había platicado con él. Si en el pozo viviría en espera de su redención el espectro de don Perogil que, dado los hijos que le habían sobrevivido, los dichos Andrés y Martín, no quería marcharse de este mundo hasta que consumaran su matrimonio y dejaran el linaje en buen lugar, o si todo era negocio de las cocineras que, como mucha gente, oían un ruido durante la noche y ya creían que se trataba de Satán o de alguno de sus príncipes.

Y en éstas estaba, considerando importantes asuntos, proyectando, además, ponerles a los hermanos las manitas del niño muerto de María de Ataún en sus partes para remediar su impotencia, pero en esto volvió la cabeza y se topó con el tipo desnudo, que la venía siguiendo, y le preguntó lo primero que pregunta todo el mundo a todo el mundo:

—¿Cómo te llamas?

—Don Juan —respondió el hombre, y levantando los brazos bailoteó las manos...

—Ya veo que tienes manos...

—¡Tengo dos, dos...!

—Yo también, mira, dos... ¿E qué haces por aquí?

—Don Juan.

—Ya lo sé. Dime, ¿qué haces, de qué vives?

—Don Juan...

María lo dejó en la puerta de su casa, y una vez dentro echó la llave.

Aquella noche se empleó a fondo pues la pasó en vela. Estuvo dibujando unos muñecos, uno más grande y otro más chico, que representaban a Andrés y Martín, en la ceniza de la chimenea, marcándoles sus partes viriles, y refrotándoles por ellas el saquito de María de Ataún, que a ella al menos le habían revuelto la natura.

Al día siguiente se le presentó una urgencia. Se adujo que, antes de ir a la mansión Torralba a enfrentarse con el espectro del pozo, debía guardar su mucho

dinero, o al menos parte, no fueran a entrarle ladrones en casa y, dudando entre dejarlo en manos del judío Yucef, como hacía la gente amillonada, o en enterrarlo, pasó la jornada deambulando por la ciudad, de taberna en taberna, un vaso acá, otro allá. De asueto, como si no tuviera otro quehacer, perdiendo el tiempo, en fin.

Al siguiente, ya con la cuestión decidida, lo primero que hizo fue encaminarse a la ermita del Cristo de la Luz dispuesta a enterrar su dinero por allí y, tras atravesar el rabal, pasar por delante de Santo Tomás y subir el repecho, llegó sin aliento. Se detuvo en la iglesuela aunque no pudo entrar, pues estaba cerrada con fuerte candado; no obstante, se arrodilló delante del Santo Cristo y se le hizo que la imagen le sonreía, pero no, no, cosas suyas, que últimamente hasta creía volar cuando posiblemente lo había soñado.

Hubiera metido las bolsas de la Torralba en el hueco entre el ara del altar y la pared donde ya había ocultado sus dineros, mientras moró allí, para que se las guardara el Señor, de no estar aherrojada la puerta, pero pensó en enterrarlas en el bosquecillo anejo a la tapia de las Gordillas, donde se había dejado su virtud, porque buscaba un lugar recogido y poco transitado. Entrando estaba en el arbolado, cuando escuchó ruidos, como si un espectro rondara por allí. Largóse entonces, que mejor evitar a hombre, animal o espíritu, pues hacía mucho tiempo que no se enfrentaba a ninguno y todavía no estaba segura de cómo arremeter contra el que vivía en el pozo de la casa Torralba.

Fuese, pero volvió al cabo de un rato, después de saludar a la hermana Miguela, que la recibió con mucho cariño, y terminó enterrando tres cuartas partes del dinero que tenía al pie de la tapia de las Gordillas, en saquetes, orando porque sólo la hubiera visto el Cristo de la Luz, debajo del ladrillo número trigésimo tercio a partir del ángulo por donde sale el sol. El trigésimo tercio, número que obtuvo de sumar del día en que nació, el veintidós, más cuatro del mes de abril, más uno, más cuatro, más cinco, más uno, del año de 1451, es decir el día, mes y año en que nació, para no olvidarlo nunca jamás.

E, habiéndose quitado un peso de encima, fuese ya a la casa de la plaza de la Fruta para vérselas con el espectro del pozo, pero al llegar fue sorprendida por una noticia.

Las guisanderas, sus amigas, le dijeron que antesdeayer mismo, estando ella en la casa de plática con doña Elvira, habían vuelto los señores. Que Andrés y Martín habían regresado de súbito, estado una hora y vuelto a marchar a la guerra, siquiera sin saludar a su señora madre. Que Andrés había tomado por mujer a su esposa, y que Martín lo había intentado sin conseguirlo. Que las marquesas se habían marchado muy enojadas a su antigua mansión. Que los problemas de doña Elvira, su ama, se habían reducido a la mitad y que había preguntado por ella...

María de Abando se largó rauda naturalmente, no fuera la viuda a pedirle que le

devolviera las bolsas que le había dado, disgustada y moviendo la cabeza en razón de que no había sentido ni intuido la presencia de los maridos, y preguntándose por qué su hechizo, el de frotar el saquillo del niño muerto en las partes de varón de los muñecos que representaban a los hermanos Torralba, había hecho tanto beneficio con Andrés y ninguno con Martín; admirada, por otra parte, de que hubiera hecho efecto con sólo pensarlo y horas antes de ponerlo en práctica, mientras aún andaba ella en tratos con doña Elvira, pero lo que se dijo:

—La magia es inestable, inquieta y movediza.

Los reyes de Castilla contentaron a los nobles. A los que les quitaron lo que mal tenían del rey Enrique, les dieron otros predios o bien títulos para ascenderlos en nobleza. Lo hicieron en razón de que los que habían sido leales y los que habían sido desleales con sus personas eran parientes entre sí, a más, que tiempo era de acabar con rencillas y resquemores. Así compensaron a Manriques, Ponces de León, Stúñigas, Pachecos, Girones y otros. Contra el arzobispo de Toledo, que había sido su principal valedor durante muchos años y gran traidor luego, no tomaron represalias y lo mantuvieron en el cargo.

Así, calmadas las aguas de la política, Isabel llamó a su médico para que le diera remedios que le propiciaran otro embarazo, pues buscaba un hijo, un varón que le sucediera en el trono, ya que sólo había alumbrado una hija en varios años de matrimonio y estaba deseosa de someterse a la cura que le había propuesto el galeno tiempo atrás.

Pero tiempo le faltaba para dedicar una mínima parte del día a ella, que los sustos y los disgustos no acababan. Que entre unos y otros no la dejaban leer al marqués de Santillana o a Juan Ruiz ni libros de devoción, ni tiempo tenía para confesar con fray Hernando, pues más parecía que Castilla estaba llena de gentes de calaña.

Es que el 31 de julio de 1476 un tal Alonso Maldonado se había alzado en Segovia contra el que tenía el Alcázar de antiguo, el mayordomo Andrés Cabrera, el marido de doña Beatriz de Bobadilla, quien le criaba y le guardaba la hija a la reina Isabel, como va dicho. El tal Alfonso imaginó tomar la fortaleza y apoderarse de la niña para negociar su hacienda con los reyes, pero no logró asaltar la torre, pues la defendía con bravura don Pedro de Bobadilla, el padre de Beatriz. El caso es que la gente de la población se puso contra Cabrera, aunque éste tenía varias puertas de la ciudad ocupadas por sus tropas.

Sabido lo anterior, la reina, que estaba en Tordesillas descansando unos días en la paz del convento de Santa Clara, cabalgó hasta la ciudad sublevada con el cardenal Mendoza, con el conde de Benavente y con Cabrera, que andaban siempre con ella, y se encontró con casas quemadas, con el pueblo alterado y escandalizado contra el odiado mayordomo y su mujer, queriendo que les quitase el Alcázar y el cargo, e le iban con embajadas y no la dejaban entrar. Y claro, como no sabía qué había sido de su hija ni de los guardianes de su hija, Dios ampare a todos, gritó:

—¡Decid a los caballeros y ciudadanos de Segovia que yo soy la reina de Castilla, y esta ciudad es mía, e me la dejó el rey mi padre! E para entrar en lo mío no son menester leyes ni condiciones algunas...

E entró en el caserío con los suyos e fue hacia el Alcázar que estaba dividido entre los de Maldonado y los de Bobadilla, furiosos los dos bandos, a saber cuál de

ellos tenía a la niña. Turbados los de Isabel, ella sufriendo y, una vez más, sin marido, que andaba ocupado arrojando a los franceses del Bidasoa. Los segovianos le suplicaron que despojara a Andrés Cabrera de la tenencia de la fortaleza y la diera a hombres naturales de la población, queriendo incluso dar espada al mayordomo, y los de Maldonado también querían negociar con ella. A la vista de lo que había, la reina arrebató la prebenda a Cabrera, dándosela a Gonzalo Chacón, que venía con ella, para que pusiera orden en aquella algarabía, y dejó que la gente de Segovia tomara el Alcázar. Rendidos los levantiscos y aprisionado Maldonado, pudo abrazar a su hija y comérsela a besos, mientras escuchaba de labios de su amiga Beatriz:

—Alteza, don Andrés, mi marido, no ha cometido tropelía contra la gente de Segovia y yo he guardado a vuestra hija mejor que si fuera mía... No he dormido en tres días... He tomado espada por si hubiere de usarla... Todo por defenderla...

—No temas por tu esposo que lo conozco bien, pero he de escuchar a todos... Llamaré a los regidores de la ciudad y que me digan, luego oiré a don Andrés y haré justicia... El de Maldonado recibirá el castigo que merece, pues que al querer tomar a mi hija de rehén se ha levantado contra mí.

—En vuestras manos estoy, mi señora.

—Es menester que mi marido el rey y yo hagamos valer nuestra autoridad en estos reinos para acabar con cuadrillas y sediciones... Tenemos convocadas Cortes en Madrigal, e queremos constituir una Hermandad que ponga orden en todos nuestros dominios, como la que pretendió imponer mi buen padre tiempo ha.

—Yo os serviré siempre, alteza.

—Lo sé, amiga, tú seguirás ocupándote de mi hija, que yo con tanto ir y tornar no la puedo atender, mal que me pese... E dime, ¿come bien? ¿Cómo se cría, qué le gusta? ¿A quién se parece de carácter, a mí o a don Fernando? ¿Cómo pasó el sarampión? ¿Es piadosa? ¿Tiene amigas? ¿A qué juega? Me gustaría tenerla conmigo... Me he llevado un gran susto con esto del secuestro, que no ha sido tal a Dios gracias... Habla, dime de la niña...

E doña Beatriz le decía y le decía.

Isabel hubiera deseado quedarse en Segovia con su hijita, pero otras urgencias la reclamaban. Debía acudir a las reuniones de Cortes para pedir subsidios, pues las arcas reales estaban mermadas después de tanta guerra; luego habría de tratar lo de la Hermandad y también prestar oído al descontento que había por doquiera contra los judíos y, claro, en esos menesteres se le iban el día y la noche.



Leonor y Juana Téllez de Fonseca llamaron a la puerta de la casa de la calle de los Caballeros, llorando y asaz alborotadas.

La bisabuela, que le estaba enseñando a una de las nuevas criadas a preparar la crema de arvejas que se aplicaba en la cara cada mañana, las recibió enseguida, despidió a los sirvientes de la habitación y oyó de labios de sus bisnietas múltiples agravios.

Leonor le expresó sin ambages que su marido la había violentado como no se hace ni con moza de aldea. Juana le comentó que el suyo había intentado hacer lo mismo con ella, pero le había resultado imposible, castigo de Dios, y que estuvo porfiando consigo mismo durante más de una hora, sin conseguir atiesar su miembro. Las dos mostraron su mucha indignación y continuaron con que la suegra y las cuñadas eran malas personas y les tenían envidia porque se hubieran casado con sus hermanos e hijos, como si Andrés y Martín no fueran hombres libres, sino esclavos de la madre, que era mujer de carácter varonil; por tener título de nobleza; por ser más bellas que ellas, más galanas, más donosas y, sacando los pies del tiesto, habían sostenido que hasta les irritaba su manquedad en razón de que sabían llevar su defecto físico con la cabeza alta.

En las cocinas, las dos esclavas moras le decían otro tanto a Catalina con toda suerte de pormenores, y aún añadían que las Torralba habían invocado al diablo para malquistar entre los esposos, que había una hija que conversaba con un alma en pena que estaba encerrada en un pozo situado en la huerta.

Doña Gracia, oídas las bisnietas, permaneció dos días en su aposento reflexionando; al tercero les pidió mayores explicaciones y detalles, del cuarto al noveno lloró lo suyo, y al décimo llamó a la viuda Torralba a su presencia.

En el tiempo de cavilación y cálculo, la dama se dijo que los interiores, las entretelas y los negocios del matrimonio no son de opinar por personas ajenas, aunque se trate de parientes carnales pero, como sus descendientes le pedían ayuda explícita con sus palabras e implícita con sus lágrimas, a más que le vino a la boca el orgullo de los Téllez, consideró afrenta lo hecho a sus bisnietas por los dos maridos, la madre y las tres cuñadas, y decidió tomar cartas en el asunto.

Antes de ver a los Torralba consultó al obispo y, siguiendo sus consejos, llamó a Pedro Alfar, joven y prometedor abogado, y le expuso el caso sin tapujos:

—Sepa su merced, señor licenciado, que tengo dos bisnietas gemelas, que no tienen padre, ni padre ni hermanos, que yo soy su pariente más próxima. Que, debido a una desgracia inexplicable que se dio en su nacimiento, son mancas y que, como se organizó jaleo en el aposento de la madre por la tara que traían las nacidas, no se sabe cuál de las dos nació primero para heredar el marquesado... Pero esto no me ocupa, pues que ambas se llevan bien y se quieren con cariño verdadero... La razón por la que os he llamado es porque mis descendientes maridaron va para dos meses con dos hermanos... E sucedió que sus maridos no las tomaron por mujeres la noche de las bodas ni luego, al menos en dos meses, pues que se alistaron en las guerras del rey

nuestro señor... E va para diez días regresaron, y a una dellas su marido la violentó pero a la otra, aunque el esposo llevaba las mismas aviesas intenciones, no. No la violentó porque no se le irguió el miembro viril y no pudo... E ahora me encuentro con mis dos bisnietas tratadas como villanas, llorando por la afrenta recibida, pues que son marquesas de Alta Iglesia y mi familia tiene esa casa desde el glorioso rey Alfonso VIII, el de las Navas de Tolosa, y una dellas, con la violentada, empañada, o al menos tal asegura, pues es pronto para evidenciar su estado...

—¿Vuestras nietas, las marquesas, han abandonado el domicilio conyugal?

—¡Sí!

—¿Han aportado mucho al matrimonio?

—¡Sí!

—¿Hicieron capitulaciones?

—¡Sí!

—¡Este es un caso complicado, señora!

—¡Lo sé, Alfar, por eso os he llamado!

—Me hace su merced grande honor...

—Sois doctor en ambos derechos por la Universidad de Salamanca, ¿no?

—¡Sí, señora!

—¡Pues estudiad el asunto y decidme cuanto antes lo que sea menester!

Mientras la bisabuela andaba con el licenciado, Juana rezaba arrodillada ante la capilleta del gran comedor, ya restaurada y magnífica, pues doña Gracia había llamado a los doradores, pero sin querer comer, ayunando, como si le hubiera dado mística. Leonor, en cambio, pasaba los días en el jardín, donde había buena luz, acompañada de Wafa, tratando de descifrar el pergamino que había en la arqueta encontrada en el ara del altar, que no era el cofre del tesoro de los Téllez, o como si no lo fuera, pues tal acordaron las dos. Y lo poco que salían de casa era para llegarse a la Albardería a recorrer los puestos de baratillo para ver si encontraban un ejemplar de El Corán, y poder corroborar que lo escrito era la primera aleya del libro sagrado de los musulmanes, pues lo que rezongaba Leonor:

—De ti, querida Wafa, no me puedo fiar en esto de las aleyas, pues hace años que no ayunas para el ramadán y muchos meses que no vas siquiera a la mezquita los viernes.

—No puedo ir, Leonor, no me dejas. Estoy día y noche sirviéndote... Hay jornadas que no tengo tiempo para hacer las abluciones, luego el Señor Alá me lo tendrá en cuenta a mí...

—¿Me lo recriminas?

—¡Yo te quiero, Leonor!

—¡No empieces con que me has criado desde la cuna!

—¿Acaso es mentira?

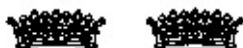
—Oye, lo que no se me alcanza es cómo aprendiste a leer y a escribir árabe si te raptaron los piratas cuando tenías cinco años y te compraron mis abuelos.

—¡Ah, había tantos criados moros en casa de tus abuelos, Leonor, ellos me enseñaron...! Decían que debía aprender la lengua musulmana por si llegaba otro don Abderramán III... A leer y a escribir en castellano aprendí a la par que tu señora madre...

—Bueno, ea, a lo nuestro, Wafa...

—Vamos, Leonor... A Mahoma, el mayor alfaquí, hónrele Dios, me encomiendo, a Fátima, su hija y a Mahoma, hijo de la dicha hija...

—Por el sufrimiento del Nuestro Señor Jesucristo en la cruz. Amén.



Con una parte de su dinero en casa y otra enterrada bajo la tapia de las Gordillas, es decir, descansada de sus preocupaciones monetarias, María de Abando volvió a la casa Torralba, acompañada de su perro *Mot*, cierto que muy turbada de mente por lo que había sucedido con el encanto que les hiciera a Andrés y Martín, que había producido resultados tan dispares antes incluso de llevarlo a efecto.

Llamó a la puerta muy temprano, dispuesta a pedir un objeto que hubiera pertenecido al dicho Martín para hacer otro conjuro, pero dio la casualidad que en aquel mismo momento la viuda salía a misa de siete con las dos guisanderas y, vaya, se la llevaron al oficio con ellas, pues aunque le tenían confianza no le tenían tanta como para dejarla que anduviera a sus anchas por la mansión.

En aquella jornada la bruja de la calle de las Losillas —que ya la llamaban de ese modo las comadres de la vecindad porque los predicadores la habían emprendido contra ciertas mujeres que se ganaban la vida trapaceando y no sólo con picardías y enredos o alcahueteando, sino invocando a los demonios y sacando huesos de niño de los cementerios para hacer sus hechizos y echar sus maldiciones... A los demonios, ay, que a su vez ayudaban al turco que estaba a punto de desembarcar, o había desembarcado ya, con una poderosa armada de más de cien bajeles en el sur de Italia, dispuesto a conquistar castillos y ciudades de la cristiandad— se demoró en todo lo que llevaba pensado hacer.

Perdió la mañana porque el sacerdote que celebró misa de siete en San Juan, al terminar no cerró el misal y María, como había oído decir a su madre, no se atrevió a salir del templo:

—Si alguna vez, hijita, estás en misa o en las horas o en vigilia en una iglesia, que puedes ir si te place, mientras el preste no cierre los libros sagrados no salgas o te sucederá algo malo.

Y claro, le dieron las nueve, las once y las doce, hasta que el cura le dijo que iba a

cerrar la iglesia, entonces ella salió pese a que estaba el misal abierto, porque no se aventuró a explicarle qué problema tenía, no fuera a descubrirla bruja, y en eso se torció todo. Porque tanto tiempo su perro solo en la calle, cuando fue a buscarlo, lo encontró medio muerto, pues que unos zagales, Dios les dé mal galardón, le habían pegado con palos, tal le informaron las buenas gentes.

Un gran dolor se apoderó de ella, que se llevó el bicho a su casa en brazos e le curó las heridas con tintura de yodo y lo acarició hasta que se le murió en el regazo. Y al día siguiente se acercó a la tapia de las Gordillas, donde enterraba lo que le era querido, y dio sepultura al can.

Y estaba tan conturbada, porque lo que es un perro para su amo sólo lo sabe él, que casi no escuchó lo que le decía Mingo, al que encontró en el postigo del Obispo. Al buen Mingo, que venía a despedirse della porque, acabada la guerra con el reino de Portugal, se había alistado en una milicia llamada Hermandad, cuyo cometido era combatir a los muchos ladrones y trotamundos que poblaban el territorio de Castilla. Casi ni le dijo adiós y, vaya, luego lo sintió.

El caso es que con tanta demora, cuando se presentó en la mansión Torralba a pedir un objeto de Martín encontró la puerta cerrada e tornóse a su hogar. Donde, tragándose la pena por la muerte de *Mot*, perseveró con sus hechizos, y, pese a no tener una cosa de Martín, hizo un círculo, un cerco en lenguaje de aquelarre, en la ceniza de la chimenea, e dibujó esta vez a Martín y a Juana, mucho más pequeña Juana. Puso luego un cordel entre uno y otro, haciendo casi lo mismo que hacía el sacerdote en la misa de velación de las bodas, y encendió tres candelas, una para Santa María, otra para San Juan y otra para San Pedro, y estuvo hasta muy entrada la madrugada tocando las partes pudendas del muñeco que representaba a Martín con el saquito del niño malparido, tratando de servir a la viuda Torralba que, vive Dios, nunca sabría que por cumplir su manda habría de pasar noches enteras sin dormir.

Al día siguiente, ay, le esperaba otro disgusto, porque cató en agua clara de beber lo que había de suceder entre los esposos y no vio lo que buscaba, sino otro negocio bien diferente... Vio que habría de llover recio sobre la ciudad de Ávila durante siete días y que con tanta agua habrían de pudrirse las cosechas, lo que se le daba un ardite en aquel momento ciertamente... Así las cosas, le vino desazón porque ya no era lo que había sido, o lo que pretendía o creía ser, o porque se había muerto el can o porque se había ido el Mingo, y eso que tenía el zaguán lleno de gente... Una madre con un niño de cuna para que le quitara los demonios; una mujer que quería un remedio para parir sin dolor; otra que deseaba quedarse preñada y, vaya, que largó a todos. Bien sabía que estaba nerviosa, y como le salían mal los hechizos no quiso hacer un desaguizado con aquella pobre gente que le pedía alivio, y eso que tenía bien claro qué hacer con ellos. Al niño frotarle todo el cuerpo con la piedra de la serpiente; a la mujer que pedía parir sin dolor ponerle una esmeralda envuelta en cuero de

ciervo atada en el muslo izquierdo, y a la otra, a la que pedía preñez, moler piedra del azul, ¿piedra del azul o la que atrae el tósigo? Dama de Amboto... revolverla en leche de mujer y aplicársela en la natura para que, tras yacer, se empreñara...

Pero, como dudaba y de un tiempo acá le salían mal los conjuros, largó a la parroquia. Alegó que desde la mañana temprano sufría vahídos... Es más, viendo la cara que le ponían hizo como que se desmayaba y las tres mujeres que la esperaban se desvivieron por ella, incluso le dieron a beber una tisana de valeriana para apaciguarle los nervios que llevaba, que presagiaban malas venturas.

La reina Isabel de Castilla, de León, etcétera, antes de iniciar viaje a Andalucía para poner orden entre los hombres que hacían el corso en la mar y paz entre el duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz, que parecían los amos de aquella tierra, volvió a hablar largo con el médico judío Lorenzo Badoz, pues que en sus años de matrimonio sólo había tenido una hija, preciosa, sí, pero sólo una, a más de un embarazo que se le había malogrado cerca de Tordesillas, dejándole grande dolor físico y profundo abatimiento.

El médico le propuso someterla a una cura contra la esterilidad momentánea —tal aseveró con vehemencia— que padecía puesto que, bendito sea Dios, había sido capaz de traer una hija al mundo, y la ilustró largo sobre el procedimiento a seguir:

—No se pueden pedir resultados ciertos a lo que seguido os diré, alteza, pero se aprecian beneficios con este tratamiento según el doctor Agnani de la Universidad de Bolonia, que sigue en su obra al gran Maimónides...

—Decid, buen Badoz...

—Mi reina y señora, ¿tenéis mala gana de comer, antojos, desmayos o hinchazón de pechos?

—No.

—Entonces podemos proceder... Para vencer la dificultad del embarazo, lo primero que deberéis hacer es permanecer tres horas inmóvil en el lecho tras el acto carnal y, si queréis traer al mundo varón, dormir siempre del lado derecho y sobre un paño bermejo.

—No veo inconveniente. Doña Clara, ¿tenemos paño bermejo?

—Lo buscaremos, alteza.

—E por la mañana, al desayunar, tomaréis, alteza, un preparado de cuatro onzas de aguamiel a razón de cuatro partes de agua llovediza... Cuando sintáis dolores de vientre será señal de preñez...

—¿Es agradable de tomar?

—Sí, mi señora... Vuestras camareras observarán si tenéis olor en la boca al despertar y si hay bermejura en vuestros pechos...

—¿Oyes, doña Clara?

—Sí, alteza.

Ido el médico, la mayordoma recomendaba a la reina que no bebiera tanta agua fría y mejor dejara el negocio en manos de Dios. Lo mismo que le decía fray Hernando de Talavera, su capellán, que añadía que despachara presto al judío, pues que no creía en Dios. Pero Isabel les respondía que el asunto llevaba mucho tiempo en manos de Dios, que no se quedaba encinta y que necesitaba un hijo varón, por la cuestión sucesoria.

Y como ni el dormir de tal manera, ni el reposo después del acto, ni el aguamiel en ayunas le hacían favor, pese a que yacía con su marido, presto el médico cambió de remedio y le preparó en su botica un compuesto de manzanilla, coronilla de rey y sabina, de cada uno un manojo; anís, alcaravea, de cada uno, una onza; dos onzas de miel rosada colada; un dracma de sal común; todo mezclado y hecho medicina según arte. Pero, aun poniendo muchas esperanzas en el preparado que la señora se tomaba cada día en ayunas, volvió a fracasar estrepitosamente. Y ni San Juan Evangelista, a quien le tenía mucha devoción la reina, ni que ésta diera limosna a monasterios y conventos, ayudó.

Así las cosas, como doña Isabel se ponía nerviosa también de la ineficacia de los brebajes y ya no podía dilatar más el viaje a Andalucía, que había disturbios en Sevilla a causa de ciertos judíos conversos, lo abandonó todo ciertamente aliviada.

La gran dama sufría, y mucho más cuando el galeno pretendió ponerle emplastos de agua y almizcle debajo del ombligo, untar sus partes bajas con aceite de muscabellino, que una partera la examinara por dentro y que un barbero le sangrara la vena safena. Entonces dijo taxativamente que no, para desahogo de doña Clara y de fray Hernando, que habían padecido mucho por ella y no habían dejado de aborrecer aquellos métodos, a más de dicho mil veces que creían más en Dios que en el médico, como es de razón.

Y menos mal que la cura permaneció silenciada, pues a saber en qué hubieran quedado los loores que la señora recibía de sus vasallos de haber conocido que, queriendo enmendar lo que no compete a hombre ni mujer, se había sometido de grado a semejantes tratamientos, cuando las cosas del nacer y del morir son de Dios en exclusiva, cierto que las del nacer con cierta ayuda.



Mientras esperaba el dictamen del abogado, doña Gracia Téllez pretendió en vano platicar con sus bisnietas para comentar las diferentes situaciones. Hubiera querido hablarles juntas y por separado, pero no lo consiguió: Leonor, como si hubiera renacido en su corazón el ansia de encontrar el cofre del rey moro, andaba con Wafa en el jardín horas veinticuatro tratando de descifrar el pergamino; y, ay, Juana pasaba el día y buena parte de la noche arrodillada delante el altarcillo, rezando e dándose golpes en el pecho, como si tuviera alguna culpa de lo sucedido.

La dama, aunque pareciera contrariada y tratara a las criadas con cierta acritud, cuando se ponía en la piel de sus bisnietas cavilaba para sí que mejor se distrajeran cada una a su modo, buscando el tesoro o rezando, para que no se dejaran abatir por el grave problema que tenían: el de su matrimonio.

Así las cosas, sin interlocutoras, andaba la señora diciéndose que, aunque no

tuviera experiencia en pleitos ni menos de tal índole, que sus dos casamientos habían resultado aceptables a los ojos de Dios y de los hombres, como había vivido tiempo sobrado para dirimir entre lo justo y lo injusto y poseía sentido común, tenía obligación ineludible de enmendar su propia necedad, pues no en vano prácticamente había obligado a sus bisnietas a maridar. Había empleado sus artes de persuasión a fondo y conseguido ilusionarlas por los novios respectivos y, como eran bobaliconas e inexpertas, las dos se habían dejado entusiasmar un poquico, lo suficiente para presentarse libres ante el altar de Dios.

Y no era que la marquesa se echara culpa de lo hecho ni menos de lo ocurrido, que no se podía prever de primeras, ni menos de lo pretendido, que era bueno en esencia y bendito de Dios dejarlas bien casadas antes de que el Señor la llamara a su lado; era que de una forma u otra estaba dispuesta a resolver los problemas de sus bisnietas aunque fuere lo último que hiciere en este mundo... Ya fuera arreglando el negocio con la viuda Torralba a las buenas, ya sobornando a los jueces o llegando a una componenda con el obispo o acudiendo a los servicios de María de Abando, no le tuviera Dios en cuenta tales desatinos, pues que era anciana y se encontraba en enojoso aprieto.

—¿Qué estarán haciendo ahora? —se preguntaba de tanto en tanto y llamaba a Catalina—. ¿Qué hacen mis nietas?

—¡Ah! —exclamó la cocinera. Y añadió—: ¿Manda algo más la mi señora?

—No, Catalina, no —respondía y tornaba a sumirse en sus pensamientos.

La cocinera, desde el mismo momento en que se enteró de la violencia que había hecho Andrés a su esposa, de que Martín había resultado impotente con la suya, de la inquina que las marquesas habían soportado por parte de las cuñadas y del tratamiento que les había dado la viuda Torralba, consciente, además, de que los matrimonios son para toda la vida y de que el negocio tenía mala solución, estaba triste, muy triste, y recorría la casa hablando sola, mascullando:

—¡Ya lo decía yo, mil veces lo dije!

E se detenía en la puerta del aposento de doña Gracia para oírla susurrar:

—*Porca miseria!*

E se iba algo más aliviada, como si le contentara la exclamación de la señora, quizá porque las penas compartidas se soportan mejor.

Al noveno día del regreso a casa de las marquesas, tornó el licenciado Alfar, ensopado, pues que llevaban cinco días cayendo una lluvia espesa, espesa, en la ciudad de Ávila. Llamó al postigo y pidió hablar con doña Gracia, que lo recibió en el gran comedor, sentada en un sillón al lado de la chimenea, bajo el retrato de don Beppo, con los espejuelos puestos. Y dijo:

—Señora marquesa, he estudiado con detenimiento el caso de vuestras nietas...

—¿Sigue lloviendo, Alfar? ¡Catalina, llévate la capa del licenciado y sécala!

—Gracias, señora.

—Decid, Alfar, decid...

—Son dos casos.

—¡Sí, hablad!

—Las dos han abandonado el domicilio conyugal.

—En efecto.

—Una de ellas ha sido tomada por mujer por el esposo con mucha violencia, siendo que es noble y merece respeto... La otra permanece inmaculada porque el marido no pudo...

—¡Sí, seguid!

—Lo de haber abandonado el domicilio conyugal mereció pena capital para Dalanda Álvarez, vecina de esta ciudad, que fue ahorcada hace veinte años en la plaza...

Un escalofrío recorrió a la dama e fue a hablar, pero el abogado la interrumpió:

—Si me permite vuestra merced... Sin embargo, diez años después del primer suceso, Petra González, acusada de otro tanto, al ser perdonada por su marido, sólo tuvo que abandonar la ciudad...

—Mirad, mozo, yo no quiero saber de Dalandas ni de Petras...

—Digo lo que digo, la mi señora, porque es menester saber a las claras en qué lugar nos encontramos.

—Nos encontramos en mal lugar y en situación apurada. Continuad...

—Y vuestra señora nieta, la que está empuñada, ¿ha vuelto a decir que se encuentra en tal estado?

—¡No!

—¿Por qué no? ¿Acaso ya cree que no lo está?

—¡No lo sé, no desea hablar de ello!

—Es razonable... No obstante...

—¿Qué, Alfar, qué? ¡Os voy a pagar lo que pidáis, sea mucho, poco o lo justo!

—No voy a hablar de dinero con vuesa merced, tomaré lo que tengáis a bien darme... Sería de suma importancia que yo platicara con vuestras nietas...

—No hablan siquiera conmigo, señor licenciado... Están ocupadas...

—¡Ah!

—Seguid...

—Con vuestra nieta la que permanece doncella no hay caso; se alega matrimonio no consumado e vuelve a su casa con lo que llevó de dote, e si no se la tornan ponemos pleito...

—El asunto está en la otra... Bien lo sé... ¿Y qué?

—No podemos alegar violencia porque no figura en las Partidas...

—¿No había mujeres en la época del Rey Sabio?

—Alegar no podemos alegar nada, lo que sí podemos es tratar de que los esposos se separen de mutuo acuerdo, pero, si la dama está encinta y el padre pide el hijo para sí, será para él... Podemos manifestar que la familia del marido ha malquistado y ha metido el diablo entre los esposos y que no pueden convivir, e compensar al marido de algún modo... O sostener que entre ellos había tan mal solaz que hubieran acabado muertos los dos...

—No hablemos del posible hijo, que puede ser mera ilusión...

—¿Y la dama qué dice del hijo?

—No dice nada; insisto en que no habla...

—Ha sufrido tan grande impresión que es comprensible.

—Ya podían los doctores y licenciados de las universidades enmendar el desvalimiento que padece la mujer.

—¿Desvalimiento? Perdonad que os contradiga, señora marquesa; la fémina, como ser débil que es por su natura, está protegida, mismamente como los niños que están salvaguardados incluso antes de abandonar el vientre de la madre...

—¿Qué salvaguarda tiene la mujer si le toca un mal marido?

—Marquesa, vayamos a lo que nos ocupa —rogaba el mozo, rojo como la grana y sudoroso.

—¡Ea!

—Con doña Leonor está la disyuntiva...

—¿La disyuntiva?

—Primero, será menester saber si la dama se quedó empreñada o no cuando la violentó su esposo...

—Alfar, cualquier embarazo se puede ocultar... Id a estudiar más, leed las Partidas de principio a fin, encontrad algún resquicio, qué sé yo: que no se ha visto marquesa maltratada en la historia de España... Leed el Fuero Real... Consultad con un tal Montalvo, que ha recibido encargo de los reyes, nuestros señores, para recopilar las antiguas leyes... Del posible embarazo no os ocupéis, que lo haré yo... Trata el caso como afrenta... Probad de acudir a la reina... E ahora id con Dios...

E lo que pensó la dama cuando el licenciado abandonó la habitación, que andar con leguleyos no es bueno, pues que el mozo quería pleitos y no pactos. Que no había insistido en hablar con la viuda Torralba y aprovechar la circunstancia de que tampoco se hallaba en una situación muy airosa precisamente. No obstante, envió a Catalina por los mercados a que se enterara por lo menudo de las historias de aquella Dalanda y de la tal Petra, las que le había mencionado el abogado.

Al décimo día de la llegada de las marquesas a casa, tras corroborar las historias de la Dalanda y la Petra, doña Gracia llamó a la viuda Torralba después de consultar a sus bisnietas que, sin atenderle apenas, le contestaron que hiciera lo mejor para ellas, palabras que la halagaron sobremanera, pues hacer por ellas era hacer por toda la

familia.



Mientras doña Gracia Téllez quería deshacer los matrimonios de sus bisnietas, María de Abando deseaba recomponerlos, pues no en vano había cobrado por anticipado doscientos maravedís de la viuda Torralba, como va dicho. El caso es que, la dama deshaciendo por un lado y la bruja tratando de rehacer por otro, el negocio ni se descomponía ni se recomponía, y tiempo pasaba y el niño se asentaba en el vientre de Leonor.

Si la dama hubiera sabido que la ensalmera estaba trabajando en el asunto, e si la bruja hubiera tenido noticias de las intenciones de la marquesa, tal vez hubieran podido ponerse de acuerdo y de ese modo no se hubieran entrecruzado las acciones de doña Gracia con los encantos de María que, una por acá, otra por allá, vinieron a complicarlo todo, y eso que por un momento pareció que se resolvía el caso satisfactoriamente.

María, al fallar una y otra vez con los dibujos en la ceniza del fogón, hizo unos muñecos de miga de pan, lo único que tenía a mano en aquel momento y, vuelta a fracasar, otros de arcilla, pues que su ánimo no se vino abajo.

Pasados los ocho días de lluvia, que anegaron la ciudad de Ávila y desbordaron el río, cuando remitieron las aguas y los lodos que perdieron las cosechas de la comarca, la mujer salió todas las noches de su casa al tocar las doce campanadas en el reloj del hospital de Santa Escolástica con los dos muñecos envueltos en un trapo color bermejo. Buscaba un campo baldío y trataba, primero mirando a levante, luego a poniente, luego al norte y al sur, de hallar buenos vientos en cualquier latitud. E haciendo un cerco con un palo de un palmo al menos de profundidad para que de allí no saliera ni un suspiro, extendía el paño bermejo, colocaba los muñecos, los ligaba con un cordel bermejo también y echaba conjuros por doquiera:

—¡Martín, Martín, escúchame que tienes el hinojo hincado y quiero alzártelo!

O:

—¡Martín no te vayas con cualquier mujer, que vengas a Juana!

O algo semejo. E a la mañana se personaba en casa Torralba con un odrecillo de aguardiente para sonsacar a las cocineras, contenta, pues que recordaba de principio a fin las lecciones de su madre. Contenta, pero no alborozada en razón de que llevaba casi dos meses con los ensalmos sin alcanzar resultados concretos; consciente, no obstante, de que lo hecho estaba dejando honda mella en los corazones de Juana y Martín; y eso que todavía no había agotado sus recursos, pues le quedaba por hacer lo de prender fuego a una hoguera e invocar al demonio.

E oía de las cocineras:

—Te aseguro, María, que nuestra ama la señora Elvira anda en tratos con doña Gracia.

—¿Desea volverlos a juntar?

—Yo te diría que sí.

—Pero Andrés no quiere...

—Ni Martín tampoco...

—¿Cómo?

—Los dos le escriben a su madre desde Segovia e le dicen que se van frailes al convento más lejano del mundo...

—Les sucede que están avergonzados...

—No es para menos.

—También doña Elvira se lleva mucha trápala con sus hijas...

—¿Catalina, la hija mayor, ronda el pozo del espíritu?

—Nuestra señora nos ha prohibido hablar del espíritu del pozo, pues que luego hay pavores en la casa... Nosotras no hablamos de lo que no nos deja y cumplimos sus órdenes.

—Os traigo cinco maravedís a cada una, y el aguardiente...

—¡Déjanos el odre, que nos lo beberemos luego!

—E trae los dineros.

—Cinco para ti, cinco para ti... Decidme...

—Andrés, después de violentar a doña Leonor, fuese con la barragana que tiene en el rabal del San Nicolás e la dejó empreñada... Se lo ha dicho a su madre en una carta...

—¡Jesús, María!

—Lo que les sucede a estos mozos es que en presencia de sus mujeres se les hinca el hinojo porque son mancas y les viene el miedo...

—Son mancas, pero se valen por sí mismas, e son bellas y tienen galanía y muchos millones de maravedís...

—Sí, pero el miedo es el miedo y a veces no se puede reprimir.

—Es cierto.

—Vete ya, María, que tenemos faena.

—Dios con vosotras...

E aquel día la bruja de la calle de las Losillas, después de la conversación, abandonó la mansión muy enojada consigo misma... ¿Cómo, pardiez, había representado el muñeco de Juana Téllez de Fonseca con las dos manos cuando era manca? ¿Acaso estaba necia?

Con ánimo de remediarlo de inmediato, en cuanto llegó a su casa cogió el muñeco de Juana y le cortó de un certero tajo con un cuchillo la mano izquierda, la que no tenía la marquesa.

Tres mil personas, cuatrocientos carros, millares de caballos y acémilas constituían el séquito de los reyes de Castilla. La población salía a los caminos a saludar a la comitiva y a gusto se hubiera acercado a los señores, pero era detenida por los mayordomos, para no lamentar desgracias pues, aunque la Hermandad cumplía a satisfacción su cometido y limpiaba los caminos de ladrones, salteadores y violadores de mujeres, ahorcando del primer árbol que hubiere a los que menester fuere, era preciso andar con tiento y con mil ojos, pues una cosa era que aldeanos y villanos vitorearan desde la ribera del camino y otra que pretendieran acercarse a los reyes queriendo besarles las manos o llevarles un cestillo de fruta o un boto de vino, en razón de que mezclado entre la gente sencilla podía haber un homicida que ocultara en el cinto un puñal asesino.

A más, que sucedió varias veces a lo largo del camino que, enviados los aposentadores por delante para que prepararan tal casa o palacio, en algunas ciudades y villas los señores que las tenían del rey Enrique negaron la entrada a los reyes, y en más de una ocasión hubo que porfiar y amenazar a los que tenían las torres, que los habitantes siempre estuvieron del lado de los soberanos.

Un 24 de julio, tras dejar atrás Talavera, Cáceres y Plasencia y otras muchas poblaciones, la reina hizo su entrada triunfal en Sevilla por la puerta del río, e había tanta multitud dándole la bienvenida que tardó más de tres horas en llegar al Alcázar. Ella sola, en razón de que su señor marido se había quedado pacificando la sierra. Le fue hecha grande recepción por el duque de Medina Sidonia, que mandaba allí desde el tiempo del rey Enrique y le entregó las llaves de la ciudad, por los veinticuatro, los oficiales reales, la clerecía y por el pueblo, que ondeaba banderas con el *Tanto Monta*. Un mes después llegó don Fernando y se le hizo otro tanto recibimiento.

Así las cosas, los reyes, aposentados en el Alcázar, se holgaron y tuvieron mucho placer, pues había en la Corte condes, duques, abades reglares y seglares, comendadores y muchos grandes caballeros de Castilla, de Aragón y hasta de Sicilia. Y en esto, una noche en la que el postigo estaba ya cerrado, se presentó sin avisar el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León, que tenía Jerez de la Frontera en su gobernación y era contrario al de Medina Sidonia. Los reyes lo recibieron y él les besó las manos e les entregó las llaves de sus castillos. Los señores, viéndolo mozo y aguerrido, le dieron su amistad y lo metieron en su consejo, atinando pues que el joven les haría mucho servicio en las guerras venideras.

La reina pasaba los días yendo de acá para allá y navegando por el Guadalquivir hasta Sanlúcar para ver el mar. Como había nacido tierra adentro, se maravillaba de las tonalidades, del movimiento y la inmensidad del agua, y se entretenía paseando por el camino de las Afueras, parejo a la ribera del río, o comentando con sus damas

la visita del marqués de Cádiz, diciendo de él u oyendo:

—Don Rodrigo Ponce de León bien pudiera ser don Lanzarote del Lago por la mucha galanía que emana de su persona.

—Es gallardo y gentil.

—Y osado como pocos, pues que hace la guerra al moro por su cuenta...

—Nos servirá bien cuando don Fernando tome la dirección de la guerra...

—¿Es cierto, alteza, que vos y el señor rey tenéis en mente dar batalla sin cuartel al sarraceno?

—Es cierto... Tomaremos el reino de Granada, primero por la parte de occidente, e luego por oriente.

La reina, por la mañana despedía a su marido, que andaba sitiando la fortaleza de Utrera, pero a la noche la visitaba en la cama con más frecuencia que nunca, y así estaba, descansando. A veces pensando en volver a empezar con los remedios del médico judío, el que la había tratado de su esterilidad infructuosamente, amén de peregrinar por los conventos e ir de Santa Ana a Santa Paula, de Santa Paula a Santa Clara, andando, para pedir favor a las santas, sin dudar que alguna le haría merced, pues no en vano eran mujeres y la entenderían, y de ese modo lograría su deseo de quedarse empuñada.

Ya se murmuraba, mucho más los pobladores de Sevilla, que eran lenguaraces en demasía, que los reyes no tenían más que una hija y le echaban la culpa a ella, que hasta el doctor Badoz había sostenido meses atrás que la falta de hijos es achacable a la mujer y no al marido, máxime a aquel marido que ya tenía dos descendientes. Uno, la infanta Isabel, otro, un bastardo. Un niño de siete años, que sería nombrado arzobispo de Zaragoza si sus mentores, entre ellos el propio rey, meneaban bien los hilos en la Corte de San Pedro de Roma.

Y por tanto ir de convento en convento, doña Isabel un buen día se sintió embarazada. Precisamente el que salió de Sevilla para acercarse a la aldea de Los Palacios, situada en la marisma del Guadalquivir a dos leguas de la capital, para saludar a un cura, dicho don Andrés Bernáldez, párroco del lugar, que redactaba una crónica della y de su esposo el señor rey. E se llegó hasta allí porque quiso conocer a aquel hombre que escribía por su cuenta, sin manda ni pensión.

Fue recibida por las autoridades, por el cura Bernáldez, que no cabía en sí de gozo, y por los setecientos vecinos a la puerta de la iglesia, que estaba llena de flores.

La reina se sentó en una silla e dejó que todos los habitantes le besaran la mano; es más, escuchó a una viuda que le fue muy llorosa, e hizo que le dieran cien maravedís para que pusiera una lápida digna en la tumba de su esposo y arreglara su casa, cuyo tejado se había desmoronado a consecuencia de una gran tormenta habida. Y escuchó a los mozos que le cantaban unas canciones muy sentidas y alabó a las niñas que, vestidas con trajes de muchos volantes, bailaban muy serias, para ella,

meneando los brazos y zapateando fuerte en el suelo. A la atardecida dio por terminados los homenajes e con unas cuantas damas fuese con el regidor y el cura Bernáldez a la rectoría. Y comentóle a éste:

—Se dice, padre, que escribís desde los doce años...

—Sí, mi reina y señora, mi abuela me animó a ello. Una noche me interrumpió cuando le leía un libro y me dijo: «¿Por qué no escribes de las cosas de ahora? No hayas pereza de escribir las cosas buenas porque las sepan los que después vinieren».

—¿E vuestra abuela os hizo servicio o deservicio?

—Servicio, señora. Sepa vuestra alteza que disfruto...

—También Pulgar y mosén Diego de Valera e tantos otros...

—Me propuse dejar memoria de las cosas hazañosas de mi tiempo.

—Buen propósito; de ese modo las gentes habrán placer de leer u oír lo sucedido.

—Cierto que lo que escribo es ajeno a mi oficio... Si Dios me da salud lo haré, invicta señora, hasta que el reino moro de Granada caiga en manos de cristianos...

—Dios os escuche... Ea, leedme algún párrafo de esas memorias vuestras.

—Lo haré, señora, pero tened en cuenta que *quod vidimus testamus*...

—Leedme donde no salga yo ni mi esposo...

E fuese el cura a su escritorio e sacó unos legajos, buscó unos papeles e comenzó a leer sin que se le trabucara la voz, pese a que estaba rojo de emoción:

—Corría el mes de agosto del año de gracia de mil y cuatrocientos setenta y cinco, e andaba yo confesando e oí muy recia lluvia e llegúeme a la puerta de la iglesia e observé que caían piedras de granizo grandes como huevos de gallina, haciendo temblar el campanario de tal manera que comenzó a crujir e apercibíme de que la tierra bullía y se estremecía y el agua de los pozos se alzaba e daba gran golpe de vuelta... E acerquéme al altar muy alterado llamando a Jesucristo y a la Virgen Santa María... Todo pasó en poco compás de tiempo, en poco más de lo que cuesta cantar el salmo *De profundis*... E se cayó un pedazo del tejado de la iglesia e mató a dos mujeres que venían a recogerse, Dios las tenga con Él, pues todos con espanto creían que era venido el fin del mundo... E quiso el Señor que cesara la tormenta...

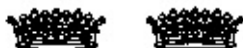
La reina hubo de interrumpirle pues que le vino un terrible dolor al vientre y se sintió indispuesta, e fuese a descansar a los palacios que había edificado el rey don Pedro. Y una vez allí, recuperada de aquella punzada que la había dejado sin habla, quitó importancia al dolor sufrido, sostuvo que era cosa de mujeres, actuó como si nada e incluso comentó con sus damas que Bernáldez era más humilde que Hernando del Pulgar y mucho más que Diego de Valera, y lo achacó a que el cura no tenía empleo oficial. Y, como se había complugado con las memorias, encargó a don Gonzalo Chacón que le pidiera copia al autor para leerlas con calma y que le diera dinero sobrado para reparar la iglesia, no fuera a caer otra tormenta y se llevara a más feligreses al otro mundo, Dios no lo permita.

Ahora bien sabía lo que le pasaba: que estaba empuñada. Por eso cuando se quedó sola con doña Clara, se lo dijo:

—Doña Clara, creo que estoy encinta.

—¡Albricias, me alegro por ti, niña! Me alegro por vuestra alteza —se corrigió la dama, levantando los brazos al cielo.

Y sí, sí, loado sea Dios.



La viuda Torralba se presentó en la casa de la calle de los Caballeros con los ojos arrasados de lágrimas y sin ninguna compañía. Fue llevada al gran comedor, donde esperó largo rato con la cabeza gacha. Doña Gracia, después de entrar en el aposento y sentarse, le dio su mano a besar, incluso permitió que se la besara más de la cuenta, más allá de la cortesía y, consciente de que la gente burguesa se amilana a veces ante la noble, decidió tirar por aquel camino y atacó:

—Señora mía, doña Elvira, sabed que estoy muy enojada, a punto de acudir a la reina para que ella me haga justicia en persona... Si no lo he hecho todavía es por evitar que eche a volar el desdichado resultado del matrimonio de mis señoras nietas, pues hay cosas tan vergonzosas que mejor taparlas...

—Si viviera don Pedro, mi marido, no hubiera sucedido nada de esto —asentía la viuda gemiqueando.

—Nunca una Téllez ha recibido afrenta semejante... Mis antepasadas, todas marquesas desde el buen rey Alfonso VIII, el de las Navas, que otorgó a don Tello Téllez, mi antepasado, título de nobleza, han sido tratadas conforme a su rango por sus maridos, y hablo de trescientos años... Las mujeres de la casa hemos estado sirviendo a nuestros señores los reyes, que es lo mismo que servir al reino como bien sabéis, con dedicación, desprendimiento y anhelo al lado de nuestros maridos, que han pertenecido a las grandes familias de Castilla, y con ello hemos agrandado el señorío... E mis señoras nietas llevaron grande dote a sus matrimonios e muchos regalos de duques y condes, y cuarenta carros de ajuar de oro y plata y ricas telas, e lo más importante, señora mía, nuestro escudo de armas...

—Yo...

—Previsto estaba labrar en la fachada de vuestra casa nuestras armas, cuando no hay mayor honor en tierra cristiana... E yo tenía para mí que mis señoras nietas casaban con caballeros... Asumí que no fueran títulos, que no fueran mayorazgos, por la disminución física que padecen, pese a que no les impide manejarse en el mundo a la perfección... Pero no os las di de barato, señora: os di, di a vuestros hijos, dos Téllez, las dos marquesas de Alta Iglesia, uno de los títulos más antiguos de Castilla... Que de la misma época los Cabeza de Vaca y anteriores, ninguno, pues

hasta los condes de Haro son otra familia... ¡Dos Téllez de Fonseca, señora!

E sin dejar de llamarla «señora», doña Gracia continuaba:

—¡Estas desdichas las vamos a arreglar vos y yo, si os avenís, pues creo que no son de pregonar! ¡Qué formas, qué maneras las de vuestro hijo Andrés! ¡Qué lástima lo de vuestro hijo Martín!

—Estoy avergonzada, señora marquesa; me avendré a lo que dispongáis... A Andrés no lo eduqué así... Si miento que me caiga muerta ahora mismo... Lo de Martín fue una desgracia que sin duda podrá reparar...

—Me ha venido a oídos —siguió la dama en su batalla, tan embalada estaba que al demonio le hubiera costado trabajo detenerla— que corre por Ávila que la manquedad de mis nietas se atribuye al diablo... Mejor será que si ese rumor proviene de vuestra casa, de alguna de vuestras hijas, que tengo para mí son asaz parloteras, lo acalléis de inmediato, pues de otro modo lo pondré en conocimiento del señor obispo... Os hago saber que no caerá en saco roto debido a que mis señoras nietas fueron bautizadas en la santa iglesia de San Juan por su antecesor, el preclaro varón don Alonso Tostado de Madrigal, descanse en paz...

—Señora marquesa, vuestras palabras serán órdenes para mí...

—¡No quiero que hagáis nada de más, señora mía!

—Decidme vos... Mis hijos están muy arrepentidos de su proceder...

—No deseo arrepentimientos ni avenimientos... Mis señoras nietas no volverán a vuestra casa... ¡Los matrimonios terminaron el día en que la abandonaron!

—A vuestros pies, marquesa.

—Ante notario declararemos matrimonios no consumados. Leonor y Andrés mentirán. Lo resolveremos todo en una semana, que llevamos demasiado tiempo en esta guisa... Vuestros hijos tendrán que venir a firmar...

—Dos semanas, señora; Andrés está enfermo en Segovia, con su hermano, el señor obispo.

—Dos semanas... E antes quiero que esté aquí el ajuar de mis señoras nietas. ¡Id con Dios, doña Elvira, hemos terminado!

La viuda quiso besar los pies a doña Gracia, pero ella lo evitó. No obstante, al despedirla, como si fuera una igual, la abrazó para sellar el pacto.

Radiante quedóse la anciana, radiante. Tan alborozada o más que el día en que se casó con don Beppo, el Señor le haya dado vida eterna, por eso se apresuró a enviar a una criada con una buena bolsa de dineros a la iglesia de San Juan para que los pobres de la parroquia compartieran su alegría, y a Catalina le mandó hacer mejor comida.

En razón de que le parecía mentira haber resuelto los casos de sus bisnietas sin necesidad de abogado y, lo mejor, sin pleitos que hubieran hecho públicos aquellos tristes asuntos, a más de la misma manera siendo dos negocios diferentes, y tan

fácilmente además. Porque en sus diez días de cavilaciones había pensado en accidentes, deseándole la muerte a Andrés, el más peligroso de todos, en desgracias para la viuda e sus tres hijas, y hasta en calamidades colectivas y, lo que son las cosas, aun siendo mujer piadosa, se le hubiera dado un ardite, Dios la perdone, que la peste se hubiera llevado a media ciudad, a media Castilla, eso sí, con todos los Torralba incluidos.

Y andaba pagada de sí misma, pues que ya en su juventud con su saber estar y elocuencia había sabido hacerse un hueco entre las orgullosas damas italianas, que llegaron a considerarla una de ellas. En breve, que estaba como unas pascuas, pues no había perdido aptitudes y había domeñado a una rica burguesa, pese a sus muchos años, cuando los burgueses andaban por el mundo orgullosos de sí mismos y talmente como si fueran duques.

Sí, pero un hecho oscurecía su triunfo: que Leonor hubiera de declarar en falso delante del notario que su matrimonio no había sido consumado, pero se descargaba la mala conciencia diciéndose que declarar ante un notario no es lo mismo que jurar, que la tal mentira no hacía mal a nadie y que por decirla su bisnieta no sufriría la condenación eterna.

Cuando la dama comunicó a sus descendientes que había llegado a acuerdo con la viuda Torralba, Leonor y Juana, las que debían estar más interesadas en la presta resolución de sus asuntos, siquiera mostraron un atisbo de regocijo, como si no fuera con ellas, y como doña Gracia mostrara enojo, le respondieron una detrás de otra palabra a palabra:

—Abuela, lo que hagas bien estará... Me da una higa... Desde el día de las bodas, no he hablado con mi esposo ni cinco minutos; sólo crucé con él una palabra: el sí que le di ante el altar en mala hora... No me hables de él, pardiez...

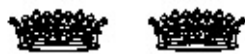
E la señora, tras reprocharles a una y a otra que dijeran «higa» y «pardiez», pues una dama evita en toda ocasión palabras ordinarias, una vez más se asombró de que sus bisnietas respondieran por separado lo mismo las dos, sílaba a sílaba, y las dejó estar porque lo que le dijeron era la verdad palmaria.

Después de consultar al licenciado Alfar, que le aseguró que un protocolo notarial no anula matrimonio, sino que había que presentar demanda de nulidad ante el juez eclesiástico si quería hacer bien las cosas, siguió con sus planes, a ratos orando en la capilleta con Juana para que nada se torciera, para que llegara el día señalado... En ésas estaba cuando zurció el demonio, y su bisnieta le dijo la antevíspera de firmar que, después de pensarlo mucho, no iba a separarse de Martín, tal le expresó:

—Lo que me ha sucedido con mi marido se puede reparar...

Tal dijo, pese a que había estado eligiendo convento para profesar en religión, dudando entre las Huelgas de Burgos y las Clarisas de Tordesillas, ambos de damas con prebendas y, como era mujer empecinada, no hubo modo ni manera de hacerla

rectificar. Lo único que consiguió doña Gracia de ella tras mucho insistir fue que si llevaba en mente propiciar otro ayuntamiento con su marido, lo hiciera después de que el notario levantara el acta de Leonor.



María, la bruja de la calle de las Losillas, andaba alborozada porque, colocado el muñeco que representaba a Martín Gil de Torralba en un cerco junto al de su esposa en un campo baldío, sobre un paño bermejo, unidos los dos por un cordel bermejo también, decía mil loores de Juana y al hombre se le enderezaba el miembro viril:

—¡Martín, escúchame! Juana, tu mujer, es amable, bondadosa, obsequiosa, caritativa, efusiva, expansiva, buena cristiana, buena esposa, y tengo para mí que será muy buena madre...

Y no tenía duda ninguna de que sucedía tal, lejos que estuviera Martín. A más, que catando en agua clara lo veía practicando fornicio adulterino en una habitación sin definir con una moza, bien definida ciertamente y la mar de garrida, no menuda como Juana, o manchando las sábanas de la cama cuando estaba solo en el lecho. Y, claro, andaba albriciada, pues se hallaba en vías de cumplir la manda de la Torralba al completo, en razón de que ya había conseguido la mitad, eso sí misteriosamente y antes de hacer nada, cuando Andrés desfloró a Leonor y, de consecuente, a punto estaba de recibir la tercera bolsa que había ajustado con la viuda, con la cual se juntaría con un capital.

Andaba albriciada porque había hecho por la celebración de las bodas de las marquesas posiblemente más que nadie en este mundo y porque tenía para sí que sus magias estaban dando resultados. Cierto que se estaba trastornando, pues que vivía los días y las noches para ellas, sólo deteniéndose para preguntarse cómo un miembro viril podía tener tanta importancia...

Y una noche, pasadas las diez, estaba practicando sus encantos con el saquito del niño malparido, loando las virtudes de Juana, animando a Martín, alzando los brazos al cielo, en su casa, pues que andaba con fuerte resfriado, cuando llamaron a la aldaba.

Era un soldado de la Hermandad de Ávila que le llevaba recado de Mingo y le decía, un tantico aturullado, que no podía ser de otro modo, dada la noticia que salía de su boca, que el sargento Mingo Pérez se había casado con una moza, con una labradora rica de una aldea cercana. A María, aunque lo había rechazado mil veces, las más de malos modos, aquella noticia inesperada le dolió en lo más íntimo de su corazón. Tras ofrecerle un vaso de vino al hombre, lo despidió prometiéndole leerle las manos de balde en otra ocasión y, contrariada, tornó a la magia.

Pero antes de que sonaran las once en el reloj de Santo Domingo, volvieron a

llamar. Era la Petra Aldana, la tabernera, que entró en su casa como una tromba, llorando además, gritando desesperada que había sorprendido a su marido yaciendo con otra, alborotando a la vecindad, cuando no eran horas, y vaya que le dio silla en el zaguán, lo más lejos posible de la chimenea donde tenía los muñecos de los esposos Torralba Téllez, no fuera a verlos. Empleó muchas horas María en serenar el ánimo de la mujer, y hubo de dedicarle abundantes palabras y darle varios cocimientos. Con lo que tuvo que encender el fuego y esconder los muñecos.

E fue capaz, pese a que le venían nervios cada vez más fuertes por lo que ya llamaba la traición de Mingo, pues se le iba el pensamiento a él, de aplacar la ira de la tabernera, que había venido a pedirle que echara mal de ojo a su marido y a la mujer placera sin dilación, tras hacerle beber cinco tisanas de melisa bien cargadas, y tomarse ella otras tantas. El caso es que al alba la Petra, atemperada la cólera que había traído, se dormía en la silla e María tuvo que dejarle la mitad de su cama.

Sólo entonces pudo dedicarse a su pena, a pensar en Mingo. Que sería feliz con su esposa, seguramente una moza de catorce o quince años, un poquito entrada en carnes como son las labradoras, temerosa de Dios y buena cristiana, agraciada de rostro, alegre de temperamento, y dispuesta a tener muchos hijos. Y se representaba a Mingo recorriendo los anchos campos de Castilla, muy erguido en el caballo que le regalara, mandando un piquete de soldados de la Hermandad de Ávila, apresando ladrones, ahorcándolos en los árboles a la vera del camino en nombre de los señores reyes de Castilla, haciendo justicia, en fin, con mucho celo, con el mucho entusiasmo que ponía en todas las cosas que hacía, y con el mismo brío o más yaciendo con su esposa en su casa de labranza. Y, claro, le venía tristeza al corazón, porque además, entre pensamiento y pensamiento se acordaba de *Mot*, y no podía reprimir sus lágrimas ni casi respirar por la congestión de nariz que llevaba, pues andaba resfriada. Pasadas las doce del mediodía, Petra aún lloraba en el lado derecho de la cama y María en el izquierdo, y cuando la tabernera le preguntó qué le sucedía, ella mintió y le contestó:

—Me da mucha pena lo tuyo, Petra.

—¡Échale mal de ojo a Francisco y me iré riendo, María, pardiez!

—Aojaré al señor Francisco cuando me lo pidas con sosiego, dentro de unos días, si estás por ello; de otro modo te arrepentirás, que no es negocio baladí... Debes sopesar si le perdonas o no... Ten en cuenta que casi todas las mujeres perdonan los cuernos que les ponen sus maridos...

—¡No le perdonaré jamás! ¡Estaba con una mujer placera en mi cama!

—Piénsalo bien; yo en el entretanto no haré nada contra Francisco...

Aquel día Petra no abrió su taberna.

María tampoco abrió la puerta de su casa para que entrara su parroquia, y eso que llamaron varias gentes a su puerta. Siquiera se asomó a la ventana y eso que se

congregó gente en la calle de las Losillas, la que asistía al entierro de una vieja.

A la atardecida la ensalmera, casi sin pensar ya en Mingo, sin tildarlo de impaciente, lo que hubiera sido completamente falso pues llevaba diez años pretendiéndola, sin tacharse de indecisa, sin pensar en que las brujas paren diablos, pues que no podía por la mucha fiebre que le producía el resfriado, se metió en la cama y no oyó que Perico, su otro pretendiente, la llamaba con insistencia. Tampoco oyó a los vecinos de la calle que requerían sus servicios, porque enterrada una anciana, a poco falleció una joven, y les vino miedo y quisieron consultar a la ensalmera, pues no se creyeron lo que aseguraban médicos y enfermeros del hospital de Santa Escolástica, que las muertes de las dos mujeres eran naturales e inevitables, dada la mucha vejez de una de las finadas y de la enfermedad incurable que había padecido la otra.

Doña Isabel hubiera deseado cuidarse en su tercer embarazo y dormir ocho horas diarias a más de siesta, pero lo único que pudo hacer fue bajar con tiento las escaleras del Alcázar de Sevilla, siempre del brazo de sus damas. No montar caballo ni mula y hacerse llevar en andas a las iglesias y, de consecuente, no dar un paso de más ni más largo, pero descansar apenas descansó, pues que no la dejaban estar. Eso sí, durante la fetación comió por dos para que lo que crecía en su vientre, quiera Dios que fuera varón, naciera hermoso y sano, e tanto preocuparse por el niño gozó de peor salud que en sus anteriores empañamientos.

Los días se le hacían cortos para recibir a tanta gente que le iba, ricos y pobres, todos a desearle buen parto, y los viernes repartía justicia pública en un sitio situado en el patio del Alcázar a quien se la pedía, dejando los casos dudosos para que los resolvieran sus secretarios. Pero no todo eran felicidades, pues el señor rey hacía la guerra contra los sublevados andaluces y extremeños y no paraba en casa y, si hablaba de pedir las parias al rey moro de Granada que hacía años que no se cobraban pues el sarraceno se había aprovechado del desgobierno de los tiempos del rey Enrique, era por carta.

Ella pasaba su tiempo atendiendo al legado del Papa, escuchando las quejas del obispo de Cádiz, que le pedía perdón general para los señores de la zona, levantiscos de lo más, y oyendo gritar al pueblo contra los judíos. Hubiera querido regodearse con lo suyo, no teniendo que mediar entre el duque de Medina Sidonia y el marqués de Cádiz por el oeste, o entre el conde de Cabra y el señor de Aguilar por el este. O verse engordar a gusto. O leer o hacerse leer, o jugar al ajedrez. O bordar las ropitas del niño por nacer... Pero en cuanto doña Clara la veía con una aguja en la mano, se apresuraba a quitársela no le fuera a venir arrebatado como a su señora madre, que continuaba residiendo en el castillo de Arévalo con sus paños y sus damas, y le llevaba papel y tintero para que le escribiera. O la acuciaba con otras cosas, como que debía despachar con sus secretarios otra vez, cuando ya lo había hecho por la mañana temprano, porque había postergado enviar dineros a los hijos de la fallecida reina Juana, la madre de la Beltraneja y tres más, que no tenían qué ponerse. O que tenía que enviar recado a tal convento para que rezaran misas por su feliz alumbramiento, pues se había olvidado de él y andaban las monjas dolidas con ella. O le enseñaba los dibujos preliminares que había hecho un tal Gil de Siloe para la tumba de su padre el rey don Juan, que deseaba ubicar en la cartuja de Miraflores, cercana a Burgos.

E así los días transcurrían con pasmosa celeridad para la reina, aromados con el olor a flores de los jardines del Alcázar, avanzado el embarazo, sin ayunar en Cuaresma y sólo guardando abstinencia el Viernes Santo, tras recibir a clérigos, a nobles y a los veinticuatro de Sevilla, que le felicitaron la pascua de Resurrección de

aquel año, pero sucedió un hecho nimio que vino a perturbar su paz. Fue que don Gómez Manrique, el autor de farsas y hermano del fallecido maestro de Santiago don Rodrigo, el Señor le haya dado descanso eterno, cerrado el postigo se presentó con un regalo para la reina, vive Dios, un libro, que no contenía precisamente recomendaciones para el buen gobierno del reino ni para la educación de su hija, sino poesía.

La soberana, después de una jornada muy ajetreada, se había despojado ya de las sayas y enaguas y, en camisa de dormir se aliviaba la hinchazón de pies en una aljofaina con agua templada y sales, tal le dijo don Gonzalo Chacón al noble, y que la señora no podía recibirlo, que esperase a mañana. Pero el Manrique, que era hombre empecinado, porfió con el mayordomo, asegurándole que traía a la señora el mejor regalo que la gente de su casa podía hacerle en aquel momento y posiblemente en los siglos venideros.

E mandaba Chacón recados a doña Clara, e doña Clara despedía a los pajes, pues no era hora de incomodar a su alteza. Y fueron y tornaron varios donceles con recados y respuestas, y cundió aquello del libro y suscitó intriga entre las damas, y a la reina también le picó la curiosidad. El caso es que la soberana recibió al Manrique. Que, tras arrodillarse ante ella, desearle parabienes y besarle la mano, le entregó el primer ejemplar copiado de *Las coplas a la muerte del maestro don Rodrigo Manrique*, escritas por su desaparecido sobrino don Jorge, fatalmente muerto en el asalto a un castillo pocos meses antes, el Señor haya tenido misericordia de él.

Y, vive Dios, que el gesto de aquel hombre, de aquel Gómez, que era literato y le llevaba el libro de un sobrino que había sido literato también, a hora intempestiva y como si fuera oro, demostrando la generosidad del dicho, cuando los cronistas oficiales no perdían ocasión de zaherirse y de increparse por cualquier necedad, le hizo creer en la bondad del género humano y no dudó en recibirlo. A más, que el libro de versos de extraña rima alteró el ritmo de su corazón ya fuera porque hablaba de su propia familia, del rey don Juan, su padre, de su hermano Alfonso y del rey Enrique, ya fuera por la tristeza que contenía o porque hablaba de la vanidad de la vida, y ella que tanto empeño ponía en todo lo que hacía: ¿para qué?

Cierto que doña Clara y las damas le rogaron reiteradamente que no se apesara y lo dejara, pues no estaba en el mejor momento para leer amarguras, pero ella se lo aprendió de memoria y hasta lo mandó copiar para su marido el rey. Además, que recitaba:

*Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos,
que, en este mundo traidor,*

*aun primero que muramos
las perdemos.*

O lo que decía el poeta de su familia:

*¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán?*

O:

*Pues su hermano, el inocente,
que en su vida sucesor
lo hicieron
¡qué corte tan excelente
tuvo, e cuánto grande señor
le siguió!*

Las damas, aunque se asombraban con ella de la belleza de aquellas estrofas, querían distraerla a toda costa, pero doña Isabel les respondía que se dejaran de melindres:

—Sé bien, señoras, lo que he de hacer, y no he de caer en tristezas... Lo que me conmueve es que el capitán haya mencionado a mi padre y a mi hermano Alfonso...

Y sus camareras asentían porque, en efecto, para llorar era y porque la gran dama no sólo sabía bien lo que había de hacer, sino muy bien, y lo que se decía cada una para sí:

—Tiene razón: nadie hubiera dado una higa por ella cuando nació y, mira, es la reina más poderosa del mundo y quizá la única; no entiendo cómo el capitán don Jorge no la ha mentado en su obra, pues méritos tiene más que suficientes para estar en ella.



A los quince días de las hablas de doña Gracia Téllez con doña Elvira, viuda de Pedro Gil de Torralba, las dos familias se juntaron en el gran salón del palacio de la calle de los Caballeros. De una parte, las tres Téllez. De otra, todos los moradores de la casa de la plaza de la Fruta, a más de Juan, el obispo de Segovia, y Pedro que era contador

del rey, que habían venido ex profeso.

El notario, puesto al corriente de que sólo levantaría un acta y no dos, dejó la escribanía en una mesa que le había asignado doña Gracia, tomó asiento, sacó un pliego de papel de oficio e llamó:

—Doña Leonor Téllez de Fonseca, excelentísima marquesa de Alta Iglesia... Don Andrés Gil de Torralba, caballero...

Los dos se sentaron en dos sillas que había dispuestas ante la mesa del fedatario, que le preguntó a Leonor:

—Doña Leonor Téllez de Fonseca, señora marquesa de Alta Iglesia, ¿contrajo vuesa merced matrimonio por palabras legítimas de presente con don Andrés Gil de Torralba, caballero, aquí presente, el pasado 8 de mayo en la santa iglesia de San Juan de esta ciudad?

—¡Sí!

—¿Es verdad que hubo muchas gentes que lo podrían atestiguar?

—¡Sí, es verdad!

—¿Es verdad que pronunció su señoría las palabras propias de los esponsales... «Yo, Leonor, tomo a vos, Andrés, por esposo», el 8 de mayo próximo pasado en la dicha iglesia?

—¡Sí, es verdad!

—¿Qué declaráis ante mí, Antón de Inés, notario de la ciudad de Ávila?

—Que no habiendo sido consumado mi matrimonio, vos, Antón de Inés, levantéis acta de lo que expreso por mi propia boca...

—¡Sea, queda oído y escrito!

Y el notario preguntó lo mismo a Andrés, que respondió otro tanto con voz un tantico cortada ciertamente. Se levantó acta y todos los presentes firmaron como testigos, y él dio fe con su firma de aquel acto por los siglos de los siglos.

Acabado el protocolo, doña Gracia no invitó a los Torralba ni a un vaso de vino. Los largó con parabienes, sin más, e quedóse contenta de que su bisnieta hubiera respondido a las preguntas del notario con la cabeza alta, mientras el marido lo había hecho con la cabeza gacha, lo lógico a la vista de los sucesos. Más alegre hubiera podido estar de haber resuelto también lo de Juana y Martín, que hasta aquel momento había considerado problema menor comparado con el Leonor, pero que a partir de ese momento se convertía en problema mayor, si no véase la vida arrastrada que tuvo el rey Enrique, el cuarto, por otro tanto, por ser impotente. Radiante podía haber estado porque la viuda había devuelto el ajuar de sus bisnietas y, dejándose de predicciones, se dispuso a remitirle el acta al obispo de Ávila para que procediera canónicamente a la anulación del matrimonio de Leonor y Andrés, pese a que el licenciado Alfar le había informado que ése no era el procedimiento y que los cónyuges deberían personarse ante el juez eclesiástico.

Acabados los formalismos, Leonor volvió con Wafa al jardín a leer y releer el pergamino de la arqueta, cada día que pasaba más convencida de que no era el cofre del rey moro. Juana, pese a que no invalidó su matrimonio, cuando hubiera podido hacerlo con más derecho que su hermana, no hizo nada porque Martín se le acercara o por acercarse a Martín, al menos nadie vio nada y al quedar vacío el comedor hizo lo que venía haciendo de un mes acá: arrodillarse ante el altarcillo de la capilleta y orar.

Cerrados los casos, las viejas criadas respiraron hondo, por fin, porque a ninguna de las tres les habían gustado miaja los maridos, y mucho menos el de Leonor. Las sirvientas nuevas de la casa anduvieron revoloteando, tratando de saber qué sucedía, qué ocultaban sus señoras, haciendo cábalas mil. Lo supieron cuando doña Gracia se lo dijo, considerando oportuno contarles, que obligación no tenía, que sus bisnietas se habían casado con dos hombres impotentes, mismamente como el rey Enrique, que haya gloria, y que, tras dos meses sin consumir los matrimonios, habían pedido la anulación de los mismos, pues de otro modo ni Leonor ni Juana tendrían hijos y se perdería el marquesado. Y aquellas criadas lenguaraces, que no habían estado presentes en el levantamiento del acta y no se enteraron si había firmado una de las marquesas o las dos, debieron aprobar la medida, pues el hecho no corrió por la ciudad. Por alguna causa desconocida o porque coincidió que se conoció a la par que la reina doña Isabel estaba otra vez grávida, se habló poco de las mancas, aunque bien hubiera podido comentarse hasta la saciedad de ambos acontecimientos, de la preñez de la reina y de la separación de la marquesa, o de las maniobras que la bisabuela se traía con el obispo, el joven abogado Alfar y con un notario.

El caso es que llegó el sosiego a la casa de la calle de los Caballeros. Que las esclavas moras sacaron el equipaje de sus señoras de los baúles y lo metieron en los grandes arcones, que guardaron los regalos de bodas que no eran de oro ni plata y lo bueno lo dejaron expuesto en el gran comedor al lado de lo de doña Leonor de Fonseca y otras antepasadas.

Y, sí, sí, muy bien... Doña Gracia descansando el pensamiento. Leonor con su pergamino. Juana con sus oraciones. Catalina en la cocina. Wafa asegurando a Leonor que el contenido del escrito era la primera aleya de el Corán, y Marian, arrodillada detrás de Juana, mirando el altarcillo y la tabla, lo pintado en ella: un castillo y una tropa de jinetes, muy lejanos, y más cerca un Calvario con el Señor Jesucristo clavado en la cruz, y Santa María Virgen y San Juan al pie de la misma, ambos llorando e alzando la mano como si quisieran quedarse con el alma del Señor. A ratos la esclava a punto de rezar un avemaría, y eso que era mora, e moviendo las manos para quitarse de la cabeza orar al Dios cristiano.

Y todo bien, muy bien, pero el día en que el concejo de Ávila recibió cartas del señor rey anunciando la preñez de la señora reina, su esposa, en la casa de la calle de

los Caballeros no hubo alegrías. No porque las habitadoras no fueran personas generosas y muy capaces de holgarse con el bien ajeno, no. Si no se felicitaron de la suerte de doña Isabel fue porque las dos gemelas se presentaron ante la bisabuela con ciertas noticias.

Leonor con que estaba segura de que esperaba un hijo, pues había cumplido dos faltas, y Juana con que decididamente se entraba en las Clarisas de Tordesillas.

Y lo que musitó doña Gracia:

—*Porca vita!*



María, habiendo escondido los muñecos de Juana y Martín en el hueco de la chimenea, pasó una semana postrada en la cama muy enferma con mucha fiebre, congestión de pecho y fuerte tos, remediándose con un cocimiento muy espeso de flores de reina de los prados, pétalos de amapola, una brizna de raíz seca de diente de león, hojas de cola de caballo y un chorro de jalea real. Levantándose a ratos para poner todo a hervir cada cuatro horas y para calentar en la chimenea unas piedras que, envueltas en tela, se metía en la cama para procurarse calor; para decirle a una vecina que estaba enferma, para comunicarle otro tanto a Perico, que no la dejaba estar con sus pretensiones, pues mientras estuvo convaleciente llamó a su puerta todos los días entre la nueve y las diez de la noche queriendo que se fuera con él y, ay, para contemplar con sus ojos la muerte de un joven judío que tuvo lugar en la puerta de su casa.

A los diez días andaba ya bastante mejorada, tosiendo menos y con el pecho más descongestionado. A ratos con Mingo en la mente, a ratos con Perico, que la molestaba, pensando hacerle un hechizo y enviarlo lejos para siempre, a ratos con el aquelarre que se celebraba en la campa de Miravilla, a orillas del Nervión, la noche de San Juan, precisamente aquella noche. La mayor fiesta de brujos y brujas de la comarca, pues que se juntaban a lo menos doscientas ollas y un buen montón de ellas venían de la Francia.

E recordaba cómo, tras abonar la entrada y meterse en el cercado, se saludaban las gentes con calor, brujos y brujas que habían venido volando encarnadas en aves o en mula o a su paso, que había de todo, y comenzaban a formar corrillos, a platicar y a jactarse de las proezas que habían hecho durante el año. Una aseguraba que había quitado la tormenta en Oñate, otra que había calmado la galerna en Lequeitio, y otra más que había juntado merluzas en el cabo de Machichaco para que las recogieran los pescadores de Bermeo. Si una decía haber hundido un barco en el puerto de Pasajes, otra declaraba haber viajado a Jerusalén en una noche y vuelto a casa, y algunas incluso comentaban haber visto y hablado con la Dama de Amboto en las cuevas de

Aralar... Las más mintiendo descaradamente, pues que las brujas son personas mendaces y exageradas por su natura...

Recordaba María a los niños que guardaban las jaulas de los sapos... Ah, y el momento de abrir las jaulas y el jaleo que se organizaba, pues que, tras apalear a los bichos, todas las brujas se precipitaban en busca de los menudos para hacer con ellos untura mágica y frotarse y de ese modo disfrutar con los sueños que producía el unguento, sueños o realidades, pues unas sortiñas aseguraban una cosa, y otras otra... E cuando llegaba la reina del aquelarre, vestida con rico traje de oro y perlas, y otrosí el rey, tocado con unos cuernos de vaca e con el rostro tizado de negro... E cómo lo adoraban las gentes, e... e... e...

E, vaya, que había barahúnda en la calle de las Losillas... Que a la puerta de la casa de María se oían voces e debía de haber gente que luchaba pues se oía blandir espada. Y se acercó la ensalmera a la ventana e abriendo un poco el postigo no vio nada, pues había mucha oscuridad, pero oyó cómo varios espadachines cruzaban golpes e insultos y, a poco, como los vecinos salieron con faroles, pudo observar que tres hombres iban cercando a otro, que estaba en absoluta inferioridad de condiciones e de no llegar la justicia presto, el sujeto, quien fuere, moriría en un momento, pues que sus enemigos lo acosaban con saña. Y ya estaba el tipo acorralado, precisamente en la puerta de la casa de María, cuando escuchó un golpe sordo y comprendió qué había sucedido: que los tres espadachines habían clavado a su adversario, rival o competidor, lo que fuere, precisamente en su puerta. Y sí, sí, tal era, pues sacó la cabeza por la ventana y lo vio. Gritó, claro, y resultó que su alarido se oyó en toda la calle, e salieron más gentes a las ventanas. Los espadachines se quedaron pasmados e, como se hizo silencio, se escuchó el último estertor del hombre que, vive Dios, se encomendó al Señor Yavé, el Dios de los judíos.

Hubo entonces mucha bulla. Porque los homicidas comenzaron a insultar el cadáver del judío, que decían llamarse Simuel y era joven, el hijo mayor del cantor de la aljama de la ciudad, un dicho don Solomon. A llamarlo judío, puerco, marrano y otras lindezas, es decir, lo que era y lo que no era, y los vecinos se sumaron a los insultos y, es más, empezaron a patalear también al muerto con saña, como si a ellos también les hubiera hecho algo malo el mozo. E no pararon hasta que se desplomó el cadáver al suelo, que había quedado clavado en la puerta de la casa de María, como es dicho, y si terminaron no fue por ellos, que hubieran seguido pegando, sino porque una mujer pidió caridad a gritos, e se acabó aquello. Lo de los golpes, pues que continuaron con las hablas.

Los homicidas explicaron a todos los que quisieron oír, que fueron muchos, que encontrándose al tal Simuel en la plaza de la Fuente del Sol, lo invitaron a cenar a la posada de la Estrella, cuya trasera daba a la tapia de las marquesas de Alta Iglesia — ya sabían todos los oyentes dónde estaba la posada, pero los espadachines relataban

todas las menudencias del suceso—, porque era la noche de San Juan y por divertirse un poco, para hacerle broma. E, sentados en la mesa, le pidieron a la posadera puerco, un buen guiso de cerdo con abundante salsica e mucho pan e mucho vino... E, vaya, que el mozo, que ya venía con el corazón encogido y temblón de piernas, cuando ellos no pretendían hacerle daño, no quiso comer puerco, tan delicioso que lo hacía la guisandera... E para no malemplear el plato, pues que lo habían de pagar, los tres bromistas le quisieron dar a la boca, pero, vaya, que era el chico impetuoso y les escupió a la cara poniéndolos perdidos... E salió por piernas y ellos tras él, como no podía ser de otro modo... E yendo, uno por la trasera de San Juan, otro por Caballeros y otro por la ronda, lo habían conseguido cercar allí, en la calle de las Losillas y, como el judío desenvainó la espada, ellos también lo hicieron y, claro, lucharon.

Terminaron los jóvenes asegurando que el judío había sido necio por enfrentarse a tres hombres, por no comer el puerco y no arrepentirse de ser judío, pues de haber mentado a Dios o a alguno de los Santos de la Corte Celestial, ellos le hubieran perdonado que no comiera, pues no llevaban intención de hacerle daño si no de chancear en la noche de San Juan. E se largaron.

Los vecinos de la calle de las Losillas y alledañas estuvieron hasta el alba comentando el suceso, mostrándose de acuerdo con los homicidas, que sólo habían querido embromar, echando pestes contra los hebreos y conversos. Se esperaron hasta que llegó el rabino de la sinagoga de Moçon, ayudado de otra gente, a llevarse el cadáver, para insultarlo:

—¡Puerco judío!

María, que había presenciado todo desde su ventana, tornó a la cama con mala gana y el estómago descompuesto, sin mirar siquiera los dos escorchones que le habían quedado en la puerta, recién barnizada que estaba.

El 30 de junio, entre las diez y las once, antes de que azotara la calor en la ciudad de Sevilla, doña Isabel, reina de Castilla, de León, etcétera, en un aposento lleno de candelas, reliquias e imágenes de santos, alumbró un hijo varón que recibió al ser bautizado el nombre de Juan. Lo hizo delante de tres oficiales de la ciudad y un escribano, siendo asistida por una partera llamada la Herrera, que fue registrada por si escondía algo entre las sayas; también en presencia de varias de sus damas, entre ellas doña Clara que, como en la ocasión del nacimiento de la infanta Isabel, le tapó a la soberana la cara con un paño para que no viera lo que veían todos los presentes, que eran multitud, y además esta vez le mojó el vientre bien mojado con agua bendita.

—¡Es un niño! —exclamó albriciada la dicha Herrera.

Y sus palabras corrieron llevando felicidades por el Alcázar y por la población y sus arrabales, donde doblaron alegres las campanas de iglesias y monasterios, donde los frailes y las monjas, concedores del feliz nacimiento, dejaron de rezar después de meses.

Doña Isabel se holgó a la voz de la comadrona, don Fernando también al aviso de Gonzalo Chacón. La madre se contentó de primeras pero, cuando limpio el niño y limpia ella de las malas sangres y los humores, lo tomó en sus brazos y vio que era menudo, no pudo evitar hacer un mohín de desagrado, y comentó luego con doña Clara, que no con las otras damas pues no era cosa de echar a los vientos, que la criatura era enclenque mismamente como su hermano Alfonso, que vivió poco. La mayordoma hubo de recordarle que el recién nacido se había adelantado cuatro semanas e no podía ser grueso, y decirle que lo criarían con buena leche e buena vianda e crecería sano con ayuda de Dios, que ya se encargarían ellas de tirar del manto del Todopoderoso pidiéndole salud para el niño. La parturienta no se durmió, pese a que hubiera sido lo natural después de tanta fatiga, quizá porque se había movido poco a lo largo de su embarazo, no fuera a malograr el fruto de sus entrañas. Siquiera cerró los ojos un instante y ella misma, después de retirados los plumazos del parto, cambiada la ropa de cama y aromada la habitación, eligió entre varias el ama de cría del futuro príncipe de Asturias. A una dicha doña María de Guzmán, una mujerona de grandes pechos que, casada con un caballero, había perdido al hijo que alumbrara.

En Sevilla hubo grandes alegrías durante tres días. El 9 de julio, el pequeño Juan fue bautizado en la iglesia de Santa María la Mayor, toda muy adornada de flores y paños de raso, por el arzobispo de aquella diócesis y cardenal de España don Pedro González de Mendoza, con padrinos y madrina de alcurnia.

El niño fue llevado en procesión a la iglesia, acompañado por todos los estandartes de las cofradías de la ciudad, con asonada de trompas y chirimías. Lo

traía en brazos su ama, la dicha doña María, muy triunfante y bajo palio, llevado por varios regidores, todos vestidos con magníficas ropas de fustán negro que les dio el concejo. El plato con la candela lo llevaba en la cabeza un pajecillo, sosteniéndolo un grande, e dos donceles portaban la ofrenda, un jarro y una copa dorada, muy buenos. E detrás del ama seguían cuantos nobles había en la Corte y muchas gentes y caballeros. La madrina, que era la duquesa de Medina Sidonia, montaba una mula blanca, cuya rienda llevaba el conde de Benavente, y la seguían nueve doncellas todas vestidas iguales de brocado con mucho aljófara grueso. Y claro, ante tanto boato, las gentes estallaban en vítores y deseaban larga vida al niño, muchos de ellos encomendándolo al Creador, pues que era menudo y se sabía, y otro tanto a sus señores padres.

E así las cosas, estaban en Sevilla los naturales y los foráneos muy albriciados, con la reina recuperada ya de su parto, con el niño que no hacía asco a la teta, pese a que era enclenque; con calor, con la calor propia de la canícula, con las esteras de las ventanas bajas, con los toldos cubriendo las calles, con los hombres mojándose en el río y las mujeres echándose agua a la cara en las fuentes...

Ninguno de los habitantes mirando el cielo, pues que sólo levantar la cabeza producía sofoco, cuando, ay, Dios, corrió el espanto por doquiera, pues hizo el sol un eclipse a la hora del mediodía del 29 de julio e todo se cubrió de negrura durante mucho rato, mucho más tiempo del que duraban por lo regular aquellos fenómenos... O acaso fuera que la abadesa de Santa Paula, que era anciana y se iba ya deste mundo, mandó tocar las campanas de su iglesia a rebato y que a los sones cundió el miedo como si llegara el Juicio Final. El caso es que las gentes corrieron alocadas. Unas camino de sus hogares, otras hacia los campos de los arrabales, otras a las iglesias, creídas de que se aproximaba el Último Día, que se cumplían los vaticinios de los predicadores y que el Señor llamaba a su presencia a los pecadores para pedirles cuentas, e se azotaban las gentes con sus cinturones y con lo que encontraban y se llenaban los cabellos de ceniza e rezaban... E aquel tiempo se hizo largo, largo, y en varios días no tornó el cielo de Sevilla a su claridad habitual.

En el Alcázar, sintióse el eclipse y sufrióse. Pues los agoreros, que eran muchos, primero sovoz y luego en voz alta, comenzaron a decir que el hecho de que se produjera el eclipse a los treinta días justos del nacimiento del príncipe Juan era señal de mal agüero y, aunque no se atrevían a expresarlo con claridad, recordaban:

—El nacimiento del infante se adelantó cuatro semanas.

Y en las escaleras las gentes santiguándose aventuraban:

—Quizá el príncipe, de no apresurarse tanto, hubiera nacido precisamente en este día...

—¡Oh, no!

—Hubiera sido un hijo de la oscuridad...

E no valía que algunos nobles y capellanes quitaran importancia al asunto, pues en las cocinas, en las cuadras, en las bodegas y en los puestos de guardia, las gentes de la servidumbre temblaban y los perros aullaban, y con razón, porque el sol no tornaba a su color, sino que emanaba niebla espesa.

Por supuesto, en las habitaciones de la reina también el miedo se trocó en espanto, y las damas se llegaron a las ventanas e, como el fenómeno dolía a los ojos, las cerraban presto e aconsejaban a doña Isabel que no mirase. Pero la reina miró, pues que era cosa de ver, e como duraba aquello, fuese en busca de su hijo que, casualmente, estaba mamando del pecho de doña María, el ama. E doña Clara le dijo al ama que dejara de darle la teta mientras durase el eclipse, no fuera a tomar la criatura leche agria y le viniera cólico, y doña Isabel asintió. Y el niño lloró pues que le quitaron la teta.

La reina tomó en brazos a su hijo e fuese con él a que lo bendijera fray Hernando de Talavera, su capellán, que lo hizo con gusto mientras el niño lloraba y lloraba, que desde que se lo quitaron al ama no había dejado de llorar como desesperado, y eso que no era un hambrón precisamente. Para que se callara hubo de tornársele al ama, toda vez que fray Hernando dijera que el eclipse era un fenómeno natural de los astros y que a los astros y a las estrellas los mueve Dios, pero que había que andar con cuidado con él y no mirar, pues no en vano ya lo había advertido el griego Platón, que en su obra titulada *Fedón* puso en boca de Sócrates la siguiente frase: «Que debía prevenirme de que no me ocurriera lo que les pasa a los que contemplan y examinan el sol durante un eclipse. En efecto, hay algunos que pierden la vista, si no contemplan la imagen del astro en agua o en algún otro objeto similar».

Tal citó textualmente el clérigo, que era hombre leído. Doña Isabel, como el príncipe lloraba en sus brazos y callaba en los del ama, un tantico desairada dejó al niño y atendió la lección de astronomía de su capellán, a la que se sumaron varios nobles, y contempló el sol reflejado en el agua contenida en un lebrillo, y se admiró como el resto de la concurrencia de las maravillas de Dios.

E, ya recuperada y pasada la cuarentena, volvió la reina a hacer justicia los viernes y a asistir a los consejos de su marido con los secretarios. En el primer consejo el rey propuso comprar los derechos para conquistar las islas Canarias a la familia andaluza que los tenía y no hacía uso de ellos, a más de enviar embajadores al rey moro de Granada Muley Hacén para demandarle las parias que sus antepasados habían abonado a los reyes de Castilla. Isabel se mostró de acuerdo; cierto que lo que no esperaba, y se sintió sorprendida como todos, fue la respuesta del sarraceno, que orgulloso dijo:

—Los que pagaban parias han muerto y los que las recibían también.

En esta guisa, don Fernando proclamó la guerra contra el reino de Granada desde Lorca hasta Tarifa y mandó hacer muchos pertrechos de artillería, aunque luego la

demoró y firmó treguas por tres años para en el entretanto recuperar la hacienda real.

E muchos asuntos que resolver tenían los reyes, pero todas las noches antes de cenar hacían un hueco en sus labores y contemplaban a su hijo el príncipe Juan. Se reunían en el aposento del niño e lo veían mamar del pecho de doña María, le observaban el primer diente o cómo lo bañaba el ama o le cambiaba de pañal, o sencillamente cómo crecía, o lo contemplaban riendo, y padre y madre le hacían carantoñas. El rey mirando muy mucho quién había en la habitación, pues que era hombre, no fueran los maledicentes a decir tal y cual.



Doña Gracia Téllez, en el momento en que se convenció del embarazo de su bisnieta, intentó en vano recordar lo que había sentido en su cuerpo la única vez que se quedó preñada, por contrastarlo con lo que le decía Leonor. En vano, porque habían pasado como mil años. Por supuesto que se había acordado de doña Ana, su hija, y la había tenido presente en sus oraciones y preguntado por ella a la vieja Catalina, pero en la fetación y en el parto no había vuelto a pensar.

Se presentaba Leonor en su aposento, que no le había venido la «enfermedad» iba para seis meses, que tenía bermejura en los pechos y que orinaba continuamente, que el niño se movía en su vientre como una sierpe, que no podía con el peso de su cuerpo y, como no recordaba lo suyo, la mujer no le podía decir ni aconsejar. Ni podía llamar al médico, pues su bisnieta había anulado el matrimonio con Andrés por no haber consumado matrimonio y ya no tenía marido.

Fue Leonor la que dijo de ponerse en contacto con María de Abando para que la asistiera en el parto. La bisabuela dudó, pues que la anterior consulta que le hizo le había resultado muy cara. Un buen caballo pagó pero, por fin, lo hizo. Eso sí, despidiendo antes a los criados que había contratado cuando sus bisnietas estuvieron viviendo en la casa de la plaza de la Fruta, y para que se fueran contentos les dio el doble que a los italianos, quedándose sólo con las moras y la cocinera, que eran mujeres de fiar, y ya pudo llamar a la Niña del Cristo de la Luz.

María que, recuperada de su enfermedad, había vuelto a los ensalmos de Juana y Martín, se presentó rápidamente en la mansión de la calle de los Caballeros, como si la llamaran de una casa cualquiera, sin recordar que en presencia de las marquesas sufría un cierto ahogo que no sabía a qué achacar, pero esta vez no sintió nada, quizá porque estaba sólo con una dellas. Y no se sorprendió con el embarazo de la marquesa, pues no en vano se había maliciado que algo ocultaba aquella familia, llegando a pensar incluso que las moradoras escondían un tesoro, pero no, no, qué sandia, habían estado tapando la preñez de Leonor.

—Muy avanzado está el embarazo de doña Leonor; no obstante, puedo

arreglarlo...

Y como a la interesada y a la bisabuela se les demudaba la color, se apresuró a detallar sus servicios:

—Si vuestas mercedes lo desean, yo puedo acabar con la criatura y recomponer el virgo a la señora...

—*Porca miseria!* —exclamó doña Gracia varias veces seguidas, quitándose los espejuelos de los ojos.

—¡No sé si deseo al niño, pero no pienso hacer nada ni por él ni contra él; lo he llevado mucho tiempo conmigo! —aseveró Leonor.

—Tened en cuenta, señora Leonor, que si hay que hacer es menester actuar presto, pues a lo menos estáis de cinco meses —informaba la ensalmera a la par que se encogía de hombros.

—De seis.

—¡Escucha, moza, lo que quiero es que asistas a mi nieta en el parto!. ¿Estás capacitada para ello? ¿Lo has hecho alguna vez?

—¡Cientos, señora! —mintió descaradamente María, porque en su época de aprendizaje en el rabal bilbaíno había asistido a muchas curas, pero a un parto nunca.

—Bien.

La anciana continuó hablando con ella, preguntándole cuánto dinero quería por sus servicios.

Leonor abandonó el comedor, llamó a Wafa y fuese a la huerta para contarle que ya tenía partera, demandándose si la tal María era mujer de confianza y capaz de mantener la boca cerrada con negocio tan malhadado. Tal se decía, pese a que la había propuesto ella, e iba muy corajuda por lo que le esperaba dentro de tres meses a no tardar, entre Santa Liberada y Santa Marta, que llevaba los días bien contados desde que abandonara de mala manera la casa Torralba.

—Que sea lo que Dios quiera, Wafa, con esta María... No sé qué haré si habla...

—Por un maravedí es capaz de vender su alma, tal dice Catalina...

—He ocultado mi preñez durante seis meses debajo desta saya. No quiero que se enteren los Torralba... Sería capaz de cortarme la mano que me queda si llegaran a saberlo...

—Ninguna persona desta ciudad sabrá que llevas un hijo; no tengas cuidado y no exageres, Leonor... No digas tal pues estás tentando a Alá, que tu mano te es tan necesaria como a mí las dos...

—No sé si he hecho bien al abandonar a Andrés...

—Has hecho lo más conveniente, recuerda que es una mala bestia...

—¡Ea, Wafa, amiga, dejemos este negocio, vayamos al tesoro!

—Por Alá, Leonor, ¿nunca vas a cansarte de buscarlo?

—No. ¡No tengo nada mejor que hacer y no he de darme mal por mi preñez, claro

que no la puedo ignorar!

Hubiera podido distraerse Leonor de otro modo: jugando al ajedrez o a naipes con la bisabuela; yendo a los mercados a recorrer puestos; saliendo a la puerta del Grajal para ver cómo regresaban las ovejas merinas camino del sur hacia los pastos de invierno; cosiendo la canastilla del niño, tejiendo, leyendo, o mismamente con lo que sucedió en su casa más que terciado su embarazo, en los llamados meses mayores, de haber prestado atención.

Porque una noche, pasadas las once, llamó al portillo un caballero, sin criados ni escuderos, que resultó ser Martín Gil de Torralba, el marido de Juana, y pidió hablas con su esposa.

Enterada la marquesa por la cocinera, que a punto estuvo de negar la entrada al visitante, dejó de rezar y ordenó a la criada que abriera la puerta grande e fuese al zaguán a esperar a su marido. Y, desechada su intención de profesar en la Claras de Tordesillas, al parecer, tomó de la mano a su esposo, subió a su habitación con él y, sin requerir los servicios de Marian, que de un tiempo acá era como si fuera su aya, pues que Leonor acaparaba a Wafa a toda hora por lo del tesoro, echó la tranca.

La bisabuela, sabedora de lo acontecido, nada tuvo que decir ni que objetar, pues que entre esposos la prudencia dicta mantenerse al margen. Cierto que le sorprendió cómo se atrevía el dicho Martín a presentarse en casa de su mujer, pues que no había cruzado palabra con ella en la reunión que tuvieron las familias pero, ah, como sabía de amores, se adujo que tal vez los esposos se hubieran dicho con los ojos lo que tuvieren que decirse, y ya tras el primer estupor echó su imaginación a volar, creída de que la presencia de Martín respondería a una historia de amor.

Leonor se distraía buscando el cofre de los Téllez ciertamente, pero no pudo evitar sentir y sufrir que su embarazo prosperaba, pues llegó a engordarse más de veinticinco libras, a sofocarse por subir un piso de escaleras y a sentirse disgustada con su cuerpo. Ya sabía que beldad no era, pero tamaños cambios, la piel tensa y que, puesta de pie, no se veía la punta de los chapines, la pillaran desprevenida. A más, la acidez de estómago, los calores y el peso la hacían vivir desazonada y ansiosa. Y se quejaba:

—Tengo la cara como un pan y el vientre como un odre lleno.

Lo del tesoro no prosperaba, que ama y esclava se limitaban a adivinar las seis primeras líneas del pergamino, que estaba muy borrado, y a leer lo que decía Wafa que estaba escrito, pues Leonor no era capaz de leer ni que forzara la vista: «En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. El honor a Dios, señor de los mundos. El Clemente, el Misericordioso. Soberano del Ultimo Día. A Ti te adoramos y a Ti pedimos ayuda. Llévanos por el buen camino», lo que era una oración.

Le hubiera gustado hablar con Juana, con su hermana gemela, que siempre estuvo a su lado pero, vaya, ahora no, pues al fin se enteró de que andaba encerrada en su

apoyado con el marido, yaciendo o no yaciendo con él, vaya vuesa merced a saber, porque no salía ni para ir a misa, y el esposo tampoco. Y Marian, que había cambiado de ama, no podía dar noticia alguna de lo que sucedía en aquella habitación, puesto que la dama se hacía dejar en la puerta la comida, la tina para el baño y la bacina de las malas aguas, y las entraba o sacaba cuando el pasillo estaba despejado, e cuando deseaba cambiar las sábanas las echaba fuera, hasta la fecha sin manchas de sangre, y se hacía ella misma la cama, como si fuera criada. E, además, no se oían hablas ni ruidos de ningún género en aquella estancia.

Ya podía presentarse en la puerta cualquiera de las moradoras de la casa y preguntar por la salud o bienestar de los encerrados, que no contestaban ni a la bisabuela, que andaba preocupada con motivo. Por Juana, que había caído en gran insania, y por el niño de Leonor, que crecía y crecía y que habría de nacer gigante, con lo cual Leonor, que era ya mujer madura y, sin embargo, primeriza, tendría un parto largo y difícil. Y no se podía llamar a matrona acreditada para que la asistiera en la parición, pues que toda Ávila se hubiera enterado de la preñez de la marquesa y, de consecuente, sólo se podía confiar en María de Abando que, dedicándose a vender picardías y a hacer de alcahueta, pese a que aseguraba haber asistido a más de mil parturientas, a saber si era cierto, poco crédito merecía.

Cercana la fecha de que Leonor diera a luz, doña Gracia trataba a menudo con la ensalmera y, amén de ajustar con ella que fuera la matrona, le pedía que se quedara con el niño y lo criara como si fuera de su carne. Y, habiéndole contado que el marido de Juana se había presentado en la casa, que su bisnieta lo había recibido y que ambos andaban encerrados en una habitación, la instaba a que echara ensalmo a los dos para que consumaran su matrimonio o rompieran de una vez, pues que aquello no era modo ni manera, en razón de que para San Pedro cumplirían tres meses sin salir del aposento, lo que holgaba sobremanera a la bruja, pues tenía mucho que ver en la llegada de Martín a la mansión y en el encerramiento de los esposos y, claro, seguía con sus conjuros, yéndose a la noche al campo baldío.

La dama le ofrecía uno, dos y hasta tres caballos, los que le quedaban en las cuadras, una arqueta llena de doblas de oro que pesaba dos libras, un pagaré con vencimiento a tres años y otro a otros tres de mil maravedís cada uno, y hasta le daba el castillo de Alaejos para vivir retirada con la criatura que alumbrara su bisnieta. Pero, para pasmo de doña Gracia, María de Abando le decía que no quería dineros, que se quedaría el niño por nada e la señora andaba confusa.

E llegó el día. A la alborada del 29 de julio, día de Santa Marta, doña Leonor Téllez de Fonseca, marquesa de Alta Iglesia, sintió un leve dolor en el vientre, e luego otro y otro regularmente, y llamó a Wafa que, más aterrada que ella, fue a despertar a Catalina, a la bisabuela y a Marian, que se personaron de inmediato en el dormitorio. E Marian fue a buscar a Juana, que no le abrió la puerta de su aposento ni

atendió a su llamada, y eso que la mora golpeó con los nudillos como si se quemara la casa. E la bisabuela mandó a Marian que fuera presto por María de Abando, que deseando servir a la señora se presentó corriendo, e atendió a la parturienta que se debatía en terribles dolores e se retorció en la cama. E, vaya, que doña Gracia, que había dudado de la maestría de la ensalmera, se complugo, pues la mujer mandaba y ordenaba a las criadas que acercaran una bacina para recoger las malas aguas, que trajeran sábanas limpias y que hirvieran agua abundante, y mientras la bisabuela le colocaba las reliquias familiares en la frente y en el pecho para que le hicieran favor, la otra palpaba el vientre y las entrañas de la pobre Leonor que, cuando la dejaban los dolores por un instante, lloraba en razón de que dudaba de haber hecho bien al separarse de Andrés o de traer el niño al mundo, vaya vuesa merced a saber, el caso es que rabiaba de dolor.

Sobre las doce del mediodía, cuando ya apretaba la calor en la ciudad de Ávila y a la par se contemplaba un eclipse de sol que dejó boquiabierta y temblando a la población, tras un último y grande dolor de Leonor, la comadrona recibió una criatura en sus brazos toda llena de moco y sangre, la examinó y gritó albriciada:

—¡Es un niño!

Y, la verdad, allí no se alegró nadie, salvo la partera, que era ajena a la casa, y eso que la criatura había venido al mundo con las dos manos y todo lo demás que las personas tienen, a nuestro Señor sean dadas muchas gracias y loores.

E fue que doña Juana Téllez de Fonseca casi se cruzó en la escalera con María de Abando, que iba con un niño en los brazos, cuando salió de su habitación después de tres meses, dos horas después de mediodía. En camisa de dormir, con el cabello lacio y sin lavar, con mala cara, teniéndose el vientre con la única mano que tenía. Cerró la puerta dando un portazo dejando a su marido dentro, al parecer, e clamó:

—¡Marian, Marian!

Pero la esclava no la oyó, en razón de que estaba ayudando en el parto de Leonor, que ya había alumbrado un niño gordo y hermoso y, a Dios gracias con dos manos, como dicho es.

E camino de las cocinas la dama continuó llamando:

—¡Marian, Wafa!

E iba rezongando, pensando ya en castigar a sus criadas y preguntándose si, tanto tiempo sin verlas, se habrían buscado otra ama. Se presentó en la cocina y llamó a Catalina, que tampoco andaba por allí, e se puso a revolver por las alacenas, y en esto entró la guisandera con unos barreños y no debió reconocerla, pues que gritó retrocediendo unos pasos:

—¡Ah!

—¡Soy yo, Dios mío!

—¡Ay, Juana, no te había reconocido!

—Me duele el vientre, me duele mucho, dame algo que me alivie...

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes, niña mía? ¿Qué negocios te traes? Estás fea, desgreñada, sucia, ¿qué es aquesto, Juana, niña?

—He pasado una noche horrible y una mañana peor...

—¿Por qué?

—No sé.

—¡Hazme caso y envía a tu marido a su casa!

—¡Calla, maldita vieja!

—¿Así me pagas mis desvelos? ¡Ingrata!

—¡Calla, Catalina, me duele todo! ¡Me voy deste mundo, me vinieron terribles dolores en la madrugada y han acrecido durante la mañana!

—¡Peor está Leonor!

—¿Qué le sucede a mi hermana?

—Ha tenido un niño que se llamará Juan en recuerdo de vuestro padre... Ahora, descansa... ¡Ea, que empieza a hervir el agua! Mira, atiende, atiende para cuando yo me muera, a un preparado que me dijo María de Abando... Echas en agua hirviendo un manojo de hojas tiernas de artemisa, un chorro cumplido de vino tinto y dos cucharadas de miel. Lo dejas cocer lo que se tarda en rezar tres credos, y...

—¡Calla! ¿Un niño, has dicho un niño?

—¡Un niño que tiene las dos manos, y grandote como su madre!

—¡Par Dios, Catalina!

—¡Bébetelo, que te hará bien!

—¿Estás segura de que tiene dos manos?

—Y tanto... Lo primero que le hemos mirado las moras y yo...

—¡Oh, Catalina, eso quiere decir que los descendientes de mi hermana y míos no sufren la maldición!

—No sé qué quieres decir, vosotras no estáis malditas... Un perro...

—¡Qué perro, por los clavos de Cristo! ¿Cómo puedes decir que un perro se nos comió las manos delante de un tropel de criadas?

—Lo que se contó entonces, Juana... Ahora, yo sólo sé que tenemos que dar gracias al Señor porque el niño haya nacido entero con sus dos manos y todos sus coxoncitos de varón...

—¿Leonor está bien?

—Sí, como es mujer recia ha tenido buen parto... ¡Doce horas!

—Y con el niño ¿qué vamos a hacer?

—Se lo ha llevado la María, que ha asistido a tu hermana...

—¡Ah! ¿Es lo que ha mandado la abuela?

—Sí.

—¡Ea, vamos, Catalina, que ardo en deseos de ver al niño!

—El niño no está, se lo ha llevado la María, te lo acabo de decir...

—¡Oh! ¿Cómo puede ser?

En efecto, cuando doña Juana Téllez de Fonseca llegó corriendo, ya más arreglada de tripas, al dormitorio de su hermana para conocer a su sobrino, la criatura no estaba. A más, que Wafa le cerró el paso:

—Tu hermana se recupera, debes dejarla descansar...

—¿Dó está el niño, Wafa?

—¡Se lo ha llevado la María, la alcahueta!

—¿Sin dejármelo ver?

Y lo que le dijeron las criadas con toda la razón:

—Llevas tres meses encerrada en tus habitaciones.

—Es como si ya no vivieras aquí.

—Nos hemos tenido que acostumbrar a vivir sin ti.

—Y no creas, que lo hemos sentido...

—Te hemos echado de menos.

—Hemos penado y rezado por ti, no fuera a hacerte ese hombre alguna maldad — rezongaba Catalina.

—No he estado con «ese hombre», he estado con mi marido...

—¡Por supuesto, tú nunca estarías con «un hombre»! —interrumpió la bisabuela.

—¡Abuela!

—¡Ay, niña, cuánto bueno de ver!

—¿Y el niño?

—Se lo ha llevado la alcahueta, como convine con ella...

—Me hubiera gustado conocerlo...

—Lo verás.

—¿Y Leonor?

—Está dormida, recuperándose.

—¿Lo ha pasado mal?

—Sí, pero el negocio ha sido breve, a Dios gracias; sólo doce horas.

—¿Doce horas son pocas?

—¿Dónde está tu marido?

—Se ha quedado aviándose... Se va, abuela, nos separamos de mutuo acuerdo... No hemos consumado el matrimonio.

Y no fue la marquesa la que preguntó por qué no lo habían consumado, fue la cocinera:

—¿No ha podido?

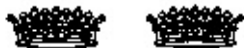
—¡No!

—Le está muy bien —rezongó.

—He pasado un día horrible con dolores de vientre... Me ha mejorado la tisana

que me ha dado Catalina.

—Te echó de menos Leonor, preguntó por ti... Debiste estar con ella, teniéndole la mano en el parto —le dijo la bisabuela con voz dolida, a la par que no salía de su admiración porque sus dos bisnietas hubieran pasado enormes dolores a la vez.



María de Abando continuó con los encantos que venía haciendo de un tiempo atrás a Juana Téllez y a Martín Gil de Torralba, yendo de noche al campo baldío con los dos muñecos, el de la dama sin la mano izquierda, es decir, manco. E ya no los unía con un cordel bermejo, no, los ponía bien atados cuerpo a cuerpo, cara con cara, como los hubieran dejado a lo mejor en una sepultura si los dos hubieran vivido una historia de amor que anduviera en los romances y hubieran muerto como dos grandes amantes. Y en el agua clara veía a Juana suspirar y a Martín yacer con mujer placera y se contentaba, pues que, aunque lentos, sus hechizos hacían progresos.

Cierto que también tuvo su mente ocupada en otras cosas que le sorbieron tanto o más el seso si cabe, sobre todo desde el momento en que la anciana marquesa le propuso asistir a su bisnieta Leonor, que estaba empuñada de su esposo, que la tomó con violencia, como ya sabía por las cocineras de los Torralba... A más, Dama de Amboto, de quedarse con el niño que naciera, prometiéndole esto y estotro.

Y, como es común que toda mujer quiere un hijo por su natura y ella, María, no podía tenerlo pese a que pretendientes para casarse no le habían faltado —por lo que oyera de boca de María de Ataún sobre que las brujas no deben tener descendencia, pues paren diablos e no es cuestión de traer semejantes criaturas al mundo que ya hay bastante mal por doquiera—, viendo solucionado el problema del demonio, en razón de que tendría un niño, o niña, a más sin la incomodidad de llevarlo en su vientre y parirlo, y que sería suyo aunque no lo fuera de natura, empezó a agradarle aquella posibilidad y dejó volar su imaginación, de la que, a Dios gracias, no andaba escasa.

Le vino a la mano ocasión de ser madre sin serlo verdaderamente y se contempló a sí misma con un ser pequeñajo en sus brazos, llevándolo muy sujeto, no fuera a trompicarse y lastimarlo, dándole de comer con una mamadera, aseándolo, limpiándole las heces y haciéndole arrumacos a toda hora hasta malcriarlo y, ay, que se le revolvió el corazón y, pese a que nunca había pensado en niños, prácticamente no hizo otra cosa a partir de entonces.

Iba a la mansión de la calle de los Caballeros casi a diario a preguntar por Leonor y por lo que la dama llevaba en su vientre. E hablaba con la bisabuela, que ya le tenía mucha confianza porque ella se comportaba con educación y no era una entrometida, sino fiel servidora que aconsejaba esto o lo otro para la comida de Leonor y, pese a que le extrañaba no ver nunca a las bisnietas andar por la casa, no preguntaba lo que

no debía. No demandaba a la anciana:

—¿Dó andan vuestras señora nietas, que no las veo nunca por acá?

Para que la dama le mintiera, si fuera caso. Pero, dada la facilidad con que la señora Gracia le llevaba las cosas a la mano, un sentimiento desconocido hasta entonces comenzó a suscitarse en el corazón de María y comenzó a pensar, a hacer planes y discurrir qué diría de la criatura para que los vecinos de la calle de las Losillas murmuraran menos, porque murmurar, murmurarían. Andaba con los nervios aflorados y, en las postrimerías de la preñez de Leonor, no sosegaba ni de día ni de noche, y eso que se había quitado un peso de encima, pues estaba al tanto de que Juana y Martín se habían vuelto a juntar y que estaban encerrados en casa de la bisabuela, en una habitación.

De tal modo que pasaba jornadas enteras en la mansión dejando desatendida a su clientela, ya fuera acompañando a la anciana, ya a la cocinera, mujer que al principio la había evitado y hasta insultado, pero que acabó aceptándola en razón de que parlotera como era, no tenía otra persona con quien hablar, siendo que la señora Leonor y la mora Wafa pasaban el día en la huerta leyendo y la señora Juana no salía de sus habitaciones ni para ir a la letrina. Marian hacía guardia a la puerta de su ama llorando a ratos, y la bisabuela recorría el patio o paseaba por el jardín apoyada en su bastón, o se sentaba en el comedor bajo el retrato de su marido italiano. Y eso, pues eso.

María comentaba con la cocinera:

—Me llevaré al niño conmigo, Catalina, y lo criaré mismamente como si fuera mío...

Y la guisandera contestaba:

—Todo esto es desatino... Las bodas con los conversos fueron condenadas, ya lo decía yo, pero nadie me hace caso en esta casa... Soy el último pito. Que tú te lleves al niño soluciona el presente, pero no es de ley quitarle al que haya de nacer el título de marqués...

—Doña Gracia dice que todo se podrá arreglar...

—La señora no vivirá mil años. Leonor no hará nada; ya la ves, todo el día con el pergamino.

—¿Busca alguna cosa? Anda afanada como si quisiera encontrar un tesoro...

—No he de decir palabra.

—E Juana, ¿qué hace?

—No sé, lleva meses recluida... No sale de su aposento... Es muy de ella eso de estar tiempo y tiempo con una cosa... Hasta que se encerró con su marido rezaba en la capilla día y noche...

E así transcurrían las jornadas, todas las habitadoras de la casa de la calle de los Caballeros temiendo que llegara el día del nacimiento, cada cual por sobradas y

distintas razones.

La verdad es que el 29 de julio, día de Santa Marta y coincidiendo con un eclipse de sol que sobrecogió a la población de Ávila, fecha más que esperada en la mansión, Leonor y María, las más interesadas en aquel negocio, supieron estar a la altura de las circunstancias. Una trayendo un niño al mundo con mucho dolor, según maldición que la mujer sufre desde los tiempos de nuestros Primeros Padres; otra recogéndolo con el corazón alborozado, mismamente como hubiera hecho una verdadera madre, e abandonando la casa, después de aviar a la recién parida, contenta como unas pascuas con un niño sano muy apretado en sus brazos.

Los reyes don Fernando y doña Isabel se reunieron en la sala del trono del Alcázar de Sevilla con una nutrida representación de prelados para que les expusieran por lo menudo lo que tenían contra la religión judía y dieron voz a todos. El primero en hablar, tomándole incluso delantera al arzobispo don Pedro González de Mendoza, que a más era cardenal de España, fue un tal fray Alonso, religioso de San Pablo:

—Saludos, señores rey y reina... Los culpables de la expansión judía fueron dos rabinos llamados Ravate y Ravina que, cuatrocientos años después del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, glosaron el Talmud, lo copiaron y lo enviaron por todo el mundo hasta donde los hebreos no tenían casas...

Pero enseguida intervinieron otros quitándose la palabra de la boca, con encono muchos dellos:

—E los tales rabinos pusieron pena de muerte espiritual para que ningún judío oyese otra doctrina.

—Fray Vicente Ferrer intentó convertirlos en el reino de Valencia e lo consiguió con muy pocos.

—Llevan a sus hijos a bautizar y en cuanto llegan a su casa les lavan la cabeza para quitarles el agua bendita.

—¡En Sevilla cualquier día predicarán los rabinos la ley de Moisés desde nuestros púlpitos!

—¡Dios no lo permita!

—¡Son peste!

—¡La fiera de la herejía anda suelta!

—¡Son tragones y no dejan de comer a la costumbre judía!

—Olletas de cordero, manjaricos de cebollas y ajos fritos, carne guisada con aceite en vez de tocino...

—Por evitar el puerco, altezas...

—Además, les apesta el aliento a ajo.

—Comen carne en Cuaresma y en las vigiliass...

—¡Guardan las pascuas y el sábado como mejor pueden!

—¡Violan monasterios y engañan a monjas para que yazcan con ellos!

—¡Han allegado grandes caudales y haciendas, ajustándose al dicho que Dios mandó en la salida del pueblo de Israel de robar a Egipto ya sea por arte o engaño!

—¡Son soberbios, y dicen de sí mismos, pavoneándose, que no hay gente mejor ni más discreta ni más aguda ni más honrada que ellos!

—¡Nunca quisieron tomar oficio ni arar ni cavar ni andar por los campos criando ganado!

—¡Son gente logrera!

—Nos, tenemos gran pesar por lo que nos relatan vuestras reverencias —manifestaba el rey, apesadumbrado.

—¿Y qué proponen vuestras reverencias que hagamos? —preguntaba la reina, aterrada de tanta maldad que le referían los clérigos.

—He dictado una constitución, conforme a los sacros cánones, de la forma en que el cristiano debe tenerse desde el día en que nace. La he hecho poner en tablas en las parroquias, e no ha aprovechado nada... Los judíos, altezas, son pertinaces —sostenía el arzobispo de Sevilla.

—¡La santa fe católica recibe gran detrimento! —gritaba fray Alonso con vehemencia, sin recatarse delante de los monarcas.

—¡En nuestros señoríos no queremos herejes ni apóstatas! —señalaba la reina—. ¿Qué podemos hacer, señores, contra tanta pravedad?

—¡Pedir bula a Su Santidad Sixto IV para proceder por justicia contra la herejía!

—¡E cuando se reciba la bula, ordenar la Inquisición!

—¡E castigarla por vía del fuego!

—Nos, hemos de partir hacia Extremadura para meter en cintura a la condesa de Medellín y a otros como ella que no nos entregan sus castillos y se permiten aliarse con el obispo de Evora, de tal modo que los portugueses andan por esa parte de Castilla como si fuera dellos. No obstante, de acuerdo con el señor arzobispo, dejaremos que vean sobre todo lo dicho el obispo de Cádiz, fray Alonso de San Pablo y don Diego de Merlo, aquí presentes los tres. Salud os dé Dios, señores —terminó el rey.

—Él os colme de venturas...

E luego la reina habló con don Fernando en privado:

—Mi rey y señor, treinta clérigos, entre ellos un arzobispo y un obispo, han dicho horrores de los conversos, llamados en lenguaje vulgar marranos...

—Desde la gran matanza de mil trescientos noventa y uno se convirtieron muchos, pero existe inquina general contra ellos. Yo tengo varios secretarios conversos e son buena gente y muy cristianos... Quizá todo responda a envidia.

—No sé, marido; dicen que se convierten de cara a su vida pública, pero que en sus casas siguen con sus prácticas...

—Yo dejaría este negocio; en su casa que...

—¿No irá su alteza a decir que haga cada uno lo que tenga a bien?

—¿Por qué no?

—Porque Dios es Uno... ¡Ay, Fernando!

—Pedidle vos bula al Santo Padre y ya veremos qué hacemos con ella. A fin de cuentas, el rey Felipe IV de Francia expulsó a los judíos de sus estados en el siglo XIII y más tarde los reyes de Inglaterra... De cualquier manera nos vendría bien acrecer nuestras arcas con las haciendas de los que judaízan, pues necesitamos mucho dinero

para la guerra contra los sediciosos, que no van a acabar nunca... E, después de poner paz en Extremadura, haremos guerra al moro, guerra sin cuartel, señora...

—Don Fernando, lo que vos digáis.



El caballero don Martín Gil de Torralba dejó la casa de la calle de los Caballeros avergonzado tal vez, pues que había sido incapaz de cumplir como varón con su esposa doña Juana Téllez de Fonseca, e no hizo siquiera ruido al marcharse y cerrar el portillo.

El caso es que cuando llegó Juana a ver a Leonor, que estaba recién parida, e todas alzaron la voz en el aposento, la mora Wafa rogó se fueran a platicar al gran comedor para no despertar a la señora, que había pasado mucha fatiga. E damas y criadas se retiraron.

Juana se mostró empecinada:

—¡Si alguien desta casa se hubiera acordado de mí y me hubiera llamado, le hubiera podido dar la mano a mi hermana!

Pero las otras respondieron lo mismo que ya le habían dicho:

—¡Juana, hija, en estos tres meses te hemos llamado mil veces para mil cosas!

—Yo la que más, hoy mismo, cuando tu hermana entró en parto —explicaba Marian, y las otras asentían a la par que la esclava.

Después de muchas pláticas Juana explicó, primero a su bisabuela a solas y luego a las sirvientas en la cocina que, como su marido había sido incapaz de quitarle la donceller, tras mucho deliberar y sopesar la situación entrambos, habían acordado desvincularse para siempre, levantar acta ante notario de aquella separación e irse a servir a Dios. Él a los Jerónimos de Guadalupe, ella a las Clarisas de Tordesillas.

La bisabuela le dijo en un primer momento:

—Entrarás en religión si es tu deseo.

Pero las criadas se opusieron desde el principio:

—¿Cómo nos vas a dejar solas?

—¡Te necesitamos para vivir felices!

—¡Te hemos echado a faltar mientras estuviste encerrada!

—¿No te importamos una higa?

Y ella, después de asegurarles que las tres, Leonor y la bisabuela, le importaban lo que más deste mundo, aseveraba una y otra vez:

—¡Me llama el Señor Dios e no puedo permanecer sorda durante más tiempo! Lo que me ha sucedido con mi marido es prueba de que me debo a Él y no al mundo.

Ante respuesta tan taxativa, las sirvientas se quedaron mudas, pero Leonor se enfadó con ella cuando se enteró de sus propósitos y no le dirigió la palabra en varias

semanas.

Y hubo muchas hablas en aquella casa sobre la decisión que había tomado Juana. Doña Gracia le advirtió cientos de veces, las criadas, miles, y Leonor le volvió la cara cuantas veces se la encontró por los pasillos. La bisabuela misma le decía:

—La vida religiosa no es fácil, es de servicio.

—Lo sé.

—Levantarse a maitines al amanecer y, después, rezar laudes durante toda la vida y cuando más frío hace, es duro...

—Estoy por ello.

—No sé si en las Clarisas se servirá a Dios como es debido, pues se comenta que la reina Isabel quiere llevar a frailes y monjas a más honesta vida e que le va a solicitar al Santo Padre licencia para reformar las órdenes religiosas.

—¡En las Clarisas se sirve a Dios, abuela, y se reza por los pecados del mundo!

Doña Gracia le hubiera preguntado a gusto a su bisnieta cómo, rezando mismamente a Dios y a Alá —en razón de que ella la había visto arrodillada en una alfombra y con las manos cruzadas sobre el pecho—, se iba con nuestro Dios si el otro había sido tan importante para ella como el verdadero. Y advertido a gusto también que si se marchaba de casa su hermana se moriría de pena.

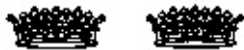
Pero ya podían hablar unas y otras, que Juana no se apeó de su decisión. E, convenido un día con su marido, ella misma llamó al notario, al mismo que había levantado el acta de Leonor para que diera fe de otra separación, ésta de muy otro tenor que la anterior. Pues los esposos declararon ante el fedatario y unos testigos ajenos a sus familias, presentes las Téllez y sus criadas e la viuda Torralba por parte de Martín, que habían recibido la divinal llamada, Dios les diera ánimo para llevar la cruz que voluntariamente cargaban a sus espaldas:

—Yo, Juana Téllez de Fonseca, marquesa de Alta Iglesia, declaro ante vos, Antón de Inés, notario de esta ciudad de Ávila que, habiendo sido llamada por la gracia del Espíritu Santo para servir a Dios como la última de sus siervas, pido a mi esposo, el honorable caballero don Martín Gil de Torralba, aquí presente, que para bien y salud de mi ánima me otorgue su consentimiento para profesar en religión en el monasterio de Santa Clara de la villa de Tordesillas, cercana a Valladolid, pues es mi deseo y elección alejarme de las vanidades del mundo mientras el Señor me dé vida... E por todo lo dicho por mi propia boca solicito de vos, mi marido, otorgación y consentimiento.

Martín respondió correspondiendo al ruego, petición y demanda de su mujer:

—Yo, Martín Gil de Torralba, esposo vuestro, contesto a vos, doña Juana Téllez de Fonseca, que me es grato daros, y os doy licencia e permiso e expreso consentimiento en el nombre de Nuestro Señor Dios para entrar en cualquier orden o religión que os plazca, en todo y por todas cosas. Amén.

E repetido el acto, dando licencia Juana a Martín, firmaron los testigos y el notario. E de este modo el matrimonio de Juana terminó, en el mismo lugar que el de su hermana gemela diez meses antes, en el gran comedor de la casa de la calle de los Caballeros.



El día de la parición de Leonor, María de Abando llegó a su casa con un niño en un brazo y un hatillo de ropa que fuera de las marquesas cuando nacieron en otro, diciéndose que menos mal que tenía dos manos, y otras dos la criatura que llevaba, pues que hubiera sido difícil aviarse siendo manca con tanto bulto y hacer pasar inadvertido al niño de haber nacido tullido.

Con un varón, mejor varón para andar por el mundo, grandote él, que ya pesaría doce o trece libras, que lloraba porque tenía hambre, pues llevaba varias horas nacido y sin comer.

Que las señoras no habían previsto lo de la ropita porque, vaya, eran muy dejadas. Leonor había parido relativamente pronto para ser mayor y primeriza, y no había preguntado ni qué era lo que había alumbrado, si niño o niña, cierto que ella lo gritó cuando la criatura le cayó en los brazos envuelto en las secundinas y bien pudo enterarse, ni si tenía dos manos, ni si era manco como ella y su hermana. Doña Gracia, dada su mucha edad, se había retirado porque le había venido angustia al ver las malas sangres. Juana no había estado presente. La mora Wafa, que era la esclava de la parturienta, se había mostrado más nerviosa que su ama. La mora Marian otro tanto, a más que le susurraba a Leonor palabras misteriosas, algo como que se recuperase pronto para continuar buscando, e bajaba la voz cuando hablaba de buscar. La Catalina renegando como siempre contra los judíos conversos. Y lo que se decía la comadrona que, vaya, era comadrona a más de ensalmera, santiguadora, saludadora, aojadora, sanadora y bruja, era que, en realidad, la naturaleza de Leonor lo había hecho todo.

Acabado el parto, la bisabuela había llamado a María a su habitación y le había entregado el niño envuelto en una sábana, pero sin pañal, pues aquellas damas no habían cogido la aguja durante los nueve meses de preñez de Leonor siquiera para coser unas bragas:

—Toma, María, será tuyo... Cuídalo como hemos convenido... Yo mientras viva te daré para que pases con holgura y nunca le regatees comida; cuando yo falte lo harán mis nietas... Aparte de criarlo, cuando alcance la edad lo llevarás a la escuela de la Catedral, pues lo haremos paje del rey a ser posible, y en el futuro discurriremos cómo le traspasamos el marquesado... Tú deberás hacer que se lo merezca y que sea buen hombre y temeroso de Dios. ¿Estás segura de que lo quieres?

—¡Oh, sí señora!

—¿Tienes algo que preguntar?

—Sí señora. ¿El niño será mío?

—Sí.

—¿Podré hacer lo que hace una madre con su hijo?

—¡Naturalmente!

—¿E nadie me dirá lo que debo hacer?

—Nadie. Pero quiero que lo lledes a bautizar, que tengo para mí que no frecuentas los sacramentos... Ya sabes, debes llamarlo Juan...

—Bueno, me voy, que la señora Leonor ya está aviada e descansando.

—Lo traes de vez en cuando, que me gustará verlo...

—Los deseos de la señora son órdenes para mí.

—¡Con Dios, María!

—Falta me hará, que he curado niños de disentería, de tabardillo, de mal de garganta y de otras muchas cosas, pero no he criado ninguno ni visto criar...

Y, vive Dios, le hacía falta ayuda del Señor, pues que cuando llegó a su casa y fue a la fresquera a buscar leche, la encontró agriada y, dejando al niño en la cama, se encaminó a casa de una vecina, que le dio un cuenquillo de leche de cabra. Se la administró con una cuchareta a la criatura pero, ay, al momento defecó unas heces verdinegras encima del cobertor poniéndoselo perdido. Y ella iba y venía como si no fuera ella, como si le hubiera venido tontera de tan azarada que estaba y le faltaran las manos. E se equivocaba y tomaba una cosa por otra, pero había de salir del ofuscamiento porque el niño tenía hambre e se chupaba las manos con rabia, y llegarse a la taberna de Petra Aldana a que le diera leche de vaca para rebajarla con miel y hasta echarle un chorrillo de vino para que no le causara daño en las tripas. E no sabía si ir con el niño o dejarlo en casa, pues que se había levantado relente pese a ser finales de julio.

El caso es que María estaba más atada con la criatura que un gato con un menudo.

Dejada Sevilla y llegados los monarcas a Córdoba, pusieron paces en las parcialidades que allí había entre el conde Cabra y el señor de Aguilar, que hacían guerra y paz a su arbitrio por toda aquella tierra, causando gran daño a naturales y vecinos. Y, oyendo a muchas personas, mandaron hacer justicias y restituciones a las gentes que por unos o por otros habían quedado desposeídas de sus haciendas, con lo cual tornó la paz a aquel lugar y aun anduvieron haciendo otro tanto por la comarca. A don Alonso de Aguilar lo hicieron devolver las torres que tenía y lo expulsaron de la ciudad con la manda de que no tornara sin su licencia. Al conde de Cabra no lo mandaron llamar, aunque hubiera sido del gusto de la población que los reyes sometieran a su autoridad a ladrones grandes y pequeños. Además, que llegado a los oídos de rey y reina que sus oficiales, contadores, alcaides, secretarios, mayordomos y escribanos se repartían grandes dádivas so color de derechos de sus oficios, y se atrevían a demandar más de lo debido, los señores investigaron. E ciertamente hubieron de privar del cargo a unos cuantos abusones y aun confiscar los bienes de otros, de los que habían aceptado soborno.

Y en ésas estaban los reyes, muy enojados, pretendiendo don Fernando abroncar a Gonzalo Chacón, que no se había enterado de nada:

—¡Este hombre no ha sabido ver qué estaban haciendo sus subordinados a sus espaldas!

—¡Discúlpele su alteza, que no puede estar en todo!

—¡No tiene disculpa!

—Me sirve a mí en lo grande y en lo menudo... Perdónelo don Fernando... ¡Hágalo por mí!

—Si vos me lo pedís, lo haré...

Y hubieron de interrumpir aquella conversación, que bien pudo terminar en porfía, porque llegaron nuevas de que el rey de Portugal don Alfonso había regresado a su país después de viajar a Francia para sellar grande alianza con aquella monarquía y, juntas ambas, hacer cuña contra Castilla por el norte y por el oeste, Dios no lo permita. Y, es más, supieron también que el arzobispo de Toledo estaba juntando gente de armas en Alcalá de Henares para unirse al lusitano y al francés, olvidando los juramentos que había hecho a sus señores naturales y llevando hablas secretas con don Alfonso para informarle que era el mejor momento para proseguir la guerra abandonada tras el descalabro de Toro, en razón de que había muchos nobles descontentos con el hacer de Fernando e Isabel.

Los reyes alertaron a todas las fortalezas situadas a diez leguas de los reinos enemigos. En Toledo, don Gómez Manrique, el autor de farsas, que a más era un gran capitán y tenía la ciudad, hubo de enfrentarse a la vecindad que, partida en partes,

creía que mudando de rey cambiaría de fortuna, pues andaban los habitantes corajudos porque habían de sostener a las gentes de armas que componían la Hermandad, tributo que les resultaba muy oneroso a más que se sumaba a otros.

Pero lo que hablaba don Fernando con doña Isabel en el Alcázar de Córdoba:

—Lo malo no está en los vecinos de ciudades y villas, sino en el arzobispo Carrillo que malquista desde Talavera y que ha invitado a holgar en esa villa al rey de Portugal, cuando hasta su hijo, el príncipe Juan, intenta disuadirlo, pues no en vano lo derrotamos en Toro... Y en esa maldita condesa de Medellín que tiene Mérida y, conforme avancen las tropas lusitanas, les servirá de bastión...

—Es un veneno esa condesa...

—Es hija de su padre.

—Hija bastarda de don Juan Pacheco, el antiguo marqués de Villena... A mí me lo hizo pasar mal este hombre, aunque recuerdo muy bien que siendo muy chica se presentó en Arévalo, donde vivía yo con mi señora madre y mi hermano Alfonso, e fue el primero que me quiso casar con vos. Es más, le aseguró a mi madre que haría un buen matrimonio.

—¿Y ha hecho su alteza buen matrimonio?

—¿Vos qué creéis?

—No sé, os lo pregunto...

—Recordad, mi rey y señor, que fueron los ángeles los que me abrieron paso en la casa de Vivero para unirme a vos...

—¡Qué tiempos, señora!

—Cuánto ha cambiado todo, marido mío, en pocos años... ¡Oh, ya llaman a la puerta, Fernando, abrid vos!

—No nos dejan estar ni un minuto... Voy a abrir, esta noche continuamos — terminó el rey, haciéndole una carantoña a su esposa.

E, vaya, que las malas noticias de la posible invasión portuguesa y de la alianza de su rey con el arzobispo Carrillo de Toledo llevaron a los reyes a Guadalupe para proveer por allí contra la más que posible guerra. Por eso enviaron capitanes para que guardaran el marquesado de Villena y, es más, hartos ya de tanta deslealtad, embargaron las rentas del primado, para que se enterase de quién mandaba en Castilla, pues tenía el hombre el pensamiento siempre lleno de alborotos, y atinaron porque presto no pudo pagar ni el sueldo de sus domésticos, a más que no se le juntaron gentes. Recibieron a los embajadores que les envió el rey de Francia con grandes señas de amistad, sabedores de que poco antes le había prometido lo mismo al portugués, conscientes de dónde estaba el rey de Francia; no obstante, los honraron mucho, y Fernando aprovechó el momento para hablar con ellos del pleito que tenía por el condado de Rosellón en los reinos de Aragón, largo litigio cuya resolución quedó en manos de dos hombres buenos.

Los reyes no estuvieron quietos, que no iba con ellos la quietud, y no doblaban el brazo a la hora de hacer justicia o llamar al orden. Por eso, cansados ya de que la condesa de Medellín tuviera tomada Mérida, cuando pertenecía de antiguo a la orden de Santiago, y concedores de que la dueña, mujer de grandes atrevimientos, había tenido preso durante cinco años a su propio hijo, le enviaron a su condestable con nutrido ejército a que la pusiera en obediencia. Pero no olvidaron la vía diplomática para evitar la guerra con el reino vecino; muy al contrario, doña Isabel cruzó abundantes cartas con su tía, la duquesa viuda de Viseo, mujer asaz sesuda y hermana de su señora madre, que continuaba con sus bordados en el castillo de Arévalo esperando la llamada del Señor, para que convenciera al rey Alfonso de Portugal de abandonar la malhadada idea de conquistar Castilla; y, claro, la voz de la infanta se sumó a otras, y en aquellos países se levantó barullo.

E llamada la reina por su señora tía, la duquesa, que fuera más cerca de ella para intercambiar mensajeros con mayor facilidad, los monarcas se mostraron dispuestos a llegarse a Trujillo, pero antes de dejar Guadalupe les sorprendió una mala noticia: la muerte del rey don Juan de Aragón, Dios lo haya acogido en su seno, acaecida a 20 de enero de 1479, día de San Sebastián, en la ciudad de Barcelona. Así las cosas, todos los del reino de Aragón, de Valencia, Sicilia, del principado de Cataluña y del resto de islas y señoríos, llamaron a don Fernando para que fuese a tomar posesión de los sus reinos.

E, como ya habían cargado los equipajes en los carros y las gentes de la compañía estaban montadas en los caballos y mulas, los soberanos de Castilla y Aragón tomaron la vía de Trujillo, donde le celebraron solemnes funerales al rey muerto, y discutieron con las gentes de su consejo el orden que debían llevar los títulos de los señoríos que tenían en las cartas que expidieran en el futuro. E quedaron, así:

«Don Fernando y doña Isabel, por la gracia de Dios, rey y reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de las Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, del Algarve, de Algeciras, de Gibraltar, conde e condesa de Barcelona, señores de Vizcaya e de Molina, duques de Atenas y de Neopatria, condes de Rosellón y de Cerdaña, marqueses de Oristán e de Gociano, etcétera». Porque tenían más, al parecer.

Fernando picó espuelas camino de Aragón para tomar posesión de los sus reinos, quedándose Isabel sola para ordenar en toda la desventura que se preconizaba para el reino de Castilla, para defenderlo del enemigo, pues don Alfonso de Portugal, ciego y sordo, tenía varias fortalezas por Extremadura. E así las cosas, cruzaba cartas con su marido, que estaba en Barcelona:

Me voy a Alcántara. Se la he pedido al alcaide que la tiene de mi hermano y tengo para mí que me la ha de dar. Si es así, me iré allí para estar más cerca de mi tía doña Beatriz, si no ya veré. Haré venir a nuestra hija de Segovia, pues parece que, de haber paces, entrará en el trato, pues habremos de dar rehenes y don Alfonso los quiere de linaje. No me importa, porque al lado de mi tía estará bien y aprenderá

portugués... Mi rey y señor, ¿qué os parece?

Mi señor padre, el rey don Juan, Dios le dé vida eterna, lleva nueve días de cuerpo presente en la casa episcopal. Lo han vestido con un muy rico ropón de terciopelo carmesí, forrado de martas cebellinas, largo hasta los pies y debajo lleva una túnica de seda del mismo color, e calzas granas, e zapatos de fustán con bordados de plata. En la cabeza le han colocado un bonete negro y sobre él la corona, en el pecho el collar del Toisón de Oro del duque de Borgoña... Es una procesión de gentes, lo velan de día y de noche... Os digo, señora, que habré de empeñar mi collar de la dicha Orden para pagar los treinta mil panes que lleva el obispo entregados a los pobres que vienen a llorar el cadáver de mi señor padre, a más que en velas llevo gastada una fortuna... Don Juan será enterrado en el monasterio de Poblet, que es del Císter...

E cuando doña Isabel le leía la carta de su esposo a doña Clara, se mostraba quejosa del contenido, pues que no le decía palabra de qué hacer contra el portugués y los rebeldes de Extremadura, pero la mayordoma le respondía:

—Vuestra alteza sabe muy bien qué hacer en esta guerra que tenemos... Si vuestro esposo os dijera qué hacer, seguramente se quejaría de que le decía y no la dejaba hacer.

Y, en efecto, lo sabía, y se hubiera molestado de haber recibido instrucciones.

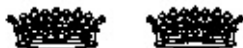
Fernando, mi rey y señor, he de entregar a la infanta nuestra señora hija para conseguir la paz. No temáis, que mi tía la cuidará como si fuera suya... Le voy a dar oro y joyas, para que luzca en la corte de Lisboa, pues está hecha una mocita.

¡Entregadla, que ha de estar asaz bien con doña Beatriz, que es mujer de prendas y muy cristiana!

Y deste modo, el rey en Aragón atendiendo a sus negocios y la reina en Extremadura, tras sofocar las revueltas y conquistar los castillos, firmó paces entrambos reinos en Alcáçovas, ella por Castilla, su tía Beatriz por Portugal, por las cuales entregaba a su hija Isabel en prenda de alianza para casar cuando estuviera en sazón con el príncipe Alfonso, hijo de don Juan, el heredero del trono lusitano. A su vez el rey de Portugal renunciaba al título que había usurpado de rey de Castilla, a más que juraba no consumir su matrimonio con doña Juana la Beltraneja, que tenía diecisiete años, y darle seis meses de tiempo para dirimir su porvenir: si quedarse en Portugal, o maridar con el príncipe Juan de Castilla, niño de pocos meses, quedando rehén de la duquesa de Viseo hasta que la criatura alcanzara la edad púber, o entrarse en un convento. Sabedora de lo que la esperaba, doña Juana, dicha la Beltraneja, profesó en las Clarisas de Coimbra e se puso bajo el amor de Dios.

Arreglado lo anterior, los reyes convocaron cortes en Toledo para solicitar subsidios, pues que las rentas de la Corona estaban enajenadas de tal manera que no tenían para mantener a sus hijos ni para llevar el gasto de su casa. Y, como apenas les quedaban alcabalas ni tercias, pidieron a los que las tenían del rey Enrique que las devolvieran, dándoles a cambio juro de heredad a perpetuidad, e a los que no se las quisieron tornar se las compraron a bajo precio. Pues lo que dijeron a los procuradores que hacían así o tendrían que imponer nuevos tributos con el consiguiente agravio de sus súbditos e, aunque al principio hubo barullo en el

Alcázar, luego se sosegaron los ánimos y hasta cambió el talante de las gentes, de tal manera que nadie osaba sacar las armas contra otro ni enojar al vecino ni alzar la voz. Y lo que se comentaba en la sala del trono del palacio y por toda la ciudad, que la justicia de rey y reina llegaba a todas partes y mejor aceptar lo que dijeran, pues que ambos eran hijos predilectos del Altísimo como se venía demostrando, en virtud de que todo negocio que pretendían, iniciaban, desarrollaban y concluían les salía bien, y nadie dudaba que eran benditos de Dios. Y es más, empezó a correr por Castilla que don Fernando había nacido en gracia, cuando señoreaba en el ancho cielo el cometa que se avistó en 1452. Y de doña Isabel se comentó largo que, pese a lo mucho que había quitado a todos, dejó a las iglesias, conventos y monasterios con el mismo pan y todas las cosas que tuvieren, es decir, que no les quitó nada ni se las compró por dos reales.



Mucho revuelo causó en el palacio de la calle de los Caballeros la irrevocable decisión de Juana de entrarse en las Clarisas de Tordesillas, pues lo que decían las moradoras, si al menos hubiera elegido un convento de la propia Ávila, yendo a misa allí la hubieran podido ver en el momento de comulgar, cuando asomara la cabeza por el ventanillo que abrían de la clausura. Pero, Señor Jesús, en Tordesillas, tan lejos, no la verían nunca más, y la casa se quedaría triste, triste, y la bisabuela se dolería y la cocinera también, y las moras gritarían ese grito desgarrado que arrojan por su boca los musulmanes en situaciones de dolor; además que Leonor, abandonada la lectura del pergamino, ya sufría y más parecía un alma en pena vagando por la casa.

Doña Gracia hablaba con ella y se quejaba:

—Juana, hija, del convento no te dejarán salir ni para verme morir...

E Juana la interrumpía con otro negocio:

—¿Cuándo va su merced a llamar al notario para formalizar la renuncia de la parte que tengo del marquesado a favor de mi señora hermana?

—Ya que hablas de eso e evitas platicar de otra cosa, te diré que el título lo tienes de *iure* pero no de *facto*, pues que el castillo y villa de Alta Iglesia fue asaltado y ocupado por unos ladrones durante veinte años o más, seguramente más, desde que lo vino a decir aquel preste que llevaba una sacristana con él y que vivió en esta casa, ¿lo recuerdas? Ahora lo tienen los reyes, cierto que están por devolvéroslo a ti y a Leonor...

—E se lo has pedido a la reina.

—¡Sí!

—Bueno, pues abrevia el negocio porque yo para Santa Clara entro en el

convento, como tengo convenido con la señora abadesa.

—¿Qué día es?

—El once de agosto.

—¡Imposible! La reina todavía no os habrá tornado el título...

—Yo no necesito ser marquesa; que lo reciba mi hermana, ¿no hemos quedado que renuncio y amén?

—Tú tienes que estar presente cuando su alteza lo dé...

—¡No!

—¿Con esa rebeldía que te ha venido de pronto te vas a ir a servir a Dios?

—Mira, abuela, no quiero porfiar contigo; me voy a dar un paseo con Marian... E no descuides lo de mi renuncia. ¿Al menos a Leonor le parece bien lo que voy a hacer?

—Tu hermana no quiere un título de nobleza para ella sola, quiere una hermana a su lado...

—¿Quiere una hermana y no me habla en semanas?

—Lo único que ha hecho sin ti ha sido traer un niño al mundo; si hubieras estado con ella...

—No es cierto, ha hecho otras cosas sin mí... ¡A Dios!

—¡A Dios, hija!

Y Wafa, la que más lloraba de todas las habitadoras de la casa, le comentaba en los escasos momentos en que Leonor le daba asueto:

—Juana, hija, te he criado y atendido desde que naciste, ¿me vas a dejar sola?

—No admiten criadas en las Clarisas, ni menos moras...

—Podrías pedirle a la priora que me tomase de fregona o de guisandera, al menos viviríamos en la misma casa...

—Eres mora, Wafa, no puedes estar en un convento cristiano.

—Pues en tu boda no llevé velo y estuve en la iglesia como una más...

—No insistas, no insistas... Que entre todas me estáis sacando de mis casillas...

—Oye, Juana, si quieres voy a que me bautice el párroco...

—No, no quiero que te bauticen, eres musulmana... ¡E calla ya!

O era Marian la que la recriminaba:

—Tu hermana anda apenada, y si te vas es capaz de morir de pena; ya conoces el afán que pone en lo que hace.

—Mi hermana no me habla, lleva muchas semanas sin dirigirme la palabra.

—Le dolió mucho que no estuvieras con ella...

—¿Por qué mientes? Lo que la trastorna es haber dado a su hijo a esa María...

—Eso también, que yo no he tenido hijos, pero tengo para mí que un hijo no se da...

—En vez de venirme a mí con matracas, habla con ella y que lo remedie cuanto

antes, que luego será tarde.

O era Catalina:

—Cuando ponga sopa a cocer, será Leonor la que se coma el tuétano de los huesos, que yo siempre te lo he dado a ti porque eres la más menuda de las dos... Ay, ya no confundiré vuestras voces... Ya no iremos a comprar nunca juntas yemas ni membrillo...

—Ya no seremos la buena y la mala, la alegre y la triste, la necia y la aguda...

—¡Ay, Juana, no te enojés!

—En todas las familias, un hijo o una hija entra en religión y no se organiza trapatiesta; al contrario, se alegran las gentes de que un familiar se vaya a servir a Dios y a rezar por ellas.

—Aquí no, quizá porque somos pocas personas...

—En esta casa es como si Dios no existiera... Leonor y yo nos hemos criado con Dios y con Alá, las moras han adorado a Alá, la abuela no ha tenido a otro dios que a don Beppo, tú la única cristiana de la casa, y odias a los judíos y a los conversos...

—¡Calla, Juana, calla, no hables de esas cosas!

Fue Leonor la que habló a su hermana después de mucho tiempo de evitarla:

—Juana, no quiero tu media parte del marquesado...

—Debes tomarlo, de otro modo habrá jaleo con las monjas... Voy a llevarles sólo dinero contante y sonante. Los inmuebles quedarán para ti; nuestra abuela lo quiere así, pues no desea partir las vajillas de nuestra señora madre ni el ajuar de otras antepasadas con ellas... Me llevaré mis cosas personales... Te dejo casi todo, hermana, hasta el tesoro del rey moro.

—Dice nuestra señora abuela que al convento puedes llevar una dote, la que quieras, sin renunciar a lo demás, pues quién sabe...

—Yo sé lo que he de hacer.

—¡Qué suerte tienes de saber lo que has de hacer! Yo no sé si he hecho bien de separarme de Andrés.

—Hiciste muy mal, máxime estando encinta... Pero lo peor que has hecho ha sido dar a tu hijo a esa María, que además de alcahueta es bruja.

—No podía tener al niño en casa; se hubiera corrido por Ávila e la justicia se lo hubiera entregado a mi marido.

—No sé qué clase de sentimientos tienes, ni si tienes sentimientos... A ratos me resultas inhumana hasta el delirio...

—¡Ay, amarga de mí! A veces es menester acallar los sentimientos...

—¡Ea, hermana, reflexiona y enmienda lo que se pueda enmendar!

—Ando desgana, no puedo pensar siquiera en el cofre de don Tello... He dejado de buscarlo...

—¡Albricias, Leonor; ahora podrás pensar en tu hijo!

—¡Me tratas mal, Juana!

Y así o parecidos se sucedían los días en el palacio de la calle de los Caballeros. La bisabuela valorando los bienes de sus bisnietas con el judío Yucef, el que más sabía de precios en la ciudad de Ávila, para dividirlos con equidad, contando las doblas que le tenía guardadas el hebreo para darle a Juana la parte que le correspondía, dudando si convertirlas en pagarés para no llevar dinero, cada vez más cansada de los jaleos que se suscitaban en aquella casa, tentada de poner a la venta el palacio de Milán y la villa a orillas del Tesino, pues que se veía ya con poca vida. Entre otras cosas, porque un día, sin comer alimento duro ni roer huesos, se le cayó un diente, un colmillo, que la afeó mucho, y fue menester llamar al sacamuelas para que le extrajera la raíz, e le dolió harto. En pleno sufrimiento, pidió un espejo de mano y no paró de mirarse el hueco que le había quedado en la boca, y fue quizá por eso que dejó de sonreír y se mostró taciturna.

Taciturna andaba también Leonor porque su hermana, que era mujer terca como no había otra terquedad en el mundo, iba a profesar en religión en breve y, vaya, que ser el doble de rica de lo que ya era no le contentó miaja. A más, que estaba lo del niño, lo de su hijo. Lo del hijo que le diera a María de Abando, que era mujer trapacera y hasta bruja quizá. Que le dio el niño, a su hijo, como si le diera un gatito, quiá, no de ese modo, peor, que los animales recién nacidos suscitan sentimientos de ternura. Y ella no, no, no tuvo apego ni cariño ni ternura, siquiera curiosidad, por el ser que había de nacer ni durante ni después del parto.

Pero se interesó por él y a Wafa le preguntó qué había traído al mundo, si un niño o una niña, si estaba entero y si tenía las dos manos, y bien hubiera podido terminar con la vida del niño o la niña, porque la dicha María se lo propuso a las claras, pero no quiso, que iba contra Dios y contra la vida que Dios da a cada persona e, de consecuente, no podía privar de la vida a lo que naciera, un niño en este caso. Y, aunque ciertamente no lo miró a la cara ni lo tuvo en sus brazos ni le dio un apretujón, ella fue la que le indicó a Wafa que le pusieran el nombre de Juan, por su hermana y en recuerdo de su padre.

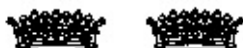
Claro que ahora empezaba a penarle, tal vez porque la dicha María había venido dos veces a la casa con el niño en brazos a visitar a la bisabuela y, pese a lo que pensaban las otras habitadoras, aquella maldad de que carecía de sentimientos, no carecía dellos, quiá, los tenía y muy profundos además, pues que le latía apresuradamente el corazón nada más de pensar en la criatura. Y a los nueve meses de ser madre sin serlo pues no ejercía de tal, tan hermoso que debía de ser, ya hubiera dado la única mano que tenía por tener a Juan en sus brazos.

Subiendo y bajando las escaleras, recorriendo los pasillos de la mansión como una sombra, tras reflexionar abundante sobre el particular, Leonor ya se decantaba por plantearle sus cuitas a la bisabuela a fin de enmendar lo que había hecho tan

torpemente y traer el niño a casa. E inventaba historias, previa preparación de la escena, para contar: que alguien, que una mala madre, había dejado el crío en la puerta del palacio, que se lo habían encontrado en un camino, medio muerto de frío y lo habían recogido como buenas cristianas que eran; o que había llovido del cielo, en fin.

Pero sucedió que la reina doña Isabel, Dios le dé larga vida, la llamó para que fuera con su bisabuela y su hermana a Toledo a ocupar en la jura del príncipe Juan como heredero de la Corona el lugar que le correspondía entre los linajes de Castilla, el cuadragésimo, como va dicho. E fue de mala gana porque la bisabuela dijo:

—Las Téllez no faltaremos a tan fausto acontecimiento.



El hijo de Leonor crecía en los brazos de María de Abando, que muy bien cuando le hacía carantoñas o cosquillas y el pequeño le sonreía, pero a ratos no sabía qué hacer con él, máxime cuando lloraba, pues que no tenía experiencia con los negocios de la maternidad ni se había ocupado durante el tiempo en que acordó con la marquesa quedárselo en preguntar a las madres jóvenes, lo que le hubiera sido útil, aunque inútil también, pues que cada niño es un mundo. No obstante, como Juanico era tragaldabas, se estaba criando sólo con la leche de vaca rebajada con miel y el chorrito de vino e con papilla de trigo, y a los nueve meses era una bola risueña y llorona que pesaba dieciséis libras. Un peso que llevar a sus espaldas cuando iba de aquí para allá, pero María caminaba ufana con él porque era hermoso como un ángel e las buenas mujeres la paraban por la calle para hacerle arrumacos. A más, que había sido aceptado por la vecindad como uno más, como si ella tuviera marido, pues a los tres días de llegar a su casa con él, a la atardecida, llamó a las vecinas, sacó unos vasos, aguardiente del bueno y unas tortas. Reunidas en el zaguán, les explicó que había ido a una aldea cercana para asistir en el parto a una moza que había fallecido e que como la criatura, la campesina, no tenía familia ni, de consecuente, el niño tampoco, se lo había traído con ella para darle crianza en el amor de Dios. Y fue que alabando su buen hacer se quedaron todas las comadres conformes, en razón de que ante la orfandad del Juanico hubieran hecho otro tanto. A ver, que todas eran madres y en la mesa de San Francisco donde comen cuatro comen cinco, y eso, no fue menester que María mintiera más, e hasta una de aquellas mujeres fue madrina en el bautizo y su marido padrino.

Así las cosas, a ratos azarada, a ratos quejosa, a ratos radiante, arrojando de la puerta de su casa al Perico, que continuaba rondándola, ya con más causa porque conoció que estaba casado, el muy bribón; ocupada de día y de noche, dejados ya los ensalmos que había venido haciendo para ayuntar carnalmente a los esposos Torralba

Téllez, en razón de que los dos habían pactado entrarse en sendos conventos, atendiendo a su clientela con menos afán que anteriormente, por el Juanico, que le arrebatara el corazón, hubiera podido ser feliz, todo lo feliz que cabe ser en este mundo, pues que no en vano tenía un hijo, casa propia, amplia además, con habitación para sus ollas, buena chimenea, buena ropa, buena vianda, buen lecho con dos plumazos mullidos, e clientela sobrada. Lo dicho, hubiera podido ser feliz, pero es común que la felicidad se troque de la noche a la mañana en amargura.

Porque sucedió en Ávila que fray Tomás de Torquemada vino una vez más a sermonear a santo Tomás, e que la vecindad se abarrotó en la iglesia como en ocasiones anteriores. María no fue a escuchar al prior porque no había sido instruida en la doctrina cristiana y le resultaba tedioso, pero la encendida voz del dominico, que más parecía un rayo, soliviantó los ánimos de la población, pues que la había emprendido contra los judíos y, como debió parecerle poca diatriba la que salió de su boca, también contra las brujas.

E, claro, los habitantes de Ávila, muy engallados, pidieron hogueras e increparon a los judíos que, sintiéndose amenazados, se encerraron en sus casas con la tranca, pues Su Santidad Sixto IV ya había remitido bula a los reyes para restablecer la Inquisición y terminar con la herejía. E, sin hacer distingos, abuchearon a los conversos, creídos de que muchos continuaban judaizando, y a las brujas, las hijas de Satanás, según voceó el predicador desde su pulpito, sin ningún motivo.

En principio todo fueron insultos, pero luego hubo más; en concreto, en la calle de las Losillas los vecinos sacaron imágenes de la Madre de Dios a la puerta de sus casas e se colgaron del cuello escapularios.

María, vido lo que había, se apresuró a tomar medidas. Levantó dos montones de piedras en el umbral de su casa, uno a cada lado, y tendió un paño bermejo en la ventana del piso de arriba.

Y, qué quiso hacer, pardiez, qué quiso hacer... El hecho fue que la vecindad, que se había limitado a mirarla mal, comenzó a llamarla bruja cuando salía o entraba, ya llevara en brazos al niño o no lo llevara, y aunque ella, al principio, no hizo caso, sino que sonrió con su mejor expresión, presto hubo de correr a refugiarse en su casa, tan torvamente la miraban y tan malamente la increpaban:

—¡Bruja!

—¡Hija de Satanás!

—¿De quién es tu hijo? ¿Del diablo?

E de ese modo a María, que a mucho era ensalmera, como repetía una y mil veces a quien quisiera escucharla, le venían pavores e aceleraba el paso o corría con toda su alma. Porque bien sabía que aquellas gentes buscaban brujas y, las hubiera o no las hubiera en la ciudad, estaban dispuestas a encontrarlas. E no se atrevía a enfrentarse a la multitud, a las mismas mujeres que habían bebido su aguardiente en el zaguán de

su casa poco antes.

El caso es que ya no le iba parroquia, que incluso los desesperados, hasta los que le habían ido a pedir veneno para acabar con su vida, que alguno hubo, la habían abandonado, e que el personal llamaba a su puerta gritando:

—¡Bruja, bruja!

—¡Hoguera para María de Abando!

Y ella se preguntaba:

—¿Qué he de hacer, Dama de Amboto? ¿Marcharme a otra ciudad o vagar mientras viva?

Y la Dama de Amboto, que estaba lejos, en las provincias Vascongadas, no le contestaba; por eso le demandaba otro tanto al Cristo de la Luz que, pese a estar a escasas tres millas de ella, tampoco le respondía. O ella no le escuchaba, porque había jaleo fuera, por el gentío, y jaleo dentro por Juanico, que lloraba de oír a los de fuera llamándola lo que no era.

Por eso, puesta en un brete, decidió marcharse de Ávila con dolor en su corazón, pues que habría de abandonar su casa y sus cosas, lo que tenía después de muchos años de no tener nada salvo un talego y de vivir de la caridad que le había hecho la hermana Miguela; después de ser llamada «santa», que así la llamaron las buenas gentes cuando se estableció en la ermita, e más de una mujer, destalentada por demás, pretendió que hacía milagros y, vaya, que de repente, como quien dice, era bruja.

E como el jaleo, que la mantenía en vilo, sólo decrecía a la hora del almuerzo y entrada la madrugada, habiendo anticipado al judío Yucef tres meses del alquiler de la casa por si tardaba en volver, hechos tres talegos de equipaje que pesaban una arroba y con el niño en brazos, optó por largarse antes de que amaneciera cuando sonaban las cinco en el reloj de la iglesia de Santo Domingo, abandonando lo que había querido: su casa, sus cosas y su ciudad.

Cuando empezó a clarear, anduvo bien pegada a la muralla para disimular su propia sombra con el niño dormido en los brazos, bendito sea Dios, pues que de haber llorado la hubieran descubierto los que querían llevarla a la hoguera. Y, tras esperar que abrieran la puerta del río, tomó el camino de los puertos, el del sur, para detenerse a quinientos pasos y dejar uno de los zurriones que llevaba, el que menos falta le hacía, escondido en el hueco de un árbol para volver a buscarlo cuando regresara, porque habría de tornar, pues no en vano había dejado enterrado casi todo su dinero bajo la tapia de las Gordillas, como va dicho.

E iba renqueando, pensando en dejar otro talego, mirando dé tanto en tanto las admirables murallas de la ciudad, cuando el Juanico comenzó a lloriquear pues tenía hambre, e se detuvo a la vera del camino para prepararle la mamadera. Prendió una hoguerica e puso un cuenquillo al fuego para calentarle la leche, y en ésas estaba cuando oyó gran alboroto a su espalda e hubo de ocultarse entre unas matas y grandes

piedras, dichas por allá cantos, pero no le valió de nada porque unos jinetes de la Hermandad de Ávila, llamados por el humo, la descubrieron al instante.

Cierto que, viéndola mujer y con un niño, como no la conocían, la dejaron estar y sólo le preguntaron si había visto a una mujer vieja y arrugada, a una bruja que causaba pavor verla, que además iba sembrado piedras por el camino, haciendo montones, borrando sus pasos y conjurando a los demonios con semejante hechicería. Y no, dijo que no había visto a ninguna mujer, y se guardó muy mucho de decir que, aunque joven todavía, era ella. Aprovechando que los hombres iban mal informados, siguió apriesa, apriesa, con el cuenquillo de leche en la mano, a tal paso que las liebres de haberla visto le hubieran tenido envidia.

Se detuvo en un claro a dar de desayunar al niño y a cambiarle el pañal. Guardó el sucio, pues que tenía cuatro pañales pero no más, para lavarlo en la primera fuente que encontrara, y tornó al camino con la conciencia de que en cualquier momento podía toparse con otro piquete de soldados.

Y sí, al caer la noche, oyó ruido de pasos, se detuvo dispuesta a hacer su mejor hechizo, a convertir a los que la buscaban en sapos. Dejando al niño en la ribera del camino, alzó los brazos e a punto estaba de convocar al señor Satanás, pero no eran soldados, no, era el hombre desnudo, el que andaba por Ávila enseñando lo que se tapa, que se le presentó bailoteando las manos y gritando:

—¡Don Juan!

—¡Pardiez, eres tú! ¡Qué susto me has dado! ¡Un poco más y te envío al mundo de los sapos!

E, vaya, que como había pasado tanto miedo, aceptó de grado la compañía del tipo; eso sí, le hizo señas de que se cubriera sus vergüenzas y él obedeció. Entonces María le dio pan y queso y al niño también un buen tarugo de pan, porque no podía hacer fuego, e los tres hicieron aprecio al yantar. Pero la mujer, antes de ponerse a dormir al claro de luna, le pidió al loco:

—Mira, don Juan, si esta noche vienen soldados, pues me buscan, coges a mi hijo y lo llevas a casa de las marquesas de Alta Iglesia, en la calle de los Caballeros. Llamas a la puerta y se lo das a la primera mujer que salga, dices que es el hijo de Leonor y que vas de mi parte. Yo soy María de Abando... ¿Lo harás?

Agradeció María que el hombre asintiera con la cabeza, pues no habló palabra siquiera parecía decirle otra vez que se llamaba don Juan, que no le bailoteara las manos y que se durmiera pronto, pues tenía muchas cosas en qué pensar. Y es que, ay, le venía a las mientes la muralla de Ávila, aquel inmenso cerco, cuyos moradores la habían querido y, ahora, los mismos, la perseguían. Y movía la cabeza, apesurada, diciéndose que de haber tenido una mano libre, después de atravesar el puente, se hubiera quitado las sandalias para no llevarse de allí ni el polvo, aunque bien sabía que estaba llamada a regresar, por lo de su dinero, su tesoro. E con ése o con los

miedos que llevaba porque los soldados la querían atrapar, creyéndola bruja, lo que le producía tanta pena o más que lo anterior, pasó la noche en una duermevela. Para, al despertarse, tentar al niño y constatar que, ay, ay, no estaba el Juanico, ni unas varas más allá el don Juan, que se lo había robado.

Y, abandonando su equipaje, creída de que el loco la habría entendido mal, regresó a Ávila, exponiéndose a que la hicieran presa, a que la encerraran en una celda y a que la llevaran a la hoguera, en razón de que, aunque no lo fuese por su natura, actuó como las madres hacen. E de noche hizo los conjuros oportunos y se encarnó en ave, o en abejorro, que nunca lo supo. Y volando, o como fuere, se presentó en la calle de los Caballeros e llamó a la aldaba, y lo que se dijo luego, pasado un tiempo, cuando pudo serenarse y pensar en el negocio:

—Aquella vez volé de verdad, pues que, cerradas las puertas de la ciudad, las murallas de Ávila resultan imposibles de trepar.

Llamó, arrebatado el ánimo, a la aldaba de las marquesas, e acudió a la puerta la vieja Catalina que, viéndola como venía, le dijo con voz serena.

—El hombre que anda desnudo me ha traído al hijo de Leonor de tu parte. Las marquesas no están, que esta mañana han partido hacia Toledo.

E le ofreció un vaso de orujo e la entró en la cocina e le enseñó el niño, que dormía plácidamente. E cuando María respiró a su ritmo habitual le acercó una escudilla, y le informó:

—Te buscan, María. Corre por toda la ciudad que eres bruja... Es clamor lo que hay contra ti... Márchate cuanto antes. ... Al hijo de Leonor lo cuidaré yo e cuando regresen las señoras lo haremos todas.

—Te dejo a mi hijo, no al hijo de la señora Leonor... Te lo dejo porque estoy apurada, pero volveré por él.

E tornándose otra vez en ave, o en lo que fuere, en razón de que la Catalina la vio desaparecer por un tris, volvió a la vía de Toledo con un solo talego a la espalda para ir más descansada.

Antes de subir los puertos, María se encontró con unas buenas gentes de Salamanca que llevaban su mismo rumbo e iban a la jura del príncipe don Juan. Ellas le hicieron hueco en un carro y anduvo como una dama, eso sí, echando en falta al Juanico y despotricando sovoz contra la vecindad y autoridades de Ávila.

El día en que el príncipe Juan, a la corta edad de diez meses, fue jurado príncipe de Asturias por la nobleza, la clerecía, los maestros de las órdenes militares, caballeros, canónigos de Santa María y demás gentes de alta cuna, doña Isabel padeció opresión en el pecho, y no fue de emoción, no.

Fue que, reunidas las Cortes en el Alcázar de Toledo, en los escabeles ocupados por la nobleza de Castilla, en concreto, en el trigésimo nono, cuadragésimo y cuadragésimo primo estaban sentadas las tres marquesas de Alta Iglesia, doña Gracia, doña Leonor y doña Juana por este orden, y en algún lugar de la sala del trono, aunque Isabel no la había visto con sus ojos, sentía con sus sentidos a la moza pueblerina que había estado con las mancas y ella proclamando, las primeras, al malogrado rey de Ávila hacía ahora muchos años.

Y como en otras ocasiones, se le ponía el corazón en un puño y respiraba mal, tanto que hasta su señor esposo se apercibió del hecho y le preguntó con semblante preocupado:

—¿Qué os pasa?

Y ella negó con la cabeza y respondió:

—Es la emoción, don Fernando.

Pero no era emoción, no. Y se dijo lo que se decía siempre que se juntaban las cuatro, porque no le cabía ninguna duda de que la aldeana o menestrala, lo que fuere, andaba por allí como ya venía sucediendo en todos los grandes acontecimientos, como si las cuatro mujeres tuvieran que estar juntas en lo grande que ocurriera en el reino.

Y tan pronto le venía miedo por aquel extraño hecho, como le quitaba importancia; es decir, lo mismo que otras veces. Ah, pero esta vez no, no dejaría pasar la ocasión. Reuniría a las marquesas y a la mujer del vulgo y les hablaría de lo que le sucedía, por ver qué le decían ellas, por ver si les ocurría otro tanto o era negocio de su imaginación.

Cierto que era cuestión delicada decirle a doña Clara que convocara a las tres juntas, más que nada por la moza, pues las damas bien podían ir a verla porque las llamara para devolverles el castillo y villa de Alta Iglesia que arrebatara el rey Fernando, poco después de la batalla de Toro, a los ladrones que lo tenían desde tiempos de don Enrique, o porque ellas quisieran decirle alguna cosa, dado su alto linaje, pero la moza otro negocio era. A ver, ¿por qué llamar precisamente a ella? ¿Cómo enterarse de su nombre y de su oficio sin levantar sospechas? ¿Qué le diría a su madrina, cuando sus damas le servían en lo grande y en lo menudo con dedicación y anhelo e no necesitaba gente de fuera? ¿E cómo llamar a las mancas y dejar a la bisabuela en casa sin hacerle desaire? ¡Oh, oh, qué habría de pensar! Pero lo quería

resolver presto, en razón de que su marido y ella habían de viajar a Aragón para que el príncipe Juan fuera jurado príncipe de Gerona y ya estuviere todo atado y bien atado.

En los bailes y en los juegos que se celebraban en Toledo por la feliz ocasión, doña Isabel se topaba con las marquesas, ora en el patio de armas del Alcázar bajando de las andas en las que se hacían llevar de un sitio a otro, ora en el baile o por las calles de la ciudad, e la saludaban con una reverencia, pero en aquellos lugares no se encontraba con la rústica. Cierta que una tarde corría cañas don Fernando, el mejor de todos los caballeros en arrojar el bofondo, en la plaza de Zocodover e derribaba uno, dos y hasta tres tablados seguidos, recibiendo de las gentes vítores, e doña Isabel, que presidía los juegos desde una tribuna con varios nobles y los veinticuatro de la ciudad, observó a la moza que pasaba cerca. E fue que la rústica la miró a los ojos y ella también, e que cruzaron reina y vasalla la mirada, una mirada dulce, dulce, como si se hubieran causado arrebatos. E resultó que la menestrala, o lo que fuere, anduvo unos pasos con la cabeza vuelta para verla más tiempo, y que la reina no le hubiera quitado la mirada de encima nunca en la vida, pues que notó una ligazón con ella, que no angustia, que esta vez no fue angustia. Y se decidió:

—¿Ves a aquella mujer, doña Clara?

—Sí, alteza.

—Dile a don Gonzalo que mañana me la traiga a mi habitación después de misa.

—¿Esa moza de la saya bermeja?

—¡Sí!

—¿Para qué la quieres, Isabel? Perdona su alteza, quiero decir ¿para qué la quiere su alteza?

—¡Déjame, que deseo platicar con ella!

—¿Con ella precisamente u os sirve otra cualquiera?

—Aquélla, doña Clara; quiero preguntarle si estuvo conmigo en la proclamación del rey de Ávila... Tengo para mí que es la misma.

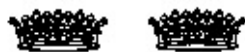
—Os recuerdo, alteza, que mañana a la mañana tenéis vistas con las marquesas de Alta Iglesia, que vienen a recibir el castillo y villa del mismo nombre, que les tenían arrebatados los ladrones que ahorcó el rey Fernando...

—¡Ah!

—¿Dejo lo de la menestrala para otro día?

—¡No, no, recibiré a las cuatro! ¡Es casualidad, pero las marquesas también estuvieron conmigo en la entronización de mi hermano!

E así las cosas, con la ocasión a la mano, doña Isabel no durmió porque por fin al día siguiente, y con ayuda de Dios, quizá esclareciera aquel misterio del ahogo que le venía cuando se juntaban las cuatro mujeres desde la llamada farsa de Ávila.



Doña Gracia Téllez, recibida invitación de los señores reyes para asistir a la proclamación del príncipe don Juan, había mandado hacer los baúles y, sin echar a faltar el diente que se le había caído o acostumbrada ya a andar por el mundo sin él, tapándose los labios con la mano, se había presentado en la ciudad de Toledo con sus bisnietas y las esclavas moras, dejando a Catalina de guardiana de la casa, pues que estaba aquejada de recio resfriado.

Sus familiares la siguieron a regañadientes, en razón de que Leonor andaba otra vez con el pergamino de la capilla y Juana, tras entrar en hablas con la abadesa de Santa Clara de Tordesillas y ser admitida para profesar en aquella santa casa, rezaba, recogida en sí misma, y se preparaba para ingresar el 11 de agosto próximo veniente, día de Santa Clara, en el monasterio. No obstante, dejaron sus labores y la acompañaron.

Llegaron unos días antes de la celebración e los aposentadores de los monarcas las alojaron en el Alcázar con otros nobles señores. E iban y venían por la ciudad, calle arriba, calle abajo, que en Toledo, ya se sabe, costanas por todas partes. Del Alcázar a la catedral, de la catedral al Miradero para ver todo bien, que había mucho que ver de los romanos, de los godos y de los moros. E fue que doña Gracia, que era muy anciana pues había nacido con el siglo, se indispuso, le vino calentura, una calentura muy mala, según el médico judío que la visitó, que le aplicó varios remedios sin atinar con ninguno.

E fue que Marian, que había empezado a rezar al señor Alá por el alma de la bisabuela pues que el galeno no daba una blanca por su vida, un viernes por la tarde, regresando de la mezquita, se topó con María de Abando y, claro, se detuvo a platicar con ella y le preguntó de inmediato por Juanico, pues que había criado a su madre y se lo pedía a gritos su corazón:

—Por ventura, María ¿qué haces aquí? Y el hijo de Leonor ¿dónde está?

—He venido por cambiar de aires. Lo he dejado en Ávila con una buena mujer...

—¡Qué pena! Lo que no sabes es que doña Gracia está muy enferma, padece calentura...

—Cosa mala a su edad; si quieres iré a verla...

—¡Ven, ven conmigo!

—¿Qué señales tiene doña Gracia?

—Está amuermada, no habla, tiene la cara roja, e le arde la frente; a más no come, no quiere tomar ni caldo... Le hemos ido a buscar aguas curativas a las fuentes de varias iglesias y a la de una sultana mora que hay santa en una almunia cercana, e le damos poco a poco, a cucharitas, pero no mejora... No lo quiera Dios, pero me da mala espina.

—¡Ea, vamos, pues!

Platicando, llegaron al Alcázar. E entraron por la puerta de servicio, e andaban por los corredores evitando a las gentes, pidiendo paso, subiendo y bajando escaleras, atravesando patios y pasillos y, por fin, llamó Marian a una puerta. Primero, a la de las gemelas e, como no había nadie, hizo otro tanto en la de la anciana. Le abrió Wafa, que se sorprendió sobremanera al ver la compañía que traía su amiga, y no pudo dejar de exclamar:

—¡Oh, por Alá Todopoderoso, es María!

Llamando la atención de las tres marquesas. E fue que Juana dejó de escribir, se le cayó el cálamo de la mano y echó un borrón en el papel. E fue que la anciana alzó la cabeza e sonrió, pese a que estaba muy enferma. E fue que Leonor quedose pasmada de ver a la ensalmera.

—Disculpen las señoras, Marian me ha pedido que venga a ver a doña Gracia.

E Juana comenzó a musitar a oídos de su hermana lo mismo que le había dicho en las dos ocasiones que había visto a María:

—No debiste darle el niño.

—No me lo podía quedar, tú tampoco... ¿No te vas a las Clarisas?

—Tal vez hubiera podido llegar a un pacto con Martín...

—¡Pues no haber vivido enjaulada! ¿Quieres que te recuerde que me dejaste sola durante más de tres meses?

—¡Sola no, estuviste en muy buena compañía!

—¡Ea, no discutan sus mercedes, que nunca lo han hecho! —intervino la bisabuela, volviendo a levantar la cabeza.

Pero las hermanas continuaban:

—No entiendo, Leonor, cómo no te importa el niño.

—Mi antiguo marido me violentó como si fuera una aldeana... Yo así no quería...

—Hubieras podido considerar ese hecho tan denostable un accidente, apuesto que a casi todas las casadas les sucede lo mismo, y perdonar...

—Yo no perdono a un bárbaro de mal solaz...

—No comprendo cómo no se te revuelve el corazón...

—¿Tú qué pardiez sabes lo que sucede en mi corazón?

—Estás ciega con el dichoso tesoro...

—Y tú con Dios.

—¿Dó está el hijo de Leonor? —preguntó Juana cambiando de conversación, y María respondió:

—Mi hijo está en Ávila, bien cuidado —y se guardó muy mucho de decir que estaba en casa dellas y que había tenido que salir huyendo de la ciudad encarnada en ave o en abejorro, que ni ella lo sabía.

Cuando las marquesas dejaron de porfiar, María examinó a la anciana, dijo que padecía una fiebre altísima e rebuscó en su morral. Sacó unas hierbas y echó a faltar otras, e quiso enviar a la mora Wafa a buscar hojas de sauce. E iba a salir la mora, pero Leonor suscitó una cuestión: si iba Wafa sola se perdería, pues no conocía la ciudad, e dijo que fuera Marian también, pero Juana avisó que doña Gracia tenía poco aliento, y fue María apriesa, apriesa, no fuera que las esclavas se confundieran de planta, pues no las conocían como ella, e hiciera una barbaridad.

Entre que María volvía y no volvía, pues que hubo de llegarse al río Tajo por la puente de San Martín, las marquesas estuvieron recriminándose entre ellas, por el niño. Y sólo se interrumpieron cuando llegó la curandera con las hojas, e poniendo un pucherico en la chimenea, esperó a que hirviera, echó un manojo, y a las pocas horas fue milagro. Doña Gracia abrió los ojos, movió las manos, habló, revivió, en fin, y al séptimo día se incorporó a los fastos cortesanos, mismamente como si hubiera resucitado. Pero en el entretanto sucedieron algunas cosas.

Cuando María abandonó las habitaciones de las Téllez, fue abordada por un oficial de la reina que dijo llamarse Gonzalo Chacón, e se asustó como no podía ser de otra manera, a más que ya llevaba mucho sobresalto en el cuerpo. Le preguntó su nombre y su oficio, y ella contestó, temblona la voz:

—Me llamo María de Abando e soy curandera.

Ante el pasmo del otro, añadió:

—También leo las suertes, pero no hago magias contra la santa religión...

—La reina doña Isabel quiere verte mañana a las diez... Te presentas en la puerta grande y preguntas por mí...

—¿La reina desea verme?

—¡Sí, nuestra señora es mujer que habla con gente del común, que quiere saber de sus vasallos!

—¡Ay, Dios mío!

—¡No faltes o enviaré a los soldados a buscarte!

—¿Por qué quiere hablar la reina conmigo?

—Tómalo como una bendición de Dios... Muchos se darían con un canto en los dientes por ser recibidos...

—¡Lo que mande su merced!

E fuese a su posada y no durmió apenas porque tanto se preguntaba si doña Isabel, la reina, querría meterla presa o si sabría del inmenso favor que le había hecho el día de sus bodas y se lo querría agradecer.

Pero no, no, que era otra cosa.

El mismo día de las vistas con la reina, Leonor y Juana Téllez de Fonseca insistieron a la bisabuela en tratar de retrasar la audiencia que les había otorgado la señora para tornarles el marquesado de Alta Iglesia, a fin de que pudiera acompañarlas. Pero doña Gracia se negó, aduciendo que fueran a buscar lo que era dellas sin dilación, no fuera a suceder algo, algo malo en el ínterin, no fueran a arrepentirse los señores reyes de la devolución, pues los reyes, de siempre, se muestran mudables a la hora de dar. A más, que no habían recibido una blanca del señorío en toda su existencia y que tiempo era de cobrar lo que era suyo, de oficiar de señoras de trescientos vasallos y de recibir el homenaje de los mismos:

—Id, hijas, no os demoréis, que las rentas de trescientos siervos suponen más de un millón de maravedís al año... Id por lo vuestro...

E la dama no consintió otra cosa e las despidió muy contenta, y lo que dijo a Wafa:

—Ya es hora de que mis nietas hagan cosas por su cuenta y vayan sin mí por el mundo, porque me moriré presto además...

—A la señora le queda mucha vida...

—No, Wafa, hasta es posible que con casi ochenta años sea la mujer más anciana de Castilla toda...

Cuando llegó Gonzalo Chacón a buscar a las marquesas, éstas ya estaban ricamente aviadas con los vestidos de sus bodas, pintadas de cara, con rojete en las mejillas, bellas en fin. Siguieron al mayordomo por los pasillos, subieron y bajaron escaleras, siendo miradas por unos y por otros, por la multitud de cortesanos que pululaban por allí. Llegaban a los aposentos de doña Isabel, situados en una de las torres cuando, de súbito, salió el rey Fernando de una habitación. Chacón se detuvo en seco y se inclinó, ellas también le hicieron una graciosa reverencia, de las que les había enseñado a hacer la bisabuela, y el monarca saludó con la cabeza, las miró a los ojos por un instante, y fuese luego a donde fuere con su compañía de secretarios, seguido también de sus bufones, que lo habían estado esperando a la puerta de sus aposentos. A gusto hubieran estado un poquico las marquesas observando a aquella tropa vocinglera de seres deformes, unos enanos, otros altos y desgarbados, otros tullidos como ellas, pero rientes todos, pero les fue imposible porque Chacón volvió la cabeza llamándolas para que continuaran la marcha por pasillos y más pasillos.

Llegados al salón, el oficial indicó asiento a las marquesas, e en esto se presentó una mayordoma que dijo llamarse doña Clara Alvarnárez, de la que ellas ya habían oído hablar abundantemente pues no se separaba de la reina, y les explicó que la señora estaba acabando de oír misa y que las atendería en breve. Y, en efecto, se escuchaba cantar el *Salve Regina* a los muchachos de la escolanía, y en esto, ay, que

las damas vieron a María de Abando, muy ataviada con un vestido de brocado, que la traía un oficial y no le daba silla, sino que la dejaba de pie, en un rincón, e le hubieran preguntado de grado qué hacía allí, pero se presentó doña Clara y las hizo pasar a otra estancia donde las esperaba doña Isabel ya sentada en una pequeña cátedra.

Las marquesas a un gesto de la reina avanzaron, se arrodillaron y besaron la mano de la soberana, que las hizo sentar a su lado, e sacó de una arquilla que le acercaba doña Clara un pergamino muy rico y coloreado. Se lo entregó luego a las mancás, que lo cogieron cada una con la mano que tenía. E habló deste modo la gran dama:

—Mi señor el rey y nos, nos holgamos de poder devolver a vuestras señorías el castillo y villa de Alta Iglesia, pues que pertenecía a vuestra casa antes de la proclamación del rey de Ávila por merced de nuestros antepasados, para vosotras y para vuestros hijos, siempre que nos sirváis con la lealtad que lo han hecho vuestros predecesores...

—¡Alteza, es grande favor y beneficio lo que nos hacéis! —respondieron las damas al unísono. E fueron a levantarse para marcharse, pero la reina les indicó:

—¡Teneos, marquesas, que deseo hablar de un negocio con vuestras mercedes!

—Diga vuestra alteza, que estamos para servir a Dios y vos... —contestaron las gemelas a la par.

—¡Doña Clara —dijo—, haz entrar a esa dicha María, e déjanos solas!

La mayordoma salió rezongando pero sin decir una palabra, en razón de que ya había dicho bastante, pues ¿cómo recibir a las dos nobles y a la moza a solas?, ¿qué dirían las gentes de la Corte? El hecho correría por doquiera, suscitaría envidias, decires, suposiciones, maldecires, calumnias incluso. Mejor estuviera presente al menos ella, que se dejaría cortar la lengua antes que decir una palabra de aquello tan importante que la reina de Castilla y Aragón tenía que decir a dos marquesas y a una mujer del común, pues, ¿cómo, después de un montón de años, era posible que recordara que habían estado a su lado en la «farsa de Ávila» y quisiera preguntarles de aquello?

Entró María e quedóse pasmada de ver otra vez a las marquesas, tanto como ellas de su presencia. E se hizo un denso silencio en la habitación... E mejor, vive Dios, porque, como si se hubiera espesado el aire, las cuatro no hubieran podido articular palabra, pues comenzaron a respirar mal, no a asfixiarse, que sería exagerado, pero sí a sentir cierto ahogo, el mismo que sufrían cada vez que se juntaban. El mismo no, mayor, pues que estaban en lugar cerrado, donde es común que el aire se cargue. Pero no era la cargazón del aire no, era otra cosa...

Por fin habló la reina con la mano en la garganta, otro tanto las marquesas con su única mano, cada una en el pecho, e la María tocando las manitas del niño malparido de su antigua patrona que llevaba colgadas del cuello. E dijo Isabel con voz entrecortada, la que podía emitir en aquel momento, dirigiéndose primero a María:

—¿Eres tú la moza que estuvo con nosotras tres en el trono del rey de Ávila, el día de su proclamación?

—Sí, alteza, yo soy... Me llamo María.

—Lo sé... —y ya juntó las manos y habló a todas—. Tengo para mí que cuando estoy con vuestras mercedes respiro mal...

—Yo también, alteza.

—Y yo, señora.

—Y yo...

—He convocado a sus señorías y a esta María para que platiquemos y discurremos qué es aquesto. Deduzco por vuestras palabras que os sucede otro tanto a las tres, ¿qué decís?

—Yo lo he venido hablando con mi hermana —confirmó Leonor—. Desde la proclamación de vuestro señor hermano y en otros acontecimientos como en vuestra boda, en el entierro del rey Enrique, en vuestro ensalzamiento al trono y, ahora, en la jura de vuestro hijo el señor don Juan como príncipe de Asturias...

—Sí —abundó Juana—, doña Leonor y yo lo hemos comentado a menudo, pero dañoso no es. Nos separamos y se termina esta angustia, que mortal nunca ha sido; además, es pasajera...

—E tú, moza, ¿qué dices...?

—Señora, lo padezco como vos y estas damas... Lo sufrí antes y también al asomarme por la puerta del palacio donde las cortes proclamaban al príncipe, vuestro señor hijo, e quise catar en agua clara por ver qué sucedía, pero no lo hice, pues he estado ocupada. Pero grave no es...

—Grave no, es incluso llevadero.

—Oye, pues cata, María. Que cate María en agua clara —propuso Juana.

—¡Catar, catar, jamás! —se negó la reina—. ¡Yo no creo en agüeros!

—Yo tampoco —explicó Juana—, pero ya que ésta sabe catar, que cate...

—Por si nos da alguna luz —intervino Leonor.

—¡Ténganse sus señorías! —alzaba la soberana la voz—, que antes es menester que sepamos si tenemos algo en común...

—Dice bien su alteza —aseveró Juana.

—Las cuatro somos mujeres —aclaró María, y las otras la miraron a los ojos como diciendo ¡qué sandia!

—Nosotras, alteza, nacimos el mismo día que vos... El veintidós de abril de mil cuatrocientos cincuenta y uno... Nos lo hizo notar nuestra señora abuela ha tiempo ya.

—¡Oh, vive Dios! Por cierto, vuestra señora abuela ha estado delicada de salud, ¿se encuentra mejor?

—¡Oh, sí!

—¡Anda, yo también nací ese mismo día! —exclamó María.

—¡Ah!

—Y en el mismo año, en mil cuatrocientos cincuenta y uno.

—¡Oh!

—¡Esto es negocio de cavilar! —propuso Leonor.

—¡Es negocio de Dios! —sostuvo Juana.

—¡Aquí hay algún diablo! —atajó María de Abando.

—¿Un diablo?

—¡No lo quiera Dios!

—Ea, no saquen sus señorías las cosas de quicio... —templó la reina, santiguándose.

—El hecho de haber nacido las cuatro el mismo día nos une con ciertas ligazones —aseveró la ensalmera.

—¡Explícate! —exigieron las tres damas a la par.

—Algo hay.

—¿Qué?

—Las cuatro tenemos el mismo horóscopo...

—¿Cómo vamos a tener el mismo destino si doña Isabel es reina de Castilla y Aragón, mi hermana y yo marquesas y tú curandera o a saber si bruja? —cortó Leonor.

—¡No me llame doña Leonor bruja, que le llevo hechos varios importantes favores!

—Sanadora, lo que quieras llamarte...

—Las cuatro vinimos al mundo el veintidós de abril de mil cuatrocientos cincuenta y uno, pero ¿a qué hora nacisteis, señoras? —preguntó María, dejando la porfía que hubiera podido entablar con la marquesa.

—Yo, después de mediodía —dijo la reina.

—Nosotras también —hablaron las marquesas.

—Yo también —añadió María—. Sepan sus señorías que la luna llena de abril lucía espléndida, roja, roja, e que yo y, de consecuente, sus mercedes, nacimos bajo una luna que trae felicidades...

—¡Vaya felicidades que trae esa luna; mi hermana y yo vinimos mancas! —terció Juana con tristeza en la voz.

—A vuestras mercedes les comió un perro las manos, ¿no es eso lo que se dice?

—¡Es falso! Allí había mil criadas que no hubieran dejado acercarse a un perro al lecho de nuestra madre, ni menos que fuera dañino o desconocido... —explicó Leonor.

—Pues entraría alguno en un descuido dellas, hambriento además... ¿No trajisteis sangre en los brazos? —sostenía María de Abando con vehemencia. Pero las otras

negaban con la cabeza:

—En el vientre de su madre no pudo sucederles nada a estas damas. Lo más posible es que se distrajeran las sirvientas y que, una vez nacidas, las hiriera un animal o un hombre, algún malvado, pues que dices que traían sangre fresca en el brazo —sostenía la reina.

—Oh, alteza, yo he visto nacer monstruos... Una niña con dos cabezas... Dos niños juntos imposibles de separar... —mentía María quizá para darse importancia, aunque oír lo había oído.

—Oye, ¿eres bruja? —preguntó la soberana a María.

—Yo, señora, hago ensalmos para sanar las imaginaciones que produce la mente, curo heridas de sangre, alivio enfermedades, cato en agua clara, vendo alegrías y amores, pero magias no hago, no.

—¿E cómo sabes lo de la luna roja de abril?

—Porque mirando el cielo en abril se ve la luna, alteza, espléndida, mucho más grande y luciente que en otras épocas del año...

—¿E los hijos de la luna roja de abril son bienaventurados?

—¡Sí, señora!

—¡Eres una embaucadora, María! ¿Cómo nosotras somos bienaventuradas?

—Lo sois. ¿No os han criado unas sirvientas que os han guardado de todo mal y que os quieren como a sus hijas? E cuando erais púberes, ¿no tornó de Italia vuestra señora abuela para encarrilaros la vida? A pesar de vuestra orfandad, ¿no habéis mantenido vuestros títulos de nobleza y dineros? ¿Vuestra manquedad os impide ir por el mundo con la cabeza bien alta? ¿Habéis pasado hambre alguna vez? ¿No? Pues sois muy afortunadas, señoras...

—E yo, María, ¿soy afortunada? —demandó la reina.

—Mucho, alteza, mucho... ¿Qué hombre o mujer daba una higa, y perdonad, porque vos ocupaseis el trono? Sois reina de Castilla y Aragón... Tenéis dos hijos, un marido que os ama y os respeta y un pueblo que rompe en vítores a vuestro paso...

—¡Es cierto lo que dice María! —sostuvo con viveza la soberana, y las marquesas se guardaron de contradecir tal aseveración.

Y volvió a hacerse un silencio en el aposento que rompió Juana:

—Alteza, yo ya respiro bien, se me ha retirado el ansia...

—¡Ahora que lo dices, yo también!

—¡Oh, sí!

—Lo que nos pasa, lo de la angustia, nos sucede en un primer momento, luego se va... A más, yo me encuentro muy a gusto con vuestras mercedes, aunque sea plebeya e no merezca estar aquí... —largó María, que hablaba más que ninguna.

—¡Par Dios, es cierto!

Y estaban tan plácidamente las cuatro juntas que pasaban las horas y era tiempo

de almorzar, y a doña Clara se la llevaban los demonios en la antesala, a más que estaba dolida con la reina porque, por primera vez, tenía un secreto para con ella.

Las hijas de la luna roja mantenían animada plática, muy albriciadas, constatando que se les había ido la angustia y que no les volvía. Las marquesas insistiendo en que catara María. La ensalmera, haciéndose valer por ver si le daban aquellas damas algún dinero —unas decenas de maravedís, pues que como mujer de oficio llevaba lo de cobrar muy imbuido en la sesera—, sostenía que los miércoles era menester hacer agüero entre las cinco y las siete de la tarde para que saliera bien el negocio. La reina negándose a cualquier asunto que tuviera que ver con la magia, ni blanca que fuere, y aseverando que los astros nada tienen que ver con el nacimiento de las personas, que la ligazón que tenían las cuatro se debía a otra cosa, sin saber qué nombre ponerle. Y las cuatro conviniendo en que aquello, lo del ahogo, no se podía sacar de allí, de tal manera que se juramentaron para no decir palabra ni consultar a sabios ni a nigromantes, entre otras razones porque allí había ya una sortera.

Y es que María hablaba la que más, y aseguraba que echaba las suertes, las habas, e decía de compararse las cuatro por ver si físicamente tenían similitudes; por eso se pusieron todas frente a un espejo.

E, bueno, resultó que la reina, Leonor y María tenían la misma altura y complexión; Juana no, que era medio palmo más baja y más menuda. E la cara, Juana la tenía afilada e Isabel, Leonor y María gordezuela y cada vez más mofletuda, conforme avanzaban en edad. E las manos, las de las nobles cuidadas y finas, las de María de palma amplia como mujer de oficio que era. E los ojos, los de Isabel verdiazules y bellísimos, los de las marquesas color avellana y más bien chicos, y los de María negros y rientes como luceros.

E sí, sí, pero las damas le preguntaban a María:

—¿Y qué?

Y ella, que no sabía qué decir, pretendía leerles las rayas de la mano. Pero doña Isabel se negaba, aduciendo que en la palma de la mano se leía el porvenir, y que allí no iban a encontrar lo que buscaban pues que pertenecía al pasado, al momento en que nacieron quizá, e quería que María les hablara de la luna roja de abril.

Pero en esto, María tomó la mano izquierda de Leonor, la única que tenía, e le dijo que tenía las rayas muy limpias y que podría hacer buen augurio. De la línea de la vida le aseguró que sería longeva; de la de la cabeza que era mujer empecinada, que su vida estaba a punto de cambiar favorablemente y que se encontraría con gratas sorpresas en poco tiempo. Silenció que tendría presto algunos quebraderos de cabeza y, al verle la línea del corazón, le vaticinó que la esperaba un amor profundo.

La dama se quedó suspensa, esperando la reacción de la reina, que no comentó nada, pero que no quería saber su porvenir, pues se recogió las manos en la saya. Juana, ante la actitud de la soberana, quedóse con ganas de conocer el suyo. Pero

Leonor, todavía con la palma extendida, le preguntó dónde veía tanta cosa, y la quiromante le señaló la eme y los montes de la mano, ora debajo del dedo índice, ora del meñique, ora la línea que llamaba del corazón e le indicó puntitos rojos y blancos o crucecitas o lo que llamaba cadenetas. El caso es que las cuatro mujeres disfrutaban estando juntas, la reina sin acordarse del almuerzo, hasta que cerca de las tres llamó doña Clara pidiendo licencia para servirlo, e doña Isabel dio silla a todas en su mesa, incluida a su madrina, y comieron las cuatro hijas de la luna roja y la mayordoma. Claro que la conversación decayó, se tornó convencional, pues ninguna abordó el tema que las había unido. Terminado el condumio, doña Clara, como la reina no le decía que se quedara y no les decía a las otras que se fueran, retiróse con los domésticos que habían servido la mesa más amohinada de lo que había venido.

Ya metidas en harina, continuaron las hijas de la luna roja un tiempo más, esperando que dieran las cinco para que María catara en agua de beber, sin haber padecido ansia ninguna desde la mañana, platicando de buena gana, a gusto entre ellas, como si se conocieran de toda la vida y tuvieran amistad. Las nobles sin tener en cuenta la rusticidad de María, María sin amilanarse ante las nobles.

E sonaron las cinco de la tarde en un reloj de figuritas doradas que había en la habitación sobre la chimenea, e la ensalmera pidió un vaso de agua, que se lo sirvió Juana de una jarra que había sobre una mesa. Acercóse la moza a la ventana e encomendóse a quien se encomendare, que no a Dios o sus Santos. Bien seguro lo tuvo Isabel que, como aborrecía agüeros y a agoreros, tuvo miedo de que, de repente, saliera un demonio del vaso o vaya vuesa merced a saber. El caso es que la María, tras revolver en su talego, se llevó algo a la boca y rezó unas letanías, elevando la voz cuando mentaba a Nuestra Señora y a los santos Pedro y Juan, pues que debía querer que la oyeran, e así las cosas, tras marcar un círculo invisible en el suelo, sentóse dentro.

A poco entró en trance, o tal creyeron las damas, aunque bien podía estar engañándolas, e babeó e echó espuma por la boca, poca, la que le caía por la comisura de los labios, pero para entonces ya estaban las otras temblonas. La reina a punto de acabar con aquel disparate, arrepentida de haberlo permitido porque habría de confesarlo a fray Hernando, y la abroncaría, que su capellán no paraba en barras ni con la soberana de Castilla, y eso. Pero la bruja, que bruja era, pues de otro modo no haría lo que estaba haciendo, se sacó lo que llevara en la boca, una hoja de árbol o arbusto, e tornó al mundo lloriqueando y, por supuesto, pasmando a sus mirantes, que abrieron unos ojos como platos, las tres, las tres. E dijo con voz cavernosa, la que se tiene cuando se está en una dificultad:

—He visto mi nacimiento y no puedo menos que llorar, señoras mías, pues que a mi madre le sorprendió su parto lejos de casa en una campa e quiso salvarme, pero falleció desangrada a la vista de un perro, que no había por allí alma viviente...

Las otras exclamaron apesadumbradas:

—¡Dios!

E, como la catadora parecía dispuesta a continuar con los nacimientos de las demás, pues que cerró los ojos y a punto estuvo de meterse la hoja en la boca, doña Isabel interrumpió aquello diciendo:

—No queremos que nos hables de nuestros nacimientos, sino de la luna, de esa luna roja que has dicho estaba en el firmamento a la hora en que nacimos.

Que no, no quería saber cómo había sido su venida al mundo, que fue mala, pues era voz común que las pariciones de las mujeres de la casa de Avís eran largas, a más que su señora madre se alunó hasta perder el seso, e no deseaba conocer a la menuda aquella desgracia.

María, un tantico contrariada, volvió a catar en el vaso de agua clara e dijo con voz solemne:

—Cuando nacimos el sol se hundía por el oeste, rojo... La luna se alzaba por el este, llena, hermosísima, roja, roja...

—¿Eso es todo? —demandó Leonor.

—Todos los días sucede semejante, María —intervino Juana.

—El día veintidós de abril de mil cuatrocientos cincuenta y uno era Jueves Santo, de consecuente, la luna estaba llena o casi llena o iniciando ya el cuarto menguante —informó la reina, porque la Pascua es el primer domingo después del plenilunio de primavera.

—¿E no nos dices más, María? ¿Qué planetas lucían, qué estrellas?

—La luna estaba tan roja y tan enorme que tapaba todo... No veo nada más.

—¿Bueno y qué?

—¿Qué pasa con esa luna roja?

—Que reparte felicidades.

—¡Vaya!

—Si lo desean sus mercedes hago horóscopo.

—No, yo ni quiero ni creo —adujo doña Isabel.

—¿Cómo vas a hacer horóscopo si se necesita manejar números e instrumentos e tener mucha ciencia en la sesera? ¿Acaso sabes leer y escribir?

—No.

—Mi madre —cortó la reina— me dijo varias veces que el día que yo nací había luna llena, roja además.

—A nosotras no nos dijeron nada, pues hubo mucho revuelo en la habitación de nuestra madre e las criadas no pudieron mirar por la ventana.

—A mí tampoco me dijo nada mi madre putativa, porque me recogió entre las sayas de mi madre verdadera al día siguiente...

—¡Oh!

—Pero puedo asegurar que aquel día se abrieron las rosas y los lirios...

—Oye, María, ¿no serás una camandulera?

—No, señora Leonor, no. Lo he visto en el agua de beber. Además, en esta conversación, a la que he sido llamada por su alteza la señora reina Isabel, se busca desenlace para lo que nos sucede, lo del ahogo, cuando estamos juntas las cuatro. Yo he contribuido con lo de la luna roja, e podría encontrar otros puntos de unión entre nosotras si sus mercedes me dejaran hacer a mi arbitrio... Vuestas señorías no han dicho nada; que no se torne entonces contra mí mi aportación... E que no me llame camandulera la dama Leonor, que le hecho varios servicios a satisfacción, ¿o no?

—Tiene razón la moza, ténganse las damas —atajó la reina.

—Es cierto. Es la única que ha dado una posible explicación. E no ofendas a María, hermana —rogó Juana.

—Yo no sé si merece la pena hablar tanto desto, porque malo no es —se defendió Leonor.

—Es muy bello que seamos hijas de la luna roja de abril de mil cuatrocientos cincuenta y uno y que aquel día nacieran los lirios y las rosas, y un honor que entre nosotras se encuentre la reina doña Isabel —sentenció Juana, y las otras asintieron.

—Pero no es nexo de unión —atacó Leonor—, porque nuestra señora nació reina, nosotras marquesas y mancadas, y María mujer del común... De consecuente, lo de la luna roja es casualidad, que no nexo... A más, que tenemos unas vidas diferentes...

—La vida es personal y única —adujo Juana.

—No me interrumpas, hermana... Acaso estemos unidas en la muerte...

—¡No mientes la muerte, par Dios, hermana!

—Que estamos de regocijo —atajó doña Isabel, y dio las manos a todas.

—Si me permite vuestra alteza, estaba yo —dijo Leonor frenando las alegrías— hablando de que tenemos vidas diferentes... La reina, de reina, Juana profesa presto en religión en las Clarisas, María es sanadora... La reina tiene dos hijos, María uno, nosotras ninguno, e no tendremos porque yo no me volveré a casar después de mi desastroso matrimonio, e mi hermana tampoco porque se entra monja...

Se hizo un silencio en el aposento... Aunque doña Isabel a gusto hubiera preguntado a doña Leonor por su desastroso matrimonio y a doña Juana otro tanto, pues si se entraba monja por algo sería, y a María el oficio de su marido... Aunque María hubiera rebatido las falsas aseveraciones de Leonor y tal vez dicho que su hijo era de quien era... Aunque Leonor, observando a la encantadora, tan segura de sí y tan sabida, quizá le hubiera preguntado si era capaz de encontrar tesoros, por lo del cofre de don Tello, que tenía mucho empeño en hallarlo... Aunque Juana posiblemente le hubiera dejado catar en el agua clara las vidas de todas, pero el caso es que se callaron unas y otras.

La soberana miró el reloj de la chimenea e indicó que se había hecho tarde. Dijo

que cada una pensara en el asunto y de juntarse otra vez cuando regresara de Aragón para hablar del tema, haciendo hincapié en que lo del ahogo, angustia o sofoco, llámese como se llame, aunque fuera a cuatro, grave no era, cierto que un poco molesto sí, negocio en el que ya habían convenido todas con anterioridad. E dio las manos a besar a sus vasallas, que se despidieron della arrodillándose e con pena en el corazón, pues que habían sido honradas por la principal señora de Castilla y Aragón, que más alto la Virgen María, e habían disfrutado.

E la reina asonó una campanilla y entró don Gonzalo Chacón e acompañó a las marquesas a sus aposentos y a la María a la salida del Alcázar. El mayordomo besó las manos a las señoras e despidiólas en la puerta de sus habitaciones con una gentil reverencia. La misma que le hizo a la moza cuando la dejó en el portón principal, asombrando a los soldados de la guardia, que se preguntaron quién sería aquella mujer. E también las gemelas pasmaron a caballeros y nobles y suscitaron envidia cuando recorrieron los largos pasillos, pues días después les llegaron comentarios de que doña Isabel las protegía. E, vaya, que como el personal indagó sobre ellas, se supo que se habían separado de sus maridos, que Juana y su esposo se entraban monja y fraile, respectivamente, y cayó el oprobio sobre el esposo de Leonor, que hubo de abandonar la Corte por un tiempo y refugiarse en Segovia con su hermano el obispo, porque lo miraba todo el mundo, del pinche de las cocinas al rey Fernando, con sorna.

A los pocos días doña Isabel partióse de Toledo camino de Medina del Campo con una gran comitiva, para luego ir a los reinos de su esposo. Los cortesanos y las muchas gentes que la habían servido y acompañado durante su estadía en la ciudad volvieron a sus predios.

Así que, no de otra manera, se separaron las hijas de la luna roja, a la espera de las aventuras que Dios quisiera depararles en los años venideros, cuando los campos sembrados empezaron a dar sus frutos...

(Continuará...)

El sabor de las cerezas

Prólogo

Sigue aquí la historia de Isabel, gran soberana, y de las tres doncellas que nacieron todas una tarde de abril de 1451, cuando asomaba en el cielo una espléndida luna roja.

Algo se sabe ya de ellas, que contado está, pero aún falta dejar testimonio de lo mucho que hizo y deshizo la soberana para que su nombre fuera recordado por los siglos de los siglos.

Resumen

Nadie duda de que Isabel la Católica ha sido una de las figuras más poderosas de su tiempo. Una reina que extendió las fronteras de España hasta los límites extremos de la tierra. Una soberana capaz de imponer su voz en un mundo de hombres.

Todos conocemos a la reina, pero no a la mujer, a la gran dama que se esconde tras ese semblante austero. A esa persona capaz de albergar los sentimientos más divinos y las pasiones más terrenales.

1

La reina Isabel hubiera deseado hablar con doña Clara del contento que llevaba su buena amiga doña Beatriz de Bobadilla por haber recibido la merced del marquesado de Moya; o de las leyes promulgadas en las Cortes de Toledo; o de lo vistoso que resultó que los caballeros de las órdenes militares tremolaran banderas en la ceremonia de jura de su hijo, el príncipe, como heredero de los sus reinos; o de los ciento cuatro millones de maravedís que le concedieron los procuradores de las ciudades; o de la formación del Consejo Real. Pero le resultó imposible. Porque hubo de contarle a la menuda lo que había platicado durante casi un día entero con las marquesas de Alta Iglesia y con una mujer del pueblo con fama de bruja. Llevaba pensado hacerlo sin prisa porque había mucho camino que recorrer hasta Medina del Campo y mucho más hasta Aragón, pero hubo de entrar en el tema para no desairar a la dama que, dicho en lenguaje vulgar, andaba con el morro fruncido y se le notaba muy dolida, tanto que, sin darle el tratamiento oportuno, apenas tomaron asiento en el carruaje, le preguntó:

—¿Qué hiciste, hija mía, toda la jornada con las mancas y la otra?

—Te voy a decir, querida madrina. Te parecerá necio pero, las veces que hemos estado las cuatro juntas, me ha sucedido que me venía un ahogo al pecho e no podía respirar bien... Me ocurrió por vez primera en la proclamación de mi hermano Alfonso... Te resultará sandio, pero quería saber qué me sucede, aunque rio deseo que corra por ahí, pues me tacharán de alunada; no olvides que tengo el precedente de mi señora madre y que las malas lenguas buscan qué recriminarme...

—¿A ellas también les pasa lo del ahogo?

—Talmente.

—¿Y qué?

—No sé... El único lazo que nos une es que nacimos a la misma hora, el mismo día y el mismo año, bajo una enorme luna roja que señoreaba en el cielo...

—¡Oh!

—Por eso la María dijo que éramos hijas de la luna roja...

—Tengo para mí que viniste al mundo siendo de día, e no recuerdo qué luna lució luego... —respondió doña Clara moviendo la cabeza en gesto dubitativo.

—Mi madre me lo dijo alguna vez.

—No sé, Isabel, háblalo con el señor rey...

—No; de momento guardaré silencio.

—Por mí no tengas cuita que me moriré antes de hablar y ni a don Gonzalo le diré palabra. ¿E las otras damas? ¿Qué han comentado?

—Pues no saben a qué achacarlo. No aclaramos nada; quizá incluso confundimos las cosas porque la María, que es buena mujer aunque tenga algo de bruja, sostuvo

que la luna roja trae felicidades y que las marquesas y yo somos muy afortunadas. Della no dijo si lo era o no lo era, pero se le veía contenta.

—Razón lleva porque eres la reina más poderosa del mundo y, pese a ser mujer, reconocida como tal, obedecida y amada... Y las marquesas se casaron con dos mozos muy gallardos e amillonados, mucho más de lo que hubieran podido esperar, dada la tara que padecen. Bodas fastuosas fueron, que yo estuve representándote.

—Algo sucede con las damas. Doña Leonor ya no está maridada y doña Juana se entra monja en las Claras...

—¡Oh!

—Por cierto, entérate...

—Lo haré; le preguntaré a don Gonzalo.

—El caso es que estuvimos muy bien las cuatro juntas, como si un lazo de afecto nos uniera...

—¿Pero no sufrís sofoco?

—¡Sí, pero se pasa presto...!

—No caviles, hija; piensa que vas a ser coronada reina de Aragón y tu hijo príncipe heredero... Será don Juan III de Castilla y Aragón, el egregio hijo de don Fernando V, y II, respectivamente, y tuyo, querida mía...

—¿Cómo no he pensar en ello, madrina, si lo siento desde que era chica, desde la llamada «farsa de Ávila»?

—Pues no le des importancia porque no la tiene. ¿No aseguras que se pasa rápido?

—Sí.

—Podría decirte que consultaras con algún astrólogo, pero ni a ti ni a mí nos gustan miaja...

Por donde pasaba la regia comitiva, los caminantes, labriegos, lavanderas y otras gentes de oficio, y hasta frailes y monjas dejaban sus faenas y se acercaban a vitorear a la soberana que unas veces saludaba y otras no. Llevaba la dama en su corazón cierta tristeza, arrepentimiento quizá, pues no se quitaba de la cabeza que el día en que recibió a las otras tres hijas de la luna roja anduvo muchas horas sin rezar ni mentar a Dios, con horóscopos, lunas y magias; además, que permitió catar en agua clara en su presencia y que le leyeran las rayas de la mano a una de las marquesas. Por eso, a la noche, cuando los aposentadores le encontraron una casa donde pernoctar, antes de cenar, llamó a fray Hernando para que la confesara y, arrodillada ante él, como nunca antes había hecho reina de Castilla, soportó todo el enojo que su comportamiento suscitó en el capellán, que fue grande, y después hubo de estar dos días casi retirada, sin recibir, sin atender los problemas del viaje ni a los que le iban de las ciudades y villas, delegando en don Gonzalo y otros mayordomos, siquiera pensando en la guerra que su marido y ella emprenderían pronto contra el reino de

Granada o en lo que había platicado con las nobles y la moza, cumpliendo la mucha penitencia que le impuso el clérigo, pues quiso limpiar su alma.

Estuvo dos jornadas como si no estuviere, sin salir del carruaje ni para estirar las piernas, sólo interrumpiéndose para orinar y cuando doña María, la nodriza, le llevaba al pequeño Juan, para tomarlo en brazos y hacerle unos arrumacos, pocos, porque había de aplicarse con las oraciones, no fuera a llevársela Dios al otro mundo sin saber acabado de rezar la penitencia, que es de personas avisadas permanecer alerta.



Leonor y Juana Téllez de Fonseca le enseñaron a la abuela el pergamino que les había entregado doña Isabel, restituyéndoles el castillo y villa de Alta Iglesia, muy albriciadas, pero del negocio de que eran hijas de la luna roja de abril de 1451 no le dijeron palabra. Mejor, porque, al conocer la dama que esa luna augura felicidades, hubiera dicho que no, que lo que trae es buen tiempo, pues en Italia se dice: *rosso di sera bel tempo si spera*, lo cual les hubiera aclarado nada y confundido más. Amén de que hallaron a la dama bastante alterada quitándose y poniéndose los anteojos, con un espejo en la mano, mirándose el hueco que le había dejado el diente que se le había caído meses atrás y exclamando:

—*Porca vita!*

Que, vaya, se encontraba fea, al parecer.

E la dejaron estar antes y durante el viaje de regreso a Ávila, pues Juana tenía sus anhelos puestos en el convento de las Damas Pobres de Santa Clara de Asís, de Tordesillas y, dado que corría el verano, quedábale el tiempo justo para hacer el equipaje y retirarse del siglo el próximo día 11 de agosto; y Leonor, que tampoco dejaba de cavilar, tenía todo el tiempo que Dios le diera de vida para encontrar el cofre del rey moro. Así, que ninguna de las dos se detuvo a pensar por un momento en las coincidencias que tenían con la reina y con María de Abando, que cada una llevaba sus afanes muy definidos en la cabeza, tanto que a menudo otra cosa ver no les dejaban.

Antes de apearse del carruaje, la abuela se guardó en la faltriquera el espejo con el que se había mirado y remirado el hueco dejado por el diente y tornó al mundo para asombrarse a la par que ellas. Pues que, al llegar a la puerta de la casa, salió a recibirlas la buena de Catalina con un niño gordezuelo y bien comido en los brazos, que no era otro que el Juanico, el de María y Leonor, pues que de las dos era, la mar de alegre la doméstica, moviéndole las manitas al niño para que saludara a las recién venidas. Las moras bajaron raudas del carro y, delante de los hombres que lo

conducían, no se recataron en mostrar su sorpresa. Acercándose a la criatura, le preguntaron a la criada qué hacía con un niño en brazos, como si no lo conocieran.

Lo hicieron muy bien las esclavas porque, conscientes de la importancia que tenía lo que primero hicieren, ya que estaban presentes los carruajeros viendo y oyendo todo, demandaron al unísono:

—¿Qué haces con este niño, Catalina?

—Es el hijo de María, la ensalmera de la calle de las Losillas; me lo ha dejado porque ha tenido que atender unas urgencias...

—¡Si no vuelve por él nos lo quedaremos e le daremos crianza...! —intervino Juana.

—¡Lo haremos criadico...! —sostuvo doña Gracia.

—¡Nos vendrá bien un criadico, señora, que nosotras ya estamos viejas! —aseveró Catalina con entusiasmo.

E allí, a la puerta de la casa, todas decían algo menos Leonor, la madre natural, que miraba y miraba la escena con los ojos muy abiertos pero se había quedado muda, al parecer.

E bajados los baúles, llevados los caballos a la cuadra e encerrado el carruaje en las cocheras, la abuela entregó a los hombres que le habían servido una bolsa de maravedís a rebosar y los despidió; astuta, como siempre, les dio mucho para que hablaran del dinero en vez del niño. La Catalina, al despedirlos, les gritó que no se gastaran los cuartos en la taberna, pero allí se encaminaron sin hacer comentarios de la criatura y sin extrañarse de que la María de Abando, la bruja de la calle de las Losillas, hubiera dejado a su hijo para que se lo cuidaran en aquella linajuda mansión en vez de dejarlo con una vecina, que hubiera sido lo propio.

Pasado un tiempo, fue bueno que los carruajeros supieran que el niño era hijo de María de Abando y que lo corrieran por el Mercado Grande y aun añadieran que doña Gracia Téllez había dicho de hacerlo sirviente suyo. Y fue bueno también que en los tenderetes las comadres aclararan que el Juanico no era hijo natural de María sino de una aldeana de nombre desconocido que, atendida por la ensalmera, había fallecido de parto, y que aquélla se lo había quedado y hasta lo había llevado a cristianar. Fue bueno porque las marquesas de Alta Iglesia no tuvieron que andar con embustes ni discurrendo mentiras. De cara a los habitantes de la ciudad, tuvieron un criado y amén.

Un criadico no, que la anciana marquesa, apenas atravesó el umbral de la puerta el día en que regresaron de Toledo dijo:

—Al niño lo haremos marqués. Será tu heredero, Leonor.

Tal expresó ante el contento de todas las presentes, excepto el de la madre de la criatura, que estaba pasmada, mirando con los ojos muy abiertos pero sin ver, pues se sorprendió sobremanera cuando su hermana, quitándole el niño a la cocinera, se lo

entregó. No sabiendo qué hacer con él, se lo pasó a Wafa que lo tomó en los brazos e le movió las manitas y le hizo unos molinetes como haría una madre con su hijo. E la madre verdadera miró a todas a los ojos como rogando favor, como pidiendo tiempo al tiempo, e fuese a lo suyo, a buscar el cofre de don Tello.

Y en eso anduvo tiempo y tiempo más aplicada que nunca, pues en la ciudad del Tajo había conseguido comprar, por fin, un ejemplar del Corán en un baratillo de libros que se organizaba una vez por semana en la plaza de Zocodover, e ya no se limitó a estudiar la primera aleya que, según Wafa, era la escrita en el pergamino, sino que se leyó el libro entero y anduvo trajinando con las otras cosas que había en la arquilla hallada en la capilleta, que no era ni mucho menos del rey moro, sino de algún antepasado desconocido.

Así las cosas, pasaban los días en la mansión de la calle de los Caballeros, con Juana rezando más que nunca y memorizando la regla de Santa Clara; con la abuela haciéndose leer por Wafa las Partidas del rey Alfonso el Sabio; el capítulo referente a la adopción, pues que deseaba que Juanico —el *bambino*, decía— fuera prohijado por su nieta para que heredara el marquesado como le correspondía por su nacimiento; con Catalina esmerándose en la cocina y disputándoles el niño a las moras; con Marian con doble trabajo, pues había de pasar el plumero y barrer y limpiar las tinas para el baño y las letrinas ella sola porque Wafa, su compañera, era requerida por doña Gracia y por Leonor para que les leyera y, como si no corriera el tiempo, todas en una porfía perdida, tratando de disuadir a Juana para que no se entrara en las Clarisas. Pero el 11 de agosto, a la hora de medio sol, doña Juana Téllez de Fonseca, después de entregar grande limosna para los pobres de la catedral de Ávila y recibir la bendición del señor obispo, se presentó en el portón del convento de Santa Clara.

La acompañaron todas las moradoras de la casa de la calle de los Caballeros, excepto la guisandera, que se quedó al cuidado de Juanico. Todas, a lo largo del viaje, volvieron a intentar en vano que desistiera de su propósito porque habían de echarla a faltar pero, como era mujer empecinada, sólo pudieron despedirla derramando enormes lagrimones.

Ella besó a todas en la cara, las abrazó y les apretó la mano sonriendo como bien podía, pues también le venían lágrimas a los ojos. Cogió la arqueta que llevaba con pagarés que valían un valer —su dote—, vigiló que los carruajeros le acercaran el baúl y, sin volver la vista atrás para que no la vieran llorar, se descalzó y llamó a la aldaba del cenobio. Y, pese a qué era mujer de linaje y a que llevaba cuantiosa bolsa, hubo de aguardar tres horas a que la recibiera la señora abadesa, recordando las últimas palabras de su hermana:

—¡Te escribiré, Juana!

—¡No me escribas, Leonor, por Dios...!

Esperó con buena cara en el zaguán de aquella santa casa donde había de

encontrar luz para practicar la perfección contenida en los santos cuatro Evangelios, para ejercitar la humildad y la castidad, para sufrir la pobreza poniendo trabas a sus propias pasiones y para sacrificarse por amor de Dios.

En el viaje de vuelta, de haber ido a orinar, doña Gracia, a la ribera del río en vez de esperarse a llegar a la posada, hubiera podido contemplar a un hombre medio desnudo, semioculto detrás de un árbol, que movía frenéticamente las manos. Con aquel encuentro hubieran tenido motivo de conversación y no hubieran llorado tanto; al revés, quizá se hubieran alegrado pues, en casa ya, Catalina tal vez les hubiera narrado por lo menudo quién era aquel personaje.



María de Abando también regresó a su casa de Ávila, haciendo un buen trecho del camino en el cortejo de la reina Isabel como si fuera una más de las tres o cuatro mil personas que la servían o la deservían, pues con ella iban grandes señores, mayordomos, oficiales, soldados, domésticos de todas clases y gentes de baja estofa como sorteras, cómicos, rateros, descuideros, mujeres de contentamiento, etcétera.

María, la última de la ingente compañía, andaba echando las habas. Pero, sabedora de que la soberana no gustaba de vaticinios, retirábase a la vera del camino para administrar y, con bastante parroquia durante todo el viaje llenábase la faltriquera de muy buenos maravedís. Tanto es así que, al detenerse el séquito de doña Isabel extramuros de Ávila a pasar la noche, cuando ya estaban cerradas las puertas y se alzó el campamento, al ser llamada por un noble para que le echara las suertes, no quiso desaprovechar la ocasión de llenar otra bolsa y se presentó en la tienda de un tal don Andrés, que la entretuvo mucho más de la cuenta. No pudo pues entrar en la ciudad para llegarse a ver, sólo fuera un momento, al pequeño Juanico.

Y es que el tal título, un dicho don Andrés Cabrera y su mujer doña Beatriz de Bobadilla, recién nombrados marqueses de Moya por la soberana, querían a toda costa que les echara los agüeros y, vaya, que no se conformaron con que lo hiciera una vez, que se lo pidieron veinticuatro veces por ver cómo les había de ir en el futuro, con la nombradía de marqueses. Y como le dieron mucho y le prometieron más si el destino les fuere propicio, María pasó la noche con ellos y el día siguiente también, montada en el carruaje de los señores, detrás del de la reina, pues doña Beatriz era dama della y muy principal. Echándoles las habas doce veces al marido, otras tantas a la mujer, pidiéndoles sosiego y que no la distrajeran e que se estuvieran quietos, pues si salían a servir a doña Isabel y volvían, las habas hablarían confuso. Y eso les rogó, que delegaran sus funciones en otras damas y mayordomos, pues que bien sabía que la soberana estaba asaz cargante, empañada otra vez, sin haberlo

advertido todavía quizá, pero ya con la impertinencia propia de las embarazadas. Lo sabía porque lo contempló netamente en el agua clara cuando cató en sus aposentos pocos días atrás pero, como la señora no era mujer que gustara de augurios, guardó silencio.

La primera vez que procedió con los marqueses, sacó un saquete del zurrón y, dispuesta a echar, se sentó en la alfombra que había en el suelo de la tienda, y los señores la imitaron. Desdobló entonces un paño blanco bastante renegrido por cierto y, tras santiguarse a la vista del matrimonio y encomendarse sovoz a los tres demonios sabedores, dijo con solemnidad:

—Nueve habas, nueve, un poco de carbón, otro de cera, azufre, una piedra de alumbre, un grano de sal, un retal de paño colorado, otro azul y una moneda... ¡Míreme don Andrés a los ojos e no baje los suyos hasta que yo se lo indique...!

—¿Yo puedo mirar, María?

—La señora Beatriz puede hacerlo, pero deberá permanecer en silencio. ¡Ea, empecemos, míreme don Andrés e aunque yo baje la mirada no lo haga su señoría hasta que le diga...!

E mirándole a los ojos el caballero, María mordió una de las habas haciéndole una incisión, la juntó con las otras, retiró las nueve a un extremo, cogió los enseres de echar con las dos manos, las apretó, levantó los brazos y las dejó caer sobre el paño. Después, sin detenerse a observar cómo las había distribuido el azar, tomó las habas, la de la muesca incluida, las contó, nueve, se las enseñó a doña Beatriz, las volteó en sus manos y las echó a lo alto. E fue que la del mordisco cayó sobre la moneda, e claro habló albriciada:

—Ya puede don Andrés bajar la vista y mirar, que tiene la fortuna de su parte...

El hombre, que no cabía en sí de gozo, observó. E le entregó un buen puñado de monedas a la sortera que se apresuró a guardarlas. E inició la operación con doña Beatriz, retirando el haba mordida para el hombre y empleando otra nueva y, vive Dios, el albur se repitió pues que el haba volvió a caer sobre la moneda. E quisieron los marqueses confirmar la buena fortuna que les deparaba el futuro y le dieron más dinero y le pidieron que echara otra vez, así hasta doce veces a cada uno, tanto en la tienda instalada extramuros de Ávila como en el carruaje camino de Medina del Campo. E fue que once veces al marido le cayó el haba hendida sobre la moneda y otras tantas a la mujer, e claro, alegres por demás, le daban y le daban monedas a María que a ese paso se prometía grande fortuna también, pues los marqueses lo daban todo, pero a la duodécima vez ni con el hombre ni con la mujer cayeron las habas mordidas sobre la moneda como venía sucediendo para venturas y más venturas de los señores, sino sobre el retal de paño bermejo que, ay, significaba sangre, quizá por haber tentado en exceso a la suerte. Y, como era de esperar, se alteró el ánimo del matrimonio y naturalmente le pidieron explicaciones.

La sortera, que sabía muy bien que aquellos esposos sufrirían violencia en alguna ocasión de su vida, juntos los dos en un lugar cerrado, violencia extrema que a saber si les ocasionaría la muerte, sin poder evitar las preguntas, salió como pudo de aquel interrogatorio, que más parecía inquisición, lo que se comentaba en la zaga del cortejo de la soberana de Castilla que hacían ciertos frailes contra los judíos conversos, por todo el reino. Porque don Andrés, que tenía recia voz, le demandaba:

—¿Qué quiere decir, maldita bruja, que el haba haya caído sobre el paño colorado?

E la Bobadilla, temblona, susurraba:

—¡Es sangre, marido...!

E María hubo de mentir, pues sangre era:

—No es sangre, señores marqueses; es sol, es brillo, es gloria sobre la tierra... El paño azul es mar...

Y, vaya, sus interpelantes que no querían saber malo sino bueno, se quedaron conformes, y le dieron más dinero. De tal manera que, cuando el cortejo de la reina entró en Medina del Campo, María ya llevaba, prendidos en el cinturón y ocultos bajo la saya, dos saquitos de oro, y tenía previsto tornar cuanto antes a Ávila para enterrarlos con el resto de su dinero en la tapia de las Gordillas, y volver a su casa con el Juanico. Si se demoró fue porque la reina hizo tan grande justicia que fue cosa de ver, a más que ella con sus artes ayudó a descubrir un alevoso crimen.

Llegada doña Isabel a su castillo de Medina del Campo —villa de la que aún no recibía un maldito maravedí en razón de que había empeñado sus rentas a los judíos cuando era moza, para sufragar los gastos de su casa—, apenas instalada, lo primero que hizo, pues que sentía curiosidad, fue dar audiencia a don Gonzalo Chacón y escuchar de sus labios la historia de los desdichados matrimonios de las dos marquesas de Alta Iglesia. Sólo doña Clara estaba presente, para evitar que los comentarios del mayordomo corrieran de boca en boca si eran malos, y si era buenos también, porque la larguísima conversación mantenida con ellas había suscitado más que celos, envidias entre los nobles. Precaución ésta que la honraba y la hacía mujer de prendas, pero innecesaria porque, ya durante la estancia de los reyes en Toledo, se supo en la Corte que los dos maridos de las Téllez habían sido incapaces en la cama y se había hecho burla dellos, tanta que don Andrés Gil de Torralba, el marido de doña Leonor, la había abandonado y había buscado refugio en Segovia con su hermano el obispo, como es dicho.

A la reina, que no entraba en los dimes y diretes de sus cortesanos, la noticia de las separaciones de las marquesas le cogió de nuevas y comentó con sus padrinos que las damas se habían precipitado:

—Separarse de un marido a los dos meses de casar porque no cumpla en la cama, me parece apresurado.

—Dice bien su alteza...

—Máxime, siendo las marquesas mancadas. Quizá los esposos no atinaron por la tara, pues que se dijo en Ávila que su manquedad era negocio diabólico...

—¡Quiá, del diablo no es...! Ellas son buenas personas e muy cándidas e ingenuas... Las conozco bien...

—La reina Blanca, que en el Cielo esté, fue paciente doce años con el rey Enrique, que haya gloria.

—¡Las marquesas son dos benditas, aunque tengo para mí que han obrado con ligereza, pues podían haber esperado un tiempo más, si no tanto como doña Blanca, algo más...! ¡Ea, don Gonzalo, que pasen mis damas e esa dueña que pide justicia al rey...!

Dejó la señora la historia de las mancadas y, pese que había hecho ya muchas justicias contra malhechores y dictado penas de muerte, se entristeció con lo que le fue una vecina de la villa a pedir y con lo que luego, al iniciar la pesquisa, se descubrió, pues que, después de escuchar a la dueña, preguntó varias veces a sus secretarios:

—¿Es que no va a terminar nunca la maldad en el mundo?

Entró en la sala noble del palacio una mujer madura que, tras arrodillarse ante la

reina, dijo llamarse doña Pelegrina y estar casada con un tal don Payo, gallego él e hombre honrado. E dijo entre lágrimas que, teniéndole a su marido la cena aparejada, no se había presentado a comer ni a dormir la pasada noche. Que asaz preocupada, a la amanecida había enviado mensajeros a las casas de parientes y amigos por ver si se había quedado allí; y preguntado a los vecinos si lo habían visto, ella yendo también de casa en casa, e nadie le había dado razón. E que por eso se presentaba a la reina para que lo mandara buscar, pues que, acaudalado como era, debía andar secuestrado, en manos de ladrones, pues no era hombre de mujeres del común a muchos.

La señora, viéndola llorar, se puso en su lugar sin hacer esfuerzo alguno, porque imaginó a su marido secuestrado, zarandeado, golpeado, traído y llevado, y le advino un temblor en razón de que amaba a don Fernando tanto o más que aquella dueña a su esposo. E ella misma la interrogó:

—¿Adónde salió don Payo, te lo dijo?

—¡No, señora, no!

—¿Ha frecuentado últimamente a personas desconocidas?

—No, pero andaba con cierto disgusto, alteza.

—¿Qué clase de disgusto? ¿Te comentó alguna cosa?

—Leía un pergamino y hacía cuentas... Yo le preguntaba y no me respondía... Ni a su hijo mayor le contestaba...

—¿Qué decía el pergamino?

—No lo sé, alteza, no sé leer...

—¿E tus hijos?

—¡Tampoco!

—¿Cómo no saben leer tus hijos? ¿No sois gente acaudalada?

—Sí, señora, pero los dos que tenemos son malos estudiantes e no quieren ir a la escuela de los frailes...

—¿Cómo lo habéis consentido tú y tu marido...? ¿No te das cuenta de que si tus hijos supieran leer, ahora sabríamos qué decía el pergamino y el contenido nos daría pistas para encontrar a tu esposo?

—Sí, alteza, pero yo soy mujer apocada y el escrito no está en mi casa...

—No se puede ser blanda en la educación de los hijos...

Terminada la audiencia, la señora llamó a los alguaciles y los envió a recorrer la villa en busca del secuestrado y de los secuestradores. Para entonces ya corría por la población la desdichada historia de doña Pelegrina. Enteradas de que doña Isabel estaba haciéndole justicia personalmente, las gentes colaboraron con grande solicitud. De tal manera que, al día siguiente, a la voz de una forastera llamada María, que a lo menos era hechicera, los propios vecinos habían conseguido acorralar en una vivienda a un mercader sevillano afincado en Medina, que según se contaba había asesinado con ayuda de un criado al dicho don Payo para arrebatarle unas casas, y a

un notario de la villa que había dado fe pública, en falso, sobre una transacción entre los dichos don Payo y su asesino.

Prendidos y encarcelados el mercader y su criado, la reina ordenó al alguacil mayor de la villa que los interrogara y, como no confesaron, mandó que les aplicaran tormento para ejemplo de codiciosos y homicidas. Dudó entre utilizar el ladrillo, el brasero o la garrucha pero, secundada por sus damas, eligió esta última. Además, envió a doña Beatriz de Bobadilla a las casas de la cárcel para que le trajera noticias, pues que doña Pelegrina seguía llorando en la puerta de palacio por la desaparición de su esposo.

A poco el mercader confesó. Llevado al pie del artilugio llamado garrucha, los alguaciles habían procedido según costumbre. Habían tomado la cuerda que pendía de una rueda que estaba clavada en el techo, le habían atado al reo las manos a la espalda con fuerte nudo, y este nudo a la cuerda colgante de la polea, y lo habían ligado al peso que se ponía en los pies, y luego tirado, según se hace. E fue menester darle poco tormento al homicida porque confesó, antes de que se le descoyuntaran los huesos, todo lo que ya corría de boca en boca en la villa y más. Dijo que había matado a don Payo con ayuda de su criado y que lo había enterrado en un hortal de su propiedad cercano al río, e que había sobornado al fedatario para que levantara documento de compraventa en falso. Como quiera que el dicho notario se había arrepentido de su mal proceder e querido enmendar el perjuicio hecho, lo había matado también, no fuera hablar, e de lo que pretendió del tal don Payo sostuvo que le quiso quitar las casas porque eran muy buenas y tenía apetito por ellas, dicho presto, codicia dellas.

Doña Isabel, enterada por la Bobadilla y luego por el alguacil mayor, ordenó que lo ahorcaran en la plaza de San Antolín a la vista de la población. Primero a él, luego al doméstico, que confesó lo mismo, pues no merecían otra cosa el ladrón asesino y su cómplice. Pero como el tipo tenía mujer e hijos menores, no le requisó sus bienes —lo mismo que a la viuda del notario—, gesto que fue muy celebrado en la población de Medina. En cuanto a doña Pelegrina, la mujer del asesinado, doña Isabel, una vez enterrado el cadáver, la consoló. La llamó, le dio las manos y un recuerdo suyo: un pañuelo con sus armas bordadas, gesto que se comentó de norte a sur en las Españas.

A poco, los vasallos de los señores reyes tornaron a holgarse pues que en ciudades y villas se recibió carta de don Fernando anunciando que la reina, su mujer, volvía a estar encinta. Loores a Dios.



Doña Juana Téllez de Fonseca fue recibida por doña Teresa, abadesa de las Damas Pobres de Santa Clara de Asís, de Tordesillas, comúnmente conocidas como las Claras o Clarisas, que abrazó a la dama y aceptó la arquilla de los pagarés con una gran sonrisa.

Contenta andaba la aspirante a novicia al lado de la priora recorriendo patios y pasillos, las dos seguidas por un hombre —luego supo que se trataba del mandadero del convento—, que llevaba a hombros el baúl con sus pertenencias, oyéndola decir:

—En esta santa casa, doña Juana, aunque no faltan maledicentes que nos acusan de mil horrores, dormimos en tabla, sobre un colchón de paja que se apelmaza con la humedad del río y, señora mía, vestidas con el hábito y con la toca a mano para estar preparadas cuando el Señor nos llame a su lado... Pasamos el día rezando, el Oficio y las Horas... Comemos poco, lo justo para no desfallecer... Algunas hermanas, las que todavía no han sabido vencer el vicio de la gula, se quejan de que pasan hambre, el resto mortificamos el estómago por amor de Dios... La hermana que lo desea se aplica penitencia como cosa suya personal, que en esto la Regla no entra... El calor o el frío se sufren y el no tener nada también... Carecemos de bienes propios, pues que así lo quiso nuestra madre Santa Clara, y ella no los poseyó, pues que dijo que ni sus manos le pertenecían, que eran de Dios...

»Lo que traéis en esta arquilla lo emplearemos en reparar el tejado que se hunde por la parte del río y en pagar a los abogados, pues estamos en pleitos con los vecinos de la villa por unas tierras y por los portazgos que dio el rey Alfonso XI, el del Salado, a nuestras antepasadas, porque los villanos, hija, son gente disconforme, irrespetuosa e incongruente en su actuar, e nos quieren arrebatarse lo que tenemos de antiguo...

»Lo que menos se observa en nuestra regla es el silencio, hija, que estamos cien monjas, que es como decir cien comadres... En mis diez años de abadiado no he conseguido que guarden el precepto... Que salen de laudes parloteando y del mismo modo entran a completas, y eso que, a Dios gracias, en el ínterin no ha sucedido cosa ninguna que haya alterado la vida de la comunidad e ni lo mucho que cantamos les fatiga siquiera una miajica, pues se van a dormir sin abandonar su verborrea...

—Si vuestra maternidad lo desea, yo seré muda...

—No, hija, no, que ya tenemos a sor Inés que no habla palabra por hacer penitencia y es asaz molesto, pues es dama sesuda y a veces preciso de su consejo.

—Yo estoy aquí para lo que os sirváis mandar...

—Éste es mi despacho... Pasad... Lllamaréis a mi puerta cuantas veces me necesitéis... ¡Deja el baúl en la mesa! —ordenó dirigiéndose al criado y volviendo la mirada a Juana dijo—: Ahora he de revisar vuestro equipaje, pues que las monjas desta casa no podemos tener nada nuestro.

Y doña Teresa le quitó a Juana todo lo que llevaba: el manto de piel de zorro, las

zamarras de lana, los refajos, los zapatos, la manteleta que le había tejido la abuela con sus propias manos para que tuviera un recuerdo suyo; los dos pares de calzas de lana albardilla que le había regalado Marian; el jabón de olor, el frasco de perfume de alegría; el recado de escribir; la cruz de oro que le había dado Leonor; las tortitas de almendra que le había horneado Catalina con tanto cariño; el anillito que llevaba Wafa en su dedo meñique, lo único que le quedaba a la mora de cuando vivió en la morería con su padre, su madre, sus madrastras y sus hermanos... Ay, Wafa, querida Wafa... Queridas abuela, hermana, Marian y Catalina... Le requisó todo, menos las bragas, los jubones y el peine, pero los besos que le dieron sus parientes y criadas, que aún los sentía en sus mejillas, eso no, porque nunca se los podría arrebatar.

E presto se encontró Juana vestida de monja, con un hábito de color pardo, con una cofia blanca atada con cintas al cogote —la única prenda que distinguía a las novicias—, con un cinturón de gruesa soga del que pendía un crucifijo; una tabla en el suelo del dormitorio común, un juego de lienzos de cama de tela burda, dos mantas; sin calzas, sin zapatos; pasadas las siete de la tarde, cantando vísperas en el coro de la iglesia del convento junto a veintitantas novicias y frente por frente de setenta monjas, es decir, mirada por cien personas e, iniciándose en la santidad en razón de que no había probado bocado desde el desayuno.



Gracias a los jaleos que hubo en Medina del Campo con la busca, captura, tormento, sentencia y ahorcamiento del mercader sevillano y su sirviente, María de Abando llenó otra bolsa de dineros, pues anduvo por la villa anunciando:

—¡Mozos y mozas, por veinte blancas echo las habas...!

¡Moza, te diré si te vas a casar...! ¡Dueña, te descubriré si tu marido te es infiel...!

Y claro, le iba gente. A más, que también para llamar a la parroquia cataba en agua de beber y relataba por lo menudo los progresos de los alguaciles que buscaban casa por casa al homicida y se hacía corro en su derredor. Y, es más, fue ella la que, a instancias de la justicia, adivinó donde estaba oculto el mercader y el lugar donde estaban enterrados los cuerpos de los asesinados. Así que le fue más gente a que encontrara desaparecidos, ubicara cautivos en los países musulmanes, expulsara demonios, curara paralíticos y tullidos, en fin, como si milagros hiciera. Y, por supuesto, se conoció en la villa que había una dueña, bruja quizá, haciendo agüeros y ganando mucho oro en la plaza de San Antolín, sentada en las gradas de la iglesia mayor. Frente por frente de cambistas y monederos, a ratos desafiándolos con la mirada, pues aquellos sujetos murmuraban della, comentando enojados que si el

personal se gastaba los dineros con la tipa no se los dejaban custodiar a ellos, y que perdían. Lo que era ciento por ciento falso, pues que mientras los vecinos le pagaban a María unas miserables blancas, a los banqueros les llevaban arcas repletas de doblas de oro y papeles, es decir, pagarés y letras de cambio que valían tanto o más que el oro.

Los monederos comenzaron a azuzar contra ella e, personados unos cuantos ante la justicia de la villa, atestiguaron contra una dicha María, adivinadora de mucho valer pues que había descubierto el lugar donde se escondía el homicida de don Payo y su cómplice y dos cadáveres en un huerto. Así que la que había sido iluminada del Señor y hasta santa, según algunas comadres lenguaraces, de repente se tornó bruja, en razón de que el oro se hace sitio en todas partes. E, vaya, que los amos del dinero propusieron al alguacil mayor que la quemara en la plaza de San Antolín en una gran hoguera como hacían las justicias en Alemania y Francia con las hijas de Satanás. Y si afirmaban tal es porque los banqueros eran gente viajera, y un día intercambiaban mercancía en Milán, otro en Venecia, otro en París, otro en Hamburgo, ya que el dinero corre sin fronteras. Pero, como los monederos sacaban los pies del tiesto, en virtud de que la santa o bruja, lo que fuere, no había hecho daño a la población, sino todo lo contrario, favor, por lo que va dicho, a lo más que se avino el alguacil fue a darle unos cuantos azotes, no más de diez ni menos de cinco, atada a la picota que estaba instalada en la plaza para escarmiento de otras brujas y hechiceras. Y lo que decía el hombre:

—Señores, a mí me vino bien que la dueña catara en agua y descubriera dónde estaban enterrados los cuerpos de las víctimas y dónde se ocultaba el homicida. De ese modo pude hacer justicia rápidamente y servir a la reina Isabel, que es servir al reino, y merced a ella la señora, que más alto Santa María, nos ha felicitado a mí y a la vecindad.

E, ante palabras tan sesudas, los banqueros aceptaron que el alguacil llamara a la ensalmera, la interrogara y le diera diez azotes por ejercer en plaza pública sin permiso de la autoridad y sin abonar la alcabala correspondiente.

En marcha se puso el alguacil mayor, que era hombre diligente, en busca de María de Abando, pero no la encontró, no. Que, cuando él entraba por un extremo de la plaza, ella salía por el contrario, quizá trocada en ave o en mosca, que tenía recursos para eso y más. Desapareció María de las escaleras de la iglesia donde había hecho buen negocio, visto y no visto, como por arte de magia.

Se trasladaba la señora Isabel a los sus reinos de Aragón con su mucha compañía, hombres y mujeres todos muy bien de salud y albriciados, salvo ella que devolvía de continuo, ya le dieran de comer capón, pularda, cordero o bacalao. También el cordero y el bacalao, pues de sentarle mal las aves hubiera echado la culpa a aquel aborrecimiento que le produjeron en su mocedad y amén, pero no, arrojaba todo lo que comiera porque estaba de nuevo empuñada.

—¿Qué si no? —se preguntaba tentando el pecherito de reliquias que llevaba prendido en el jubón.

E no es que tuviera ya demasiados hijos, que tenía sólo dos y estaba por recibir con amor de madre todos los que el Todopoderoso le enviara; es que estando en la primera falta ya le ardía el estómago e vomitaba a toda hora. Y no era cuestión de presentarse en Zaragoza de tal guisa, pues que bien le había aleccionado el señor rey de cómo era el talante de los aragoneses, que todo lo consideraban desaire, al parecer, pues no en vano habían conseguido limitar la autoridad real con sendos privilegios que los antepasados de don Fernando se habían visto en la necesidad de rubricar. Y eso, que de no mejorarse no podría ser coronada en la catedral de San Salvador... Amén de que, en otro orden de cosas, estaba preocupada por su hijo; ya podían decir de él los cronistas maravillas, que se criaba canijo como su hermano Alfonso; y estaba por cambiarle el ama, pese a que doña María tenía leche a rebosar y era mujer discreta, pues que tapaba al niño con manteos y, para que las gentes no repararan en lo alfeñique que era, lo llevaba vestido con ropa larga hasta los pies... A Dios gracias, Isabel, su hija, era una mocita lozana que rebosaba salud, según le escribía desde Portugal —donde estaba de rehén desde las llamadas paces de Alcaçovas, que tanto bien habían logrado para ambos reinos—, cuidada por la duquesa de Viseo... Pero no vivía de ardor de estómago y quería un hijo o hija fuerte y hermoso, y lo pedía a Dios, y sus damas con ella.

Y así, deteniéndose lo justo para pernoctar, las camareras de la reina rezando y ella sin mejorar de salud, la comitiva cruzó la raya de los reinos, siempre aclamada por las gentes que dejaban sus faenas e salían al camino con vítores en la boca, para el rey, para el príncipe y para ella. E juntada con su marido en Calatayud, ya fuera por estar con él o por las buenas aguas de aquella tierra o porque Dios aprieta pero no ahoga, tal se dice, se recompuso; y, llegando a Zaragoza, ya los vómitos eran un mal recuerdo, aunque la siguiera aguijando el ardor de estómago que no la abandonó durante todo el embarazo y ni con cocimientos de jengibre se le arregló un tantico.

En el palacio situado extramuros de la ciudad que alzarán los reyes moros, dicho de la Aljafería, se hospedaron los señores e fueron muy honrados y servidos por aquellos vasallos que, según la reina, eran iguales a los castellanos, leoneses,

asturianos, etcétera, pero con los que, según el rey, era menester andar con cuidado y con cien ojos, pues que, de primeras, celosos de sus privilegios, se negaban a cualquier propuesta.

E allí, en el salón del trono, recibiendo el homenaje de clérigos y nobles, conoció al pequeño Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza cuando apenas acababa de dejar la teta y ¡Santa María!, hijo bastardo de su señor marido y, ay, que le tembló la mano cuando se la dio a besar, pero no la voz, que la mantuvo firme. Y, vaya, que la presencia del muchacho le avivó una duda que tenía... La duda de si su regio marido andaría con amantes o barraganas o si frecuentaría las casas de contentamiento cuando iba de aquí para allá, que era a toda hora.

Por eso, acabada la recepción, le preguntó a doña Clara:

—¿Has visto al pequeño?

—¿Qué pequeño, querida mía?

—Al arzobispo...

—Lo he visto, hija —respondió la mayordoma bajando la cabeza como queriendo ocultarse debajo de la tierra.

—Es vergüenza que los hombres siembren el mundo de bastardos e hijos naturales y éstos sean nombrados arzobispos y hasta reyes...

—Dices bien, Isabel, pero deja la cuestión, que no te conviene pensar en agruras...

—¿E qué hace don Fernando cuando va por ahí con sus capitanes y secretarios...?

—No sé, no he oído palabra...

—¿Me lo contarías si lo supieras?

—¡No te lo diría, Isabel...!

—No me lo digas nunca, doña Clara, por favor... Que nadie me hable nada desta cuestión... Que suficiente es saber que antes de maridarme ya tuvo a este Alonso y una niña de una dama catalana llamada Aldonza de Alamán... Prefiero ignorar los que ahora pueda tener...

—No temas, con la esposa, con la agraviada, la gente suele guardar silencio...

—Mejor, madrina.

—Y que lo digas, hija.

—Oye, doña Clara, otra cosa... ¿Es verdad que don Hernando, mi capellán, me parangona en sus escritos con la Virgen María y a mi hijo con San Juan?

—No sé quién es, pero hay uno que te compara con Nuestra Señora...

—Entérate, que he de acabar con esa necedad y quitarle la pensión a quien lo diga...

—Lo cierto es que los que escriben pensionados se exceden en loores contigo y con el rey... ¿Qué vas a querer cenar?

—Una taza de caldo y alguna fruta...

—¡Eso no es comida para el niño...!

—¡Ea, llama a doña María, que traiga al príncipe, que tengo cariños... Mañana lo llevaré a que vea la casa de fieras de este palacio! ¿A ti esta doña María te parece buena nodriza?

—Sí. Por la leche que trae y las palabras que calla, digna es de servirte, señora.



Al día siguiente de su ingreso en el convento de Santa Clara de Tordesillas, sor Juana Téllez de Fonseca, marquesa que fuera de Alta Iglesia, sufrió un sarpullido que le producía picazón por todo el cuerpo, no mucha, la suficiente para ofrecérsela a Dios. A la semana, a Dios gracias ya sin comezón, echaba a faltar su mano izquierda como nunca en su vida, en razón de que, para realizar los trabajos que le encargaba la abadesa, hubiera necesitado las dos manos y Leonor no estaba a su lado. Precisaba de sus dos manos para moldear buñuelos en la cocina, pelar las manzanas de la compota, amasar el pan; escobar, escurrir la bayeta de fregar; hoyar la tierra del huerto con la azadilla, etcétera, so pena de eternizarse en aquellas labores y llegar tarde al coro para rezar sexta o vísperas, como a menudo le venía sucediendo, y que toda la comunidad la recriminara con la mirada, pues que había de ocupar su sitio, un sitio fijo, de otro modo hubiera pasado inadvertida. Y, vaya, que sin su hermana no podía mondar la naranja que les daba la priora para postre y se la guardaba en la faltriquera para comérsela después en la letrina, pues hubiera estado mal visto que las hermanas la vieran comer fuera de horas, a más que le pedirían un gajo, o dos, o la naranja entera, porque doña Teresa era tacaña alimentando a sus monjas: un cuenquillo de vino caliente muy aguado con una rebanada de pan para el desayuno, sopa de berza con escasos trozos de tocino y una naranja o pera o manzana para la comida y, para la cena, barbo del Duero hervido sin más aderezo y un buñuelo o un mojicón de mazapán cuando no era día de ayuno que, entre cuaresma, vigiliás, pascuas, novenas, triduos, etcétera, era uno sí y otro también.

A las tres semanas de estancia, sor Juana tenía hambre, ella que, a decir de la vieja Catalina, había comido siempre como un pajarico. Además, se encontraba por primera vez físicamente disminuida a causa de su manquedad; no obstante no se arrepentía y estaba contenta de haber tomado la determinación de abandonar el siglo y servir a Dios, aunque echaba en falta a las mujeres de la mansión de la calle de los Caballeros. Y, ciertamente, que servía al Señor como la que más en aquella casa, pues a más de rezar el Oficio y las Horas, alzaba sus propias plegarias, cantaba en el coro con buena voz, atendía las lecciones de la maestra de novicias con aplicación y, salvo que hubiera necesitado tener la mano que no tenía para cumplir con premura los

trabajos que le encargaba la priora, no echaba de menos las vanidades del mundo. Amén de que, pese a que ni los impedidos ni los feos podían entrar en religión — quizá por alguna antigua ley que ella desconocía— había recibido buena acogida por parte de sus nuevas hermanas. Ellas la miraron de la cabeza a los pies, detuvieron sus ojos tiempo y tiempo en su brazo manco, y eso que lo llevaba escondido en los pliegues del hábito, y los volvieron a detener cayendo con ella en descomedimiento, mismamente como si procedieran de familias garbanceras, que allí no había damas sino gentes del común, pero lo hicieron por curiosidad y nunca faltando a la caridad, pues no observó miradas descaradas u ofensivas. La miraban sencillamente porque estaba en aquel lugar. Y también ella miraba y no sólo a las monjas sino las losas del suelo, las paredes, las puertas, las columnas del claustro, las sillerías, los tapices, los cuadros, las imágenes, la ropa de celebrar, etcétera, para conocer bien a sus compañeras y la fabrica del monasterio y sus enseres, pues que había de vivir allí.

Pero presto, ay, otro pesar vino a asentarse en el corazón de sor Juana, un negocio que había dejado sin resolver cuando se retiró del mundo... Ay, que olvidadiza como había sido siempre, no había caído en la cuenta de que, antes de entrar en el convento, no había concedido la libertad a la buena de Wafa, la esclava que la había criado desde que naciera por encargo de su señora madre. Por vez primera se sintió encerrada y penó porque cuando había llamado al notario para renunciar a sus derechos sobre el marquesado en su hermana Leonor, bien pudo, a la par, manumitirla en premio a sus muchos desvelos, pero se olvidó e ya no podía enmendar su fallo, siquiera pedirle a Leonor que lo hiciera ella. En razón de que no podía escribirle ni enviarle al mandadero del cenobio con el mensaje, pues la abadesa le había quitado el cálamo y el papel entre otras muchas cosas, y ella se había ido del mundo con la misma voluntad que San Pacomio, que pasó su vida vagando por los desiertos de la Tebaida, o San Basilio, que se instaló en algún lugar del Ponto, ella para morir allí, en las Claras de Tordesillas, sirviendo a Dios libremente en el lugar que había elegido.

Así que, pese a que en la santa casa había antídotos más que suficientes contra los venenos y egoísmos que devoran las almas, tales como la oración y la mortificación, sor Juana Téllez no pudo evitar que a los pocos meses de estancia le viniera melancolía.

Lo contrario que a su hermana, quien, aun echando de menos a Juana, andaba exultante por su mansión de Ávila porque había leído tres veces el Corán de punta a cabo y descubierto, gracias a Dios y a los espejuelos de la abuela —que se los había prestado de grado—, que la frase escrita en el pergamino que hallara años atrás no pertenecía a la primera azora, llamada *bas mala*, que era una invocación al señor Alá, muy hermosa por otra parte. Andaba albriciada pese a que a la cuarta lectura del sagrado libro todavía no era capaz de ponerle número a la aleya contenida en el pergamino, y a gusto se hubiera presentado al alfaquí de la única mezquita que

quedaba en pie en la ciudad para que la ayudara y la sacara de dudas. Si no lo hizo fue por no suscitar escándalo, que los moros estaban mal vistos por la población, no tanto como los judíos, pero sí mal vistos también, y ya se hablaba de que se convirtieran a la verdadera fe o que se fueran de las Españas con viento fresco.

Pasaba jornada tras jornada con el libro y con Wafa, que había reconocido mil veces su error y le llevaba la corriente, pues mejor tener a su nueva ama entretenida, que de otro modo la mandaría a limpiar con Marian y mejor leer o escribir que barrer o quitar el polvo. Con Wafa y a veces también con Marian, que se unía a las buscadoras al acabar sus faenas para escuchar de labios de Leonor lo que el Profeta Mahoma, bendito sea su nombre, había dicho sobre el becerro de oro y contra los avaros, lo que más se acercaba a las palabras oro o tesoro, en todo el Corán. Con Wafa y con Marian en exclusiva porque ni doña Gracia ni Catalina querían saber nada del cofre de don Tello... Claro que la abuela le decía a veces:

—Si no ves señales, si no ves claro en el Corán, habrás de leer entre líneas y utilizar tu ingenio... —tal aseveraba sin ayudarla lo más mínimo ni decirle haz esto o estotro.

Y lo que le recriminaba Leonor:

—Me podía su merced prestar apoyo... Nada más fuera por terminar con la enojosa historia del tesoro del rey moro.

E Catalina le decía:

—Déjalo estar hija, que has de quedar alunada... Olvídate de él que, hasta ahora, sólo te ha traído quebraderos de cabeza.

E quería dejarle un rato a su hijo, al Juanico, para que pensara en otra cosa. Pero Leonor no lo quería, y se lo tornaba sin esbozar siquiera una sonrisa, aunque algunas veces lo miraba, cierto que de lejos, como si le tuviera prevención cuando era carne de su carne. Y de otra carne, de una malvada carne, de la de don Andrés Gil de Torralba, como recordaban las criadas, ¡malhaya! La señora no había podido quitarse de la mente el dolor de aquella violencia y siquiera tenía una palabra, un cariño para la criatura, el fruto de aquella malhadada unión.



Regresaba María de Abando a su casa, después de haber hecho grande servicio a la villa de Medina del Campo y a la soberana de Castilla, en virtud de que, como va dicho, propició la resolución de un alevoso crimen. Iba andando despacio retirándose a la vera del camino para dejar pasar a los carros y a los jinetes que iban y venían, ofreciéndoles sus artes, extendiendo la mano para que le dieran alguna moneda cuando, cerca de Ávila, la detuvo un piquete de soldados de la Hermandad y le revisó

los talegos que llevaba, encontrándole, ay, dos mudas de ropa, un vestido de brocado bueno, un mandil; hierbas, piedras, un saquillo con habas secas; unos naipes; retales de tela, cordeles; frascos, polvos, en fin, todo el ajuar de una bruja. Y claro la interrogaron, le preguntaron que de dónde venía y adónde iba.

—¿De dónde vienes, mujer?

—De Medina... Soy partera...

—¿Partera?

—¿Qué haces con el equipaje de una bruja en el zurrón?

E María, sin perder aplomo, explicó a aquellos hombres el contenido de sus talegos:

—Vean sus mercedes que llevo dos mudas para cambiarme de ropa, un vestido bueno por si tengo que atender a dama principal, un mandil para no manchármelo; hierbas, piedras, frascos con unturas y polvos para mitigar el dolor de las parturientas; unos naipes para entretenerme mientras el niño llega, y unas habas para echarle las suertes, pues que es bueno saber cuál será la fortuna del nacido... E si sus señorías lo desean les leeré las manos o les echaré las suertes de balde...

E sí, sí quisieron aquellos hombres que les echara las suertes de balde... E fue que la María leyó las manos de los diez soldados que la habían detenido e dio en observar que los diez realizarían grandes hazañas en poco tiempo e así lo expresó, resaltando que eran soldados que ponían gran ardimiento en el combate contra los malvados y, próximamente, contra los moros, dejando a todos pasmados. En efecto, los componentes de aquella cuadrilla, gente de milicia curtida en mil escarceos, tenían pensado dejar la Hermandad de Ávila y alistarse en los ejércitos del marqués de Cádiz para combatir al sarraceno hasta arrojarlo del solar hispano. Lo venían pensado a sugerencia de su sargento, hombre valiente y decidido donde no haya otro. E más que se pasmaron de la María cuando ésta les habló, sin ponerle nombre, de su capitán, el mejor hombre de Ávila o de Valladolid, de donde fueren... E claro, los hombres, albriciados, sacaron de beber e invitaron a la sortera, que se aplicó al vino, empinó la bota y rió con ellos, evitando de ese modo que le revisaran los refajos y le encontraran las bolsas de oro.

Si María habló del capitán fue porque los observó disciplinados y bien sabía que la disciplina de una tropa se debe a sus mandos en exclusiva, creyendo que el que llevaba la voz cantante sería el jefe, pero no. Resultó que no lo era, que era uno más de la cuadrilla, y le dio lo mismo porque alabó al que hablaba y al ausente. Pero, vaya, resultó que se presentó el cuadrillero, el capitán que, lo que son las cosas, no era otro que Mingo, el que fuera su novio, o lo que hubiere sido Mingo para María, el que la rondara a poco de instalarse en la ermita del Cristo de la Luz, el que, según noticias, se había maridado con una labradora rica. E fue que descabalgó Mingo del jaco que ella le regalara y que, reconociéndola, se quedó sin habla y tardó un tiempo

a decir:

—¡Cuánto bueno de ver, María...! —E volviéndose a sus subordinados con los que estaba muy unido, al parecer, presentó a la moza—: ¡Compadres, os presento a María, mi novia...!

E qué quisieron saber los compadres, que se acercaron a María y, tratándola como si fuera dama, le besaron la mano y le hicieron reverencias, eso sí, inclinándose más de la cuenta, mientras hacían correr el boto de vino.

Ella, cuando descubrió a Mingo, pese a los muchos desaires que le había hecho en el pasado, se dolió, pues lo primero que le vino a las mientes fue la traición de aquel hombre que se había marido con una aldeana rica, y no pudo reprimir la lágrima que le venía a los ojos. Los soldados la achacaron al contento del encuentro e resultó que, como la bota andaba de mano en mano, la moza tardó bastante tiempo en quedarse a solas con Mingo que la llevó a un bosquecillo e comenzó a manosearla, que era muy propio de él aquello de sobar antes de hablar incluso. Le dejó hacer un poquico y luego le espetó a la cara:

—¡Te casaste, Mingo, con una labradora rica...!

—¿Yo?

—¡Tú! Me lo vino a decir un soldado tuyo... ¡Ah, bribón...!

—¿Yo?

—¡Tú!

—¡Es falso! Yo te quise siempre a ti, María...

—¿No estás marido, pues? ¿Me has esperado?

—Sí, pero no he esperar más... Nos vamos a presentar en ese pueblo que se ve a lo lejos... Llamaremos al preste, le pediremos que nos case de inmediato e nos iremos a celebrarlo a la posada... De otro modo digo que eres puta sabida y te entrego a los soldados o te llevo presa a Ávila por bruja, o te doy una tunda de palos que te dejo baldada aquí mismo... ¿Qué eliges, María...? —E cambiando el tono de voz de la amenaza a la zalema, continuó—: Elige, María, que eres la persona que más quiero en este mundo e deseo vivir contigo en Andalucía... Mis soldados y yo vamos a dejar la Hermandad para servir al marqués de Cádiz, que recluta gente de armas para luchar contra el moro, e nos llevaremos a nuestras mujeres...

Un poco aturdida María por el encuentro, la proposición, las malas maneras, las buenas maneras, la declaración de amor y las miradas de Mingo, pues que a momentos sus ojos despedían ira y seguidamente candor, optó por decirle que sí, que sí, que se casaba con él. En razón de que la habían perseguido por bruja, no por ella misma, sino porque en los reinos de don Fernando y de doña Isabel cazaban brujas para meterlas en la cárcel, azotarlas y amenazarlas con llevarlas a la hoguera. Todo porque los predicadores, sembrando pavores, hablaban del diablo, de los días postreros, de la inminente segunda venida del Señor Jesucristo, e instaban a las gentes

a hacer penitencia, pues estaba próximo el año de mil y quinientos, que habría de traer grandes catástrofes y calamidades, las contenidas en el santo Libro del Apocalipsis y, ay, el Fin del Mundo, Dios se apiade de hombres y mujeres, de chicos y grandes, de principales y menudos... Todo porque la soberana les daba cuerda, ya que no era dada a agüeros ni a agoreros como dicho es, y era muy beata, como se añade ahora...

Había tenido que huir con el Juanico en brazos, logrando escapar por un tris de sus perseguidores, merced a sus añagazas. Había tenido que dejar a su hijo en custodia por necesidad y lo había echado a faltar en lo más hondo de su corazón, pues era lo que más amaba... Y tiempo era quizá de cambiar de vida, de aceptar las proposiciones de Mingo, que quería todo lo bueno del mundo para ella y que la miraba con arrobo... Con arrobo y con cólera, que destellos de ambas cosas salían de sus ojos... Además, que era muy capaz de cumplir su ultimátum y darle una paliza si no se casaba con él... Además, que era buen mozo el Mingo y sargento de la Hermandad de Ávila y el hombre que se había llevado su doncella... Además que, para lavar su imagen de bruja, le convenía hacer casamiento con un hombre honrado, a pesar de que las brujas no debían tener hijos para no parir demonios, pero de eso ya se ocuparía ella... Además, que, a punto de cumplir treinta años, le vendría bien un hombre en la cama, tal se aducía tentando el saquete con las manitas del niño mal parido que llevaba siempre al cuello... Claro que estaba lo del Juanico: que tenía un hijo que no era suyo, pero como si lo fuera...

María le dijo a Mingo que estaba dispuesta a casarse con él en la iglesia del pueblo que se avistaba en la lontananza, ante el alborozo del sargento y de la tropa. El piquete montó a caballo, María a la grupa del jaco de Mingo hablándole al oído, contándole lo del Juanico, que maldita la gracia que le hizo al hombre, pero lo aceptó por el amor que le tenía a María, por el mucho amor que siempre le había tenido.

Doña Isabel, soberana propietaria de Castilla, de León, etcétera, fue coronada reina de Aragón en la ciudad de Zaragoza, en la Seo de San Salvador en una jornada de cierzo impetuoso, que andaba a ventadas.

Para seguir el ritual de coronación de las señoras reinas y que no se perdiera una letra, pues que los aragoneses eran muy celosos de lo suyo, ayunó tres días antes de la celebración, se bañó y se confesó la víspera. Vestida de blanco como un ángel del Señor e montada en un caballo blanco también e con gualdrapas de seda del mismo color, salió, precedida del portaestandarte con su pendón y de una compañía de tambores y atabales, rodeada de multitud de nobles, dos llevándole las riendas, a más de damas, caballeros, pajes y doncellas, del palacio de la Aljafería. Entró en la ciudad por la puerta del Portillo para, recorridos los cosos, atravesar la puerta Cinegia, que abría la muralla de piedra, y andar por callejas hasta dejar a derecha el fosal y la iglesia de San Gil y enfrente el muro de la judería, y ya tomar Pellicería y San Pedro y llegar a la plaza de La Seo donde destacaban, enfrente, el soberbio edificio de la Catedral y a la izquierda las casas de la Diputación del Reino. Allí descabalgó la señora entre loores del pueblo, tenido el estribo por el rey Fernando, que la esperaba, tras hacer el camino aclamada por la multitud, aliviada, pues que por fin encontraría resguardo del viento.

En la sacristía de la iglesia durmió la reina con sus damas, para levantarse al alba e dejarse aviar con dos camisas nuevas, bragas nuevas también y una preciosa dalmática de fustán blanco ribeteada de oro, e ser peinada por doña Clara, que le dejó los cabellos al aire, a la nuca, por eso de seguir el minucioso ritual de coronación de las reinas de Aragón. E ya dispuso repartir los atributos de la realeza entre sus damas, para que se los llevaran: a doña Clara le entregó el cetro, a doña Beatriz el pomo y a doña Mencía de la Torre la bacina de plata sobre la que iba la corona.

Al salir todas de la sacristía, iba doña Isabel emocionada pues, al recibir ella lo que era de su esposo, del mismo modo que su marido había recibido lo que era della, se unían dos reinos en sus cabezas, en la cabeza de don Fernando y en la suya, dos reinos que habían luchado durante siglos y siglos precisamente por mantenerse separados, e lo que no habían conseguido las guerras, lo lograba un matrimonio, alabanzas sean dadas al Señor.

E con eso en el pensamiento, avanzaba doña Isabel, precedida de sus damas, alta la cabeza, para postrarse sobre una rica alfombra ante el altar mayor —que estaba en obras— y recibir de su esposo —magníficamente ataviado para la celebración—, la corona y el anillo que le puso en el cuarto dedo, y así mismo la bendición del arzobispo. Mejor dicho, del clérigo que representaba al arzobispo, a don Alonso, que no oficiaba por ser aún niño pero que presente estaba. Tras de oír la santa misa hubo

de ofertar siete monedas de oro a la catedral en significado de las siete virtudes cardinales, e ser ungida, como era costumbre, por el dicho clérigo que no era otro que el señor obispo de Huesca, delante de muchos religiosos, nobles señores y ante el justicia de Aragón, que era juez de fueros y contrafueros en aquel reino.

Finalizada la coronación tornó con la comitiva, bajo el mismo inmisericorde viento, al palacio de la Aljafería, cabalgando sobre el mismo caballo, con el cetro en la su mano derecha, con el pomo en la su izquierda, aclamada, mismamente como había venido. Le aguardaba el convite en la sala del trono, ella sola en mesa alta, el salón muy encortinado y ornado de tapices y alfombras. Hizo mandar que las doncellas repartieran vino y confites a las gentes que la vitoreaban fuera del palacio e los doscientos corderos y treinta mil panes que aparejó don Gonzalo Chacón. Contenta, muy contenta, pues que, a más, no le molestaba el embarazo, salvo lo del ardor de estómago, que no se lo quitó en los nueve meses. Nada le impidió, pues, sumarse al regocijo y, como una dama más, bailar una gallarda con su marido.

E muy honrada fue doña Isabel en su reino de Aragón e muy holgada estuvo, sobre todo cuando recibió el rico presente de los judíos de Zaragoza que le regalaron doce terneras, doce carneros y una vajilla de plata, tan completa que necesitó doce hombres para ser trasladada. Y ella se dejó ver y aclamar por las gentes en la ciudad, pues visitó conventos e iglesias y entre éstas, la de Santa María la Mayor, donde se postró con mucha devoción en el humilladero de la Virgen, que es la parte de atrás de un pilar sobre el que la Señora se había aparecido, poco antes de morir y ascender al Cielo, al apóstol Santiago para darle ánimo cuando estaba predicando la fe de Cristo a las Españas. Visitó al igual la de las Santas Masas, que, situada extramuros, guardaba los restos de innumerables mártires de cuando la dominación romana.

Cierto que se marchó un bastante amohinada, pues que su marido y ella, habiendo convocado Cortes, pidieron subsidios para su casa y para empezar la guerra contra el reino de Granada, conquistarlo y sumarlo a los reinos de la Cristiandad; y, siendo así, para que el turco, que tenía todo el Oriente y amenazaba las costas italianas de tiempo ha con sus bajeles, no tuviera apoyo, en el sur de España, para aprisionar a los reinos cristianos en una cuña; e, vaya, los aragoneses no los concedieron... Ricoshombres, caballeros, clérigos y gentes de las ciudades les negaron cualquier dinero, en razón de que antepusieran a los intereses generales de los reinos ciertos intereses particulares. A que los soberanos resolvieran antes los agravios que les presentaron —muchos dellos irresolubles en poco tiempo—, consistentes en pleitos de los nobles entre sí por tierras o fortalezas, y de las ciudades y villas otro tanto; cuando los reyes no habían tenido nada que ver en ello. Y eso, lo que dijo don Fernando:

—Sepa doña Isabel que estas gentes son así. De primeras, dicen que no a cualesquiera propuesta.

—Quizá sea bueno, mi rey y señor, y se ahorren así problemas. Por el momento

no pagan... Veremos qué pasa en Cataluña y en Valencia con lo mismo...

—Allí nos darán, ya, lo verá su alteza.

Y sí, sí, catalanes y valencianos les dieron los subsidios que solicitaron y les hicieron grandes fiestas e bailes; en Valencia incluso quemaron ruegos de artificio. De otro modo doña Isabel se hubiera llevado mala imagen de los reinos de su señor esposo.



Doña Leonor Téllez de Fonseca, marquesa de Alta Iglesia, tras soportar una comezón que le llevó a maltraer, atendió a las palabras de su señora abuela y puso su ingenio a trabajar para encontrar de una vez el famoso tesoro de don Tello, su antepasado. Que no se trataba de iniciar las pesquisas, que ya llevaba con ellas mucho tiempo y casi había derruido la mansión de la calle de los Caballeros, sino de partir de alguna posibilidad o argumentación o base.

Estaba convencida de que, de llegar a alguna conclusión, sería por gracia del Señor Alá, entre otras razones porque el Corán contiene lo que Él reveló al Profeta para que lo transmitiera de su propia boca a los hombres. No obstante se encomendaba un día a Dios y otro a Alá, por no hacer un feo a Dios, además que bien sabía que Dios y Alá eran lo mismo... E de ese modo, confiada en Alá o en Dios, tras asombrarse una y otra vez de que el libro empezara por la última hoja y no por la primera, y acostumbrarse a que faltaran las vocales *e* y *o*, y a que la *a*, la *i* y la *u* estuvieran representadas con tildes, las más de las veces ilegibles y confusas, contó letras, sílabas, aleyas, y sumó, restó, multiplicó y dividió. Leyó de derecha a izquierda a la manera musulmana y de izquierda a derecha a la manera cristiana. Dio a las letras el valor numérico que tenían, en vano. Todo en vano hasta que, gracias a Alá, el día en que inició el ayuno de ramadán, junto a las dos moras de la casa como si fuera una musulmana más para pedir favor, atisbo un poco de luz.

En aquella jornada se le ocurrió contar las cosas que tenía sobre la mesa, los cuatro pétalos de flor, las veintidós hojas de olivo, y le llamó la atención que hubiera cuatro pétalos y veintidós hojas, pues ella había nacido en el cuarto mes del año, en abril, como es sabido, y precisamente el día 22... E, aunque muchos pensamientos corrieron por su mente en ese preciso instante, pues que se preguntó una vez más para qué buscaba si un sinnúmero de sus antepasados habían hecho otro tanto ya sin hallar nada, o si lo hacía para poder decir: «Yo, Leonor, encontré el cofre de don Tello» o, sencillamente, para terminar con aquella dilatada historia, o porque Marian y Wafa le habían hablado de tesoros desde niña, el caso es que se dijo que lo que venía en la arqueta le estaba indicando una fecha, que bien podría ser la de su nacimiento, cierto

que todavía le faltaba por encontrar, entre lo poco que tenía, el año, la cifra de 1451...

Y hubiera seguido indagando, pero hubo de interrumpirse porque Wafa, que la acompañaba, puesta al corriente de los descubrimientos, emitió por su boca el *zagharit*, ese alarido que, moviendo sorprendentemente la lengua, lanzan los musulmanes en situaciones de gozo o tristeza extrema, en este caso de alegría, y claro acudieron alborotadas todas las moradoras de la casa.

Doña Gracia se levantó rauda del sillón, todo lo aprisa que le permitían sus entumecidos huesos, dejó el Código de las Siete Partidas en el asiento y se encaminó a los aposentos de su nieta. Catalina retiró las cacerolas del fuego, Marian abandonó la escoba en el rellano de la escalera, e se presentaron todas. Para encontrarse, ay, a Leonor propinándole sendas bofetadas a Wafa, vaya, lo que nunca había hecho. Lo que nunca había hecho una marquesa de Alta Iglesia con criados ni esclavos, al menos desde que la cocinera entrara a servir en la casa y, naturalmente, se quedaron pasmadas, y dolidas, como si los bofetones los hubieran recibido en sus propias mejillas; además, la contemplaron mirando a todas airada, revolviendo los ojos, desafiando a su bisabuela que, avanzando hacia ella, le preguntaba con voz pausada:

—Leonor, ¿has encontrado alguna clave?

Y ella respondía:

—¡No, Wafa ha avisado antes de tiempo!

Y la otra se permitía recomendarle:

—Hija, deja ya de buscar el cofre del rey moro...

Y Leonor contestaba como si fuera una niña enrabiada:

—¡No, no y no!

—¡Ea, dejémosla sola! —ordenó la anciana a las criadas. E fuera de la habitación comentó con ellas:

—Doña Leonor se está alunando con tanta búsqueda infructuosa... Lo mismo que le sucedió a don Alvar, el que anduvo desmoronando el castillo de Alta Iglesia, y a doña Urraca, la que se quemó toda ella porque una candela le prendió el vestido... No sé, quizá sería bueno que le pusiéramos un tesoro a la mano o que lo fuéramos a buscar a Alaejos o que hiciéramos un viaje a Italia para distraerla y de paso vender las dos casas que tenemos... O que hiciéramos lo que hubiera hecho don Beppo: destruir nuestra mansión y los castillos con abundante artillería, previo encargo de los cañones a un maestro armero... Tengo noticias de uno de Valladolid que sirve al rey nuestro señor... No sé, hijas, no sé qué hacer... Si le pongo un tesoro a la mano y se entera nunca me lo perdonará...

E lo que luego echó en cara Catalina a las esclavas en las cocinas:

—Esto del tesoro nos va a hacer perder el seso a todas... Las señoras están alunadas. Juana, que es más débil de carácter, se alocó antes y se fue monja, a

padecer, pues que entró descalza en el monasterio a sufrir el frío y la humedad... Y la culpa de todo la tenéis vosotras, vosotras, que les llenasteis a las niñas la cabeza de pájaros con vuestros cuentos de tesoros... Wafa la que más, pues les enseñó a leer en árabe... Le están bien las dos bofetadas...

—¡Catalina, no digas eso...!

—Eres cruel con nosotras, Catalina —se defendió Marian.

—¡Cruel, cruel, malditas moras...! A todo esto, ¿por qué te ha pegado, Wafa?

—¿Por qué nos llamas malditas si somos tus amigas? —intervino Marian.

—Leonor estaba muy alegre porque había encontrado una fecha entre las cosas que traía la arqueta de la capilla... E yo grité de contento, no hice más que mostrar mi alegría... —respondió Wafa.

—No se ha oído ese grito vuestro en esta casa desde el fallecimiento de doña Leonor que en paz descansa. Te precipitaste, Wafa...



María de Abando maridó con Mingo Pérez, cuadrillero de la Hermandad, en la localidad de Hernansancho, cercana a Ávila, sin que fueran leídas las amonestaciones. Mingo entró en la sacristía de la iglesia como una tromba, le dio una bolsa de dineros al sacerdote, le invitó a beber, y el hombre los maridó sin oponer resistencia en razón de que ya estaba borracho a los pocos tragos, y vaya vuesa merced a saber si ofició el rito de la iglesia romana al completo, pues que anotó el matrimonio en el registro parroquial con letra ilegible de tanto que la mano le temblaba.

Los soldados y la vecindad de Hernansancho dieron por bien casados a los contrayentes, que se albriciaron y fueron felicitados por conocidos y desconocidos, pues invitaron a todos a beber en la posada. Tras obsequiar al personal, María y Mingo se retiraron e yacieron como esposos que eran en una cama estrecha y, maldita posadera, plagada de chinches. Al alba, María estaba tan desesperada y llena de habones que se sentó en la única silla que había en la habitación, nada más fuera por alejarse del colchón, y a la hora de pagar a punto estuvo de echarle mal de ojo a la patrona; si se contuvo fue por no armar escandalera, por Mingo, que era sargento de la Hermandad y debía dar buen ejemplo.

Tras desayunar, marido y mujer tomaron el camino de Ávila, ella a la grupa del jaco, rascándose los habones ciertamente, pero la mar de contenta y hablando sin parar. Queriendo saber de Mingo, pues que tantos años conociéndolo y no sabía nada de él, ni si tenía padre ni madre ni hermanos, ni si había tenido otras novias, ni cuántos portugueses había matado sirviendo al rey Fernando en la guerra, ni cuántos

maleantes había ahorcado sirviendo en la Hermandad, ni qué le había prometido el marqués de Cádiz para abandonar la ciudad que lo había visto nacer, aunque ya tenía constatado que su marido llevaba entre ceja y ceja, de antiguo, marcharse a Andalucía.

—¿Tienes padres o hermanos, Mingo?

—Tengo madre... Mi padre murió cuando yo tenía ocho años, de la peste... Mi madre, que se llama Salvina, se ganó la vida de costurera y me crió y me llevó a la escuela, e por eso me pude emplear de contador en el monasterio de Santa Ana...

—¿E ganas más en la milicia que de contador?

—¡Sí!

—¿Tu naciste en Ávila?

—¡Sí!

—¿Tu madre es buena contigo?

—Muy buena... En cuanto gané dinero, lo primero que hice fue retirarla de la aguja...

—¿Ya no trabaja?

—No. Es vieja...

—E le das parte de lo que ganas...

—Claro... Lo primero que haremos al llegar a Ávila será ir a mi casa, nos alojaremos allí... Mi madre se va a sorprender de que me haya casado... Me va a reñir...

—¿No te dejarás regañar por tu madre?

—Por mi madre es por la única persona deste mundo que me dejo sermonear... Ella siempre ha querido lo mejor para mí.

—¿Tú crees que le gustaré?

—Seguro.

—Oye, ¿por mí te vas a dejar regañar?

—También.

—Oye, Mingo, lo primero que haremos será ir a la calle de los Caballeros a buscar a Juanico, que peno por verlo...

—¡Ah, no, María, lo primero es ir a casa de mi madre, a mi casa...!

—Oye, Mingo, mejor que no...

—María te he dicho que viviremos en mi casa... La tuya la levantas, así no pagaremos alquiler...

—¡Ah, no, Mingo; viviremos en la mía, que yo tengo allí mis cosas y me viene parroquia e nos vendrá bien que yo gane dinero, que no me va mal con mi industria...!

—¡Ah, no, María, yo no quiero que trabajes... Tú a cuidarme a mí, e yo te pondré una criada...!

—¿Tanto dinero ganas?

—No, pero con el marqués ganaré mucho más.

—¿Cuánto ganas, Mingo?

—Diez maravedís diarios, pero he de alimentar al caballo e pagarme la manduca cuando estoy de servicio...

—E darle a tu madre...

—E darle a mi madre...

—¿Cuánto te queda a fin de mes?

—Nada... A veces no me puedo tomar un vaso de vino en la taberna.

—¿Tantos peligros que sufres por los caminos para eso?

—El dinero cuesta de ganar y se va como el agua.

—Oye, Mingo, yo lo primero quiero ir a buscar al Juanico...

—¡Ah, no, lo primero es lo primero: mi madre!

—Oye, ¿no me preguntas por qué tengo al niño?

—Me dijiste que no tenía madre y que lo habías recogido...

—Sí, me dio pena, y mira, ahora me he buscado una obligación... Ya verás, es muy hermoso, gordote y de mejillas coloradas...

—Hiciste caridad con él... Cuando estemos asentados en Andalucía tendremos muchos hijos.

—Ya tenemos uno que se llama Juanico... Entrás por la puerta del Puente y vas derecho a Caballeros por Grajal, Mingo, mi amor...

—No... Rodearé hasta San Vicente y de allí a la calle Embobadero que es donde yo vivo, en una casa de la abadesa de Santa Ana...

—Oye, me muero por ver a mi hijico...

—Pues habrás de dejarlo para mañana...

—¿Y si me quedo en Grajal?

—No te quedarás porque cerrarán las puertas y eres mi mujer y me has de obedecer... —sostenía Mingo con voz severa.

—No empieces de ese modo, Mingo...

—Ahora eres mía, María.

—¿Qué quieres decir con eso?

Y como no era cuestión sacar los pies del tiesto porque llevaban poco más de veinticuatro horas maridados, María aceptó que era mujer casada y que, de consecuente, había de obedecer a su marido:

—Bueno... lo que tú quieras, esposo mío.

El 6 de noviembre de 1479, entre las seis y las siete antes del mediodía, la reina Isabel dio a luz una niña en la ciudad de Toledo, que fue bautizada con el nombre de Juana. Como en ocasiones anteriores, doña Clara le tapó el rostro con un paño e la alta dama no vio el gentío que llenaba el aposento, cien personas arriba o abajo. Cien personas que estuvieron varias horas con el alma en vilo y con una oración en los labios porque la señora tuvo mal parto en razón de que la criatura se presentó mal puesta y, una vez nacida, le costó comenzar a llorar. E la comadrona hubo de andarle en el vientre, apretarle por arriba, estirar por abajo con peligro de romperle a lo que viniera una pierna o la cabeza, y hasta pidió que un sacerdote celebrara misa en el lugar e que las camareras le acercaran más reliquias a la señora, que se retorció en la cama, ella que soportaba el dolor con entereza y no era precisamente dada al aspaviento. E ya, antes de que viniera al mundo la infanta, se hablaba sovoz en el Alcázar de malas señales, de malos augurios, e se rezaba en los pasillos por la salud de madre e hijo.

E más que se habló luego, pues que doña Isabel, después del parto, perdió mucha sangre y líquidos y sufrió varios días de pérdida de memoria. No recordaba qué le había sucedido, ni que había estado de parto, ni qué había traído al mundo, ni cómo se llamaba, ni que oficio desempeñaba, ni que tenía dos hijos más y un marido. Además, que a partir de entonces le quedaron muchas varices en las piernas y sufrió grandes calambres.

Así las cosas, se presentaba don Fernando en la habitación de su esposa e le tomaba las manos e ni por esas resucitaba, qué habría de resucitar, según doña Clara y las otras damas. Dios estaba apretando en demasía, que más parecía que la señora se iba, e no valía que en todas las iglesias y conventos de Toledo clérigos y monjas iniciaran novenas y cantaran salmos para mover el corazón del Creador y pedirle que no se llevara a la dama y que, de quedar, no resultara alunada, como su señora madre, que continuaba bordando paños en su retiro de Arévalo con los postigos de las ventanas cerrados, sin dejar penetrar la luz del sol.

Pero no, no. No se llevó el Señor a su hija doña Isabel; es más, le permitió vivir muchos años y hacer muchas cosas para Su propia gloria y la de ella, e fue que en la mañana del día de Nochebuena, la reina cambió de postura en el lecho, movió las manos como si volviera de un mal sueño y llamó a doña Clara con poca voz:

—Madrina...

E a media tarde sabía quién era, cómo se llamaba, el nombre de sus padres, de su marido y de sus tres hijos y qué hacía en este mundo. Que había sufrido mal parto y desmemoria. Y pedía ver a su hija, a la infanta Juana, una preciosidad de niña, y le daba mil besos. E aseguraba que se asemejaba extraordinariamente a su suegra doña

Juana Enríquez. E, preguntando por cómo y cuánto comía el príncipe Juan, decidía cambiarle de nodriza, despedir a doña María de Guzmán y ajustar a una dicha doña Juana Velázquez que tenía más teta que la otra, por ver si el pequeño medraba con el cambio.

A mitad de febrero, ya incorporada a las tareas propias de gobierno, con gran contento de su esposo y vasallos, escuchaba atentamente de labios de sus secretarios la narración del primer auto de fe de la Inquisición contra herejes malandantes que había tenido lugar en Sevilla.

Sabido es que rey y reina, tras platicar largo con clérigos de misa y regulares sobre los conversos que judaizaban impunemente en aquella ciudad y otras muchas de los sus reinos, encomendaron la erradicación de la herejía a dos religiosos y a un oficial, gentes celosas de su oficio, que se pusieron a trabajar tan pronto sus altezas recibieron bula del papa Sixto IV. De tal manera que, a los pocos días, los tres encargados mantenían encarcelados en el convento de San Pablo a buen número de hombres y mujeres, muchos dellos amillonados e, a instancia de parte, incoaban proceso contra ellos llamando incluso a letrados de la ciudad para que corroboraran su justicia. Decidían luego levantar hogueras y quemar a seis hombres y seis mujeres, judíos pertinaces, que no quisieron convertirse a la verdadera fe, o cristianos nuevos, apóstatas, en realidad, pues que, pese a haber sido bautizados, seguían practicando el hebraísmo.

Supo doña Isabel que los doce reos de herejía fueron llevados de San Pablo a la dehesa de la Tablada donde se habían levantado tribunas —como cuando se corrían cañas—, montados en mulas, con las manos atadas a la espalda, con el sambenito cosido en el jubón, encorozados e increpados por la multitud que llenaba las calles, y que fueron quemados, pues no consintieron abjurar de su milenario error, pues que el señor Jesucristo, a Dios gracias, vino a cambiar lo que era menester cambiar de las viejas escrituras. Y eso que fray Alonso de San Pablo, uno de los tres inquisidores, antes de encender las hogueras, hizo todo lo posible para convencerlos con un brillante sermón lleno de palmarias verdades, pero los conversos se negaron a escuchar aquella joya de la oratoria sagrada e fueron dados al brazo secular de la justicia, que prendió el fuego y murieron con grande agonía levantando gran pestilencia. Como se merecían porque sólo hay una fe verdadera: la cristiana.

Conoció la reina que, habiéndose quedado pequeñas las mazmorras del convento de San Pablo para albergar al gran número de herejes que poblaban Sevilla y sus comarcas, los inquisidores pidieron el castillo de Triana para encerrarlos y que de allí sacaron para otro tanto a gentes principales de la ciudad, entre ellas el gran rabino y varios clérigos, sin que les valieran sus riquezas para nada, pues que los jueces eran hombres probos. Y que de aquellos pagos huían las gentes de las otras confesiones, es decir, los judíos y los moros, asustados, hacia los pueblos del derredor y a Portugal,

donde el rey Juan, que había heredado el trono, fallecido su padre el señor Alfonso V, los recibía previo pago de un tributo, y hacia el reino de Granada. Pero resultó que algunos dellos se presentaron en Roma, ante la Corte Papal, a denunciar la matanza que tenía lugar en Andalucía, donde, además, los inquisidores revolvían en los cementerios judíos y quemaban los huesos de los muertos para que nunca disfrutaran de paz eterna, o en estatua a los que se morían de los pavores durante el proceso, poniendo figuras de yeso atadas a un poste y dándoles fuego en el quemadero de Tablada, pese a que muchos ya habían abjurado y, queriendo reconciliarse con los cristianos viejos, salían los viernes en procesión, aplicándose disciplinas.

La alta dama se sobrecogía al oír hablar de tanta pravedad, pero más se estremecía al escuchar por la menuda que a Sevilla y otros lugares había llegado la peste, más fiera y mortal que otros años, y que uno de los padres inquisidores fray Alonso de San Pablo había muerto de ella; o que el río, el Guadalquivir, había llevado tres días de avenida, como no se recordaba otra, anegado casas, huertas y sembradíos con el consiguiente perjuicio monetario. Y pese a tanta desgracia, se manifestaba en completo desacuerdo con los que estimaban que la presencia de la peste y la crecida del río constituían una señal de Dios, que quería hacer justicia contra los que la impartían tan sañudamente en su Santo Nombre, porque era menester terminar con la herejía al precio que fuere.

Y nada tenía que decir a lo que le contaban sus secretarios que hacían los inquisidores por todos los sus reinos porque estaba el turco rondando las costas del sur de Italia. El rey de Nápoles, que era pariente de don Fernando, pedía auxilio y ellos le enviaban veintidós naves y, muerto el viejo sultán, el nuevo, un dicho Bayaceto, hacía guerra cruel a los cristianos en las tierras de Austria; cuando ella, ay, estaba otra vez encinta, con las piernas llenas de sangrantes varices, aunque esta vez sin ardor de estómago, loores a Dios, pues llevaría mejor el embarazo.



Doña Leonor Téllez de Fonseca se llevó un sofocón. No por el tesoro del rey moro, sino porque su cuerpo le jugó una mala pasada. A ver, no había yacido con varón pero no le había venido la «enfermedad» en cuarenta días, e empuñada no estaba no, que bien lo sabía ella, que bien lo supo cuando lo estuvo. A más, sufría dolores al orinar, quizá porque le habían quedado secuelas de su parto, e no valía que la abuela, poniéndose los espejuelos y acomodándose en el sillón en el que pasaba jornada tras jornada en un duermevela, le dijera que las consecuencias del parto suceden seguidamente al mismo e que no se presentan pasados los años, que padecería otra cosa, alguna pequeña dolencia, pues que estaba lozana como una rosa y no se le había

ido la gana de comer... No valía, porque la dama se veía ya con un pie en el otro mundo debatiéndose en penosa enfermedad durante un tiempo, poco; luego muerta y enterrada sin haber encontrado el cofre de don Tello, y se la llevaban los demonios e andaba airada por la casa hasta tal punto que las criadas comentaban:

—Leonor tiene desarreglo.

—No es para enojarse.

—Nada se gana con ello.

—La mujer que pretenda ser tan regular como los ciclos de la luna, es necia...

—El cuerpo sorprende las más de las veces.

—Con la edad se le ha agriado el carácter...

—Nuestra ama es muy diferente a sus antepasadas, que nunca dijeron una palabra más alta que otra en esta casa.

—Doña Leonor, su madre, era una bendita de Alá.

—Doña Ana, su abuela, una santa...

—Doña Gracia, su bisabuela, es mujer llena de bondades...

—Leonor tiene temple.

—Para algunas cosas, para otras, no.

—Para gritarnos, sólo sabe gritarnos...

—Descarga en nosotras todo lo que le sale mal...

—Es muy bonito echar la culpa a los demás.

—Las sirvientas estamos para eso, para que nos echen la culpa.

—El cuerpo de la mujer está lleno de misterios que ni ella misma entiende...

—Alá le está castigando por no querer a su hijo...

—A este angelote, que no hay niño más bello en la tierra toda.

—Toma el niño, Wafa, que se ha orinado y te toca cambiarlo a ti.

—¡Sucio, se hace pis pis en la bacina...!

—¡Marrano!

—¡No le digas marrano al niño, Catalina, sucio es suficiente, o aprenderá a hablar mal...!

—¡Ven Juanico, que te contaré el cuento de un tesoro!

—¡Maldita mora, Wafa, ni se te ocurra...!

—¿Quieres que le pase al niño lo mismo que a la marquesa?

—¡Ay, hijas... Todo lo que hago está mal hecho... Me recrimináis cualquier cosa... La señora me pegó... No sé, mejor morirme...!

—¡*Salam!* —gritaba Marian.

—¡Que haya paz, moricas! —pedía también Catalina.

—¡Catalina eres tú la que más bulla arma...!

—Bueno, vamos al mercado que se hace tarde. Escribe la lista, Wafa, pues luego se nos olvida la mitad: pan, tocino, fruta, verdura...

—Espera, antes tengo que cambiar los pañales al niño.

—Habremos de ir las tres para traer tanta cosa...

—¿Qué vas a hacer hoy de plato principal, Catalina?

—¡Cerdo!

—Nosotras no podemos comer tanto cerdo, algún día no te digo, pero tanto no, que lo prohibió el Profeta, bendito sea...

—¡La señora Gracia mastica mejor el cerdo que la ternera...!

—No me lo explico. En esta ciudad la ternera es tierna, como si bebieras leche, apenas hay que masticarla.

—Ea, si no queréis cerdo, no comáis... Tarde o temprano os tendréis que convertir al cristianismo, moras, que la reina quiere acabar con la herejía y, después de los judíos, iréis los musulmanes, eso se dice en el mercado... Y ya vale de bulla y cháchara, que si las señoras nos llaman no las oiremos...

Y las señoras llamaban, asonaban la campanilla y las criadas sin enterarse, y claro doña Gracia torcía el gesto y Leonor gritaba:

—¡Nadie me atiende en esta casa! ¡Me estoy muriendo e nadie me presta atención...!

E pedía un sedativo, un cocimiento de valeriana aunque ya se hubiera bebido un lebrillo entero. Catalina le llevaba un cuenco bien cargado y le encarecía que consultara al médico, a uno judío a ser posible, suponiendo que todavía quedara algún descendiente de Abraham en la ciudad, pues que muchos de ellos, sabedores de que en Andalucía los quemaban vivos, se largaban a otros lugares en busca de vientos más propicios, llevándose lo que podían.

Pero Leonor, que no quería consultar con un hombre, le pedía:

—Llama a María de Abando, Catalina, que venga.

—No está en la ciudad... De estar, hubiera venido a ver a tu hijo... —respondía la guisandera, recalcando bien aquello de «tu hijo».



María de Abando entró la primera en la casa de la calle del Embobadero, pues que Mingo fue cortés y le cedió el paso, y apenas traspasó el umbral se llevó gran susto al escuchar una ronca voz a sus espaldas. Ella, que era capaz de ver lo lejano, en esta ocasión no fue capaz de ver lo cercano: a la madre de su esposo, una mujer vieja, de nombre Salvina, que estaba sentada en una banqueta en el zaguán esperando a su hijo todos los días del año hasta que sonaban las once de la noche en el reloj del monasterio de Santa Ana, sin una vela que iluminara el lugar, la muy rata.

Rata y arpía, tal dedujo María nada más que la miró a los ojos.

—¿Dices que te has casado, pardal? ¿Con quién? ¿Con ésta? ¿Quién es? — preguntó la Salvina a su hijo en un aparte sin despegar la mirada de su nuera.

—Es María, mi esposa...

—¿Qué oficio tiene?

—No tiene oficio, es mi mujer... Os ayudará en las faenas de la casa... Os vendrá bien, madre, con ella terminaréis antes.

—Las faenas de la casa nunca se acaban, hijo.

—Las dos me cuidaréis a mí. ¡Ea, María, saluda a nuestra madre!

—¿Cómo está la señora Salvina? Yo estoy muy contenta de haber maridado con Mingo...

—¡Este Mingo es un granuja! ¿Dó se ha visto casarse sin avisar a su madre? ¿E tú de dónde eres moza? ¿De qué casa eres?

—¡Dejadla, madre, no le preguntéis tanta cosa!

—Viví mucho tiempo con las monjas de Santa Ana...

—¿No serás tú la Niña del Cristo de la Luz?

—Yo soy.

—¡Ay, Mingo!

—¿Qué es aquesto Mingo? Yo estoy muy orgullosa de haber sido la Santa Niña del Cristo.

—¡Ea, déjense de pláticas sus mercedes, que mañana hablaremos largo e vámonos a descansar que es muy tarde!

E, vaya, que durmió el matrimonio en la cama de Mingo que era asaz estrecha porque la madre no quiso dejarles la suya e no pudieron ni cantearse, claro que a Mingo no le importó, pues ardoroso como era, desfogó su ardor varonil. Pero todo empezó mal en aquella casa, lo constataron los dos.

Empezó mal y continuó peor. Porque ido Mingo a su trabajo, le dijo María a su suegra que se le habían presentado unas urgencias y que se iba, pero la dueña quiso retenerla:

—Antes de irte, friega los vajillos del desayuno, haz las camas, barre el heno viejo y echa otro nuevo, ve a la fuente a buscar agua, al mercado a comprar vianda, pásate por la cerería que tengo encargadas unas velas e, cuando termines, remiéndale a Mingo estas bragas...

María miró a suegra a los ojos, se tentó el saquillo de las manitas del niño malparido y salió dando un portazo, rezongando, diciéndose que no era criada y se encaminó a las casas del convento de Santa Ana para saludar a la hermana Miguela que, vaya por Dios, había fallecido. Se la había llevado el Señor hacía un mes escaso, y lo sintió la moza. Se detuvo en la ermita del Cristo de la Luz, que le dedicó una mirada alegre, o tal se le hizo. Recorrió la tapia de las Gordillas, se detuvo en el ángulo por donde sale el primer sol, volvió sobre sus pasos y contó los ladrillos hasta

el trigésimo tercio, según la clave que había discurrido con el día, mes y año de su nacimiento para no olvidarla nunca jamás, y en el lugar exacto donde había enterrado su tesoro tentó el suelo con las manos, acarició la hierba que crecía y suspiró. E contenta porque nadie había revuelto aquella tierra, subió a la ciudad por la iglesia de Santo Tomás, que estaba ya muy alzada y hermosa, y entró por la puerta del Obispo, cada vez andando más deprisa, que iba a casa de las marquesas a ver a Juanico, a su Juanico.

6

La reina doña Isabel hablaba con su esposo de los matrimonios de sus hijos:

—Don Fernando, nuestra hija la infanta Isabel está en edad de matrimoniar.

—¿Qué príncipe tenéis pensado para ella?

—Me gustaría emparentar con la casa de Austria y Borgoña, pero el duque don Maximiliano y doña María tienen hijos menores...

—No van para la edad de nuestra hija: sería anciana cuando consumara el matrimonio...

—¿Qué os parece, mi rey y señor, don Alfonso, el hijo del rey don Juan de Portugal? Dios mediante, será rey y nuestra hija reina.

—Tengo noticias de que es buen mozo y perfecto caballero.

—¿Desea vuestra alteza que escriba a mi señora tía la duquesa de Viseo para empezar las negociaciones?

—Me place, mi señora.

—Al príncipe Juan me gustaría casarlo con la princesa Margot, la hija de Maximiliano, que, con la ayuda de su padre, llegará a ser también rey de romanos.

—¿E qué inconveniente hay en hacerlo?

—A la niña que tiene cuatro años y es preciosa ya la han maridado a futuro con el delfín de Francia... Para nuestra hija Juana quisiera otro hijo de don Maximiliano, porque siendo nieto del emperador Federico, como su padre también lo será, el niño tal vez herede el Imperio y de ese modo haremos más grandes nuestros reinos y nuestra hija será emperatriz...

—El emperador se elige...

—Lo sé, mi señor, pero don Maximiliano heredará a su señor padre y pesa mucho el anterior e los dineros que reparta... Borgoña es rica...

—Mantiene guerra con Francia, buscaremos también en este país y en Inglaterra...

—Es pena, nuestras hijas, alteza, se irán lejos al casar... Y con vos de aquí para allí me quedaré sola... En fin, es ley de vida.

—Sola nunca estáis, doña Isabel. Siempre tenéis en torno un tropel de damas y secretarios...

—No es de esa soledad de la que yo hablo...

—Bien, negociad con Portugal para la infanta Isabel; lo demás, de momento, lo dejamos estar... En cuanto a la guerra contra Granada, el marqués de Cádiz está reclutando gente por Castilla toda. Da casa y buena soldada y permite llevar a las mujeres; me ha solicitado permiso para empezar las hostilidades y se lo he dado...

—Habéis hecho bien, don Rodrigo Ponce de León es hombre arriesgado capaz de sembrar el terror en la frontera, con ello amilanaremos a los sarracenos... En cuanto a

las mujeres que deja llevar, ¿son de contentamiento o legítimas?

—El marqués quiere poblar las fortalezas con cristianos conforme las vaya conquistando, supongo que pretenderá llevar familias... El caso es que a su llamado se está apuntando mucha gente que sirve en la Hermandad. A este paso, se verá disminuida e volverán los ladrones a los caminos.

—Todo son problemas. Éste lo resolveremos cuando proceda, mi rey y señor.

—¿E mi «madre», cómo está? —se refería don Fernando a su hija la infanta Juana, que era el vivo retrato de su madre la reina doña Juana Enríquez.

—¡Oh, muy bien!, mi «suegra» se cría muy bien. Ya no le queda ningún bulto en la cabeza. Cuando la vea su alteza fíjese que en vez de señalar las cosas con el dedo índice lo hace con el dedo corazón...

—¡Oh...! ¿Y el príncipe?

—Juan se resfría e coge anginas, e crece poco... Es como don Alfonso, mi hermano. Pido a Dios, y estoy muy pendiente de él, que crezca sano, y todavía no he permitido que doña Juana, su aya, le quite la leche... ¿No ibais de cetrería, mi señor?

—¡Sí, ea, me voy al cazadero de Aranjuez!

—Despedidme, don Fernando y ¡buena caza!

Ido su marido, doña Isabel se refugió en un libro de Caballerías que le entretenía más que cualquiera de los escritos en latín, y mucho más que las crónicas de Hernando del Pulgar o de mosén Diego de Valera, a más que los dos la perseguían con sus cuadernos para que los leyera. Y, vaya, que si se prestaba a ello acababa discutiendo con los autores, con el primero porque no se había recatado en escribir: «Rey y reina parieron...», por ejemplo, cuando fue la reina la que alumbró, nunca el rey e, empecinado en el error, que otra cosa no era por mucho que defendiera lo suyo, no lo quería corregir; con el segundo porque le pedía que abreviara su crónica y el clérigo se negaba. Mejor eso que algo en latín porque no comprendía bien aquella lengua y estaba por hacer caso a la Bobadilla y ajustar a una dicha doña Beatriz Galindo, llamada la Latina por su mucho saber, para que le diera lecciones y, entre otras cosas, poder hablar de corrido con el nuncio de Su Santidad, con don Marineo Sículo. Lo haría quizá, pero sin prisa, que estaba entretenida con la historia de don Lanzarote del Lago, arrellanada en un sillón del alcázar de Toledo, mientras sus damas bordaban en escabeles, sentadas en su derredor esperando la hora del yantar.



A media mañana llamaron a la aldaba de la mansión de las Téllez, una vez, dos, tres veces, atronando la calle. Como las criadas no estaban, pues se habían ido al Mercado Chico, las tres para acarrear, ante la insistencia, bajó a abrir doña Leonor y se

encontró con María de Abando que, sonriendo, se inclinaba, le besaba la mano y le saludaba y le preguntaba ansiosa:

—¡Con Dios, señora marquesa! ¿Dó es mi Juanico?

E la dama le respondía:

—Ven.

E subían las dos la escalera, camino de los aposentos de la señora, la ensalmera tentando el saquito del niño malparido y tratando de reprimir la emoción que llevaba después de mucho tiempo sin ver a su hijo, más que mucho que se le había hecho largo. Y lo encontró, ay, en un rincón del despacho de Leonor, en una jaulilla de red, sin techo, asentada en el suelo, rodeado de juguetes, pelotas, cubos de rompecabezas de trapo, emitiendo sonidos guturales, levantándose todo lo rápido que podía y alzando sus manitas para que lo cogieran aquellas mujeres:

—¡Ay, mi niño, mi niño!

Tal exclamaba María y lo tomaba en sus brazos y le hacía molinetes y le daba sonoros besos ante la mirada de Leonor que observaba la escena divertida, sonriendo por fin, después de meses. E la ensalmera informaba a la marquesa:

—Vengo a buscar a mi hijo, señora Leonor. Me he casado, mi marido quiere al niño también. Se llama Mingo Pérez y es cuadrillero de la Hermandad de Ávila...

En esto llegaron las sirvientas que habían regresado de comprar vianda en el mercado. María hubo de repetir lo que ya dijera. Que venía a buscar al niño, que se había maridado y contó cómo se había encontrado con su esposo en un camino, volviendo a Ávila y cómo él, arrebatado de amor, la había llevado al altar en una población llamada Hernansancho, y se fue de la lengua al explicarles con todo detalle lo de Andalucía y lo de la suegra que, sin apenas conocerla, ya la quería mal. Luego, tras recibir calurosas enhorabuenas de todas las habitadoras de la casa, pidió saludar a doña Gracia y reclamó el talego con las ropas del Juanico, que continuaba en sus brazos e le apretaba las mejillas con sus manitas, metiéndole los dedos en los ojos y en la boca, que los niños, ya se sabe, no distinguen.

E llevada a la presencia de doña Gracia, la encontró adormecida. Wafa dijo de no despertarla, no fuera a asustarse y se fuera al otro mundo, no la estuviera ya rondando el ángel Azrael, el de la muerte de los musulmanes, pues que estaba muy vieja, muy vieja. E la María convino con la mora en dejarla descansando, aunque pasaba el día entero en esa guisa y tal vez fuera bueno que hablara e hiciera ejercicio mental para que no se sumiera en los abismos de la senectud. Además, que había de atender a doña Leonor que requería sus servicios, pues iba para dos meses que no le venía la «enfermedad». Le hubiera preguntado si había yacido con varón, pero no se atrevió, y le dio un remedio contra la menorrea. Que Catalina pusiera a hervir cada mañana un manojo de raíz de iris de agua en una azumbre de vino bueno hasta que se redujera a un tercio, que lo bebiera la dama repartido en tres copas, mañana, tarde y noche, y

explicó que en siete días le haría efecto, aunque le volvería a pasar, durante un año tal vez, porque las más de las veces las entrañas femeninas actúan a su capricho, a su albur, pero que lo repitiera cuantas veces fuera menester hasta que le viniera la «enfermedad». E ya volvió a reclamar el talego de Juanico dispuesta a marcharse con él, pero no se lo dieron, no; no le dieron ni el zurrón ni el niño, pues que le habían tomado mucho cariño. E lo que comenzó con un ruego, terminó en agria discusión en la que María llevó la peor parte, en razón de que era una contra cuatro.

Fue Leonor la que empezó aquello:

—María, como estás recién casada, déjanos al niño un tanto más, que le hemos tomado cariño... Así podrás preparar tu viaje a Andalucía...

—Y atender a tu marido.

—Y avenirte con tu suegra.

—Te lo llevas un poco más tarde, no le vaya tu esposo a coger celos, que es menester andar con tiento...

—Los hombres son muy celosos.

—Si le haces arrumacos al niño en vez de a él, le cogerá malquerer e todo andará mal entre vosotros.

—Espera unos días a que estés aposentada en tu casa.

—Lo primero es llevarte bien con tu suegra y si fracasas en ello, pues que hay gente empecinada en sus antipatías, te vas a tu casa con tu esposo, que para eso la tienes...

—¡Muy buena casa además!

—Mientras, nosotras te guardaremos a Juanico.

—Observarás que lo hemos alimentado bien, pues que está gordico como un Niño Jesús.

—Y alegre.

—Es feliz aquí el niño...

—¡Ah, no, señoras mías, el niño es mío... Tal convine con doña Gracia...!

—¡El niño es mío, María: yo lo traje al mundo, con mucho trabajo además!

—¡Lo que se da no se quita! ¿O ya se ha olvidado la señora que no lo quiso? ¿Es que doña Gracia me utilizó para tapar una vergüenza?

—¡Oye, el niño no es hijo de ninguna vergüenza! ¿Cómo te atreves?

—Doña Leonor estaba casada con don Andrés. No lo olvides, María.

—Había recibido todas las bendiciones.

—Vamos, serénate, María, arregla tus cosas... Cuando estés asentada en Andalucía nos mandas recado y te lo llevaremos, que doña Gracia quiere viajar...

—No te precipites...

—¡Ten tiento! —intervino la cocinera—. No te lo hemos de dar ni que nos eches mal de ojo, ni que nos conviertas en ranas, ni que nos hagas desaparecer...

—¡Quiero ver a doña Gracia!

—¡No la verás! ¡El niño está con su madre y con ella se quedará!

—Escucha, María; te voy a dar una bolsa para que te sea más fácil abrir casa en Andalucía —cortó la marquesa—. Mi abuela tiene previsto hacer a Juan marqués, no sé cómo, pero lo está estudiando...

—No quiero un maravedí, señora Leonor.

—¿No quieres para él un título de nobleza?

—Yo quiero lo mejor para Juan, pero también tenerlo conmigo... E le dejaré mis dineros e lo educaré e no será un mengano, no tema la señora...

—Reflexiona, María; el niño no va a salir de aquí... Te digo que será mi heredero... Ve a Andalucía con tu marido, e ya platicaremos —dijo Leonor, e tomando a la criatura de los brazos de su madre putativa, que se lo dejó quitar, se dio media vuelta e fuese con él.



María abandonó la casa de la calle de los Caballeros dudando si había hecho bien o había hecho mal pues que, por una parte, las marquesas, además de cuidarlo bien, le ofrecían al niño más de lo que ella le podría nunca dar, nada menos que un título de nobleza e muchas rentas e propiedades, tierras y castillos incluso. No es que ella no tuviere numerario, que tenía posiblemente más de lo que pudiera gastar en los días de su vida, nada menos que un tesoro enterrado en la tapia de las Gordillas, pero no tenía vida fácil, en razón de que la gente la miraba mal —que lo había venido observando de la casa de Mingo a la mansión de las marquesas—, pues la vecindad la reconocía y murmuraba por la fama que llevaba de ser bruja; además, que a Mingo maldita la gracia que le había hecho lo de Juanico y que mejor fuera tal vez asentarse en Andalucía e luego hablar de la criatura... E así iba dudando, tentando el saquete del niño mal parido, no sabiendo si haría bien o mal haciendo lo que hiciere, pues que quería tener al niño.

E así, tras cruzarse con el hombre que iba medio desnudo, el tal don Juan, que le bailoteó las manos consiguiendo arrancarle una sonrisa, llegó a su casa de la calle de las Losillas, e de inmediato observó cierto revuelo, que los vecinos salían a las puertas de sus casas e sacaban imágenes o asomaban la cabeza por las ventanas e cerraban presto, como si huyeran della, como si le tuvieran miedo. Entró sin hacer caso a aquellos avisos, que otra cosa no eran, e abrió las ventanas para orear e, vaya, que llamaron a la aldaba e salió para encontrarse en el dintel con el judío Yucef, su casero, y en esto arreció el jaleo en la calle, quizá por la presencia del hebreo, e se oían voces contra él y contra ella. El hombre vino a decirle:

—Te vendo la casa, María. Dame lo que quieras, me voy a Portugal, que Ávila no es lugar seguro para mí...

—Tampoco para mí... Me llaman bruja cuando no lo soy...

—Yo corro más peligro que tú... Todavía no se ha quemado una bruja en las Españas y sí a varios judíos...

—Tengo previsto marcharme a Andalucía, quizá levante la casa y no vuelva... Te pagué tres meses por anticipado, me queda uno de alquiler...

—Te estaba esperando. Traigo un recibo y sólo me falta escribir la cantidad... Dame algo...

—¿Cuánto?

—Diez mil maravedís...

—¡Cinco mil y quinientos!

—¡Ocho mil!

—¡Cinco mil y quinientos ni uno más!

—¡Venga, sea esa miseria!

—Espera...

E fue María a la olla que tenía escondida en el hueco de la chimenea e sacó cinco mil y quinientos maravedís que entregó al judío, previa recepción del recibo pese a que no sabía leer, e fuese el hebreo camino de la judería —que los abulenses habían levantado un muro separador—, e quedose la ensalmera sin saber si habría acertado o no comprando la casa, vaya, que vivía una jornada de dudas. No obstante, pensando que siempre sería bueno tener un lugar donde residir cuando volviera a buscar su tesoro, que no había de llevárselo con ella a Andalucía, se templaron sus dudas.

E hiciera bien o mal dejando al niño con las marquesas y comprando su casa, el caso es que sacó la bayeta de fregar y la escoba y limpió, quitándose los malos negocios de la cabeza. Ciertamente que, de no haber sido mujer de su casa y haber andado callejeando, se hubiera enterado de que fray Juan de la Samaritana, habiendo cruzado el puente del río Adaja, ya recorría el coso de San Vicente camino del monasterio de Santo Tomás para entender en varios casos de brujas, vecinas de la ciudad, entre ellos el de una tal María de Abando, es decir, el suyo, en razón de que ella estaba acusada de trocarse en ave y de ver lo lejano, lo que no hace el buen cristiano ni con toda la gracia de Dios.

Hubiera conocido también lo que era voz común, que había salido el fraile de Salamanca, donde naciera y cumpliera cuarenta años, acompañado de un piquete armado de maestros subalternos, con el corazón lleno de gozo, pues el visitador general y el prior de su convento le habían dado muy buenas razones para su designación. Le habían asegurado que un bachiller en Teología, doctor en ambos derechos y hombre de probada virtud, no se podía malemployar de confesor de novicios y él, ante tan claras y justas palabras, había aceptado de grado, pese a que se

despidiera de sus alumnos con lágrimas en los ojos.

Que andaba el tal fraile por la ronda de la muralla, dispuesto a perseguir la herejía, la apostasía, la impiedad y la profanación, con el *Manual de herejes* y las *Instrucciones* de fray Tomás de Torquemada en el talego, montando mula de paso, mojado hasta el tuétano, pues nevaba copiosamente en la meseta castellana.

Y hubiera visto, erguido en su cabalgadura, al personaje que, aunque no quisiera caer en vanidades mundanales ni en fatuidades propias de hombres hueros e incapaces, sonreía complacido; y hasta hubiere adivinado lo que aquél pensaba para sí: que su nombramiento había sido atinado, en virtud de que durante su ejercicio había dado muestras de talento y sobrada honestidad y, como llevaba limpio el hábito, que era hombre de renta propia.

E mirándole al rostro, quebrado de color por demás, hubiera podido percibir que fray Juan era hombre de los que se aplicaban grandes penitencias corporales, azotes con látigo de púas y sofisticados cilicios y que se embadurnaba el cabello de ceniza y oraba noches enteras para la remisión del pecado. Y constatado que cuando veía una moza recia o una dama engalanada desviaba la mirada, aunque a veces le subiera ardor a la cara. Y si hubiera preguntado a las gentes que le guardaban el camino al fraile hubiera sabido que mucho antes de su ordenación ya pregonaba a los cuatro vientos que las mujeres eran la reencarnación del demonio y que tanto era el odio que les tenía que para mortificarse, adoptó el nombre de la Samaritana. Y de haber llevado la indagación más allá, hubiera sido informada de que el sujeto al vestir el hábito de Santo Domingo conservó su nombre de pila, pero no se puso bajo la advocación de Dios o de Nuestra Señora, como hacían muchos monjes y monjas, puesto que le resultó demasiado pretencioso; quiso ser el último de los siervos de Dios y, para llevar una penitencia más a sus espaldas, se habían puesto bajo la protección de la Samaritana. Para que ese personaje mínimo de la Sagrada Escritura, mujer para mayor desatino, guiara sus pasos, sin hacer caso a las miradas de sus compañeros, que se habían quedado atónitos cuando eligió a la Samaritana, habiendo un samaritano, un hombre, otro personaje mínimo también, que podía hacerle el mismo papel, pero ¡más cruces que le trajera el mundo...!

Con todo lo que hubiera sabido María, si no se hubiera puesto a fregar, hubiera podido hacer el equipaje y largarse lo más presto posible, con o sin su marido, o echarse a temblar o reír o emborracharse o tirarse del cabello, cualquier cosa hubiera podido hacer.

Y es que por fin había llegado a Ávila la diputación que saliera de Salamanca con el blasón del santo tribunal abriendo marcha, bajo un intenso frío y recia nevada, cruzándose con mercaderes, tropas de soldados, una carreta con monjas y hasta con una compañía de cómicos de la legua, y la gente, otro tanto en la ciudad, al contemplar el blasón y la cruz verde de la Inquisición se había agolpado en el camino

e intercambiado saludos o invitado a un vaso de vino a los comisionados, que les venía bien, pues había una helada del demonio.

E los vecinos que venían con ella, a la vista de las murallas, pudieron observar que fray Juan repasaba sus notas, consultaba algunos libros y se encomendaba al Señor, pues había de entender y dirimir, entre otros, en el negocio de la Niña del Cristo de la Luz, ahora conocida como la bruja de la calle de las Losillas que, incomodando y aterrorizando a la población con sus hechicerías, se convertía en mosca o en abejorro o en ave cuando se encontraba en el brete de huir de la persecución de la justicia.

Ensopados entraron los ministros del Santo Oficio en el convento de Santo Tomás.

En jueves, postrero día del mes de febrero, año del nacimiento de nuestro Señor de 1482, el famoso y esforzado caballero don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, tomó la ciudad de Alhama a los moros, con gente andaluza y con la que había acudido de Castilla a su recluta.

La reina, que estaba en Medina del Campo, preñada de nuevo, se holgó sobremanera cuando supo de la hazaña de boca de su regio esposo, que llamó a su puerta y esperó a que la señora terminara de oír misa, impaciente, muy impaciente, pues que había darle grandes noticias. E acabado el oficio le comentó alborozado:

—¡Las tropas del marqués de Cádiz han tomado Alhama, una población musulmana situada entre Granada y Málaga, señora mía...!

—¡Dios sea loado, mi rey y señor!

—Veréis alteza: Ponce de León salió de Marchena sabiendo muy bien a dónde iba, cabalgando de noche, con esperanza de que un escalador, pues que Alhama tiene muy buenas murallas sobre un profundo tajo que hace el río del mismo nombre, subiera, observara sin ser sentido e informara cuánto estaba de guarnecida la población. Y, en efecto, trepó el escalador, e dixo que había poca gente de armas, escasos guardianes en la puente, pues que los moradores, dados a vicios y vida muelle, descuidaban las precauciones... E dixo el hombre de tornar con veinte o treinta soldados y ellos mismos tomar la puente y el alcázar, e lo hizo saber al marqués que aguardaba encelado en unos árboles... Hecho lo pretendido y con los escaladores ya dentro de la plaza, don Rodrigo dio grita e hizo asonar trompetas y atabales, alteza... E los moros trabaron pelea con los nuestros que estaban dentro e, como no se rendían los sitiados, el marqués pregonó combate a escala franca e los nuestros consiguieron hacer un agujero en el muro y entrar por él y ya lucharon por las calles dando muerte a muchos pobladores, metiendo espada a todos los varones y cautivando mujeres e chicos, unos tres mil, que no escapó ninguno, mi señora...

—¡Ay, don Fernando, diría que Dios nos bendice...! ¡El rey de Nápoles, vuestro pariente, también venció al turco en Otranto con las naves que le enviamos!

—Don Rodrigo ha tomado infinitas riquezas de oro, plata e aljófara, sedas, ropas de zarzahán y tafetán; alhajas de muchas maneras; caballos y mulas; e infinito trigo, miel, almendras y aceite... A vos os manda un collar y a mí un caballo... Los trae Diego de Merlo, el asistente de Sevilla, que se juntó con él camino de la fortaleza.

—E con los baños que hay próximos, donde hacen lujuria los moros, ¿qué?

—También corresponden al marqués...

—Espero que no hagan allí deleites demasiado los nuestros, que los baños en privado, mi señor...

—Hay allí muy buenos manantiales, muy benéficos por otra parte.

—¿Ha liberado el marqués a algún cautivo?

—¡Oh, sí, había bastantes en las mazmorras y hasta aprisionó a un cristiano renegado...!

—¿Un renegado? Ése no merece vivir...

—No vive, el marqués hizo justicia con él.

—Quisiera interrogar a algún cautivo musulmán personalmente...

—No, mi señora, todos son ya esclavos del Ponce de León y de los que iban con él... Se los ha ganado, ha hecho la guerra con sus dineros...

—Veamos, mi señor, cómo está la situación... ¿Cuándo vamos a intervenir nosotros en la guerra?

—Tengo problemas con las remensas en Cataluña.

—¿Otra vez? ¡Qué gente, par Dios...! Si estáis en ello, bien... Pero sobre Granada, ¿de aquella sublevación que pretendimos que hiciera el príncipe Boabdil contra su padre el emir Muley Hacén...?

—No hay resultado todavía... Los nuestros tomaron Alhama pese a que no tenían agua para ellos ni para los caballos... El duque de Medina Sidonia acudió en auxilio del marqués, olvidando antiguos odios... Ambos levantaron en la torre el pendón del rey Fernando III.

—Así es menester hacer para arrojar al moro de las Españas... Pero, ¿no han discutido los nobles por el reparto de botín?

—Eso lo sabremos en unos días...

—¿Qué plan tenéis, mi señor, para las ciudades moras que se rindan ante nuestra ofensiva?

—A los que se quieran ir, los dejaré marchar con todos sus bienes... A los que se quieran quedar, los dejaré libres y que practiquen su religión y que paguen el mismo tributo que abonan al rey moro.

—Me place, don Fernando, si somos magnánimos en las condiciones, los castillos se rendirán antes... Hablando de otra cosa, ¿estaréis esta noche en la representación del auto de Juan del Encina? Tengo para mí que nos servirá de divertimento.

—No podré... Tengo previsto personarme presto en Andalucía y hoy he de redactar varios documentos...

—¿El de pedir bula de cruzada lo hago yo o lo hacéis vos?

—Estoy en ello, sería bueno que su santidad nos permitiera vender bulas en nuestros reinos y con ese dinero sufragar la guerra contra Granada.

—Abandonad por una noche el trabajo y acompañadme... Dicen que la representación es graciosa... A los dos nos vendrá bien descansar de tanto documento...

—Tengo cosas que no pueden esperar... El papa pretende entregar la sede obispal de Cuenca a un sobrino suyo.

—¡De ninguna manera!

—¡En Roma todo es nepotismo...!

—En Roma y en todas partes... Todo el mundo pide para sí o para los suyos... En la cuestión de obispos no cedáis mi señor. Concordamos con la Santa Sede que serían nombrados a propuesta nuestra.

—Por cierto, el arzobispo Carrillo se muere...

—Es muy mayor... A su fallecimiento tendremos conflicto, pero ya tengo candidato para ocupar la vacante de Toledo...

—¡Dejadme adivinarlo...! ¿Don Pedro González de Mendoza, el arzobispo de Sevilla?

—¡Él! ¿Qué os parece?

—¡Bien! ¡Me voy!

—No trabajéis mucho... Os espero esta noche en la función, os guardaré sitio a mi lado... ¡No lo olvidéis, mi rey y señor...! ¡E si hacéis viaje a Andalucía iré con vos...!

—No os conviene, mi señora, estáis empuñada.

—¡Os acompañaré, pese a ello!

—Iré yo solo e no se hable más.

Pese a que dijo el rey lo que dijo, los dos fueron a Córdoba.



Con las criadas de la casa de la calle de los Caballeros calmadas de ánimo, con la abuela medio adormecida y abriendo los ojos para contemplar el retrato de don Beppo y con el Juanico, que más parecía un taravillo, Leonor, aliviada ya de su desarreglo merced al cocimiento que le había recetado María de Abando, pudo volver a sus afanes, a la búsqueda del cofre de don Tello. Y, como ya tenía algo de donde partir, de las veintidós hojas de olivo, correspondientes al día de su nacimiento, y cuatro pétalos de flor que le hablaban del cuarto mes del año, es decir, abril, el de su onomástica, y el pergamino, se dedicó a escudriñar el Corán tratando de encontrar la cifra de 1451, que no estaba a la vista ciertamente. Fue azora por azora, aleya por aleya e, de repente, cuando se encontraba en la azora segunda, aleya cuarta, levantó los ojos, miró al techo de la habitación, luego a Wafa, que la contemplaba expectante, frunció el labio, se llevó la mano a la frente y exclamó:

—¡Creo que lo tengo, Wafa! —e detuvo a la mora con otro gesto, no fuera otra vez a sembrar el desconcierto en la casa.

El caso es que encontrándose en la aleya cuarta de la azora segunda, que dice: «Ésos están en buen camino, sus pasos les llevan al Señor», y habiendo sumado los

números de la cifra que buscaba, 1451, entre sí, que suman once, y once son las palabras contenidas en el versículo, la dama entendió que estaba en el buen camino, por lo que dio gracias a Alá, y aprehendió, que ya era negocio de aprehensión, de percepción, de captación, de leer entre líneas, de perseverancia, de pericia en fin, que la palabra camino, lejos de cualquier símil, se refería a hacer camino: a andar, pasos, en concreto. A dar mil cuatrocientos cincuenta y un pasos uno detrás de otro e, vaya, que el ramo de olivo que tenía sobre la mesa le señalaba el norte, caminar mil cuatrocientos cincuenta y un pasos hacia el norte y en línea recta, porque el ramo era muy recto y porque el camino más corto entre dos puntos es precisamente ése, el más recto.

Descubriera o inventara, doña Leonor no entró en alharacas, sino que se limitó a ordenarle a la mora:

—Wafa, mañana te levantarás antes de que canten los gallos y, desde la puerta de casa, me dirás por dónde sale el sol.

—Espero que no esté nublado, pues que nieva abundante.

Y sí, sí, como no ignoraba doña Leonor, el sol salió como todos los días por arriba del convento de las Gordillas. La dama se congratuló cuando la esclava le fue con el desayuno a la cama y confirmó lo que ya sabía, en razón de que se había terminado la larga noche que había pasado mal durmiendo, pensando si habría acertado en la pesquisa, imaginándose qué haría cuando encontrara el cofre del rey moro, qué les diría a las incrédulas de la casa, a doña Gracia y a Catalina, qué cara pondrían cuando ella les mostrara una enorme arca llena de oro y piedras preciosas, y se aplicó con la manduca y aún pidió más de comer:

—Wafa, tenemos trabajo, pero antes tráeme más leche, pan tostado e manteca, e trae para ti también que hemos de salir a la calle...

—Hay mucha nieve, Leonor, no se puede dar un paso.

—No puedo esperar... Ve tú, necesito saber qué camino es más recto hacia la puerta del Alcázar, si por Cuchillería o por la plaza de la Fruta...

—Por Cuchillería y luego Feria... Vamos derechas.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto! ¿Has descubierto alguna cosa? Tengo para mí que sí. Dímelas, Leonor.

—No sé, porque ya dudo de todo con esta historia de nunca acabar... Creo que debo dar mil cuatrocientos cincuenta y un pasos desde mi recado de escribir hacia el norte y donde llegue estará el tesoro de los Téllez...

—¡Oh, albricias, Leonor!

—Mira, el Corán me ha revelado que estoy en el buen camino y que paso tras paso llegaré al Señor...

—¿Al Señor? ¡El Señor es Alá!

—Mi Señor es el oro, no ves que muero por hallar el tesoro de una maldita vez...
¡Lo descubrí ayer!

La mora mostró entusiasmo ante el posible hallazgo. No obstante, insistió en que las calles de Ávila estaban intransitables por la mucha nieve caída, quizá porque no podía hacer otra cosa que llevarle la corriente a su señora e, tras personarse con más vianda, revolvió en el arca de su ama buscando la capa aguadera.

—Saldremos tú y yo, Wafa. Busca paraguas también... E no digas una palabra...

—¿Tú crees que haces bien, Leonor, de salir con este día? Te puedes partir una pierna...

—Tú también...

—Sí, pero yo soy esclava y tú ama...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué a mí me dolerá más o menos?

—No quiero decir nada, hablo por hablar...

E, vaya, que la mora quiso disuadir a la marquesa pero no lo consiguió. Le sostuvo el paraguas doce pasos, hasta el medianil del palacio, hasta donde pudieron llegar, pues que había media vara de nieve e se hundían.

Regresaron presto, la esclava contenta, el ama rezongando, las dos mojadas las faldas y las pantorrillas. Leonor pasó el día y el siguiente y el siguiente con sus estudios, repitiendo sus investigaciones, la mora escuchándola atentamente y preguntándose si no sería bueno sumar a Marian a la búsqueda, pues que fue la persona que había transmitido la existencia del cofre del rey moro, pero sin atreverse a decirlo, y echando leña a la chimenea, que falta hacía pues se helaba el agua en los vasos dentro de las casas, y a los abulenses se los comían los sabañones.

Si Leonor estaba atareada en su mansión de Ávila esperando que remitiera el temporal de nieve, su hermana Juana se debatía en Tordesillas, lejos de su gente, en inmensa tristeza, que no se le pasó ni en seis meses ni en un año. Empezó a amohinarse y, luego, a amuermarse, ya fuera de pena por su incapacidad física para cumplir con celeridad las mandas de doña Teresa, o por el frío y la humedad del río, que le entumecían los huesos hasta el punto de no poderse mover, o porque le pesaba no haber concedido la libertad a su esclava Wafa, o porque, en continua abstinencia, comía poco, o porque vivía entre gentes groseras que eructaban como los gorrinos, o por estar alejada de sus seres queridos y no haber empezado todavía a amar a sus compañeras, o porque todo se le iba juntando. El caso es que lloraba en silencio, en la iglesia, en los pasillos, en la letrina, en la cama, e se hubiera escondido del mundo.

Entre lágrimas, reconocía que de haber sido mujer avispada hubiera podido sacar partido a aquella melancolía, pues que las monjas, contemplándola enferma, la trataron con misericordia. Le devolvieron las calzas que había traído de Ávila para que se envolviera los pies, le dejaron una almohada y un colchón de plumas para dormir, le arrimaron los zapatos para que se los calzara cuando se levantara para

hacerle la cama, le retiraron la bacina de aguas malas e las cocineras le hicieron mejor comida pero, pese a tanto desvelo, no se repuso ni en seis meses ni en un año. Pensaba todo el tiempo en su familia y, además, tenía sentimiento de culpa por aceptar lo que otras monjas no tenían, pues que le llevaba la guisandera del convento un plato de sopa con un buen trozo de pan para hacer gachas, e lo despreciaba e se lo comía la otra con hambre, con gula, Dios le perdone, y se preguntaba si estaría haciendo pecar a la cocinera. E se decía si, haciendo esfuerzo, no podría alzarse de la cama e incorporarse a la vida cenobial, e si estaba haciéndose pasar por enferma más tiempo del debido e, en otro orden de cosas, qué harían la abuela e su hermana e las moras e Catalina, y qué habrían hecho con el niño, con el Juanico. En razón de que le dolió dejar al niño, e por él se enfrentó a su hermana, para irse a vivir entre altos muros con gente desconocida y, vive Dios, garbancera, que ella tenía creído que en las Claras profesaban damas con prebendas y, vaya, que no, que eran mujeres de oficio, menestralas y alguna viuda, dueñas sin títulos de nobleza, y erró al no enterarse antes, pues que hubiera podido entrar en las Huelgas de Burgos.

Pese a que había en la casa un magnífico baño a la usanza árabe de tiempos del rey Alfonso, el que había derrotado a los moros en la batalla del Salado y fundó el monasterio para dar gracias a Dios, sus compañeras, como si le tuvieran aversión al agua, no lo utilizaban e, claro, exhalaban mala olor, cuando el mismo Señor Jesucristo se bañó en el río Jordán. E algunas monjas comían con la mano, e echaban regüeldos en la mesa y ventosidades en la cama, quizá porque allí todavía no había llegado la reforma de las Órdenes Religiosas que había conseguido la reina Isabel del Papa; y era desagradable. Claro que en otros conventos las monjas, tal se decía, comían como tragaldabas y llamaban a hombres para que fueran a yacer con ellas, lo que peor era...

Un día, un día gélido, en que seguramente estaría nevando en Ávila y en Tordesillas poco faltaba, pues estaba el cielo gris, la abadesa fue a visitarla al dormitorio común y, tras interesarse por su salud, le encomendó una tarea que, de entrada, le agradó. Y a poco, sor Juana Téllez se levantó, se calzó, entregó el plumón y la almohada a la hermana mayordoma, e tornó a la vida de la casa: a levantarse antes del alba para rezar maitines, el resto del Oficio, las Horas y mil otras oraciones a lo largo de la jornada; a malcomer y, por primera vez, a ordenar los antiguos pergaminos del convento, el trabajo que le encomendó la señora.

Porque la dicha doña Teresa, aunque mujer de gran valimiento para llevar la casa y organizaría e que nunca faltara de comer en los platos de las monjas, si bien poco, pues era cicatera como es dicho, había sido muy dejada, tanto o más que sus antepasadas en el cargo, con los pergaminos y papeles de la comunidad y, a causa de tamaña negligencia, no sabía qué tenía ni qué no tenía, e no podía vender ni pignorar ni responder tal o cual a los abogados que le pedían la escritura de tal o cual

propiedad o derecho que tuviere sobre mercaderías, portazgos o montazgos, etcétera, pues que tenía pleito contra los vecinos de Tordesillas, de antiguo. Y eso, le entregó a Juana unos cajones repletos de documentación y le pidió que la inventariara para saber lo que había, sin que ninguna otra monja mostrara el menor deseo de quitarle el trabajo a la novicia y hacerlo ella, en razón de que muy pocas sabían leer. Y es que una noche, la anterior a hacerle la propuesta a sor Juana, mientras cenaban las monjas en el refectorio, se le iluminó la sesera a la abadesa e, interrumpiendo la lectura de la vida de Santa Lucía, que ya venía durando veinticuatro días, porque en los platos había poco que comer, dijo:

—Doña Juana Téllez organizará la documentación de la casa en un archivo...

Y nadie dijo ni pío, ni doña Juana, cuando fue enterada al día siguiente, pues que no mostró ni contento ni descontento, pero a poco anduvo como unas pascuas en Tordesillas. Porque, por fin, la abadesa le había encontrado un trabajo para el que no necesitaba dos manos y se valía con una de maravilla y, de consecuento, poco a poco se le fue retirando la tristeza.



María de Abando, al abrir su casa, no fue la mujer de Mingo Pérez, el valiente cuadrillero de la Hermandad de Ávila, quiá; continuó, más bruja que nunca, siendo la hechicera, la ensalmera, la santiguadora, la saludadora, la que echaba mal de ojo, la que llamaba a los demonios, la que convocaba a los muertos, la que movía las estrellas de lugar, etcétera. En razón de que se había presentado en la ciudad un visitador del Santo Oficio, un dicho fray Juan de la Samaritana, hombre honesto donde los haya, acompañado de varios oficiales para entender en el caso de la tal María y de otras brujas que tenían casa abierta en el recinto murado o en sus arrabales.

María, la peor de todas, pues que surcaba los cielos trocada en ave o en abejorro o en tábano para contravenir las leyes de Dios, que no había querido que el hombre volara pues de otro modo lo hubiera dotado de alas; que hacía hechizos de amor consiguiendo que las doncellas entregaran su virginidad y se abandonaran a los vicios de la carne; que los donceles ardieran y violentaran a mujeres honradas en las huertas y en los caminos; que los maridos se alejaran del lecho conyugal e anduvieran en los burdeles con putas sabidas contagiándose del mal francés y de toda suerte de bubones, expandiendo de ese modo enfermedades vergonzantes, etcétera.

Fray Juan de la Samaritana y los subalternos, antes de emprender su misión, se quitaron el frío en el convento, pues que en la ciudad se helaba el agua en los pozos, y se demoraron unos días, los de la nevada. Mingo oyó lo que se decía en las casas de

la Hermandad, donde sus buenos amigos le avisaron de lo que tramaban la Inquisición, el concejo y los vecinos contra su mujer, e llegado a casa de su madre, hundiendo su precioso jaco en la nieve, que había más de media vara, fue también informado de la llegada e intenciones del visitador por su progenitora, pese a que no albergaba en su corazón miaja de pesar por lo que le pudiere suceder a su nuera, y el buen Mingo actuó. Se fue raudo a la calle de las Losillas, a la casa de María y, antes de que ella le pudiera contar que le había comprado la casa al judío, le habló del visitador y sus ministros e le instó a que llenara un talego para tomar los dos el camino de los puertos en dirección a Andalucía sin perder un instante, pero no le valió de nada, pues María era terca e se negó a abandonar su propiedad, entre otras razones porque no se podía transitar por las calles ni menos por los caminos, como va dicho.

E fue al primer sol, aunque aún no se había derretido completamente la nieve en Ávila, cuando ido Mingo a despedirse de su madre y de las gentes de la Hermandad, ya llamaba a la puerta de la ensalmera un hombre, un desconocido, forastero quizá; de rostro quebrado de color, alto de estatura, complejo de miembros, vestido con ropa talar, e ya la María, codiciosa como era y viéndolo caballero, le preguntaba:

—¿Qué desea el caballero?

Y el caballero respondía:

—Quiero, dueña, que convoques al espíritu de mi madre para que pueda platicar con ella pues que dejé de decirle unas cuantas cosas...

—¡Ah, mucho pide el caballero!

—Te pagaré bien... Te daré esta bolsa que contiene diez doblas de oro.

—¡Diez doblas de oro!

—¿Tu eres la Niña del Santo Cristo de la Luz?

—Así me llamaron las buenas gentes e yo les hice servicio... Escuché sus penas, traté sus heridas y enfermedades y en lo que pude les alivié, pero ya no me llaman así, quizá porque soy mujer de edad madura.

—¡Ea, vamos a mi negocio! Llamas a mi madre y le trasmites lo que yo te diga, que he de pedirle perdón por unos agravios que le hice e no me fue posible hacerlo, pues falleció de súbito...

—No es hora de llamar a los espíritus, señor.

—¿Cómo que no?

—Se les llama de noche y siendo martes entre las nueve y las diez.

—No puedo esperar. ¡Déjame entrar y procede!

—Pasad y tomad asiento en esta silla. Yo me sentaré en esta otra... Quiero que sepáis que es desatino convocar a los muertos fuera de hora. Además, os explico con claridad que si el espíritu de vuestra madre no viene o viene enojado no me haré responsable de lo que pueda suceder... Voy a hacer esto por vos, exponiéndome yo

también a la ira de los seres del otro mundo, pero no quiero las doblas, quiero la mula, ¿estáis de acuerdo?

—¡Sí!

—¿Cómo os llamáis?

—Juan.

—¿Qué oficio tenéis o acaso sois hombre de renta?

—Soy fraile.

—Tengo parroquia de algunos frailes y monjas... ¿Cómo se llamaba vuestra señora madre?

—Doña María.

—¡Igual que yo...! ¡Cerrad los ojos y no los abráis al oír ruido! Tened en cuenta que si consigo que se presente doña María lo mismo puede venir entre músicas que ruidosa como un temporal e con grande aparato de truenos y relámpagos, e traer voz cavernosa, pero no os debéis asustar ni abrir los ojos... Yo voy a cerrar los postigos de la ventana para hacer oscuridad... ¡Fraile, la mula la cobro por anticipado...!

—Tuya es. ¡Venga, empieza!

—Bien, tened temple...

E María se sentó en la silla, se arrellanó, se santiguó, se encomendó a los tres demonios sabedores y, recogién dose en sí misma, dijo en un susurro:

—Doña María, madre del fraile Juan, ven que tu hijo quiere pedirte perdón...

E como no fue nadie repitió la invocación varias veces, sin éxito. Por eso le dijo al hombre:

—Ya os he advertido que no es hora... Voy a intentarlo de otro modo, pero a los espíritus se les convoca de noche... ¡Vos no abráis los ojos!

E fue al cuarto de sus ollas e buscó en una e sacó un puñado de flores secas de verbena, e bajó con ellas a la habitación de recibir e la fue extendiendo por el suelo, haciendo un círculo en torno al fraile. E, visto que la muerta no acudía ni llamando a los demonios, se encomendó a San Pedro, a San Juan y a Santa María, porque no en vano la fallecida había llevado su mismo nombre, fracasando otra vez, porque no era la hora. Y lo que explicó:

—No es la hora apropiada, señor fraile.

—¡Inténtalo, pardiez!

E al cabo de dos horas de intentonas, lo único que se le ocurrió a la hechicera fue conjurar a aquella dicha doña María por la vía del amor, en la que las madres no suelen fallar, e así cogió un muñeco que tenía escondido en el hueco de la chimenea, el mismo que había utilizado para hechizar a don Martín Gil de Torralba, el marido de doña Juana Téllez de Fonseca, le partió de un manotazo el miembro viril, pues que necesitaba un niño, no un hombre, le metió la cabeza en una aljofaina, como si lo bautizara, y tal hizo poniéndole el nombre de Juan, el del clérigo, y dijo alzando la

VOZ:

—¡Doña María, madre, muy buena madre, única madre deste niño de nombre Juan, acude a mi llamado que te hablo por tu hijo!

E cuando sonaron las doce del mediodía en el reloj de Santo Domingo, harta de luchar contra la resistencia del espíritu, dirimiendo en su sesera si engañar al fraile o despedirlo y tornarle la mula, optó por lo primero, en razón de que una mula es una mula y le vendría bien para largarse de Ávila. De ese modo se quitó el manto que la abrigaba e hizo aires por la habitación, volteándolo, a la par que rugía como un cerdo y exclamaba:

—¡No abráis los ojos, fraile Juan, que ya viene...!

E se dispuso a hablar por la madre muerta con voz de ultratumba, cuando, ay, el religioso se levantó de la silla, la miró a los ojos con aire inquisidor e señalándola con el dedo le gritó:

—¡Maldita bruja embustera, te voy a llevar conmigo a la cárcel del Santo Tribunal...!

E María conservando el aplomo que le daban sus treinta años cumplidos y sus muchos años de ejercicio, le respondió con voz serena:

—No me vais a llevar a ninguna parte... Habéis venido a pedirme lo que no es de fraile, engañándome por otra parte, lo que no haría fraile...

—*Vade retro!* —gritaba el otro enseñando un crucifijo.

Y menos mal que allí no había nadie, pues a saber lo que hubiera sucedido dado que el ánimo de la población de Ávila andaba soliviantado contra las brujas. Pero el hecho es que el religioso avanzó hacia María enarbolando la Cruz y con violencia en los ojos, y que la dicha, que se encontraba en un brete, se defendió como pudo, con lo primero que le vino a la mente, con un conjuro que había estudiado en su día para librarse del acosamiento de aquel Perico que había pretendido della lo que no se pide a dueña honrada. El conjuro, ay, de enviar a un hombre lejos e, Dios de los Cielos, le salió mal porque convirtió al fraile en perro, en un canecillo escuchimizado.

Aterrorizada, y eso que no era mujer espantadiza, cuando se presentó Mingo con sus talegos ya estaba esperándolo montada en la mula del clérigo, e partióse el matrimonio camino de Andalucía. Un canecillo esmirriado los seguía de lejos, pues le daban miedo los cascos de los caballos, juntándoseles cuando descabalgaban para descansar o pernoctar.

—Sepan mis damas que he decidido mandar mis joyas a Valencia para que las custodien en la Catedral, en un cofre encerrado dentro otros tres, bajo fuerte candado... Las guardo para un apuro, que nunca se sabe... Las envió a aquesa ciudad porque, en un momento dado, el arzobispo puede embarcarse en una nao y salvarlas, pues que el rey y yo hemos dado pregón a todos los nobles y gentes que reciban prebendas para que se junten con nosotros a hacer la guerra de Granada... Pero también tenemos previsto que vengan hombres de la Hermandad a nuestro ejército e Castilla quedará desprotegida... Tiempos hubo, cuando era infanta, en los cuales en mi casa no había qué comer... A más, que me van a dar dineros... De este modo las tengo en lugar seguro y garantizo el préstamo...

—Bien pensado, señora, el rey moro está corriendo el campo de Tarifa, causando gran mortandad...

—¿Quién puede asegurar que no penetrará en Castilla con su tropa de demonios?

—No entrará en Castilla porque el rey y los señores se ocuparán de que no pueda hacerlo e le plantarán cara y espada... Si he tomado esta decisión ha sido por los ladrones, que la Hermandad todavía no ha podido acabar con todos. E voy a enviar también cuadros, tapices y libros que son de mucho valer... Los llevará doña Mencía de la Torre con diligencia, acompañada del hijo mayor de don Gonzalo Chacón y un piquete de soldados.

—Honra me hace la señora —aceptó doña Mencía.

—Os encomendaré, doña Mencía, mis joyas y las de las antiguas reinas de Castilla, lo que queda dellas, pues mis antepasadas hubieron de vender y empeñar, como yo.

—Las guardaré como si fueran mías y pediré recibo...

Y en ésas estaban las damas, algunas hablando entre ellas, preguntándole a doña Mencía si llevaría sus joyas para resguardarlas mismamente como las de la reina, quizá para encomendarle las suyas, pero llegaron el príncipe con su aya y la infanta con la suya al aposento de doña Isabel e interrumpieron, y las damas los atendieron.

Doña Juana Velázquez, el aya del príncipe, venía quejándose de que su alteza no quería comer:

—Le doy, señora, en la boca, cucharada a cucharada, una por Jesús, otra por María, otra por el rey Fernando, otra por vos, otra por doña Juana, así hasta mil... E no hay modo...

—¡Ea, doña Juana, traed el plato! ¡E vos, pequeño Juan, venid aquí e abrid la boca!

—¿Por qué come su alteza con su señora madre e conmigo no? —regañaba la nodriza al príncipe.

—Yo también quiero —pedía la pequeña Juana con su media lengua.

—¡Doña Juana, vos habéis comido! —intervenía el aya de la infanta—. ¡Os sentará mal!

—¿Qué ha comido la niña? —demandó la reina.

—Sopa, ensalada, verdura, pescado, carne, fruta y pastel...

—¡Bien, tiene que crecer fuerte! ¿E vos, don Juan, todavía con la sopa? ¡Abrid la boca! ¡Una por vuestro padre el rey don Fernando, el mejor rey de la tierra...! ¡Abrid la boca, hijo mío!

—¡No, no! Me duele la tripa, madre...

—¡No es cierto! ¡Un niño que ha de ser rey de tantos países, debe comer mucho para hacerse fuerte y poder luchar, que los enemigos, hijo, acechan por los cuatro puntos cardinales...!

—Yo quiero una espada...

—Si no comes no la podrás sostener en alto ni menos asestar golpes con ella y los moros o los turcos te ganarán la guerra...

—¡Yo quiero vivir con hombres...!

—¿De dónde ha sacado vuestra alteza semejante cosa?

—Cuando haya crecido estará vuesa merced con hombres.

—A los niños los crían las mujeres.

—De otro modo, ¿quién haría la guerra?

—Doña Juana, no te disgustes, el príncipe dice cosas de niño...

—¡Venga, Juan —pedía la reina—, recítame el abecedario...!

—¡A ver, don Juan, dígle su alteza a su señora madre los números: uno, dos...!

—¡Venga, hijo, que jugaremos!

—¿A qué?

—¡A lo que quieras, abre la boca, una cucharada más...!

—Para quién va ser este confite, ¿para don Juan?

—No, para don Juan no, que no quiere tomar la sopa...

—¡Que me cuenten un cuento, madre!

—¿Quiere su alteza que le cuenten un cuento las damas como el otro día?

—¿Cuál?

—El del rey moro que perdió Alhama...

—¿El que inventamos el otro día? —pregunto la Bobadilla.

—¡Sí!

—¡Ea, pues, yo seré el rey moro! —solicitó la reina, e nadie puso inconveniente, pues que habiendo reina e ausente el rey, en Castilla la reina es rey.

E las damas escenificaron un cuento a varias voces para el príncipe e la infanta que, pese a lo chica que era, miraba muy atenta e aplaudía e gritaba con todas:

—¡Ay de mi Alhama!

E llegada la noche, doña Isabel, pese a que estaba agotada por el día jaleado que había llevado y por la doble fetación que llevaba su vientre, hecho que había conocido dos semanas antes, escribía de su mano, recostada en la cama y con las piernas en alto para aliviar sus varices, a su hija mayor, a la infanta Isabel, que continuaba de rehén en Portugal.



Retirada la nieve en la ciudad de Ávila, doña Leonor Téllez de Fonseca, habiendo concluido que el tesoro de don Tello se encontraba extramuros en algún lugar del norte, salió de su casa al primer canto del gallo camino de aquel rabal. La acompañaban sus dos esclavas moras, Marian y Wafa, e andaban emocionadas las tres, por Cuchillería y Feria, hasta que fueron detenidas en la puerta del Alcázar. Allí la dama, antes del amanecer, hubo de explicar a los guardianes que iba a llevar presentalla a la ermita del Cristo de la Luz, para que le franquearan el paso. Veinte maravedís les dio, y una vez más comprobó que el dinero abre todas las puertas por muy cerradas que estén. E iban las tres mujeres contando sus propios pasos desde la puerta de la mansión de la calle de los Caballeros, por camino llano intramuros, y cuesta abajo y cuesta arriba por el rabal. Yendo en línea recta, contando las tres, a sabiendas de que los pasos de Leonor eran más largos que los de las esclavas. La dama se santiguó al pasar por San Pedro e ya tomaron la costana, pues que habían de dar hasta mil cuatrocientos cincuenta y un pasos del mismo tamaño. E así se personaron en la alta tapia de las Gordillas, extrañadas de llegar a lugar habitado, pues a la izquierda tenían el dicho convento, más allá la ermita del Cristo de la Luz y todavía más a la izquierda el monasterio de Santa Ana; claro que a la derecha había despoblado, un bosquecillo. Un buen lugar quizá para esconder un tesoro.

—Miremos en el bosque, Leonor...

—Contemos las hileras de árboles, por si el número te dice algo, por si es par o impar o capicúa...

—Lo primero que debemos discurrir es lo de los pasos... Yo he contado mil cuatrocientos cincuenta y uno... ¿Wafa, tú cuántos?

—Yo, en este lugar que estamos, mil cuatrocientos cincuenta y cinco...

—¿Y tú, Marian?

—Yo, señora, mil cuatrocientos setenta...

—¿Ya sabes contar hasta cifra tan alta?

—Sí, hija mía... Leer las letras no, pero los números sí... Te los enseñaba cuando eras niña...

—Bueno... Supongo que si yo soy la única heredera de don Tello, los pasos que

valdrán serán los que he dado yo...

—¡Claro!

—¡Entonces es aquí!

—¡Eso es, donde tú estás!

—A ver, Wafa, busca piedras para señalar el lugar, tú no te muevas, Leonor...

—Oye, Marian, recoge piedras tú también...

—¡Hija, Wafa, cómo eres!

—¡Ea, vivo, que hace un frío del demonio!

—Yo he traído una azadica para cavar... Retírate Leonor...

—¡Oh, no! Hoy venimos a mirar solamente. Repetiremos el camino, e cuando estemos seguras del lugar exacto haremos el hoyo, no nos vayan a oír las monjas y nos pregunten qué hacemos aquí, cavando, al pie de su tapia...

E volvieron a casa para repetir la operación durante nueve jornadas, de tal manera que ya las conocían los guardianes de la puerta del Alcázar e incluso las esperaban, deseosos de que la dama no acabara nunca aquella novena que rezaba al Señor Cristo de la Luz, que doña Leonor, a más de darles dineros, les llevaba galletas y hasta varios pasteles de manzana les regaló, de los que hacía Catalina.

El caso es que la guisandera aprovechaba también para hacer galletas y pasteles para Juanico y para doña Gracia que, tras llevar tiempo como adormecida, sólo abriendo los ojos para mirar el retrato de don Beppo y los labios para suspirar, pareció resucitar con los pasteles y le preguntó a la criada por qué hacía dulces y si celebraban alguna cosa, sin duda para sumarse a la fiesta. Y la cocinera, que apenas hablaba con nadie en razón de que Leonor y las moras andaban muy ocupadas con el maldito tesoro, soltó la lengua:

—Sepa la señora que Leonor y las moras salen antes del amanecer de casa con una vela muy buena para el Cristo de la Luz y una tarta o unas galletas para los guardianes de la puerta del Alcázar para que les abran porque todavía está cerrada, e que andan por aquellos arrabales, entre las Anas y las Gordillas, en busca del dichoso tesoro de don Tello.

—¡Maldito tesoro, Catalina!

—La culpable de todo fue Wafa, que les habló siendo muy niñas del oro de su señor padre, un jeque beréber... E luego Marian, que les dijo lo del cofre de don Tello, del que yo no sabía nada, y eso que era la criada más antigua de la casa...

—¿No sabías nada? Es raro porque en nuestra familia siempre se ha platicado del tesoro de los Téllez... Cierto que ni yo ni tiona Ana, mi hija, le dimos importancia, quizá porque ya lo habían buscado otros sin éxito y no nos hacía falta dinero. No sé, quizá deba yo hacer algo...

—Debe hacer algo su merced, o Leonor se alunará por completo... Que anda con las esclavas, cada una con una cuerda con un péndulo de hierro en la punta...

—¡Dios mío, una marquesa de Alta Iglesia recorriendo los arrabales de Ávila como si fuera un zahorí!

—No se puede quitar lo del oro de la cabeza, y eso que no es avara ni tacaña.

—Ha puesto en él sus anhelos... No ha tenido muy buena vida, la pobre, Juana tampoco...

—A Juana esta locura se le pasó antes.

—Cambió el tesoro por Dios.

—¡Ay, mi pobre, niña! ¡Allí pasando frío y humedad, que entró descalza, recuérdelo su merced...!

—Lo eligió ella... Nosotras intentamos disuadirla en vano. Las pobrecitas, sin padre ni madre... La madre muerta, el padre desaparecido. ¡Lo de las manos...!

—¡Cariño no les faltó, señora!

—Lo sé, lo sé... Pero yo debí venir antes a buscarlas y llevármelas a Milán, a don Beppo le hubiera gustado... No sé, pero tengo para mí que he de hacer algo... Déjame pensar, porque mi nieta no ha madrugado tanto en su vida y tengo para mí que está entrando en un terreno peligroso...

Y también a gusto le hubiera dicho la cocinera a la anciana marquesa que había un hombre vestido de harapos que de años ha mostraba el colgajo sin pudor por aquellas calles e que de meses ha iba a pedir limosna a la casa, y ella le daba un cuenco de sopa o una copa de vino, y él, después de beberlo, se quedaba mirando al Juanico cuando estaba en la cocina. Un hombre de rostro consumido que no era otro que don Juan, el padre las niñas, y que mejor haría Leonor atendiéndolo que no malgastando su vida con el tesoro, y otrosí Juana, pues es de buen cristiano servir al padre, al progenitor, pero no se atrevía, y de momento lo dejaba estar.

Todos los días, Catalina trataba de sonsacar a las moras qué habían hecho, si cuando los péndulos hacían señal se ponían a cavar e cuántos hoyos llevaban, e por dónde andaban e si daban siempre los pasos e si coincidían en el número las tres e si iban por el mismo camino, e deseaba que le dijeran qué clave seguían por si podía ayudar. Pero las esclavas no abrían la boca, no fueran a meter la pata, que doña Leonor se enojaba mucho con los negocios del tesoro. Claro que lo que venían haciendo no llevaba visos de dar fruto ni podría darlo porque era muy incierto aquello de dar mil cuatrocientos y cincuenta y uno pasos, pues los pasos de cada persona son de longitud diferente, y unas andan tranquilas y otras a trancas y barrancas. A ver, que Leonor había dado los justos, entre otras razones, porque era la legítima descendiente de don Tello, y Wafa y Marian cuatro y diecinueve más, respectivamente, e llevaban los péndulos, cada una el suyo por abarcar más terreno, e no los movía ni el viento, e habían de laborar a la luz de las velas mientras era de noche, no fueran a verlas las monjas y tornarse antes de acabaran de rezar laudes, bajo un frío gélido que estaba apretando aquel invierno en la meseta castellana.

E ya podía decir Leonor que era allí, concretamente en la tapia de las Gordillas, la que recibe la primera luz del sol viniendo de la ciudad por la puerta del Alcázar, frente por frente de Santa Ana, que en aquel lugar no había nada ni en el bosquecillo anejo tampoco. Y lo que se decían las dos moras moviendo la cabeza, que el cofre debía de ser leyenda, cuento, pese a que Marian lo había oído de boca de doña Ana, la abuela de las niñas e hija de doña Gracia; que habrían de dejarlo para cuando llegara el buen tiempo, que no era cuestión de salir de madrugada a sufrir la helada ni menos de que una dama cogiera el pico y la pala, pues la más industriosa era Leonor y no se recataba en hacer hoyos ella misma, como si fuera una labradora, y no, que aquel negocio no era cosa de mujeres sino de hombres que hoyaran con ardimiento y llegaran si menester fuere al centro de la tierra. Pues que habían hecho un agujero de dos varas de hondo por una de ancho en el lugar donde la marquesa contaba mil y cuatrocientos cincuenta y un pasos, e nada.

Las moras respiraron aliviadas cuando doña Gracia dijo de ir a Alaejos a buscar allí el tesoro.



En el camino a Andalucía, María de Abando habló poco, nada en los primeros días, lo que resultó inusual en ella que era mujer parlotera por demás. Su marido le preguntaba y le preguntaba y ella no respondía:

—¿Qué tienes, María, mi vida?

Contestaba con silencio, y Mingo, que iba contento como unas pascuas al encuentro de su destino, hablaba y hablaba de la mejoría del tiempo, de que ya calentaba el sol, del benigno clima andaluz, de que se instalarían en Jerez de la Frontera en una casa que les tenía preparada el marqués de Cádiz, el valiente caballero que acababa de tomar a los moros la ciudad de Alhama. Del futuro prometedor que se abría ante sus ojos, del envidiable porvenir que le había pronosticado su esposa cuando se conocieron, aquello de que sería rey de un país sin nombre, por el momento. De los hijos que tendrían y, como su esposa no le atendía, cuando paraban a beber en las fuentes o a dormir en un claro del bosque o en una venta, acariciaba a un perrillo que les venía siguiendo desde Ávila y lo aumentaba con las sobras de su comida.

María, que apenas probaba bocado, no atendía las hablas de su marido e incluso se negaba a satisfacer sus necesidades de varón porque, Señor, Señor, estaba aterrada, pensando que no tenía perdón de Dios y no podía quitarse de la cabeza que, sin quererlo, pues que fue su intención mandar lejos al fraile, había convertido a un hombre en perro. Y tenía para sí que nunca obtendría misericordia del Altísimo ni de

los hombres, ni que volviera al clérigo a su natura ni que lo dejara estar porque, bien mirado, el can, que no era otro que el fraile Juan, a la sazón visitador del Santo Tribunal y perseguidor de judíos y también de brujas, no parecía estar descontento con su nueva naturaleza, pues que a Mingo le iba a comer a la mano y a ella mismamente de haberlo dejado acercar, pero lo repelía, lo arrojaba de su lado porque, ay, Dama de Amboto, le daba miedo, qué miedo, pardiez, pánico.

¡Pavor! A ver, que miraba al can y le venía vómito y más vómito. Ya se tentara el saquete del niño malparido o rebuscara en su zurrón y sacara los alfileres de sus madres, dos brujas reputadas como es sabido, ya se prendiera el adecuado en el corpiño, el que alivia la melancolía y alza el ánimo, el que le salió cuando se los echó para conocer su situación. Porque una noche, dormido el Mingo, tomó el de María de Abando, la vieja, que guardaba trece alfileres, seis por las enfermedades más comunes del hombre y siete por las de la mujer, que tiene más, y observó que dolencia grave no tenía, salvo la desazón que llevaba en el corazón. Pero, vaya, pese a lo que le habían dicho los alfileres, sufría pena, dolor, pavor... Pena porque se había marchado de Ávila como alma que lleva el diablo, que bien podía ser el señor Asmodeo quien la llevara en aquel fatídico momento, sin despedirse de Juanico y sin encomendarlo a las marquesas, sin poder decirle a doña Leonor:

—Os dejo a Juan para siempre, señora Leonor, porque es más vuestro que mío... Acelerad la transmisión del marquesado para que sea rico e dadle crianza en el amor de Dios...

Y hasta quizá hubiera podido abrirle su corazón y su bolsillo y, sin haberlo deseado ni imaginado, sosegar el ánimo de su interlocutora que, ansiosa, de tiempo ha, llevaba metido en la mollera encontrar el cofre lleno de oro o piedras preciosas de un antepasado suyo y tal vez se hubiera conformado con el tesoro de María, y decirle:

—Id a la tapia de la Gordillas, situaros en el ángulo donde convergen las tapias, por donde sale el sol, contad treinta y tres ladrillos, mandad a vuestras esclavas que caven un pozo de una vara de hondo por media de ancho y encontraréis unos saquetes con dinero... Es mi tesoro, guardadlo para Juan... Se lo entregáis de mi parte cuando sea mayor... Le decís que es regalo de María de Abando, la que fue llamada Niña del Cristo de la Luz, y hasta «santa» por algunas comadres de lengua suelta... E le habláis de mí y de cuánto lo amé e de que lo crié como si fuera hijo de mi carne durante su primera infancia... A Dios, señora, que el Señor guíe vuestros pasos...

Sufría honda pena por lo dicho y padecía tal dolor de corazón que no era capaz de contestar a Mingo, que le preguntaba. A ratos incluso maldecía e juraba, y todo por actuar como actuó. Por olvidar el consejo de su madre, aquello de responder a los retos con la medida adecuada, cierto que con el fraile enarbolando el crucifijo, echando fuego por los ojos y gritando: *Vade retro!*, se había encontrado perdida, más que perdida, muerta, y llamando a la puerta del Infierno. Pero a poco, reflexionando

entre vómito y vómito, se decía que no había estado más perdida que en otras ocasiones ni mucho menos con la soga al cuello. Y se lamentaba de haberse ofuscado, de haberse defendido en demasía y sobre todo de no haber acertado con el conjuro. En razón de que había pretendido largar lejos al religioso, a Roma, entonando la oración de Santa Marta, haciendo un círculo invisible con la mano y deteniéndolo en la posición que estuviere, en este caso echando el paso, con la mano alzada y con la boca abierta, pues gritaba lo de *vade retro*; ir luego a su talego a buscar los tarros, elegir un aceite determinado, desnudar al afortunado —afortunado sí, no decía otra palabra, porque no viaja cualquiera por los aires—; frotarle con el unto todo el cuerpo, llamar al señor Asmodeo, y esperar a que le crecieran las alas, el pico, etcétera, y que saliera volando por la puerta tras emitir un terrorífico graznido, acompañado del dicho demonio, los dos a la par. Tal estaba dispuesta a hacer, lo que hacen las brujas sabias en las comarcas Vascongadas, pero le fue imposible... Lo único que consiguió fue enviar el círculo al fraile que, Dama de Amboto, no se detuvo, sino que fue hacia ella con la mirada arrebatada... Y, aunque se representó la escena mil veces, no logró saber qué hizo ni cómo lo hizo ni qué dijo, pues que cuando contempló con sus ojos el resultado de su acción o de su inacción, el cuerpo del fraile se había desplomado y desaparecido, quedando sus vestes extendidas en el suelo, y dellas, ay, salía un perrillo canijo que no era otro que el religioso, pues tenía sus mismos ojos, amén de que don Asmodeo no se había presentado.

Y ya podía Mingo hablarle de que tal vez estuviera embarazada e decirle de detenerse en Arenas de San Pedro o en Cáceres para que la viera una partera, o que sus vómitos se debían a que los campos estaban recién estercolados y olía a demonios, que era inútil. María lo más que podía hacer era mover la mano respondiendo no a su marido, o levantarla amenazando al bicho y alejarlo porque, ay, Jesús, María, tenía los mismos ojos que el fraile, los mismos...

E tal vez si hubiera reaccionado presto y deshecho el encanto con un contra hechizo no hubiera cometido tamaña atrocidad pero, después del desaguisado, sólo pensó en hacer sus talegos para salir por piernas en cuanto llegara el Mingo con lo suyo, montando la mula. Mula que ciertamente se había ganado.

A las dos semanas de camino, cerca de Jerez de la Frontera, ya con menos vómitos y sin estar preñada, María continuaba pesando y sopesando su amarga situación, a ratos contemplando al perrico de color canela, que revoloteaba en torno a su marido y a ella la miraba con sus enormes ojos, cándidos por demás. Ora diciéndose que había hecho mucho mal, ora asumiendo que tenía peor cabeza que sus madres y habría de tener cuidado en lo sucesivo para no hacer otra barbaridad, ora cavilando que había hecho bien pues que el can era feliz jugando con Mingo, constatando que el bicho no tenía rabia en la mirada y que se había acostumbrado a su nueva entidad pero, pese a ello, seguía rebuscando en su mente un contra hechizo,

repasando las lecciones de sus madres y de María de Ataún, sin encontrar nada, hasta que se dijo:

—Si, como es sabido en el mundo todo, las brujas hacen mal, no puedo conocer un contra hechizo reparador, porque no se molestan en rectificar...

Y habló por primera vez a su marido:

—Marido, ¿tú crees que es necio hacer algo para luego tener que enmendarlo?

—¡Por supuesto!

Ante semejante razón, la bruja María, que ya no se llamaba a sí misma ensalmera, sino bruja, viendo que el fraile, en contra de lo que ella hubiera sido capaz de imaginar, se había acostumbrado a ser can y actuaba mismamente como tal, que bien lo sabía ella que había tenido perro desde que naciera, fue quitando importancia a aquel asunto. Tras hacer firme propósito de no volver a hacer hechicería ni que se encontrara en peligro de muerte, fue empezando a platicar con su esposo y volvió a la vida. Así que poco a poco recuperó su alegría y hasta llamó a Mingo a la cama. A la cama no, a la tierra del campo.

Y se habituó al perro y a los ojos del perro y lo llamó y él fue y ella le dio de comer a la boca e le habilitó un cuenco para que bebiera e le puso el nombre de *Mot*, el de sus dos canes anteriores, naturalmente. Y, a lo largo de su vida, cuando pensó en el fraile, lo único que se recriminó fue que había encantado al hombre sin preguntarle, en razón de que ella no hubiera querido ser ni perra ni gata ni rata ni sierpe ni bicho alguno, porque estaba bien siendo mujer.

En Ávila, al día siguiente de la desaparición de fray Juan de la Samaritana, se dio grita con pregonero y tambor por toda ciudad, en vano porque no apareció el religioso ni su cadáver, y ni hombre ni mujer dieron razón de él.

Casi coincidió la salida de Córdoba del rey don Fernando con el doble parto de la reina, su mujer. La víspera de la partida, el 29 de junio, día de los santos apóstoles Pedro y Pablo, la señora alumbró a la infanta María y treinta y cinco horas después abortó otra niña. Todo el tiempo con la cara tapada, ante una centena de personas, para reducirse a sesenta, cuando el rey, llevando armadura de parada, montó a caballo y salió de la ciudad al frente de sus tropas, con el rostro dolido por dejar a su regia esposa en aquel trance, aunque bien acompañada.

A ver, que era momento de conquistar Loja o Ronda y de pertrechar Alora, presa tan importante o más que Alhama, porque, confinante con Málaga, ponía a la poderosa y fortificada ciudad en un aprieto pues, una vez conquistada, el reino moro quedaría prácticamente sin ningún puerto importante y sin salida al mar.

—Vaya su alteza resuelto a conquistar Loja —había dicho la reina, jadeando, antes de parir a la segunda infanta— e no preste oídos a otras propuestas, que no faltarán agoreros.

Y salió el rey y quedó la reina postrada en el lecho del dolor, pues que, tras cuarenta horas de parición, le dolía todavía más el alma que el cuerpo... Y, Señor Jesús, ella, la persona que más empeño tenía en arrojar al moro del solar hispano, había pedido morir, e lo que había musitado a oídos de doña Clara:

—Madrina, una cosa es traer hijos al mundo con dolor, y otra con tanto dolor... Reza, querida, para que me vaya deste mundo, que no puedo soportarlo más...

E doña Clara le tenía la mano e hacía apartar al notario que le tenía cogidos los brazos a la espalda a la señora e se encaraba con él e lo tachaba de mal hombre e lo mandaba a tomar refrigerio... E siendo tantas horas, los notarios dejaron la habitación y no fue como en otros partos reales, porque el hambre y la sed los acuciaban e salieron, con lo cual no vieron todo el discurrir de aquella agonía que parecía no tener fin. Pero mejor porque las damas le retiraban a la reina el paño que le cubría el rostro, que no deseaba ver cómo la miraban las gentes, e le daban aire e le levantaban la camisa y le frotaban con agua de rosas el cuerpo todo. E comentaban como si fuera algo bueno que el príncipe Juan había nacido el 30 de junio y la infanta el 29, e que celebrarían los cumpleaños juntos, pero la reina llamaba a la partera, pretendiendo acabar, y la comadre, roja de tez, porfiaba:

—Hay otra criatura, alteza.

Y su alteza nada podía decir porque lo había sabido tres meses antes. Tan gruesa estaba a los seis meses de embarazo que había hecho llamar a Lorenzo Badoz, su viejo médico judío, que ya se había convertido al cristianismo, para que le anunciara lo que ya sospechaba, que llevaba dos criaturas, bendito sea Dios.

—Tienen que venir una detrás de otra... —aseveraba la comadrona.

Pero doña Isabel se quería ir del mundo y acabar el martirio... E no valía que sus capellanes le dijeran que más sufrió Santa María, Nuestra Señora, cuando vio morir con sus ojos a su hijo Jesucristo clavado en una cruz e que a ella no se le había muerto ningún hijo e que se le olvidarían presto los dolores propios del parir, no valía, porque deseaba morir, aunque no hiciera mal gesto ni aspaviento.

E sus damas querían distraerla un minuto que fuera de aquel dolor que la atenazaba e le contaban sus propias pariciones e historias una tras otra, muchas descabelladas. Doña Clara le habló de una inmensa ballena que había perseguido una nave portuguesa en la Mar Océana, antes llamada *Mar Tenebrosa*, con motivo:

—Ante el peligro, la nave tendió las velas y con viento próspero tomó rumbo a la costa...

—Tanto trapo llevó el barco que quedó varado en una ensenada, en un fondo de una altura de tres hombres —atajó doña Beatriz que también conocía la historia.

—La ballena también varó en un fondo que cubría a seis hombres...

—Atienda doña Isabel, el monstruo medía doscientos pasos de largo por cien de ancho...

—Y entre los ojos dieciséis pies...

—Hay monstruos en esa mar...

—Callen las damas, por amor de Dios...

—¿Desea su alteza que recemos juntas?

—¡Quiero morir! —susurraba Isabel.

—¡Eso no, que todo se pasa, lo bueno y lo malo a Dios gracias...!

E doña Clara, viendo a la reina desesperada, pedía a la comadrona que le hurgara con la mano en la natura e sacara a la criatura, pero la otra se negaba aduciendo que podría matar a lo que viniere; no obstante, tentaba el vientre de arriba abajo, e sobre lo de forzar la parición decía que le ordenaran hacerlo.

A la hora trigésimo quinta de la venida de la infanta María, es decir, cuarenta horas después de los primeros dolores, doña Isabel trajo al mundo otra niña, ésta muerta, e fue alivio de todos, que no puede durar tanto tiempo el dolor propio ni ajeno.

Fue alivio de presentes y ausentes. De los presentes, condes, duques, obispos, capellanes notarios, escribanos, damas y criadas. De los ausentes, frailes y monjas, que habían orado con fervor por la salud de la reina y sus criaturas, de los hombres y mujeres de Córdoba que, a más de rezar, apenas ido el señor rey con la alborada, habían perseguido dos lobos que habían penetrado en la ciudad por la puerta del Perdón.

E fue que una dueña dio la alarma del espantoso prodigio, gritó que una pareja de lobos recorría la ciudad a la carrera. Y sí, sí, lo contemplaron con sus ojos los pobladores, y vieron cómo uno de ellos, espantado por los alaridos de las gentes,

entró en una iglesia, llegó al altar mayor, manchó de baba la casulla del celebrante y, a las voces de sus perseguidores, huyó hasta que fue muerto atravesado de saetas. El otro corrió tanto hacia la puente de Alcántara, que salió ileso.

Las gentes vieron mal presagio, pues que todo sucedió mientras la reina de Castilla, León, etcétera, padecía un parto interminable e hablaron de la infanta viva y de la que estaba por nacer, que vendría muerta, como dicho es, mismamente como los lobos, uno vivo y otro muerto. Y aun otros, cenizos por demás, expresaron que la expedición del señor rey fracasaría, e algunos quisieron llevarle la cabeza del lobo muerto a doña Isabel, pero otros se negaron, pues que no era momento, y discutieron por ello los moradores de Córdoba en los mercados, en las plazas, en las tabernas y a las puertas de sus casas, e hubo jaleo, pero comenzó a llover e se fueron a sus casas, porque se inundó todo y hasta en el alcázar hubo que achicar el agua con las consiguientes pérdidas. En fin, Dios proteja a la infanta doña María, que no había elegido precisamente una buena jornada para venir al mundo.



Dijo doña Gracia Téllez de ir a Alaejos a buscar el tesoro del rey moro porque don Alvar, su antepasado, lo había hecho en Alta Iglesia sin resultados. Dijo de empezar por Valladolid para adquirir a un afamado maestro armero una bombardas como las que había utilizado don Beppo en sus guerras de italianos contra italianos. Dijo, y fue lo que más gustó a las habitadoras de la mansión de la calle de los Caballeros, de detenerse en Tordesillas para ver a Juana, a través del locutorio que fuera. Dijo de ir todos, el Juanico incluido.

Y, claro, reinó la alegría en el palacio. Las criadas se alborozaron y se lo contaron una detrás de otra al pequeño. Leonor, en un principio, rezongó un poco porque el Corán le había explicitado que iba por buen camino e no era cuestión de cambiar de ruta, diciéndose que necesitaba un tiempo más para hacer nuevos hoyos en la tapia de las monjas. Tal se dijo, pese a que una vez más andaba equivocada en sus pesquisas, que todavía no estaba de Dios que encontrara lo que buscaba con tanto ahínco. En razón de que no entró a considerar la posibilidad de que don Tello pudo ir hacia aquel lugar por la calle del Mortero hasta Santa Ana, y coger la derecha para llegar al convento de las Gordillas y enterrar el tesoro. Camino parecido al que había tomado ella, por el coso de Caballos, para llegar al mismo sitio, pero por la izquierda, es decir, a la tapia opuesta. Sin pensar que los dos, él y ella, hubieran visto salir el sol por el lugar que sale cada día, en efecto, los dos a la su mano derecha, pero el marqués por la parte de arriba de la tapia y la marquesa por la parte de abajo, por el horizonte. Sin atinar tampoco con unos sacos de oro que había pues, de haber dado un

rodeo a la edificación hubiera encontrado fortuna y tal vez hallado el tesoro de María de Abando, que demasiado alegremente lo había escondido allí, debajo del ladrillo número trigésimo tercio, partiendo del ángulo que forma la tapia, el del nordeste.

Leonor opuso cierta resistencia, pero cuando la abuela mencionó a su hermana, a su querida Juana, de la que no sabía una palabra en tanto tiempo, fue la que más se alegró y la primera que tuvo hecho el equipaje, pues que no esperó a que se lo hicieran las esclavas. Además, que hora era quizá de buscar el cofre de don Tello en otro lugar, en Alaejos y acaso después en Alta Iglesia, amén de que tiempo era también de recibir el homenaje de la población de las dos villas, de las que era señora, que sólo más altas eran que ella la Santa Virgen y la reina Isabel en aquellas tierras, en las que en treinta y dos años de vida no había puesto los pies.

En pocos días partieron de Ávila las dos marquesas, sus tres criadas y Juanico en el coche que doña Gracia había traído de Italia. Contrataron a los mismos carruajeros —que más parecía que esperándolas estuvieran y que no hicieran otros trabajos—, cerraron la casa y emprendieron camino, albriciadas de lo más, con mucho contento cada una en su corazón, porque habían de ver a Juana. E anduvieron a buen paso por los campos de Castilla, los caballos troteando, los carruajeros cantando en el pescante; doña Gracia comentando que el viaje era grato a los ojos de Dios, por el buen tiempo; doña Leonor hablando con las moras de que debieron cavar en la tapia de las Gordillas en el lugar resultante después de hallar la media de los pasos de las tres, es decir, sumando la cifra obtenida y partiendo por tres; Catalina sacando de un cesto galletas y panecillos recién hechos e ofreciendo a todas, pues que se había pasado la noche sin dormir para que a sus amas no les faltara refrigerio; Wafa, descansada, porque por primera vez en años su señora no la había interrogado a primera hora de la mañana sobre la azora segunda, aleya cuarta del Corán; Marian con un dolor que se le había puesto en el costado del esfuerzo de trasladar uno de los baúles de doña Gracia, pues que se olvidaron de meter en los baúles el retrato de don Beppo y hubo de bajar el bulto ella cuando ya estaban las señoras montadas en el carruaje y los hombres asentados en el pescante; Juanico durmiendo a ratos y llorando, las moras trasteando con él, queriendo entretenerle.

—Que se esté quieto el niño, moras —pedía doña Gracia.

—Lo primero la bombardas, abuela —interrumpía Leonor.

—Te lo he dicho, hija. Lo primero vamos a Valladolid a comprar el cañón.

—¿Entiendes de cañones, abuela? No nos vayan a engañar...

—¡Por supuesto! Don Beppo los guardaba en nuestra casa cuando no hacía campaña y, como era un magnífico estratega, un virtuoso de la guerra, me los enseñaba... Puedo distinguir sin temor a errar una pimentela de una culebrina...

—¿E sabe la señora manejar el cañón?

—¡Claro! Es un arma pesada que se coloca y se transporta sobre ruedas. Lo

engancharemos al carruaje... Es un tubo de hierro que tiene boca, la llamada boca de fuego, en la parte delantera... La trasera está condenada, pero en la parte superior tiene un agujero para meter la mecha... Se mete la mecha, que son trapos liados y ensebados, por el agujero y por la boca la pólvora y se prensa y ya la bomba, que es una pelota de hierro e, prendida la mecha, explota la pólvora y sale el proyectil disparado a gran velocidad causando estrago en donde atine, derribando murallas, puentes, casas, etcétera...

—Derribaremos el castillo de Alaejos hasta que no quede piedra sobre piedra, que no lo necesitamos. No cobramos ninguna renta e vivimos igual —sentenció Leonor y preguntó—: ¿Has estado tú en Alaejos, abuela?

—No.

—Poco caso ha hecho nuestra familia a esa villa...

—Contrataremos hombres que hagan la labor. No quiero que las moras y tú cavéis, que no es trabajo de mujeres.

—¡Los pobladores se preguntarán qué buscamos...!

—Diremos que un cofre que contiene una reliquia...

—¿Qué reliquia?

—Un Cristo que vino en una urna de Jerusalén, surcando el mar...

—¡Qué hermoso, abuela!

—Hay muchos Cristos traídos por el mar, incluso en arca de piedra... No causará extrañeza que aparezca otro...

—¿De dónde sacaremos el Santo Cristo, señora? —demandó Catalina.

—Se lo compraremos a un maestro escultor que tiene taller en Valladolid... A un dicho Pedro Manzanal, que trabaja muy fino...

—¡Abuela, todo lo tienes pensado!

—¡En todo hay que estar, hija mía!

—¡Si me hubieras ayudado a buscar el tesoro, lo hubiera ya encontrado, seguro...!

—¡Te estoy ayudando a buscar el tesoro y más, Leonor, hija...!



Mingo Pérez y su mujer llegaron a Jerez de la Frontera e llamaron a la aldaba del castillo de don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz y conquistador de Alhama.

A Mingo un mayordomo le dio casa, otro ajustó paga con él, mucho mayor que la que cobraba siendo cuadrillero. A la semana de estar allí, tras descansar de las fatigas del viaje, fue recibido en audiencia por don Rodrigo que, dada la experiencia militar de Mingo, le encomendó el mando de una compañía de soldados y fue donoso el

encuentro entre los dos. Al marqués, que era hombre de prontos y reacciones insospechadas, para probar la valía de su interlocutor no se le ocurrió otra idea que desafiar al aspirante a capitán que, vive Dios, no se arredró ante el reto, pues era hombre bravo como había demostrado sobradamente sirviendo al rey en la batalla de Toro contra los portugueses y por la comarca de Ávila de cuadrillero de la Hermandad de la dicha ciudad.

Y fue que don Rodrigo desenvainó la espada y que Mingo hizo otro tanto y, cuando el noble fue contra él, ya lo esperaba con el hierro en guardia. E cruzaron varios golpes e hasta hicieron burlas y piruetas como dos magníficos espadachines, e fue espectáculo para los combatientes y para los mirantes, la gente del marqués. E todo terminó, a una señal del noble, sin un roce, sin una gota de sangre, dándose las manos los dos luchadores como si fueran camaradas, como si se conocieran de toda la vida, y Mingo fue premiado, como ya soñaba aunque no lo esperara tan pronto, con el título de capitán y puesto al mando de un escuadrón.

E lo que le dijo María, su mujer, que había acabado de aviar la casa y ponía flores en un jarro encima de la mesa, cuando fue puesta al corriente del nombramiento de su esposo, que su futuro, el que ella le había pronosticado, había empezado a cumplirse, avisándole, no obstante, de que tuviera cuidado, pues la muerte ronda al general, al capitán y al soldado de a pie más que a los demás hombres.

Por eso y por lo otro, Mingo andaba por las calles de Jerez henchido de gozo, a más que lo felicitaban las gentes por haber cruzado espada con el señor marqués. Y más gozoso que anduvo cuando, días antes de emprender una expedición contra los moros, don Rodrigo arengó a sus tropas formadas en el patio de armas del castillo, unos cuatrocientos hombres de a caballo, diciendo que, tras conquistar el reino de Granada, los cuatrocientos que allí estaban saldrían en busca de fama a sojuzgar otros reinos, otros mundos, por alejados que estuvieren e que a los más aguerridos y valientes de aquella mesnada los haría reyes y él se nombraría emperador.

Y qué quiso oír Mingo que se lo contaba a María una y otra vez y ella le jaleaba porque no en vano se lo había vaticinado con anterioridad; además, que prefería que viviera de aquella ilusión y no la llamara a la cama, pues que, aunque le había remitido la melancolía, no tenía gana de acostarse con él.

Y lo que se decía María, que contento Mingo con aquellos negocios, contenta ella. Con aquellas ilusiones, que otra cosa no eran las palabras del marqués, pues, llevado de su ardor guerrero y vehemencia verbal, había olvidado que era súbdito de don Fernando y de doña Isabel, cuya vida guarde Dios, que nunca jamás consentirían que un vasallo suyo se proclamara rey ni menos emperador. ¿No se oía en Jerez que los señores reyes habían enviado unos capitanes a las islas Canarias para que las conquistasen por cuenta dellos y que ya eran señores de aquella tierra situada en la Mar Océana? Como que iban a dejar al marqués hacer a su antojo, ni a los países de

los negros que pretendiera ir...

Al salir en algara para conquistar tal o cual ciudad, la que fuere esta vez, que el señor marqués llevaba muy en secreto el lugar a donde se encaminaba, tal hizo al tomar Alhama, los hombres quisieron llevarse a sus mujeres con ellos, por si habían de acampar, por si era necesario sitiar la fortaleza, por si se prolongaba el asedio, en fin. Le dijeron a don Rodrigo que sin sus mujeres, unas legítimas, otras barraganas, que de todo había, no podían estar más de tres días y que llevándolas podrían estar donde fuere durante toda la vida. Pero no, el marqués se negaba, decía, pues no quería arriesgarse, que primero los hombres, luego el fardaje y después las féminas, como cuando tomaron Alhama que, de primeras, no hubo tiempo de que llegaran las mujeres porque la retomó el moro, como va dicho.

El caso es que Mingo tenía mucho trabajo y pasaba el día haciendo ejercicios con su tropa, simulando que tomaba el castillo de Jerez, escalando los muros, el primero de todos los capitanes del marqués. Echaba una soga, la asentaba en un merlón de la muralla y subía como si fuera una lagartija, e a poco era el mejor escalador de aquella partida de hombres deseosos de luchar contra el sarraceno. Que era un modo de batirlo: superar la muralla, entrar en la plaza, reducir a la guardia, abrir las puertas, esperar a que entrara la tropa y ya matar a todos hombres hábiles e inhábiles, cautivar a mujeres y niños, repartirse el botín, entrar la impedimenta, llamar a las mujeres y poblar aquello de cristianos repartiendo propiedades y nombrando alcaide.

El caso es que llegó el día señalado por el marqués para salir a la guerra y, vaya, que María de Abando le pidió a Mingo que no fuera porque había visto por la ventana de su casa una bandada de cornejas volando a la siniestra. E, aunque ella misma le llenaba un talego con dos mudas y comida, pan y queso, le insistía en que no fuera y en que le comunicara al marqués los malos agüeros para que dilatara la partida unas horas, hasta que se calmaran las cornejas que, ¡malaje!, como decían las gentes de por allí, volaban a la siniestra, e asegurando lo que aseguraba no se desdecía de su buen propósito de no volver a hacer grandes magias, no, porque lo de las cornejas es voz común.

—Mingo, mi amor, no vayas que tengo para mí que la expedición ha de terminar mal...

—¿Por qué, María, por qué? Es mi primera oportunidad.

—¡Ven, ven a ver a las cornejas!

—¡Las cornejas se me dan un ardite!

—¿Qué prisa te corre buscar gloria? Mira, te voy a hacer un bebedizo que te producirá cólico y no podrás ir. De ese modo salvarás tu vida...

—¡Tente, mujer, que me iría con el marqués al infierno que fuera...!

—Bebes lo que yo te prepare... Te pondrás enfermo, en efecto, pero tu honor quedará salvo...

—Ni lo sueñes, me voy. Que en todo el camino y en el tiempo que llevamos aquí no has querido venir conmigo a la cama, y no me quieres...

—¡Ah, Mingo, Mingo, no seas sandio...! He estado con la «enfermedad»... ¡Venga, bébete esto! ¡Te prometo...!

—¡No!

—¡Ay, Mingo, qué terco eres!

—De las esclavas que me toquen en el reparto de botín, te traeré dos para que te hagan las faenas de la casa, e tú de señora, como ya te dije...

—¡Cuídate, marido, cuídate, no dejes de mirar a tu siniestra...!

—¡Ea, mujer, a Dios!

Con tales palabras el capitán dio por terminada la conversación, besó a su mujer, la apretó contra él e dejó su casa radiante de alegría.

De ese modo partióse la aguerrida hueste del marqués de Cádiz sin destino conocido y tal vez sin rumbo prefijado. Mingo muy erguido y galano en su precioso jaco, saludando a María con la mano, con las cornejas a la siniestra e, vive Dios, con un águila abriendo la marcha, posada en vertical sobre el estandarte de la expedición.

La bruja no quiso ver más, fuese a su casa, se encerró y estuvo pensando todo el día en las cornejas y en el águila, bichos que, de siempre, habían señalado desgracias como corroboraban las gentes y se decía en multitud romances y cantares.

La expedición del rey Fernando contra Loja y sus comarcas fue desastre.

La política del rey Juan de Portugal con Castilla fue considerada calamitosa por la reina Isabel, pues que, amén de padecer lo que el Señor le enviaba con resignación, lo último su doble e interminable parto, tenía una dolorosa espina clavada en su corazón. Una espina de nombre doña Juana, conocida, de antiguo, como la Beltraneja, la que fuera o no fuera hija del rey Enrique, la designada heredera de los reinos de su padre o padrastro, en detrimento della que, como hija de don Juan, el segundo, representaba la legitimidad. La dama había abandonado el convento de Santa Clara de Coimbra con permiso real y hacía vida seglar mostrándose dispuesta a maridar con don Febo, el heredero del trono de Navarra, mal heredero también porque debía haber sido rey don Fernando, el hijo del rey don Juan y hermanastro del desdichado príncipe de Viana, que murió sin hijos, y nunca los señores de la casa de Foix.

El comportamiento de varios nobles de León y Galicia también fue desastroso e, mientras la reina estaba en Madrid cruzando embajadores con el rey de Francia —que estaba detrás del pretendido matrimonio de la Beltraneja—, el rey hubo de ira aquellas tierras a poner orden, de consecuyente, retrasando la ofensiva contra el reino de Granada.

Cierto que en medio de estos apuros, las disputas que estallaron entre granadinos y malagueños vinieron a favorecer los asuntos públicos castellanos, pues los primeros nombraron rey a Boabdil, hijo del rey Muley Hacen e, los segundos continuaron con el rey legítimo, es decir, con el dicho Muley Hacen. De tal manera que unos y otros arrastraron el reino, mientras los andaluces, repuestos del desastre de Loja, aprestaban caballeros, peones y cañones para hacer la guerra, eso sí, sin ponerse de acuerdo sobre qué fortaleza atacar y cruzándose insultos, llamándose cobardes unos a otros y peores cosas, pues que unos querían tomar Málaga y otros la Ajarquía, e hubo desastres e muertos y heridos e cautivos de prosapia e que pagar grandes rescates por ellos, e que llorar.

La reina, sola en Madrid, preparaba otra expedición contra los dos reyes moros, que deseaban emularse el uno al otro con sus hazañas e asolaban los campos e, por otra parte, escribía a su marido dispuesta a romper los esponsales de su hija Isabel con el heredero de Portugal por el favor que el soberano mostraba a la Beltraneja, y le informaba de que el rey de Inglaterra había muerto posiblemente envenenado e le pedía que se hiciera probar la comida y se guardara las espaldas.

El caso es que el rey bajó de Galicia y se detuvo en Madrid a descansar unos días con su mujer e hijos e gozar de esparcimiento. E presto resultó que, estando celebrando consejo con la reina y los secretarios, fue informado de que, mientras

andaba de descubierta un piquete de soldados por las cercanías de Lucena, tres peones habían hecho preso a un moro de alto linaje, vestido de blanco que, pese a que pretendió hacerse pasar por otro, era el rey Boabdil, e fuese raudo a aquella población a tratar con él. E doña Isabel fuese a Navarra a concertar el matrimonio del príncipe Juan con la heredera del trono, con doña Catalina, pues que había fallecido el joven Febo en la flor de la juventud.

E los reyes recibieron buenas y malas noticias cada uno en su lugar. Las buenas, que su hija la infanta Isabel regresaba a Castilla con el embajador que habían enviado para ultimar sus esponsales con el heredero de Portugal; que Boabdil aceptaba ser vasallo suyo, como un conde más, y que pagaría parias, nada menos que doce mil doblas zaenes; que se había incendiado la gran mezquita de La Meca, bendito sea Dios, y no habían quedado ni vestigios della; las malas, que, cautivo Boabdil, Muley Hacen era otra vez rey de Granada; que el rey de Francia se moría y que el rey de Portugal cortaba las cabezas de varios de sus nobles. Él guerreando por Granada, asolando las fértiles vegas, talando árboles, derribando puentes, destruyendo azudes, explanando caminos, envenenando fuentes y ríos, y negociando con su regio prisionero. Ella por las Vascongadas, recibiendo el homenaje de las gentes y jurando los fueros y privilegios en la villa de Guernica, al uso de aquellas regiones, ante los señores junteras.

Fue en Bilbao donde su capellán y el prior del convento de San Francisco la enteraron de que en aquellas comarcas había innumerables brujas, y fue rogada para que diera mayores atribuciones al Tribunal del Santo Oficio para que, del mismo modo que operaba contra conversos haciendo limpia dellos, encomiable limpia, pues que en Sevilla, por ejemplo, se había quemado a más de quinientos en un año, se procediera contra las brujas que perturbaban el ánimo de la población con sus hechizos y maldiciones y, es más, que desenterraban niños para sacarles los cuajos y hacer sus pócimas, a más de celebrar bacanales en las campas de por allá con el Diablo presente.

E vaya que estaba doña Isabel aterrada con el relato que le hacían los frailes de las bacanales, llamadas por allí aquelarres, e del funesto hacer de las brujas de la ría, llamadas sortiñas. Le venía a las mientes María de Abando, que era de aquella tierra, y, al socaire, las marquesas de Alta Iglesia, que con ella constituyeron las cuatro hijas de la luna roja de abril de 1451 en las que en mucho tiempo no había pensando. Ni en ellas ni en la luna roja, cuando se había prometido a sí misma hacerlo y preguntar a doctores y licenciados de Salamanca y Valladolid por el fenómeno cuando tuviera ocasión. Cierto que había estado muy ocupada trayendo hijos al mundo, un príncipe y dos infantas bellísimas —las niñas en dos partos muy malos—, y gobernando, poniendo paz acá y acullá entre los nobles, reduciéndolos a su obediencia y a la de su esposo, haciendo la guerra contra el moro felizmente, tan felizmente que Boabdil,

uno de los dos reyes de Granada, ya era vasallo suyo, hasta que dejara de serlo por supuesto, que más traidor que el moro Judas Iscariote e nadie más.

Recordando a María y a las marquesas, se dirigió a los religiosos, hombres doctos los dos, para demandarles si conocían alguna virtud o cualidad de la luna roja de abril, sorprendiéndolos porque no sabían palabra. No obstante, le preguntaron al unísono:

—¿Cree su alteza que la luna roja es privativa del mes de abril?

E no, no, su alteza no creía tal; sencillamente quería saber de la luna roja de abril, es decir, de la primera luna llena del equinoccio de primavera o seguidamente después del mismo, que siempre o casi siempre luce roja.

—No sé, señores... Mi señora madre, antes de enfermar, me comentó que yo había nacido bajo la luna roja e quisiera saber si es como las demás o si trae bondades o maldades... Confío en que sus reverencias no se irán de la lengua porque haga tal pregunta...

—Seremos mudos, alteza... Mas tengo para mí que la rojez de la luna se debe a la humedad del ambiente e no a otra cosa.

—¿En esta tierra que llueve tanto, veis la luna roja muchas veces o no, señor prior? —demandaba fray Hernando de Talavera a su colega.

—Sí... E no hay sólo luna roja cuando está llena, sino también cuando está en cuartos y escampa e se alejan las nubes.

—Por lo que dicen sus mercedes, dos personas sabias, no tiene nada de particular lo de la luna roja de abril, salvo que sea más común en esa fecha por el dicho de abril aguas mil.

—Quizá, si la señora consulta con un campesino, le asegure que en abril o en mayo, o incluso en junio si se retrasa el verano, es mala porque traerá helada, pues se perderán las cosechas si llueve y se detiene el viento...

—Las noches calmas y sin viento, con luna y cielo claro son propensas a las grandes heladas...

—Los campesinos maldecirán esa luna...

—¿Acaso os dijo vuestra señora madre que hubo helada el día en que nacisteis?

—¡No!

—El aire frío se deposita en la superficie de la tierra... A lo mejor cincuenta varas más arriba, en un otero o en una loma, no hiela, alteza.

—¿Cómo es eso? La helada termina con los brotes de los almendros, de los frutales, de los fresnos, encinas, majuelos, jaras, etcétera, ¿o no?

—Por supuesto, cuando están en flor o en los primeros brotes, pero puede helar abajo y arriba, en una pequeña altura, no.

—Es benéfico —interrumpió el abad— llenar de agua una vasija, procurar que el disco de la luna se refleje en ella, cerrar los ojos y beber un trago... Dicen que va

bien contra los desórdenes nerviosos y contra las enfermedades del corazón...

—¿De la luna roja no saben más sus reverencias? —Y dijo la reina «más» por no hacerles desaire a sus interlocutores, porque no sabían miaja.

—No, señora, e lo siento...

—E yo también.



Las marquesas Téllez, en vez de ir derechas a Valladolid, se presentaron en el convento de Santa Clara de Tordesillas para ver a Juana, pues que, después de unas horas montadas en el carruaje, ver a Juana y apretarle las manos, a través del locutorio que fuera, les urgió mucho más que comprar un cañón y hasta que encontrar el cofre de don Tello. Por eso, antes de llegar a Adanero, ya habían decidido ir a Valladolid por el camino de Ataquines en vez de tomar el de Olmedo.

—¡Paso a doña Gracia y a doña Leonor Téllez, marquesas de Alta Iglesia! —gritó Catalina en la puerta del cenobio.

—¡Dejen su mercedes los huevos en el torno e vayan con Dios! —respondió una voz de mujer, a la par que la cabeza de la hermana tornera aparecía por un ventanico.

—¡Qué huevos, pardiez...! ¡Las señoras marquesas de Alta Iglesia piden hablar con don Juana Téllez de Fonseca!

—¿No son novios vuestas mercedes? Disculpen sus señorías, es que los recién casados traen una docena de huevos para que nuestra madre Santa Clara bendiga su matrimonio, y como es tiempo de bodas... ¡Esperen sus señorías, voy a avisar a la madre abadesa!

E, vaya, que les hizo esperar la priora. Cierto que luego se deshizo en mieles y les dio las manos, eso sí a través del locutorio y a poco, alabado sea Dios, apareció Juana, vestida de pardo sayal, más menuda, más delgada que nunca, pero con los ojos tan parleros como siempre y arrobada por la sorpresa.

La besó doña Gracia en la frente, doña Leonor y Juanico en ambas mejillas, las esclavas la abrazaron a través de los barrotes y Catalina se la comió a besos y no la quería soltar.

Juana correspondió a las efusiones con parquedad, quizá porque la amilanaba la presencia de la abadesa, pero llevaba lágrimas en los ojos, lo mismo que las moradoras de la casa de la calle de los Caballeros, e el niño que también lloraba, de verlas llorar.

La anciana marquesa habló primero, luego todas se quitaron la palabra de la boca:

—Juana, hija, íbamos a nuestro castillo de Alaejos, pero lo dejamos de lado y nos hemos detenido a saludarte, no dudando que la señora priora nos concedería tal

merced...

—Hermana, estamos muy contentas de verte...

—Te hemos echado de menos...

—La casa se quedó vacía sin ti...

—¡Ah, mi niña, mi niña Juana, cuánto bueno de ver...! ¿Estás más delgada? —Y bajando la voz Catalina añadió—: Yo te cuidaba mejor...

—Con los pagarés que trajo doña Juana —intervino la abadesa— hemos arreglado los tejados de todo el convento y aún quedó para pagar a los abogados, pues tengo pleito con los vecinos de la villa...

—Nos honra la señora al emplear la dote de doña Juana en arreglar una casa de Dios —respondió doña Gracia.

—Los villanos nunca dejarán de ser villanos —sentenció la monja.

—¡Ea, Juana, cuéntanos qué haces, cómo vives...!

—El rey don Alfonso, el onceno, dio a mis antepasadas los portazgos de la villa y, ahora, los villanos dicen que son suyos y contratan abogados de Salamanca y se quedan las alcabalas de las mercaderías que entran... Tengo pleito contra ellos en la Chancillería de Valladolid —terciaba la abadesa.

—Acuda su maternidad a la reina, que ayuda a todos...

Mientras la abuela y la priora platicaban, Leonor y las criadas pretendían hablar con Juana que, ya fuera por mortificarse o por humildad, virtud que la adornó incluso antes de profesar en religión, o por guardar el silencio que ordenaba la regla de Santa Clara, pese a que tenía disculpa en aquel momento, o por la sorpresa, el caso es que no abría la boca:

E lo que le musitaban las sirvientas al oído:

—¡Pardiez, niña, venimos de propio, alegres por demás, y mira...!

—¡Ea, moras, no atosiguéis a mi hermana! —regañaba Leonor.

—¡Es que hace mucho tiempo que no la vemos...!

—¡Dame la mano Juana, hija, te he echado tanto a faltar!

—¡Me he acordado de ti días y noches enteras!

—¿Te dan poco de comer, verdad?

—Estás delgada como una sombra.

—¿Acaso es que rezas demasiado e duermes e comes poco?

—¿Haces algún trabajo?

—Leonor —habló por fin doña Juana haciendo esfuerzo—, cuando me vine a esta casa olvidé decirte que dieras la libertad a Wafa, que es mi esclava, ¿lo harás?

—Lo haré, hermana, pero no sé para qué quiere ella libertad... Wafa y Marian son esclavas de nombre pero, por lo demás, entran, salen y perciben un sueldo como si fueran criadas, comen lo mismo que nosotras, más no pueden pedir... Si quieres, no obstante, lo haré...

—Hazlo, por favor, que me aliviare. ¿Quieren saber sus mercedes en qué ocupo el día...? Pues rezo y canto alabanzas al Señor... La señora priora me encargó hace poco tiempo ordenar toda la documentación del convento, que estaba desorganizada, y he mandado hacer un archivo de madera que es grande como una habitación, todo con cajones para guardar los diplomas; allí tengo una mesa y recado de escribir y estoy en ello...

—¿E pasas frío?

—¿Cómo llevas la humedad?

—¿Y lo de madrugar tanto?

—¿No te arrepientes de haber venido?

—Si quieres vuelve con nosotras.

—¿Has hecho ya los votos?

—¿Sabes? Nos vamos a Alaejos a buscar allí el tesoro de don Tello.

—Hermana, si quieres, nos quedamos unos días en la posada del pueblo...

—¡Sí, sí, así te vendremos a ver a diario!

—¡No dejáis hablar a Juana, malditas moras!

—¡Eres la que más habla, Catalina!

—Juana es de todas, ¿verdad, Leonor?

E, vive Dios, que no se dieron cuenta de que el zaguán del monasterio se llenaba de gente del pueblo, que seguramente se había presentado por ver quién había venido y a quién, a qué monja, pues que a veces las veían por las ventanas, habían venido a visitar aquellas linajudas damas. Y fue que los venidos, a más de contemplarlas con sus ojos, se estaban enterando de todo lo que hablaban. Tan entusiasmadas estaban todas que, amén de no dejar hablar a sor Juana, que lo hizo apenas por la emoción, la sorpresa o por la presencia de la priora, no se percataban de nada. Por eso no vieron, mezclado entre el gentío, a don Juan, su desdichado padre, como hubiera sostenido Catalina posiblemente en voz alta de haberlo visto, pues que, como si oyera y viera a través de las paredes, se las arreglaba para estar presente en todos los acontecimientos de la vida de las marquesas, mismamente como el día en que profesó Juana o en el de sus bodas, siempre con las manos en danza, como pregonando al mundo entero que tenía dos, y no una.

Pero lo que dijeron después las damas y sus criadas, que fue como si no hubieran ido, pues que salvo lo de los rezos, los cantos e lo del archivo, no llegaron a saber si Juana era feliz o infeliz, si comía suficiente o poco, si pasaba frío, si podía escribirles o no podía escribirles, si quería que se quedaran en la posada o que se fueran, e hubieran estado viéndola y teniéndole la mano hasta el alba, pero las campanas del cenobio llamaron a vísperas y la abadesa se levantó y con ella Juana, que les volvió a dar la mano a sus visitantes, llorando, e fuese.

E las otras también, llorando todas. Doña Gracia dejó una bolsa con dineros en el

torno del convento y, secándose las lágrimas, aquellas mujeres montaron en el coche e fueron a la posada pues era tarde para seguir camino. La alojera las recibió como si llegara la reina de Castilla, pero ellas estaban tristes, tristes, y en la cena, que para no alternar con gente del común se la hicieron subir a la habitación de doña Gracia y la sirvió Catalina como siempre, apenas cruzaron palabra ni comieron las dos marquesas. A los postres, Leonor le habló a su abuela del deseo de Juana, que quería manumitir a Wafa:

—Mi hermana quiere que libere a Wafa y que le dé carta ante notario...

—Es costumbre en las grandes casas manumitir a los esclavos en el testamento.

—Lo haré... No había pensado en ello... ¡Wafa, me ha pedido mi hermana que te conceda la libertad...!

—No necesito yo la libertad...

—Ni yo —intervino Marian.

—No precisan las moras la libertad... La libertad es un sentimiento que se tiene o no se tiene, no es más que eso, un bello sentimiento, cambiante además, pues en unas épocas se es libre por una cosa y en otras por otra —sentenció la abuela—. No obstante, dásela...

—Lo haré, llamaré al notario y se la otorgaré; es lo único que me ha pedido Juana... Contigo Marian haré otro tanto, no se me vaya a olvidar.

—Yo hubiera querido estar más tiempo con Juana.

—Y yo.

—¡Tanto hablar y no sabemos si está contenta o descontenta ni si se encuentra bien o mal!

—Se le ha puesto cara de santa en este tiempo...

—Parece un espíritu, un ser leve...

—Es el estigma de la santidad...

—¡Cállense las criadas, no digan necedades! —atajó la anciana.

Y, aunque hablaron y hablaron a menudo de sor Juana en los días siguientes, aquella noche doña Gracia terminó la conversación un tanto airada y envió a todas a la cama, cuando lo del estigma de santidad de Juana hubiera podido dar mucho que hablar.



La expedición del marqués de Cádiz al reino de Granada resultó clamorosa victoria. Sus tropas conquistaron tumultuaria y repentinamente Zahara, cuya pérdida había causado grande disgusto a los señores reyes poco tiempo antes, en sólo tres días, los permitidos antes de declarar la guerra.

Él, el mejor de los capitanes del rey Fernando, fue distinguido con el título de duque; sus hombres, los mejores soldados de Andalucía toda. Un dicho Mingo Pérez, el mejor de sus capitanes, el piquete del tal Mingo, el más aguerrido de la hueste, el que levantó una atalaya en el fondón de una peña, cabe la muralla. Tal se supo en Jerez apenas tomada la plaza de Zahara. Tal conoció María de Abando y se holgó, naturalmente.

De inmediato las mujeres de aquellos valientes soldados, ella entre otras, dijeron de ir cuanto antes al lado de sus maridos para hacer la población de la ciudad, y sovoz, riendo, comentaron que habían de darse prisa para aliviar el ardor viril de sus hombres, no lo fueran a satisfacer con las moras cautivas cometiendo el consiguiente pecado de adulterio. La señora marquesa de Cádiz, ya duquesa, hubiera querido ir con ellas pero se quedó gobernando aquellos territorios porque llegaba San Miguel de septiembre y había de recibir los tributos de los siervos para de ese modo tener dinero y poder abonar las soldadas del ejército; pese a ello les recomendó que viajaran juntas, cuantas más mejor y de noche, y lamentó no poder disponer de soldados que las custodiaran, mas enmudeció cuando aquellas esposas le respondieron:

—Las mujeres de la Frontera nunca hemos necesitado hombres que nos custodien, nosotras mismas hemos tomado las armas y defendido los castillos de aquesta parte de Andalucía, amén de que hemos llenado muchos calderos con aceite hirviendo y muchos cestos de piedras para arrojarlos al enemigo...

—No obstante, andad con ojo —se dijo que contestó la dama.

Las esposas de los valientes soldados salían de cuatro en cuatro, de seis en seis. Unas a caballo, otras andando, otras en carros.

María de Abando abandonó Jerez a sobretarde con las últimas tres mujeres que quedaban, montando la mula del fraile que tornó perro, con el can que seguía la expedición a distancia, y con mal ánimo porque aquel día, mismamente como en el que el que Mingo se fue, volaban las cornejas a la siniestra, e iba malhumorada.

E subían trochas y quebradas e las bajaban, hablando y hablando las dueñas, cada una alumbrando con su linterna, quitándose la palabra de la boca comentando lo que habían oído de las guerras que los moros se llevaban entre ellos:

—El rey Muley Hacen se casó con la sultana Aixa, su prima, que es del linaje de los Abencerrajes, una gente muy principal.

—E todo andaba bien en aquellos países, pero sucedió que don Muley en una escaramuza contra los cristianos hizo una prisionera...

—Una mujer bella como la luna...

—Llamada Isabel...

—¡Isabel de Solís!

—¡Hija del alcaide de Martos!

—E fue, ay, ay, que don Muley se enamoró de la cristiana perdidamente...

—E fue que la cristiana se enamoró perdidamente también del rey moro e no quiso que sus parientes abonaran rescate por ella. Es más, se casó con el sarraceno.

—E tiene hijos con él.

—Apostató de la Iglesia Romana e se convirtió al islam.

—Con ello tiene asegurado el infierno eterno.

—Ahora ya no se llama Isabel; ha tomado el nombre de Zoraya.

—Es una hermosa historia de amor entre un moro y una cristiana...

—¡Malaje! ¿No escuchas, María?

—¡Te lo estamos contando a ti, niña!

—¿Qué?

—Pues verás, resultó que el emir hizo a Zoraya su favorita y que Aixa odió a su marido, y eso que los musulmanes tienen cuatro mujeres legítimas y cuantas concubinas puedan mantener...

—Y odió a la cristiana porque era bella y favorita, e debe ser que la mujer, por muy mora que sea, no admite a otra en la cama del marido, aunque sea rey...

—Además, los cristianos ganaron Alhama, como bien sabes, y la sultana tenía las rentas de esa ciudad, e perdió dinero, ¿entiendes?

—Entiendo —respondía María.

—Sucedió que la dicha Aixa sublevó Granada contra el emir Muley y éste hubo de refugiarse en Málaga con su hermano el Zagal, que era gobernador, e Zoraya huyó a aquel lugar para estar con su amado, pues que nombraron rey a un dicho Boabdil, el hijo de Aixa y Muley, y no la quería ...

—Ya sabes que los enamorados penan por estar con el amado e que sus familias no suelen comprender los amores.

—¡Qué historia, comadres...! —reconocía María—. ¿Hubo más?

—Que doña Aixa era la dueña de la ciudad de Granada...

—A doña Aixa la llaman la Horra, que quiere decir la honrada.

—Con sus ardides consiguió que su hijo Boabdil se levantara contra su señor padre, el tal don Muley...

—Y se proclamara rey.

Y en ésas estaban las cuatro dueñas con una historia de amor y moros, a punto de apagar los faroles. María oyendo a sus compañeras sin gana, mirando por doquiera para ver por donde surgían las cornejas a la primera luz, las otras diciendo que hora era de encontrar un claro alejado de la vereda para descansar, pues que habían cabalgado toda la noche. Y en ésas estaban cuando de entre un espeso ramaje que había en medio del camino salieron a lo menos doce moros que, gritando como demonios, las apresaron, las redujeron por la fuerza, les ataron las manos a la espalda y una soga al cuello y las cautivaron, llevándoselas a Granada para venderlas como esclavas, o para pedir rescate por ellas, y todo fue visto y no visto.

La anteriormente poderosa bruja de la calle de las Losillas, que hubo que salir de Ávila pies para qué os quiero, no echó un encanto a aquellos forajidos que la insultaron, la zarandearon y le pusieron un dogal al cuello con las otras tres mujeres. No hizo lo que había hecho con aquel dicho fray Juan de la Samaritana que estaba ladrando, encarnado en perro, a los ladrones, defendiendo a su ama. No hizo encanto ni echó maldición cuando hubiera podido hacerlo, que una cosa es ir contra cristianos y otra contra moros. No hizo nada en razón de que cumplió su palabra y mantuvo su propósito de no volver hacer grandes magias.

E lo que se dijeron las comadres a lo largo del camino mientras caminaban a trompicones, derramando amargas lágrimas:

—Menos mal que no nos han violado.

—Y tanto.

—Pero nos han quitado nuestros talegos y las caballerías.

—No debimos salir... Las cornejas no se habían acostado aún y volaban a la siniestra anunciando malaventura...

—¡Malaje, no dijiste nada, María!

—Estaban a la vista de todas, ¿no las visteis? Pues es menester mirar... ¿Qué pasa cuando te cautivan? Vosotras que sois desta tierra lo sabréis...

—Te preguntan el nombre, dónde vives y si tienes parientes que estén dispuestos a abonar rescate. Si tus familiares van a pagar, los moros hablan con unos frailes que se dedican a trocar personas por dinero... Si no, te venden como esclava y si eres bella te compra algún comerciante para su harén...

—Que es como el burdel privado del comerciante...

—No es eso... El moro tiene a mucha honra que sus mujeres no sean mujeres de contentamiento...

—Lo digo para que María lo entienda.

—¿Y si no eres bella, qué pasa?

—Te compran para ser criada, fregona, o doncella si tienes buenos modales...

—Estos canallas nos violarán esta noche...

—¿Alguna de vosotras sabe echar mal de ojo?

—No.

María sí que sabía, pero dijo que no, como las otras. Quizá por seguir su propósito o porque cuando debía hacer no hacía o hacía mal y cuando no debía hacer, hacía, las más de las veces también mal. Eso se decía, y no hizo nada quizá para no hacer mal.

Aunque aquellos hombres les estuvieron diciendo lindezas durante el largo viaje, no las violaron, no, quizá porque actuaban por cuenta de terceros, quizá para que las violaran los terceros. Cierto que antes de entrar en la ciudad de Granada las hicieron desnudar y las miraron harto, con ojos llenos de lujuria, sin duda para dirimir a qué

oficio dedicaban a cada una. A María, tras revisarle el saquillo del niño mal parido y quitárselo, le dijeron, o comprendió, pues que hablaban árabe y era harto difícil entenderse por señas, que la venderían para criada. Luego supo que los moros siempre decían eso, pero que preferían cobrar rescate.

Doña Isabel, reina de Castilla, de León, de Aragón, etcétera, indagó un tanto más en el negocio de la luna roja, pero nadie sabía nada e, cuando la nombraba, ya fuera a hombres sabios o a sus damas, la miraban como si se lo hubiera inventado, como si no existiera. Por eso hizo contemplar a sus camareras la luna roja de abril de aquel año y admiró con todas ellas el magnífico resplandor del astro y la singularidad de su colorido. Doña Beatriz incluso dijo:

—Hoy es un buen día para que los poetas canten a la luna, pues luce más hermosa que nunca.

E la reina apuntó:

—Tienes razón... Sería bueno que practicasen con los metros italianos, éstos que ha traído don Marineo Sículo...

—Que se emplearan escribiendo sonetos, como los del maestro Petrarca —apuntó doña Clara.

E sí, sí, preciosos sonetos hubieran podido escribir los poetas de haber contemplado aquel día la luna roja de abril.

Doña Isabel dejó el asunto porque no creía que la luna roja de por sí trajera bondades ni maldades, a más por no poner en brete a los hombres sabios que la rodeaban, pues que su capellán preguntó a unos y otros y nadie sabía palabra. Es más, muchos no se habían siquiera fijado en la luna roja de abril o de Otros meses, lo cual venía a decir que estaban tan pegados a las Vanidades del mundo que tan siquiera eran capaces de levantar la vista y ver lo que había en el ancho cielo. A más, que don Hernando se enojaba:

—Sepa la mi señora doña Isabel que un doctor de Salamanca ha respondido a mi carta sobre la luna roja de abril diciéndome que se llama luna parcal, que lo dijeron los antiguos griegos... Pero se ha extrañado mucho de mi pregunta y me ha demandado para qué lo quiero saber y dicho que, si lo deseo, consulta a un nigromante, y hasta ahí podíamos llegar, alteza... Que nunca se ha de terminar en estos reinos con las supersticiones...

—¡Téngase fray Hernando, que lo de la luna roja es cuestión baladí...! Lo que me preocupa es la guerra de Granada y el matrimonio de mi hija, la infanta Isabel, pues quiero casarla bien...

Y, en esto, entró Gonzalo Chacón en el aposento para decirle:

—Don Muley Hacen, rey de Granada, ha dejado la ciudad... Va muy enfermo camino de Almuñécar... La población, a instancias de los alfaquíes, se ha presentado en la Alhambra a pedirle cuentas y, al saber que no estaba, ha armado algarabía...

—¡Magnífico, don Gonzalo!

—Los ha recibido la reina...

—¿La reina? ¿La renegada o la madre?

—La renegada, alteza. Pero no ha conseguido apaciguarlos, pese a que dijo que su marido el rey estaba enfermo de cuidado... El pueblo cree que ha huido y no quiere tal rey.

—¿Será verdad lo de la enfermedad o será un cobarde el señor Muley?

—No se sabe, pero doña Zoraya ha asombrado a todos... Es mujer varonil... Dicen las cartas recibidas que no se amilanó delante del pueblo e que mandó llamar a su hijo e que se encaró con los alborotadores: «Si no queréis por rey a don Muley Hacén porque está enfermo, aquí tenéis a su hijo. Proclamadlo rey...».

—Como cualquier madre quiere ver rey a su hijo antes que a Boabdil, pero no cuenta con ése el Zagal, que es gobernador de Málaga y hermano de don Muley, y que allí hereda el hermano e no el hijo... ¿Dónde está don Fernando?

—Está en Málaga viendo aquello para ponerle sitio...

—¿Qué ha pasado por fin en Granada?

—Los granadinos no han querido al hijo de la cristiana...

—Los castellanos tampoco hubieran querido al hijo de una mora del soberano.

—Lo que dicen las cartas es confuso.

—¡Escriba don Gonzalo al rey con estas nuevas por si las desconoce e despache mensajero de inmediato...!

Doña Isabel, ya con sus damas, comentó que momento era de hacer grande guerra a los moros, de conquistar Málaga para neutralizar la ayuda que los musulmanes recibían de los musulmanes del Magreb y de poner sitio a Granada. Dijo de levantar un campamento en la Vega y de ir ella para, amén de controlar la intendencia y el gasto, poner orden entre nobles y capitanes para concertar las acciones guerreras, pues que, yendo cada uno por su cuenta, se perdían vidas y dineros. Añadió que podría hacer buen papel en la retaguardia interrogando a los cautivos moros que hicieren, e preguntó a sus camareras si conocían alguna dama de alcurnia que supiera árabe para llamarla a su lado y que interpretara lo que le dijeran los prisioneros.

Las damas repasaron los linajes de Castilla, Alba, Pimentel, Medina Sidonia, Infantado, Cádiz, Haro, etcétera, e no hallaron a ninguna dama que pudiera saber árabe, e fue la misma reina la que apuntó, pues que había pensado en ellas recientemente, a las marquesas de Alta Iglesia.

—¡Ah! —se asombraron las camareras.

—¿Saben árabe?

—¡Sí! Las criaron dos esclavas moras cuando murió su madre de parto e desapareció su padre del disgusto de haber tenido dos hijas tullidas —explicó doña Clara, que estuvo en sus bodas representando a la reina.

—Habremos de llamar a doña Leonor porque doña Juana se entró monja en las Clarisas de Tordesillas...

—¡Excelente, alteza!

—Doña Leonor es persona extraña, nunca ha hecho nada por serviros, señora.

—Ni por frecuentar la corte.

—¡Es manca!

—¡Es natural, se encontrará disminuida...!

—Será cosa de cabeza, porque carecer de una mano no disminuye. Los tullidos se apañan de maravilla con lo que tienen.

—Doña Clara, dile a don Gonzalo que la llame. Creo que será bueno tenerla a nuestro lado.

Y las damas platicaron largo de las mancas de Alta Iglesia y la que no sabía de su existencia y desgracia con anterioridad, conoció cumplidamente lo de la mordida de perro que trajeron al nacer, la muerte de la madre y del padre, ya fuera del susto o del disgusto, de las esclavas moras que les habían dado crianza y amor, de la bisabuela, que había regresado de Italia al morir su segundo marido, un dicho don Beppo de Arannola, *condottiere* para más señas, de los amores de entrambos, de los desdichados matrimonios de las marquesas, e con ellas tuvieron conversación para muchos días.



Las marquesas de Alta Iglesia, tras comprar una gruesa bombardita y un Santo Cristo en Valladolid al maestro Manzanal, quien, aunque tenía toda su producción vendida de antemano para iglesias y conventos, les vendió uno por tratarse de ellas, volvieron a pasar por Tordesillas, contemplaron de lejos el campanario de las Clarisas, encomendaron a sor Juana al Señor, pero no se detuvieron, pues a Leonor le corría prisa llegar y, al trote los caballos, se presentaron en la puerta del castillo de Alaejos sin avisar e fueron rodeadas de una multitud de niños que les querían tocar los vestidos sin hacer distinción entre amas y criadas. Vaya, que causaban más admiración ellas que el cañón. Catalina los alejaba:

—¡Andad, rapaces, andad con vuestras madres...!

Pero a poco era menester apartar también a madres, padres y vecinos. A todos los que se hallaban en torno a las damas, y tanto bullicio había que no podían decir ni quiénes eran ni a qué venían, pero no hacía falta porque las armas de los Téllez estaban pintadas en el carruaje y labradas en lo alto de la puerta del castillo, y reinaba la alegría entre los villanos en razón de que ni los más viejos del lugar recordaban que los señores hubieran habitado siquiera unos días en su propiedad y los habían echado a faltar sobre todo durante los veinte años en que los ladrones se hicieron amos de la cercana villa de Alta Iglesia, y ellos vivieron atemorizados las noches y

los días. E, claro, mostraban su alborozo, e no sabiendo quién era la señora, querían besar la mano a todas aquellas damas para no hacer feo a ninguna. E, la verdad, tanto gentío producía respeto porque las recién venidas necesitaban espacio para respirar e no había. Menos mal que llegó un hombre, un dicho Suero, el administrador, que se hizo paso a codazos entre la multitud y con él llegó el silencio porque los villanos se apartaron para ver qué hacía y contemplaron cómo se arrodillaba ante las dos marquesas verdaderas, que las otras eran criadas, y cerraron la boca para oír qué platicaba:

—Yo, Suero González, el administrador de vuestras señorías, me arrodillo ante mis señoras...

—Yo soy doña Gracia.

—Yo, doña Leonor.

—Mis señoras las marquesas sean bienvenidas...

Y como el tal Suero no les daba paso hacia el castillo, doña Gracia se puso los espejuelos para observar que la fortaleza estaba arruinada. Tantos años cerrada, ni se recordaba cuántos, amenazaba ruina lo vio enseguida la anciana, y al punto constató que el puente levadizo crujía, que el portón se resistía a su apertura, que los fosos estaban llenos de desperdicios y el patio de armas también. E repasó con sus ojos las ventanas rotas, las torres desmochadas, la muralla abultada por algunos lugares a punto de desmoronarse, etcétera, pero no se llevó disgusto, no. Aprovechó la ruina que tenía ante sus ojos —la natural después de años de abandono— y dijo a su nieta en voz alta para que la oyeran los vecinos:

—¡Leonor, el castillo amenaza ruina, será menester derribarlo y levantar otro nuevo!

E Leonor, que había captado las intenciones de su abuela, pues mejor aceptar la ruina de la fortaleza y demolerla que andarse con historias de crucificados e otras añagazas, respondió:

—¡Sí, mi señora, ofrece grande peligro!

E doña Gracia pidió una casa a aquel Suero:

—Disponga la vecindad una casa para nosotras, pues el castillo está inhabitable.

Los vecinos las instalaron en la casa del concejo, la mejor de la localidad, llevando camas, colchones y hasta alfombras y tapices de la iglesia para ornamentarla.

A sobretarde se holgó la anciana marquesa porque tenía cama buena y todo relucía como el oro y recorrió varios aposentos de aquella casa con su nieta, que ya la conocía como la palma de su mano, pues la había revisado de punta a cabo y, cuando se personó en una construcción aneja, habilitada para cocina, se asombró de que Catalina ya estuviera aparejando la cena e impartiendo órdenes a un tropel de mujeres, que se apresuraron a besar las manos de las señoras.

Después del refrigerio, doña Gracia, aunque cansada, interrogó al dicho Suero, que era el administrador, en el mismo comedor, antes la sala noble del concejo, sentada frente por frente de su nieta, al calor de la chimenea, bajo el retrato de don Beppo que había sido ya instalado en lugar de honor. E le dijo:

—¿Qué es de nuestras rentas?

E el hombre enrojeció e no atinó a responder.

—¿No eres el administrador?

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Dó son las rentas? No hemos recibido un maravedí en veinticinco años o más...

E por fin habló el Suero con poca voz:

—Las rentas las reciben los señores rey y reina...

—¿Los reyes?

—Sí, señoría. Antes se las llevaban los ladrones de Alta Iglesia, que está a una legua de aquí... Se presentaban en el pueblo armando bulla e nos quitaban hasta el pan de comer... Desde que el rey liberó estas tierras, las recibe él... Sus oficiales nos vienen a cobrar para San Miguel e les pagamos puntualmente...

—¿E nosotras?

—Perdone, su señoría, pero no sabíamos quién era nuestro amo, por eso le abonábamos al rey, que nos cobraba...

—*Porca miseria!* ¡Oh, qué error, que gran error! La reina devolvió a mi nieta los señoríos de Alaejos y Alta Iglesia que, por otra parte, siempre han sido de los Téllez. ¿Cuántos pecheros hay? ¿Cuánto pagan?

—Trescientos vecinos que abonan un millón de maravedís al año.

E doña Gracia continuó interrogando al hombre, ella sola porque Leonor tenía la mente en otra cosa, seguramente en el maldito tesoro, hasta que terminó diciendo:

—Suero, no he de enojarme con vosotros, pese a que habéis sido descuidados, pese a que nos debíais haber llevado los dineros a nuestra casa de Ávila como siempre, como hicieron vuestros padres y abuelos...

—Se dijo que don Juan había muerto y su esposa también...

—No quiero hablar más de eso... Oye, voy a necesitar criadas, búscame unas mozas...

—A las órdenes de su señoría.

—Y mañana a la mañana, me traes al viejo más viejo de la población, que deseo preguntarle unas cosas...

—A las órdenes de su señoría... ¿Van a pasar un tiempo aquí las señoras marquesas? ¡Nos holgamos mucho todos...! ¡Favor nos hacen vuestras mercedes, les serviremos en lo que sea menester...!

—¡Retírate, Suero!

—A las buenas noches...

E, ido el administrador, la anciana comentó con su nieta:

—¡Presta atención, hija, a las cosas del dinero...! Los reyes han estado cobrando lo nuestro...

—Antes lo hacían los ladrones que tuvieron subyugada toda esta comarca...

—¡Acabarás en la miseria si no te ocupas de las cosas del dinero!

—Ya lo haces tú y mejor que yo lo haría...

—No se trata de eso Leonor, me moriré presto...

—No empieces, abuela.

—¿Qué, qué te parece el castillo? Nos ha venido bien que amenace ruina, así lo echaremos abajo e no habrá que andarse con mentiras... ¿No te da pena derruirlo...?

—¡No! Además, espero tener más suerte que don Alvar y que doña Urraca... Doña Urraca fue la que se quemó toda en este lugar a causa de una candela que le prendió el vestido, y don Alvar el que derruyó Alta Iglesia por dentro, ¿no? ¿Mi tatarabuela también buscó aquí?

—Tengo para mí que los tres buscaron en Alta Iglesia...

—¿Entonces, en Alaejos no ha buscado nadie?

—Sí, seguramente sí, pero no perdieron la vida e no quedó memoria dellos...

—¿Sí o no?

—¡No lo sé a buen seguro, Leonor...!

—Oye, abuela, ¿tú quieres levantar un castillo nuevo?

—Yo no. Yo no emplearía aquí ni un maravedí...

—Lo mismo pienso yo, a más que no se han preocupado de preguntar qué amo tenían...

—Lo tiramos y les damos la tierra para que tengan bienes propios... No obstante, antes de comenzar el derribo, me dejarás tantear a la vecindad, pues que no sé... Tal vez se opongan a que sus señoras destruyan su castillo, pues ten en cuenta que las cosas y los edificios y los campos son de los que alzan la vista y los ven, aunque tengan otro amo... Y, no sé, antes de empezar la faena quiero ganarme a todos y darles unos dineros para celebrar nuestra venida y convidarlos a un banquete, porque los señores deben ser muníficos...

—¿No eras tú la que deseaba destruir el castillo como hubiera hecho tu señor marido? ¿No has comprado una bombardarda? ¿No te ha venido la ocasión a la mano? ¿No se cae? ¡No hay más que mirar...! ¡Estarán contentos! ¡Es un peligro...!

—Sí, pero algo me dice que debemos ser prudentes, y esperar unos días...

—Esperaremos mientras llega la bombardarda... ¿Por qué más? ¿No es nuestro el castillo y la tierra que se ve?

—Te lo devolvió la reina, en efecto, pero no para que lo destruyeras, sino para que lo mantuvieras y no has cumplido, se cae...

—A mí no me dijo nada, me lo tornó sin más, sin condiciones, salvo que la sirviera a ella... Además, las rentas las cobró ella, y ella debía haberlo mantenido en buen estado...

—Doña Isabel daba por supuesto que lo conservarías... En cuanto a rentas, los reyes reciben tanto que no saben ni qué reciben... Considéralo como nuestra contribución a la guerra de Granada...

—Está bien lo que has dicho de dar a los vecinos la tierra que ocupa el castillo; con ello se contentarán...

—¡Déjame hacer a mí! Y no se te ocurra entrar en él para buscar el cofre de don Tello... ¡La fabrica se cae...!



María de Abando, separada de sus compañeras de viaje, fue recluida en un palomar vacío, maloliente y lleno de detritos, que resultó para ella una mazmorra, pese a la luz y a que podía dar cuatro pasos por parte larga y tres por la parte estrecha. Porque, como si estuviera en la cárcel, no la dejaban salir, y le llevaban comida una vez al día: una jarra de agua y una pasta de harina, sin un mendrugo de pan e, claro, se moría de hambre y de ansiedad. Además que, sin el saquete del niño malparido, sin el talismán con el que había hecho los mejores encantos de su vida, se encontraba como si estuviera desnuda...

No obstante, había catado en la jarra de agua, que no era hacer gran magia, y visto que una dama, vestida a la musulmana para más señas, habría de ir a comprarla una soleada mañana a la hora del mediodía para abonar a los secuestradores una buena cantidad de monedas de oro, de ésas que corrieran en Granada, como se llamaren... Pero la Dama de Amboto, la que le permitía ver en el agua de beber y le consentía transformar a un hombre en perro, no le facultaba a poner número al día ni a precisarlo en un mes concreto, con lo cual podía perder allí la lozanía incluso, ni, en otro orden de cosas, condescendía a que supiera qué había sido de Mingo ni si la estaba buscando, pues que en el agua sólo aparecía la noble mora.

Y cuando ya estaba harta, desesperada, haciendo mil cábalas sobre los triunfos y paradero de su marido, dispuesta ya a camelarse al guardián, que hubiera sabido hacerlo a más que tenía encantos para ello, a darle lo que no da dueña honrada para que la dejara escapar, pues que el hombre, un tipo de tez cetrina que algo hablaba el castellano, no había querido que le leyese las rayas de las manos o le echase la buenaventura, sucedió que otro hombre entró en el palomar y la condujo a un lavatorio.

Le dio jabón del bueno, le ordenó que se metiera en una gran bañera, le acercó un

lienzo y unas ropas y la dejó demorarse en el agua caliente, tal vez para verla más tiempo, pues la estuvo mirando todo el rato y hablándole, seguro que diciéndole groserías. E luego la llevó a un salón donde había gente sentada en divanes y una gran señora que llevaba la cara tapada con un velo y hablaba con sus anfitriones, a más de alzarse el velo para llevarse a la boca un dulce de tanto en tanto.

María miraba los dulces con hambre, con tanto hambre que uno de los hombres le entregó un puñado de dátiles. Tras comérselos con ansia, continuó mirándolos hasta que coincidió con los ojos de la dama mora que, gran Dios, los tenía azules, pero bajó los suyos no fuera a considerarla mujer descarada y no la comprara y la devolvieran al palomar, aunque ya limpia, al fin, pues que no se había podido lavar la cara en todo aquel tiempo y, cuando había pasado la «enfermedad», no se había podido cambiar de camisa. Hubiera querido comprender palabra a palabra lo que hablaban aquellas gentes pero no sabía árabe; no obstante entendía que estaban en una operación de compraventa e que, como viera en la jarra de agua, la dama la quería comprar.

Y preguntó la dama, que hablaba el romance mejor que María:

—¿Cómo te llamas?

—María, señora...

E volvió la señora al árabe:

—Entre la armenia que me has enseñado y esta rumí, me quedo con la rumí... Yo también fui rumí... Las armenias son muy fuertes, pero son ladronas...

—Tengo una nubia... Ya sabéis que las nubias son excelentes ayas...

—No, no, me quedaré con ésta...

—¿Para qué la queréis?

—Quería a una esclava que me llevara la casa, pero no me vendrá mal una mujer que atienda a mis hijos cuando se resfríen...

—Llevaos dos... Tengo tres rumies más...

—¡No, dos rumies juntas nunca!

—Ésta es la mejor de todas.

—Oye, María, ¿haces alguna cosa en especial...? ¿Cantas, tocas el laúd o la viola, o recitas poesía, por ejemplo? —preguntó la dama a María.

Y ella respondió:

—Pongo cataplasmas, enderezo huesos, curo la melancolía y los males del corazón, las heridas de hierro y las mordidas de los perros, la atrofia de las venas, hago ungüentos y ensalmos... —e se calló muchas cosas.

Volvió al árabe la dama:

—Habré de verla desnuda, por ver si tiene alguna tara.

—¿Cuándo os he engañado yo, mi señora?

—No es eso, Salim, quiero verla...

—¡Desnúdate, rumí! —gritó el Salim a la cristiana.

E María se desnudó sin rubor pero con recato, e se tapó el pubis con las manos, causando buena impresión en la dama mora, pues que miró a los ojos del vendedor por si se le llenaban de lujuria mala y fea, no fuera la esclava a suscitar pasión incontrolable en su marido, el señor Muley Hacen, pese que estaba enfermo ciertamente y lejos, en Almuñécar, como la que le había originado ella sin ir más lejos, que nunca se sabe. E pasado el examen dijo:

—Me la quedo, Salim.

Y ajustó el precio.

María de Abando fue adquirida por una altísima dama, por doña Zoraya, que había sido rumí, es decir, cristiana en tierra musulmana y que, como ella, había sido cautivada por moros malandantes. Que había vivido de lavar ropa en el palacio de la Alhambra, la casa del rey Muley, trabajando con ahínco, destrozándose las manos, para pagar el rescate que la soldana Aixa, tras comprarla a los traficantes de esclavos, pedía por ella... Hasta que, Alá lo quiso, un día a la amanecida entró el rey Muley en la lavandería del palacio, la mar de airado, pidiendo una camisa y, todo es fácil para el Señor, se fijó en la lavandera, la compró a su antigua esposa favorita... Y, señor Alá, se enamoró perdidamente, e ella de él, e sucedió lo de la guerra civil en la ciudad de Granada por los celos de la señora Aixa.

Ya sabía alguna cosa María de la señora Zoraya, de la soldana Aixa y de las guerras que los moros se llevaban entre ellos a causa de su ama, que había sido cristiana y cautiva, pero supo más, mucho más, cuando la dama le tomó confianza, que fue muy presto, en cuanto constató que su nueva esclava la servía bien. Entonces la llevó a su jardín, le enseñó un cerezo en flor y le preguntó por qué el árbol daba cerezas amargas y no dulces como es común que hagan todos los cerezos desde que el mundo es mundo.

Muchas fiestas daban en Córdoba los reyes a los señores que luchaban con peligro de su vida en la guerra y a los que les daban dineros, como don Pedro González de Mendoza, nuevo arzobispo de Toledo. Los llamaban o iban por su cuenta a besarles las manos y a juntárseles con sus hombres para ganar honra, y los monarcas los invitaban a cenar, no a su misma mesa, que hubiera sido contra protocolo, pero sí en la misma estancia, e porfiaban entre sí condes y duques por servirles el vino o la vianda. E era bueno tanto festejo, pues que había mucha sangre y dolor en Andalucía y mucha priesa por arrojar al moro.

Las damas jóvenes de la reina, todas alegres y muy arreadas de vestes, tocas y plumas, danzaban antes de cenar con otros tantos caballeros mancebos. La infanta Juana —que seguía señalando con el dedo corazón, pese a que su madre y sus ayas le pedían que no señalara, pues que una dama no señala y se las ingenia para decir sin señalar— era la que más bailaba cuando salía a la fiesta, aunque que a veces anduviera enojada, siempre por naderías propias de su corta edad. Su madre decía que tenía celos de don Juan y de doña María, sus hermanos, e se santiguaba porque andaba otra vez embarazada e con la criatura que alumbrara otro tanto sucedería. E lo comentaba con su hija mayor, la infanta Isabel, que, vuelta de Portugal, era un cúmulo de prendas, a más de bella y galana, en razón de que la duquesa de Viseo se había esmerado con ella y la doncella sabía estar.

Madre e hija se encontraron en Córdoba e se juntaron en un abrazo interminable. A ver, tantos años sin tratarse, que Isabel se había ido moza y regresaba mujer, hablando portugués y latín de corrido, chapurreando francés e mencionando al Dante, al Petrarca, al Giotto o a Piero della Francesca, o a los duques de Medicis o de Milán. O describiendo la ciudad de Venecia como si allí hubiera estado. O platicando del príncipe Alfonso, el hijo del rey don Juan de Portugal, que era gallardo como ningún otro doncel, o de la duquesa, que estaba ya muy anciana e, prudente como era la joven, cuando su madre le preguntaba por la alevosa muerte de un buen puñado de nobles a manos del rey en aquel país, ella callaba discretamente, e la reina entendía sin necesidad de palabras que no debía insistir. E preguntada si quería casar con el joven Alfonso, decía que sí, e vuelta a preguntar respondía taxativamente que sí, que sí, e no quería oír hablar de ningún príncipe de Francia o de Inglaterra para maridar.

No quería hablar de ningún príncipe de Francia, a más de porque amaba al dicho don Alfonso, por la lengua. Por el francés, que se le hacía cuesta arriba, y mucho menos de uno inglés, pues que allá hablaban poco menos que bárbaro e del todo incomprendible para los latinos, e suspiraba.

La pequeña Juana estaba entusiasmada con su hermana mayor, pues que jugaba con ella a las muñecas:

—Juega conmigo, Isabel.

—¿A qué?

—A las muñecas. Yo seré la madre, tú el padre.

E doña Isabel jugaba con doña Juana, sabiendo que jugaba a lo que no era, a lo que no habría de ser para la niña, además que quizá no tuviera tanta suerte como ella, que estaba enamoriscada del señor Alfonso, porque su madre, la madre de ambas, la poderosa reina de Castilla, de León, de Aragón, etcétera, la casaría con un príncipe, viejo o joven, que lo más posible sería que nunca la amara. Además, que nunca limpiaría las defecaciones de sus hijos, si se los daba Dios, ni los amamantaría, ni les daría de comer a la boca ni los arroparía por la noche ni los santiguaría al acostarlos para librarlos de brujas y seres infernales, ni los cuidaría cuando estuvieren enfermos, ni les haría cariños cuando tuvieran miedo, porque ella estaría aquí y sus hijos acullá, en manos de ayas y damas, o rehenes de algún tratado de paz, como ella mismamente, que había sido muy bien tratada en Lisboa, sí, pero que hubiera querido estar con su madre, una mujer que tan pronto deseaba casarla con el portugués como con un príncipe de Francia o de Inglaterra. E la infanta se sentía mercancía de una madre que no hablaba una palabra seguida con ella, pues que la interrumpían sus secretarios o damas con noticias, salvo cuando oía misa, que entonces no lo permitía.

Aquella mujer no vivía un momento de sosiego. Que, cuando no eran nuevas de haber tomado tal capitán tal ciudad a los moros, era que se había librado tal escaramuza; o que habían quemado tantos y cuantos herejes en Sevilla o en Valladolid; o que los judíos habían asesinado al Inquisidor General de Aragón dentro de la catedral de Zaragoza; o que se habían sublevado los nobles gallegos; o que una flota de naves portuguesas había naufragado cuando pretendía doblar el cabo de las Tormentas, situado en el extremo de África, en su camino hacia el Catay en busca de la ruta de las especias, esto en apenas una hora, que en la siguiente otro tanto. Así hasta irse a la cama, que no era vivir. Lo que, además, era malo para ella, máxime estando otra vez empuñada y teniendo tan malos partos como había tenido con Juana y con María y la niña muerta. E le pedía la infanta:

—Descanse su alteza. Pida un paño a doña Clara y borde, que le vendrá bien hallar sosiego.

Y, como doña Clara no le daba paño a doña Isabel, se lo acercaba ella con gran escándalo de la dama que, como si quemará, se apresuraba a quitárselo de las manos a la reina, que no bordó ni cogió aguja mientras vivió su buena madrina.

Cierto que la infanta también disfrutaba al lado de su madre, sobre todo cuando pedía a los cronistas que abreviaran al hablar de las cosas personales della y les aconsejaba que mentaran su próximo parto, previsto para el mes de diciembre, con una sucinta noticia.

Dos líneas dedicó Pulgar a la nueva parición de la señora y al nacimiento de doña

Catalina, una preciosa niña hermosa y cordezuela, que vino al mundo en Alcalá. Don Marineo, el nuncio, ni la mencionó. Mosén Diego de Valera tampoco, pero don Alonso de Palencia escribió: «En diciembre la reina doña Isabel dio a luz en Alcalá a doña Catalina. Mayor alegría hubiera causado a los reyes el nacimiento de un varón, porque la sucesión de su único hijo inspiraba no pocos temores, y la fecundidad de sus hijas prometía dificultades para los próximos enlaces».

Y claro, la reina montó en cólera. De primeras, se airó en presencia de sus damas más allegadas y queridas y se quejó:

—¡Estos paniaguados...! ¡Este Palencia, ya dijo mil oprobios de mi hermano Enrique...!

—¡Tente, hija —le aconsejaba doña Clara—, fue el que ajustó tus bodas con don Fernando...!

—¡Bien que sé que mi hijo es menudo y débil, pero de mis hijas nadie sabe nada. Isabel es doncella, Juana niña, María más niña todavía e Catalina acaba de nacer...!

—Los cronistas dicen lo que no deben y lo que suponen —intervino doña Mencía.

—¿Por qué mis hijas no han de ser fecundas?

—¡Es necio aventurar semejante juicio!

—¡Lo castigaré, le quitaré la pensión, lo desterraré...!

—Mejor será callar, alteza...

—¿Por qué, doña Beatriz?

—Señora, el cuaderno lo conseguimos mal... Don Gonzalo rebuscó en el arca del Palencia...

—Eso no es obstáculo para una reina.

—Señora, puede caer oprobio sobre mi marido, que te ha servido siempre con dedicación y anhelo —rogó doña Clara en voz baja.

—Mejor no darlo por sabido...

—O robarle los cuadernos y echarlos al fuego y que no quede para la posteridad...

—No es necesario. Es mejor dejarlo. Palencia se descalifica solo... ¡Es sandio hablar de la fecundidad de las infantas cuando doña Isabel es doncella y las otras niñas...!

—¡Son cosas de hombre!

—¡Es hablar por no callar!

—La señora infanta que no se enoje tampoco, que este Palencia es un viejo cascarrabias.

—¿He dicho alguna vez algo deste Palencia? ¿Le he pronosticado que morirá sin sacramentos y se pudrirá en el infierno, por ejemplo?

—¡Nunca jamás!

—A los cronistas se les sube a la cabeza lo que son porque muchos nobles les van a pedir que les dejen leer sus escritos, por ver si están recogidos sus nombres y sus hazañas, aunque a veces vayan por lana y vuelvan trasquilados...

—Algunos hasta les hacen regalos...

—Creo que será mejor dejar el asunto o correrá más, e no quiero se ponga en cuestión la fertilidad de mis hijas...



Doña Gracia Téllez se ganó a la población de Alaejos en un Jesús. Porque les dio de comer hasta la saciedad y dejó que del más anciano al más chico le besaran la mano y hasta que le contaran su vida. Escuchó como doscientas historias con buena cara y aconsejó esto y estotro. Oyó venturas y desventuras, problemas, dilemas, agravios, ultrajes, honras, deshonras, vergüenzas y desvergüenzas, y puso paz entre querellantes y envidiosos. Habló del amor que se ha de tener a Dios y al prójimo, y del mucho amor que le tuvo a su esposo, el italiano, con verbo digno de envidia, pues que más de una vecina se santiguó ante el retrato del *condottiere*, como si de un santo se tratare. De tal manera que salían las gentes de la vista —las personas adultas, hombres y mujeres, correspondientes a los trescientos fuegos de la villa— en pequeños grupos, con cara de albricias, dispuestas a ayudar en el derribo del castillo, que se desmoronaba, y hasta comentando:

—¡Por fin tenemos una señora que ejerce dominio y se ocupa de nosotros uno a uno!

Y sí, sí. La anciana marquesa se ocupaba dellos y al que no tenía le daba dineros para arreglar el tejado de su casa o para comprar leche. La joven marquesa no, no les prestaba la menor atención. Tenía sus quehaceres al parecer, e andaba por el castillo con sus dos esclavas moras, arriba y abajo, como si buscara alguna cosa. A gusto la hubieran ayudado, pero no se atrevían a ofrecerle sus servicios porque doña Leonor hablaba poco.

Fue de gozo cuando doña Gracia, Dios le dé mil años de vida, llamó a la Benita, la más vieja del lugar, para preguntarle sobre los antiguos marqueses, los que habitaron Alaejos, pues que deseaba saber de ellos, de lo importante a lo menudo. E fue el delirio entre los habitantes, pues que le iban a contar a la Benita lo que habían oído a sus padres y abuelos. La dama aceptaba lo que le decía la vieja con reservas, naturalmente, pues que lo más era fábula que, tantos años transcurridos, no podía ser de otro modo.

—Benita, ¿desde qué marqués recuerdas?

—Yo pagué mis pechas a doña Gracia, que estaba fuera de Castilla, e no sé si sois

vos la mi señora, e a doña Ana, luego a don Juan...

—Yo soy esa doña Gracia y doña Ana es mi hija y don Juan nieto, en paz descansen los dos. Remóntate más atrás.

—Se habló de un don Hugo que murió reventado de tanto comer y que a lo menos pesaba doscientas arrobas. De una doña Petrona, que era mujer de costumbres livianas, disculpe su señoría, que se cayó escaleras abajo cuando iba a abrir el portón a su amador... Pero otros dijeron que la tiró su marido, muerto de celos...

—No lo he oído nunca... ¿Oye, de don Tello, el cabeza del linaje, qué se cuenta?

—Don Tello fue un gran hombre, señora, el que llevó el pendón del rey Alfonso en la batalla de las Navas de Tolosa.

—Lo sé.

—Se cantan canciones con su nombre en las fiestas mayores.

—¿Oye, y de un rey moro que vivió aquí con él?

—No sé, mi señora.

—Un cautivo de las Navas...

—No sé de ese moro...

No sabía la Benita casi nada de don Tello y nada del rey moro, pero al día siguiente volvía:

—Hubo otro, un dicho don Asur, que ganó al sarraceno la villa de Alta Iglesia a una legua de aquí, en el camino de Fuentesauco...

—La que nos da el título...

—Desde que su señoría me honra, muchas comadres me vienen a contar cosas de la familia y dicen que don Asur sufría mal de ojo, el que le echó una mora cuando conquistó aquella fortaleza, y que, instalado en Alaejos, sólo vivió treinta días desde que volvió de allí sin impartir ninguna orden ni disponer nada, pues que le vinieron dolores a la piernas y a los brazos y se metió en la cama y falleció, en el primer piso, allá...

E fue la Benita la que con sus contarellas dio otra clave a doña Gracia para derribar el castillo sin que la población lo sintiera. Porque le habló del mal de ojo que padeció aquel don Asur, un antepasado desconocido para ella, haciéndole el favor consiguiente.

Discurrió la dama que, como presto se iban a cumplir los treinta días de su estancia en el castillo de Alaejos, podría echar mano de la muerte de don Asur y hacer como que se ponía enferma y que le habían venido dolores a los brazos y las piernas y correr que el castillo estaba maldito, plantar cara a la maldición que se repetía con ella y derribarlo a bombazos. A más, que la fábrica lo pedía a gritos y cualquier día un sillar que cayera habría de causar una desgracia. Y en ese cavilar se adujo que los vecinos respirarían aliviados y que ellas podrían buscar el cofre del rey moro entre piedras y cascotes. Cuando comentó con su nieta tal posibilidad, ésta le

quitó la idea de la cabeza. Pues, ¿no estaba toda población por derribar la fortaleza sin más para evitar el peligro de desplome? No obstante, la dejó hacer, que así estaba entretenida y ella y las moras podían andar por el castillo a sus anchas abriendo arcones y revisando su contenido para, por descontado, no hallar nada interesante.

Así las cosas, sólo faltaba que llegara la bombardera de Valladolid, porque doña Gracia ya había constatado suficientemente que no había memoria en Alaejos de ningún Téllez buscador de tesoros y se había metido en la cama, dicho que le dolían brazos y piernas, bebido varias tisanas; confesado y comulgado, encomendado a Dios y a sus Santos; aconsejado a su nieta sobre muchos particulares, recomendado tal y cual a las moras y a la cocinera que, ignorantes de la añagaza, lloraban a toda hora creídas de que la dama se iba deste mundo; recordado a don Beppo y repetido las últimas instrucciones para su enterramiento en el altarfino que había comprado en la girola de la catedral de Ávila amortajada con el hábito de San Francisco, entre sus dos maridos, el *condottiere* a su derecha, el embajador a su izquierda, cuyos cuerpos doña Leonor debería mandar traer de Milán, Dios dé buen ánimo para llevar a cabo semejante manda.

E a punto de cumplirse el día trigésimo de la llegada de las marquesas a Alaejos, corriendo por toda la villa el negocio de la maldición de don Asur, Dios lo tenga con él, que se repetía mismamente en la anciana doña Gracia, Dios le dé un lugar a su lado, llegó la bombardera de Valladolid sobre un armón de artillería, traído por cuatro hombres, e todo fue confusión en aquel lugar.

Claro que doña Leonor estuvo muy atinada y, cuando le preguntó el cura por el cañón, dijo:

—Este cañón es el primero de los veinte que mi señora abuela y yo adquirimos a un maestro herrero de Valladolid para defender la villa de maleantes... Ahora, va a cumplir otro menester porque vamos a derruir el castillo por lo de la maldición de don Asur, nuestro desdichado antepasado, y porque se desmorona. Cuando nos vayamos los dejaremos en la villa que de ese modo estará defendida e no habrá que penar ni sufrir yugo ni privaciones en el futuro.

La población, enterada del negocio, estalló en vivas. Doña Gracia celebró la aguda y pronta respuesta de su nieta y dijo a las moras que la atendían en aquel momento:

—Me puedo morir tranquila. Leonor guardará las posesiones de la familia mejor que yo... Tanto discurrir por causa del tesoro de los Téllez, le ha venido bien el ejercicio mental... Es ya mujer avisada y sabia...

Y tal parecía, en efecto.



Doña Zoraya, antes rumí en tierra de infieles, antes cristiana en tierra de cristianos y nombrada doña Isabel de Solís, luego esposa preferida del emir don Muley y reina, y ahora viuda del dicho y madrastra del nuevo rey, de Boabdil, era mujer bella como el sol y muy querida por los habitantes de Granada, como se demostró sobradamente, pues la aclamaron cuando abandonó la Alhambra e se fue a vivir con sus hijos, criados y esclavos a su casa del Albaicín —barrio que albergaba la Alcazaba, lindero al río Darro y a otros montes—, en una mansión con huerta, jardín, floresta y mentes rumorosas, dicha por allí carmen, situada al sol de tarde y frente por frente a los palacios del emir.

Azuzó la mula doña Zoraya apenas acabó el funeral del señor Muley y estuvo atinada porque la antigua primera esposa del dicho, doña Aixa, era la que manejaba a su hijo Boabdil, que era mozo, en los palacios reales, en la ciudad y en el reino de Granada, y le había tenido celos cuando fue relegada del regio tálamo y luego inquina por lo mismo. Por eso fuese presto, porque la soldana era mujer dotada para la intriga, y en aquel luctuoso momento vería enemigos por todas partes. Ella no, no era enemiga de nadie. Su relación con don Muley debióse al amor que llama a las puertas de los corazones sin ser llamado, e ya sabía que sus hijos no serían nunca reyes de Granada, salvo que faltaran los hijos de Aixa. A ella que la dejaran vivir y morir en su casa del Albaicín viendo ponerse el sol, llegar el nublado, la lluvia y el ir las nubes, disfrutando de sus rentas con sus criados y esclavos, sin salir de la quinta, sólo yendo el viernes a visitar la tumba del señor Muley y a orar a la mezquita, allí, pues que no podía regresar a tierra cristiana por sus parientes, los Venegas, que le habían jurado odio eterno pese a que entre los hombres de aquella familia había varios renegados, mismamente como ella, que había abandonado el cristianismo para tornarse mahometana, sí, pero después de pensarlo mucho y de filosofar abundantemente.

Le contaba doña Zoraya a María de Abando, antes de encomendarle que entendiera en el misterio del cerezo, que había sido cautivada al pie de las murallas de la villa de Martos, de donde su señor padre era regidor. Estaba cogiendo flores para adornar el altar de la iglesia mayor con otras doncellas, cuando se presentaron unos moros en algara e se llevaron a las mozas, e las vendieron en Granada. A ella la compró la soldana Aixa e la dedicó a lavar ropa, e estando en su labor se presentó el rey Muley voceando que necesitaba una camisa limpia para salir de caza e, acercándose a ella, le quitó de las manos la que estaba terminando de aclarar en agua de rosas e quiso Alá que cruzara su mirada.

—E fue el amor, hija, que casi me hizo desvanecer... E ya no fui capaz de lavar ni de aromar la ropa tan bien como antes... ¿Tú te has enamorado alguna vez, María?

—Con ese amor, no, mi señora.

—Fue loco amor el que yo sufrí y el de don Muley también.

—Estuve casada; ahora soy viuda.

—Me muero de pena por la muerte de mi amado, me muero...

E María sahumaba la estancia de la soldana con espliego y romero —muy buenos contra hechizos, por otra parte— y otros aromas, pero nada le decía, porque aquella afligida mujer que parecía no haber roto un plato en su vida la tenía de esclava contra su voluntad.

—¿Tú tienes hijos?

—No —contestó María porque era muy complicado decirle que sí, que tenía uno que era y no era de ella.

—No puedo volver a mi tierra porque unos parientes me la tienen jurada... A la señora Aixa le gustaría que me largara con viento fresco, y yo me iría de grado, pero no puedo... Claro que aquí también corro peligro por la soldana, que se vengará de mí, y porque los castellanos cuando toman una aldea nuestra lo primero que hacen es matar a los renegados... Oye, esos reyes, don Fernando y doña Isabel, más parecen fieras carniceras que personas, pues que vienen contra nosotros comandando un ejército de demonios como no se recuerda desde la batalla del Salado, y ese marqués de Cádiz, su capitán, un sanguinario... ¿Es que no ha habido durante siglos un pacto entre musulmanes y cristianos consistente en que cuando los moros conquistan una ciudad los cristianos se quedan de rumies y, a la inversa, los musulmanes de moriscos, respetándose y dejando vivir a los vencidos, eso sí, más pobres de lo que eran? Los reyes de Castilla han de echarnos de estas tierras de Al Ándalus, te lo digo yo, e falta poco. A mí me mandarán matar la primera...

E María nada respondía ni trataba de aliviar la desazón de la dama con palabras de consuelo, pues que le daba un ardite doña Zoraya, en razón de que estaba allí forzada, y la habían cautivado sin pedirle permiso, para que trabajara curando los resfriados y enfermedades de los moradores de aquel carmen y pagarse su rescate y volver a Ávila, porque el pobre Mingo no vendría a por ella, estaba visto. A más, que si la dama andaba triste por haber enviudado, ella también por otro tanto, aunque ciertamente no había amado a su esposo del mismo modo que la mora al suyo.

E la dueña continuaba:

—Si me convertí al mahometismo fue tras pensarlo mucho y lo digo sin remilgos: Dios permitió que me cautivaran los moros, que me trajeran, me vendieran, me compraran y me ocuparan de lavandera. Que don Muley necesitara una camisa y se enamorara de mí, que yo le correspondiera con todo mi ser y que él me hiciera su primera esposa. Lo de los odios de la señora Aixa ya fue cuestión de ella, pero lo que yo me decía en las soledades del harén cuando mi amado partía para la guerra:

»Dios, que es Uno y puede llamarse Dios, Alá o Yavé, y tal afirmaba y afirmo en razón de que he sido cristiana... Dios, digo, creó el mundo e después a los seres inanimados y a las criaturas, de las más simples a las más complicadas, al hombre, en concreto, en un más difícil todavía... Lo del más difícil, lo del cada vez más

complicado y complejo, me llevó a pensar que tal vez Dios, Alá o Yavé, el Uno, el Creador, eran a su vez obra del hombre... Una necesidad del hombre, un anhelo inalcanzable por inexistente... Alá tenga piedad de mí si he errado...

A María, que creía en la Dama de Amboto por la enseñanza que recibiera de las brujas de la ría del Nervión, pero no creía en el Señor Jesucristo ni en su Santa Madre porque no había sido educada en la doctrina cristiana, como es sabido, aquellas filosofías le hubieran dado a pensar, de no estar ocupada con el cerezo de las cerezas amargas que, vive Dios, la primavera anterior había dado siete frutos, siete, sólo siete. Uno que se comió la soldana y seis sus criadas, dándose cuenta todas de que eran amargos.

Negocio que, precisamente, no servía de regocijo a la señora Zoraya, sino al contrario, de preocupación añadida a las cavilaciones sobre Dios y el hombre, lo que era tan complicado o más que dirimir qué había sido antes, si el huevo o la gallina. Y eso estando cercano el año de mil y quinientos, el del Fin del Mundo, el de los horrores del Apocalipsis, que anunciaban los clérigos cristianos tratando de preparar las almas de las gentes.

Doña Isabel, la reina, consultaba un mapa y escribía a su marido con la propuesta de enviar el grueso del ejército al levante para, una vez conquistada Málaga, tomar Baza y Almería y otras plazas menores, con lo cual Granada quedaría cercada; y se mostraba entusiasta con la idea de don Fernando de establecer un campamento permanente en la vega granadina, para desde allí escaramucear contra los soldados moros y cortar el aprovisionamiento de la ciudad hasta rendirla por hambre.

E sí, pero Málaga era hueso duro de roer, porque el Zagal, el hermano del fallecido Muley Hacen, era ya rey de Granada y atacaba a Boabdil, su sobrino —que también lo era—, sin que se lo impidieran los lazos de sangre. Con lo cual, rey y reina habían de enviar tropas a su vasallo moro para que se defendiera de su pariente que más parecía que, blandiendo su alfanje, repartiera la ira de Alá por aquella tierra. E porque, precisamente, la población de Málaga había estado con el Zagal desde que el rey mozo se rebelara contra su señor padre. E se presentaba el marqués de Cádiz con sus aguerridas tropas a una milla de las murallas e ya salían los malagueños en algara por sorpresa matando a todo lo que se moviera, e llegaba el duque de Alba y otro tanto.

E, mientras, la reina no pensaba en otra cosa salvo en el matrimonio de su hija Isabel con el rey Carlos VIII de Francia, que era mozo, e se dolió mucho cuando supo que éste había sido objeto de una grave conjura tramada contra él por algunos nobles de la que, felizmente, había salido ileso. E lo que platicaba con su hija:

—Don Carlos tiene vuestra misma edad, acaso dos años menos, que no se nota...

—Está casado a futuro con otra mujer...

—¿Y qué, niña, qué? Eso se invalida sin más...

—Quiero maridar con don Alfonso de Portugal...

—Es más importante el reino de Francia que el de Portugal... Mucho más grande...

—Será de extensión en el continente, porque los lusos tienen toda la costa de África, que son millones y millones de millas de tierra, y una mina de oro en la Guinea e comercian... A más, que, salvo que les ataquen por mar, sólo nos tienen de enemigos a nosotros, a los castellanos, y los franceses tienen muchos más, borgoñones, ingleses, nosotros y los italianos por el sur... Han mantenido una cruel guerra contra el archiduque Maximiliano...

—Todos tenemos guerras... Tu padre y yo, salvo esta guerra que llevamos, de años ha, contra los moros, no hemos emprendido ninguna. Los franceses nos atacaron por la cuestión del Rosellón, los payeses catalanes se rebelaron contra su rey natural. Los portugueses invadieron Castilla, algunos nobles castellanos se opusieron a nuestra proclamación y fue preciso reducirlos a obediencia... No hemos parado de

luchar, pero sin haber emprendido nosotros siquiera una batalla...

—¿Por qué ha de haber guerras?

—Lo mismo me digo yo, pero no derives la conversación, hija mía, que estamos hablando del rey Carlos de Francia.

—Ya os lo he dicho, madre, su alteza me lo ha preguntado mil veces... Quiero a don Alfonso...

—¡Pues a este don Carlos lo único que se le puede achacar, al parecer, es que es muy alto, casi un gigante que causa asombro e que ha de agachar la cabeza al pasar las puertas...! ¡E baje el tono de voz su merced...!

—Con el permiso de vuestra alteza, me retiro...

—Ve, hija...

E volvía doña Isabel al mapa e marcaba el recorrido de don Fernando, de Córdoba a Antequera e a Vélez-Málaga, que se rindió después de grande batalla, e recibía de buen semblante a los nobles gallegos que iban a juntarse con las huestes del señor rey e, visto que su marido sufría muchas bajas, atinó a enviar médicos y enfermeros e camas de campaña para atender a los heridos. E preguntaba dónde paraba el Zagal para ubicarlo en el mapa y si don Boabdil, que servía a ella y a su esposo, había conseguido reducir a sus enemigos de Granada, pues que le corría mucha prisa acabar con la guerra, que a más de llevarse vidas, en cuanto a los dineros era un pozo sin fondo.



Doña Leonor convocó a diez vecinos de la villa de Alaejos y les explicó porque lo tuvo a bien, aunque no debía dar razones a nadie pues no en vano era la señora del lugar, que era momento de derribar el castillo:

—Hoy se cumple el día vigésimo nono de nuestra llegada... Queda memoria de que don Asur Téllez falleció a los treinta días de entrar... A nuestra señora abuela le sucede lo mismo que a nuestro antepasado, padece la misma enfermedad... Tenemos para nos que el castillo está maldito, a más que se cae; hemos decidido, por tanto, derruirlo o nuestra amada abuela morirá mañana antes del ocaso e, mientras podamos hacer algo, no lo vamos a permitir... A la población le daremos la piedra y dineros para que levante una iglesia a mayor gloria de Dios y de nuestra familia y cederemos el terreno de la fortaleza para plantar árboles que crezcan y que con el tiempo constituyan un prado donde pasten los ganados de la vecindad... Esperamos que todos los hombres ayuden en esta enorme tarea, pues es nuestro deseo que mañana, al caer el sol, no quede piedra sobre piedra...

Tal expresó doña Leonor en connivencia con la abuela. E los hombres se

aprestaron a ayudar en el derribo. A ver, que la iglesia de la villa se caía también e con la piedra y los dineros de la señora marquesa levantarían otra alta, muy alta, como las que se alzaban por la zona. A ver, que en unos años tendrían una dehesa boyal e se evitarían andar con las ovejas y vacas de acá para allá. Que la piedra sobrante se la repartirían y la utilizarían en sus casas; que, salvo no tener a la vista el castillo, que ciertamente hermoseaba el paraje, no iban a sufrir menoscabo, a más, que no correrían el riesgo de que cayese alguna vieja almena y matase a algún niño de los que solían jugar al pie de las murallas. Y eso, ayudaron. Es más, de entre la vecindad salió un hombre que había sido artillero, que había bombardeado la puente de la ciudad de Zamora, yendo en el ejército del rey Fernando cuando la guerra contra los lusitanos, e ofreció sus servicios.

Doña Leonor dudó entre aceptarlo e no aceptarlo, porque su abuela no necesitaba a nadie e pretendía ser la artillera pero, pensándolo mejor, lo tomó a su servicio y puso bajo su mando a varios voluntarios que se le ofrecieron también. E así, a mediodía, pudo ser cargado el cañón bajo la atenta mirada de doña Gracia y fue situado apuntando al portón del castillo, con gran expectación del gentío y de las nobles que, retiradas cien pasos de aquella máquina infernal, pedían a la vecindad que mantuviera la boca abierta para que no se les resintieran los oídos con el estruendo.

A una señal de Leonor el artillero prendió la mecha e salió la bala a gran velocidad echando a volar la puerta, la muralla de aquesa parte e aún se llevó un buen trozo de la torre del homenaje con un ruido del demonio. E la operación continuó hasta media tarde, cuando se terminó el trabajo, no quedando piedra sobre piedra.

Las gentes tragaron polvo y las señoras también, todo el polvo del mundo, pues subía al cielo una nube de acaso cien varas de altura. Hubo felicitaciones para el artillero, que no cabía en sí de gozo, e luego hubo vino para todos y hasta las damas bebieron, lo que fue de agradecer, pues el polvo había secado las gargantas de grandes y chicos.

Ni un ápice de remordimiento sintieron las marquesas de Alta Iglesia por haber derribado para siempre jamás, pues que no se alzó otro castillo en aquel lugar, uno de los bienes raíces de los Téllez más señalados. Es más, Leonor anduvo albriciada con el sayo arremangado, con la cabeza cubierta por un pañuelo, como una villana más, seguida de las moras, levantando piedras, examinando el mobiliario que también había quedado destruido, los restos de arcas y baúles y con el corazón desbocado porque quizá estaba ya muy cerca del tesoro de don Tello.

E, vaya, que a los veinte días de desescombrar, las mujeres de Alaejos, que levantaban las piedras menudas y se las llevaban en carretillas, encontraron un arca intacta. Corrió la voz y doña Leonor, que estaba con cien ojos y mil oídos, acudió presta, palpitándole el corazón, e luego doña Gracia.

Y, en efecto, en el suelo había un arcón de una vara de largo por media de ancho,

muy aherrojado con cadenas e varios cerrojos y cerraduras, e todo el mundo supo que algo bueno contenía, e lo miraron e lo tocaron e lo sopesaron e oyeron que sonaba dentro, pues que quizá estuviere lleno de oro. Oro que, aunque perteneciera a las marquesas, algo les darían pues eran señoras generosas. E ya el cura echaba cuentas de que mandaría hacer un altar de plata para su iglesia, y el vecino tal que abriría un pozo en el corral, e la vecina tal que encalaría su casa por dentro e limpiaría la fachada por fuera, e la vecina cual que casaría a su hija con aquel dinero, etcétera. E todos esperaban con curiosidad y anhelo que las señoras ordenaran abrir el arca, pero la anciana dejaba hacer a su nieta, al parecer, y la nieta no se decidía. No tenía curiosidad por ver lo que contuviera el arca, pues no necesitaba encontrar un tesoro que la sacara de pobre o que le permitiera gastar un poco más de la cuenta o casar a su hija porque no tenía descendencia, o guardar lo que trajera el arca para cuando llegara el hambre, pues era rica e no había habido miserias en su vida. E se llevaron un chasco cuando la abuela expresó a su nieta:

—Si quieres abrir el arca estando tú sola, hazlo. Que te la lleven los hombres.

E eso hicieron los hombres, llevarla a la antigüasala de reuniones del concejo porque doña Leonor, tanto tiempo esperando aquel momento, no se había decidido en más de media hora a dar orden de abrir aquello, o quizá fue, como la abuela entendió, que quiso hacerlo en la intimidad. Delante de su antecesora, de las moras y de la Catalina, la marquesa tomó un zapapico e quiso cortar la cadena pero no pudo, ni las sirvientas tampoco. Por eso, aunque ya era noche cerrada, llamaron a los hombres que, entrometidos por demás, precisamente hacían guardia en la puerta de la casa esperando ser llamados. E doña Gracia pidió y lo repitió la cocinera:

—¡Qué entren dos hombres fornidos!

Y entraron cuatro, entre ellos el artillero. Justo el que necesitaban, pues que probaron los cuatro hombres uno tras otro, de dos en dos y hasta los cuatro juntos y lo máximo que consiguieron fue romper la cadena que guardaba el arca pero no abrir los siete cierres que llevaba. E decían, sudorosos:

—¡Abrir el cofre, sin romperlo, es imposible!

Pero ya para los segundos gallos habían logrado arrancar tres cerrojos sin hacer grande destrozo.

En la calle continuaba la expectación y dentro también, las damas y las gentes sin dormir. El cura sermoneando contra la curiosidad, malsano vicio; los hombres y las mujeres acallándolo. El artillero asegurando que a la pólvora no se le resistía nada e proponiendo ir en busca de su espingarda y emprenderla a tiros contra las cerraduras, aduciendo que se estropearía poco el cofre, como así fue. Se marchó el sujeto a su casa e tornó con un artilugio, dicho también escopeta, la cargó, solicitó permiso a Leonor para disparar, y a la seña de la dama, tras hacer retirar a todos detrás de él, apretó el gatillo y atinó levantando un cierre e después otro y otro, hasta los cuatro

que quedaban, e más que hubiera habido.

E bendito sea Dios, ya se podía abrir el cofre y a eso se puso Leonor tratando de detener la alocada carrera de su corazón, a levantar la tapa para encontrarse, oh, una bolsa, una. Con treinta monedas de oro, con sólo treinta monedas de oro, antiguas eso sí, a lo menos de los romanos, pues que moras no eran, lo dijo Leonor que no en vano sabía árabe a la perfección. Y con tan escaso tesoro, los villanos se llevaron un chasco, pues que habían hecho el cuento de aquella lechera que sale de su casa con un cantarico lleno de leche, dispuesta a venderla para comprar huevos, para incubarlos y vender los pollos y hacerse con un gorrino, e mala suerte, como iba embebida en sus pensamientos, dio un tropezón que acabó con sus sueños si no para siempre, al menos con los de aquel día, pues rompió el cántaro, aunque pudo casarse bien la moza luego y tener dineros, y eso, pues eso.

Doña Gracia, observando el semblante de su nieta y el disgusto que se iba asentado en su corazón, actuó presto. Dijo que las treinta monedas bien podían ser las que había recibido el traidor Judas Iscariote, el que vendió a Jesús en el monte de los Olivos. E, de inmediato, se hizo paso una mujer que, tras arrodillarse e santiguarse, tocó y besó una de aquellas monedas, e siguieron todos los vecinos uno por uno.

Y en ésas estaban todos los habitantes de Alaejos, venerando las treinta monedas, cuando se presentó una diputación de la señora reina de Castilla dando las buenas tardes y preguntando por doña Leonor Téllez de Fonseca.



Andaba María de Abando catando en agua clara por ver qué era de Mingo, sin conseguir saber de su paradero, e con el cerezo. Con el único cerezo en pie del jardín de la señora Zoraya, que, tras florecer los almendros y los melocotoneros, que son los primeros, floreó aquel año de 1486, el que fuere de la Hégira, pero sólo dio seis flores, que producirían, entrado el verano, seis frutos, uno menos que en el año anterior, muy hermosas las flores blancas en forma de campana, tanto que, aunque pocas, daba gozo mirarlas, pero a saber si el sabor de las cerezas sería amargo otra vez.

Unas criadas de la sultana decían que las siete cerezas que había dado el cerezo el pasado año habían sido amargas porque amargo era el vivir en Granada, y todavía más amargas serían las nuevas. En razón de que los cristianos, después de conquistar todas las fortalezas del reino de la parte oriental a más de tener como rehén a don Boabdil, estaban empleados en el sitio de Málaga con centenares de máquinas de batir, bombardeando los muros de la ciudad, con un pie en el estribo del caballo, la mano en la espada y la lanza presta, dispuestos a pasar a cuchillo a los moradores

que, dentro, estaban divididos en banderías. Pero otras sirvientas aseguraban que la amargura se debía a que un perro en la anterior primavera se había orinado en el cerezo poco antes de que comenzara a helar, salvando al árbol de la muerte, pues que los restantes se helaron e no dieron fruto, pero dejando en él la acidez propia del orín.

E discutían las criadas e María lo entendía todo porque platicaban en castellano por servir a doña Zoraya, que había sido rumí, como ella ahora. Ella que no había sido bautizada ni recibido otro sacramento allí, en Granada, era rumí, es decir, cristiana, lo que ni le complacía ni le disgustaba, pues nada podía hacer ya que estaba presa y no podía salir del carmen que estaba guardado por eunucos, los hombres del harén, que no eran varones al completo sino castrados y, si quería la libertad, había de pagarla e no tenía un cuarto, siquiera el saquete del niño malparido que hubiera podido vender.

Durante el invierno y la primavera, se habían llegado paseando al cerezal la sultana e sus criadas para contemplar los árboles muertos y el árbol vivo que para mayo daría seis cerezas, seis, una menos que el anterior e, viendo lo que había, iniciaban la recitación de los noventa y nueve nombres de Alá. E se aducían que cuando hay helada —e hay muchas veces helada en Granada y sus alrededores— un árbol se hiela entero e no una parte para dar siete cerezas un año y seis al siguiente, amargas para mayor despropósito o hechizo. Cierto que convenían en que a saber si este año serían dulces o amargas también. E hablaban de la meada del perro que, caliente, había salvado al árbol de la muerte.

María lo tuvo claro desde el principio, no necesitó hacer magia, siquiera catar en agua, al ser preguntada por la sultana:

—¿María, qué piensas de esto? ¡No me mientas, dime la verdad!

—Señora, entiendo que el cerezo nos está indicando los años que le quedan de vida al reino de Granada y, si las cerezas son amargas, es porque amarga es la derrota... Quedan seis años; tiempo tiene la señora de hacer el equipaje y buscarse casa en otra parte, o hacer como el señor Boabdil e ponerse al amparo de los reyes de Castilla... —tal dijo sin paliativos a su ama.

—¿Crees que me admitirán como vasalla? Ten en cuenta que renegué de mi religión por amor... Ellos porfían por la suya e no creo que entiendan de amor...

—Mis señores, los reyes, se aman. Es voz común.

—Pues don Fernando monje no es. Tuvo dos hijos antes de casarse... Uno dellos, dicho don Alfonso, que fue arzobispo, vino en sus ejércitos contra nosotros muriendo hace poco, y una doncella ha recién casado con el rey de Hungría, o de algún país de por allá... E se dice que tiene, después de maridado, dos niñas más, todavía doncellas...

—Pese a ello, se aman... Pero lo más importante, aman a su pueblo...

—Lo que sucede, María, es que yo no soy el pueblo; soy viuda del rey Muley, y

hay otras tres viudas del dicho...

—Los reyes os aceptarán a su lado lo mismo que a don Boabdil e os dejarán vivir en paz con vuestros hijos.

—¿Tú crees que respetarán mi vida? Es más fácil que respeten la de las sultanas moras que la mía... Soy renegada, e no lo entenderán... Además, doña Isabel es muy beata, tal se dice... E que el tiempo que le sobra de las tareas de la gobernación lo emplea en oír misa y en rezar, que no tiene bufones que la distraigan, que no baila siquiera...

—Pero tiene empeño en conquistar Granada e pactará con vos e con las otras mujeres del señor Muley y con todos los grandes del reino...

—¡Ay, no sé, temo por mi vida y por la de mis hijos!

—Arréglole, la señora. Le restan seis años, si nos atenemos a lo que el cerezo dice...

—¿Los árboles hablan?

—Los árboles, los animales, los mares, los ríos, los cielos, los astros... Nada hay que permanezca mudo en la naturaleza...

—¡Ya veré!

E María se decía y le decía a la sultana que ocurren cosas prodigiosas por demás e tenía con ella cada vez más largas conversaciones para ocupar el tiempo, pero cariño no le tenía, no. Por eso no le contaba della, no le decía las grandes magias que era capaz de hacer aunque no ejerciera ya, ni mucho menos que había trocado un hombre en perro, un can que había desaparecido cuando fue presa, seguramente muerto por alguno de sus secuestradores. Tampoco le decía que ella, aunque no había sido cristianada, había vivido vida de cristiana, es decir, entrando y saliendo de casa, yendo y viniendo, sin que hombre ni mujer le pusiera trabas, ni que vivía allí contra su voluntad, ni que se había casado con su marido hacía poco tiempo y que ignoraba su paradero, y si estaba vivo o había fallecido. Ni que habría de estar muerto, no lo permita la Dama de Amboto, pues de otro modo andaría buscándola hasta en las entrañas de la tierra, que él era así. Y, en este punto, lamentaba no ejercer ya la brujería, pues de hacerlo, algún pájaro, ya fuera águila o gorrión, alguna ave de buen corazón de las que sirven a las brujas a cambio de unas migajillas de pan o de un gusano, le habría llevado noticia de la situación de Mingo. No le contaba sus pesares porque no le tenía confianza; a más que, aunque la tratara bien, la tenía prisionera, ah, como si los hombres y las mujeres fueran cosa de comprar y vender.

La reina Isabel, pese al mucho peligro habiente por aquellas latitudes y a que le dolían las varices, se presentó en el tercer campamento que habían establecido los sitiadores de Málaga, el más próximo a la ciudad, rodeada de sus secretarios y aposentadores e de veinte damas, todas en mula y muy arreadas, e mandó instalar su tienda.

Fue recibida por los soldados de la retaguardia con vítores y, poco a poco, abandonando el campo de batalla se fueron personando los nobles a darle la bienvenida, hasta que llegó su esposo, el señor rey, que estaba dirigiendo una batería de cañones que bombardeaba sin tregua el castillo de Gibralfaro. Se presentó al galope saludando de lejos a la dama, se encaminó luego a una de las poleas para que lo bajaran del caballo e, ya en tierra, azuzó a sus escuderos para que le desprendieran de la pesada armadura y, en jubón, fuese hacia su mujer con la sonrisa en la boca e, después de las reverencias propias del protocolo, dándole la mano, la llevó a su tienda.

Allí don Fernando mandó a sus domésticos que dieran de beber a su mujer agua fresca y a los condes y duques vino y, tras mojarse la garganta, le preguntó a la reina por la salud del príncipe y de las infantas que, ay, todos habían pasado cuartanas pero ya se encontraban mejor, a Dios gracias. El rey decidió no hacer más guerra por aquel día y dar de comer a los muchos títulos que allí había para honrarlos y celebrar la llegada de su esposa. Consultó con un mozo, con un dicho Gonzalo Fernández de Córdoba, que se ocupaba a satisfacción del avituallamiento de las tropas, si había vianda e, como había, todo se dispuso e las personas se retiraron a fin de aviarse para la ocasión.

En la cena, doña Isabel fue enterada a la menuda por su regio esposo de que había puesto paz en los asuntos italianos, del fin del conflicto de las remensas catalanas y de los progresos de la guerra contra moros. De que el Zagal se hallaba en Almería sin tropas, pues había enviado sus contingentes a defender Málaga. De que Boabdil tenía Granada otra vez y que los malagueños querían, para rendirse, que les diera las condiciones de Loja:

—Pero yo no los quiero libres, alteza, no me arriesgo, que son hombres fieros e se alzarán contra nosotros a la menor ocasión. Los haré esclavos. Primero a el-Tagri, el capitán que tiene la alcazaba, y luego a los que se llaman «voluntarios de la fe», que son suicidas y buscan morir por Alá.

La reina asintió.

Al día siguiente se presentó un moro en el campamento pidiendo audiencia al rey e, como andaba en las baterías, lo recibió la reina que, vive Dios, preguntó si había llegado ya doña Leonor Téllez de Fonseca para que le tradujera las palabras de aquel

sujeto. De un moro que, Jesús, María, decía saber cómo rendir la ciudad, aunque en su corazón albergara muy otras intenciones.

Pero no hizo falta la presencia de doña Leonor, pues el sarraceno chapurreaba el castellano y le decía a la reina:

—Señora, la mi señora, quiero bautismo.

E la dama, que era beata, se holgaba e no recelaba de él.

—Señora, de tres días a esta parte, vengo presenciando sobre la puerta de la alcazaba una pelea de tordos y picazas. Los pájaros revolotean durante el día e a la atardecida luchan entre ellos como verdaderos enemigos dejando muchos cadáveres en la tierra, e se comen fieramente, e al amanecer siguiente continúan...

—¿Y qué?

—Que eso es señal de que en breve tiempo los malagueños se pelearan entre sí y se quitarán el pan de la boca, por hambre, mismamente como las aves que bajan a comerse al suelo entre ellas, porque don Alá quiere que nos pongamos bajo vuestra protección.

—¡Este tipo es un camandulero!

—¡Horca!

—¡Muerte al moro! —gritaba un conde inglés, muy galano él, que había venido a la Cruzada.

—¡Ténganse los señores! —ordenó la reina e ordenó mal—. Escucharé los planes des te hombre e luego decidiré.

Dejado suelto el moro por el campamento por voluntad de doña Isabel, a los dos días de estancia el tipo aquel iba de fuego en fuego pidiendo manduca e bautismo, e le daban de mala gana pero ningún preste lo quería bautizar quizá porque veía maldad en sus ojos. E sí, sí, pues a la tercera jornada el sarraceno, que había ofrecido su vida a Mahoma, se presentó con un puñal en la mano en la tienda de doña Beatriz de Bobadilla, confundiéndola con la de la reina sin duda, e resultó que estaba en ella la dicha dama con un caballero, que no era su señor marido, sino otro, un portugués para más señas, e que entró en tromba el musulmán enarbolando un puñal e la emprendió contra el hombre que, sorprendido, fue herido malamente en la cabeza. Doña Beatriz tuvo tiempo de salir por la otra puerta e clamar ayuda e llegaron los soldados e apresaron al atacante, al que había embaucado a la reina con la falacia de que quería bautismo y, aunque era noche cerrada, lo llevaron a doña Isabel que, ordenando que hicieran justicia con él, esta vez ordenó bien.

Enterada su alteza de los sucesos, no hizo comentario alguno, siquiera con doña Clara, que la atendía como todas las noches, del moro ni de doña Beatriz ni del portugués. Pese al silencio de la reina, en el campamento se habló largo del asunto de la dama, y a ella se la pudo ver con el rostro arrebolado, a saber si por el susto del musulmán o por lo del lusitano, si hubo algo, pues que las gentes se dejan llevar por

la maledicencia.

Lo que le sucedió a la Bobadilla fue, sencillamente, que se cumplió lo que viera en las habas María de Abando años antes, a mitad, en razón de que observó violencia para ella y su esposo, aunque su marido no estuviera en esta ocasión, pues era otro. Lo que no fue de extrañar, pues que la bruja de Ávila hacía las cosas a medias las más de las veces.

Málaga se rindió por hambre, e los moradores fueron hechos cautivos, lo que quería el rey. Pero sus altezas, advertidas por los hombres de su consejo de que los malagueños, al saber que eran cautivos sin remedio, esconderían el oro, la plata, el aljófar y las joyas en los pozos, sin que redundara beneficio y perdiéndose lo valioso, consintieron en pedir rescate por varones, mujeres y niños que estuvieren vivos en ese momento, aunque luego se muriesen. Trece mil maravedís por persona pagaderos en dinero o en especie, e dieron un plazo de ocho meses para abonarlo e si no fuesen esclavos. Los que no pagaron fueron llevados en galeras a Sevilla y vendidos por Castilla toda.

Conquistada Málaga y oído por doquiera que las ovejas y las vacas de los sarracenos se habían arrojado al mar, la flor y nata de la nobleza de Castilla volvió a sus solares a esperar la llamada del rey para la campaña de Baza y Almería.



Doña Leonor Téllez de Fonseca, marquesa de Alta Iglesia, se sorprendió sobremanera de que la reina, que andaba en el sitio de la ciudad de Málaga, precisara de sus servicios y la llamara a su lado, y lo que le dijo a su abuela:

—No sé para qué ha de quererme su alteza; no hago nada cabal...

—No digas tal, Leonor, querida mía. Eres mujer tesonera y has encontrado el oro de don Tello... Lo que no consiguieron decenas de nuestros antepasados, y eso que buscaron enfebrecidos.

—Abuela, sabes mejor que yo que éste no es el cofre del rey moro...

—¿Cómo que no? ¡Es grande, está forrado de cordobán...! ¿No es lo que se decía de él en nuestra casa? ¿No tiene oro...?

—Tiene oro sí, pero no oro musulmán y poco además.

—Lo de que había mucho oro y piedras preciosas será que nuestra familia, como cualquier otra, ha magnificado las cosas... Lo de que no es moro, no importa, porque los tesoros se transmiten de generación en generación y lo que vale es el metal en sí mismo, ya tenga una acuñación u otra o no esté acuñado.

—Por favor, no sigas... Treinta monedas no constituyen un tesoro...

—Depende de lo valiosas que sean... Estas pueden ser las treinta monedas de

Judas... Romanas son...

—Sería de mal agüero, además, que fueran las de Judas.

—¿Por qué?

—Porque sirvieron para hacer gran daño no sólo al Hijo de Dios sino a la Humanidad toda...

—Al revés, hija, sirvieron para hacer gran bien, pues se cumplió la Escritura y el género humano pudo ser redimido del pecado original...

—No lo veo yo así... No fue gracia sino desgracia que el Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, muriera en la Cruz, a más, vilmente, entre ladrones.

—Ya lo creo que fue gracia... El Hijo de Dios se humilló e con su muerte salvó al hombre y le concedió la gloria eterna. E no sigas hablando desto, hija, que estás poco versada en materia religiosa.

—Si tú lo dices... Pero éste no es el tesoro de don Tello, quiá; más tenemos en nuestra casa de Ávila en las arcas... Me incomoda que me llame la reina en este momento, pues continuaría buscando aquí. Además, que no tengo ropa para ponerme...

—Voy a llevarme a Ávila unas cuantas criadas de este pueblo, que llevamos años viviendo con muy poco servicio. No temas que todas nos pondremos a la costura, yo misma si es menester. Y pasaremos por Medina del Campo a comprar telas y arreos, al regresar...

—Manda hacer los baúles, abuela.

—¡Ea, sí, que en esta casa estamos mal instaladas! Oye, hija, si no te placen las monedas, llévaselas a la reina de regalo. Se entretendrá con ellas pues ha vuelto con el latín... Se dice que una dama le da lecciones y que, humilde por demás, ha comenzado por el *rosa-ae*, mismamente como empezó de niña.

—Lo pensaré.

—No obstante, cuando estemos en casa llamaré al banquero genovés que me guarda los dineros, el que sustituyó al judío Yucef que se fue a Portugal, para que las vea y me diga. ¡Vámonos a dormir, hija, que es muy tarde y dame un beso muy fuerte, mi niña...!

Pero en la madrugada siguiente, después de derribar el castillo de Alaejos, doña Gracia Téllez falleció en su cama de la casa del concejo sin un estertor, sin un aviso, sin llamar a su nieta ni a sus criadas, sin pedir auxilio, sin recibir los sacramentos y a saber si habiéndose encomendado al Creador, *porca miseria...!*

La encontró Catalina muerta en la cama, fría ya, cierto que con los ojos cerrados, la boca bien puesta y sereno semblante. Entró muy albriciada con la bandeja del desayuno en las manos y con el Juanico agarrado de la saya:

—¡Señora, señora, hace un hermoso día, luce precioso sol! ¡Ea, Juanico abre el ventano...!

E sí, sí, lucía espléndido sol para mucha gente, pero para doña Gracia, no. E como en las habitaciones donde hay un cadáver queda en ellas cierto aire gélido e la dama no se movía ni hablaba, la guisandera se acercó a la cabecera de la cama y, temiéndose lo peor, observó a doña Gracia por ver si alentaba, la zarandeó e, cuando le fue posible, gritó. Al grito llegaron las mujeres de la casa, corriendo, en camisa de dormir, y los de fuera, los hombres del pueblo, en bragas. E doña Leonor rompió en lágrimas e las moras, al contemplar muerta a la señora, lanzaron el *zagharit*, que asonó por toda la comarca, espantando a chicos y grandes, aunque presto se sumaron al dolor de la nieta y las criadas con fuerte llanto, a la par que los emisarios de la reina que, viendo llorar a todos, no pudieron reprimir una lágrima también, y eso que la fallecida era ancianísima y ni les iba ni les venía.

Cuando los vecinos fueron capaces de articular palabra, unos se apresuraron a decir que, como era previsible, se había cumplido la maldición de don Asur, que falleció a los treinta días de llegar, otros se adujeron que la dama había muerto del ruido de las bombas, pues que ellos se habían quedado sordos e incluso se les habían revuelto las tripas e que, tan anciana como era, no había podido resistir los estruendos.

Fuere lo que fuere, el caso es que doña Gracia se fue deste mundo sin pronunciar una palabra, en la paz de Dios, pues tenía el rostro compuesto y sereno de quien ya ha encontrado su lugar en el cielo.

El caso es que Leonor fue incapaz de dar una orden, de mandar tal o cual, de enviar un mensajero a su hermana Juana y otro a la reina de Castilla para enterarlas de la desgracia, pues estaba llorando silenciosas lágrimas. Afortunadamente estaban con ella Catalina y las moras, que amortajaron a la señora con hábito de San Francisco, y la vecindad acompañó en los llantos y en los rezos, tanto que no fue preciso contratar plañideras. Y otrosí el preste rezó responso, y el administrador proporcionó un ataúd emplomado y avió una carreta con un paño negro de fustán para trasladar el cadáver a Ávila, y varios vecinos y los mandados de doña Isabel flanquearon el coche fúnebre, e las gentes que andaban por los caminos se quitaron los sombreros respetuosos e se santiguaron, y el obispo salió a recibir el féretro con la cruz procesional e muchos frailes e monacos.

Doña Gracia fue enterrada en la catedral, en el altarfino que había mandado esculpir, muy hermoso, tan hermoso como ella, entre el del deán Gómez y el del arcediano Pelayo, con el retrato de don Beppo en el sarcófago de piedra, encima de la caja de plomo, pues que Leonor no consintió en abrirla. Tras celebrarle solemne funeral el señor obispo, su nieta presidiendo el duelo, vestida de luto de los pies a la cabeza. Con la iglesia a rebosar, presentes la nobleza de la ciudad, las autoridades seculares, los veinticuatro, el alcaide y la gente llana. Con el Cristo del maestro Manzanal presidiendo, colgado de una pared.

Las cuatro habitadoras de la mansión de la calle de los Caballeros regresaron a su casa tristes, muy tristes, e durante los días posteriores se encontraban llorando aquí y allá, en el bajo p en el piso alto, y se daban las manos con calor. E no había voces en la casa, salvo las del Juanico, que no paraba quieto y ya era asaz parlotero.

—Mejor morir que soportar la muerte de un ser querido...

Tal sostenía la marquesa delante de las moras y de Catalina... Y a no ser porque la cocinera le recordó que la reina Isabel la había llamado y que debía presentarse cuanto antes, Leonor tal vez hubiera fallecido como su abuela, pues había adelgazado de no comer y estaba pálida de rostro y en un lamento. Cierta que ya le venía la «enfermedad» con regularidad.

—¡Tantos anhelos, tanto buscar el tesoro, para morir sin poder despedirte de tus personas queridas y sin auxilios espirituales...!

—No temas, Leonor, doña Gracia era querida de Alá.

—Tendrá buen lugar junto al Profeta, bendito sea su nombre.

—Rezó sus oraciones antes de acostarse, te lo digo yo, que la vi arrodillada con el Libro de Horas en las manos y con los espejuelos puestos.

—Dios tiene previsto lo de morir sin sacramentos e vale igual que el fallecido los reciba después; de otro modo no permitiría la muerte súbita...

—Si Juana estuviera con nosotras, se nos hubiera hecho más llevadera esta desgracia.

—Te recuerdo, Leonor, que la reina te llamó...

—No tengo gana de ir ni ropa que ponerme... La abuela me iba a mandar hacer varios vestidos en Valladolid.

—Oye, te voy a teñir unos trajes...

—Haz lo que quieras, Catalina.

—¡Tienes que ir! Pero antes has de repartir las mandas que dejó tu abuela para misas y para vestir pobres y casar doncellas huérfanas.

—Hazlo tú, Catalina. Lléalas de mi parte a las iglesias y conventos, saca dineros del arca y repártelos.

—No sé leer, Leonor, no puedo leer el testamento.

—Wafa te dirá cuánto a una iglesia, cuánto a otra.

—¿Cuándo nos iremos?

—Leonor, ten en cuenta que doña Isabel es muy capaz de enviarnos a sus soldados para que nos lleven a su lado, hay que darse prisa...

—Pues sería gran escándalo.

—¿Yo me quedaré aquí con el niño?

—No, iremos todas, dejaremos la casa con las nuevas criadas... Te ocuparás de instruir las en lo que deban hacer, Catalina...

Cuando llegó doña Leonor al campamento cristiano que asediaba Málaga, la

ciudad se había rendido. La reina la recibió con alegre semblante, pero presto lo tornó.



Como no le remitía el loco amor que le tuvo al rey Muley Hacen, Alá lo tenga con él, la sultana Zoraya pensó en ajustar a una bruja muy reputada en Granada. A una tal Salima, pese a que sus sirvientas, al ser consultadas, se habían mostrado en desacuerdo y suplicado que no lo hiciera, pues no era cuestión de llenar de diablos el carmen, que no hacía otra cosa la dicha bruja que convocarlos. Que bien se sabía en la ciudad, pues le dijo uno dellos, el que fuere, que no es de mentar el nombre de los príncipes del infierno, que Boabdil había de sublevarse contra Muley Hacen, como así fue, e aún atinó más la hechicera, pues le expresó al que había de ser traicionado por su hijo, es decir, por su propia carne:

—El príncipe se sublevará contra vos, no antes de un día y en menos de tres...

Como así fue, tiempo insuficiente para que el monarca tomara las medidas oportunas, con lo que fue desastre, pues los musulmanes se dividieron y fueron a dos obediencias, en fatal momento. En el momento, en que el marqués de Cádiz comenzaba a asaltar fortalezas, amparado en la oscuridad de la noche.

E lo que habló la viuda Zoraya con sus servidoras en un día en el que estaba más ansiosa que nunca y en el que las tisanas de María parecían hacerle disfavor en vez de favor.

—No se me acalla el amor que le tuve a mi señor el rey Muley, Alá lo tenga a su lado, no puedo vivir así...

—Las viudas han de conformarse...

—Todas lo consiguen.

—Es tiempo lo que hace falta.

—Unas necesitan más, otras menos, pero es común salir del trance...

—Sueño que torna don Muley a mi lado... Lo descubro por los pasillos... Me despierto sobresaltada y mojada en sudor, e lo veo al pie de mi cama...

—Los muertos no retornan, señora.

—Tal vez no se haya ido —aventuraba la sultana.

—De estar por aquí lo hubiera visto alguna persona más —intervino María de Abando.

—¿Cómo dices tal? ¿Qué sabes tú de eso?

—Lo que se oye, mi señora...

—Yo me digo que si ronda por aquí su espíritu, o él en carne y hueso, me gustaría tenerlo a mi lado... ¿No hay quien mete espíritus en una redoma, en una lámpara?

—Eso son los genios e sucede en los cuentos...

—Los cuentos vienen de las realidades... Se trastoca la realidad, se exagera y hay cuento...

—Rece su merced al Señor Alá e pídale que le quite los malos pensamientos de la cabeza.

—O encomiéndese al Profeta, bendito sea su nombre, que ayuda en eso y más...

—No se agobie la señora, e tómese otro cuenco de melisa...

—¡María, otro cuenco para doña Zoraya, que tiene grande cuita...!

—No, no, hijas, que no quiero quitarme estos pensamientos o suposiciones o invenciones que tengo en la cabeza, no. Lo que yo deseo es poder vivir con el espíritu de mi marido a mi lado o mejor aún con él en cuerpo y alma, ¿lo entendéis?

—Sí, pero es del todo imposible, porque los muertos, muertos son...

—Enterramos a don Muley...

—Hay quién resucita a los muertos...

—¿Quién?

—¡Salima...!

—¡No tratéis con ella, por Alá, señora, que es diablesa...!

—Le tuve a mi marido tan loco amor que quiero vivir con él lo que me quede de vida...

—¡No tentéis la suerte, señora!

—No tiento la suerte. ¿No os dais cuenta de que yo quisiera morir?

—Morir es fácil, aunque no place al Señor Alá y lo castiga.

—¿Qué quieres decir?

—Que se toma una un veneno y adiós...

—¡Ah! Lo he pensado muchas veces, pero no puedo hacerlo por mis hijos, ¿qué sería dellos?

—Mala la llevarían, ciertamente, señora...

—Con doña Aixa azuzando a don Boabdil contra ellos...

—La Salima es una bruja muy poderosa...

—¡Teneos, señora!

—Que estas mujeres entran en una casa y traen desgracias y más desgracias.

—Os suplicamos que no la llaméis...

María escuchaba atenta aquellos desatinos e, de haber estado en otros tiempos, se hubiera prestado al trabajo a cambio de su libertad, pero permaneció muda, oyendo barbaridades, temiendo lo que pudiera suceder en aquella casa, pues con los espíritus no se enreda.

E un día llegó la dicha Salima al carmen del Albaicín, e preguntada por la soldana si resucitaba muertos, respondió que sí.

Se presentó doña Leonor Téllez delante de la reina vestida de luto de los pies a la cabeza, e doña Isabel tornó el semblante, pues adivinó qué había sucedido y, tras darle a besar su mano, le preguntó:

—¿Ha fallecido doña Gracia, vuestra abuela?

—Sí, alteza.

—Dios la tenga con Él...

—Así sea.

—La tendrá, marquesa, que era mujer de prendas... —Tal expresó la soberana y abrazó a la dama.

E ya pasó a decirle lo que quería. Deseaba que, como conocía el árabe hablado y escrito, interrogara para ella a los prisioneros moros que hicieren en lo sucesivo, durante el año siguiente, cuando emprendieran campaña por la parte de Murcia.

E doña Leonor se holgó mucho por la deferencia que le hacía la primera señora de Castilla, a más que la reina pronto la consideró una dama más e le tomó más cariño del que ya le tenía porque no en vano era una de las cuatro hijas de la luna roja de 1451.

La dama se habituó a sus compañeras, a las otras camareras que, advertidas de su tara y como mujeres corteses que eran, nunca miraron cómo llevaba escondido en el pliegue de la saya el brazo manco. Además, tenía a su lado a las dos esclavas moras, a Catalina y al niño que, ya bastante crecidico, hacía pequeñas tareas, como si fuera un criado, llevando mensajes, limpiando zapatos, y acarreando baldes de agua para el baño. Lo que había barruntado la abuela, que dijo que sería criadico para que las gentes no sospecharan de su procedencia. Y eso.

Anduvo la marquesa de Alta Iglesia detrás de la reina y de la infanta Isabel, su carro el vigésimo —el primero era el de doña Clara, el segundo el de doña Beatriz de Bobadilla, el tercero el de doña Beatriz Galindo, la que enseñaba latín a la señora, etcétera—, ya fuera a la guerra, ya fuera a holgar. Como cuando, tomada Baza y otras plazas con grande esfuerzo de hombres y armas, sus altezas se juntaron con el rey el Zagal, que salió a su camino para entregarles Almería. E fue que se apeó el rey moro e besó el pie y la mano del señor rey y que éste se abajó un poco y lo abrazó e cambió montura con él por hacerle honra. E hecha la entrega y enviados los alcaides cristianos para apoderarse de la ciudad, los monarcas decidieron pasar allí la Navidad y haber placer.

Fueron a hacer monte el rey, la reina, la infanta y el rey moro y su mujer. Doña Isabel llevaba a la diestra a su señora hija y a la siniestra a la marquesa de Alta Iglesia, para que le tradujera los parlamentos con la reina mora. Leonor lo hacía rauda y preguntaba:

—¿Va don el Zagal enojado acaso?

—¡No, no! —respondía la mora en árabe con poca voz.

—Tiene mala cara... Que no haya pena, que nos le daremos lo mismo a don Boabdil, que es mucho.

—¡No, no! —insistía la mora.

E Leonor traducía aquella boba conversación, que no tenían las damas qué decirse, al parecer, para luego asentir a lo que doña Isabel le comentaba en voz baja cuando la musulmana se adelantaba o se retrasaba con sus doncellas:

—El rey moro mira mal a la reina, y si la ha traído a esta montería es porque vengo yo con mi marido; de otro modo la hubiera dejado en casa, que los moros no andan con sus mujeres por la calle, e lleva rabia porque, aparte de ceder Almería, ahora tiene que ir con su mujer para honrarme a mí.

E sí, eso era.

E menos mal que los hombres iniciaron la caza en un paraje cercano al mar, pues que así las damas pudieron contemplar, las moras a un lado, las cristianas a otro, cómo los podenqueros batían el lugar y cómo los señores empuñaban los venablos, e no tuvieron que platicar.

A poco el corazón de todas palpitó, pues se oyó que los cazadores acosaban a un lobo que, para librarse de la muerte, se había echado a nadar en la mar. Azuzaron las mulas para observar con sus ojos cómo nadaba la fiera mar adentro e cómo un mozo cristiano se desnudaba y, en bragas, se echaba a bracear en pos de él. E presto, por el oleaje, no se pudo ver ni al hombre ni al animal e los creyeron ahogados, pero no, porque ambos dieron la vuelta y alcanzaron tierra. Entonces el propio rey Fernando entróse con su caballo en el agua, mojándolo hasta la silla, e mató al lobo a lanzadas siendo muy aplaudido.

Doña Leonor asistió a la comida que ofrecieron los reyes por la Pascua de Navidad, con las otras camareras, en el alcázar de Almería, e fue en aquel lugar donde, ay, le ocurrió lo que nunca hubiera creído que le pudiese ocurrir, tontamente además. Pues que al cabo de unos días comentó con sus criadas:

—Muchas cosas suceden tontamente. ¿Quién había de decírmelo a mí...?

E no terminaba la frase, e las otras permanecían en silencio, pues no sabían qué decir, a más que, en aquella delicada cuestión, mejor callar...

Y es que subía doña Leonor a las habitaciones que le habían asignado los mayordomos de la reina por una escalera ancha, ella en el medio, las moras, una cada lado, y Catalina con el Juanico de la mano, detrás, con cierta fatiga por el hecho de subir, cuando ¡Dios de los Cielos! en un descansillo se topó con su antiguo marido, don Andrés Gil de Torralba, quien se ruborizó, como no podía ser de otra manera, a la par que ella. En razón de que la violentada en la corta relación que mantuvieron, la agraviada en consecuente, era la marquesa y no el caballero, e bien pudo gritar la

dama o insultar al hombre o echarse a correr aterrorizada al encontrarse con un monstruo, que para ella don Andrés no había sido otra cosa. E fue que el caballero, que iba muy engalanado, cedió el paso a la dama haciéndole una cumplida reverencia; es más, se la quedó mirando a los ojos con algo más que curiosidad y sin asombro o sorpresa ninguna, como si hubiera propiciado el encuentro y, aún más, le hizo una carantoña al Juanico en la cara e le sonrió. E volvióse a inclinar cumplidamente y permaneció observando cómo la marquesa, sin volver la vista atrás, se recogía en sus aposentos. Las moras y la cocinera volvieron la cabeza e lo vieron mirar.

E fue que, entrando en la habitación, doña Leonor suspiró y sus acompañantes, que no ella, supieron por qué suspiraba, e la quisieron distraer las tres a la par para que no volviera a hacerlo; por eso hablaron y hablaron sin haberse puesto previamente de acuerdo:

—La reina te honra mucho, Leonor.

—Estarás contenta.

—Cuéntanos lo del lobo que ha matado el señor rey.

—Se dice que un mozo ha perseguido al animal nadando...

—¡Qué valiente!

—¡Dejadme, dejadme, por Dios!

Y Catalina le decía:

—Escríbele carta a Juana para decirle lo de doña Gracia.

Y aquella vez Leonor no respondió lo que siempre contestaba a aquella recomendación: que Juana le había dicho expresamente, cuando la visitaron, que no quería nada del mundo, y si no lo hizo fue porque andaba entontecida.

Durante la noche, la marquesa suspiró abundantemente, que la oyeron las moras, tanto cuando se levantaba a orinar como durmiendo, e lo que comentó Wafa con Marian a poco de amanecer:

—Eso es amor, te lo digo yo —decía Marian.

—¿Tú crees?

—Amor se presenta de repente...

—La señora no se enamoró cuando debía, pienso que tratará de no hacerlo ahora que es ya mujer madura.

—¡El amor no se puede detener, te lo aseguro, Wafa!

—¿Cómo lo sabes? ¿Te has enamorado alguna vez, Marian?

—¡No, pero se oye!

E Catalina en la habitación aneja, rezaba arrodillada delante de un crucifijo y pedía al Cristo que no permitiera el enamoramiento de su señora, máxime de aquel rufián, tal lo llamaba.

Pero Leonor, cumpliéndose lo que le vaticinara María de Abando, que le leyó las

rayas de la mano cuando se reunieron las cuatro hijas de la luna roja de 1451 en el alcázar de Toledo, y dijo que se encontraría con gratas sorpresas en poco tiempo y se vería sumida en un amor profundo, sin recordar el agüero se enamoró perdidamente.

Tal lamentaban las criadas entre ellas; tanto se embelesó su ama que hubiera sido capaz de hacer una tontería, pues el amor de juventud, y aún más el tardío, hacen perder el seso, y andaba la mar de alocada y riente como unas pascuas... Pero no fue menester hacer ninguna necedad en razón de que don Andrés, que no se había vuelto a casar, se enamoró también de su antigua esposa y, pese a que tenía mucho trabajo porque era contador del rey y estaba preparando los dineros para el matrimonio de la infanta Isabel con don Alfonso de Portugal que se celebraría en Sevilla el año próximo veniente, procuraba no separarse del rey en virtud de que doña Leonor tampoco se alejaba de la reina y, así, verla. Y así verse ambos, puesto que la marquesa también deseaba ver a su enamorado y esperaba ansiosa los billetes que le enviaba, primero pidiéndole perdón, y hablándole de amor luego.

E fue que el día en que doña Leonor se topó con don Andrés en el rellano de la escalera noble del alcázar de Almería, y cruzó mirada con él, una inmensa paz se adueñó de ella. Cierto que aquella paz al instante se tornó en turbión e durmió mal aquella noche, levantándose mil veces a orinar, y las siguientes. E sólo de pensar en él le palpitaba el corazón y se mostraba impertinente con sus criadas.

Doña Isabel, que sabía lo que era el amor, la observó atentamente durante una semana y al octavo día le comentó a doña Clara:

—Tengo para mí que la marquesa de Alta Iglesia está enamorada de su antiguo marido y que él le corresponde.

—Y tanto, hija; no se oye otra cosa en la Corte.

—Si se casaran enmendarían aquel desatino que hicieron de separarse tan pronto...

—Ya que mencionas a doña Leonor, te voy a decir lo que corre por ahí, aunque es disparatado...

—¿Dime?

—Se cuenta que el criadico que lleva la marquesa es su hijo...

—¡Una madre no hace sirviente a su hijo...!

—¡Una madre desesperada hace muchas cosas!

—¡Imposible! Doña Leonor tiene muy buen corazón... De un tiempo acá he tenido ocasión de conocerla más, y me consta...

—No se trata de eso, Isabel; imagínate qué escandalera se hubiera organizado en Ávila de saberse que estaba empuñada. Además, le hubieran quitado el hijo, dándoselo al padre... Ella buscaba separarse a toda costa porque su marido la violentó...

—Quizá lo tramó todo la abuela, que era mujer de recursos...

—No sé. Te digo lo que se oye, aunque ya sabes que por hablar las monjas rezan...

—Más en los mis reinos, donde campa la calumnia y la maledicencia. Este don Andrés ¿quién es?

—Es de los Torralba de Ávila, una familia de conversos.

—¿Cristianos nuevos?

—Sí. Don Andrés es contador de don Fernando, un buen contador, según mi marido.

—Que se entere don Gonzalo lo que pueda dellos. Si es un buen hombre les allanaré el camino y hasta seré su madrina de bodas...

—¡Ten tiento, Isabel!

—¿Mejor dejarlos?

—Sí, que se apañen ellos.

—Doña Leonor es una hija de la luna roja de abril de mil cuatrocientos cincuenta y uno, como yo... Debo ayudarla...

—De momento, déjalos estar, hija mía; te lo recomiendo.

Don Andrés y doña Leonor se las arreglaban de maravilla. Si en una fiesta damas y caballeros bailaban la gallarda, ellos formaban pareja y, a más de tenerse la mano muy prieta, entre brinco y brinco se musitaban al oído palabras de amor, pero como si las gritaran, porque toda la Corte sabía de sus amores. Si los reyes iban acá o acullá, ellos se las ingeniaban para darse la mano en la entrada o en la salida de tal acto o tal otro, si cabalgaban el hombre se escabullía de la comitiva del rey y se personaba en la de la reina, ante la portezuela del carro de su amada. E todo el mundo hablaba dellos.

Leonor vivía en un ensueño, como si habitara en el país de las hadas, sin acordarse para nada del tesoro de los Téllez, eso sí, echando a faltar a la abuela que seguramente hubiera comprendido y aún espoleado el amor que llevaba en su corazón, que otra cosa no era. Y ya podían las criadas advertirle y recordarle la jugarreta, la fechoría, por no utilizar palabras más gruesas, que le hiciera don Andrés, que hacía oídos sordos. Es más, se mostraba dispuesta a contarle lo que de verdad sucedió y hablarle del Juanico, pues así sería marqués, lo que había pretendido doña Gracia sin conseguirlo, pues que Dios la llamó de repente.

E no comentaba estos pensamientos con sus sirvientas, pues de sobra sabía que, si bien nada le decían al respecto, estaban contra aquello. No obstante, cada día estaba más preparada para hacer lo que debía hacer en justicia, pese a que las gentes la pudieran tildar de embustera.

Una tarde, al crepúsculo, se retiró de los aposentos de doña Isabel más temprano de lo acostumbrado, aduciendo que sufría media jaqueca y, tras dar las buenas noches, dejó a las camareras jugando a las damas y bordando o leyendo, e fuese a sus habitaciones a encontrarse con su amado que la esperaba en la puerta, pues ambos

utilizaban añagazas de enamorados y, como en otras ocasiones, le dio su mano y hasta dejó que el hombre se apretara contra ella. Y, vaya, que en aquella posición, vio el momento de contarle lo que había sucedido en un aciago día, el día en que la violentó, e dijo:

—Me violentasteis, don Andrés.

—Os he pedido mil veces perdón. ¿Todavía no me habéis perdonado? Lo haré de nuevo, mi señora: perdonadme, por lo que más queráis... Fui brusco, fui animal, lo siento a morir... Ya os he dicho que tenía miedo, que fui necio...

—¡Oh, sí, os he perdonado, pero quiero deciros una cosa...!

—¡Decid, prenda mía!

—Tal vez os enoje, señor...

—Ni que me enviaseis al infierno para siempre me enfadaría yo con vos...

—¡Ea, escuchad...! Fue, mi señor, que me quedé empuñada...

—¡Oh!

—E que tuve un hijo... Que es el niño, el criadico que os lleva mis billetes...

—¡Oh!

Vaya, que no esperaba aquello don Andrés.

—E quiero legitimarlo e que herede el marquesado... Pero una mujer sola, según la Ley de Partidas, no puede hacerlo, necesita un marido...

—Yo quiero casarme con vos con hijo o sin hijo, pero, ¿vos me amáis o...?

—Os amo, mi señor... No lo hago por mi hijo.

—¡Ea, pues, casémonos...!

—¡Casémonos!

E ambos pidieron audiencia a la reina para comunicarle lo que más deseaban en este mundo, e la señora les dio su bendición camino de la vega de Granada donde los castellanos habían de levantar un campamento para reducir el último bastión del islam en las Españas.

Leonor Téllez de Fonseca, marquesa de Alta Iglesia, y Andrés Gil de Torralba, caballero, maridaron a cuatro leguas de la ciudad mora de Granada, en el real que habían alzado los cristianos, en la tienda de la reina, que fue madrina, en una ceremonia íntima, por el luto de la marquesa, y que fue oficiada por el capellán de doña Isabel, fray Hernando de Talavera.

Antes de la celebración religiosa, doña Leonor llamó a un notario espidiéndole que levantara acta, le narró por lo menudo su mentira, declarando que había tenido un hijo de don Andrés Gil de Torralba cuando estuvo casada con él e que lo ocultó, pues se separó de su marido alegando que no había consumado matrimonio, con su aquiescencia, e reconoció a don Juan Téllez de Torralba como hijo y heredero del marquesado de Alta Iglesia. E fue que don Andrés reconoció la vieja mentira de su esposa y a Juanico como hijo suyo, contento además.

Si se pudo hacer semejante trápala, siguiendo los consejos de don Gonzalo Chacón, fue porque el negocio estaba entre dos personas. Entre doña Leonor y don Andrés en exclusiva, y no afectaba a otra gente, en razón de que la marquesa no tenía parientes que pudieran alegar contra la componenda ni desacreditarla por la mentira tantos años mantenida; porque la reina estuvo con ella pues que quiso enmendar aquel entuerto, y porque doña Juana Téllez había renunciado a sus derechos en su señora hermana, como demostró la declarante. Por tan buenos servicios, doña Leonor honró a don Gonzalo y le pidió que fuera su padrino.

Las criadas, por expreso deseo de su ama, estuvieron presentes en la boda en la puerta de la tienda, las moras como si fueran cristianas, sin velo en la cara, lagrimeando todas, pues no sabían a qué atenerse con aquel matrimonio ni qué pensar, ni si denostarlo o alabarlo, en fin, loores a Dios, loores a Alá.

El Juanico llevó las arras, muy hermoso él y compuesto.

Leonor regaló a la reina las treinta monedas de Judas, o de quien fueren, las que había encontrado en el castillo de Alaejos, y don Andrés dio de comer a nobles y plebeyos un memorable banquete con vianda que hizo traer de Sevilla, pero no hubo bailes, por el luto de doña Leonor.

Terminada la ceremonia, estando la reina en una mesa, los novios en otra y los caballeros y las damas en otras, los soldados de la guardia detuvieron a un hombre que iba medio desnudo e quería felicitar a doña Leonor, al parecer, pues se encaminaba hacia su lugar muy decidido, pero le cortaron el paso a tiempo antes de que llegara. El tipo, un pobre hombre, un loco que bailoteaba las manos a escasos pasos de la marquesa, fue visto por doña Isabel y, vive Dios, reconocido, pues era el mismo que le saliera al camino cuando se dirigía a Valladolid para casarse con don Fernando. La soberana lo llamó y, ante el espanto de casi todos menos de los que la acompañaban en aquel lejano viaje que lo reconocieron también, lo sentó a su mesa e hizo que le sirvieran e que le pusieran cubiertos y servilleta, recordando que los había reclamado en el primer encuentro.

La marquesa vio al hombre bailar las dos manos que tenía e no le dio importancia porque no daba importancia a casi nada de las cosas del vivir y en aquella ocasión sólo tenía ojos para su esposo. Catalina, que lo contempló también, se lamentó de no haberle contado a Leonor que aquel sujeto era su señor padre, para que hiciera justicia de una vez con don Juan Téllez, e se prometió que se lo comunicaría a su señora en la primera ocasión que tuviere.

Doña Isabel comió con aquel sujeto en la misma mesa y le preguntó por su salud, pero el hombre esta vez no le dijo ni que se llamaba don Juan, eso sí, movió las manos. La dama se demandó si aquella insistencia, si aquello de decir, sin palabras, tengo dos manos, tendría algo que ver con doña Leonor, pero acalló su pensamiento porque bastante desgracia tenía la dama con ser manca de nacimiento.

De este modo maridó doña Leonor Téllez de Fonseca, una de las hijas de la luna roja de abril de 1451, acompañada de gente de pro y de un extraño invitado. Esta vez no le penó casar, pues lo que son las cosas, su esposo, en su segundo matrimonio, la amó con todas sus potencias y sentidos.

Lo primero que hicieron juntos, después de yacer, fue asistir en Sevilla a las bodas de la infanta Isabel, magníficas y rumbosas. Los marqueses de Alta Iglesia ocuparon su puesto en la ceremonia religiosa y en las celebraciones, doña Leonor el escabel trigésimo nono, el de doña Gracia, y don Andrés, el cuadragésimo. Ambos muy arreados con aljófar en las vestes y vistosos tocados en la cabeza.

La familia real, con su comitiva, fue recibida con músicas de trompetas, clarines, chirimías, sacabuches y dulzainas, tantas que sus sonos llegaban al cielo. Celebróse el matrimonio por escritura merced al poder que llevaban los embajadores, el día 18 de abril de 1490, domingo de Quasimodo, e hubo muy grandes fiestas, e el rey justó y rompió varias lanzas. E levantaron tarimas para la reina, el príncipe, que era ya un doncel muy galano, e las infantas, muy hermosas, sus camareras e grandes del reino.

Imposible contar las galas, el triunfo, las músicas de tantas maneras; el recibimiento hecho a los apoderados de Portugal. Los aderezos de las damas, los jaeces de las cuadrillas que derribaban tablados o jugaban cañas o corrían toros; las riquezas de los grandes, la majestad de la reina y sus hijos, que iban de día a las justas y regresaban de noche al alcázar con centenares de antorchas, cabalgando en muy ricas mulas con magnífica gualdrapa. A más, que la infanta doña Isabel, la casada, estaba como unas castañuelas, pues que había maridado con don Alfonso del que estaba enamorada de tiempo ha, como va dicho.

Así todos hubieron mucho placer, pues las tornabodas se prolongaron hasta mitad de mayo. Cierta que madre e hija no pudieron evitar una lágrima al despedirse seis meses después, al partir la infanta camino de Portugal, pese a que aquella tierra no le era extraña pues que había vivido en ella bastantes años, mientras estuvo de rehén con su pariente la duquesa de Viseo. Si lloraron fue por cosas de madre e hija, por dejarse entre sí, porque habrían de vivir lejos, pues otros motivos no tenían, debido a que la infanta iba a reunirse con don Alfonso, su amor, y a que la madre estaba contenta con el matrimonio, aunque hubiera dudado en tiempos pasados queriendo lo mejor para su hija, hasta que se convenció de que el reino Portugal era bueno y el novio más.

E no hubo ningún mal agüero, ningún malhadado ni malqueriente pronosticó nada sobre el matrimonio de los príncipes, loado sea Dios.

Los reyes acompañaron un trecho a su señora hija, con varios condes, hasta el mojón del reino situado entre Badajoz y Elvas, e la dieron a don Alfonso que la recibió enamorado para casarse con ella a presente en Évora, Dios les conceda felicidad.



—Están de albricias los cristianos, María —comentaba la soldana Zoraya, que no quería mal a la sanadora—. Los reyes acaban de casar a su hija en Sevilla... ¿Te gustaría estar allí?

—Claro, señora.

—No te has acomodado tú a la vida musulmana...

—No vine yo de grado ni me convertí al islam...

—Si te hubieras enamorado lo hubieras hecho.

—No digo que no, pues se hacen locuras...

—No te ha parecido bien lo de Salima, ¿verdad? En cuanto a mí, piensas, como todas mis criadas, que debo conformarme con lo que Alá me mande...

—Es lo que hace la gente...

—Esta Salima está haciendo grandes progresos... Cata en bola de cristal... Me ha asegurado que hay un espíritu en la casa, que está en el pozo trasero...

Y María, que en tiempos pasados había sentido más que curiosidad por el espíritu del pozo de los Torralba en Ávila y bien pudiera ser que hubiera un espíritu en el carmen, e incluso que fuera el alma en pena de don Muley Hacén, pues motivos tenía el hombre para penar incluso después de muerto, reconvino a la sultana:

—Esa mujer os está engañando... No se está aprovechando de vos porque la habéis llamado pero, no obstante, os está burlando, que es muy fácil sacar dineros con magias y espíritus...

Tal le advirtió María a la sultana, pues era peligroso meterse en magias, pese a que llevaba años con ella sin haberle dicho que era bruja; eso sí, ejerciendo de sanadora, pues curaba los catarros de los moradores de aquella mansión, las tercianas, la fiebre y las roturas de huesos, y hasta de hortelana hacía porque, por no llevar un perro pues le recordaba al fraile inquisidor, meaba ella en el cerezo cada vez que amenazaba helada, pese a que le diera un ardite el cerezo y las cerezas dulces o amargas. Pero iba por obedecer a la dama que, siempre atenta al cielo, el día que preconizaba algún peligro para el dicho árbol le daba doble jornal a la María, que ya había acumulado la mitad del dinero de su rescate.

Lo cierto es que la llegada de Salima, una mujer vieja ya y arrugada, trastocó la vida en la casa; donde, a poco, sólo se hablaba de diablos y nadie dirigía la mirada hacia el oeste para observar los avances del ejército cristiano y encomendarse a Alá.

Así las cosas, en la primavera de 1492, la sultana, que no había ido a ver cómo florecía el cerezo con una única flor ya, sólo vivía para la bruja y no se preocupaba de su porvenir ni del de sus hijos, aunque de justicia es reconocer que la Salima arrojó muy bien la tormenta del Albaicín... Que estaba el cielo muy negro, muy

negro, a punto de estallar en recia lluvia, e la bruja, por hacer servicio a la ciudad, pues es menester supeditar un bien mayor a otro menor, dejó sus pesquisas del pozo de la parte de atrás de la casa e, sin que nadie le ordenara ni le dijera, salió a la calle, se encaminó al quebrado del río Darro, oteó por allí e regresó presto. Dio tres vueltas al recinto por el exterior todo lo aprieta que le permitía su mucha vejez; entró luego en el patio, en la casa, llegóse a las despensas, cogió un paño, pidió laurel a las guisanderas, todo el que hubiere, lo envolvió con el paño, y afaná un plato y una cucharilla. En el regreso tomó un sillete, ordenó a una criada que le llevara una mesita y se quedó de pie en la entrada de la casa mirando a la tapia. Despachó a la doméstica y distribuyó los objetos que había traído haciendo un círculo. Se arrodilló tres veces a lo musulmán, llevando una hojita de laurel a cada uno de los extremos del patio. Seguidamente se irguió, alzó las manos, miró hacia los cuatro puntos cardinales, gritó unas palabras al cielo quizá o al aguacero que se preveía había de descargar de un momento a otro, o tal vez se encomendara a Alá o al Profeta, bendito sea su nombre, y ya echó mano a su talego, sacó una tela negra y se cubrió con ella. Se sentó de espaldas a la casa, se tapó la cabeza con el negro lienzo y así estuvo dos, tres, cinco y siete horas, sin cantearse siquiera.

Siete horas después la tormenta descargaba en el campamento cristiano pero no corrían las aguas por Granada e los ríos no se habían desbordado, a más que de una rama del único cerezo que daba fruto en la huerta de la soldana, colgaba sano y salvo un pequeño fruto que en unos meses, Alá lo quiera, sería una cereza.

Extraordinario servicio le hizo doña Leonor, en el real de Santa Fe, a la señora reina de Castilla, León, Aragón, etcétera, con los moros y moras que apresaban los soldados cristianos, pues los interrogaba en su presencia cuando doña Isabel quería saber. Por ejemplo:

—¡Arrodíllate, que estás delante de la reina de Castilla...! ¿Quién es ese moro que viene a rondar con un estandarte colgado de la cola de su caballo?

—Se llama el-Tarfe...

—¿Cómo osa el maldito llegarse hasta aquí con las palabras Ave María bordadas en el paño y arrastrándolo por la tierra con ganas de provocar?

—No sé, yo soy un pobre labriego...

—¿Cuánta gente armada hay en la ciudad?

—No lo sé.

—¡O hablas o te mandaré azotar! ¿Cuántos caballos hay?

—No lo sé; yo tenía uno rucio, pero me lo han arrebatado los rumís...

—¿Tú eres de los que van a los campos a buscar trigo o fruta y luego la venden en Granada?

—Sí.

—¿Tienes familia?

—Sí.

—¿Tienes dineros?

—No.

—¿Alguien pagará rescate por ti?

—No.

—Pues, o te conviertes y recibes el bautismo o serás esclavo para siempre...

—Ya lo soy; no puedo ir ni venir... Los rumís me impiden el paso y aun me apresan cuando nací libre...

—¡No seas insolente! Háblame de los movimientos de tropas.

—No sé nada.

—Nada, alteza, no quiere hablar.

—Que se lo lleven e que pase otro.

E pasó una madre con un hijo, un zagalillo, e doña Leonor inició su interrogatorio:

—¡Arrodillaos los dos! ¿Cuánta gente de Granada está con el rey Boabdil?

—No sé —respondió la madre.

—¿Y tú, chico?

—¡No sé!

—¡Estáis delante de la señora reina de Castilla, hablad! ¡Mujer, o hablas o

llevaremos a tu hijo a galeras!

Y la mujer, que a fin de cuentas era madre, hablaba de lo que veía u oía en la ciudad: que no había para comer; que el hecho de que los rumís asolaran la vega había causado mucho daño.

E doña Leonor respondía a las lágrimas de la dueña:

—Fue menester quemar y talar la vega tratando de azucar al enemigo para lograr su rendición...

—Yo nada tuve que ver, soy una pobre viuda... E mi hijo es mozo. Ruego a su señoría que no le haga daño e se apiade de mí si tiene hijos de su carne...

—¿Daño yo? Al contrario, le voy a dar unos lamines —e doña Leonor cogía unas galletas de una bandeja que tenía su lado sobre una mesita y alzaba la mano con ellas—. Toma muchacho... E dime, ¿qué piensa la población?

—Casi todos quieren resistir; es más, un alfaquí ha pronosticado que, si aguantamos cuarenta días, los rumís levantarán el campamento, pues vienen grandes males, mucha lluvia y catástrofes e inundaciones e crecidas de los ríos...

—¡Vaya, por Dios, alteza, esta mujer dice ha de haber grandes catástrofes!

—¿De qué tipo, doña Leonor?

—Inundaciones, señora.

—Las soportaremos y sufriremos si nos las manda el Señor... ¡Dígale su merced a la prisionera que no llore, que no le hemos de hacer daño ni a ella ni a su hijo, que nos también somos madre...!

—¡No llores, que no te hemos de hacer daño...!

—¡Váyase su merced a descansar a su tienda, que llevamos larga jornada!

Le ordenaba la reina a doña Leonor, a sabiendas de que estaba recién casada y había de atender a su marido. Y la marquesa se iba contenta.

E tuvo razón la cautiva, pues descargó una grande tormenta ensopando a todos, e aún no se había secado la tierra que se presentó la langosta.



Alejada la tormenta de Granada por la bruja Salima que era extraordinaria hechicera, como reconocía María sin que le doliera porque era mujer capaz de admitir los méritos de otros, la tromba descargó en la vega, en el campamento cristiano, causando grande daño e dejando a los castellanos calados hasta el tuétano.

En el carmen de la sultana fue celebrado el éxito de la encantadora con mejor comida. A más que, pocos días después, cuando llegó la calma a los cielos y se fueron las nubes, la misma, visto el éxito y jaleada por las mujeres de la casa y por el ama, envió al real enemigo una plaga de langosta.

Doña Zoraya se mostró albriciada, pues la bruja estaba haciendo más daño al ejército castellano que los propios moros, si bien el fin estaba próximo. Ya podía salir el-Tarfe arrastrando por la tierra el estandarte con el Ave María, el mismo que un dicho Hernando del Pulgar había clavado en la puerta de la mezquita mayor en un alarde de valentía pocos días atrás. Ya podían él y otros caballeros responder al reto cristiano, que en Granada llevaban las de perder, aunque bien era cierto que en el real de los reyes los hombres se quitaban las langostas de delante de los ojos, de las espaldas e de la cabeza. Es más, guardaban sus vituallas envueltas en lonas, e cogían las mantas de las camas e las volteaban para combatir a los bichos quitándoselos unos a otros, e barrían el suelo, tan enfebrecidos como habían disparado los cañones o estragado la vega, e los quemaban sin descansar ni de día ni de noche, pero llevaban las de perder los moros porque en Granada ya no había qué comer.

Además que, en el huerto de doña Zoraya había brotado mollar la última cereza, a saber si amarga también, del último cerezo que florecía de siete años a esta parte, y si amarga era, Alá no lo permita, lo más tardar a fin de año se cumpliría el vaticinio e la ciudad, que apenas quedaba más del reino moro, se rendiría para siempre jamás.

Entrado el verano, la sultana fue con sus sirvientas al árbol, arrancó la cereza, la mordió un poquico, lo justo para conocer su sabor, hizo un gesto de desagrado e la pasó a las que con ella iban y todas convinieron en que la cereza sabía amarga. E todas, menos María, arrojaron por su boca el *zagharit*, con motivo, e lo volvieron a repetir cuando la tal Salima, puesta al corriente de los avisos del cerezo, corroboró el vaticinio, pues demostrado estaba que los enemigos resistían las cabalgadas, las tormentas, las plagas de langosta, y los demonios todos. Dijo la bruja:

—Las desdichas son como las cerezas que unas traen o llevan consigo otras...

La noticia corrió por el Albaicín, cruzó el Darro, llegó a la Alhambra y se extendió como si fuera fuego por toda ciudad hasta la ribera del Genil, e hubo pavores e alborotos en la puerta de Elvira.

Algunos hombres fueron a gritar a la casa de doña Zoraya, le echaron en cara que hubiera guardado en secreto el sabor de sus cerezas y que fueran siete e terminaran en una y que ya no hubiera ninguna, pues que de haberlo dicho hubieran sabido a qué atenerse y respondido a la ofensiva castellana con más brío. E arrojaron piedras por encima de la tapia.

El rey Boabdil se reunió con sus visires, ulemas, alfaquíes y el Gran Imán, y les habló de pactar con el adversario. Los almuédanos, a más de rezar las oraciones a sus horas puntualmente, arengaron a los pobladores varones para que tomaran las armas y salieran en algara contra el enemigo, como hubiera hecho Abd al-Rahman III, el Victorioso, el que domeñó a la Cristiandad allá en el siglo x.

Las gentes acopiaban comida, los ricos comían carne picada por la moscarda, lo que había; los pobres carne de perro, la que tenían, e se temía por el agua, no fueran

los castellanos a poner barreras en los ríos. Los capitanes hacían cavar trincheras a los cautivos cristianos tratando a la desesperada de defender la plaza, pero todo estaba perdido e nada hacían los hombres con llenarse los cabellos de ceniza y con postrarse horas veinticuatro en las mezquitas pidiendo favor a Alá, al Profeta, a Fátima, la hija del Profeta, al hijo de la hija del Profeta, etcétera, que no. Que no era tiempo ya, que la traición de Boabdil contra su padre no había sido grata a los ojos de Alá y había perdido al reino.

¡Que se perdiera de una vez la ciudad, que entraran los cristianos en Granada cuanto antes, que se dejaran de tratos y arrasaran que, con suerte, presto María sería libre otra vez, e volvería a su casa de Ávila, la abriría e le reclamaría a doña Leonora Juanico! Se presentaría en el palacio de la calle de los Caballeros y pediría la devolución del niño, del muchacho, vaya, e se lo llevaría con ella e le pondría un maestro como tenían los hijos de la sultana para que le enseñara letras y números. Lo tomaría de la mano, le daría mil besos, le diría que lo crió durante un tiempo, sin decirle cuánto, pues no fue mucho por circunstancias de la vida, y que había estado cautiva en Granada muchos años.

Tal pensaba María paseando por la huerta, llegándose al cerezo, levantando la mirada al cielo y viendo la luna roja, cuando estaba roja, o blanca, cuando estaba blanca, o llena o en cuarto, según estuviere. Al pie del cerezo, vigilando el árbol por si daba más frutos, por si dispusiere Alá que más frutos diere. Para avisar, cumpliendo órdenes de doña Zoraya, que, alunada, pedía muerte por los pasillos de la casa. Pues la dueña, a más de no haber conseguido reducir el espíritu de su marido, tenía a los cristianos cada día más cerca, como todos los pobladores, y para mayor desgracia el rey Boabdil le había pedido a sus hijos para darles educación con los hombres, como era costumbre hacer con los varones. E, claro, la sultana se ahogaba en sus propias lágrimas e pedía a la Salima, o a cualquiera que supiera aojar, que echara mal de ojo al soberano.

De visionario, trataron las damas de doña Isabel en el alcázar de Jaén a aquel Cristóbal Colón que decía saber llegar al Catay y a la China por el occidente cuando micer Marco Polo había llegado por el lado contrario, por el oriente, y que necesitaba doce naos bien pertrechadas para llevar a buen fin sus proyectos que, dicho sea, habían sido desechados por el rey de Portugal.

Lo recibió la señora un tiempo después de haber escuchado su nombre en boca de doña Juana Velázquez, el aya del príncipe don Juan, que ya no ejercía de tal porque el doncel había crecido y andaba ya con sus ayos y maestros, en fin, con hombres. Fue a los pocos días de atender a dos frailes de Jerusalén que venían de embajadores del sultán de Babilonia e, cuando lo despidió, tras asomarse a la ventana y observar que continuaba nevando en aquella tierra de gélidos inviernos, comentó con sus camareras:

—Ha dicho ese Colón que fray Juan Pérez, el abad del monasterio de La Rábida, me escribió abundante hablándome de él...

—Se perderían las cartas, alteza.

—Con tanto trajín como llevamos, siempre con los baúles, las ropas, los enseres, las vituallas, los papeles...

—Ha citado con mucha prédica a Plinio y a Tolomeo...

—¿Quién es ese Toscanelli que ha nombrado?

—Es imposible que las costas de China estén a dos mil millas de las de Portugal... Los navíos del infante don Enrique, dicho el Navegante, ya recorrieron esas millas y llegaron a la Guinea...

—A dos mil y cuatrocientas millas...

—Lo habéis entendido mal, doña Mencía, este Colón quiere ir al Catay dejando la línea de la costa, largando amarras y dándose al viento...

—Es un aventurero...

—¡Y un valiente!

—Es un visionario...

—Se trata de una travesía tan larga que ningún navío puede llevar todas las provisiones precisas para que la tripulación no se muera de hambre.

—Los portugueses le han negado dineros, aunque aseguran que no es imposible doblar el cabo de las Tormentas, que está en el extremo sur de África...

—Es hombre honrado; lo ha dicho expresamente.

—Se ha mostrado muy seguro de sí mismo.

—Cristianizar a las gentes del Catay sería bueno...

—Micer Marco Polo no pudo hacerlo...

—Los venecianos siempre han pensado sólo en los dineros...

—Cuando tomemos Granada y convirtamos a los moros, podremos ocuparnos de llevar la palabra de Dios a otros pueblos...

—El Señor lo verá bien y nos lo tendrá en cuenta a la hora de morir...

—Paren las hablas sus mercedes, que el rey y yo no vamos a forzar a los musulmanes de Granada a la conversión; los dejaremos libres y que practiquen su religión. Es lo que estamos acordado con Boabdil —cortaba la reina.

—Hacer otra cosa sería alargar más esta guerra que va a cumplir diez años.

—Hombres y mujeres necesitamos descanso.

—Hasta las bestias lo merecen.

—Nuestras arcas están vacías, estamos vendiendo juro de heredad sin medida y pidiendo joyas, todo para acabar cuanto antes —informaba doña Isabel.

—Fray Juan Pérez está con él, pero los duques de Medina Sidonia y de Medinaceli le han denegado ayuda a ese Colón.

—Don Alonso de Quintanilla también está por él; asegura que no hay que dejar solos a los portugueses en el negocio de la mar, que es asunto de Estado —decía la reina—. No obstante, mejor será dejarlo para cuando conquistemos Granada.

—Alteza, tengo para mí que es hombre terco e que volverá.

—Para que pueda vivir le daremos una ración... De no haber habido visionarios no tendríamos las islas Canarias en nuestros reinos, ni los portugueses hubiesen llegado al extremo de África...

—Ni micer Marco Polo hubiera llegado...

—Son hombres necesarios, los visionarios, sí...

Y en esto entró don Gonzalo Chacón con una carta en la mano, de un tal fray Antonio de Marchena, otro fraile de La Rábida, en la que el clérigo apostaba por el proyecto del tal Colón, nada más fuera por llevar la cruz de Cristo allende los mares.

E sí, sí, la reina le dio pensión a Colón, doce mil maravedís al año, pero también ordenó que hombres de ciencia examinaran al pormenor su proyecto.



Doña Leonor Téllez de Fonseca no pudo asistir a las conversaciones de la reina con el tal Colón. Supo dellas lo que corría por el campamento e tan siquiera se detuvo a pensar en eso de ir a las Indias por el occidente, pues que estaba muy ocupada. A ver, que le había encargado su alteza supervisar las capitulaciones de la ciudad de Granada, pues ya no había reino; sólo quedaba una ciudad, aunque muy fortificada, y unos montes, dichos Alpujarras, con escasa población e ningún puerto a la mar. Llegaban los emisarios de don Boabdil todos los días a Santa Fe con alguna pretensión más y, aunque tuviera escribientes que le hacían el trabajo, quizá porque la

reina había tenido piedad de ella —dado que le faltaba la mano derecha, la que se utiliza comúnmente para tal menester—, había de revisarlo todo.

Pretendía que el primer borrador le quedara sin manchas ni tachaduras e que las tildes que representan ciertas vocales árabes, que no tienen letra, quedaran claras, no fuera a confundirse una por otra y hubiera problemas de interpretación, a los que los perdedores se agarran siempre como a clavo ardiente. E había de consultar con los oficiales que los reyes dedicaban a la redacción del tratado y hasta con doña Isabel porque don Boabdil incluía en el lote de sus mujeres a su madre, la soldana Aixa, y a la soldana Zoraya —la renegada, que era su madrastra—, con lo cual ni los secretarios ni ella sabían qué hacer ni qué permitirle o darle o dejarle.

Ya no se trataba sólo de que los hombres y las mujeres de Granada fueran a ser después de la conquista lo que ya eran, libres, ni de que siguieran practicando su religión, ni de que lo que estaban dispuestos a firmar sus altezas los reyes y don Boabdil no fuera tregua, como en el tratado anterior, sino una paz por los siglos de los siglos, ni del asunto de las mujeres del rey moro. Era, además, que su marido andaba sirviendo al rey, y que Catalina le había ido con una historia o historieta o cuento o especulación o disparate o desventura o, todo lo contrario, ventura, o vaya vuesa merced a saber, que la venía trastornando. Tanto que hubo de pedirle licencia a doña Isabel para que la dejara marcharse un tiempo a Ávila, a arreglar unos asuntos. Tal le dijo, nada más fuera por no ver al hombre desastrado que había aparecido en la comida de sus bodas sin ser llamado, y que no había dejado el campamento al parecer, y que, ya muy vestido y lavado por orden de doña Isabel, la esperaba a la salida de la casa donde trataba con los embajadores de don Boabdil y, como haría un loco, le bailaba las manos, como queriéndole decir que él tenía dos, y ella una.

Eso le decía con impertinencia propia de orate, incomodándola. En razón de que eso no se dice, de que nadie se lo había dicho ni hecho ver, pero a los soldados les hacía gracia el hombre, y más que, como había sido honrado por la reina, no se atrevían a despacharlo y aquí le daban un pan, allá una fruta y allá un plato con guiso de cordero. Les hacía gracia que moviera las manos e sólo dijera que se llamaba don Juan, y por allí andaba el sujeto campando a sus anchas.

Pero a doña Leonor no le hacía miaja de gracia, pues le había dicho Catalina que aquel hombre era don Juan, su señor padre, el marqués de Alta Iglesia que, pese a andar alunado por demás, había estado presente en todos los acontecimientos importantes de su vida y de la de su hermana: en su primera boda, al entrar Juana en religión, y cuando se había casado por segunda vez. Y no era casualidad que estuviera ni que hubiera pretendido entrar en el lugar de la celebración para participar en tan fausto acontecimiento, ni que fuera a buscarla al acabar el trabajo en la casa del rey en Santa Fe —casa, porque palacio no era— ni que le moviera las manos delante de su faz.

Muy atribulada habló Catalina, mucho, mostrando harta pesadumbre por no habérselo comentado antes e, dicho lo dicho, añadió que había aparecido una semana antes de las primeras bodas e luego muchas veces en la puerta de la casa de la calle de los Caballeros, e que ella le había socorrido dándole un pan o un cuenco de sopa.

Doña Leonor en aquella ocasión echó en falta a la abuela, Dios la tenga con Él, más que nunca, e le respondió a Catalina:

—Es imposible lo que dices... Un Téllez no se aloca así como así... No hay noticia de un Téllez loco...

—Que no haya noticia no quiere decir nada, la maldición o la enfermedad unas veces se hereda pero otras es personal... Además, don Juan tuvo motivo para alocarse y más.

—¿No era hombre valiente? ¿No había luchado en las guerras del rey don Juan? ¿No era buen cristiano? ¿Un cristiano se asusta porque le nazcan dos hijas mancadas? ¿Vosotras mismas tuvisteis miedo?

—¡No!

—¿No nos criasteis a mi hermana y a mí en el amor de Dios? ¿No hubiera podido hacer lo mismo él? ¿Se le notó a mi padre algún extravío?

E Marian, que había sido su niñera decía:

—¡No, no!

—Quizá tuvo mucho susto el hombre... El susto grande o el miedo lleva a las personas a enloquecer —sostenía Wafa.

—Dice que se llama don Juan, no dice Juan, dice don Juan, lo único que dice... Pero con el gesto te está comunicando que él no tuvo culpa de que nacieras sin mano... Es tu señor padre, niña; hónrale...

—No sigas Catalina, o te mandaré dar de palos...

—No te equivoques otra vez, hija mía, que ya lo hiciste con tu hijo, ahora acoge a tu señor padre... Mírale a los ojos atentamente y descubrirás los de tu hermana Juana.

—¡Calla la boca, Catalina!

—¡Por Alá, calla Catalina!

—¡Maldita mora, no te metas en esto!

—Leonor, no permitas que Catalina me llame maldita —suplicaba Marian.

—¡Callad todas, pardiez!

—¡No se dice pardiez, Leonor!

—¡Malditas todas...! No sé qué hacer... ¿Por qué, pardiez, dices que me he equivocado con mi hijo?

—Lo digo, pero no te enojas... El otro día me preguntó cómo, de repente, tiene padre y madre y antes era huérfano...

—¡Oh, me agobiáis; no sé qué hacer...!

—Consulta con la reina o con doña Clara, que te tienen cariño.

—Se anuncia que vienen a Santa Fe y que, para finales de año, han previsto firmar el tratado con el rey Boabdil...

—Pues no sé cómo van a firmar tan pronto si yo no tengo la Cabeza para hacer mi tarea y aún he de revisar todo lo que han escrito los moros, no nos engañen, e no puedo concentrarme en ella...

—¿Son muchos pliegos, Leonor?

—¡Muchos, demasiados...!

—Te quedan seis meses, vas holgada de tiempo...

—Le he pedido permiso a doña Isabel para pasar un tiempo en Ávila y me lo ha dado... Haced los baúles que nos vamos cuanto antes... Así se quedará aquí ese hombre, ese don Juan...

—Nos seguirá —afirmó la cocinera.

—Pues lo sentiré por él... Te digo, Catalina, e no lo repetiré, que nunca he tenido padre y que ahora por un capricho tuyo no lo voy a tener... Que no me hubiera abandonado, que fue cobarde don Juan Téllez... E no pretendas convertir en víctima a ese sujeto, que las únicas víctimas somos mi hermana y yo...

—¿Acaso no te hemos querido más que a nuestros propios ojos? —preguntaban las moras muy compungidas.

—¡Sí, pero me viene Catalina con esta matraca y no sé qué hacer...!

E no se habló más de aquel hombre, de aquel don Juan, porque así lo quiso Leonor, pero Catalina rezongó para sus adentros:

—Leonor no quiere complicarse la vida, y menos quiere a un hombre que venga a mandar a su casa. Doña Gracia tampoco lo hubiera reconocido.

Le vino bien a doña Leonor descansar en su casa de Ávila, y eso que se llegaba a menudo a las ventanas de la calle de los Caballeros por ver si veía al hombre. E no, no, no aparecía. A más, que tuvo la mente en otra cosa. En el proceso contra los asesinos del santo Niño de la Guardia que tenía lugar en aquella ciudad. E otrosí estaba el asunto de encontrar preceptores para su hijo, que, por deseo expreso de doña Isabel, habría de entrar en la compañía del príncipe don Juan y vivir con él en la casa que sus señores padres le estaban montando en la villa de Almazán.

No llevaba doña Leonor un mes en Ávila cuando la reina volvió a llamarla a su lado para que continuara con el tratado del señor Boabdil. Tras azuzar a las costureras que le cosían varios trajes de gala y sin acercarse a la casa de los Torralba, a setenta pasos que estaba de la suya, siquiera para dar el pésame a sus cuñadas por la muerte de la madre, pues les guardaba resquemor porque ella y su hermana habían penado en aquella mansión por un trozo de tocino que fuera, siempre comiendo menudillo de cordero y pastillejo de pollo, abandonó el palacio de la calle de los Caballeros con las moras, en el carruaje de su señora abuela, contenta como unas pascuas, pues en la vega de Granada habría de reencontrarse con su marido.

A Catalina la dejó guardando la mansión y al Juanico. Tal dijo, pero en realidad la dejó castigada, no se lo tenga Dios en cuenta, aunque quizá le fuera bien un escarmiento por metomentodo. A Juanico le buscó un maestro racionero que le enseñara los números y un dómine para la gramática.

Durante buena parte del camino, Leonor fue contando a sus esclavas la desdichada historia del Santo Niño de la Guardia tal como la escuchara de labios del señor obispo, que le habló del proceso que había culminado con los homicidas y herejes en una hoguera instalada en el Mercado Grande. Un niño asesinado y martirizado por unos judíos malvados... Una criatura de corta edad que fue llevada con embustes a una cueva en la localidad de La Guardia, de ahí su nombre, cercana a Ocaña, a quien los judíos no sólo le habían sacado las mantecas sino también el corazón con grande tormento, cuando no se hace tal a un cristiano ni a un infiel. Hablaba doña Leonor:

—Sepan las mis moricas que en Astorga fueron encontrados y detenidos los asesinos por orden del inquisidor Torquemada, e que al último le encontraron entre las ropas una Hostia, e ya sabían los inquisidores que habían dado muerte a un niño y, tras crucificarlo, andado con su corazón...

—¡Qué horror!

—¿Cuántos hombres fueron, Leonor?

—Ocho o diez, los más judíos y alguno converso... Con la Hostia, el cuerpo del crucificado y con el corazón del niño hicieron magia negra e se lo comieron como si comulgaran...

—¡Por Alá!

—¿Les darían tormento?

—No merecían otra cosa...

—¡Tormento y hoguera, hijas...!

—Menos mal que los moros somos otra cosa, que no matamos así ni hacemos herejía...

—¡Pareces necia, Marian; todos los hombres son igual de malos!

—Sí, sólo es menester no ser capaz de permanecer con el ánimo templado o encontrar el momento para perpetrar una tropelía, o tener la ofuscación y maldad suficiente para llevarla a cabo —explicaba doña Leonor.

—Pues bien muertos están —sentenciaba Wafa.

—Hace cuatro meses que sucedió... Fueron los primeros herejes quemados en Ávila.

—¡Qué horror...!

En efecto, horrible era y la población estaba conmocionada.

En la misma Santa Fe no se platicaba de otra cosa. Hasta don Andrés Gil de Torralba se lo comentó espantado a su mujer, que estaba no menos despavorida, incluso antes de yacer con ella en la tienda que les habían dado los aposentadores de la reina, e hubieron de beber un vaso cumplido de vino antes siquiera de entrar en hablas de amores y para hacer el acto luego.

Pero pasaron los esposos mala noche e toda la gente del real. Sucedió que la reina le hizo cambiar a una de sus doncellas una candela por otra, pues era muy gruesa e daba mucha luz e no podía la dama dormir, y que merced a ese duermevela la reina salvó la vida. Al oler a quemado y abrir los ojos, contempló cómo ardía la tienda con grandes llamas e salió corriendo en camisa de dormir, que ni un manto pudo echarse por los hombros. Sin que sus varices le impidieran la carrera, se precipitó hacia la tienda de su esposo, que descansaba en plácido sueño pero se despertó a sus voces, y con él todo el campamento. Fue en buen momento pues así no hubo que lamentar víctimas, pero las llamas se propagaron rápidamente por el arbolado y ramaje de por allí, quemando las casas de madera que había e muchas joyas, riquezas y ropas.

La marquesa de Alta Iglesia, su marido y sus criadas también tuvieron que correr y, a poco, llorar con todos, pues a finales de mes llegó la triste noticia de que el príncipe don Alfonso de Portugal, el marido de la infanta doña Isabel, había muerto al caerse del caballo. Aun antes de que levantaran casas de ladrillo en el real de Santa Fe para evitar otros incendios, se presentó la infanta —que había gozado de su matrimonio visto y no visto y eso que no hubo malos augurios— cubierta de luto ante sus señores padres, que se dolieron con ella mismamente como el reino todo.

E quiso Dios que llegara el día en el que los secretarios y escribanos dieran por finalizado el protocolo en castellano del tratado con el rey Boabdil para la rendición de Granada. E quiso también que llegara el día en que doña Leonor Téllez de Fonseca diera por terminado el diploma en árabe. E que los moros de Granada no tuviesen nada que comer. E que los monarcas citaran al rey moro para la firma el día 25 de noviembre próximo veniente. E que el musulmán aceptara firmar los capítulos y se comprometiera a entregar las escasas fortalezas que tenía, incluida la Alhambra, siempre que lo dejasen en su ley y en lo suyo, y diera cuatrocientos rehenes. E que

firmaran los apoderados del moro y del rey y de la reina el dicho día, conviniendo en que los soberanos entrarían en la ciudad el 6 de enero de 1492, Dios sea loado.

Pero sucedió que, cuando ya estaba todo concertado, se alzó un hombre en Granada diciendo desvaríos, e con aquellos dislates e gloriando a Mahoma e asegurando que vencerían ellos, consiguió que le siguieran veinte mil hombres. Alborotaron hasta tal punto que el rey Boabdil, que ya, según lo firmado y sellado, era un señor más entre los señores de los muchos reinos de don Fernando y doña Isabel, hallándose de visita en el carmen de su madre la soldana Aixa, que tenía casa en el Albaicín, casi lindera con la de la señora Zoraya, llamó a los alborotadores por ver qué deseaban. Como supiera que no se querían rendir, los exhortó y les conminó a la capitulación, primeramente porque era bueno el pacto firmado y rubricado, y por otras dos razones muy principales: que las despensas estaban vacías y no había para comer.

Por eso envió cartas a don Fernando para que entrara cuanto antes en la ciudad, al día siguiente, el día 2, en vez del 6 que era lo pactado. Y dicho lo dicho y hecho lo hecho, volvióse a la Alhambra con lágrimas en los ojos y con rabia en el corazón, a más que tuvo que oírse de labios de su madre:

—Llora como mujer, ya que no has sabido defenderla como hombre...

Se refería la reina mora a la ciudad de Granada. Pero decía mal la dama, pues que fue en exceso cruel la señora Aixa, pues Boabdil había luchado con todas sus armas, hombres y dineros durante diez años contra los castellanos que, mismamente como si fueran demonios, la habían emprendido contra el reino moro de Granada, había sido herido múltiples veces y hecho prisionero, había pactado con don Fernando y doña Isabel, con los dos peores diablos que hubiere podido encontrar; él, con sus cañones en primera línea de fuego socavando murallas y fosos, ella, que era mujer varonil, con su hospital en la retaguardia auxiliando a los suyos, pertrechando el ejército y, al socaire, minando la moral de los contrarios porque una mujer estuviere haciendo labores de hombre... Él, Boabdil, que había conseguido que su madre y las otras mujeres de su señor padre, Alá lo tenga en el Paraíso, pudieran llevarse lo mismo que tenían o seguir en el Albaicín con sus prácticas religiosas sin que las incomodara nadie porque don Fernando era rey de palabra... Él, que había repetido mil veces que Alá había abandonado a los musulmanes de Granada, pecando incluso de impiedad y exponiéndose al castigo eterno... Él tuvo que oírse lo que oyó de labios de la mujer que le había dado el ser, lo de:

«Llora como mujer, ya que no has sabido defenderla como hombre...»

Los soberanos de Castilla, León, Aragón, etcétera y ya también de Granada, se presentaron el día lunes, 2 de enero, en la población con mucha compañía, muy ordenados sus batallones, con el estandarte que traía la Cruz bordada, abriendo paso un piquete de soldados. Ellos muy bien arreados, con la corona en las sienes, en

mulas, flanqueados por obispos y nobles armados con lanzas —entre ellos don Andrés Gil de Torralba—, seguidos de las damas de la reina —entre ellas la marquesa de Alta Iglesia—, e mucha gente de milicia e ya gente del pueblo que había venido hasta de Sevilla y Córdoba para contemplar con sus propios ojos la rendición de la ciudad.

La reina, hermosísima, aviada con un brial estrecho obrado en oro y con manto de gran valor de tela árabe tartarí, tentándose durante todo el camino el pecherito de reliquias que llevaba prendido en una magnífica camisa de ranzal. El rey, muy erguido en la mula, con muchos arreos de oro y plata y otrosí el príncipe y las infantas.

E salió el moro con grande séquito, montado en caballo blanco, antes de que llegara la comitiva a la Alhambra, e la gente del cortejo le hizo calle, e fue que Boabdil quiso abajarse del bicho para arrodillarse ante su señor don Fernando e fue que el rey no se lo consintió, de tal manera que sólo pudo besarlo en el brazo, e le entregó las llaves diciendo:

—Toma, señor, las llaves de tu ciudad, que yo e los que estamos dentro somos tuyos...

Tal dijo el moro con la cabeza alta y con voz clara, pese a que todavía resonara en sus oídos la frase cruel de su madre. E estuvo un tiempo, poco, el que tardó el rey en pasar las llaves a la reina que a su vez las entregó al príncipe y éste al conde de Tendilla, e fuese a sus heredades de Val de Purchena, en las Alpujarras.

Los cristianos, que sabían muy bien lo que habían de hacer, al mando del dicho conde tomaron la Alhambra de lo más alto a lo más bajo y alzaron el estandarte de Jesucristo en la torre de la Vela, la más imponente de todas. Los soberanos, con su familia toda, entraron en el palacio y se humillaron ante la Santa Cruz, los obispos cantando un tedeum y los hombres gritando alborozados mientras los musulmanes echaban la tranca en sus casas e mandaban a las mujeres al sobrado:

—¡Castilla, Castilla!

Obedeciendo a sus capitanes, mientras los monarcas tornaban al real de Santa Fe, los soldados tomaron todas las puertas e desarmaron a los moros, e no tuvieron una palabra buena para los muchos que lloraban por la pérdida del reino, ya que los más habían empleado diez años de su vida en conquistar la plaza.

No tuvieron palabra buena ni en aquel momento ni después; es más, luego hubieron de sofocar varias revueltas y poner orden en desconciertos y alborotos a lanzadas, que no había otro modo con los musulmanes, que eran de ánimo tornadizo y levantisco como se demostraba día a día.



Cuando al día siguiente de la posesión de la ciudad, los castellanos llamaron a la puerta de la soldana Zoraya preguntando si había allí cautivos cristianos, María de Abando ya había sido liberada por su señora y echado a andar por las calles con su talego al hombro:

—¡Vete, María! ¡Que Dios te acompañe mientras vivas...! Ha sido grato conocerte... Te voy a devolver los dineros que me has ido abonando por tu rescate. A Dios...

E María recibió de manos de la mora, que ya no mentaba a Alá, sino a Dios-Dios, un saquete con dineros y un pan. Los tomó, los guardó en el talego, le besó la mano y echó a caminar, pensando que mejor haría la sultana vistiéndose de sayal y marchándose también.

E bajaba María hacia la puente del Darro por estrechas callejuelas cuando, de repente, se encontró en un tumulto y conque unos —moros, seguro— habían atravesado un carro y, parapetados, arrojaban saetas contra otros, moros o cristianos, que se refugiaban en unas casas. E retrocedió cien, o doscientas varas para, al torcer una esquina, casi tropezar con un hombre que, tras el primer sobresalto y pedirle excusas por el encuentro, reconoció de inmediato, pues no era otro que el extraño sujeto que andaba medio desnudo, el vecino de Ávila que bailaba las manos, el que había llevado a Juanico a casa de las marquesas de Alta Iglesia cuando a ella la perseguía la Hermandad.

Como no era momento de preguntarle por su salud, ni de alegrarse ni de contrariarse por el encuentro, ni de pensar en el pasado, sino de salvar la vida, pues quienes fueren, moros o cristianos, subían hacia el Albaicín armando ruido, lo tomó del brazo e trató de correr con él, pero el hombre, necio, no quiso emprender carrera e se quedó allí meneando las manos, lo que mejor hacía, y fue ella la que echó a correr. En vano, porque la alcanzaron unos hombres, cristianos para más señas, que le quitaron el talego con el dinero y el pan que le había dado la señora Zoraya e aún le hubieran quitado la virtud, de tenerla, pues le dijeron groserías y la miraron con ojos de lujuria y hasta la llegaron a ofender:

—Ven, morica, que te haremos feliz...

A lo que ella respondió:

—No soy mora, soy cristiana e llevo siete años cautiva en Granada...

Entonces los tipos se llevaron la mano al casco pidiéndole disculpas y no le tornaron el talego, pero la dejaron ir.

María puso pies en polvorosa camino del campamento castellano, donde las buenas gentes la socorrieron y le dieron de comer, y hasta manta le dieron, a Dios gracias, porque no tenía un maravedí. Y fue en torno a una hoguera donde oyó decir que doña Isabel, la reina, se había bañado al regresar de la toma oficial de la ciudad de Granada y que, después de diez años —los que llevaba empleados en la guerra—

había pedido, por fin, camisa limpia. Tal escuchó, pues unas mujeres explicaban que la soberana no se había cambiado de camisa en todo aquel tiempo por cumplir un voto. A la ex cautiva se le hizo extraño y achacó las hablas a la maledicencia, pero no comentó nada, pues estaba más que cansada, y durmióse.

Los reyes, que habían convocado a todos los señores de los sus reinos para el día 6 de enero, para entrar juntos en Granada y que presenciaran la entrega de las llaves de la ciudad y les honraran a la par que los honraban ellos, como hubieron de personarse en la jornada del 2 a instancias de don Boabdil anticipándose a la fecha señalada, estuvieron recibiendo a nobles, obispos, abades y abadesas, conforme se fueron presentando en el real, e dándoles casa.

La abadesa de las Damas Pobres de Santa Clara de Asís, de Tordesillas, llegó a Santa Fe en un carruaje con cuatro monjas, cinco con ella, y una carreta con la tienda, el equipaje, las provisiones, y con licencia escrita del obispo para abandonar la clausura. Entre las religiosas doña Juana Téllez de Fonseca, que, tras postrarse con sus compañeras ante los señores reyes, abandonó la comitiva obedeciendo una orden de la soberana, que le dijo en voz alta:

—Vaya doña Juana a abrazar a su señora hermana, que le proporcionará grata sorpresa.

Y, en efecto, pidió venia a su superiora y fue acompañada por don Gonzalo Chacón, que la dejó en la puerta de la casa de doña Leonor, e llamó a la aldaba e le abrió Wafa que, antes de abrazarla, sin poderse reprimir, lanzó por su boca el *zagarit*; en buena hora, pues anunció lo que nadie esperaba, aunque la marquesa, que tenía jaqueca —padecía muchas últimamente quizá de tanta letra árabe como había tenido que corregir—, no oyó el grito por el dolor y porque había mucho jaleo en el campamento donde sonaban pífanos y timbales. Cuando Wafa se recuperó del esfuerzo de clamar tan fuerte y largo, abrazó a doña Juana e le dijo:

—Ven, Leonor se alegrará...

Y en esto se presentó Marian, pues que había oído a Wafa y a Juana, e se la comió a besos, y entrando las tres en la habitación de Leonor, las moras disputándose la mano de la recién venida e estorbándose el paso entre ellas, porque sólo tenía una, la religiosa habló:

—Leonor, he venido a verte...

E, como la marquesa remoloneara en la cama, lo volvió a repetir. Se acercó, acarició la cara de su hermana y alzó la voz:

—¡Leonor!

E la dormilona se alzó como un rayo e la abrazó e se la comió a besos, a la par que le tentaba los huesos, pues que Juana había adelgazado hasta extremos poco saludables e se le notaba, pese al grueso hábito, pues se le marcaban los huesos del rostro e casi no tenía muñeca, y los brazos eran como palillos. E, viendo lo que veía, Marian, que había sido su aya, no pudo evitarlo y se lo dijo regañándola:

—Hija, Juana, pareces un suspiro.

Pero lo dejaron porque, aparte de darle besos y más besos, tenían muchas cosas que contarle, a ver, que llevaban varios años sin verla. Leonor le comentó:

—Me he casado...

—¡Oh! ¿Con quién?

—Con mi antiguo marido...

La oyente quedose pasmada como no podía ser de otro modo, pues había vivido los odios de su hermana a su esposo pero, prudente como era, no hizo comentario.

—He reconocido a Juan como hijo mío y don Andrés también...

—Lo que tú querías, Juana —interrumpió Marian.

—¿Y la abuela? —preguntó por fin la religiosa.

—La abuela murió va para cuatro años; si no te hubieras ido deste mundo, lo sabrías —intervino Wafa.

—¡Me lo podíais haber dicho!

—¿Cómo?

—Viniendo al locutorio, ¿no vinisteis ya?

—¿Recuerdas que no nos hablaste?

—¿No nos mostraste con tu actitud que no volviéramos a visitarte?

—¿No vives enclaustrada?

—¿Acaso escribes y recibes cartas?

—No.

—¿Entonces?

—En el locutorio se recibe a familiares próximos y hasta regalos de comida.

—No quisiste hablar ni vernos apenas cuando estuvimos. Diría que hasta te incomodamos. Me dijiste que no querías saber del mundo ni de sus habitantes...

—¡No entiendes nada, Leonor!; me estaba mortificando...

—¡Hermana, no hay quien te comprenda...! ¡Haber dejado la penitencia para otro día...!

—Tiene razón Leonor, para una vez que fuimos...

Juana, bastante airada, se arrodilló, buscó con la mirada alguna imagen para orar por el alma de doña Gracia y, no encontrando ninguna, tomó el crucifijo que llevaba colgado de la cuerda que le hacía el papel de cinturón, se recogió en sí misma y en aquella guisa estuvo un rato.

Las otras esperaron en silencio. E cuando Juana terminó sus oraciones, tuvieron que oírse:

—Lamento profundamente la muerte de la abuela, pero lo que más me duele es haber estado cuatro años sin rezar por ella, cuando le hubiera venido bien a su alma, que a ningún muerto le viene mal una oración.

Las otras se sorprendieron pero nada contestaron, aunque las moras hubieran podido decirle que ya oraban ellas por el alma de la abuela al señor Alá, y Leonor

avergonzarse porque no rezaba casi nunca, y hasta iba a misa los domingos por compromiso, salvo que estuviera en un aprieto e hubiera de pedir alguna cosa.

Después las gemelas siguieron las pláticas:

—Le cogí amor a don Andrés nada más verle y le sigo amando, hermana, que en los negocios del amor no se puede disponer.

—¡Leonor, te recuerdo que le odiaste con toda tu alma!

—Lo recuerdo, Juana, lo recuerdo, pero, al verlo, cambié de ánimo y lo amé y continuó así, amándolo... ¿No amas tú a Dios?

—No compares... ¿Te trata bien?

—Me adora, perdona la fatuidad, pero besa el suelo que yo piso...

—¿E quién administra tus bienes, tú o él?

—Yo... Él no me ha preguntado siquiera por lo que tengo, tiene más que yo...

—¿Cómo un contador del rey? Es contador, ¿no? ¿Puede tener más dinero que la marquesa de Alta Iglesia, uno de los linajes más antiguos de Castilla?

—La vida ha cambiado, los burgueses tienen muchos bienes, los oficiales de nuestros monarcas también, pues son los que promueven las disposiciones reales en los negocios del comercio, ya sea con el rey de Inglaterra o con el sultán de Babilonia...

—¿Cómo murió la abuela?

—En la cama... Una mañana fue a despertarla Catalina y la encontró muerta...

—Cuando entré en su dormitorio oí a cera —intervino Wafa.

—Yo oí el sonido de un tambor a medianoche, pero me aduje que era un mal sueño... —informó Marian.

—Se la llevó Dios —siguió Leonor—... No padeció agonía pues estaba muy bien compuesta... Lloramos harto por ella, incluido lo que hubieras llorado tú...

—El llanto es personal, debiste enviarme recado... De todas formas, me alegro y doy gracias a Dios de que no sufriera.

—Falleció en Alaejos, al día siguiente de derribar el castillo a cañonazos —aclaró Marian.

—¿Encontraste el tesoro, Leonor?

—El de don Tello, no... Pero hallamos un cofre muy grande con un saquete que llevaba treinta monedas de oro romanas, tal dijo la abuela y, es más, aventuró que eran las que cobró Judas Iscariote por traicionar a Jesucristo.

—¿Las de Judas Iscariote? ¡Déjamelas ver!

—No las tengo, se las regalé a la reina...

—¿E son las de Judas? ¿Su alteza las ha dado a estudiar?

—A decir verdad, no lo sé. La señora no me ha dicho nada, pese a que he tratado mucho con ella y trato, pues soy una de sus damas...

—Es una de sus damas principales. Doña Clara, la Bobadilla y ella... —explicó

Marian con emoción en la voz.

—Leonor ha traducido y corregido el tratado de rendición de la ciudad de Granada, haciendo grande servicio al reino —continuó Wafa—, lo que hubieras hecho tú también de estar en el siglo.

—No debiste dárselas. Hubieran estado muy bien en mi convento con las muchas reliquias que tenemos allí...

—¡No te dan de comer y aún quieres llevar más! —atajó Marian, pero Juana como si no oyera.

—¿La abuela no se despidió de nadie?

—No, no. Murió de súbito.

—¿La enterraste en el altar fino como deseaba?

—Claro...

—¿Has trasladado ya a sus maridos...?

—No.

—¿Qué has hecho, pues, estos años?

—He servido a la reina y me he casado, que los maridos llevan tiempo, hermana, y doña Isabel me ha tenido tan ocupada que me ha venido jaqueca y he de meterme en la cama y pasar tres, cuatro días, con los ojos cerrados y en la oscuridad y tomar remedios...

—Toma tres veces al día un cocimiento de espino albar, avolino y jalea real, el de la mañana más cargado —informó Wafa.

—Juana —intervino Marian—. Tú mucho preguntar pero no nos has contado nada tuyo...

—Lo mío puede esperar... Tenéis tanta cosa que decirme... Y el niño ¿dó está...?

—Está en Ávila, con Catalina —se apresuró a responder Wafa.

Y en esas estuvieron las marquesas y las esclavas mucho tiempo, dos días sin dormir apenas, doña Juana haciendo esperar su relato. Cierta que por fin habló con poca voz, y dijo con mucha humildad:

—Soy subpriora...

—¡Enhorabuena, Juana! —interrumpieron las tres oyentes.

—Después de tercia, trabajo en la cocina.

—¿Una subpriora trabaja en la cocina?

—Sí, que allí hacemos grandes labores, como rezar a Dios, y otras pequeñas... Hago penitencia; cuando nieva, por ejemplo, ando descalza por la huerta... E, cuando se desata la peste en el verano, sacamos en procesión la imagen buena de Santa Clara e organizamos un hospital... Las monjas lavamos los bubones de los enfermos y quitamos el pus a los moribundos...

—¿Comes mal?

—No, me he acostumbrado a comer poco... Lo peor es el frío, la humedad y los

mosquitos del río... Las monjas padecemos sabañones y tremendos reumas, pero bendito sea el Señor que siempre nos ayuda...

—Para el reuma, lo mejor son los fomentos de hojas de sauce —recomendó Marian.

Poco consiguieron arrancarle sus parientes a sor Juana. Es pena, pero tuvieron que acabar las hablas, pues los soberanos llamaron a todos los grandes del reino a su presencia el 6 de enero, fecha prevista para tomar posesión de Granada, aunque ya habían entrado, por lo que ya se dijo.

El rey y la reina estuvieron sentados en sus tronos, alzados sobre un estrado, y dieron a besar su mano a nobles y plebeyos, que también había lugar para la gente del pueblo en aquel acto como no podía ser menos. Leonor y su marido ocuparon sus escaños. Juana estuvo con su abadesa, detrás della, frente por frente de su hermana y contemplando a su cuñado con él cual, como había llegado a última hora, no había cruzado todavía saludo. Y entre la ciudadanía, María de Abando.

Y, ay, como no les había sucedido en muchos años, las cuatro hijas de la luna roja de abril de 1451 sufrieron el ahogo que venían padeciendo siempre que se juntaban las cuatro, que no tres ni dos de ellas. No mucho ahogo, no, el de otrora, e, claro, las cuatro supieron que estaban juntas e miraron por doquiera hasta a sus espaldas, alzando la cabeza para mejor ver.

Las Téllez se vieron a sí mismas y contemplaron a la reina en toda su majestad. Doña Isabel observó a doña Leonor en su escabel entre el conde de Haro y su esposo, y a doña Juana detrás de doña Teresa, la abadesa de las Claras de Tordesillas, e cruzó saludo con ellas. Pero ninguna de las tres atisbo a María de Abando en la parte reservada al pueblo, donde la dueña estaría, de estar. Estar estaba, sí, no les cabía a las tres damas ninguna duda, que lo del ahogo no lo sentían estando tres ni dos juntas, sino las cuatro, en la ocasión que fuere, en lugar abierto o cerrado, e sólo en tales momentos e no en presencia de papas o emperadores que estuvieren. De primeras no la vieron pero luego sí, en primera fila María, que ya se las había arreglado como fuere, seguramente haciendo uso de sus artes, para hacerse paso entre el gentío y verlas también, pues que padecía, o mejor sentía, que doloroso no era, jocosos acaso, pues que al rato de saber las cuatro que estaban allí las otras tres, e habiendo cruzado miradas entre sí, mismamente como en la vez última, desapareció el ahogo. Notaron las cuatro que les remitía el ansia, y que sólo quedaba cruzar sonrisas, que no risas pues no era lugar, sino sonrisas de complicidad, y eso.

Que tenían gana de juntarse las cuatro y comentar aquello. Las marquesas, exageradas como eran en las cosas de su vivir, tal vez hubieran dado en ese momento la mano que cada una tenía por estar con doña Isabel y la María a solas; la María también hubiera dado, pero no tenía nada que dar, pues los cristianos que entraran a liberar a los cautivos del Albaicín de Granada se habían quedado con todo lo que

tenían los prisioneros, con lo que ella poseía después de tantos años de servir a doña Zoraya; y la reina a gusto hubiera acabado con la recepción y saludos y llamado a las otras hijas de la luna roja para platicar largo con ellas y sentarlas a su mesa, aunque volviera a escandalizarse doña Clara, aunque todo el reino se enterara, su marido incluido y sus hijos, de aquella descabellada historia de «las hijas de la luna roja», cuya única perversidad era un pequeño ahogo, pero hubo de guardar el protocolo la gran dama, y asistir al banquete que dio seguidamente, pues tras ocho siglos, unos de dominación, otros de declive musulmán, por fin las Españas eran cristianas y la larga guerra de reconquista había terminado, al Señor sean dadas muchas gracias y loores.

Cierto que, al día siguiente, las llamó sin esperar al alba, enviando mandaderos a la casa de las marquesas e haciendo buscar a María por todo el campamento.

E presentáronse las tres albriciadas de lo más, como ella mismamente las esperaba, pese al ahogo que les vino a la garganta a todas nada más se vieron. La reina les dio a besar su mano e ya sin protocolo les dijo:

—Me huelgo las mis señoras de que hayáis acudido tan presto a mi llamado.

Tal saludaba la gran dama con voz trabada.

E razón tenía porque las marquesas se habían hecho el lavado del gato con el agua de la aljofaina de su habitación e ido presto, e la María sin lavarse.

E las cuatro, aunque respiraban con cierta dificultad, sonreían e doña Clara, que estaba presente, también. Le había solicitado doña Clara a la reina estar allí porque cuatro ojos ven más que dos y cuatro oídos oyen el doble que dos, por ver si entre las dos llegaban a alguna conclusión de qué era aquello de la luna roja de abril, pues que los sabios del reino no sabían della.

E siguió doña Isabel hablando, e dirigiéndose a la María, que permanecía un tanto retrasada, a la espera de poder hacer un aparte con doña Leonor para preguntarle por Juanico, le demandó:

—¿Qué ha sido de tu vida, María?

—Mala vida he tenido y tengo, alteza —respondió la interpelada balbuceando y acercándose a la soberana—. No mala porque me haya faltado de comer o porque haya pasado miseria, sino porque he estado cautiva en Granada durante siete u ocho años, que hasta la cuenta he perdido, encerrada en una almunia, sirviendo a un ama... Además que, preguntando ayer a la gente del marqués de Cádiz, supe que soy viuda... Lo que ya me temía, pues mi marido que era un gran soldado fue muerto en la toma de Málaga escalando el castillo junto a otro famoso capitán, un dicho Ortega de Prado, a saetazos, Dios los tenga con él, como un valiente, eso sí... E más, hace cuatro jornadas me arrebataron los cristianos que entraron en Granada a poco de abandonar la casa de doña Zoraya, la sultana viuda del rey Muley Hacen, de la que fui cautiva, todo lo que tenía, que no era poco, pues la dama pagó un alto precio por mí, y al concederme la libertad me tornó el dinero, pues me había tomado cariño...

—¡Oh, María, qué historia más triste...! —se lamentó Juana.

—¿Cómo, qué te quitaron?

—Todo, alteza; sólo me dejaron este vestido. Me vaciaron la faltriquera... y hasta me quisieron violentar... No tengo siquiera una blanca para regresar a Ávila...

—Yo te daré lo que necesites —interrumpió doña Leonor.

—Yo no tengo nada —aclaró doña Juana—, pero mi hermana te dará, ya lo has oído.

—¿Quién te quitó, María?

—Unos soldados...

Al cuarto de hora de conversación ninguna de las cuatro hijas de la luna roja se habían dado cuenta de que ya les había desaparecido el ahogo y que hablaban con su voz.

—No te preocupes que me ocuparé dello. Ya tenemos sabido el rey y nos también que, pese a nuestras órdenes, se han cometido desmanes en la ciudad y que se ha desposeído a algunos moros de lo suyo... ¿A la soldana la despojaron también...?

—No sé, alteza, que salía con mi zurrón cargado a la espalda, e me asaltaron unos soldados e me arrebataron el talego e no valió que les gritara que yo era cristiana en buen castellano...

—¡Deben recibir su merecido, cien azotes, por saqueadores...!

—¡No seáis cándida, doña Juana; horca, merecen horca...! —regañó la reina a la marquesa.

—No temas por no haber dineros, que estás conmigo —abundó doña Leonor con María.

—Te devolveremos lo que sea menester —dijo la reina.

—Yo también te doy, dueña, lo que precises —se ofreció doña Clara.

—Muchas gracias, las mis señoras.

—Oye, María, ¿doña Zoraya es mujer placera?

—¡Oh, no, mi señora, es una gran dama...!

—¿Se casó por amor?

—Por un amor como no hay otro...

—Oye, oye, que nos amamos mucho a nuestro marido el rey...

Al oír esa frase de doña Isabel, María recordó cómo, con qué simpleza, con qué conjuro tan magnífico había abierto un corredor entre el gentío que llenaba la casa de don Juan de Vivero para que la entonces todavía princesa pudiera llegar al altar y casarse con el hombre que amaba, pero abandonó la remembranza, pues que estaba en conversación.

—Y yo al mío, a don Andrés...

—¿Se ha maridado la señora Leonor?

—¡Sí, por ventura mía, con don Andrés Gil de Torralba, e Juanico es ya

legalmente mi hijo y de mi esposo, y será marqués si la señora reina lo tiene a bien...!

—¿Conocías tú al pequeño Juan? —preguntó doña Isabel a María.

—Sí, alteza, que lo traté de fiebres...

—Ya es un doncel... Como a mi hijo, el príncipe, el rey y nos le estamos poniendo casa, lo haremos paje suyo...

—¡Favor me hacéis, alteza! —se apresuró a contestar Leonor.

—Vuestro linaje y vos lo merecéis... Nos habéis hecho grande servicio con vigilar el árabe del tratado para la rendición de Granada...

—¡Favor me hacéis, alteza...!

—¡Ea, señoras! ¿En estos años habéis pensado en la luna roja del día en que nacimos?

—No, señora, no —contestaron las marquesas a la vez.

—Yo la he visto, en las soledades de la casa de doña Zoraya... Iba a vigilar un cerezo y...

—¿E qué, a qué conclusión has llegado? —interrumpió la gran dama, y María no pudo hablar del cerezo ni del sabor de sus cerezas, cuando les hubiera gustado a las señoras.

—¿Conclusión...? No creo que sea extraordinaria esa luna...

—¡Tú dijiste que traía felicidades!

—Sí, pero lo dije por decir, por hacerme valer, que cuando lo dije era joven e decía muchas necesidades...

—¿Ayer sintieron sus mercedes el ahogo? —demandó la soberana.

—Sí, alteza.

—¿E se os pasó?

—Sí, rápido además...

—¿Y hoy?

—Nada más entrar, señora.

—A mí me ha pasado ya...

—Y a mí.

—Y a mí, la mi señora...

—A mí también... Dirás, María, lo que dirás, pero el hecho es que las cuatro, al estar juntas, sufrimos una cierta ansia... Ansia que yo no he padecido al tratar con doña Leonor a solas... ¿Y vos marquesa?

—Yo la sufrí ayer y hoy, pero no en ocasiones anteriores...

—¿Lo ves, doña Clara...? Lo del ahogo lo tenemos las cuatro, pero se va presto... Cierto, que el hecho es que existe...

—Afortunadamente, alteza, no trae precedentes ni consecuentes ni nada que lamentar.

—¡Pero yo quisiera saber a qué se debe...! —insistía la reina.

—Hay cosas, hija, que suceden porque sí —comentaba doña Clara, aunque para sus adentros barruntara que ese sofoco que las unía, algo de hechizo debía de tener, y pudiera achacarse a que ninguna de ellas conociera de verdad el amor de una madre, que es como el aire, que da aliento, y nadie que lo conozca lo olvida.

—Tiene razón doña Clara —apuntaba Juana.

—Cuando hay luna y ha llovido aparece roja, señorías —aseveró la María.

—¿Y qué?

—Pues nada, igual que cuando está blanca —terciaba Leonor—. Lo de la luna no es nexo; de otro modo todas las gentes que nacieran en una luna u otra tendrían una relación entre ellas, e no es así...

—Nunca se ha oído que dos criaturas nacidas a la misma hora y día tengan el mismo destino, aunque lo pretendan los nigromantes, en razón de que los astros del cielo, la luna también, están en su lugar, e sin embargo el nacido tendrá tal oficio o tal otro según la familia en que tenga la suerte o a la desgracia de nacer, o el país...

—O según qué religión practiquen sus padres...

—O de qué raza sean...

—No somos todos iguales, por supuesto.

—Entonces ¿qué sucede con esto del ahogo?

—Yo tengo para mí, alteza, que es cosa nuestra, personal, de las cuatro —explicó María—. Que nos azaramos mucho la primera vez que nos vimos e otrosí en las siguientes...

—Podría ser, María...

—Quizá tenga razón María —adujo Juana—, pues nosotras éramos doncellas más bien pacatas...

—Nos subían los colores por cualquier nimiedad.

—Era cosa de la pubertad.

—Es el hecho de vernos...

—Lo de hoy quizá se deba a que a todas se nos va la «enfermedad»...

—Entonces eso de haber nacido en el mismo día, hora y año, bajo una espléndida luna roja ¿no es lo que nos produce el ahogo?

—No, señora, somos nosotras mismas...

—Es algo interno de cada una...

—Durante la «farsa de Ávila», alteza —explicaba María—, sufrimos harto miedo porque no se derroca a un rey y se pone a otro así como así. Luego, como nos habíamos conocido, nos pusimos ya nerviosas y los nervios traen ansia, que bien lo sé... E ya como la reina fue y es reina y las marquesas, marquesas, e yo una pobre mujer del común, sufro el ansia como cosa mía y no me parece disparatado padecerla, ni que se repita en vuestras señorías por lo mismo, porque no en vano juramos las

primeras al rey de Ávila, lo que fue alta traición, salvo que sus mercedes tengan algo que explicar o que aclarar...

—Y sí, sí, tal fue, alta traición.

—Es de la ocasión, como ayer y hoy mismamente.

—Bueno, señoras mías, dejemos estar esto de la luna roja... Nos —decía la reina— hemos consultado con hombres sabios e nos han asegurado que no es privativa del mes de abril, que aparece roja cuando ha llovido y que en primavera puede provocar grandes heladas. Por otra parte, es posible que María haya razón y sea cosa nuestra, pues que éramos muy chicas cuando el triste episodio de la proclamación del rey en Ávila, e nos también nos ruborizábamos por todo.

—Empezamos coloradas de rostro e continuamos del mismo modo... —sentenció Juana.

—Es una buena solución para el problema, alteza —asintió doña Leonor—, que sea negocio de nuestras cabezas.

—Es lo más acertado —cortó Juana—, a más que no trae males ni bienes...

—¡Afortunadamente! —sentenció doña Clara—. A más, que no sé... En el acta de nacimiento de doña Isabel no quedó escrito nada de la luna, aunque sí decía que entraba la luz por la ventana del aposento...

—¡Dejémoslo...! Oye, María, mi hija la infanta Juana cuando señala una cosa con el dedo lo hace con el corazón en vez de con el índice, como es común. ¿A ti qué te parece eso?

—Ya no hago magias, alteza, desde que...

—¡No me lo digas, que no quiero saberlo...! Háblame del dedo de la infanta...

—Lo primero que me viene a las mientes es que la doncella, si tal hace, será porque tiene un gran corazón.

—Un corazón que le rebosa e se sale de su lugar —apostilló Juana.

—En efecto, tiene un gran corazón —declaró la reina y preguntó—: ¿Será feliz?

—Será muy feliz, hasta donde se puede ser feliz en este mundo e, como vos, vivirá enamorada de su esposo e tendrá muchos hijos e muy buenos...

Acabado el encuentro que la reina de Castilla, León, Aragón, etcétera, mantuvo con el resto de las hijas de luna roja de abril de 1451, las otras, camino de su casa, quisieron saber por qué no hacía magias María, e se quedaron pasmadas con lo que les respondió ésta:

—Porque convertí a un hombre en perro, y lo dejé...

Y ya en su casa no se atrevieron a preguntarle nada sobre ese particular ni sobre otro, y eso que le dieron cama en el cuarto de las moras. Tras saludar, una a su marido, otra a su cuñado, cenaron y se fueron a la cama a no dormir por lo que habían oído de labios de María que, necia ella, les había dicho que trocara a un hombre en perro, cuando por mucho menos quemaban brujas en los reinos de don Fernando y

doña Isabel.

Pero al día siguiente, al desayuno, las dos gemelas le demandaron al unísono sin haber cruzado palabra entre ellas:

—¿Puedes resucitar a un muerto?

Ambas lo decían por doña Gracia, que en gloria esté, pues les hubiera gustado tenerla con ellas.

Pero no, no, quiá, que María de Abando bastante tenía con conservar su propia vida.

El rey don Fernando licenció a buena parte de sus tropas dejando una fuerte guarnición en Granada al mando del conde de Tendilla, que era de la casa de Mendoza.

Doña Isabel despidió a fray Hernando de Talavera en razón de que lo propuso para obispo de aquella ciudad y el fraile fuese enhorabuena a derribar la mezquita mayor y en su lugar alzar una catedral, y a tratar de traer a los moros a la fe cristiana.

Doña Juana Téllez de Fonseca regresó la mar de alegre al convento de las Claras de Tordesillas en el carruaje de su abadesa, a rezar, y a malcomer, pues que ni el paso de los años había menguado la cicatería de doña Teresa, que era ya asaz anciana. Sin conocer la historia, el episodio mejor dicho, de un hombre alunado que había tenido la desfachatez de bailarle las manos a su hermana delante de sus nupcias durante varios días, como diciéndole tengo dos manos, dos, y tú una, y que, según Catalina, era nada menos su señor padre, el desaparecido marqués de Alta Iglesia, pues Leonor nada le dijo al respecto, en razón de que bastante le había preocupado a ella e no quiso perturbarla. La religiosa tornó a sus oraciones, a rezar por su señora abuela y por los pecados del mundo, que nunca viene mal.

La marquesa de Alta Iglesia se despidió de su esposo, que partióse en la comitiva del señor rey, y después de decir en voz alta, para que la oyeran las moras y María de Abando, que viajó con ella, que lo suyo no era matrimonio pues su marido apenas estaba con ella, montó en el carruaje de la abuela y se presentó en su casa de Ávila para curarse la jaqueca y estar lejos de aquel don Juan, que le había ofuscado el pensamiento en los últimos tiempos.

Al llegar abrazó a Catalina, ya sin una pizca de reconcomio contra ella, y a Juanico, que ya era mozo, y dejó que María y las moras lo besaran, cierto que el doncel rechazó a la ensalmera en razón de que no la conocía, y cuando su madre le regañó arrugó el semblante.

Así comenzaron la estancia en la mansión. Juan con el morro fruncido y no entendiendo nada de lo que le aseguraba aquella dicha María, que él la acababa de conocer y ella lo quería besar diciéndole que había sido su madre. La madre verdadera, regañándole. La madre putativa, la María, que deseaba ardientemente volver a hacer de madre, lloriqueando. Los preceptores diciéndole a Leonor que su hijo mostraba poco interés por las letras y los números. Las moras haciéndole el equipaje al Juanico, pues que, por deseo de la reina, iba a vivir con el príncipe de Asturias. La Catalina temiendo albergar una bruja en la casa, nada menos que a María de Abando, que había tenido que huir de Ávila perseguida por la Santa Inquisición, como sabido es y, vive Dios, hablando a toda hora del Santo Tribunal que había incoado proceso contra los vecinos, los Torralba, el arcediano y el obispo, dos de los

cuñados de su ama, por descender de judíos conversos, y temiendo por el marido de la señora, porque lo que mal empieza, mal anda y peor acaba.

María de Abando, una vez asumido el desdén que le mostrara Juanico porque no la conocía —qué remedio— fuese a su casa, la limpió, cerró la puerta con llave e, tras llegarse a la tapia de las Gordillas y pisar la hierba que crecía bajo el ladrillo número treinta y tres por ver si alguien había revuelto en su tesoro, tornó a la mansión de la calle de los Caballeros, en razón de que doña Leonor le había insistido en darle casa y posada a cambio de que le aliviara la jaqueca y de los servicios que pudiera hacerle en el futuro. Si tal hizo fue porque a su edad prefería vivir acompañada.



Doña Isabel, aunque los señores tornaban a sus señoríos, permaneció un tiempo en el real de Santa Fe resolviendo ciertos negocios e a la noche hablando con sus damas. E lo que comentaba con doña Clara y la Bobadilla después de cenar:

—Dios mediante, los moros no volverán a las Españas.

—Muchos se van ya a la Berbería; prefieren irse a quedarse, pese a las condiciones excelentes de la rendición...

—¡Vayan con viento fresco, que esta guerra ha costado muchos años, muchas vidas y mucho dinero...! ¡Han permanecido ocho siglos en una tierra que no era suya!

—¿No te he contado nunca a ti, Beatriz, amiga, lo que me ha venido sucediendo con las marquesas de Alta Iglesia y con una dueña, una mujer del pueblo, que es catadora...?

—¿Vos, la mi señora, con agüeros?

—No, ya verás. Es que las cuatro nacimos en el mismo día, a la misma hora y en el mismo año y posiblemente bajo una hermosa luna roja...

—¡Oh, eso es negocio de catar, alteza! —exclamó la Bobadilla.

—Isabel, ¿estás segura que tu señora madre te habló de aquella luna? —preguntó doña Clara.

—Sí, e luego lo dijo la María...

—¿Cómo se llama esa María, alteza?

—María de Abando. Es de Bilbao, pero vive en Ávila donde yo la conocí hace mucho tiempo en la proclamación de mi hermano Alfonso...

—Sé de ella...

—¿Tú?

—Sí, señora... Años ha, me vaticinó que sufriría violencia extrema en un lugar cerrado, la que padecí cuando entró aquel moro en mi tienda en el campamento de...

—comentó doña Beatriz.

—¡Oh!

—¡Par Dios, pues es muy buena catadora esta María! —sentenció doña Clara.

—¿Cómo no me habías dicho nada?

—Su alteza no cree en nigromantes.

—Es cierto, pero el otro día, al estar con ella, le consulté sobre la infanta Juana, sobre eso de señalar las cosas con el dedo corazón, como ya sabes...

—¿Qué dijo?

—Que doña Juana tenía un corazón enorme y se enamoraría hasta el delirio, como yo me enamoré siendo doncella con inmensa fortuna... Recordad, señoras, que mal lo tuve para maridar; hasta los ángeles hubieron de intervenir y me hicieron paso para llegar al altar en la casa de Vivero...

—En vuestra boda, alteza, yo estaba a punto de dar a luz a mi primer hijo —sostuvo doña Beatriz.

—Ahora que la guerra ha terminado, mandaré embajadores al duque Maximiliano porque tiene un hijo, llamado Felipe, que me place... Felipe para Juana y la princesa Margarita, Margot la llaman, para el príncipe Juan.

—¡Albricias, señora! Doña Juana será inmensamente feliz...

—Lo que te estaba contando...

Y habló largo doña Isabel de las hijas de la luna roja y de que la coincidencia de nacimiento no había tenido ninguna consecuencia, salvo que estaban bien juntas platicando de esto o estotro.

Doña Beatriz, ya en la soledad de su aposento, se asombró de la coincidencia y de que se hubieran juntado ya en la proclamación del rey de Ávila y, más, de que hubieran llegado a saber que habían nacido tan a la par. Le causó extrañeza que María, muerta su madre y recogida por una bruja al día siguiente de nacer, conociera la hora exacta de su nacimiento, y otrosí las mancás, pues hubo mucho jaleo en la habitación de su madre, según tenía oído. No obstante, se dijo que nada sucede sin causa, y pensó, dejándose llevar por su imaginación, que tal vez las cuatro estuvieren condenadas a sufrir la misma enfermedad y a morir en la misma fecha, pero guardó silencio de semejantes pensamientos. E hizo bien en no decir nada por no embrollar la cabeza de doña Isabel, que si hablaba de aquellos negocios de la luna roja e de su señora hija, que señalaba, al señalar, con el dedo corazón, era por no hablar de los judíos, que no la dejaban sosegar.

Que no es que hubiere sucedido nada extraordinario con aquella gente ciega perpetua, no. Era que los monarcas habían acabado con el poderío musulmán y estaban decididos a terminar con los hebreos, a expulsarlos incluso de las Españas. A expulsar a los que no se quisieran convertir a la verdadera fe, en virtud de que no había otra fe verdadera, pues estaba más que demostrado que Alá había abandonado a

sus seguidores. No, abandonado no, sencillamente no existía y, al no existir, al no haber un ser, un ente, llamado Alá, que hiciera, propusiera o dispusiera, era vano encomendarse a Él y pedirle y tal y cual contra los trenes de artillería del señor rey, en virtud de lo que no es, y eso poco servicio puede hacer.

En Santa Fe continuaron rey y reina sus pláticas contra los judíos y ordenaron, mediante provisión, que todos fueran predicados de la doctrina cristiana, e que los que se quisieran convertir bienamente permanecieran en sus casas con todo lo que tuvieran, e los que no, se fueran y presto. Les dieron cuatro meses para abandonar los sus reinos, so pena de muerte, e que no tornasen más a ellos, y se fuesen con todo lo suyo, salvo el oro y plata.

Así mandaron predicar por todas las sinagogas. Las autoridades de ciudades, villas y castillos obligaron a ir a los herejes a las plazas a escuchar el Santo Evangelio y los sacerdotes instruyeron a aquellas gentes, a hombres y mujeres, e se quebraron las gargantas tratando de convencerlos de que el Mesías que esperaban había llegado hacía casi mil y quinientos años, mil y cuatrocientos noventa y dos para ser exactos, y que se llamaba Jesucristo, nacido en carne mortal de una virgen que respondía al santo nombre de María. Y les pedían a gritos que hicieran oídos a la verdad, a la verdad que sus padres y sus antepasados, empecinados en su herética depravación, no habían querido escuchar durante siglos, pero los más la ignoraron otra vez, cegados por la descomulgada doctrina del Talmud, y eso que lo único que tenían a su mano era el destierro y la perdición.

E lo que se quejaba doña Isabel a su marido:

—Mi rey y señor, sus rabinos les predicán a la contra...

—¿Qué han de hacer? ¿Qué haríais vos?

—No es lo mismo, señor.

—Lo mismo es... Nosotros llevamos una religión en el corazón y ellos otra, y no sólo eso, sino unas costumbres, un lenguaje, un alfabeto...

—¿Cómo no llega ese Mesías dellos en miles de años para llevarlos a la Tierra Prometida? ¡Cierto que no puede llegar, pues ya vino...!

—Son hombres pacientes... No quieren saber de lo nuestro... ¡Cristo es un error para ellos...!

—¡Son herejes...!

—No se enoje mi reina...

—¡Están ciegos...!

—¡Son judíos...! E fíjese su alteza cuan hondo llevan sus creencias que están malvendiendo lo que tienen e los más se van al África... E trocan una casa por un asno y una viña por dos varas de paño, tan apurados están...

—Se dice que en Fez hay ya cincuenta mil y que muchos han llegado contra viento y marea, desafiando el temporal...

—Esto avala lo que os digo, mi señora.

—No lo entiendo, marido.

—No son cosas de entender... La religión se lleva dentro, muy calada, e se muere por ella... Recordad los miles y cientos de mártires cristianos que murieron bajo el tormento de los romanos...

—Dicen que estas malandanzas se las envía Yavé, cuando Yavé es el nombre hebreo de Dios Padre, el Padre de Nuestro Señor...

—Se van a Portugal o al norte de África, algunos alborozados, como si se fueran a la Tierra Prometida.

—¡Vayan, que en estas tierras bastante mal llevan hecho...! ¡El pueblo grita contra ellos...! Hace años que se levantaron muros en las ciudades para cercar las juderías y hay leyes contras ellos, de antiguo...

—Nos quedaremos sin el tributo de las aljamas... No se han convertido judíos apenas...

—¿El rabino mayor qué dice?

—Se lo está pensando. Le queda tiempo...

—Dígale su alteza que los dos seremos padrinos de su bautizo... Nos vendría bien que consintiera, daría buen ejemplo...

—¡Son gente empecinada!

—¿Santángel, vuestro secretario, qué ha hecho?

—Ha recibido sacramento en Valencia...

—Ha tenido tiento... ¿Hay noticias del papa Alejandro? ¿Se opone a la expulsión?

—No.

—¿Qué os ha parecido que un Borja ocupe la silla de San Pedro? Se dice que sus hijos son ambiciosos...

—Es bueno que un valenciano esté allí...

—¡Su Santidad me ha enviado un retalillo del sayo de Nuestro Señor, es tela de lana basta, que no tenía mejor vestido el Hijo de Dios...!

—¡Llevadlo siempre con vos, os hará bien!

—¡Por supuesto, mi señor, lo mandaré coser con las otras reliquias que llevo con un prendedor en la camisa, vos lo sabéis...! ¡Ea, vamos a descansar que es tarde ya...! Mañana hablaremos del proyecto de Colón, si os place...

—El proyecto lo desecharon los doctores.

—Lo he dado a estudiar a otros... El hombre nos ha pedido doce naos. Si le damos tres y tripulación, para mí que se arregla... Que no es bueno que los portugueses se estén enriqueciendo en solitario en la mar.

—No tenemos un maravedí. La guerra se ha llevado todo...

—Para armar las tres naos deste Colón tengo pensado pedirle a Santángel, vuestro

secretario; además, volveré a empeñar las joyas que dejé en la catedral de Valencia antes de comenzar la ofensiva contra Granada.

—Es mucho dinero, ¡tres naves!

—Él pide doce.

—¡Por pedir...!

—Además, quiere ser almirante...

—¿Almirante de qué? ¡Aquí yo soy el almirante, el maestre de las órdenes militares y el rey...! ¿Me recibiréis en vuestra cámara esta noche...?

—Os espero, mi señor.

—¡Señora, me arrodillo ante vos! —se despidió el rey haciendo una exagerada reverencia.

—¡No bobee el rey Fernando, que estamos solos!



Antes de partir para Barcelona, los soberanos llamaron a Colón a su presencia porque doña Isabel tenía empeño en darle las naves, tres de las doce que había solicitado el milanés o genovés, lo que fuere aquel hombre que vivía de mercadear con libros de estampa en Sevilla, persona de alto ingenio, aunque no sabía muchas letras, y muy astuto en el arte de la cosmografía. Que, habiendo leído a Tolomeo y a otros doctores, sostenía como ellos que la Tierra era redonda, haciendo hincapié en que el mundo, un fundamento de tierra y agua, era andable en derredor, por tierra y por agua:

—Yo, altezas, con doce navíos, podría ir y trasponer por el poniente partiendo derecho por el cabo de San Vicente e volver por Jerusalén y Roma, habiendo pasado por el Catay, la India. Y buscaré una tierra que está llena de oro. ¡Vean sus altezas este mapamundi...!

—Nuestros sabios, los segundos que han estudiado vuestro proyecto, nos han asegurado que decís verdad... De consecuente, os daremos tres naves por el tiempo que habéis pedido, abastecidas de gente y vituallas...

—¡Loado sea Dios, los mis señores...! Lo tengo previsto; saldré de Palos en septiembre e tomaré la vía de las islas de Cabo Verde, e partiendo de allí, ya siempre con el occidente en proa, hallaré la tierra que no han hallado los portugueses, e tornaré con el oro... Yo seré el almirante con la bendición de sus altezas...

E lo que dijo con Fernando sovoz a doña Isabel:

—Dar ese almirantazgo es dar nada... Se lo voy a conceder y que se vaya en nombre de Dios y de Nuestra Señora a descubrir.

—Hace bien vuestra alteza, además, si es menester ya le quitaremos...

Partieron los reyes hacia Barcelona con el príncipe, las infantas y toda la Corte,

siendo recibidos y despedidos con grandes loores por multitudes de gentes a lo largo del camino, que a la reina se le hizo interminable, pues llevaba las piernas perdidas, con las varices que le quedaron de sus partos reventadas, curándoselas doña Clara con agua alcanforada.

A don Fernando le corría prisa llegar a Barcelona para recobrar, de manos de los embajadores del rey don Carlos VIII de Francia el condado de Rosellón, que lo había empeñado su señor padre para que el francés le ayudara en la guerra de las remensas y que ya terminó en la llamada concordia de Guadalupe, a Dios gracias, dejando a todos contentos, pues derogó los malos usos, incluida la adscripción del siervo a la tierra en el principado de Cataluña.

Fue malaventura porque el día de la vigilia de la Concepción de la Virgen, don Fernando, que presidía un juicio en las gradas del palacio de la plaza del Rey, habiendo acabado, bajó las escaleras y esperó, rodeado de muchos caballeros y ciudadanos, a que llegara su mozo de espuelas con la mula para ir a jugar a pelota. E fue que un hombre, sin duda enviado por Satanás, envidioso de los triunfos de aquel rey de naturaleza mortal, le asestó un tajo de espada en la cabeza, pasando por detrás de la oreja y dañándole el pescuezo hasta el hombro. Al sentirse herido el monarca gritó:

—¡Válgame Santa María...! ¡Traición...!

E todo fueron voces en la plaza e carreras e tumulto.

E viendo el rey que sus pajes intentaban matar al homicida, gritó:

—¡No muera ese hombre...!

Que lo quería para sí, que lo reservaba para su justicia, como no podía ser de otro modo. E ya lo entraron, para curar, al palacio; y al asesino frustrado, que estaba herido también —pues lo golpeó malamente la gente del rey—, se lo llevaron a la cárcel para curarlo también.

Los gritos de la multitud llegaron al cielo, pues se creyó muerto al rey:

—¡Francés es el asesino!

—¡Es navarro!

—¡Es castellano!

—¡Es catalán!

Tal aullaba el personal porque de cualquier país puede ser un asesino.

Y el espanto corrió tanto o más que la tristeza, que se asentó en los corazones de presentes y ausentes, hasta que se conoció:

—¡Vivo es el rey...!

Mas para entonces los hombres ya iban en armas, no fuera a ser el atentado una conjuración de mayor calado y los alcaides de las torres eran idos a ocupar sus fortalezas.

De primeras pareció que el traidor era catalán, mal hombre de natura e alunado,

de mal gesto e peor figura, e no extrañó que el diablo se hubiera apoderado de él.

Cuando la reina fue puesta al corriente del mal suceso, de entrada creyó morir, pero salió presto a la busca de su esposo, que ya lo subían sus pajes a los aposentos, e se hizo paso entre las gentes que querían ayudar y ver. Sin una lágrima en los ojos, pero muriéndose por dentro —que es como peor se muere— le tomó la mano e se la tuvo entre las suyas muy apretada. Queriendo morir ella e rogándoselo a Dios, dejó que lo atendieran los médicos para que le salvaran la vida con ayuda del Todopoderoso y, sin perder de vista el lecho del rey, que ya había cerrado los ojos y sufría espasmos a causa de la mucha fiebre, pues que estaba muy herido, permaneció de rodillas durante dos días. De pie, un día más y, sentada, durante otros siete, cabeceando de tanto en tanto, pero siempre atenta a cambiarle el paño de la frente a su marido y a ponerle otro mojado en agua fría. Acompañada del príncipe y las infantas, que le ayudaron en aquel menester y lloraron las lágrimas que ella guardó en su corazón, pues sólo le vino desconsolado llanto cuando su esposo abrió los ojos, ya mejor.

E por atenderlo, por no separarse un instante del lecho del moribundo, tan malherido que estaba, no hizo justicia ella, aunque le hubiera gustado hacerla, pero la llevaron a cabo con su bendición los jurados de la ciudad que dieron al traidor cruel muerte.

Fue llevado aquel diablo por toda la población en un carro, siendo escarnecido por la vecindad de palabra e por los verdugos de hecho, pues en la misma plaza del suceso primeramente le cortaron la mano con que había sostenido el alfanje, luego con tenazas de hierro ardiendo le arrancaron una teta, luego un ojo, la otra mano, la otra teta, las narices e los pies, e le anduvieron en el vientre con hierros ardiendo, e todo, pues le sacaron el corazón por las espaldas... A ver, que no merecía misericordia y, en el mismo carro donde lo habían traído, los verdugos llevaron lo que quedaba de él, un amasijo de huesos sanguinolentos, a la puerta de Aragón, e dejaron que la chiquillería le arrojara piedras, quemara lo que quedaba y esparciera las cenizas al viento, contenta de participar y de que el traidor, un dicho Juan de Cañamares, no fuera catalán.

El rey fue muy bien curado, muy atendido por los médicos, su mujer e hijas, muy visitado por el príncipe, los clérigos, los abades, los señores, los consellers, los jurados y por las gentes de las cofradías gremiales. Recibió cartas de reyes de varios países, de Inglaterra, Francia, de la reina de Hungría que era su hija bastarda; del duque Maximiliano de Austria, del emperador Federico, del papa Alejandro, etcétera.

Tan bien curó que, junto a su esposa, recibió en la primavera de 1493 a Colón, ya vuelto de las Indias, recién descubiertas por él, bendito sea el Señor por tanta ventura, pese a que se llevó a los duques de Medina Sidonia y Cádiz, éste, un preclaro caballero que los cronistas parangonaron al héroe griego Agamenón. Se dolieron los

señores de tan sensible pérdida y hasta vistieron luto por él.

A 23 días de marzo de 1493 don Cristóbal Colón desembarcó en Palos, entre el clamor de la gente que se agolpaba en el puerto para recibir a una nao, dicha la *Santa María*, la capitana de una flotilla de tres que había largado amarras en el mismo lugar y descubierto, tras un viaje de treinta y tres días, azaroso por demás, unas islas situadas en la Mar Océana, a más de mil leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, donde hasta la fecha no había puesto pie cristiano alguno. Pobladas por gentes que no hablaban lenguaje conocido, que andaban desnudas como si allá no tuvieran en honra la honestidad y que, por Dios bendito, se comían unos a otros e se robaban, y que no tenían rey ni reina ni Dios, acaso sólo un dios con minúscula, pues era imposible ponerle nombre, entre otras cosas porque no había modo de entenderse. En el puerto de Palos fue delirio, que bajó por la plancha el almirante Colón, seguido de diez hombres, luego se supo que eran diez indios, tapadas sus vergüenzas con un faldellín, con el pecho al aire, que los hizo ir así para que los viera la población tal como eran: de cabeza redonda, tan ancha de sien a sien como de la frente al colodrillo, de cabellos prietos, de cuerpo mediano, de color blanco más que negro. E los hombres e las mujeres los quisieron tocar y tal les dejó hacer el patrón, que recibía parabienes e pequeños golpes en la espalda y apretones de manos y enhorabuenas. E estaban todos allí, en la dársena, apretados, e en esto una dueña se hizo oír entre la multitud:

—¡Estos hombres tiritan de frío...!

Lo decía la buena mujer por los indios, que temblaban pues soplaba fuerte el poniente, e les dieron mantas de abrigo e cuencos de leche caliente, y el alcaide dio de comer a la tripulación, entre la que había gente de Palos, y a los indios, que se aplicaron al cordero con hambre.

Los mareantes, los descubridores de las islas de las Indias, Dios sea alabado, no paraban de contar y, a poco, la gesta de Colón se comentaba en todas las Españas.

Las comadres, sentadas delante de las puertas de sus casas, hablaban de lo que se oía:

—Los hombres llevan los cabellos luengos como si fueran mujeres.

—Hombres y mujeres van desnudos...

—Como nacieron.

—Sin empacho ni vergüenza.

—Allí no hace frío, al parecer.

—Las que han parido se tapan lo bajo e la boca de la madre con una hoja de árbol...

—Será muy larga y propia para ello; de otro modo...

—Van con los pechos y las posaderas al aire...

—¡Dios nos asista!

—¡Señor Todopoderoso!

—Será menester cristianar a esas gentes para que se tapen, si quieren ser vasallos de nuestros reyes.

E todas convenían, escandalizadas, en que sí, que sí, que los nuevos vasallos se taparan lo que todo buen cristiano tapa.

E los doctores que habían dado carta blanca al viaje del almirante, antes de reunirse con él platicaban:

—La creencia era cierta; felicito a sus mercedes por aprobar el proyecto.

—Salieron las naves de Cabo Verde hacia el occidente y anduvieron treinta y tres días, más de mil leguas...

—Desesperaban, pero quiso Dios que descubrieran una isla...

—¡Un dicho Rodrigo de Triana fue el que gritó tierra...!

—El doce de octubre.

—A la isla le pusieron de nombre San Salvador.

—Encalló la nave en un bajío e bajaron con pregón e bandera y tomaron posesión en nombre de don Fernando y de doña Isabel...

—¡Estuvimos atinados, señores!

—El piloto, don Juan de la Cosa, anda trazando un mapa...

—Lo veremos, señores...

—Llámenlo sus mercedes, que éste no nos hará como don Erasmo de Rotterdam, que no quiso venir por no juntarse con moros y judíos en las calles de Salamanca...

—Felizmente, ya no hay judíos en nuestras calles, señor...

—Lo digo porque fue desaire lo de don Erasmo...

—Los marineros quisieron volver, pero Colón resistió...

—La segunda isla que halló, la llamó Santa María; la tercera, Fernandina, y la cuarta Isabela...

Y así estuvieron mucho tiempo quitándose la palabra de la boca, gozosos de haber atinado a la par que Colón, regodeándose, por otra parte, de la cara que estarían poniendo los doctores que no habían creído en el proyecto del genovés.

Los hombres en las tabernas, entre trago y trago, se hacían lenguas de la gesta del italiano, e muchos ya hablaban del segundo viaje y algunos hasta de enrolarse e ir con él:

—Son tierras de mil hechuras, todas andables...

—De mil naturas, los montes llegan al cielo.

—¿Cómo puede ser eso, zagal?

—¡Es maravilla, te lo digo yo...!

—Yo iré con el almirante, pues hay tierras de mucho provecho...

—Los reyes harán reparto para hacer la población.

—Se dice que hay oro por castigo... Levantas una piedra y allí está...

—Lo peor son las hablas, que los descubridores no se entendieron con los nativos...

—¡Que aprendan ellos el lenguaje de Castilla...!

—Se dice que no tienen armas ni carros ni caballos...

—Llevamos artillería y nos hacemos los amos en dos jornadas...

—Lo mismo que hacíamos conquistando Granada...

—Bombazo va, bombazo viene...

—¡El oro es oro...!

E el prior del convento de La Rábida preguntaba a sus frailes:

—¿Cuántos de vuestras mercedes están dispuestos a embarcar para las Indias a cristianar a esos pobres diablos que no han oído la palabra de Dios?

Y todos, toda la congregación estaba dispuesta a ir en el siguiente viaje de Colón, al igual que muchos otros clérigos reglares y de misa del reino todo.

Sus altezas, los reyes, también hablaban:

—Don Fernando, mi señor, ¿cuántas arrobas de oro ha traído el almirante?

—Creo que arrobas ninguna, algún cestillo, pero dice que hay mucho oro, al parecer, e ha traído especias y simientes de plantas desconocidas, y diez indios de los cuales, alteza, ha dejado ya a cuatro enfermos en Sevilla...

—¿Viene para acá?

—Viene...

—Habrá que bautizar a esa gente, que no es cristiana...

—Que prepare Colón un segundo viaje con más naves...

Y si el asombro cundía en los reinos de don Fernando y doña Isabel, en el resto de la Cristiandad también, e se decía que el rey de Portugal, que había desechado el proyecto colombino, rabiaba, pero lo que dijo el rey a la reina:

—¡Que rabie...!

Llegado don Cristóbal Colón a Barcelona entre aclamaciones, fue recibido en la sala del trono del palacio real por los señores monarcas, que se levantaron para abrazarlo e, dándole un escabel a su lado, observaron a los indios detenidamente, pero sin tocarlos, e doña Isabel enseguida ordenó a sus mayordomos que les dieran ropa para vestirlos. E hablaron con él a la menuda de los avatares, de los sobresaltos, de los miedos y terrores y de la calma chicha que hubo en el viaje, de los fuegos que, de repente, surgían de la mar; de la tripulación descontenta y a punto de rebelarse por el largo recorrido hacia ninguna parte quizá; de aquella mar azul como ninguna otra; de los pobladores que, vive Dios, a más de infieles, eran caníbales; de la flora, de la fauna, de los montes y los ríos, etcétera. E tocaron con sus manos el oro que había traído el almirante en un cofrecillo. E le conservaron el título y aceptaron de corazón darle un porcentaje del monto de los beneficios del descubrimiento, pues lo que capitularon en Santa Fe lo habían confirmado sin convencimiento, como va dicho. E

lo que le dijeron:

—Prepare su merced un segundo viaje, que le daremos más...

Y eso, uno, dos, tres y cuatro viajes hizo Colón a las Indias, trayendo poco oro ciertamente, e lo que lamentaba la reina con su marido:

—Oro viene poco, don Fernando; quizá debiéramos enviar a gente que sepa de minería...

—Para sacar fruto, primero es preciso gastar dineros, alteza.

E sí, sí, tenía razón el señor rey.

—No sé si este Colón es más visionario que otra cosa, pues los que han ido con él dicen que confunde la arena dorada de las playas con el rico metal.

—Hombre de lunas sí es...

Y sí, sí, ciertamente lo era.

En la casa de la calle de los Caballeros de la ciudad de Ávila, las moradoras también se enteraron del viaje del señor Colón y de que éste había descubierto una tierra llena de islas, donde vivía miserablemente una gente de color castaño, caníbal para más señas, que en sus años de existencia no había sido capaz de hallar la rueda, tal útil que es, ni de poner a trabajar a los animales en los campos para su descanso, ni menos de usar el metal, el hierro para las armas, el cobre para los pucheros, el oro y la plata para hacer joyas y moneda, etcétera, un largo etcétera.

E comentaba Catalina, que había sido enterada por las comadres del Mercado Grande:

—El almirante, ese dicho Colón, ha traído diez indios y un cofre de oro tan enorme que a lo menos pesa una arroba y lo ha sacado de una playa...

—Pues habrá mucho oro —sentenció Leonor— porque es harto difícil de encontrar...

—¡Y tanto! —corroboró Wafa, sabiendo lo que decía.

Y dijo Catalina, metiendo la pata, porque suscitó un antiguo querer en el corazón de su ama:

—¡Qué suerte! Arribar una nave, bajar a otear y hallar que la arena es oro...

—¡Y nosotras tanto buscar inútilmente...! —exclamó Marian.

—No he tenido yo esa felicidad —confesó Leonor.

Ante tales palabras, María de Abando, que estaba allí como una más curando las jaquecas de Leonor, entendió, después de muchos años —mejor no decir cuántos pues que todas las mujeres de aquella casa se hacían irremediabilmente viejas— que las marquesas buscaban un tesoro, y lo habían buscado con trabajo además, como descubrió luego. Sin poder reprimir la curiosidad, demandó a Leonor:

—¿Doña Leonor ha buscado algún tesoro?

E la dama, que a aquellas alturas de su vida, o al menos de un tiempo acá, había perdido toda esperanza de encontrar el cofre del rey moro, ya que había fracasado de todas las formas y en todos sus intentos, respondió la verdad palmaria, además que le tenía sobrada confianza a María:

—He pasado la mayor parte de mi vida buscando el cofre de don Tello, cabeza del linaje de Alta Iglesia, María... He revuelto tierra, casas y cosas, y derruido un castillo, sin encontrar rastro...

—Te recuerdo, Leonor, que doña Gracia aseguró que el cofre de Alaejos contenía las treinta monedas de Judas...

—¡Calla, Wafa!

—Verás, María, se conocía la existencia de ese tesoro en mi familia de siglos atrás...

—Yo no tenía noticia, niña, e soy la más antigua de la casa —interrumpió Catalina.

—Yo sí —atajó Marian.

—¡Callad...! El caso es que comenzó Wafa, cuando mi hermana y yo éramos muy chicas, a contarnos cuentos de tesoros e que Marian nos habló del cofre del rey moro...

—¿De qué rey moro?

—Ya lo entenderás, María, escucha —terció Wafa.

—Atiende; mi antepasado don Tello Téllez participó en la batalla de las Navas de Tolosa llevando el pendón del rey Alfonso... ¿Has oído hablar de esa batalla...?

—Sí...

—Bueno, entre los cautivos que le tocaron a don Tello en el reparto, tuvo un rey moro, hombre probo, de honor y de palabra, pero sin un cuarto, quien le prometió que, si lo dejaba volver a su reino, le enviaría un cofre con un tesoro dentro...

—¿Y lo envió...?

—¡Sí!

—¡No lo envió, María, que te lo digo yo! —cortó Catalina.

—¡Silencio, Catalina...! —pedían las moras.

—El caso es que don Tello, aborrecido de las maldades del mundo, devino en lunas e escondió el cofre sin abrirlo siquiera, e no dijo nada de él ni a sus hijos...

—Pero se supo —sostuvo Marian—, porque cualquier cosa se sabe en las familias...

—Lo buscaron muchos antepasados de doña Leonor —informó Wafa.

—Y nosotras...

—Si vuestas mercedes me lo hubieran dicho, yo tal vez hubiera podido ayudar...

—¡Oh, María! ¿Es cierto lo que dices?

—¡Y tanto!

—Pero ¿no has dejado de hacer magias, dueña? —preguntó la cocinera.

—He dejado de hacer lo que pueda dañar a las personas, pero encontrar un tesoro a nadie hace mal...

—¿No pretenderás que me crea que convertiste a un hombre en perro? —continuó la Catalina.

—¡Déjala!

—¿Me ayudarías a encontrar el cofre? —demandó Leonor, ilusionada.

—Sí, señora; así pagaré el hospedaje que me dais...

E, según la guisandera, tras la conversación que antecede volvió la locura a aquella casa.

Quizá no llegara la locura a la mansión, pero la inquietud y la ilusión sí, pues que todas, salvo Catalina, estaban como unas pascuas, y parecían otra vez mozas.

Leonor, ya sin jaquecas, contó a María sus pesquisas. Cómo había leído de fin a principio el Corán, pues que los árabes leen al revés. Cómo había descubierto el lugar donde se hallaba el cofre tras desentrañar un difícilísimo enigma que la llevó a obtener una cifra, resultante de la combinación de cierto número de enseres que halló en otro cofre, ¡otro!, y cómo la combinación de números encerrados en la cifra la había encaminado hacia el este dando cierto número de pasos, es decir, hacia la tapia de las Gordillas, donde rebuscó y cavó varias fosas con las moras.

En este punto de la conversación, o confesión, lo que fuere aquello, María de Abando, que mal atendía a las explicaciones de la marquesa porque bien sabía dónde hallar un tesoro, se sobresaltó, en razón de que ella tenía escondidos allí sus dineros bajo el ladrillo número treinta y tres a partir de la esquina por donde sale el sol, de espaldas a él y hacia Santa Ana. Le dio un vuelco el corazón, temiendo que aquella mujer que había caminado por el lugar como si fuera un zahorí con un péndulo colgado de una cuerdecilla, hubiera encontrado su tesoro, el de ella, el de María, pues no en vano guardaba allí unos muy buenos dineros que le asegurarían la vejez.

E oyó mal o se trabucó y no recordó que doña Leonor nunca había encontrado lo que buscaba... E estaba escuchando a la marquesa que le hablaba de una cifra mágica, mágica por así decirlo, el 1451, que la había llevado hasta la tapia de las monjas y le vino tembladera. No fuera a haberse llevado sus dineros la señora y, pareciéndole poco, haber dicho que aquello no era tesoro y seguido buscando, pero habiéndoselos llevado. Así que respiró hondo cuando la dama le aseguró que, pese a cavar varios hoyos, no había hallado nada en la tapia, bendito sea Dios.

Y en ésas estaban, muy entretenidas, pasando las hojas del Corán y leyendo Wafa, que Leonor no podía ya hacerlo ni con los espejuelos de la abuela. Sumando y restando para llegar varias veces a la conclusión de Leonor, y conviniendo todas en lo que decía María, que el señor Tello, a más de salirse con la suya, lo había hecho muy complicado.

En ésas se presentó la amargura en la mansión, sin avisar, que la buena de Catalina falleció de súbito. Le estaba lavando la cabeza Wafa, ella sentada en una silla e inclinada sobre una aljofaina. Ya le había roto la esclava tres huevos en la cabeza para proceder al lavado, cuando la cocinera bajó el testuz e dio de morros en el agua y no sirvió de nada que la mora le dijera:

—Levanta la cabeza que te vas a ahogar...

De nada valió porque Catalina estaba muerta, Dios le dé buen galardón.

Wafa lanzó el *zagharit* por su boca porque la ocasión bien lo pedía, pues que la guisandera había sido el alma de la casa.

Aquella muerte tan inesperada, pese a que la fallecida era vieja revieja, sumió a las habitadoras en el abatimiento, y ni gana tenían de hablar del tesoro del moro e no hacían otra cosa que llorar.

E, cuando regresó don Andrés, con licencia del rey, a holgar unos días con su esposa a la par que trataba de interceder ante el inquisidor general, fray Tomás de Torquemada, por el pleito que el Santo Tribunal había entablado contra dos de sus hermanos, fue atendido por el clérigo, pero no por su esposa, pues no le alivió siquiera una vez la dama sus necesidades de varón. E claro, volvióse con el señor rey, descontento en cuanto a su mujer y dolido, preguntándose si doña Leonor había dejado de amarle.

Pero no era eso, no. Era que la marquesa, otro tanto que el resto de las hijas de la luna roja, a más de la pena que llevaba en el corazón por el fallecimiento de su buena cocinera, se encontraba en esa fase en que se va la «enfermedad», dejando a las hembras sin apetito de varón. Con la vista cansada, siempre con los anteojos de la abuela a la mano, aquéllos que le diera la dama a Catalina cuando abrió sus baúles y repartió mil regalos entre todas, y que la cocinera nunca heredó. Con dolores de cabeza, pues le volvió la jaqueca, con las carnes del cuerpo que le cambiaban de lugar hasta hacerle desaparecer la cintura, y cada vez más flácidas, sobre todo en el rostro. Con bolsas bajo los ojos y unas arrugas asaz traicioneras, llamadas patas de gallo, en torno a ellos.

Así que la marquesa e María, que se encontraba en la misma situación, se dedicaron a hacer crema de arvejas para tratar de remediar las arrugas de la cara, apartando de su mente el tesoro del rey moro por unos días. María propició la fabricación de afeites por mantener entretenida a la señora, pues le había venido una idea a la cabeza y quería reflexionar, y Leonor, que era mujer exagerada e tanto le daba por buscar como por hacer crema de arvejas, o por clamar por su marido y luego no irse a la cama con él, la secundó de buen grado.

E una mañana María, que ya había meditado suficientemente lo que andaba pensando, después de embadurnar la cara de Leonor con la crema, le preguntó a la dama:

—¿Qué haríais, señora, con el tesoro de don Tello, si lo encontráramos?

—Nada...

—¿Lo daríais a los pobres o a la Iglesia?

—No... Lo que yo tengo es para mi hijo, para Juan... Todo será para él: mis rentas, mis vasallos, mi título...

—¡Oh!

—Un hijo es un hijo, María...

E bien sabía María lo que era un hijo, el suyo. El que tuvo como si lo hubiera traído al mundo durante un año o poco más, amándole a rabiar, el Juanico, ay, ese Juanico, que no se había dejado abrazar por ella. No en vano, mientras anduvo con Mingo y luego cautiva en Granada, penó mucho por no tenerlo a su lado, bajo el cerezo de las frutas amargas, bajo la luna blanca o roja, la que hubiere cada noche. Se

dolió abundante, pues se lo hubiera comido a besos aunque ya fuera doncel, y no pensó jamás en que no le dejaría acercarse ni menos en que la desconocería, lo natural, pues lo dejó muy chico.

Así las cosas, y sabido que Leonor quería el tesoro para su hijo, que era también el hijo de ella, o tal querría que fuera, aunque no es lo mismo ni nunca lo sería, como no tenía a quién dejar lo suyo, y la marquesa se disponía a hacer testamento dejando mandas a las esclavas, a las otras sirvientas de la casa y a ella misma, pues la consideraba una más, y el resto a Juanico, después de reflexionar, María optó por curar de una vez el apetito de Leonor por los tesoros, dado que la dama casi no había hecho otra cosa en su vida que buscar el de don Tello, sin hallarlo; quizá porque no existiera, quizá porque los Téllez no habían sabido encontrarlo. La llevaría a la tapia de las Gordillas para darle el suyo, el que tenía enterrado bajo el ladrillo número treinta y tres de años ha. Por quitarle un peso de encima a su señora. Porque vivía bien en aquella casa, comiendo lo mismo que Leonor, campando a sus anchas y sin sentirse perseguida.

Esperó a que Leonor llamara al notario y dictara testamento, que nunca se sabe, y lo preparó todo diciéndose que no hacía engaño sino caridad e ni a las moras les dijo palabra.

El caso es que un día se llevó un lebrillo de agua a medio llenar a la huerta e cató delante de las moras y la señora, pues siempre estaban juntas las cuatro, como murmuraban dolidas las otras sirvientas, e le dijo a la dama:

—Mañana es buen día para ir a la tapia a desenterrar el tesoro; si no habrá que esperar doce días...

—¡Mañana, María, mañana, que ardo en deseos de encontrarlo...!

—¡Ea, pues, saldremos las cuatro entre gallos...! El problema será la puerta...

—¡Ah, no! Diremos a los guardianes que vamos a llevar presentalla a la ermita del Cristo de la Luz...

—¡Ya lo hicimos nosotras!

—Leonor les dio dineros, además.

La marquesa y sus esclavas anduvieron por la casa lo que quedaba del día, nerviosas y con motivo, pues llegaba el momento tanto tiempo esperado. Antes de meterse en la cama, Leonor se encomendó a las ánimas del Purgatorio para que la despertaran después de primeros gallos, pero no la despertaron, no, que ya estaba despierta, otro tanto que Marian y Wafa. E, tras beber un cuenco de leche con miel y juntárseles María en la cocina, que la dama no se hizo servir en aquella jornada, salieron de la mansión a la negra noche, cada una portando un farol, las esclavas con picos, palas y unos sacos vacíos, alborozadas.

Con motivo, con grande motivo.

E fueron las cuatro, la María con dos cestos, uno conteniendo un gallo y otro un

gato, Jesús, María. Contando pasos, mil cuatrocientos cincuenta y uno pasos. Atravesaron la puerta de la muralla, bajaron al llano, subieron la costana e, llegadas a la tapia de las Gordillas, Leonor fue a tomar el camino de la derecha, pero María dijo que mejor el de la izquierda, pues preguntó:

—¿Por qué camino fueron sus mercedes en ocasiones anteriores?

Y, par Dios, ¡habían ido siempre por la izquierda sin probar por la derecha! Por eso siguieron sin rechistar detrás de María, que acabó de contar sus pasos en el ladrillo número treinta y tres, justamente.

María, dejando sus cestas en la tierra, mandó a las moras que apagarán los faroles, sacó el gallo y luego el gato e, ante la mirada estupefacta de las tres mujeres, les acarició la cabeza a los bichos, que permanecieron quietos. E les ordenó que se retiraran, y eso hicieron las mirantes, temblorosas, creídas de que iban a presenciar una brujería, como, en efecto, así pareció.

La bruja les hizo gesto con las manos para que se fueran más atrás e procedió.

Miró a la noche, hizo un cerco con una piedra en la tierra como de una Vara de diámetro, se colocó en el centro de espaldas a levante, puso a la derecha el gallo, a la izquierda el gato, bajó la cabeza e pronunció unos conjuros, mientras sus mirantes temblaban esperando que se presentaran los demonios; luego dio treinta y tres golpes en el suelo con el pie siniestro, e alzó los brazos albriciada.

E sonriendo triunfante le dijo a Wafa que cavara, e la mora obedeció un rato e le pasó el pico a Marian, e ella también ayudó. Leonor no intervino, pues bastante trabajo tenía con secarse el sudor de la frente y con acallar su corazón. Llevaban horadado un pozo de casi una vara e cuando Marian, la cavadora, tocó algo, algo que sonaba a metal e dio un grito:

—¡El oro...!

E las otras tres se acercaron más, temblando, temblando tanto que la marquesa se apoyó en el hombro de Marian, e Marian en el de Wafa, y ésta en la tapia. Se echó al suelo la María y escarbó en la tierra, e sacó unas monedas en la su mano e las mostró. E Leonor se desmayó, o casi, e la atendieron las moras dándole aire con sus capas, hasta que María, la embaucadora, se levantó, se sacó las sales de la faltriquera y le dio a oler a la dama, que volvió en sí sin dejar de temblar, que no había dejado de temblar desde el día anterior.

La María llenó medio saco de oro, de su oro, se lo echó al hombro e, tras dar libertad al gato y al gallo, dijo de volver cuanto antes a casa. Tal hicieron, regresar dejando las herramientas y el agujero sin tapar, la marquesa tranqueando durante el largo camino.

E, vaya por Dios, Leonor no se mostró contenta ni descontenta con el hallazgo, ni agradeció en aquel momento los servicios de María, pues no habló apenas en siete días, pese a que había empleado casi toda su vida en buscar lo que ya tenía. Cierto

que, pasadas ocho jornadas, abrió la boca por fin:

—Gracias, María.

E intervinieron las moras:

—Estarás contenta, Leonor, has encontrado el tesoro de los Téllez.

—Tus descendientes te lo agradecerán, pues no tendrán que buscar...

—Tu nombre se escribirá en letras de oro en la historia familiar.

—Todo ha sido gracias a María...

—¡Podíamos haberte preguntado antes!

—La abuela y Juana se hubieran alegrado...

—Catalina, pobrecilla, hubiera rabiado...

—¿Le vas decir algo a Juana?

—¡No, no le pude comunicar ni la muerte de la abuela ni la de Catalina...! ¡No quiere saber del mundo!

—¡Qué pena! Se holgaría.

—¡Catalina también se hubiera alegrado, después de todo...!

—¿Tuviste mucho trabajo, María? —demandó Leonor.

—Oh, sí señora; hube de desencantar a dos espíritus que guardaban el oro desde la época de los moros.

—¡Cuánto vale esta María, Leonor! —indicaba Wafa.

—No hubo cofre, pero sí oro, lo que importa, Leonor, hija —se alegraba Marian, e aplaudía con las manos, quedamente, no la fueran a oír las otras criadas.

Y en éstas, María, que reía por lo bajo, pues no había hecho encanto sino pantomima, preguntó:

—¿Ha pensado la señora Leonor que, para que su familia no busque más el tesoro de don Tello, tendrá que decirlo?

—No tengo familiares...

—Fuera de la familia, nadie sabía nada.

—De otro modo se hubieran presentado ladrones en nuestras casas a buscarlo...

—O hubieran querido comprarlas...

—A Juanico ya se lo diremos...

—Debemos dar gracias a Dios por haberlo encontrado... Yo iré a hacer novena a la ermita del Cristo de la Luz, andando otra vez.

—Te recuerdo, Leonor, que te sentó mal caminata tan larga...

—Os acompañaré, señora —se apuntó María.

Pero en esto pensó Leonor:

—¿Cómo vamos a dejar el tesoro sin vigilancia?

—Las criadas ya anduvieron preguntándose qué sucedía e por qué salíamos tan de mañana aquel día...

—Rebuscarán...

—Y, o lo escondemos, o lo verán...

—Que se quede María custodiándolo —ordenó Leonor y añadió—: Habrá que llamar al banquero para venga a recogerlo y lo guarde.

Al alba María quedóse en la cama, y la marquesa y las moras salieron de casa. Así un día, hasta nueve. E fue que, finalizada la novena y ganada por Leonor la indulgencia correspondiente por ir a la ermita del Cristo, a punto de atravesar la puerta del Alcázar, las tres mujeres oyeron barullo, volvieron la cabeza hacia el Mercado Grande e, no observando nada, continuaron andando, con tan mala fortuna, ay, que un carro que salía por la calle de la Cruz con los caballos desbocados atropello a las tres, a las tres. Wafa vivió un poco más, una hora acaso, pero Leonor y Marian se fueron deste mundo sin alentar. Así lo quiso Dios.

—¡Es muy estrecha por aquí la calle!

—¡Las tres habían vuelto la cabeza e miraban hacia el exterior por el barullo que oyeron!

—¡Es que los caballos corrían desbocados, asustados quizá por alguna causa, arrastrando un carro y sin carretero en el pescante!

—¿Dó está el maldito carretero? —gritaron las gentes, para matarlo.

Las mismas que trataban de reducir a los caballos y recular el carro para sacar los cadáveres de las dos mujeres que estaban debajo... Las gentes que auxiliaban a Wafa que se debatía entre la vida y la muerte, aprisionada contra la pared del Alcázar...

E llegó un preste de la Magdalena, dijeron, e empezó con Wafa a administrarle los Santos Óleos, muy en su tarea, valiente además, pues los animales todavía coceaban a una vara de él, hasta que le dijeron:

—¿Qué hace su reverencia, no ve que es una mora...?

Y, par Dios, que largóse el hombre avergonzado.

E llegaron gentes y más gentes a ayudar contra los caballos que, como no había modo ni manera de reducirlos, acabaron muertos a saetazos, sobre los cuerpos de Leonor y Marian que, destrozados, estaban debajo de ellos.

María de Abando, como no regresaba la señora, mandó a una criadica a la ermita del Cristo de la Luz por ver qué sucedía con ella y con las moras y cómo tardaban tanto. E fue que la moza no pudo pasar por la puerta del Alcázar porque había tres mujeres muertas en el pavimento, tal escuchó. E, saliendo por la de Grajal, llegóse a la iglesuela e no las encontró. Por eso volvió:

—No estaban; habrán entrado en la Catedral —le dijo a María, y le contó que había tres mujeres muertas en la puerta del Alcázar.

A María le vino un vahído, como si se abriera la tierra bajo sus pies.

Varias horas estuvieron las muertas allí, las gentes comentando el accidente, preguntándose quiénes serían, diciendo que eran moras, llamando al imán, hasta que llegó la de Abando, que las reconoció e se las llevó para llamar al obispo y al imán —

que echó las bendiciones a las moras de mala gana, pues que adujo que las muertas no frecuentaban la mezquita—, y darles cristiana y musulmana sepultura, respectivamente, pues se encargó ella de todo hasta que llegaron el marido y el hijo de Leonor.

Dios, el que sea, acoja a aquellas tres mujeres de bien. A doña Leonor Téllez de Fonseca, que fue sepultada en la capilla de su abuela, en una tumba de bulto muy bellamente esculpida, en la que sólo era menester grabar su nombre, la que doña Gracia había destinado a su segundo marido, el afamado *condottiere* don Beppo de Arannola, que nunca descansó donde debiera, quizá porque ya se puede dejar por escrito tal que cual, que no todo se cumple.



El día en que falleció su hermana —la cabeza aplastada bajo la rueda de un carro, el cuerpo coceado y pataleado por cuatro caballos, hasta quedar irreconocible—, doña Juana Téllez de Fonseca, abadesa del monasterio de Santa Clara, de Tordesillas, se levantó a maitines con mal cuerpo, con enormes dolores, con moretones por el cuerpo, e se asustó naturalmente. No por ella, que soportaba con agrado los males que le enviaba el Señor: los sabañones, los reumas, las picaduras de los muchos mosquitos que nacían en el río, sino porque algo, algo que no se atrevía a nombrar, sucedía a lo que más quería en esta tierra, a su hermana gemela y a sus esclavas moras, o a una dellas o a dos. Arreciándole los dolores en los rezos de nona y el corazón andándole a trompicones, como era priora, envió al mandadero del convento a su casa de Ávila para que fuera a ver si, Dios no lo permita, alguna cosa ocurría a sus seres queridos. Y quedóse rezando, ayunando, pues no probó bocado en seis jornadas, las que tardaron en írsele los morados, las que empleó el recadero en ir y tornar. En tornar, ay, con malas noticias que le partieron el corazón, pues ella, que todo lo recibía bien, en aquella ocasión, al ser enterada por la hermana portera de las desgracias, gritó al propio Dios:

—¿Por qué, Dios, por qué? ¿Por qué ella y no yo?

E sus monjas, pese a que no supieron responderle, la atendieron con amor fraterno, se sumaron a su dolor y, a poco, se quedaron pasmadas porque a su maternidad, a sor Juana, le habían salido unas manchas en los pies, en el costado y en la mano derecha, la única que tenía. Aunque la interesada nunca llegó a saber cómo lo supieron, pues guardó absoluto silencio de aquellas manchas, las habitadoras del convento comenzaron a llamarlas estigmas, y llagas de Cristo los villanos de Tordesillas.



Don Andrés Gil Torralba trató bien a María y hasta le agradeció, cuando recompuso un poco su ánimo pues sintió el fallecimiento de su esposa en lo más hondo de su corazón, que se hubiera ocupado de los cadáveres de su mujer y las dos moras. De que hubiera llamado al obispo y al imán. De que hubiera mandado rezar responsos por la marquesa mientras él llegaba y que lo hubiera esperado para el funeral. Es más, le preguntó qué quería hacer en el futuro, dándole casa y el cargo de mayordoma, sabedor de que doña Leonor la apreciaba. Pero, constatando María que el joven marqués, el Juanico, no la quería, pese a que lo había llevado en brazos por las calles de Ávila cuando era infante, presentándolo como hijo suyo y llevándolo a bautizar, optó por vender su casa, llenar sus talegos y volverse a Bilbao.

Y tal hizo sin pensarlo más, pues tenía gana de ver la ría y el mar.

Enterada doña Isabel, la reina, de la trágica muerte de doña Leonor Téllez de Fonseca, marquesa de Alta Iglesia y primera de las hijas de la luna roja de abril que se iba deste mundo, el Señor le dé vida eterna, pidió paño para bordar. E sus damas se lo dieron pues fallecida unos meses atrás su buena madrina, doña Clara Alvarnárez, qué en gloria esté —de muerte natural por su mucha edad—, ninguna de sus camareras vio mal que bordara, en razón de que ellas llevaban haciéndolo toda la vida, e le entregaron un retal de organza, bastidor, aguja e hilo de varios colores.

No es que su alteza abandonara la política por el bordado y se desentendiera de su marido, hijos y vasallos. O que dejara de holgarse al leer el *Amadís de Gaula*, o cuando Antonio de Nebrija le presentó y dedicó el *Arte de la lengua castellana*, o cuando el duque Maximiliano de Habsburgo fue elegido emperador, o cuando el papa Alejandro le otorgó derecho exclusivo para evangelizar las Indias, no, ni mucho menos, pues tuvo placer con todo. Además, le pareció de perlas que Boabdil dejara su señorío de las Alpujarras e se fuera al Magreb con sus mujeres, la soldana Aixa entre ellas, con todo lo que tenía, oro y plata incluidos, porque a enemigo que huye, puente de plata; y hasta su nuevo confesor, un dicho fray Francisco Jiménez de Cisneros, hombre humilde, le complugo.

Fue que, en pocos años, no pudo contar los muertos de su entorno ni con diez manos que hubiere tenido, su señora madre incluida. Luego estaba lo de las varices, que se le llagaban y sangraban continuamente e le costaba moverse e levantarse de las sillas y de la cama. No obstante, animó a su regio marido a intervenir en Italia para detener la ofensiva militar que el rey de Francia había emprendido contra el ducado de Milán, alegando derechos dinásticos. También los pactos castellano-portugueses de Tordesillas de 1494 los vivió muy de cerca, tanto que ella misma tomó el cálamo para escribir a los embajadores y a la abadesa de las Clarisas de aquella villa, a la sazón doña Juana Téllez de Fonseca:

A su maternidad doña Juana Téllez, abadesa de las Damas Pobres de Santa Clara de Asís, de Tordesillas, salud y ventura:

Ese don Duarte, el portugués, decís en la vuestra que se retrasa porque anda en Alaejos hablando con la población por estudiar qué técnica siguió vuestra abuela para derribar de un solo cañonazo el castillo de esa villa. No sé, señora mía, no entiendo qué queréis decirme, ¿cómo no me enteré de que se había derribado una fortaleza en los mis reinos? ¿Acaso se guardó secreto? ¿Buscaba algo vuestra abuela en aquel lugar o fue vuestra hermana?

El problema, en vuestra anterior, radicaba en que los lusos, siempre tan suyos, no querían trazar el meridiano a cien millas al oeste de las islas Azores, sino más lejos, e que la milla portuguesa es más larga que la castellana. Decidme todo lo que haya sin rodeos, con claridad.

A la muy alta y poderosa reina, doña Isabel, salud y amor de Dios:

A mí, alteza, el que don Duarte Pacheco se retrase e no venga a firmar, me incomoda a la que más, pues que mi convento parece un gallinero. Hablo en lenguaje vulgar, porque vuestra alteza me ha pedido

que no ande con circunloquios e que os lo diga claro... Entran y salen gentes de los cortejos de los embajadores como si esta casa no fuera de clausura, y el caso es que tengo a mis monjas revueltas, que en este convento, en el que hasta hace pocos meses no era menester hacer reforma de costumbres, presto va a ser necesaria... E os lo digo palmario, señora; el otro día la hermana clavera encontró a una novicia en la sala de baños llevándole lienzos a uno de vuestros mandaderos, y eso fue mal ejemplo e se comentó en cien leguas a la redonda... E, de tiempo ha, mis religiosas faltan al rezo de vísperas.

Por otra parte, alteza, los portugueses, después de aceptar cien leguas al oeste de las islas Azores, ahora, quieren más, ciento cincuenta... Ese don Duarte es geógrafo y estrellero, no sé, pero los otros no son hombres de honor... Los embajadores me hablan y me hablan desto del meridiano. He intentado entenderlo, señora, pero eso de que es una línea imaginaria que baja por el mar de polo a polo, no llego a comprenderlo, aunque existir debe de existir, pues tengo la bula de Su Santidad guardada en una arquilla y habla de lo mismo, y vuestra alteza también lo tiene por seguro. Quizá sea mi culpa, que soy como Santo Tomás Apóstol y he de ver para creer, Dios me perdone.

El caso es, señora, que no veo yo que haya que regatear tanto por dar una parte más de mar, que no es dar tierra, sino mar.

Ved de arreglar esto presto, señora.

Juana Téllez. Abadesa de las Damas pobres de Santa Clara de Asís, de Tordesillas. Besa vuestros pies.

P.D. Don Duarte ha enviado un correo diciendo que vendrá tan pronto le sea posible y que la raya de demarcación debe situarse a trescientas setenta millas al oeste de las islas de Cabo Verde, es decir, alteza, que todavía quieren mucho más. Me aseguran los lusos que me van a enseñar un mapa y que la raya que pretenden es la del cabo de las Tormentas, que yo, señora, no sé dónde está. Don García de Carvajal, vuestro embajador, me dice que asustará a los lusos con que iremos a la guerra por tierra y por mar, pero ¡líbrenos Dios de más guerra, alteza...!

Vos me diréis.

Doña Juana:

Firmado el Tratado, a Dios gracias, os ordeno que me expliquéis qué fue aquello del derribo del castillo de Alaejos. ¿Acaso vuestra señora abuela aprendió los fundamentos del arte de la artillería de su afamado marido el *condottiere* don Beppo de Arannola? ¿Qué buscaba la dama? ¿O fue doña Leonor? ¿Vos os enterasteis? Nos no, no lo supimos, y me extraña pues que siempre hemos conocido lo que ha sucedido en nuestros reinos en menos de cuarenta y ocho horas.

A la reina de Castilla, etcétera.

Mi hermana y yo buscamos un tesoro, el de don Tello Téllez, cabeza del linaje de Alta Iglesia. El que le dio un rey moro cautivo de las Navas de Tolosa a cambio de su libertad. Lo buscamos con el ardor propio de la juventud, pero no lo encontramos. Otros antepasados nuestros tampoco dieron con él, y eso que levantaron casas creyendo en su existencia... Yo abandoné antes que doña Leonor y entré en religión, de lo que no me arrepiento, pues espero continuar sirviendo al Todopoderoso hasta el fin de mis días, pero mi señora hermana siguió con la pesquisa hasta derribar el castillo... No tuve que ver en ello, aunque, alteza, os confieso que, de estar en el mundo, hubiera estado al lado de mi hermana disparando el cañón, pues es hartito excitante buscar tesoros.

A la abadesa de Santa Clara, de Tordesillas.

¿Doña Leonor no encontró nada? Entonces, ¿cómo se dice que don Juan Téllez, vuestro sobrino, tenía un cofre lleno de oro de al menos una arroba de peso cuando falleció vuestra hermana?

A la reina de Castilla, etcétera.

Nuestro no es. Ese cofre no es el de don Tello. Lo tendrá mi sobrino de su padre, de don Andrés Gil de Torralba. Sin duda sabrá su alteza que venía de familia de judíos conversos, muy acaudalada...

Os ruego, alteza, que, ya que el muchacho carece de madre, de mi buena hermana doña Leonor, veáis de maridarlo bien, acorde con su rango, e que le sugiráis a su padre alguna joven de linaje...

A Dios, señora, beso vuestras manos.

Juana Téllez. Abadesa de Santa Clara, etcétera.

—Beatriz, leyendo lo que me escribe doña Juana, tengo por seguro que las Téllez no hallaron el tesoro de aquel don Tello...

—Además, está doña Juana fuera del mundo... No sabe que el joven Juan se ha casado muy bien merced a vuestros oficios... Por otra parte, hay leyendas de tesoros por doquiera...

—Una Medina Sidonia es buen partido...

—Se dice que doña Juana es «santa», que cuando reza levita, alzándose del suelo. Otras no tenemos esa facultad...

—Suerte tiene, pues se acerca más a Dios, pero no quiero entrar en ello, Beatriz.

—Doña Juana se portó muy bien con el reino. ¿No me dijisteis que dio de comer a los embajadores y a sus séquitos durante meses?

—¡Oh, sí! No le dolió sacar dineros de sus arcas...

—¿Qué hay de esa liga contra los turcos, alteza?

—Don Fernando está por ella... Parece que nos vamos a juntar el papa, el emperador, Venecia, Milán y nosotros... Nuestras fuerzas serán mandadas por don Gonzalo Fernández de Córdoba...

—Es un gran capitán.

—Ya se distinguió en la guerra de Granada siendo mozo.

—Lo que pretende, eso de reducir el peso de las armaduras, es bueno...

—Y tanto. ¿Dónde se ha visto que a un guerrero lo hayan de subir a su caballo con un cabestrante para que, al ser derribado, se encuentre inexorablemente bajo la espada de su enemigo, porque no se pueda mover ni levantar ni menos defender?

—Llegará lejos este hombre...

—Don Fernando le tiene mucho aprecio... Él anda con las guerras de Italia y yo con las bodas...

—Nos holgarán a todos las bodas de los príncipes...

—¡Ea, sí!



María de Abando hizo el camino entre Ávila y Bilbao sin prisa. Deteniéndose en una venta, en una población durante unos días, en un albero o en un prado. O, sencillamente, en un ribazo para contemplar el sol, la luna, las estrellas o el correr de las nubes, todas las noches contando los dineros de la manda que le dejó la señora marquesa, que no había sido cicatera. Los que le había entregado don Andrés que, como otrora, los llevaba sujetos en un cinturón que se abrochaba encima del refajo y bajo la saya, llevando unas blancas sueltas en la faltriquera para abonar lo menudo. E iba feliz y contenta, pues la tierra propia llama a todo el mundo, y el que puede

vuelve, y ella no era una excepción.

E ya recreaba en su mente el Nervión, las riberas, los montecillos, el embarcadero, la puente, el caserío de Bilbao, etcétera. E recordaba a sus madres pensando en instalarse en la casa que fuera de Martina de Inaxio que, aunque no fue su madre principal, pues la principal fue María de Abando, la vieja, no tenía tumbas en derredor. No fueran sus dos madres putativas o su verdadera madre, la pobre María la Malona, a recriminarle alguna cosa. Tal como que no les había llevado una flor en treinta años, o que había hecho mal cuando hizo tal o cual, y sobre todo que había trocado a un hombre en perro, aunque no tuvo voluntad de hacerlo sino de enviarlo lejos, como es dicho, en razón de que se sintió amenazada y hubo de actuar en defensa propia, lo cual no está reñido ni con las leyes de Dios ni con las de los hombres.

E se acercaba a un nogal a coger del suelo una nuez e saludaba a los perros y a las aves, que le hacían el camino grato con sus gorjeos. Y, sí, sí, muy feliz anduvo María entre las verdes campos vascongadas, e más dichosa entró en la villa de Bilbao e por las siete calles y hasta se entró en una taberna a echar un trago y a comer una buena merluza aderezada con mucho perejil y ajo. E más, cuando entró en el arrabal de Ibeni, le botó apresurado el corazón al contemplar la iglesia de Santa María de Abando.

Sin detenerse a respirar, y eso que la noche empezaba a señorear aquellos lugares, echó a correr, como cuando era moza, que había corrido hartos por allí e, sin resuello, llegó a la casa de María de Abando, cogió unas florecillas e las colocó en las tumbas de sus tres madres, prometiéndoles volver de día, e fuese sin disminuir el paso a casa de Martina de Inaxio para caer en la puerta. Pues que le vino a la cabeza como un apretujén, como si la sangre se le agolpara de tanto esfuerzo e cayó de bruces, no por darse con una piedra, no, que hubiere sido peor, sino para tenderse en la hierba e conseguir detener los latidos de su corazón. Y haciendo un esfuerzo más, llegarse al regato a beber agua y sacar la manta de su zurrón para dormir a la intemperie, pues que no se atrevió a entrar en el caserío, no fuera a estar ocupado por los espíritus.

Lo hizo al día siguiente, empujó la puerta y ésta cedió, y entró para encontrarse con lo mismo que ella había dejado cuando se marchó a Castilla, eso sí, todo lleno de polvo. E, poco a poco, instalóse, muy poco a poco, pues que de la carrera que llevó —impropia de una mujer que había pasado con creces los cuarenta años— le quedó resentido el corazón, tal se dijo, e se lo tomó con calma, e limpió. Hoy el dormitorio, mañana la chimenea, pasado el zaguán, al otro el corral. E, terminadas sus tareas, salía al poyete que había en la puerta e tomaba el sol, escuchaba los trinos de los pájaros y miraba las estrellas y la luna, y olía el aroma de las flores y recibía en su rostro la brisa del mar.

E sí, sí, muy feliz era.

Doña Isabel, olvidando el negocio del tesoro de los Téllez, pues que tal vez hubiera puesto pleito al joven Téllez por cobrar la parte de los tesoros encontrados que corresponde al rey —ya que sus arcas se habían resentido enormemente porque no recibía los tributos de las aljamas de judíos del reino—, se mostró alegre, aunque penas llevara en su corazón, porque se le iban muriendo sus seres queridos.

Más se alegró cuando el papa Alejandro nombró a su marido y a ella «reyes católicos», tratando de compensar que había titulado al monarca francés «rey cristianísimo». Se mostró albriciada porque no era título cualquiera, no era príncipe clarísimo ni serenísimo ni excelente ni alteza, ni señoría: era un título como no había otro en el mundo cristiano.

Por eso participó alegremente en los preparativos de las bodas de don Juan y doña Juana con doña Margarita y don Felipe, hijos del emperador Maximiliano de Alemania, recién elegido para el cargo. E, como ella estaba enamorada todavía de su señor esposo, a pesar de llevar veintisiete años casada, no quiso dejar viuda para siempre a su hija Isabel y entabló negociaciones para maridarla con el rey don Manuel de Portugal, pese a que hubo de porfiar con ella, pues era terca e quería entrar en religión.

E ella misma acompañó a la infanta Juana para despedirla, pues que yéndose tan lejos, a Gante, ciudad de Flandes, quizá no la viera más. Amén de que, dolida como estaba de los dolores propios de la carne, pues que había cumplido cuarenta y cinco años, pensaba ya en construirse sepultura. Así que no necesitó encontrar terapia en el bordado por un tiempo; luego sí, que presto le llegaron otras desgracias.

Fue muy hermoso observar el candor de la infanta doña Juana que, como si fuera una niña, lo primero que hizo cuando el carruaje avistó el mar desde lo alto de la montaña, fue señalar con el dedo corazón la flotilla que había de llevarla a Flandes, la misma que traería a doña Margarita para casar con don Juan. E le dijo:

—No señales, hija.

Lo mismo que cuando era niña, que a los hijos siempre hay que estar diciéndoles.

E pensaba para sí cuánto había corrido el tiempo e que ya poco haría ella en este mundo, pues las guerras de Italia estaban bien en manos de su regio esposo como negocio aragonés que eran. Después de las bodas, nada extraordinario tendría que hacer, e no lo veía mal, pues se dedicaría a poner orden en las casas que tenía por todo el reino. A ordenar libros, tapices, documentos, cuadros, telas buenas, etcétera, para hacer inventario y entregarlo a sus albaceas testamentarios, pues también llevaba en la cabeza dictar sus últimas voluntades.

Algunos dijeron, pues agoreros hay por doquiera, que el temporal que azotó durante días el Cantábrico, no permitiendo echarse a la mar a los navíos castellanos,

había sido aviso de que la desdicha aguardaba a doña Juana, ya que don Felipe, archiduque de Borgoña, su marido, anduvo enseguida con mujeres placeras, cuando ella bebía los vientos por él, pero no a la manera de las damas, sino, extraña cosa, como persona débil, y a saber si tenida del demonio, porque no sosegaba e lloraba todo el día, como alunada.

Las bodas del único hijo varón de los reyes, de don Juan, príncipe de Asturias, se celebraron con el mismo fasto o más que las de la infanta Isabel años antes en Sevilla. Doña Margot vino a España en el mes de marzo de 1497, tras demorarse la expedición a causa de tormentas y temporales, e fue desposada en Burgos, el 19, Domingo de Ramos. E todo era placer entre los nuevos esposos como recién casados que eran.

Es más, los príncipes no habían abandonado sus aposentos en Burgos y tampoco salieron de los que ocuparon en Salamanca, que allí mismo se hacían rezar la misa. Y como don Juan —mozo gallardo, un poco canijo sí, pero vivo en el decir y posiblemente vivo también en hacer la guerra de haber tenido oportunidad, dispuesto a marchar a Italia con don Gonzalo Fernández de Córdoba, y muy vivo, en exceso vivo, para realizar el acto carnal— despedía a sus mayordomos, criados y amigos, y tornaba con su esposa al lecho, sus antiguos preceptores convinieron entre ellos en ir, unos a don Fernando, otros a doña Isabel, a contarle lo que sucedía, que el mozo no quería comer ni beber e que con tanto contentamiento habría de enfermar malamente.

Los que fueron a don Fernando, se oyeron de labios del monarca:

—¡No ha estado en un burdel, no ha conocido mujer, y ahora no sabe reprimir el placer...! ¡Lo ha criado su madre con su beatería, y con vuestras mercedes, todos clérigos y santurrones...! No obstante, esperaremos y dejaremos pasar el tiempo, que lo cura todo.

Se dijo que los ayos del príncipe oyeron tales palabras de boca del monarca, pero no se pudo comprobar y ningún cronista las recogió, y eso que estaban siempre detrás de los señores con el recado de escribir en el regazo.

Sin embargo, sí se conoció lo que dijo la reina al ser informada de aquel negocio:

—Tengo oído, señores, que el acto vitaliza al varón...

Y, vaya, que aquellos varones se pusieron rojos como la grana e no supieron responder, en razón de que eran clérigos y muy buenos observantes de la religión, pues doña Isabel había elegido los mejores maestros para su señor hijo.

E volvió la reina la cabeza a don Gonzalo Chacón para que le contestara él, que dijo:

—Vitaliza espaciadamente, pero tanto puede resultar pernicioso para la salud, alteza.

E en aquel punto de la conversación su alteza demandó:

—¿Doña Margot se queja? ¿Cumple como buena esposa? ¿Se le ha oído quejarse

con las damas que trajo con ella?

—Hablan entre ellas flamenco, señora, lengua incomprensible por demás.

—¿Quién conoce en el reino el flamenco?

—Rojas, el embajador, platicaba allí en francés. Toda la correspondencia y las capitulaciones de los matrimonios de vuestros señores hijos fueron redactadas en este idioma.

—Si doña Margot se quejara, lo sabríamos ya... Nos, señores, nada podemos hacer, son cosas entre marido y mujer... De consecuente, no vamos a intervenir mientras la princesa no nos pida ayuda... Tengo para nos que exageráis, pero lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre... No obstante, consultaré con don Fernando y con don Francisco Jiménez de Cisneros, el arzobispo de Toledo, mi confesor, a quien aprecio...

E escribió a su señor hijo ella misma, sin observar el protocolo al completo:

Al muy alto y excelente príncipe de Castilla, etcétera, nuestro amado hijo:

Juan, mi ángel, si no quieres comer manjar como te mandan los médicos, bebe al menos zumos de frutas muchas veces al día para que no te caiga el apetito... ¡No te ayudes mal, que peno por ti...!

E firmó: «tu madre», sencillamente.

En las Españas, nobles y plebeyos hablaron hasta la saturación de la ansiedad que mostraba el príncipe en el lecho conyugal. Los hombres decían que tal vez quisiera ser el mejor del reino en el arte de la cópula. Las mujeres, las más, no supieron qué decir, sencillamente se dolieron por doña Margot, pero las que sabían de eso propagaron por los mercados y calles que mejor fuera atemperar la inclinación del joven hasta con ciertos venenos.



En ésas estaba la reina en Alcántara entregando a su hija Isabel al rey don Manuel de Portugal para que maridaran. E no es que no quisiere llegar cuanto antes a Salamanca para atender a su señor hijo, no; es que estaba en las bodas de su hija, y había de estar presente en las ceremonias y festejos, con buena cara además, eso sí, ni por un momento creyendo que la vida de don Juan pudiese correr el menor peligro, pues aunque no era cuestión de echar a los vientos, don Fernando también había sido ardoroso en la cama.

E fue que un día se holgó, pues don Gonzalo Chacón, habiendo ido a una taberna a beber un vaso de vino —ay, cómo se notaba la falta de doña Clara— oyó hablar a dos navegantes portugueses que iban en el cortejo real. Habían surcado los siete mares e, vive Dios, ambos, un tantico achispados, discutían nada menos que de la

luna roja. Y, naturalmente, se lo contó a la reina al día siguiente, sabedor de que le interesaría el tema y, en efecto, le interesó. Y le dijo:

—Alteza, uno de los mareantes aseguraba que la luna toma el color del sol, tanto en el orto como en el ocaso, lo mismo dando los buenos días o las buenas noches.

—María de Abando dijo que trae felicidades la primera vez que nos juntamos las hijas de la luna roja. La segunda vez sostuvo que nada quería significar, que la primera lo dijo por decir...

—El primer navegante aducía que, pese a los buenos días o las buenas noches, todo se puede trocar en pocas horas, en virtud de que el viento puede traer nubes, según la fuerza que lleve en un momento...

—Eso lo sabe el campesino, el ciudadano, el rey y el clérigo...

—El otro, el segundo, estaba más versado y sostenía que el cambio de color que se observa tanto en el sol como en la luna durante una jornada, se debe a que en el orto y en el ocaso los rayos del sol, reflejados en la luna, atraviesan más atmósfera pues, al salir u al ocultarse, están tangenciales a la Tierra...

—Esto me parece sesudo, don Gonzalo, continúa.

—La atmósfera, esa capa invisible, que rodea la Tierra, tiene el mismo grosor toda ella...

—¿Te refieres al aire que respiramos?

—Al aire, al aire que respiramos, no, pues que unas veces es más denso que otras, cuando hay humo o polvo, por ejemplo... Hablo de la gran capa de gases que rodea al planeta, entre los cuales se encuentra el aire que respiramos, el cercano a la Tierra.

—Sí. Lo entiendo, lo entiendo...

—Y eso, que la Luna y el Sol salen por el mismo punto cardinal, pues la Luna sigue al Sol. El Sol en su correr diario en torno a la Tierra, amanece rojo, se torna más amarillo, e vuelve a ser rojo cuando se pone, e la Luna otro tanto: sale roja, se torna azul plata e al ocultarse por el horizonte es roja otra vez, porque los rayos del Sol al alba iluminan tangencialmente la Tierra, como os he dicho, tendiendo durante la mañana a la perpendicular, a un punto llamado cénit, que alcanzan al mediodía, para abandonarlo y volver a la tangente al atardecer...

—¿Y entonces atraviesan más atmósfera?

—Eso entendí, alteza.

—Es muy interesante, padrino. ¿Podría hablar yo con el mareante?

—¡Oh, no, doña Isabel, hija mía! Creerán los portugueses que queremos conocer sus secretos del mar y los astros...

—Bueno, pues entérate tú de lo que puedas... Que me interesa, aunque lo que me has dicho coincide en que no es nada extraordinario. Es más, en que sucede a diario, siempre que no haya nubes y se vea la Luna en el horizonte...

E más noticias le hubiera podido llevar el mayordomo a la reina, pues iba todas

las noches a la taberna y ya había entrado en hablas con los dos portugueses que habían recorrido los siete mares. Pero en Alcántara se recibían más y más cartas de fray Diego de Deza, uno de los preceptores del príncipe, muy poco halagüeñas:

Han venido a su alteza algunas congojas [...] Venga acá la señora reina que será buen remedio para la salud del Príncipe [...] El mayor trabajo del mundo es ver tan caído el apetito de don Juan... Continúa yaciendo con su esposa como en un frenesí...

E así fue que el príncipe Juan falleció en la ciudad de Salamanca, el 4 de octubre, en el hervor del placer. En presencia de su señor padre, de su mujer, y de otra mucha gente que lo quería. Llorando todos. Doña Isabel, la única que faltaba, pues estaba en Alcántara entregando a su hija la infanta Isabel a don Manuel, el rey de Portugal, como es dicho.

Cierto que, enterada del desdichado suceso, picó espuelas y se presentó en Salamanca, tras reventar varios caballos, en una cabalgada que resultó de libro, propia de don Amadís. Se comentó que escuchó la desdichada noticia de pie, que se tambaleó, que la sostuvo su padrino por un lado, y por otro doña Beatriz, que pidió un vaso de orujo, ella que no bebía nunca, y que salió disparada, sin despedirse de sus hijos los señores reyes de Portugal, creída de que su señor hijo habría sufrido ataque de apoplejía pero que muerto no estaba —lo que quería creer, e no preguntaba a sus camareras—, o rezaba para que resucitara, pidiéndole gracia a Dios, que ya le había concedido múltiples favores, y éste era otro más, aunque importante, el más importante de todos.

Pero sí, don Juan estaba muerto e no resucitó cuando su señora madre llegó a Salamanca, se apeó del caballo sin esperar a que nadie le sostuviera el estribo e, corriendo, se presentó en la cámara mortuoria, donde ya estaba montado el catafalco. E ya fueran las muchas candelas que había encendidas, o llanto de las gentes que llenaban el aposento, o el aliento de todos que se llevaba el aire, o su propia pena, el caso es que sufrió un vahído y al volver en sí, quiso morir, y quedóse un tanto ausente. Todos temieron que le hubiera tornado la desmemoria, la misma que había padecido tras el parto de la infanta Juana, que fue malo, pero no, no. Era que, arrebatada de dolor, no quería ver ni oír ni sentir pena ni sufrimiento ni menos placer mientras viviere, era que se quería morir también.

E fue el mismo rey el que la entregó a sus damas para que la atendieran en aquel trance, por otra parte propio de cualquier madre. E si estuvo en las honras fúnebres fue de cuerpo presente, pero sin estar, si se mantuvo en pie fue porque le tuvo su marido la mano muy prieta durante la ceremonia, e porque sus damas la trajeron, la llevaron, la sostuvieron y le dijeron quién era, qué había sucedido, qué debía hacer y que no había llegado aún su hora.

Pero, ay, que una madre no se recupera jamás de la muerte de un hijo... Por eso, aunque doña Isabel tuviera a Juana, en Flandes, muy enamorada y embarazada de su

señor marido, un galán sobre todas las cosas; a Isabel en Portugal reinando con don Manuel, contenta también; e estuviera tratando el matrimonio de María con el rey de Inglaterra, no encontraba consuelo, pese a que su marido le había contado una y mil veces que él mismo había confortado al príncipe en sus últimos momentos y asegurado que le había dicho:

—Hijo muy amado, habed paciencia pues que Dios os llama, que es él mayor rey que ningún otro e tiene otros reinos y señoríos mayores, y mejores que estos vuestros que esperabais, e que duran más...

—¿Preguntó por mí?

—Sí, mi señora, me dijo que le hablaría a Dios de su madre, de una reina animosa sobre todas las cosas...

—¡No me engañéis, marido!

—No hablé, mi señora; en sus últimos días perdió el conocimiento.

—No me pude dividir, señor. Convinimos en que vos veníais a Salamanca con don Juan y que yo me quedaba en Alcántara con nuestra hija...

—Tal hicimos, alteza.

—¡Don Fernando, dadme la mano!

No se consoló la reina y, fallecido su señor hijo en la flor de la juventud, pidió más paño para bordar, y ya no se resistió a elegir lugar para su sepultura y se preparó para bien morir, pese a que una alegría que en aquel año maldito sí tuvo, una: que doña Margot estaba empuñada. Cierto que le duró poco porque la princesa malparió sin Dios una niña. E dijo de tornar a su tierra, e fuese.

Si recibió a las reinas de Nápoles, fue porque eran hermana bastarda e sobrina, respectivamente, de don Fernando. Si fue con doña Juana, la hermana, a ver cómo se bautizaban los moros de Granada, fue por no hacer desaire a su esposo, no por ver cómo se cumplía la pragmática que su marido y ella habían promulgado, y eso que doña Juana era una gran dama.

Porque ya no disfrutaba con sesudas conversaciones ni hablando en latín con sus capellanes para hacer ejercicio mental y le daba un ardite que el rey de Nápoles hubiera sido derrocado. Acaso se distraía leyendo las inverosímiles hazañas de los caballeros andantes o con los amores de Calisto y Melibea, hermoso libro del bachiller Fernando de Rojas. Más que con los amores de los protagonistas, desdichados de lo más, con otro personaje, con una dueña de nombre Celestina, que era ensalmera y alcahueta, porque con ella le vino a las mientes María de Abando y, al socaire, las dos marquesas de Alta Iglesia e lo de la luna roja, otra vez.

E recordaba tiempos pasados, que es lo que recuerdan los ancianos, e se veía en la proclamación de su hermano Alfonso, joven e hablando consigo misma, meneaba la cabeza e recitaba de memoria los versos del capitán don Jorge Manrique:

*Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar,
que es el morir...*

E se decía:

—Dios manda a su sierva...

Y pedía a sus capellanes oír otra misa, o se ponía a bordar, que le producía distracción, pero lo dejaba presto para atender negocios de gobernación e sonreía. Acompañó a sus hijos, los señores reyes de Portugal, don Manuel y doña Isabel, yendo por Castilla y por Aragón para ser jurados príncipes herederos de aquellos reinos. Doña Isabel estaba emparejada y, esa criatura, hombre o mujer, sería, después de los días suyos, de su marido e de su hija, rey o reina de todas las Españas, que no sucedía desde los reyes godos, lo de estar todos los reinos de la península unidos bajo un mismo cetro, loores a Dios.

Pero todo otra vez se trastocó, y las pequeñas labores dejaron de hacer favor a la soberana, la del bordado incluida, cuando supo de la muerte de su hija Isabel, la reina de Portugal, en el parto de un niño llamado Miguel, el que habría de ser heredero de todos los reinos peninsulares. Entonces se comentó que sólo hacía que oír misas e rezar rosarios... Y si un día montó en su carruaje y se encaminó de Sevilla a la frontera del país vecino, fue por entregar a su tercera hija, a doña María, al rey don Manuel, porque lo de los matrimonios, que es parte importante en el discurrir de la vida entre hombre y mujer y en los reinos, no se puede parar...

E no le hubiera importado que en aquel año de mil y cuatrocientos noventa y nueve, el treinta y uno de diciembre, se hubieran cumplido los vaticinios de muchos predicadores e que se hubiera terminado el mundo, pues la vida religiosa estaba siendo reformada en los sus reinos; los moros que no habían emigrado al Magreb se habían convertido a la fe verdadera; los judíos otro tanto de tiempo ha, e su marido ya se apañaría. No le hubiera importado siempre y cuando el Fin del Mundo no trajera los terrores narrados en el *Apocalipsis*, pues su hija Juana estaba preñada otra vez.

Pero nada sucedió el treinta y uno de diciembre de mil cuatrocientos noventa y nueve ni el uno de enero de mil y quinientos. Cierto que presto se sublevaron los moros del antiguo reino de Granada pues no querían convertirse al cristianismo, alboroto que don Fernando acabó a sangre y fuego. Pero lo peor del año fue que falleció el infante Miguel, el hijo de don Manuel y doña Isabel, el que habría de unir los reinos peninsulares en un solo cetro, e que a la reina ya no le cabían más espadas en el corazón. Al rey tampoco, pero como andaba con las guerras de Italia que le quitaban las desgracias familiares de la cabeza, e como jugaba a pelota o ajedrez y frecuentaba burdeles o se hacía llevar a su cama mujeres de contentamiento —tal se decía—, pues de mozo ya tenía el miembro inquieto, tenía otros negocios en que pensar y llevaba mejor la vida.

Muerto Juan, muerta Isabel, muertos los descendientes de Juan e Isabel, la heredera era Juana... Juana que, según el embajador de Castilla en Flandes, había entrado en cierta insania a causa de su marido que no la trataba bien, ni como archiduquesa ni como mujer, pues le hacía desaires delante de la Corte, como teniéndola en poco, amén de que tenía barraganas, que no tapaba. E doña Isabel deseaba traerlos a los sus reinos para que fueran jurados herederos, lo mismo que había hecho con Manuel e Isabel, pero don Felipe demoraba el viaje, quizá porque temía una regañina de sus regios suegros, interesados en saber qué sucedía entre los esposos y en la mente de su hija, que lloraba horas veinticuatro, en razón de que amaba a su marido con locura.

Y nada menos le quedaba a doña Isabel arreglar lo de sus hijos los archiduques, casar a Catalina con el heredero del trono de Inglaterra, ponerle un preceptor que le enseñara inglés —lo que no había hecho con Juana respecto al idioma que hablaba su marido—, expulsar a los moriscos, dictar leyes para que los indios nunca fueran esclavos, evitar los abusos de los gobernadores castellanos que enviaba a aquellas tierras y hacer testamento, pues había sido felizmente concluida la capilla de su enterramiento en Granada, y ya no aguantaba el dolor de su corazón ni el de su carne. Y eso.

Pero otra cosa le faltaba, otra: saber qué había sido de María de Abando, si vivía, si había muerto, dónde vivía, nada más fuera para ponerla al corriente de lo que de la luna roja había dicho don Gonzalo el navegante portugués en una taberna de la localidad extremeña de Alcántara. E si no se lo hizo saber a doña Juana Téllez de Fonseca, otra de las hijas de la luna roja de abril de 1451, fue porque a decir de dueñas andaba en éxtasis, levitando, camino de la santidad.

La última manda, el último servicio que hizo Gonzalo Chacón a la reina fue salir de Sevilla, llegarse a Ávila, preguntar por María de Abando al joven marqués de Alta Iglesia, que acababa de tornar de Nápoles, de las guerras del Gran Capitán que, como no podía ser de otro modo, se quedó mudo cuando el mayordomo, que se hospedó en la casa de la calle de los Caballeros, le contó que buscaba a la dueña por mandato de la reina.

Ya en Bilbao, Chacón encontró a María enseguida, preguntando. Le dijeron que vivía en la última casa del arrabal de Ibeni, en la anteiglesia de Abando, y allá se presentó, con los pajes que le acompañaban, para ponerla al corriente de la teoría del portugués que había surcado mil mares.



María había sido muy bien recibida por las sortiñas de la ría del Nervión, no por ella,

pues que habiéndose marchado muy joven de las Vascongadas no había dejado recuerdo, pero sí por la memoria que habían dejado sus madres putativas: María de Abando, la vieja, que hacía la mejor untura mágica de la comarca, y por Martina de Iñaxio, que levantaba galerna mejor que nadie de por allí. Y eso que María ya no se dedicaba a magias de ningún género, en razón de que nunca jamás quebrantó la promesa que se hiciera cuando convirtió en perro al señor inquisidor, Dios la haya perdonado, sino que ejercía de sanadora, de tapado ciertamente, porque los médicos de la villa tenían gremio y exámenes de ingreso, e no dejaban que ninguna persona ajena ni extranjera se dedicara a practicar el arte de la medicina. Pero muchas mujeres de por allá se dedicaban a sanar también y a hacer ensalmos y conjuros y hechizos ya conjurar a los demonios y a ir al aquelarre y a untarse y a hacer diabladas y perrerías, lo que siempre habían hecho, lo que habían hecho ya sus madres y abuelas. María no, María lo más que hacía era curar la jaqueca, los aires del vientre, la atrofia de las venas, las piernas quebradas, los virgos desastrados, etcétera, eso sí, muy bien.

Las sortiñas, al saber de su presencia, le llevaron regalos: un queso, un farol, una mesa, una silla, hierbas, una olla para sus pócimas y María, a más de agradecerlo, les sacaba galletas y pacharán e les narraba sus andanzas. Lo que se podía contar de sus andanzas, pues muchas cosas hubieran estado mal vistas por aquellas mujeres y otras no se podían contar. Que había ejercido en Ávila, había casado, ido a Andalucía con su marido, un buen y valiente mozo, uno de los mejores escaladores de castillos árabes, merced al cual el marqués de Cádiz había tomado Alora. Que la apresaron los moros cuando iba a juntarse con él, que la compró a unos mercaderes de esclavos la soldana Zoraya, que era cristiana renegada y esposa y luego viuda el rey Muley Hacen, y enemiga de la primera esposa del dicho, una doña Aixa. Les contaba lo del cerezo, y que su ama le dio la libertad cuando los señores reyes recibieron las llaves de la ciudad de Granada, y les decía cómo unos desalmados le habían quitado el talego; cómo una marquesa, muy buena señora, la tomó de criada y ella la ayudó a encontrar un tesoro y cómo, después de muerta doña Leonor, que se llamaba Leonor la marquesa, le entró añoranza por su tierra e tornó.

E claro, las sortiñas la escuchaban embelesadas, e más que interesarse en lo del cerezo, que era ciento por ciento mágico, o en lo del tesoro, pues muy pocas brujas eran capaces de hallar uno ni aun ayudándose de un gallo y un gato, le preguntaban de la soldana, del harén y de la magnificencia de su casa; de cuántas veces las mujeres moras eran llamadas a la cama del esposo; de si porfiaban entre ellas; de si llevaban bien la aberración de que un hombre tuviera cuatro mujeres legítimas y cuantas barraganas pudiere mantener; de quién envenenó al rey el Zagal, si doña Zoraya o doña Aixa, etcétera.

Ella contaba y contaba e se inventaba otras historias en la puerta de su casa, algunas tardes bajo una enorme luna roja hermosísima, e les hacía mirar la luna. Y

otros días se llegaban a ver el mar, o iban al aquelarre de la campa de Miravilla, allende el río, las noches de sabbat, los viernes, en concreto. María, contenta, pues había hecho muy buenas amigas.

Pero un jueves, a sobretarde, cuando las gentes ya la llamaban la bruja de Abando, pese a que no ejercía —porque las gentes lo trabucan todo—. María preguntó a sus colegas qué sabían de la luna roja, la que estaba viendo precisamente emerger de detrás de los montes en aquel momento e le contestaron:

—Es cosa de la naturaleza.

—La luna es dócil siguiendo al sol.

—Uno de día y otra de noche hacen el mismo recorrido.

—La luna está roja cuando la Dama de Amboto sale de su cueva para aparecerse a las sortiñas...

—Se debe a que una de nosotras ha hecho un encanto que no ha sido grato a la Dama...

E la más vieja de todas dijo:

—Es sangre, hija, es que ha muerto una persona al aire libre, en el campo o en el monte, en soledad, con la luna como único testigo... Y que el astro, apiadado del muerto, refleja sus rayos en la sangre del desdichado e lo anuncia...

Las brujas hubieran podido platicar, y hasta discutir, aquellas proposiciones, pero oyeron cascos de caballo e, perseguidas como estaban por el Tribunal del Santo Oficio, pusieron pies en polvorosa y se desperdigaron.

María recibió a una mujer, a una que había contrahecho el virgo dos días antes, que fue a llorarle porque le dolía la compostura, e le recetó tal y cual. Pero, vaya, a poco se sintió indispuesta, y le vino toda la sangre a la cabeza, y no era la primera vez que le sucedía tal. Se sentó en el poyete y se le pasó. E fue que aún no se había ido el malestar e que llegaron unos jinetes preguntando por María de Abando, no voceando, no. Con voz pausada el más viejo dellos le demandó:

—¿Eres tú María de Abando?

—Sí —respondió ya más compuesta, en el momento en que una hermosa luna roja emergía por el horizonte.

—Yo soy don Gonzalo Chacón, mayordomo de la reina doña Isabel. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí, señor, ¿qué desea su merced? Sepa su señoría que me gano la vida llorando en duelos ajenos e que abandoné las magias...

—Yo nada para mí. Tampoco quiero saber a qué te dedicas... Es la reina la que quiere que te diga una cosa.

—Me honra doña Isabel, larga vida le dé Dios...

—Atiende, dueña, nuestra señora quiere que sepas que la luna roja no trae ni venturas ni desventuras, sino que todos los días sale roja y todas las noches se pone

del mismo color, y que no marca a los que nacen con ella...

Y entró don Gonzalo en el negocio de los rayos del sol, perpendiculares y tangenciales y en aquello de que recorrían más o menos atmósfera en su diaria carrera.

Le costaba hablar al mayordomo, como si padeciera asma bronquial. María tampoco se encontraba bien porque le había subido la sangre a la cabeza, o quizá fuera del disgusto que llevaba por lo mal que le había repuesto el virgo a la moza, o tal vez por las palabras oídas a la vieja bruja, pues que había visto a su madre verdadera, a la pobre María la Malona, pariendo en soledad, vertiendo sangre a chorros y la luna acompañándola de ella, el único ser que tenía piedad de ella en el universo todo.

El caso es que María, sin entender aquello de las líneas ni menos lo de la atmósfera, le contó a Chacón, mientras le preparaba un brebaje para aliviarlo, lo del parto de su madre, lo que hizo la luna por su madre gritando al mundo que fuera a salvarla, y el ahogo del mayordomo arreció, quizá porque, cuando parió doña Isabel, la madre de doña Isabel, la reina, su ahijada, se juró no volver a presenciar un parto en su vida e, vaya, que la María lo contaba tan bien que, aunque sólo lo oyera, era como si lo viera.

El caso es que, como los oficiales que llevaba lo vieron enfermo de cuidado, pues le iba mal el aire de por allí para su asma, se lo llevaron despreciando el mejunje de María e no fiándose de ella. Es más, le aconsejaron que fuera al médico también, pues que tenía mala cara, tal le dijeron para largarse presto, creídos de que estaban delante de una bruja.

Se lamentó María consigo misma de la competencia que a las sanadoras les hacían los médicos. Se dijo que nunca tendría necesidad de acudir a ellos, pues se tenía a ella y a ocho sortiñas, las mejores de la ría del Nervión. Se miró en un espejo e se vio vieja. Se bebió el brebaje que había preparado para el oficial, que no era otra cosa que un sedativo y se metió en la cama. Al día siguiente se levantó fresca como una rosa y atendió a su parroquia durante muchos años en su casa, cada vez más contenta, mirando al mar, al agua de la ría, a luna roja, asistiendo a los aquelarres para divertirse, haciendo untura mágica —la mejor de la comarca— y juntando buenos dineros.

E fue que un día, una moza de burdel fue a consultarle sobre el mal francés e que, como no pudo pagarle en aquel momento, le dejó en prenda a una niña de teta asegurándole que volvía enseguida, pero nunca regresó ni a abonar la consulta ni a recoger a su hija. Y que María tomó a la criatura en sus brazos, la apretujó contra su pecho e, removidos sus sentimientos maternos, fue como si tuviera otra vez al Juanico.

Y así dejamos a María de Abando, aunque su historia pudiere continuar largo. Y

la dejamos feliz, un poco azarada quizá, dando pasos en balde, abriendo las alacenas, buscando un recipiente, una cucharilla y leche para apaciguar el hambre de aquella niña llorona que recibió el nombre de María...

Don Gonzalo Chacón, jadeante, pues que el viaje a las Vascongadas le había sentando a morir, informó a doña Isabel del feliz cumplimiento de la manda que le había encargado. De que María de Abando estaba lozana como una rosa y que había atendido las teorías de la luna roja sin prestar mucha atención, pues se dedicó a hacerle un jarabe para remediarle el asma que le aguijoneara en aquellos países. E ya le pidió licencia a la reina —porque había cumplido setenta y dos años y hecho un viaje de Sevilla a Bilbao de más de mil millas, que se le había llevado el aliento— para retirarse a su señorío y dedicarse a corregir la crónica de don Álvaro de Luna que había escrito de joven, con ánimo de darla a la imprenta, a más de visitar la tumba de doña Clara, su querida esposa. No obstante, le contó a la menuda lo que le había dicho María de la sangre de las personas que mueren en soledad y de los gritos de la luna que pide auxilio por ellas del único modo que puede: tornándose roja.

Doña Isabel dio la mano a su padrino y llamó a los médicos para que lo atendieran con ánimo de que lo sanaran, mejorando al poco tiempo, pero mientras vivió, respiró ya mal, con ansia. Le dio licencia para dedicarse a corregir la crónica de don Álvaro, y no le permitió separarse de su lado.

E, en aquel mismo día, recibió al almirante Cristóbal Colón, que había hecho antesala, para pedir lo que era de él: la gobernación de Indias y el porcentaje de lo que se traía de allí. Y al hijo de doña Beatriz de Bobadilla que, nombrado gobernador de aquellas islas, le había ingresado en la Casa de Contratación de Sevilla la parte del rey y la reina: ochenta mil pesos de oro, y esperaba recibir sus parabienes.

Acabadas sus audiencias, fuese donde el rey, que a unas varas de allí, enojado hasta el delirio por la desmesurada ofensiva del rey de Francia contra Nápoles, arrojaba su sombrero al fuego de la chimenea, e gritaba:

—¡Arderá Nápoles como este sombrero!

E pedía dineros don Fernando para responder. Los ochenta mil pesos de la expedición de Bobadilla, pero la reina se los negaba, pues pensaba pagar con ellos a los maestros que estaban levantando la capilla, aneja a la catedral de Santa María de la O, de Granada, que habría de servirles a ambos de sepultura; muy bella y ornada. E pronto fue tomando pequeñas notas para su testamento:

En el nombre de Dios Todopoderoso...

Yo, doña Isabel, por la gracia de Dios reina de Castilla, León, Aragón, etc.

Estando enferma de mi cuerpo, e sana e libre de entendimiento, creyendo y confesando firmemente todo cuanto la Iglesia Católica de Roma tiene...

—¡Ayúdame, Beatriz, que me fatigo...!

—¡Ea, deme el cálamo su alteza!

—Escribe, por Dios:

Encomiendo mi espíritu en las manos de Nuestro Señor Jesucristo, el cual de la nada lo crió y por su preciosa sangre lo redimió...

Quiero e mando que mi cuerpo sea enterrado en el monasterio de San Francisco de Granada, que es en la Alhambra, con hábito de beata francisca, en sepultura baja, que no tenga bulto, sino losa en el suelo con mi cuerpo representado. E las exequias que hagan por mí, se hagan llanamente [...] Si falleciere fuera de la ciudad de Granada, que lleven mi cuerpo entero sin detenimiento alguno, e si no se pudiere [...] Las gentes vistan por mí luto sencillo, negro...

—¿Cómo no ha de haber en la iglesia toldos de luto y sólo trece antorchas?

—Trece, Beatriz. Una, por el Señor Jesucristo y doce, por los Apóstoles... La cera que ahorre, para que arda ante el sacramento en las iglesias pobres... Sigue...

—¡Por vos, señora, las gentes vestirán sarga...!

Ítem, mando que sean pagadas mis deudas, así de empréstitos, de raciones, de casamientos de criados y criadas [...] Si no llegare con lo mío, se abonen con las rentas del reino...

—No temas por echar un borrón, que lo escribirán los notarios...

Pero hubo de interrumpirse la señora, pues que, después de ser muy rogados, los príncipes serenísimos de Castilla, don Felipe y Juana, salían de Flandes, descansaban en París y habiendo recorrido la Francia estaban a punto de presentarse ante los muros de Fuenterrabía, villa situada en la raya de los reinos, y pronto recorrerían Castilla siendo muy festejados.

Por ello, muy albriciados, rey y reina dejaron Sevilla e se juntaron con sus hijos en Toledo, donde fueron jurados príncipes de Asturias en la Santa Iglesia Catedral. Primero Felipe, luego Juana, mismamente donde fueron proclamados ellos, primero el hombre, luego la mujer, en la iglesia de San Miguel de Segovia.

Entre fasto y fasto, doña Isabel interrogaba a su señora hija:

—¿Qué es eso que se oye, Juana, hija?, ¿acaso don Felipe no te trata bien?

Pero Juana la evitaba.

La madre insistía:

—Se dice que lloras a toda hora. ¿Es por la dificultad del lenguaje? A ti se te daba muy bien el latín, y hablas francés...

Pero llamaba alguien a la puerta.

—¿Cómo tiene tu marido tanta priesa por regresar...? Os han de jurar herederos en Aragón, en Cataluña y en Valencia...

Entraba algún inoportuno o inoportuna en la habitación, a veces sin llamar.

—Me encuentro mal... Presto moriré y tu serás reina... ¿Dó vas? ¿Otra vez sales? ¿Otra vez tienes urgencia de orinar? Lo que pasa es que me huyes...

E sí, sí, doña Juana no quería platicar con su madre, quizá porque se avergonzaba de sus vergüenzas. E don Felipe quería marcharse a toda costa, e ni las guerras de sus suegros con Francia lo detenían, ni que doña Juana estuviere empuñada, ni que fuera invierno, e tal hizo aduciendo que tenía urgencias que resolver en sus ducados y que

le iba mucho en ello. Partióse con pocos criados, los que habían sobrevivido, pues que se habían muerto muchos por venir de Holanda a Castilla, por la mudanza del aire, e dejó a doña Juana llorando y a doña Isabel muy contrariada.

Doña Juana no dejó de llorar, tanto que malogró al hijo que llevaba en sus entrañas. E lo único que hablaba con su madre era que le permitiera volver a Flandes, hasta que lo consiguió e fuese albriciada de lo más.

Doña Isabel exclamó:

—¡Hijos, hijos! —movió la cabeza, se encogió de hombros y, tras serenarse, tornó al testamento, a dictar a sus damas:

Ítem, después de pagadas mis deudas, mando se digan por mi alma veinte mil misas en iglesias y monasterios...

Ítem, mando que se cumpla el testamento del rey don Juan, mi padre...

Doña Beatriz levantaba la cabeza del escrito e quería consolarla:

—No duela doña Isabel por su hija, que es mujer sesuda...

—No quiero hablar de ello, amiga, escribe:

Ítem, mando que se cumpla el testamento del rey don Juan, mi padre...

E si se interrumpía era para hablar de otra cosa, no de su hija, o para mitigarse el dolor de vientre con un purgante:

—Por el testamento de mi señor padre fui yo proclamada reina... ¿Recuerdas que hube de estar oculta en las Huelgas de Valladolid, salir a la carrera hacia la casa de Vivero cuando ya estaba allí mi marido e que los ángeles me hicieron pasillo para que llegara al altar, pues había mucho gentío?

—Lo recuerdo; a mí me costó trabajo entrar... E vuestra boda no me la hubiera perdido por nada del mundo... Hice el camino entre Segovia y Valladolid muy preñada ya...

—Si te cansas, lo dejamos para mañana —tal decía preocupándose por su camarera, cuando la que estaba agotada era ella.

—¡Oh, no, alteza, continuad!

Otrosí, nombro heredera de todos los mis reinos, tierras, señoríos y de mis bienes raíces para después de mis días, a la Ilustrísima Princesa doña Juana, archiduquesa de Austria, duquesa de Borgoña, mi muy cara y amada hija. La cual, luego que Dios me llevare, será intitulada reina [...], mando que todos estén obligados a ella y alcen pendones por ella...

Otrosí, en cuanto a las Islas e Tierra Firme de la Mar Océana, mando que el trato y provecho dellas sea negociado por los naturales de Castilla y León...

—Repasemos, Beatriz...

—Os leo, alteza.

—En el nombre de Dios Todopoderoso...

—Añadid: Padre, Hijo e Espíritu Santo, tres personas e una esencia divinal; Criador y Gobernador Universal del Cielo y de la Tierra...

E repasaban y luego seguían:

Id., en caso de que mi hija Juana no pueda o no quiera proveer en la gobernación de los reinos, lo haga don Fernando, mi marido...

Id., del más chico al más grande de los habitantes de los mis reinos, de nos al esclavo, honren a Dios, guarden las leyes e administren recta justicia...

Id., otorgo al rey don Fernando la mitad de las rentas de las Islas y Tierra Firme de la Mar Océana, por sus hechos grandes y señalados...

Id., sobre el orden de sucesión: doña Juana, el infante don Carlos, su hijo y mi nieto, sus descendientes...

Id., legados un poco a todos los monasterios del reino... A iglesias, hospitales y pobres...

Id., testamentarios: mi rey y señor, por el gran amor que a su señoría le tuve y le tengo. Fray Francisco Jiménez de Cisneros, Fray Diego de Deza, etc.

—A este punto volveremos, Beatriz, y que no me olvide de lo que ya te tengo dicho, que proveeré sobre el marquesado de Moya, que te di a ti y a tu esposo...

—Que escriba sobre ello doña Mencía, para evitar...

—¿No quieres que provea para que nadie te lo pueda quitar?

—¡Sí, alteza, sí!

E así seguían la reina, doña Beatriz o doña Mencía. Añadiendo cada día, quitando e ordenando:

Id., mando a la Princesa, mi hija, cumpla todo esto como yo lo mando.

Estando la Corte en Medina del Campo, se sintió el terremoto que tuvo lugar en la comarca de Granada. Doña Isabel, tras enviar socorro e dolerse por la desgracia y rezar abundante por las almas de los muertos, instalada en el castillo de la Mota, avivó la redacción de su testamento. Entre otras razones porque don Fernando padecía tercianas y doña Juana se había ido. Más desocupada y mejor de salud, pues que los médicos le daban a beber una sustancia llamada quina —una de las muchas que había traído el señor Colón de las Indias—, que la aliviaba ciertamente, dijo a sus damas:

—¡Aprisa, hijas, que quiero morirme antes que don Fernando para no sufrir su ausencia!

Por ello se turnaron en la escritura doña Mencía y doña Beatriz.

—Las joyas para mis hijas, que las reparta Juana... ¿Qué te parece, Mencía?

—Mejor deje su alteza tales a doña Juana, tales a doña María, tales a doña Catalina...

—Que las reparta doña Juana, que será reina y así irá haciendo ejercicio... Los ornamentos de mi capilla para la catedral de la ciudad de Granada...

—¿Lo escribo, alteza?

—Sí, sí. La reliquia que tengo de la saya de Nuestro Señor Jesucristo para San Antonio de Segovia.

—No puedo correr tanto, señora...

—Mi marido, el rey, que coja lo que quiera de mis joyas, antes de dárselas a Juana... Así me tendrá presente y recordará el singular amor que siempre tuve a su señoría...

—¡Qué hermoso, doña Isabel, quién pudiera decir otro tanto! —exclamó la escribana.

E doña Beatriz añadió:

—¡Don Andrés, mi marido, es viejo y todavía es rudo conmigo...!

—¡Ea, que me duele todo el cuerpo, no bobeen las damas...! ¡Tengo, señoras, un cuchillo de dolor que me parte el vientre y, lo que es peor, el corazón, por las muertes de mis hijos y de mis personas queridas, a más mi hija Juana...! ¡Y cincuenta y tres años...!

—Los mismos que yo —dijo Beatriz.

—Yo uno menos, alteza —aseveró Mencía.

—¡Escriba, doña Mencía...!

Pero la señora se iba deste mundo, bien lo sabía. Pues que no podía ya permanecer sentada, e muchas fatigas pasó al asistir a la misa Pachalis en la iglesia mayor de Medina del Campo, la última vez que se dejó ver por el pueblo, donde los clérigos representaron un auto sobre las siete hijas de la avaricia, y no comentó nada, pese a que fue irreverente por demás.

El día del aniversario de la muerte de su hijo, el príncipe Juan, no olvidó de dar de comer a veinticinco pobres veintinueve platos, y aún darles un cesto de comida, a sabiendas de que iban a malvender el contenido y gastarlo en vino, pero lo hizo por la memoria de su hijo, que en paz descansa.

Cuando no pudo permanecer de pie y su enfermedad se hizo pública, se postró en la cama con muchas almohadas, e si se levantaba era para llegarse a la trona e echar las malas aguas, la orina rojiza y la defecación acuosa. A más, tenía el vientre anegado e hinchado, de ahí el mucho dolor, tanto que le reventaban las venillas de la piel, lo mismo que las varices de las piernas, e se le hacían grietas que exudaban un líquido claro, de olor soso. A más, tenía el ombligo prominente, e respiraba con fatiga y el corazón le latía apriesa, apriesa...

Los frailes de los conventos y los sacerdotes de las iglesias rezaban por ella, que seguía dictando a sus damas y preguntaba por Colón, quizá porque no se había portado bien con él, e a ratos caía en somnolencia y al despertar pedía confesión.

Las camareras querían animarla y lo mismo le hablaban de la embajada que llevaba Pedro Mártir de Anglería al soldán de Babilonia, como de su señora madre, doña Isabel que, de haber guardado todos los paños que había bordado en su vida,

hubiera podido extender una alfombra de Arévalo a Jerusalén.

Pero la reina no estaba para asuntos vanos. Estaba con su testamento e, cuando consideró que no tenía más que decir ni que ordenar ni que disponer en razón de que lo había dicho todo, llamó al notario para que escribieran sus últimas voluntades en limpio. Resultando nueve hojas de pergamino, tantas cosas quiso dejar por escrito doña Isabel, y el 12 de octubre de 1504 convocó a los testigos.

Ella firmó según la costumbre: «Yo, la reina», e entregó su sello con las armas reales al notario para que lo estampara. Los testigos con su nombre signaron y rubricaron, ídem, el notario que dio fe por los siglos de los siglos.

Lo mandó a guardar al monasterio de Guadalupe, pero presto, el 20 de noviembre, añadió codicilo pues había olvidado proveer sobre ciertas iglesias. Además, le fueron varios abades con quejas, entre dolor y dolor los atendió, pues era menester poner coto a varios reformadores de conventos que procuraban más daño que virtud a religiosos y religiosas. E habló de los indios, de sus súbditos de allende los mares, con sus secretarios, abundando en que nunca fueran esclavos e que continuaran los monjes la evangelización de aquellas tierras. E preguntó, lo que más hizo, preguntar, por la salud de su esposo que padecía tercianas, como se sabe.

E a ratos hacía desalojar su habitación a los muchos obispos, abades y cortesanos que, arrodillados al pie de su cama, pedían a Dios favor por la vida de la reina, turnándose, pese a que le llevaban reliquias e imágenes milagrosas.

Entre las abadesas, la visitó doña Juana Téllez de Fonseca, que le llevó una talla muy buena de Santa Clara y, pese a que no la reconoció, rezó con fervor por la recuperación de la señora.

En su lecho de muerte, doña Isabel preguntaba por don Fernando porque no iba a verla como solía, e temía por la vida de su esposo, pese a que sus criados, Gonzalo Chacón incluido, y los médicos le juraban que muy malo no estaba, que gozaba de salud, pero de pensar en él le venía mucha congoja. Y, entre calentura y calentura, preguntaba por la salud de sus hijas y ya empezaba a decir algunos desatinos.

E fue que el día 27 llegaron embajadores de Flandes con noticias de doña Juana e, como buena madre que era, los hizo llamar, entrar en su aposento e, sentada en la cama ordenó desalojar a los demás. E ya los interrogó, lo último que hizo antes de perder el juicio en esta vida, e los otros le dijeron la verdad porque ella así lo pedía con el rostro rojo de fiebre e con el corazón y el vientre a reventar.

Le dijeron, ay, que doña Juana, llegada a Flandes, observó mudanza en el carácter de su marido e se quejó con sus damas que no la llamaba al lecho como antes.

—¿La causa de ello es otra mujer? —preguntó doña Isabel.

Los otros se quedaron pasmados de la inteligencia de la reina, nada extraordinaria en aquel caso, siendo como era mujer, e respondieron:

—Sí. El príncipe tenía una amiga...

—Pero doña Juana se precipitó.

—Se puso como leona e fue hacia ella...

—Lo que nunca aprendió de vos, alteza.

—E, señalándola con el dedo corazón, fuese contra la barragana, le dio de puñadas y ella misma le cortó con una tijera los hermosos cabellos que tenía, hasta la raíz...

—¿Lo supo don Felipe?

—Sí, señora.

—E montó en cólera e no se recató de gritar por el palacio todo...

—¿Injurió a mi señora hija?

—Sí, alteza; con palabras muy groseras...

—¿E qué hizo doña Juana?

—Sintió tanto el mal tratamiento, que cayó mala en cama...

—Casi sin juicio, señora...

Oído lo oído, doña Isabel se desplomó en su lecho. El mal humor se le extendió por el cuerpo e devino en hidropesía, de tal manera que tuvo gana de beber e no paró en las horas que le quedaban de vida, en las que, a más de agua, pedía a su marido y señor que fuera a Flandes e que trajera a Juana. E falleció más hinchada que nunca e de nada valió que en las iglesias y monasterios de los sus reinos se hiciesen sacrificios, ayunos e que, en el castillo y en la villa de Medina, se rezara día y noche por la salud de tan excelente señora, que estaba de Dios. Murió el 26 de diciembre de 1504, rodeada de su marido, de sus damas, teniéndole una mano el rey, otra don Gonzalo, su padrino, el único al que dejó estar presente cuando su capellán le administró la Santa Unción. A la hora de medianoche se fue la gran señora que libró a Castilla de ladrones y bandas. Que ganó la guerra a los moros y los judíos y que tiempo tuvo para ser esposa y madre.

Alejándose del tumulto que se organizó en la habitación, don Gonzalo se asomó al ventanillo por ver cómo lucía la luna, e no la vio. Luego en la almena, donde se refugió para que no lo vieran llorar, observó que no había, que estaba en novilunio.

E así dejó este mundo la excelente reina doña Isabel, honra de las Españas, en una noche sin luna.

Dios la tenga con él.

FIN

Agradecimientos

A doña Luisa Fernanda Rudi, presidenta del Congreso de los Diputados, que me presentó el primer tomo de esta trilogía.

A don Florencio Izuzquiza, que, a sus 88 años, me habló de la luna roja.

A mi prima M.^a Rosa Pérez de Irisarri, que mantuvo denodada guerra contra puntos y comas.

A Elvira y Mirentxu Solans, que nacidas gemelas, me hablaron de ellas y me prestaron generosa ayuda para perfilar los personajes de las marquesas de Alta Iglesia.

A Silvia Querini, que me dejó libertad y me ató corto para que consiguiera acabar este libro.

A Emilio Rived, que me explicó cómo salvar un cerezal de la helada.

Al doctor Fernando Orbañanos Celma, que siguió enfermando, sanando y aliviando a mis personajes.

Nota de la autora

Ni el doctor Fernando Orbañanos ni yo nos hacemos responsables de las consecuencias que pueda acarrear la utilización de los remedios curativos o mágicos que figuran en este libro.



ÁNGELES DE IRISARRI. Nació en Zaragoza en 1947. Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza, ejerció como archivera y profesora de instituto. En la actualidad trabaja en una agencia de publicidad y es colaboradora habitual de prensa escrita y radio. Está casada y tiene dos hijos. Su carrera literaria, es muy prolífica a pesar de que comenzó a publicar en edad tardía.

Su primera novela fue *Toda, Reina de Navarra* (1991) que fue editada de nuevo en 1997 con el título de *El viaje de la reina*.

Otras obras suyas son: *El estrellero de San Juan de la Peña* (1992), *El año de la inmortalidad* (1993), *Ermessenda condesa de Barcelona* (1994), *La cajita de lágrimas* (1999), *Las damas del fin del mundo* (2000), *La reina Urraca* (2000), *Isabel, la reina* (2001), *América. La aventura de cuatro mujeres en el Nuevo Mundo* (2002), *Romance de ciego* (2005), *La artillera* (2008), *La estrella peregrina* (2010).

Ha recibido numerosos premios: Isabel narrativa breve (1992 y 1994), Femenino Singular de novela (1994), Baltasar Gracián de narrativa (1996), Sabina de Oro (2002), Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio (2005) y varios premios de cuento. Su obra ha sido traducida a varios idiomas.